

MARGARET  
GEORGE

NERÓN

*El*

ESPLENDOR

*y la*

DERROTA

B

The background of the cover is a detailed illustration of ancient Rome during a catastrophic fire. In the center, a grand temple with a pediment and columns is engulfed in bright orange and yellow flames. To the left, a colonnade of classical columns stands partially in shadow. To the right, a large, multi-story building with a crenelated roofline is also visible. The sky is filled with thick, billowing smoke and fire, creating a dramatic and somber atmosphere. The overall color palette is dominated by the warm tones of fire and the aged, parchment-like background of the text.

NERÓN  
EL ESPLENDOR Y LA DERROTA

Margaret George

Traducción de Laura Paredes



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleernovelahistorica



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Lydia Margaret,  
nieta extraordinaria*

## Agradecimientos

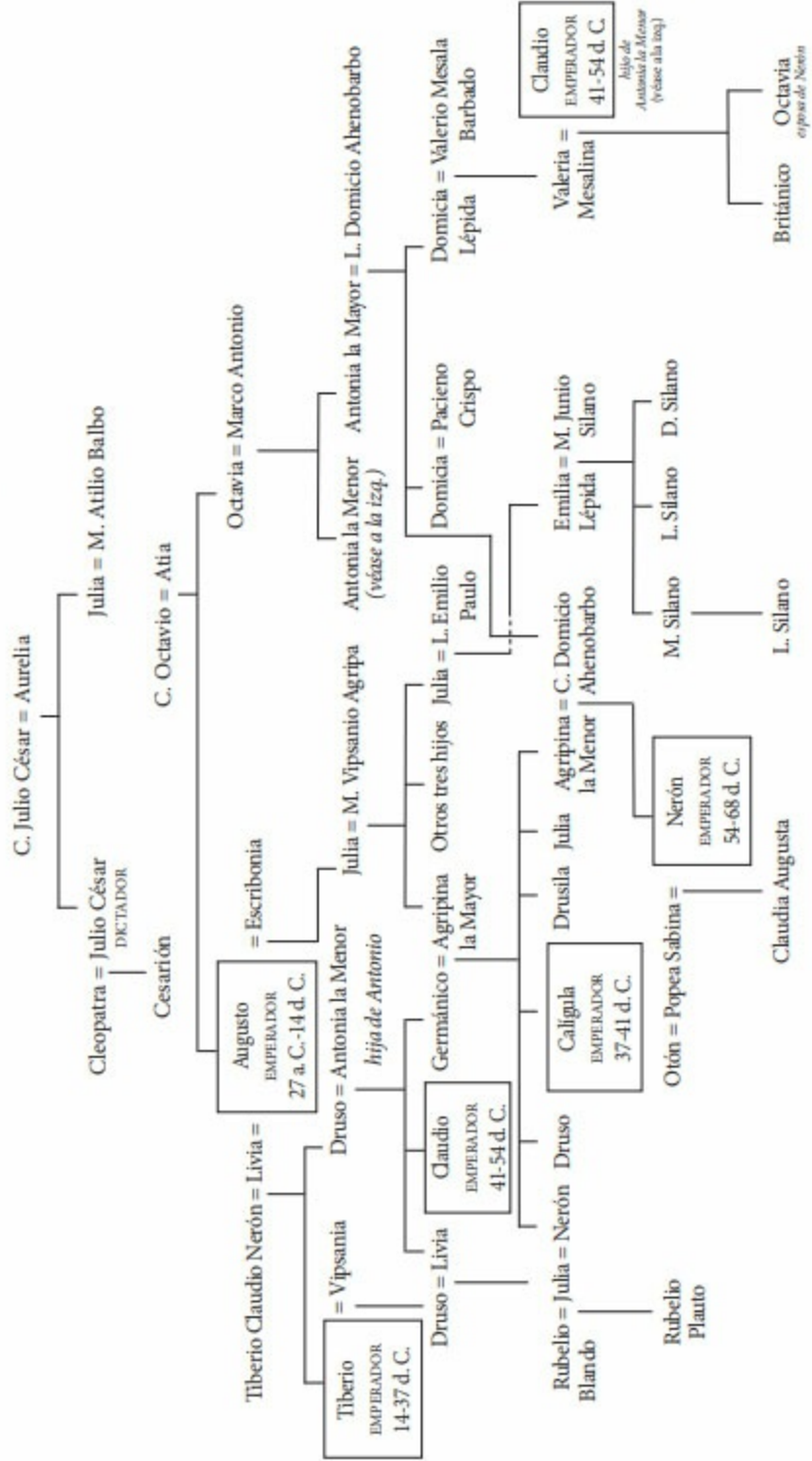
Una de las mejores cosas que tiene documentarse para una novela histórica es la gente que he conocido y que me ha ayudado infatigable y generosamente a lo largo del camino y que compartía mi entusiasmo por Nerón. Mis más sinceras gracias a Bob Feibel, un amante de los clásicos, que fue quien me sugirió abordar el tema de Nerón; a Barry B. Powell y a William Aylward, catedráticos de clásicas de la Universidad de Wisconsin-Madison, que me traducen textos del griego y del latín, y me mantienen informada sobre nuevas publicaciones y conferencias; a Bela Sandor, profesor emérito de Ingeniería Física en la Universidad de Wisconsin-Madison, experto mundial en la mecánica de los carros de carreras de la Antigüedad; a Silvia Prospero, una auténtica «Amiga en Roma», que me organizó visitas especiales a diversos lugares de la vida de Nerón (Anzio, el lago de Nemi, Sublaquaeum, Portus, que no son demasiado frecuentados); al doctor Ernst R. Tamm y a Rosanna Tamm, que me tradujeron textos en alemán sobre Nerón y me ayudaron en el proyecto. A Richard Campbell, un entusiasta de Roma, cuyos grupos de recreación histórica y de Facebook —Roman Army Talk y Women in Roman and Ancient Reenacting— han sido una fuente de información sobre muchos aspectos arcanos de Roma.

También quiero dar las gracias a mi entusiasta, considerada y entendida editora, Claire Zion, que siempre me ha apoyado; a su asistente editorial, Lily Choi, y al prodigioso equipo de publicidad y de medios de Berkley, especialmente a Lauren Burnstein y a Jin Yu, por su entusiasmo y sus ideas para la historia de Nerón. Agradezco todo lo que Carol Fitzgerald y su equipo

de AuthorsOnTheWeb han hecho para que mi sitio web sea de talla mundial. Como siempre, a Jacques de Spoelberch, mi agente de siempre en Estados Unidos, y a Andrew Nurnberg, de Andrew Nurnberg Associates International, mi agente en el Reino Unido, mis más sinceras gracias.

Y por último, pero no menos importante, a mi paciente familia, que ha aguantado tener como invitado a Nerón durante mucho tiempo en casa, mis infinitas gracias.

# GENEALOGÍA DE LA CASA IMPERIAL



# GRAN ROMA



Alpes

Rio Po

Venecia



0 25 50 75 100  
Escala en millas



Mapa ilustrado por Laura Hartman Maestro © 2016



# I

## NERÓN

Me desperté con la luz blanquecina del alba, esa hora opalescente más allá del tiempo. Por un instante no supe dónde estaba. Así es como debe sentirse un recién nacido, no reclamado.

Una suave brisa me recorría el cuerpo, tranquilamente tumbado. Una brisa marina. Estaba en algún lugar de la costa. Alcé la cabeza y, acto seguido, volví al mundo que conocía. Estaba en Anzio. Estaba en el dormitorio de mi villa, que daba al mar.

En medio de la quietud, me levanté y dejé a Popea durmiendo con una sonrisa en los labios, por lo que debía de soñar algo agradable. Agradable..., nuestra estancia en Anzio lo había sido. Estaba lo bastante lejos de Roma para aparcar mis pensamientos, para recluirme y vivir aislado por el mar. Durante un breve período.

Sin hacer ruido me acerqué a la ventana y aparté las vaporosas cortinas. El horizonte era blanco, lo que hacía imposible ver dónde terminaba el cielo y dónde comenzaba el mar. Una pálida luna se ponía, atrapada entre las nubes. La noche anterior había lucido brillante y penetrante en lo alto del firmamento. Ahora, todavía llena, se desvanecía y dejaba de distinguirse.

La noche anterior... ¡qué exultante había estado al interpretar por fin mi epopeya sobre la caída de Troya en el escenario! El duro trabajo de componerla me había llevado más de un año, pero con un furioso impulso final los últimos días, y ahora había mostrado su rostro al mundo, y yo sentía

toda la alegría de un artista que ha dado a luz una creación tras un parto muy largo.

Era adecuado que hubiese pasado aquí, en Anzio, donde yo había nacido hacía veintiséis años. Y tras un parto igualmente largo y difícil, porque había nacido de pie; un mal augurio, según algunos. Al mismo tiempo había habido otros augurios favorables, así que ¿a cuál hacer caso? Estaba claro que se habían impuesto los favorables porque hacía nueve años que era emperador, tras haber tomado la púrpura a una edad absurdamente temprana. Ya había habido logros significativos en mi reinado, conseguidos al fin con la diplomacia en lugar de con las armas. Había dotado a la ciudad de Roma de unas termas espléndidas, un teatro y un mercado cubierto, y había iniciado obras de ingeniería que mejoraban los puertos y estaban destinados a proteger las rutas marítimas. Pero lo que más ansiaba era hacer a Roma el mayor regalo de todos: una conversión a la sensibilidad y la estética griegas. Eso era mucho más difícil que construir edificios y abrir canales. Pero estaba ocurriendo. Lo sabía.

El público de la noche anterior era prueba de ello. Muchas personas habían viajado desde Roma para oírme tocar la cítara. Es un instrumento virtuoso, de Grecia. Apolo lo tocaba. ¡Sí! Abrirían los ojos y aprenderían a abrazar estos tesoros culturales.

Observé con cariño mi cítara, apoyada ahora en la pared, reposando de sus esfuerzos de la noche anterior. Era, por supuesto, la mejor que podía fabricarse, y había tenido el mejor profesor, Terpnos, que me había enseñado con suma paciencia. Yo siempre era reacio a dejarlo al irme de Roma, y saber que volvía con él hacía que regresar me resultara más fácil.

Roma. Bajo la creciente luz, vi los cilindros con los mensajes que descansaban sobre la mesa. Habían llegado el día anterior, de parte de mi mano derecha y prefecto del pretorio, Tigelino, que gozaba de toda mi

confianza. Pero no me veía capaz de mirarlos entonces. El día era demasiado perfecto para estropearlo con nimiedades relativas a los impuestos sobre las importaciones, las reparaciones de algún acueducto o el tráfico de las carretas en la ciudad. Si te imaginas que todos los asuntos que tiene que tratar un emperador son elevados y vitales, te aseguro que no es así. Hay cien cuestiones fiscales por cada tratado diplomático o decisión de estrategia bélica.

Echaría un vistazo a los mensajes un poco después. Tenía que hacerlo. Pero la mañana sería para relajarme y preparar el inevitable regreso a Roma

Me había retirado aquí para huir de los días calurosos de la ciudad, pero el deber me exigía presidir en dos semanas las augustalias, las fiestas que daban comienzo el uno de agosto y culminaban el trece, catorce y quince de ese mes, y que conmemoraban las victorias romanas sobre Dalmacia, Accio y Egipto. Como las celebraciones incluían carreras de caballos, lo único positivo era que tal vez mis entrenadores me darían el visto bueno para hacer algo que siempre había anhelado: competir en carreras de carros.

Oh, había conducido carros, pero nunca en una carrera pública de verdad. Se consideraba demasiado peligroso, y es verdad: las carreras de carros tienen un elevado índice de accidentes. Pero también era lo más apasionante que pudiera hacer una persona. Mi abuelo había sido un auriga exitoso, y me gustaba creer que yo había heredado su destreza.

—Disculpa, César —había dicho mi entrenador—, si en una carrera muere un auriga célebre, lo lloran su familia y sus seguidores. Pero si en una de ellas muere un emperador, todo el imperio sufre su pérdida.

Tigelino fue más directo.

—Es irresponsable por tu parte pensar en correr tal riesgo. —Se detuvo un momento—. Especialmente, sin heredero. ¿Quieres hacer estallar una guerra civil, como la que tuvimos después de que Julio César muriera asesinado?

Sin heredero. ¡Oh, cómo dolía eso! Había tenido una hija, pero murió de niña. Y desde entonces, ninguno más.

—No —admití. No haría que Roma soportara otra vez semejante agonía. Pero seguía queriendo participar en las carreras de carros, pidiendo a los dioses que me protegieran. ¿No lo habían hecho hasta entonces?

Pero también estaba el persistente recuerdo de una profecía perturbadora que me había manifestado la sibila que había visitado en Cumas. «El fuego será tu perdición —había dicho. Al insistir más, había añadido—: Las llamas consumirán tus sueños, y tú eres tus sueños.» Pero no había fuego en las carreras de carros. ¿Me aseguraba eso que podía embarcarme sin peligro en esa actividad?

En cuanto al fuego, en Roma teníamos una brigada muy competente para luchar contra los incendios. Aunque puede que el fuego al que se refería fuera en otro sitio. ¿O acaso era un fuego metafórico? La gente hablaba de arder de ira, arder de deseo, arder de ambición. Yo sentía una ardiente pasión por mi arte. ¿Se referiría a que eso me destruiría?

Sacudí la cabeza. «Apártalo de tus pensamientos —me dije a mí mismo—. Piensa solo en el hermoso día que te espera, un día para pasar junto al agua, para beber zumo frío de albaricoques persas con tu esposa, que es lo que más quieres en este mundo, para aguardar a que la luna vuelva a elevarse sobre tu cabeza.»

Dejé que durmiera mientras salía afuera para ver cómo el nacarado cielo se iluminaba con la promesa de un día hermoso y tranquilo.

Popea no se movió hasta última hora de la mañana. Yo ya había terminado de leer los despachos de Roma, que eran tan aburridos como me había temido, y releído una parte de mi epopeya sobre Troya con la intención de

revisarla, cuando se levantó de la cama, envuelta en seda como una nube majestuosa. Llevaba en el cuello el reluciente collar de oro que le había regalado la noche anterior. Se había acostado con él puesto y ahora lo acariciaba cariñosamente con las manos.

—Dicen que es lamentable prodigar amor a un frío metal —dije—. Pero en ti parece merecedor de amor.

En el oro estaban engarzadas unas gemas que representaban los planetas, la Luna y el Sol, que había encargado a partir de un diseño de la India.

—Es fácil dormir con oro —respondió Popea—. De hecho, me ayudó a soñar.

—Ah, los sueños que suscita el oro... —Me levanté para abrazarla y, al hacerlo, me fue imposible distinguir la temperatura del oro, que su cuerpo había calentado, de la de ella—. Y ya no está frío.

El sol estaba a media altura, bruñendo las olas al otro lado de la ventana.

—¿Quieres que vayamos hoy a la gruta? Todavía no la hemos visitado. — La antigua gruta, al final de los muelles, era grande y se adentraba profundamente en la ladera. Sentía fascinación por las grutas, donde transcurrían tantas historias de los dioses. Rezumaban un aire sobrenatural.

Popea se estiró, levantando los brazos por encima de la cabeza y ondeando su cabello color ámbar.

—Supongo que tendríamos que hacerlo. No nos queda demasiado tiempo aquí —dijo sin demasiado entusiasmo—. Pero a última hora de la tarde. ¿Cómo tienes energías después de lo de anoche?

Nunca podría explicarle que interpretar me vigorizaba; lo que me consumía era la ociosidad.

—Me reuniré contigo en la terraza —dije. Tenía ganas de salir, de respirar el aire fresco.

Más tarde, nos sentamos en la terraza sombreada y contemplamos el

horizonte. Era relajante y tranquilizador. Y a mí me encantaba despreocuparme. No pensar. No pensar. Estar sentado con los ojos cerrados y dejarme llevar, reviviendo la noche anterior.

Unos sirvientes nos trajeron comida en unas bandejas, que dejaron en un soporte: fuentes de jamón frío y mújol, miel de salvia de Creta, pan, huevos, aceitunas y cerezas junto con zumo y vino de Tarento para acompañarlo todo. Perezosamente, alargué la mano y tomé un puñado de cerezas.

Popea seguía llevando puesto el collar bajo un pañuelo.

—Es que no me lo puedo quitar todavía —admitió.

«Ojalá las demás personas a quienes colmo de regalos me mostraran su gratitud tan abiertamente», pensé.

Le estaba pasando la bandeja con los huevos y las aceitunas cuando un mensajero jadeante, sudoroso y cubierto de polvo interrumpió nuestro idilio corriendo hacia nosotros, flanqueado por dos de los guardias de la villa. Lucía una mueca en la cara, igual que los guardias. El día perfecto se había echado a perder.

—¡César, César! —exclamó a la vez que caía de rodillas y se sujetaba lastimeramente las manos—. Traigo un mensaje de Roma, de Tigelino. —Su voz era ronca.

—Bueno, ¿qué pasa?

—¡Roma está en llamas! ¡Roma está en llamas! —chilló—. ¡Está ardiendo fuera de control!

Me puse de pie, incapaz de asimilar lo que decía.

—¿En llamas?

—¡Sí, sí! El incendio se declaró en el Circo Máximo, en uno de los establecimientos del extremo.

—¿Cuándo?

Para entonces, mi esposa también se había levantado, y por el rabillo del

ojo vi que sujetaba el collar de oro, pero ya no lánguidamente. Noté que la alarma y el terror que me invadían llegaban a ella mientras miraba al mensajero.

—Anteayer por la noche, y el viento del norte avivó las llamas de tal forma que se propagaron a lo largo del circo y empezaron a ascender por las colinas que lo rodean.

Roma era peligrosísima en caso de incendio, y habíamos sufrido muchos a lo largo de nuestra historia. Para protegerse de ello, Augusto había creado las cohortes de vigiles, compuestas por siete mil hombres, ahora bajo las órdenes de Ninfidio Sabino, un hombre que guardaba un parecido asombroso con Calígula. Fuera cierto o fuera coincidencia, eso le daba pie a afirmar que era hijo natural de Calígula. ¿Pero qué más daba eso ahora?

—¿Y los vigiles? ¿Han acudido?

—Sí, pero son incapaces de detenerlo. El fuego se está propagando tan rápido que no pueden contenerlo. Las chispas saltan por encima de los tejados y los campos, y prenden fuego en sitios nuevos. ¡Estaba empezando a ascender por el Palatino cuando me marché!

Me volví hacia Popea. Estaba paralizado, incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Tengo que irme —dije. Me dirigí entonces al mensajero—: Cabalgaremos juntos. Te daré un caballo de refresco.

Partimos a mediodía, seguidos por dos guardias, pero ya había anochecido antes de que nos acercáramos a Roma. A lo largo del camino me fui poniendo cada vez más nervioso. Tenía la esperanza de que el mensajero hubiera exagerado, de que el incendio ya estuviera contenido o de que no hubiera destruido gran cosa aparte de las tiendas del circo.

«Calma, calma, Nerón, tienes que conservar la calma y pensar con claridad», me decía a mí mismo.

Pero en mi interior estaba empezando a formarse otra imagen: la de Roma destruida con personas muertas o en la miseria y tesoros históricos perdidos para siempre, y todo eso mientras yo era emperador, mientras yo era responsable de la seguridad de mi pueblo.

«Roma quedó devastada en tiempos de Nerón, totalmente incinerada, reducida a cenizas.»

Cuando nos aproximábamos a lo alto de una colina cercana a Roma, antes de que pudiéramos vislumbrar la ciudad, vimos un color escabroso que manchaba el cielo nocturno, y unos feos dedos naranjas, rojos y amarillos que se elevaban hacia él, palpitantes. Coronamos entonces la colina y contemplamos la ciudad en llamas a nuestros pies. Unas nubes de humo se arremolinaban por el aire, y llamaradas de color, nubes de chispas y estallidos de piedras y madera salpicaban la oscuridad. El fuerte viento me arrojó cenizas a la cara junto con el hedor de basura y ropa quemada, y de otras cosas innombrables.

Era verdad, era todo verdad.

—¡Es peor que antes! —gritó el mensajero—. ¡Se sigue propagando! Es mucho mayor que cuando me marché. ¡Mira, ha tomado las colinas!

Roma estaba siendo devorada. De repente, recordé aquella vez que visité el templo de Vesta y se había adueñado de mí un temblor, una extraña debilidad que me había incapacitado. En aquel momento me había desconcertado, pero ahora sabía que significaba que no podía hacer nada para proteger la llama sagrada de Roma. Y comprendí el significado de la sibila y su profecía de que el fuego sería mi perdición.

Estaba en el momento decisivo de mi vida. Aquel era mi campo de batalla, el mismo al que me había preguntado si alguna vez tendría que enfrentarme. Mi antepasado Antonio se había enfrentado al suyo dos veces: en la batalla de



Filipos, cuando aplastó a los asesinos de César, y en la batalla de Accio, cuando Octavio lo había aplastado a él.

O bien Roma y yo perecíamos juntos, o bien sobrevivíamos juntos.

Pero fuera cual fuese el resultado, solo había una opción: seguir adelante, librar batalla.

—Vamos —dije, apremiando a mi caballo—. Roma nos espera.

Y descendimos la colina para adentrarnos en la vorágine.

## II

La colina no era escarpada pero era peligrosa, con caminos serpenteantes, salpicados de piedras y raíces de árboles por todas partes. La luz de la luna nos permitía ver, y el creciente resplandor del fuego aportaba más iluminación.

El corazón me latía como si acabara de correr un *stadion*, y la cabeza me daba vueltas. El aire era caliente, bochornoso y sofocante, y el olor acre del fuego hacía que respirar fuera una tortura. Tendrían que habernos atacado enjambres de insectos, pero el humo y el hollín los habían ahuyentado. El incendio seguía estando demasiado lejos para que sintiéramos el calor directamente, pero, de todos modos, imaginé que lo notaba. Desde aquella distancia la ciudad era apenas una vaga masa; todavía no podía distinguir sus distintas áreas.

Me detuve.

—¿Dices que ahora es mayor? —pregunté al mensajero.

—¡Sí! Cuando me marché estaba contenido en un área y, de lejos, parecía una hoguera de campamento. Ahora ha prendido en más sitios a su alrededor.

—Habrá amanecido antes de que lleguemos —señalé. Y, para entonces, quién sabía lo que veríamos.

Seguimos descendiendo la colina, eligiendo con cuidado por dónde íbamos. Delante de nosotros teníamos aquel fulgor diabólico cada vez más cerca.

Un incendio. ¿Qué sabía yo sobre los incendios? A decir verdad, muy poco. Nunca había vivido personalmente ninguno, ni siquiera en casa; el

único incendio que conocía era el imaginario de Troya de hacía cientos de años. Pero había sido generoso y había dotado a los vigiles de todo lo que necesitaban, y era caro: carros con bombas de agua para combatir el fuego tirados por caballos, cientos de cubos, picos, hachas, ganchos y hasta balistas para derribar casas para crear cortafuegos. Seguro que una fuerza así de entrenada y equipada contendría el fuego.

Pero en este caso, ¿por qué se estaba propagando? Si no habían podido extinguirlo cuando era pequeño, ¿qué probabilidades había de que lo hicieran cuando estaba creciendo?

El viento cambió de repente y, en cuanto lo hizo, vi una explosión de llamas al prender fuego otro sitio. Una columna se elevó hacia el cielo lanzando una nube arremolinada de brasas que se desvaneció rápidamente.

Proseguimos; la luna empezó a descender hacia el oeste, y un levísimo atisbo de luz asomó en el este por el horizonte. Pero seguía estando muy oscuro, salvo por la masa roja que palpitaba y refulgía frente a nosotros. Subimos otra colina y la ciudad desapareció; pero, cuando llegamos a la cima, de repente estuvimos cerca de ella, y el primer calor del fuego me llegó a la cara. Los caballos lo notaron y empezaron a asustarse. Fue difícil controlarlos. Pero calmé al mío y obedeció. Ojalá hubiera podido calmarme a mí mismo. Sujetaba las riendas con tanta fuerza que el cuero se me estaba clavando en la palma de las manos.

—Tendremos que acceder a la ciudad por el este —dije. Desde donde estábamos, el centro de la ciudad no parecía seguro, y en el lado oeste el incendio ascendía hacia el Tíber—. ¿Dónde está Tigelino? ¿Dónde está Ninfidio?

—Se estaban desplazando al Esquilino para dirigir las operaciones desde allí —respondió el mensajero—. Tenían que evacuar el Palatino y el Foro.

Viramos hacia el este cuando finalmente despuntaba el día. Ya podíamos

ver. Unas nubes de denso humo negro se elevaban hacia el cielo, y el fuego crepitaba con fuerza, rugiendo como una fiera. Enfilamos la vía Prenestina e inmediatamente nos sumergimos en un mar de gente que huía despavorida de la ciudad, con sus pertenencias a cuestas, gritando y jadeando.

—¡No vayáis hacia ahí! —chilló una familia—. ¡Es una locura correr hacia un incendio! ¡Huid, Huid!

—¡Es el emperador! —bramó otro hombre.

—¡Sálvanos, sálvanos! —empezaron a gemir.

Los miré fijamente. Era real que creían que podía salvarlos, que de algún modo podía obligar al fuego a apagarse.

—¡Ayúdanos, ayúdanos! —Una mujer se lanzó contra el costado de mi caballo.

—Voy a ayudaros —dije—. Dirigiré a los vigiles. Lo extinguiremos.

¡Oh, qué seguro parecía! Menuda mentira.

Más gente abandonaba la ciudad e inundaba la calzada. Burros, carretillas, bolsas y fardos, niños berreando. Poco a poco nos abrimos paso entre la muchedumbre, intentando tranquilizarla. Nos acercamos a las murallas de la ciudad, donde se vislumbraba la puerta Esquilina, abarrotada de personas que intentaban colarse por la estrecha abertura para salir. Cuando los guardias se dieron cuenta de que era el emperador, contuvieron a la gente para permitirme el acceso.

Entré en la ciudad y, de repente, estuve en la arena con el fuego. Lo que había sido un enemigo distante se enfrentaba ahora a mí. El humo era aquí mucho más denso y, a pesar de la salida del sol, lo cubría todo con un manto oscuro.

—¡Doblad a la derecha! —ordené, buscando el lugar donde Tigelino habría montado su tienda en el Esquilino. Había un puesto de vigilancia cerca de los jardines de Mecenas con vistas a la ciudad.

¡Los jardines de Mecenas! ¡Parte de mi nuevo palacio, la Domus Transitoria, estaba ahí! Pero no, estaba a salvo, quedaba demasiado lejos del incendio.

¿Demasiado lejos? No estaba tan lejos como para que fuera imposible unir la Domus Transitoria y el viejo palacio del Palatino de Tiberio. Yo lo había hecho, ¿no? Solo los separaba una milla. Y habían tenido que evacuar el Palatino.

Dirigí la mirada a la Domus Transitoria, pero no pude ver daño alguno; parecía intacta. Toda aquella zona estaba intacta.

Llegamos por fin a lo alto del Esquilino y me precipité hacia la casa de piedra que servía de puesto de vigilancia incluso en momentos de tranquilidad. Ahora estaba plagada de hombres, soldados y vigiles.

Vi a Ninfidio, de pie junto a la puerta, con unos mapas en la mano. Su semblante normalmente plácido lucía una mueca. Estaba deliberando con varios hombres, señalando con un dedo un lugar en un mapa. Alzó los ojos y me vio.

—¡César! ¡Gracias a Dios que estás aquí!

Como si yo fuera un dios. Bueno, tendría que actuar como si lo fuera, esperar que de algún modo pudiera transformarme durante este breve período en algo superior a mí.

—He venido lo más rápido posible —dije—. Cuéntame el alcance del incendio. Cuéntamelo todo.

Giró la cabeza hacia la ciudad que se extendía a nuestros pies. Desde aquella altura vi horrorizado lo que parecían cien fuegos distintos, enviando cada uno de ellos su oscura columna al cielo, y un incendio inmenso en el centro.

—Se declaró en el extremo del circo, donde están las verjas de salida. Creemos que algún producto inflamable de alguna de las tiendas prendió

fuego; en ellas guardan aceites para cocinar tentempiés para los asistentes. Se propagó de inmediato a las tiendas que estaban situadas al lado, que almacenaban madera, ropa y cosas así. Los tenderos, que dormían en las dependencias situadas encima, salieron a tiempo, pero no pudieron hacer otra cosa que huir. Un fuerte viento empujó las llamas, que recorrieron los laterales del circo incendiando las gradas de madera, y de allí... —Soltó un suspiro angustiado.

—¿Todo esto de noche?

—En medio de la noche. Pero había luna llena.

La hermosa luna llena que yo había admirado en Anzio, una presencia benévola allí.

—¿Quién dio la alarma?

—La cohorte de vigiles más cercana al incendio: la número siete. —Señaló su ubicación en el mapa.

—¡Queda muy lejos, al otro lado del Tíber!

—Sí —admitió—. Hemos tenido mala suerte.

—Muy mala suerte.

—Para cuando los vigiles estuvieron despiertos y equipados, el incendio se había propagado. Las llamas rugían en las gradas del circo, en ambos laterales entonces. Dado el amplio espacio abierto, no había nada que impidiera que se propagara, y el fuerte viento lo avivó.

Un fuerte viento. Más mala suerte.

—Ascendió la ladera sur del monte Palatino, y volvió a descender. Llevar los carros para combatir el incendio no sirvió de nada; las mangueras no podían lanzar el agua tan lejos. Así que los hombres retrocedieron, y enviamos a las demás cohortes a ayudarlos. Y todo esto sucedía de noche.

Una ráfaga de viento nos arrojó cenizas a la cara, ardientes y abrasadoras.

—Ten. —Ninfidio me dio un pañuelo empapado para taparme la nariz y la

boca. Inspiré el aire refrescado.

—¿Y todo el día siguiente?

—Se propagó. Fuimos incapaces de impedirlo. El fuego aparecía como por arte de magia en lugares alejados de su origen, por lo que éramos incapaces de derribar casas para crear un espacio abierto. Había gente que ayudaba a sus vecinos a combatir el fuego, pasándose cubos unos a otros, y cuando se volvía se encontraba con que su casa estaba en llamas. Algunas personas entraban corriendo en su casa para esconderse del fuego, y había que sacarlas por la fuerza porque el miedo les había hecho perder el juicio. Intentamos rociar las casas con agua mezclada con vinagre, que al fuego no le gusta, pero había muy poca, y no pudimos llegar a los pisos superiores.

—Para entonces, al final del primer día, ¿dónde se situaba el incendio?

—Se estaba propagando por el Palatino y el Capitolino. Entonces se hizo de noche. Empapamos mantas y colchones para poder colocarlos en la parte inferior de los bloques de viviendas de las zonas adyacentes. Era solo cuestión de tiempo que el fuego llegara a esos pisos y que todos los que estaban atrapados dentro tuvieran que saltar. Recorrimos las calles ordenando a la gente que abandonara su domicilio. Pero algunos se resistieron. La negación se mezclaba con el miedo.

Siempre. La negación y el miedo avanzan de la mano hacia la fatalidad.

—¿Y la mañana siguiente?

—Tuvimos que cambiar de turno, relevar a los hombres. Nos habíamos reagrupado aquí, en el Esquilino. Las siete cohortes aunaron su equipo y sus hombres. Ordené que sacaran y prepararan las balistas, una especie de ballestas. Teníamos que encontrar un lugar donde crear un cortafuego. Pero en todos los sitios que elegíamos ya habían caído brasas transportadas por el aire, por lo que tuvimos que seguir retrocediendo. En aquel momento te

enviamos al mensajero. Tendríamos que haberlo enviado antes, pero incluso a nosotros nos costó admitir lo grave que era.

—Ya hemos llegado a ayer. ¿Con qué os encontrasteis cuando volvió a haber luz del día?

—El Palatino y el Capitolino estaban rodeados por el este y por el este, y solo el lado norte, el Foro, seguía a salvo.

—¿Y ahora? —Nunca había lamentado tanto mi mala vista. No podía distinguir las distintas áreas que estaban en llamas.

—Tendremos que adentrarnos en cada área para averiguarlo —dijo Ninfidio—. Y para hacerlo tenemos que prepararnos. Ropa húmeda, máscaras, ganchos, cubos y hachas. Y hay que rellenar los depósitos de los vigiles de agua.

—¡Tenemos que ir de inmediato! —aseguré.

Me miró.

—Has estado en pie toda la noche, César. Tienes que descansar. No te sumes a los ciudadanos presas de pánico. Necesitarás toda tu fortaleza mental antes de enfrentarte al fuego.

No me sentía cansado. Pero tampoco me sentía normal.

—Muy bien. ¿Adónde tengo que ir?

—Hemos improvisado unos barracones ahí arriba. —Hizo un gesto para llamar a un ayudante—. Lleva al emperador a un sitio donde pueda descansar —le ordenó—. Quédate ahí hasta la tarde —me indicó—. Iré a buscarte y saldremos juntos.

El joven soldado me condujo hasta una gran tienda montada en la cima. Dentro, en hileras de camas de campaña, dormían vigiles exhaustos. En el centro, una mesa proporcionaba agua y comida a los cooperantes, y varios médicos curaban quemaduras.

—Aquí —me indicó el soldado. Había una zona que quedaba oculta a la



vista y disponía de camas privadas. La luz, que se filtraba por las paredes de la lona, era tenue, y las camas estaban preparadas con mantas y almohadas. Me dejé caer de buen grado en la más cercana, y el soldado me quitó amablemente las sandalias y me tapó con una manta. Mi fatiga pudo más que mi pavor, y el sueño me envolvió al instante, sumiéndome en un negro torbellino, tan negro como el humo que cubría la ciudad.

### III

Me desperté antes de que llegara Ninfidio. La última vez que me había despertado, el día anterior en Anzio, había estado desorientado un momento; y lo mismo me ocurrió aquí. Contemplé un insulso techo de lona. Me moví en un catre estrecho. Oí ruidos raros fuera, el sonido de un gentío distante y gemidos cercanos. Y entonces lo supe. Estaba en Roma, y Roma estaba en llamas.

Me incorporé de golpe. Me miré las manos sucias, veteadas de mugre y llagadas debido a mi larga cabalgada. Mi túnica estaba asquerosa, recubierta de cenizas y zarzas. Mis sandalias, llenas de arenilla, estaban cuidadosamente colocadas bajo la cama. Me las puse de prisa y me aventuré a salir a la parte central de la tienda, donde había hileras de camas dispuestas bajo la tenue luz. En ellas yacían hombres jóvenes, algunos vendados y gimiendo, otros inconscientes. El incendio ya se había cobrado víctimas.

Los sirvientes y los enfermeros apenas me miraron, ocupados como estaban. Mejor así. Tenía que pensar. «¡Piensa, Nerón, piensa!» Pero tenía el cerebro lento, aturdido.

Las áreas de Roma... ¿con qué se encontraría el fuego a su paso? Aquí, en el Esquilino, estábamos al nordeste del centro de la ciudad, a más de una milla de donde se había iniciado. Pero el fuego podía ser más veloz que un caballo, y podía galopar rápidamente por la ciudad. Era irónico que el incendio se hubiera declarado en una pista de carreras. ¿Se estarían los dioses burlando de nosotros?

El Palatino estaba justo al lado. Ninfidio había dicho que el fuego había

empezado a ascender una ladera del monte pero que se había detenido. Si llegaba al Palatino se perderían todos los tesoros que este contenía. Objetos históricos, no solo artículos de lujo. Altares que conmemoraban la fundación de Roma, y, ¡oh, dioses!, los laureles sagrados de la casa de Augusto. ¡Los laureles que predecían la muerte de un emperador! ¡Mi laurel!

«El fuego será tu perdición.»

También estaban los templos sagrados del Capitolino, y los edificios oficiales del Foro, y más allá, más cerca de nosotros, la Subura, donde vivía tanta gente, mucha de ella pobre, pero también los ricos en las zonas vecinas.

Donde vivía gente... ¿Dónde vivía Apolonio, mi entrenador deportivo? Solo sabía que era en la ciudad. ¿Y Terpnos, el genial guitarrista? ¿Y Apio, mi profesor de canto? ¿Y Paris, mi amigo actor? ¿Y los libertos que me servían, Epafrodito y Faón? ¿Y mis nodrizas de la infancia, Égloga y Alejandra, que todavía servían en mi casa, más como amigas que como sirvientas? ¿Y los escritores, Lucano, Petronio y Espículo? ¿Y mis amigos Pisón, Seneción y Vitelio? ¿Y...? ¿Y...? La lista era interminable. Gente importante para mí, de todas las condiciones sociales. Porque, a diferencia de los emperadores anteriores, yo había querido mezclarme con personas de otras clases, algo que el Senado desaprobaba. No había parte de la ciudad que no albergara personas con las que yo estaba relacionado personalmente. Y para las demás yo era su emperador, y debería ser su protector, su escudo ante la desgracia.

Pero el incendio..., el incendio... hacía que las bestias a las que se enfrentó Hércules en sus doce trabajos parecieran débiles y mansas en comparación.

Al preguntarles dónde habían ido los miembros de mi personal y mis amigos, los vigiles se encogieron de hombros y admitieron que nadie lo sabía. La gente había huido cuando el fuego se acercaba sin dejar nada dicho.

Entonces, Tigelino entró en la tienda, buscándome. Sus musculosos brazos

estaban manchados de hollín, y su cara, reluciente de sudor. Se me acercó a grandes zancadas, con una mueca en la cara.

—Aquí estás —soltó—. Perfecto. Ninfidio me cuenta que quieres salir con los vigiles. Te aconsejaría que no lo hicieras.

—¿Por qué?

—Es demasiado peligroso —respondió.

—¿Como las carreras de carros? Me prohibirías cualquier cosa que fuera menos segura que un carruaje cubierto avanzando pesadamente por la vía Apia un día de fiesta.

—¿Por qué insistes en hacer cosas tan arriesgadas? Es...

—Sí, ya lo sé. Irresponsable. Pero lo más irresponsable que puede hacer un emperador es abandonar a su gente durante una crisis.

—No hace falta que vayas a combatir personalmente las llamas para cuidar de tu gente. Alguien tiene que permanecer a salvo para dirigir las operaciones. Yo no estoy allí abajo, sino aquí arriba, organizando.

—Iré y lo veré directamente. Tengo que hacerlo.

—Te...

Iba a decir «te lo prohíbo». Pero yo era emperador, y nadie tenía la autoridad para prohibirme nada. Nadie.

—Esperaré a Ninfidio. Iba a regresar a la ciudad a primera hora de la tarde. Lo acompañaré.

Salí de la tienda y me quedé fuera, mirando colina abajo, viendo cómo los rayos brillantes del sol titubeaban y se desvanecían al encontrarse con las nubes de humo que cubrían la ciudad. Estaba en la cima del monte. Recordé el día en que Popea y yo habíamos ido allí, recorriendo la todavía inacabada Domus Transitoria que unía el viejo palacio de Tiberio, en el Palatino, y los jardines de Mecenas, situados aquí. Su entrada quedaba ladera abajo. Me dirigí hacia ella; unos cuantos esclavos nerviosos seguían en sus puestos,

custodiando la puerta. Los pasé de largo para adentrarme en la galería, parecida a un túnel, que serpenteaba por la parte inferior de la ciudad hasta llegar a los pies del palacio del Palatino.

Juntos, Popea y yo habíamos elegido los adornos de la Domus Transitoria; el techo de estuco blanco tenía incrustaciones de gemas y cristal. El artista que lo había hecho, ¿dónde estaría? ¿Estaría a salvo?

En el túnel se estaba fresco, tranquilo. Nadie diría que hubiera algo fuera de lo corriente. Pero al adentrarme en él lo olí, casi imperceptible pero inconfundible: humo. Había humo en el pasillo. Eso significaba que había fuego al otro lado, en la parte nueva, donde todavía tendría que notarse el olor de pintura fresca, sustituida ahora por cenizas y humo.

Salí con dificultad y corrí colina arriba. ¡Mi palacio estaba en llamas!

Cuando llegué a la cima, Ninfidio había regresado y estaba rodeado por sus hombres. Cerca de ellos había apilado un montón de ropa y equipo.

—¡Hay humo en la Domus Transitoria! —solté—. ¡Lo que significa que está en llamas en la parte del Palatino!

—El incendio está extendiendo sus brazos alrededor del Palatino entonces —observó Ninfidio—. ¿Todavía estás resuelto a acompañarnos?

—Sí. ¡No puedo quedarme aquí!

Tigelino se reunió con nosotros a tiempo de escuchar mis palabras.

—Es testarudo —dijo a Ninfidio—. He intentado convencerlo para que no lo haga. —No podía decir que había intentado ordenármelo.

—Tendremos cuidado. Y eso empieza por ponerse ropa protectora. — Ninfidio señaló el montón—. Lo he empapado todo en agua mezclada con vinagre. Apestará, pero mejor apestar que arder.

Yo, junto con unos treinta hombres, tomamos la ropa y nos la pusimos: túnica, capa con mangas, botas altas y un ajustado casco de cuero. Era pegajoso y pesaba.

—Ahora, tomad vuestro equipo —indicó Ninfidio—. Un hacha, un garfio, un cubo. A los pies del monte están esperando las bombas de agua, llenas y preparadas, y otro carro con las mantas y los colchones que hay que colocar para los que saltan. Mucho antes de llegar a la zona del incendio encontraremos una multitud de gente. Tenemos que mantenernos juntos y abrirnos paso entre ella sin separarnos. Para ello, voy a daros unos brazales blancos. Colocáoslo en el brazo izquierdo. Levantad el brazo si veis que nos perdéis para que podamos localizaros.

A su señal, descendimos la colina. Sus instrucciones habían sido muy escuetas. No nos había dicho qué hacer si nos encontrábamos con llamaradas, si alguien se veía envuelto en llamas, si volaban piedras o pedazos de madera por el aire. A lo mejor no podíamos hacer otra cosa que escabullirnos. A los pies de la colina estaban esperando los carros, como nos había dicho. Me impresionó su organización y su control. Los carros disponían de bombas de mano, llenas de agua. Las mangueras estaban enrolladas, dispuestas, pero dudé de que llegaran tan arriba. Ningún hombre tenía la fuerza suficiente para impulsar el agua a más de veinte pies de altura.

—¡Adelante! —gritó Ninfidio, levantando el brazo izquierdo con el brazal. Los carros se pusieron en marcha con gran estrépito y nosotros los seguimos en masa. Recorrimos las calles, donde todo permanecía intacto, pero como Ninfidio había predicho, el mar de personas que huían de la ciudad hacia el campo casi nos engulló. La amenazadora nube de humo cubría la ciudad frente a nosotros.

Pero al acercarnos al Foro cruzando el centro abarrotado de la ciudad, la Subura, llegamos de repente a una zona en llamas. Nos dimos cuenta cuando empezaron a caer encima remolinos de brasas, que siseaban al extinguirse en nuestra ropa mojada.

—¡Está en el distrito octavo! —gritó Ninfidio, y eso fue lo último que oí

antes del rugido de los fuegos y los gritos de la gente que lo ahogaban.

Las casas estaban ardiendo, pero no todas. Una casa en llamas podía tener casas todavía intactas a cada lado, pero no por mucho tiempo. Vi un chorro de agua que una de nuestras mangueras dirigía a una de las casas, pero era débil y no afectaba demasiado al fuego. El calor era intenso, y la ropa pesada que llevaba lo hacía casi insoportable. Pero no podía quitármela porque me achicharraría directamente.

Unos pedazos de madera chisporroteantes salieron volando de las casas, cayeron sobre la gente y aplastaron a algunas personas. A mis pies, un niño quedó sepultado bajo una viga, que conseguí apartar, pero el niño estaba muerto. Alcé los ojos hacia las casas que ardían, con las llamas que salían de las ventanas formando unos vibrantes zarcillos amarillos, como un ser vivo. Entonces las ventanas expulsaron una bola de fuego con un estallido, y los gritos del interior de la casa cesaron al hundirse los pisos.

Volví a oír a Ninfidio:

—¡Por aquí! ¡Los bloques de viviendas!

Y nos abrimos paso a empujones hacia esa zona. Pero por el camino un grupo de hombres amenazadores me impidió el paso. No eran ciudadanos aterrados sino agentes resueltos que llevaban cubos de alquitrán, palos y antorchas encendidas. Las lanzaron adrede a las casas que no estaban ardiendo.

—¡Deteneos! —grité, sujetando el antebrazo de uno de ellos. Se zafó fácilmente de mí.

—¡Cállate! —espetó. Sus compañeros siguieron hundiendo los palos en los cubos con alquitrán, encendiéndolos y arrojándolos a las casas.

—¡Basta! —les ordené, de nuevo sin resultado. Entonces me di cuenta de que no tenían ni idea de quién era, disfrazado como iba con la ropa de

prevención de incendios. Después los vi estorbando a algunos de los vigiles de Ninfidio que intentaban apagar el fuego.

—¡Hacemos esto bajo la autoridad de alguien! —aseguraron con las manos levantadas, desafiantes.

—¿Autoridad de quién? —pregunté.

—De alguien a quien obedecemos —contestaron.

—¡Yo soy el emperador! —grité—. ¡Tengo poder sobre cualquiera que os esté ordenando hacer esto! ¡Deteneos si valoráis vuestra vida! —les exigí.

Los hombres se limitaron a reírse, sin creermelo. O quizá sin importarles, a sabiendas de que nunca podría identificarlos. Pero la gente que había a nuestro alrededor nos oyó y lo malinterpretó.

—¡Es el emperador! ¡Les está diciendo que prendan fuego!

—¡No! —exclamé—. ¡Yo no voy con estos hombres!

—Claro que sí —bramó una mujer—. Vas con ellos. ¿Por qué, si no, estás aquí hablando con ellos? ¿Y en secreto, sin ninguno de los miembros de tu guardia real? ¿Dónde están los pretorianos? Les has dado esquinazo a propósito.

Entonces, otra casa empezó a oscilar y a derrumbarse, y todo el mundo se dispersó. Todo el mundo salvo dos hombres que se quedaron, loando a su dios.

—¡Oh, alabado sea el nombre de Jesús! Esto es el principio. El principio del final, el final que prometiste. —Uno de ellos se agachó para recoger una antorcha encendida—. ¡Por fin es el día del Señor! ¡Y hemos sido bendecidos con la posibilidad de acelerar su llegada! —dijo, y arrojó el palo ardiendo al interior de una casa—. ¡Gracias, Señor!

Su agradecimiento fue efímero; como si les respondiera, la casa se desplomó sobre ellos.

Me había sumido en una pesadilla. Esquivé la casa derrumbada en busca



de Ninfidio y los demás hombres, pero los había perdido. Daba igual. Sabía cómo llegar a los bloques de viviendas. Pero me impresionaron los desvergonzados saqueadores que estaba viendo entonces entrar en las casas y salir de ellas cargados de objetos robados, y los fanáticos religiosos que estaban explotando el incendio para sus propios fines. No lo había previsto, pero tendría que haberlo hecho. No hay ninguna tragedia que no sea aprovechada por hombres malvados.

De repente, un río de fuego salió a raudales por la puerta de una casa, agitado y reluciente como un río de verdad, pero era puro fuego. Un gruñido, como de un animal monstruoso, llegó del interior, seguido de otro vómito de fuego. Una muchedumbre compacta que huía de él me empujó y me estrujó, y me llevó en la dirección que ella quiso.

Estaba finalmente en los bloques de viviendas, los edificios altos de pisos que eran los más peligrosos de todos. De madera o de adobe, podían tener cinco o seis plantas, que eran inseguras y más endebles a medida que ganaban altura. Encontré a Ninfidio al localizar los carros y las bombas de agua, alineados frente a un edificio. Los hombres estaban extendiendo las mantas y los colchones, y me puse a ayudarlos a descargar el pesado material de los carros. El costado del edificio ya era una cortina de llamas entre rojas y amarillas, y la gente colgaba de las ventanas, aterrada.

Ninfidio les hizo señas en cuanto las mantas y los colchones estuvieron puestos en su sitio.

—¡Saltad! ¡Saltad! —gritó. Algunos obedecieron, y los que estaban en las plantas inferiores aterrizaron a salvo. Pero los que estaban en las plantas superiores se dieron un buen batacazo y no todos sobrevivieron.

Nos quedamos mirando a los que habían muerto, hechos un guiñapo en las mantas. Había niños muy pequeños. Eran los que se habían llevado la peor parte. Tuve ganas de devolver.

—Es una muerte más dulce que el fuego —soltó uno de los vigiles que estaba junto a mí. Tenía razón. Pero el fuego era su verdadera causa.

Entonces, uno de los bloques de viviendas que teníamos al lado, al parecer, intacto, empezó a soltar chispas y explotó de golpe sin previo aviso. Los escombros salieron disparados por todas partes; cadáveres junto a vigas, piedras y muebles. A nuestro alrededor llovieron cuerpos calcinados, ennegrecidos e irreconocibles como personas a no ser por los zapatos que seguían llevando en los esqueléticos pies carbonizados. Entonces sí que tuve náuseas, me quité el casco, pesado y agobiante, y me arrodillé en la calzada. Pero al enderezarme, secándome la boca, unas pavesas me chamuscaron el pelo y la única forma que tuve de evitar acabar envuelto en llamas fue sofocándolas volviéndome a colocar el casco en la cabeza. Bajo el casco notaba el calor de las brasas que intentaban matarme antes de extinguirse lentamente, su misión extinguida con ellas.

—Es un monstruo —señaló Ninfidio—. ¿Has visto suficiente? Te dije que tendrías que haberte quedado en el campamento.

—¿Como un cobarde? —dije—. Tenía que verlo, tenía que saber a qué nos enfrentamos.

—Un fuego es un ser vivo —contestó Ninfidio—. El edificio parecía seguro. Pero albergaba en su interior al enemigo, un enemigo que estaba alimentándose, respirando, ocultándose, esperando, fortaleciéndose. Solo se reveló cuando era demasiado tarde para detenerlo.

—No estoy seguro de que seamos capaces de detenerlo. Me temo que solo podemos ralentizarlo y rescatar a sus víctimas. Y hasta en ese aspecto estamos lastimosamente limitados, superados por el enemigo. —Era la horrible realidad.

—Tengo que rellenar las bombas de agua —dijo Ninfidio—. Y mis

hombres necesitan descansar, hacer un cambio de turno. Tenemos que retroceder para volver al Esquilino y al distrito cuarto.

—Tengo que ver el Palatino —dije—. Tengo que seguir adelante.

Ninfidio no se molestó en intentar disuadirme.

—Solo no. Llévate a uno de los tribunos pretorianos contigo. Subrio Flavio está junto a los carros. Lo llamaré.

No quería volver a donde estaban los carros y las mantas con su horripilante muestrario. Esperaría. Enseguida apareció Subrio. Era uno de esos hombres que parecía un armario ropero, con la cara y el torso anchos, aunque no era gordo. Pero bajo todas las prendas protectoras resultaba imposible ver cómo era realmente nadie.

—Yo te acompañaré, César —dijo—. ¿Adónde quieres ir ahora?

—Al Foro. Y al Palatino —respondí sin dudar.

—Nos dirigiremos al corazón del incendio —indicó con el ceño fruncido.

—Tengo que ver dónde se ha propagado —dije. Temía verlo, pero tenía que hacerlo. Tenía que saberlo.

Soltó un suspiro casi imperceptible y señaló con un dedo:

—Por aquí entonces.

Nos abrimos paso entre la oleada de gente frenética y dejamos atrás más edificios en llamas. El ruido del incendio creció, más fuerte, absorbiendo el aire. El humo se hizo más denso y tuve que taparme la nariz y la boca con un pañuelo. Los ojos, que no llevaba cubiertos, me escocían y dolían. En la oscuridad artificial que creaba el humo, no podía ver a demasiada distancia, pero sí distinguir personas que se tambaleaban, algunas que se ayudaban entre sí y cargaban a los inválidos y los desvalidos, otras que despiadadamente apartaban a empujones a los demás y los pisoteaban. Algunas personas llevaban fardos que contenían sus pertenencias; otras eran ladrones cargados de objetos robados.

De repente llegamos al Foro, a los espacios abiertos que hay en él. Estaba intacto. Todavía no había prendido fuego. Los edificios de mármol, y el espacio entre ellos, lo retrasarían. Pero el fuego se estaba acercando, y de golpe vi una llama que se elevaba del techo abierto del templo de Vesta, y supe que no era la llama sagrada.

Me quedé inmóvil, observando. Aquello era la esencia misma, el corazón de Roma, y estaba sucumbiendo a la destrucción. Aquello era el centro de la Roma de la que yo era responsable, de la Roma que se suponía que yo protegía. Solo yo sabía el nombre secreto sagrado de Roma, como máximo pontífice, sumo sacerdote de la religión del Estado. No estaba escrito en ningún sitio; cada pontífice lo susurraba a su sucesor. Mientras ese nombre sagrado se supiera, Roma podría seguir existiendo, podría reconstituirse. Pero si algo me sucediera, si pereciera allí mismo, Roma perecería conmigo. Tigelino había tenido razón al intentar mantenerme alejado del peligro, pero había peligro en todas partes. Una noche tranquila a solas en el palacio podía ser también peligrosa. Era más noble morir de pie, combatiendo un mal enorme, que ser ignominiosamente asesinado en un pasillo, como Calígula.

Desvíe la mirada de aquella vista desgarradora.

—¡Por ahí! —indicé a Subrio, y nos dirigimos hacia el extremo del Foro en el Capitolino. Pasamos ante el templo del divino Julio, el arco de Augusto, la Rostra, la Curia, que se erigían orgullosos y serenos mientras el hollín y las cenizas ensombrecían su mármol.

Delante de nosotros, el monte Capitolino parecía a salvo. A nuestra izquierda estaba el Palatino, y señalé el escarpado camino que conducía hacia él. Subrio sacudió la cabeza.

—Quédate aquí entonces —dije. Hizo ademán de detenerme, pero sabía que no tenía autoridad para hacerlo—. Espérame.

Antes de que pudiera protestar, me volví y subí corriendo por la calzada,

aunque entonces costaba mucho respirar. Pero tenía que verlo. Sin falta. Este lado seguía estando en calma, pero el otro lado del Palatino daba al origen del incendio, que seguía rugiendo y propagándose. Llegué a la cima y allí estaba, al otro lado: un fuego espantoso, abrasador, atronador, con unas llamas cuya altura rivalizaba con el Palatino. Las oleadas de calor me hicieron retroceder, tambaleante. Era imposible acercarse más. De los edificios agonizantes se elevaban crujidos y chirridos. Los coronaba una vibrante columna de fuego, que se retorció y se contorsionaba como una bailarina. Lo contemplé hipnotizado, cautivo de su extraña belleza. Una ráfaga de viento alejó la cortina de humo y vi mi Domus Transitoria en llamas, siseando y chisporroteando. El lugar donde me había sentado con mis amigos poetas para disfrutar de largos encuentros ociosos, con el suave murmullo del agua que manaba de una fuente detrás de nosotros, estaba siendo ahora consumido por un fuego que había hecho que el agua se convirtiera en vapor y las columnas, achicharradas, se tambalearan. Entonces, afortunadamente, el velo de humo lo cubrió de nuevo y me lo ocultó.

Tenía que volver. En cualquier momento las llamas se propagarían hacia allí arriba, pasando rápidamente de un edificio a otro. Estaría atrapado. Bajé corriendo, con el calor abrasándome la espalda, seguido por el diablo, que reía detrás de mí.

Subrio me aguardaba impaciente.

—Está empezando a avanzar —le informé—. Pronto prenderá por completo. Retrocedamos cruzando el río y vayamos a mi casa de los campos Vaticanos. Pasaré allí la noche.

Esquivando con mucho cuidado las zonas que ardían, lo que significó adentrarnos en el Campo de Marte, que parecía intacto, finalmente cruzamos el Tíber desde mis propiedades vaticanas.

Mi residencia estaba a salvo, y era poco probable que el incendio saltara el

río y llegara hasta allí.

—Quédate aquí y come algo —indiqué a Subrio—. Después regresa al Esquilino e informa a Ninfidio. Dile que volveré por la mañana.

Los esclavos nos prepararon rápidamente comida, y pude contarles lo que había visto y asegurarles que no corrían peligro. Subrio habló poco. Puede que siempre estuviera callado o que lo que habíamos visto ese día nos hubiera dejado sin palabras. Agradecí su silencio mientras comíamos despacio.

Todavía era de día en aquel lado del río cuando le ordené partir. No hizo falta que le recomendara que se mantuviera alejado del norte de la ciudad.

—Gracias —dije.

Él asintió y se marchó.

Me dirigí, desfallecido, a mis aposentos después de pedir algo para comer. Cuando me trajeron la comida, algo de pan e higos secos, lo único disponible, vi que no tenía nada de apetito.

Me acosté después de lavarme para quitarme el hollín, el sudor y la tierra. A pesar de las prendas protectoras tenía los brazos y las piernas enrojecidos y llenos de ampollas, y el cabello muy chamuscado. Pero eso era irrelevante. Mi ciudad estaba siendo destruida, y yo no podía hacer nada, más allá de tomar pequeñas medidas. Ahora solo los dioses podían impedirlo. Y este día me había enseñado que entre la literatura y la vida real mediaba un abismo. Una cosa era cantar lo ocurrido en Troya e imaginar la angustia de Príamo y el sufrimiento de los troyanos, y otra muy distinta contemplar cómo ocurría de verdad de modo que los muertos y los damnificados eran personas que podía tocar y oler, mi propio pueblo.

## IV

No hubo un verdadero amanecer, porque el fuego mantuvo el cielo iluminado y refulgente toda la noche. Finalmente apareció en el este el color normal del día. No había dormido, no de verdad. Los sueños sobre el fuego se mezclaban con los recuerdos de lo que había visto y era imposible distinguirlos entre sí. Me levanté con dificultad de la cama, puesto que los brazos y las piernas me escocían debido a las quemaduras. En cuanto me pudiera vestir, volvería al Esquilino.

Ese era el cuarto día del incendio. ¿Dónde se habría propagado durante la noche? La mancha roja en el cielo hacía añicos cualquier esperanza de que, por algún milagro, se hubiera extinguido. ¿Y dónde estaría la gente que había huido al campo? Había que encontrarla, contarla y ayudarla.

Partí enseguida, tras decir a los esclavos que prepararan los jardines para usarlos como refugio. Iba solo, sin guardia, de modo que podía recorrer la ciudad sin que nadie se fijara en mí y valorar por mí mismo cómo estaba. Al cruzar de nuevo el Campo de Marte, que todavía parecía intacto, me di cuenta de que los edificios públicos que había allí también podían usarse como refugio. Es decir, si el área permanecía a salvo. Unas nubes de humo lo cubrían todo, y una lengua de fuego había ascendido por el lado de la ciudad donde estaba el Campo, junto a la vía Lata. Me mantuve muy al norte, cruzando las áreas de los montes Quirinal y Viminal, hasta que finalmente llegué al Esquilino a mediodía. En las áreas bajas vi que las llamas alcanzaban gran altura, y oí los gritos y el ruido de la destrucción.

Ninfidio y sus hombres estaban reunidos en la cima de la colina, a punto de

ponerse las prendas protectoras para salir de nuevo. En cuanto me vio, se me acercó y me ayudó con el equipo que había llevado hasta allí.

—Subrio me contó lo que pasó —dijo—. Que ascendiste el Palatino. Por poco no te achicharraste vivo. Todo aquello está ahora en llamas. Por lo menos, eso creemos. Nadie es tan insensato como para acercarse lo suficiente para comprobarlo. También se ha extendido a un extremo del Foro.

—Ya lo sé —dije—. Ayer lo vi atacar el templo de Vesta.

—Atacar —repitió con una mueca—. Ahora lo entiendes. Sí, es una fiera; piensa, acecha, ataca y mata. Tiene voluntad propia. Puede que incluso planee.

—Pues tenemos que ser más listos que él.

—Lo estamos intentando. Pero hasta ahora él ha sido más listo que nosotros. En cada sitio en el que tratamos de crear un cortafuego, salta por encima y se burla de nosotros. Te juro que se ríe.

—El otro lado del río todavía está a salvo. Podríamos dirigir ahí a la gente.

—Si quieren escucharnos. Están histéricos. Puede que tengamos que buscarlos en el campo. Los hay que se han refugiado en las tumbas que flanquean las carreteras fuera de la ciudad. —Levantó el equipo protector de cuero que llevaba cargado al hombro.

—No —dije—. Hoy no.

—¿Mañana? —¿Estaba poniendo a prueba mi determinación o simplemente me estaba engatusando para que creyera que quería que participara?

—Espero que mañana no sea necesario que salgáis.

—Con esperararlo no basta. —Rio y, sacudiendo el equipo, añadió—: Y tendrías que cuidar mejor de ti mismo.

—No volveré a acercarme al fuego.

—No me refiero al fuego. Me refiero a exponerte de esa forma, yendo por



ahí sin un solo guardia. Has recorrido toda la ciudad para llegar aquí, ¿no?

—Sí, pero me mantuve alejado del fuego.

—¡No estoy hablando del fuego, sino de asesinos! Cualquiera podría haberte asesinado esta mañana. Por todos los dioses, César, ¿careces de prudencia? Se te reconoce al instante, e ibas solo.

—No creo que haya demasiada gente que quiera asesinarme —contesté—. Solo querían hacerlo miembros de mi familia, no mi pueblo.

—¡Basta con uno!

—Tienes razón, claro —admití—. Habría sido fácil.

—No es culpa tuya. Da igual quien sea, siempre hay alguien que preferiría verte desaparecer. Un enemigo así puede incluso estar chiflado, pero su cuchillo es igual de letal que el de cualquier otra persona.

—Sí, sí —dije. Quería poner fin a esta conversación. La idea de que alguien quisiera matarme me ponía nervioso. Tendría que haberme acostumbrado, pero no lo había hecho.

Me volví y me quedé mirando el fuego que se propagaba. Para entonces, siete de los catorce distritos estaban en llamas, desde el sur, cerca del monte Celio, por los pies de los montes Viminal y Esquilino, todo el Circo Máximo, la mayoría del Palatino, medio Foro y un lado del Campo de Marte, donde estaban los teatros. Solo el monte Capitolino seguía siendo seguro, una isla en un mar de llamas. Tal vez el mismo Júpiter estuviera protegiendo la suya. La Subura, el centro densamente poblado donde se concentraban los pobres, era un infierno. Las sinuosas y angostas calles, las plantas superiores, las casas cercanas que compartían una pared, habían creado las condiciones ideales para alimentar el fuego.

¡Ojalá lloviera! Ojalá una de las tormentas por las que Roma era famosa nos rescatara ahora. Pero no, los dioses giraban la cabeza, no se apiadaban de nosotros. Una lluvia fuerte, torrencial, extinguiría el incendio, o por lo menos

lo devolvería a niveles que podríamos combatir. El cielo, la parte que el humo no oscurecía, seguía estando burlonamente despejado.

Me puse a deliberar con Tigelino y otros pretorianos sobre las medidas que podíamos adoptar para aliviar el sufrimiento de la población desplazada. Así no pensaba en las cosas atroces que estaban pasando abajo, cosas que no podía hacer nada por evitar.

—Has cruzado la ciudad a pie —señaló Tigelino con desaprobación—. Podrías haber...

—Sí, ya lo sé —lo interrumpí—. Tenemos que asumir el control de lo que podamos. Tenemos que hacer provisiones para las personas que han huido, que lo han perdido todo.

—Hay un millón de personas en Roma —dijo Fenio Rufo, separándose de los demás pretorianos—. ¿Cómo vamos a ocuparnos de todas ellas?

—Fenio, es agradable ver al huidizo compañero de Tigelino —dije. Aunque lo había nombrado para que compartiera el cargo de prefecto del pretorio con Tigelino, Fenio, mucho más silencioso, solía desaparecer bajo la amplia sombra que proyectaba Tigelino—. No toda la población de Roma ha huido... aún. De modo que no habrá un millón de refugiados.

—Sí, algunos están muertos —apuntó Tigelino—. Así que no tenemos que hacer nada por ellos. Como el fuego los ha incinerado incluso, ya no hay que encargarse de nada.

—Eres un bastardo, Tigelino —soltó Fenio con el ceño fruncido.

—Eso me dicen. Por eso estoy donde estoy. —Esbozó entonces su encantadora sonrisa, la que dirigía a todas las chicas de los burdeles.

¡Los burdeles! Recordé, horrorizado, que la mayoría de ellos estaban ubicados en la Subura. Esperaba que las mujeres hubieran huido, junto con sus clientes, a tiempo.

—En primer lugar, ¿están tus hombres patrullando las calles para limitar

los saqueos? —pregunté—. Tendría que ser una de vuestras tareas. También tenemos que localizar y recontar a los desplazados. Hasta que no hagamos un recuento, no podemos proporcionar suficiente ayuda.

—Las cifras aumentan a medida que el fuego crece —dijo Fenio—. Todavía no ha terminado. —Como si quisiera recalcar lo que había dicho, nos llegó una ráfaga de viento cargada de hollín y hedores de podredumbre y carne quemada. Se llevó un pañuelo a la nariz y tosió—. Y sí, tenemos unidades patrullando. Aunque parece imposible impedirlos. Y se nos ha informado incluso de que algunos soldados están saqueando.

—Ayer, cuando estuve allí, vi saqueadores e incendiarios.

—¿Incendiarios? —preguntó Tigelino.

—Hombres que arrojaban adrede antorchas a los edificios y amenazaban a cualquiera que intentara detenerlos. Dijeron que obedecían órdenes.

—¿De quién?

—«De alguien con autoridad», por lo que oí —respondí—. Y después había otros hombres distintos, hablando de Jesús y diciendo que había llegado el fin del mundo y que ellos estaban ayudando a hacerlo realidad.

—¿Estás seguro? —preguntó Fenio.

—Sí, del todo —aseguré.

—La gente pierde la cabeza en una crisis como esta. No sabe lo que hace o lo que dice —dijo Tigelino.

—Ellos sí lo sabían —insistí—. Pero esto no es lo que nos ocupa. Lo que nos ocupa son las personas que han sobrevivido, pero solo con su vida. Así que haced un recuento. Después prepararemos mis jardines de los campos Vaticanos y abriremos los edificios públicos del Campo de Marte: el panteón, el teatro de Pompeyo, las termas y el gimnasio.

—Estarán hambrientos —señaló Fenio.

—Los almacenes de grano de los muelles se han incendiado —indicó

Tigelino—. No hay nada con que alimentarlos.

—Traigamos grano de Ostia —dije—. Y de ciudades vecinas. Encargaos de ello.

Oscureció temprano; un ocaso enmascarado por el humo. Al contemplar la ciudad desde la colina, el resplandor rojo parecía ocupar prácticamente todos los espacios vacíos. Ninfidio y sus hombres regresaron, exhaustos y derrotados.

—Sigue creciendo —soltó con voz entrecortada y quitándose el casco—. Hemos tenido que abandonar la parte central de la ciudad y retroceder hasta un lugar seguro. —Se sentó, jadeante, apoyando los brazos en las rodillas.

—¿Está todo el mundo a salvo?

—Todos mis hombres sí. Pero muchos otros no. —Descansó la cabeza en las manos como si pudiera quitarse las imágenes de la mente—. Mañana tenemos que destruir todo lo que hay a los pies de esta colina. Todo. Todas las casas, todos los bloques de viviendas, todas las tiendas, cuadras y altares. Tenemos que crear un cortafuego enorme, tan ancho que no pueda saltarlo. Y tenemos que dedicar todos nuestros esfuerzos a ello mañana, antes de que el fuego se acerque más.

Como no había nada más que pudiera hacerse a oscuras, me retiré para acostarme. Yacía rígido, haciendo como que dormía. Tal vez así podría conciliar el sueño. Pero los pensamientos me cruzaban por la cabeza como ratas que se escabullen rápidamente. Un aluvión de llamas. Personas envueltas en ellas. Destrucción de toda nuestra historia, los vestigios tangibles de nuestros logros, escudos, botines y trofeos de guerras remotas. Miedo. ¿Qué pasaría? ¿Qué quedaría? ¿Algo?

Popea. Tendría que avisarla, contarle lo que estaba pasando. Pero era frívolo enviar un mensajero a Anzio con una carta, cuando aquí necesitábamos todas las manos disponibles. ¿Y cómo podría describirlo?

Pero no describirlo sería cruel e irrespetuoso, tanto para ella, que querría saberlo, como para quienes habían fallecido. Tenía que esperar hasta estar con ella para decírselo. ¿Y cuándo, cuándo sería eso? ¿Y cómo sería el mundo que veríamos?

El mundo que vi la mañana siguiente era un lugar de pura destrucción. La fiera del fuego había sido voraz por la noche y había vuelto a crecer, extendiéndose como una mancha, brillante y vibrante. Era el quinto día del incendio. Nos reunimos en lo alto de la colina y lo observamos angustiados. El fuego era ahora visible a nuestra derecha, avanzando por el distrito sexto, donde estaban los jardines de Salustio. Estaba extendiendo sus brazos para rodearnos y acabar con cualquier rastro de espacio seguro.

Tigelino había llamado a todos los pretorianos de su campamento en el extremo este de la ciudad, lo que sumaba miles de manos más. También había ordenado que llevaran todas las balistas a los pies del Esquilino para derribar casas y crear un cortafuego.

—De todos los tamaños —dijo—. Tenemos tres gigantes, del tipo que puede arrojar piedras que pesan ochenta libras. Pero son tan grandes que es difícil manipularlas en espacios estrechos. Así que también utilizaremos las más pequeñas. Tenemos treinta de ellas.

—Tenemos más, pero están en otros campamentos, demasiado lejos para traerlas deprisa —dijo Fenio—. Ven, vamos a prepararnos y a descender al dar la señal.

Una vez más me puse el pesado equipo de cuero, que era más incómodo ahora que tenía ampollas en la piel. Pero daba igual. Me di cuenta de que tenía ganas de bajar, hacer algo en lugar de quedarme allí y mirar.

Ninfidio dirigiría a los vigiles y Tigelino a los soldados. A los pies de la

colina, las balistas estaban esperando alineadas, junto con los pretorianos. Contemplé, entre admirado y asombrado, la fortaleza de esas máquinas, preparadas gracias a la experiencia romana. Eran instrumentos de destrucción, pero la destrucción podía tener una belleza espectacular.

Funcionaban por torsión con un resorte hecho con tendones de animales, de los que se tiraba hacia atrás con una manivela para tensarlos. Rodeé la más grande, recorriéndola con las manos, maravillado por aquella construcción de madera y metal. Una carga de piedras aguardaba ser arrojada por las máquinas. Cada piedra se deslizaría por una ranura hasta descansar contra una placa que se liberaría cuando se soltara la torsión.

—Puede lanzar una piedra a un tercio de una milla —explicó Tigelino, dándole palmaditas como si fuera un burro—. Pero no tenemos que llegar tan lejos si podemos acercarnos a las casas y apuntarlas directamente. ¡Vamos! —ordenó a los hombres. Las mulas tiraron de las balistas con un crujir de ruedas.

Me situé tras ellos, y poco después habíamos elegido nuestros blancos: una franja de casas y tiendas formada por varios bloques que bordeaba los jardines de Mecenas.

—Es una pena, ¿verdad? —dijo Subrio, de pie a mi lado mientras llevaban las máquinas a su sitio—. Casas de gente pudiente, llenas de tesoros, jardines con plantas raras; todo ello quedará destruido.

—¡Avisad a todo el mundo! —gritó Tigelino—. ¡Que salga todo el mundo! —Un montón de soldados corrió arriba y abajo por las calles para gritar que evacuaran la zona.

Seguro que no quedaba nadie dentro. Pero, para mi sorpresa, salieron personas de las casas. ¿Estaban ciegas y sordas? ¿Cómo podían haberse quedado allí?

Se precipitaron hacia los soldados y las balistas, y bramaron: «¡No, mi casa

no! ¡Mi casa no! La construyó mi abuelo...» o «¡Es mi propiedad privada, no tenéis ningún derecho a destruirla!».

Me vi obligado a hablar. Avancé y me quité el casco para que supieran quién se dirigía a ellos.

—Tenemos autoridad para hacerlo —dije—. Vais a perder vuestra casa de todos modos; de esta forma, el sacrificio puede tener algún valor. Si no, será una pérdida inútil. Creemos este cortafuego para salvar otras áreas.

—¡El emperador! —exclamó un hombre—. ¿Qué sabrás tú qué es perder una casa?

—Mi casa se ha incendiado con todo lo que había dentro, todo lo que yo atesoraba. Y para nada. Ha desaparecido, y para lo único que ha servido es para alimentar el fuego y su horror antes de que siguiera avanzando.

—¡Puedes construirte otra! —soltó—. Pero ¿y nosotros?

—Seréis recompensados. Vosotros también podéis volver a construir una.

—¡No me moveré de aquí!

—¡Se acabó! —dijo Tigelino. Hizo un gesto a sus soldados, que empuñaron la espada—. Estamos perdiendo un tiempo valiosísimo. Vuestra casa será derribada. Así que entrad y recoged lo que podáis los próximos minutos, id después al este por la vía Prenestina y esperad en el campo.

—Nosotros iremos al campo a proporcionaros ayuda, comida y refugio —añadí.

La discusión se repitió a lo largo de las casas, que fueron evacuadas rápidamente, y empezó la demolición.

Las balistas fueron situadas en su sitio, preparadas para disparar a las casas, y tras una señal, de una en una, arrojaron sus piedras desde una distancia segura. El impacto al golpear las casas era explosivo. Los ladrillos y la madera se arrugaban como si fueran de papel; las piedras penetraban en

ellas, y bastaban cuatro o cinco para completar la demolición. Las casas acababan convertidas en un montón de escombros.

Avanzábamos entonces hacia el siguiente bloque y repetíamos el proceso. A media tarde, una amplia franja de ruinas de una milla de longitud y un cuarto de milla de anchura rodeaba la base del Esquilino. Entonces empapamos los escombros en agua con vinagre.

—Buen trabajo —dijo Tigelino, levantando el brazo a modo de saludo—. Ahora volved al campamento y descansad. —El campo de los pretorianos, situado fuera de la ciudad, en terreno elevado, era un lugar que, sin duda, no corría peligro.

Los demás subimos de nuevo el Esquilino. Y esperamos.

Y nos emborrachamos. Todo empezó cuando Ninfidio sacó unas ánforas y nos aseguró que no era necesario que nos comidiéramos porque había más; nos lo habíamos ganado. El agotamiento, el miedo y la tensión ya nos habían debilitado. Entonces apareció Baco y tomó el mando. Pronto estuvimos todos sentados en el suelo, empujando el codo, algunos cantando, otros llorando y unos cuantos más mascullando sin sentido.

Miré fijamente el incendio a nuestros pies. A pesar de mi mala vista, podía distinguir las distintas intensidades del fuego: unos sitios ardían con llamas luminosas; otros, con llamas de un rojo más intenso, y unas cuantas más con llamas teñidas de azul. Era una colección de piedras preciosas formada por rubíes, cornalinas, cuarzos y topacios, iluminados desde su interior.

Era duro pensar. Lo único que podía hacer era contemplar el incendio sin que mi cerebro pudiera formar palabras. No quería que las palabras surgieran y llenaran el espacio vacío. Nada de palabras. Sin ellas, podía mantener el miedo a raya.



Recorría campos frescos de amapolas que se balanceaban suavemente. Un halcón me sobrevolaba, surcando el cielo con sus alas. Alguien llamaba: «¡César, César!» Echaba un vistazo a mi alrededor, pero no veía a nadie, solo al halcón solitario.

—¡César, César! La voz no pertenecía al sueño; sonaba junto a mis orejas. Abrí los ojos y el campo de amapolas se desvaneció y vi la cara de Tigelino. El mundo real había vuelto, y yo estaba en él.

—¿Sí? —dije—. ¿Qué pasa ahora? ¿Qué cosa terrible ha sucedido?

—¡Ha funcionado! —soltó—. El fuego se ha detenido. Esta noche alcanzó la zona que habíamos despejado y no pudo avanzar más. Y también se está extinguiendo en el resto de la ciudad. ¡Se ha quedado sin combustible!

—¿Por qué todo ha acabado reducido a cenizas? —dije, sacando las piernas de la cama. No era ninguna victoria.

—No todo se ha perdido —insistió—. Lo que sí habría pasado sin el cortafuego.

Me vestí y salí de la tienda, impaciente por ver lo que había ocurrido.

La cima de la colina bullía de actividad. Todo el mundo estaba contemplando la ciudad, que mostraba solo unas pocas llamaradas y grandes cantidades de humo. La gente gritaba entusiasmada y reía, alguna históricamente. Vi muchos rostros que no pertenecían ni a los pretorios ni a los vigiles; eran personas que se habrían reunido aquí en busca de un lugar seguro.

No eran de la chusma, sino más refinadas. Seguramente aristócratas que se habían apresurado a acudir a la ciudad desde sus villas en la playa cuando se habían enterado del incendio, ansiosos por saber si su propiedad se había librado. Algunos también parecían mercaderes locales de posibles.

—¡César! —Una voz cordial me llamó desde detrás y al volverme vi a Epafrodito, mi secretario principal—. ¡La situación ha cambiado! —dijo.

—Gracias a los dioses que estás a salvo. ¿Dónde has estado? No saber dónde estaban los miembros de mi personal durante el incendio me tenía muy preocupado.

—Hemos estado en casa de Faón. Tiene una villa a cuatro millas, cerca de la vía Nomentana, lejos de todo esto.

Menudo alivio. Faón, mi secretario de finanzas también estaba a salvo.

—¿Y tu propiedad?

—No lo sé. Estaba en el distrito segundo. —Se encogió de hombros—. Me han hablado de tus esfuerzos por ayudar. El emperador, poniéndose el equipo protector y saliendo con los vigiles. No creo que Claudio lo hubiera hecho —dijo, soltando una carcajada.

—No podía —repliqué. Claudio lo había hecho lo mejor que podía, que era todo lo que los dioses pueden pedirnos—. Calígula sí, pero lo único que habría hecho habría sido mirarlo divertido.

—Bueno, ¡tenemos un emperador combativo! —Sus ojos oscuros reflejaban aprobación. Epafrodito era un liberto con la complexión de un toro, pero afable por naturaleza. Casi todos mis administradores eran libertos, que eran modestos y serviciales, a diferencia de los senadores. Epafrodito acababa de demostrarlo al haber regresado a la ciudad para buscarme. No tenía la menor duda de que una vez se iniciaran los esfuerzos de restitución sería de muchísima ayuda.

—Hay más guerrero en mí de lo que imaginaba —dije, sonriendo—. ¿Qué viste al venir hacia aquí? —pregunté.

—Venía del noroeste —respondió—. Había montones de personas en los campos y refugiándose en las tumbas. Estaban aturdidos, algunos de ellos vagando sin rumbo fijo. Y oí que algunos pedían la muerte, gritando que lo habían perdido todo y suplicaban que alguien acabara con su sufrimiento. Pedían una daga, veneno, un alma buena que los estrangulara.

—Espero que nadie respondiera a su llamada.

—Sería mejor que esperaras que alguien lo hiciera —replicó—. Esa gente desea morir. No le queda nada.

—Pero siempre queda algo en la vida. —La muerte dura mucho. ¿Para qué adelantarla? Alguien, un poeta dijo en algún momento: «Algún día estarás muerto, y entonces, cuando pase el tiempo, llevarás muchísimo tiempo muerto.»

—Para un emperador sí —dijo Epafrodito—. Para los demás, no siempre es así.

—¡César! —Al volverme vi a Calpurnio Pisón de pie ante mí, elegantemente vestido, fuera de lugar entre los vigiles manchados de hollín que nos rodeaban. Epafrodito, diplomáticamente, se esfumó—. ¡Estás a salvo! ¡Alabados sean los dioses! Alguien difundió el rumor descabellado de que habías salido corriendo a combatir el fuego y habías ascendido incluso el Palatino cuando estaba en llamas.

—Es verdad —dije.

Se me quedó mirando. Sabía lo que estaba pensando. Su rostro atractivo lo delató. «¿El emperador, que ama el lujo, canta y compone poesía? No se atrevería.»

Pero el nieto de Germánico se atrevería. El bisnieto de Marco Antonio se atrevería.

—Sí, es verdad —repetí. Extendí el antebrazo quemado, una prueba de valor de la que me enorgullecía—. Aquí está la prueba.

—Yo no habría tenido tanto coraje —admitió—. De hecho, acabo de llegar de Bayas. Creo que mi propiedad en la ciudad se ha salvado. Pero hasta que no sea seguro ir, no lo sabré con certeza.

Siempre me había caído bien Pisón, y había pasado tiempo en su elaborada villa de la playa en Bayas. Pero saltaba a la vista que era un aristócrata

malcriado y blando. Se interesaba por el arte, la interpretación y la escritura, pero carecía de la atención para dedicarse a ellos. Era mediocre en todos los sentidos salvo en su linaje, pero como muchas personas mediocres lo compensaba siendo encantador.

—¿Y los demás miembros de nuestro grupo literario? ¿Sabes algo de ellos?

Ladeó la cabeza, pensativo.

—Petronio está en su villa, cerca de Cumas. Es probable que Lucano esté con su padre, Mela, y su tío, Séneca, en la finca de Séneca en el campo, fuera de Roma.

Séneca, el viejo filósofo que había sido muchos años mi preceptor y mi consejero, y estaba ahora retirado para escribir. Lo extrañaba en muchos sentidos, pero nuestra separación había sido tensa. Él quería que yo continuara siguiendo el camino de Augusto y comportándome de un modo estrictamente romano, pero yo decidí seguir mi propio camino: el camino de Nerón, un camino que ningún otro emperador había seguido. También generaba discrepancias familiares que su joven sobrino Lucano, un poeta talentoso y miembro entusiasta de mi grupo literario en la corte, me admirara y escribiera elogios de mí. Y Galión, su hermano, me seguía asesorando de vez en cuando sobre asuntos relativos a Judea, puesto que unos años antes había sido procónsul en Grecia y allí había tenido que lidiar con las luchas sectarias entre los judíos.

—Predigo que Petronio, el voluptuoso, no volverá a Roma hasta que las salas de banquetes no vuelvan a estar a punto en el palacio —dije—. ¿Sabías que mi palacio se incendió?

—¿Donde nos reuníamos para nuestros debates literarios? ¿La parte nueva, en la zona inferior?

—La misma —respondí. Me dolía decirlo, imaginarlo.

—Tendrás que construir uno nuevo, más grande y mejor —dijo.

—No puedo imaginar una vivienda así —aseguré—. Y, de momento, tengo que preocuparme por construir refugios sencillos para toda la gente desplazada.

—¡Oh, la gente! —dijo con un gesto despectivo—. ¿No está acostumbrada a las privaciones?

## V

Toda esa tarde, festejamos, bulliciosa, ruidosamente, trastornados por la tensión de los últimos seis días. Cuando salió la luna menguante — ¿realmente todo aquello había pasado en el breve tiempo que va de la luna llena a la media luna?—, nos desplomamos, exhaustos pero aturdidos de alivio.

Pero a la mañana siguiente, el temido color rojo llameaba otra vez en la ciudad. El fuego no se había extinguido, simplemente había reposado.

—Como la fiera que es —dijo Ninfidio—. Ha dormido en su cueva, ocultando las brasas bajo las cenizas, y ahora crepita de nuevo.

—Parece estar más lejos —observé, esforzándome por verlo.

—Está cerca del Capitolino —indicó—. Cerca de tus propiedades, Tigelino —informó al prefecto, que se acercó a grandes zancadas, poniéndose bien las mangas.

—¡Dios! —exclamó.

—Enviad hombres a rescatar los registros estatales de los archivos del Tabulario, en el Capitolino —dije. En esos registros estaba toda la historia de Roma—. Y llevaos todos los tesoros históricos que podáis. Son irremplazables. El carro triunfal de oro de Augusto, si podéis.

Los hombres se marcharon enseguida, mientras el camino todavía estaba despejado. El fuego reavivado llegó rápidamente a lugares que se habían salvado la primera vez, crepitando por los espacios abiertos que rodeaban el Foro, y avanzando después hacia el norte y hacia el sur, como para demostrarnos que antes se había contenido solamente por decisión propia.

Más adelante me enteré de que casi había llegado a la tumba de mi familia, fuera de la ciudad, por el norte. Y por el sur, casi a los jardines de Servilio.

Ardió tres días más, hasta que por fin se extinguió. Pero nadie se fiaba de que hubiera llegado a su fin, y esperamos dos días más antes de aventurarnos a abandonar la seguridad de la colina y bajar. El humo que se elevaba de las cenizas, todavía calientes, nos hacía sospechar que había más fuegos dormidos esperando resurgir.

—No lo toquéis durante dos días más —advirtió Ninfidio a sus hombres—. Aguardad cuatro días sin que haya llamaradas. —Mientras tanto, Tigelino ordenó a los soldados que mantuvieran alejados a los civiles, tanto a las personas honestas como a los buscadores de tesoros. Nadie podía entrar en la ciudad hasta que nosotros lo permitiéramos.

—Una vez se haya enfriado y sea seguro, tenemos que recuperar los cadáveres. No podemos permitir que se queden ahí a recibir a la gente que vuelva —ordené.

—Una tarea macabra —comentó Fenio.

—Macabra pero necesaria.

—Por lo menos no apestarán. No quedará gran cosa de ellos. Solo los huesos —dijo Fenio.

—Puede que no quede gran cosa de nada —solté.

Y acerté. Cuando fue seguro salir a inspeccionar, vi que los daños eran abrumadores. Calzado con botas altas, recorrí montones de cenizas que cubrían los campos, porque los edificios habían desaparecido y las calles ya no existían. Un olor desagradable, compuesto de humo, piedra, carbón y carne, impregnaba el aire. A mi alrededor se extendía un paisaje desolador. Lo que había sido el centro de la ciudad era un inmenso espacio vacío, lleno de escombros y cenizas. Columnas de humo se elevaban en espirales aquí y allá, zarcillos que surcaban el aire mientras las livianas cenizas danzaban con

la brisa. A veces había una enorme viga chamuscada, demasiado grande para haber ardido por completo. Había verjas de metal, retorcidas, o simplemente fundidas hasta convertirse en un disco compacto. Las piedras supervivientes que asomaban entre las cenizas estaban ennegrecidas y partidas debido al calor.

Estaba en medio de las ruinas, hundido hasta las rodillas en cenizas, unas cenizas que se extendían a mi alrededor como los campos Flégreos, aquel infernal terreno volcánico que había recorrido a caballo cerca de Nápoles. El lugar que había tenido que cruzar para ir a ver a la sibila de Cumas.

La sibila que había profetizado: «El fuego será tu perdición. Las llamas consumirán tus sueños, y tú eres tus sueños.»

Contemplé, desafiante, lo que quedaba de mi ciudad. Las llamas no consumirían mis sueños. Les darían forma. Reconstruiría Roma y deslumbraría al mundo. Susurraría el nombre secreto de Roma y esta renacería.

Había llegado el momento de valorar la destrucción y su alcance, y de localizar a la población desplazada. Mi orden de que nadie entrara en la ciudad hasta que la limpieza hubiera finalizado seguía en vigor. A diferencia de los incendios anteriores, y había habido muchos, no construiríamos sobre las cenizas. Las retiraríamos, las llevaríamos Tíber abajo hasta las marismas de Ostia. Además de conseguir así una base limpia sobre la que reconstruir, eso aseguraría que no quedara ningún escombros que siguiera ardiendo lentamente.

Una semana después del incendio, salí con Epafrodito, Tigelino y Fenio para ver el interior y las zonas periféricas de la ciudad. Enseguida fue obvio que sería más fácil contar las zonas que se habían salvado que enumerar las



que no lo habían hecho. De los catorce distritos, solo cuatro permanecían intactos. El distrito primero, bajo el Circo Máximo, donde se había iniciado el incendio, se había librado porque el viento había soplado en dirección contraria. El distrito catorce estaba al otro lado del Tíber, cerca de los jardines del César. Era donde había estado la villa de Crispo, por lo que el viejo hogar de mi niñez seguía en pie. El distrito quinto, el Esquilino y el distrito sexto, más lejos, seguían intactos. Pero aparte de eso, casi toda la parte central de la ciudad estaba destruida. Las zonas que se habían librado se situaban en los márgenes.

No había ni rastro de la Domus Transitoria en el lugar donde había serpenteado entre el Palatino y el Esquilino. En el Foro, el templo de Vesta estaba destruido, junto con los penates del Estado, lo mismo que la Regia, la antigua casa del máximo pontífice, situada junto a él.

La lista era inacabable. El templo de Rómulo, mansiones de los grandes con sus trofeos de las guerras contra Aníbal y los galos habían desaparecido.

Curiosamente, había cosas que se habían salvado. La mayor parte del Foro, la ladera oeste del Palatino, y resultó que también seguían en pie varios edificios del Palatino. El templo de Apolo Palatino estaba solo parcialmente dañado, y el palacio original de Tiberio, Calígula y Claudio se había librado de la destrucción total. La cuadriga de Augusto había sido rescatada, corriendo un enorme peligro, de su lugar en el Palatino y se encontraba ahora a buen recaudo al otro lado del río. Igualmente, el monte Capitolino solo había sufrido daños leves, y el traslado de los valiosos archivos se había hecho con éxito.

La muralla que Servio Tulio había construido hacía quinientos años alrededor de Roma había salvado la mayor parte del Campo de Marte al mantener el fuego a raya, ya que las llamas no pudieron saltar la pared de treinta pies de altura y doce pies de grosor, aunque lo habían hecho en los

demás sitios, y di gracias porque los edificios públicos, donde tenía intención de albergar a los desplazados, estaban en buen estado, aunque sucios y cubiertos de cenizas. Allí había mucho espacio abierto, además de los edificios grandes que servirían de refugio. Lo único que había sucumbido en la zona era el anfiteatro de Tauro, convertido en un montón de escombros y piedras caídas.

Las cenizas por las que caminábamos seguían estando calientes. Había equipos de esclavos recogiendo y cargando en carros para llevarlas a los muelles. Era una carrera contra el tiempo, porque si la lluvia que tanto había anhelado antes caía ahora, toda la zona se convertiría en un mar de fango, y cuando esa porquería se secase, Roma estaría recubierta de un caparazón de cenizas. El cielo estaba despejado, pero estábamos en la estación de las tormentas fuertes.

—Espero que Júpiter no decida enviar sus relámpagos —dijo Epafrodito, leyendo mis pensamientos.

—Si lo hiciera, la gente diría que nos está castigando —añadió Tigelino—. Así que será mejor que se controle.

—¿No está ya claro que nos está castigando? —dijo Fenio sin el menor atisbo de broma.

—¿Puede saber alguien qué piensan los dioses? —soltó Epafrodito dando un puntapié a las cenizas que tenía delante.

—¿Qué quieres decir, Fenio? —No podía dejarlo pasar.

Se detuvo y me miró.

—Algo así no pasa sin motivo —contestó—. Es demasiado grande como para que no lo hayan ordenado los dioses.

—Fue un accidente —repliqué—. A no ser que lo provocara un incendiario, ¿y con qué fin?

—Da igual cómo se iniciara; los dioses estaban enviando un mensaje

cuando permitieron que siguiera ardiendo —dijo Fenio—. Podrían haberle puesto fin en cualquier momento. Pero eligieron no hacerlo.

—No podemos saber qué piensan ni cómo actúan —dije—. Lo único que podemos hacer es actuar como si ellos no existieran. Hacer las tareas que tenemos ante nosotros. Combatir el fuego, aunque los dioses lo auspiciaran. Reconstruir, tanto si ellos lo bendicen como si no.

—¿Eres ateo, César? —preguntó Fenio—. Porque la verdad es que lo pareces.

—En la práctica, sí. Me refiero a que como no podemos saber qué piensan, lo mejor es admitirlo y actuar a ciegas, y no como las personas ignorantes, que creen que lo saben y hacen interpretaciones absurdas.

Me fulminó con la mirada. ¿Acaso creyó que hablaba por él? Se volvió y siguió andando por las cenizas.

Pero se equivocaba al acusarme de ateo. Creía en los dioses, solo que no afirmaba conocer sus motivos. Y creía que los complacía más cuando hacía lo que me dictaba la conciencia y dedicaba todos mis esfuerzos a ello. Eso era lo que exigían a los mortales; era muy sencillo.

Me había trasladado a mi residencia de los campos Vaticanos, en la que no había señales del incendio, aparte del polvo y el hollín que el viento había llevado hasta ahí. Había obreros preparando hileras de refugios en los terrenos que rodeaban la pista de carreras que Calígula había construido y obsequiado con un obelisco llevado directamente desde Egipto, una gran hazaña de la ingeniería. Yo había conducido carros en aquella pista; me había entrenado para competir pronto en ella. Pero ahora todo era diferente, y tenía que orientar esfuerzos a que la ciudad se recuperara de la catástrofe. Esos terrenos podrían albergar a millares de personas, y si no era suficiente abriría

los demás jardines imperiales: los jardines de César, los jardines de Salustio, los jardines de Servilio.

Por fin podía enviar un mensaje a Popea, explicándole brevemente lo que había ocurrido y diciéndole que podía reunirse conmigo sin peligro, pero haciendo hincapié en que estaría absorto en los problemas del incendio y en que, aunque el palacio estaba intacto, debería decidir si prefería quedarse algo más de tiempo en Anzio.

Porque, aunque anhelo verte, me basta saber que estás a salvo y que regresarás a su debido tiempo, cuando podamos estar juntos sin preocupaciones ni dificultades.

Sellé la carta y la envié. Era un ejemplo de aquello en lo que creía: que fuera Popea quien decidiera qué hacer, y ningún dios cambiaría sus pensamientos ni nos mantendría separados.

Tuve que hacer una salida para inspeccionar los campos de la periferia. En esta ocasión, solo me acompañaron Epafrodito y Tigelino. Mencioné el aparente descontento de Fenio, pero Tigelino se lo tomó a broma.

—Es taciturno —dijo—. ¿No te habías fijado antes?

—No —respondí, convencido de que algo así no se me habría escapado. Algo había cambiado.

Las zonas situadas al norte de la ciudad eran mares de miseria. Había grupos de personas agazapadas en las tumbas, los mausoleos que los romanos adinerados habían construido flanqueando las carreteras que salían de la ciudad. Algunos de ellos disponían de pórticos y altares que les proporcionaban un techo y un suelo de mármol en el que dormir, protegidas de los roedores que correteaban por ahí. Pero carecían de agua o comida. Había niños ojerosos sentados en la tapa de los sarcófagos con la mirada

perdida y triste. Por los campos circundantes vagaba una multitud de gente cubierta de harapos. Algunas personas se apiñaban alrededor de hogueras; otras yacían inmóviles en el suelo. Caminé entre ellas, disfrazado, porque no quería arriesgarme a que la gente, frenética, me acosara. Eché un vistazo a mi alrededor intentando asimilarlo todo, comprender su alcance. Tenía que valorar el problema para poder después resolverlo. En cuanto fuera posible, enviaría mensajeros a este lugar para anunciar un plan para ayudarlos, para acompañarlos hasta su ubicación temporal.

Todo el rato se oían los continuados lamentos y gemidos de los desamparados. Algunos gritaban débilmente. Una figura alta caminaba entre ellos, agachándose y escuchándolos.

—Como te dije, hay quien pide que se ponga fin a su sufrimiento — recordó Epafrodito.

—Pronto se pondrá fin a su sufrimiento —dije.

—Quieren otro tipo de fin —replicó—. Quieren morir.

Eché un vistazo a mi alrededor en busca de soldados sin escrúpulos que pudieran estar dispuestos a satisfacer las súplicas. Pero solo vi a la figura alta.

La figura alta... la forma en que se movía... de repente supe quién era. Y supe por qué estaba allí.

—Quedaos aquí —ordené a mis hombres. Me acerqué a la mujer, que estaba de espaldas a mí. No era ninguna refugiada, puesto que iba bien vestida.

—Locusta —dije, y se volvió.

—César —respondió con una reverencia. Tras enderezarse, sonrió—. Ha pasado mucho tiempo.

—Un lugar extraño para encontrarnos —señalé—. No hace falta que te pregunte qué haces aquí.

—La gente me necesita —dijo—. No digo que no a quien me lo pide.

Una vez la había necesitado y ella había respondido. Sin ella, estaría muerto. Decir que no se lo agradecía sería hipócrita. Decir que esperaba no volver a necesitarla también era cierto. Porque Locusta era envenenadora de profesión, algo muy solicitado por la familia real en el pasado, y era tal su fama que la plebe, como la que estaba aquí sufriendo, la conocía. Era una mujer íntegra, lo que en su campo podía ser contradictorio. Pero cuando habían decidido exterminarme, ella había elegido ponerse de mi lado, y me había salvado.

—Puede que no piensen lo mismo mañana o al día siguiente —apunté.

—Para ellos no hay mañana. No desean vivir sin lo que han perdido. Es irreparable.

—Supongo que te refieres a seres queridos. Porque nadie se suicidaría por una casa, por unos muebles, ni siquiera por la obra de arte más preciada.

—Sí, me refiero a eso. El dolor de perder a un hijo es demasiado.

Pero no lo era. Yo había perdido a mi hija, y aunque fue como si yo mismo hubiera muerto, no lo había hecho y había seguido adelante. El dolor había disminuido, aunque la herida nunca se había cerrado.

—Si esperaran un poco...

—No desean hacerlo, ¿y tenemos derecho a poner trabas a sus prisas por cruzar la laguna Estigia y dejar atrás su dolor?

Sacudí la cabeza. No lo sabía.

—He extrañado verte, César —declaró, cambiando hábilmente de tema—. Prometiste visitar mi establecimiento, pero nunca lo has hecho.

Ah, sí. Una vez concluyó su último encargo, le había concedido una granja donde podría montar su academia y enseñar a otros a matar. No solo era célebre por su pericia como envenenadora sino también por sus conocimientos de farmacología medicinal, y pronto su fama se había extendido tanto que recibía infinidad de aspirantes.

—Quería hacerlo, pero... —Extendí las manos en un gesto de impotencia.

—También preparo antídotos, ¿sabes? —preguntó—. No todo es matar. También puedo anular los efectos. No supongas que mi experiencia se reduce a una sola área.

—Oh, Locusta, jamás supondría tal cosa. Tengo un médico que afirma poseer un antídoto para venenos animales. Alguna vez tendríais que mantener un duelo. Con una cabra, quiero decir. Pero tú no estás especializada en venenos animales, ¿verdad?

—Son demasiado inestables, no se conservan y son difíciles de obtener, Pero sí, los tengo, aunque mi punto fuerte son las plantas.

—Estupendo. Te prometo que os presentaré. Pero, de momento, por favor..., abstente de trabajar aquí.

—Eres el César, y estoy obligada a obedecerte —dijo, haciendo de nuevo una reverencia.

## VI

### LOCUSTA

«Pero no de buen grado», pensé. Ojalá no me hubiera visto. Estaba prestando tranquilamente ayuda a aquellas almas que sufrían y él va y se entromete. No me atrevo a desobedecerlo, porque si me pillan el castigo será atroz. Incluso de este emperador, al que he conocido desde que era un niño. No puedo confiar en nuestra amistad. ¿Tiene amigos un emperador? ¿Puede permitirse tener amigos?

Alguien me estaba llamando. Me acerqué a ella y me agaché para escucharla. Quería morir. Había visto cómo su casa se desplomaba con toda su familia dentro. Los vecinos la habían frenado para salvarla.

—Ojalá me hubieran dejado entrar —gimió—. Eso habría sido lo piadoso.  
—Me sujetó la manga—. Ayúdame. Ayúdame. Sé que puedes.

—Podía. Ahora no puedo —dije. El emperador estaba cerca, hundido hasta la cintura en las malas hierbas, observando.

—Concédeme una muerte agradable —me suplicó—. Oscura y dulce, no la agonía del fuego.

Me levanté. Detestaba ser cruel.

—No puedo. Lo siento —dije.

Tuve que irme de allí, porque ahora no había nada que pudiera hacer.

Vivía a unas millas de Roma, en el campo, donde el emperador me había donado tierras. De eso hacía varios años, fruto de un trato que había hecho con él. Parecía justo: a cambio de uno de mis servicios, él me permitía montar



una academia de farmacología donde podría cultivar mis plantas medicinales sin ocultarme y enseñar mi arte a los demás. Estaría oficialmente reconocida y autorizada, no habría más condenas de cárcel que fueran anuladas solo cuando algún emperador necesitara mi ayuda. Había trabajado para Tiberio, para Calígula, para Agripina, y mi nombre profesional, Locusta, era muy conocido. Pero debido a las críticas, mi nombre real era secreto. Y mi oficio, practicado en secreto. Ahora era una mujer libre.

Contaba con más de veinte pupilos en este momento y había más personas a las que ya había instruido. Tenía cuidado de no enseñarles todo lo que sabía; quería conservar la supremacía en mi campo. Era la mejor, y todo el mundo lo sabía.

Pero algunas personas son testarudas. El emperador, por ejemplo. En lugar de llamarme cuando necesitaba enviar a su madre al otro mundo, se había encargado personalmente del asunto. El resultado fue una auténtica chapuza, llena de errores típicos de un aficionado. Bueno. Espero que haya aprendido la lección.

Una vez me contrataron para que lo eliminara. Quienes me contrataron fueron Agripina y Británico. Pero después me convencieron para que cambiara de bando, y fue Británico quien pereció con el veneno que estaba destinado a Nerón. Me sentí especialmente orgullosa de mi destreza, puesto que los catadores de Británico estaban alerta. Pero los catadores están sobrevalorados como método de protección.

Y así, el joven Nerón y yo creamos un vínculo. Pero como dije, no volvió a llamarme. Han pasado ocho años desde que lo ayudé, y lo he visto hacerse a su cargo. Cuando lo conocí, era un joven prometedor; ahora se está convirtiendo en un verdadero emperador.

Su comportamiento durante el incendio fue heroico. Pero al recorrer los campos arriba y abajo, he oído murmuraciones de la gente. Algunos lo culpan

de no estar en Roma cuando se declaró el incendio. Otros van más allá y lo acusan de provocarlo él mismo. Y lo más increíble de todo: hay personas que afirman haberlo visto cantando sobre la caída de Troya mientras contemplaba las llamas, como si estas le sirvieran de telón de fondo para su concierto. Dicen que estaba en un escenario, o en una torre, o en la azotea de su palacio. Es evidente que no podía haber estado en esos sitios. Su escenario estaba al otro lado del río, donde nadie podría haberlo visto; la azotea de su palacio en la ciudad estaba ardiendo, y no hay ninguna torre a la que pudiera haber subido.

Que esos rumores sean imposibles no los vuelve menos peligrosos. Temo por él. Debería hacer algo pronto para sofocarlos. O crecerán, como el mismo fuego, y lo consumirán.

## VII

### NERÓN

En dos semanas los campos estaban limpios y la gente estaba realojada en refugios situados al otro lado del río y en el Campo de Marte. Como era aproximadamente una tercera parte de la población total de la ciudad, me enorgullecía nuestra eficiencia a la hora de prestarles ayuda. Las barcazas no paraban de transportar grano de Ostia para distribuirlo en muelles provisionales que sustituían los que habían quedado destruidos corriente abajo. Se obtenían otras provisiones de ciudades vecinas. Todavía se estaban retirando escombros y cenizas de la ciudad, pero en otros quince días esa tarea habría terminado. Mi siguiente paso era llevar a cabo un plan de reconstrucción de la ciudad, cuidadosamente planificado y ejecutado, para impedir incendios así en el futuro. Y, al mismo tiempo, cambiar el trazado de la ciudad. Teníamos una pizarra en blanco para empezar de cero; ¿por qué íbamos a reproducir los errores del pasado?

Recibí una extraña invitación de Petronio, un viejo amigo que se autoproclamaba «árbitro de la elegancia», pero la mayoría de sus invitaciones eran extrañas. Esta rezaba:

Regresemos a los sitios que frecuenta Pan para oír los ecos de la naturaleza y levantar una copa por la generosidad de la vida. En el margen de los bosques de Elia, pasado el torniquete, al otro lado del arroyo. Llevad una flauta de Pan.

¿Dónde estaba? ¿Dónde había estado durante el incendio, denominado ahora formalmente el gran incendio de Roma? ¡Qué típico de él enviar una invitación sin referirse a nada más! Lo averiguaría cuando estuviera allí. Sorprendentemente me apetecía ir. Hacía mucho tiempo que no había hecho nada ni visto a nadie que no estuviera relacionado de un modo directo con el incendio. Necesitaba una evasión.

Cuando llegó el día, fui a ese lugar misterioso con varios sirvientes esclavos. Los bosques de Elia eran conocidos por unos inexplicables sonidos nocturnos, y la gente del lugar se mantenía alejada de ellos. Bordeaban campos abiertos que estaban ahora sembrados de trigo y cebada, campos que terminaban bruscamente en el arroyo que fluía en el margen de los bosques. Como había dicho Petronio, había un viejo torniquete. Tuve que pasar por él antes de cruzar el arroyo.

Me detuve ante el bosque de pinos y robles altos que oscurecían el interior. Había un sendero que se adentraba en él, casi imperceptible, pero ahí estaba. Lo recorrí con cautela, levantando nubes de luciérnagas que empezaban a brillar. Parpadeaban delante de nosotros en el bosque. El viento suspiraba en la copa de los árboles, y de algún sitio me llegaba el sonido del agua circulando con fuerza entre las piedras. Entonces, al doblar un recodo del camino, oí voces. Una cañada se abría ante mí, con una serie de sofás y un altar improvisado agrupados. Unos faroles colgaban de ramas bajas, como enormes mariposas nocturnas.

Petronio se levantó y se me acercó. Llevaba una piel de cabra negra y cuernos artificiales.

—Bienvenido, César, en nombre de Pan.

Me lo quedé mirando, preguntándome si era un sueño. Últimamente había

tenido muchos de lo más extraños.

—¿Has traído tu flauta de Pan? —preguntó como si fuera lo más normal del mundo.

—Sí, sí. —La alcé. Era un sencillo instrumento de caña, más difícil de tocar de lo que parecía.

—Estupendo —dijo—. Llamaremos a Pan para que se una a nosotros. — Me condujo hacia los rústicos sofás, hechos de ramas y hojas. Sentados en ellos había varios miembros de nuestro viejo grupo literario y otros hombres que me eran menos conocidos.

—El lugar de honor —dijo Petronio, señalando el sitio adecuado en el sofá central—. Ha llegado nuestro último invitado, el más elevado, para regocijarnos de haber salido todos ilesos del incendio. Y para celebrar nuestros lazos de amistad, que perdurarán. Somos todos amigos del César, ¿no? —Aludía a una designación política formal a la que dotaba ahora de un significado personal más profundo. Ocupó el lugar del anfitrión en el triclinio, a mi derecha.

Me recosté y miré arriba y abajo. En el sofá de la izquierda estaba el joven Lucano; a su lado estaba Claudio Seneción, y a continuación, Aulo Vitelio, que se estaba sentando en aquel momento. Estaba claro que era el hombre de más edad de todos los presentes, y no parecía importarle estar situado en el lugar de rango inferior. Además, así tenía más espacio para dejar las piernas colgando. Tenía problemas de cadera como consecuencia de haber sido atropellado una vez por el carro de Calígula. De hecho, casi toda su vida había prestado servicios ignominiosos a los emperadores. De joven, había sido uno de los juguetes de Tiberio en Capri; había conducido carros con Calígula y jugado a los dados con Claudio. Yo no lo había utilizado de este modo, salvo como compañero de mis correrías nocturnas iniciales y de banquetes y fiestas. Había vuelto hacía poco de desempeñar las funciones de

procónsul de África y ejecutado sus responsabilidades de modo admirable. Sus tendencias personales no empañaban sus aptitudes profesionales.

A mi lado estaba un senador de dudosa reputación llamado Flavio Escevino, y después estaba un senador enorme, Plaucio Laterano, cuyos brazos y piernas gigantescos sobresalían del sofá. Ocupaban el sofá de la derecha, además de Petronio, Pisón, junto a un senador llamado Afranio Quinciano.

Saludé efusivamente a los que conocía, encantado de ver que estaban ilesos.

—¿Dónde estabais durante el incendio? —pregunté en general.

—Con el tío Séneca —respondió Lucano—. En su finca, a unas cuatro millas de Roma. Veíamos el humo y la luz que iluminaba el cielo nocturno, pero no nos atrevimos a acercarnos más. —Tenía un rostro franco, atractivo, y la clase de ojos de color azul claro que a uno le hacían creer que era sincero. Pero como todos los poetas, lo que había realmente en su cabeza era mucho más profundo—. El tío Galión también se refugió allí. Puede que su casa en Roma esté destrozada. Estaba en el monte Celio.

—La mía también —intervino Laterano—. Pero creo que se salvó. —Su profunda voz de bajo retumbó al salir de su inmenso tórax—. Todavía no podemos volver para comprobarlo en persona. —Se volvió y me miró para confirmarlo.

—Todavía no —dije—. Seguimos retirando los escombros para poder iniciar la reconstrucción. Pero algunos edificios del monte Celio se salvaron. Sois afortunados.

—Nosotros huimos de mi casa de Roma —explicó Escevino—. Y nos refugiamos en nuestra villa del campo en las montañas. —Tenía una nariz aguileña y una gran cicatriz sobre el labio, lo que le llevaba a fruncir la boca.

—Yo estaba en Bayas, como ya sabes —dijo Pisón, volviéndose hacia mí

—. Pero volví a Roma cuando el incendio todavía ardía. —Lució su encantadora sonrisa, como si hubiera sido una excursión agradable.

—Yo también estaba en Bayas —informó Seneción con una sonrisa pícara en la cara. Prefería los atractivos de Bayas, aquel lugar de veraneo que Séneca había llamado «la posada de todos los vicios» y donde Seneción se sentía como en casa.

—Ah, el incendio te dio una excusa para pasar más tiempo allí —dijo Escevino, a mi lado.

—No le hace falta ninguna excusa —aseguró Petronio—. Como todos los libertinos, abraza su verdadera naturaleza.

—Te envidiamos, Seneción —afirmó Vitelio.

—La tuya no está demasiado oculta, Vitelio —dijo Afranio Quinciano, guiñando el ojo.

—No hace falta anunciarlo —dijo Vitelio.

Quinciano soltó una carcajada.

—No, porque todo el mundo lo sabe. —Se alisó el pelo, salpicado de gemas y flores silvestres, lo que también revelaba su verdadera naturaleza.

—Yo permanecí en Cumas —intervino Petronio, retomando el tema—. Recé para que mi propiedad en Roma, en el Aventino, se salvara.

—Puede que sea así —dije—. Se salvaron pequeñas bolsas en esa zona. Esa parte quedó afectada por el reavivamiento del incendio. —Pero lo cierto era que había pocas esperanzas de que su propiedad siguiera en pie.

—El reavivamiento sospechoso —soltó Petronio.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—Se inició cerca de la propiedad de Tigelino —respondió—. Corren rumores de que él lo provocó.

Me quedé mudo un momento al recordar el agotamiento y la dedicación de Tigelino y sus hombres al combatir el fuego.

—Eso es absurdo —dije finalmente—. No, peor aún: es una infamia.

Petronio se encogió de hombros, como si aquella difamación tan grave careciera de importancia.

—No le quites importancia —dije—. ¿Dónde se inició este rumor?

—¿Dónde nace cualquier rumor? —respondió, inclinándose hacia delante apoyado en los codos—. Jamás se sabe. Son irrastreables; simplemente aparecen.

—¡Es una vil calumnia! —exclamé.

—Pronto puede ser peor —dijo Seneción—. La gente siempre quiere encontrar un culpable, siempre busca un malo.

—En ese caso tendrán que culpar a los dioses —repliqué.

—Ah, sí, los dioses —exclamó Petronio, tomando el mando con elegancia—. Por eso estamos aquí. Dejemos atrás todas nuestras penalidades, todas nuestras angustias o preocupaciones sobre el reciente desastre. —Se levantó del improvisado sofá rústico y ocupó su lugar en el centro de nuestra pequeña cañada. Sus ojos, bajo el tocado con cuernos, centelleaban bajo la luz de los faroles.

Levantó las manos para pedir silencio. Todos nos callamos y, al hacerlo, se volvieron audibles los sonidos del bosque que nos rodeaba. Primero, el crujido de los altos árboles que se balanceaban con la brisa; después, el dulce y penetrante canto de las aves nocturnas; finalmente, de lejos, el tenue croar de las ranas. También fui consciente de la fragancia seca de las agujas de los pinos, un olor fresco, penetrante.

—Pan es el dios de las cañadas arboladas, de los bosques, de los abetales. —Sacó su flauta de Pan—. Este es su instrumento. Lo toca exquisitamente, no como los niños, que lo consideran un juguete. —Extrajo unas notas deliciosas de la suya—. Ahora, vosotros —dijo, y sacamos uno a uno la flauta y la tocamos, unos con torpeza, otros con destreza.



—Es así como lo llamamos —anunció Petronio—. Para que salga de la cueva donde está descansando.

—¿Por qué lo llamamos? —preguntó Quinciano—. ¿Por qué íbamos a querer que estuviera aquí?

—¡Porque fue declarado muerto! —respondió Petronio—. Y no vamos a consentir eso.

—¿Cómo puede morir un dios? —se sorprendió Vitelio.

—Mueren cuando dejamos de creer en ellos. Y Pan fue declarado muerto durante el reinado de Tiberio. Alguien en la isla de Paxos gritó «¡El gran dios Pan ha muerto!» al capitán de un barco que pasaba por allí. Pero yo sé que no es así. Es mi dios favorito y vamos a honrarlo aquí. Creo que este bosque encantado es su último refugio.

Como la mayoría de los entretenimientos de Petronio, este era de lo más peculiar. Puede que simplemente quisiera vestirse con una piel de cabra y tocar la flauta de Pan. Era algo muy extraño para alguien que hacía poco era cónsul.

Relató la historia de Pan, y sus compañeros en el bosque, y su afinidad con las cabras, al ser él mismo mitad macho cabrío. Era verdad que vagaba por el bosque, bailando y tocando la flauta; pero era más famoso por su voraz apetito sexual y su preferencia por las ninfas y las cabras. Eso explicaría que le gustara a Petronio.

Se acercó al rudimentario altar y dejó en él la flauta de Pan, junto con una ofrenda consistente en ramas de abeto cortadas y una libación de vino tinto. Entonces retrocedió.

—¡Está aquí! —anunció—. ¿No lo veis?

Todos le seguimos el juego y asentimos. Brindamos por él, recitamos poemas halagándolo y nos despedimos de él. Llegados a ese punto, casi

pudimos ver cómo los arbustos se separaban con un susurro para dejarle pasar.

Nos recostamos en nuestro sitio, masticando las exquisiteces que Petronio nos había ofrecido y regándolas con diversos vinos, todos ellos de añadas raras, por supuesto. Hasta en el bosque, Petronio seguía siendo urbano.

Los árboles que me rodeaban me arropaban. Tal vez en la nueva Roma, el mundo rural y la ciudad se encontrarían y se unirían, de modo que dejarían de ser seres separados. Fue un momento de inspiración en el que imaginé una nueva clase de ciudad. Pan me había traído este regalo.

Las llamas, lejos de consumir mis sueños, me permitirían soñar más a lo grande de lo que jamás había imaginado.

## VIII

Ya amanecía cuando regresé a la residencia vaticana tras el extraño interludio en el bosque. Las ninfas y las mariposas nocturnas iban revoloteando a descansar, y las criaturas de la noche buscaban lugares oscuros donde cobijarse. Había sido reconstituyente ver un pedazo de naturaleza intacto, saber que mis amigos habían sobrevivido. Pero el olor de las cenizas seguía impregnando el aire cuando pasé al norte de la ciudad, y allí la devastación era casi incomprensible.

Desde la ventana de mi dormitorio observé el mar de tiendas que albergaban a los desplazados en los jardines. Eran los afortunados; otros yacían en la hierba, usando mantos a modo de mantas. Mis jardines estaban totalmente llenos y ya no podían albergar a nadie más. Río abajo, había montado puestos de ayuda donde se distribuiría comida y ropa, y tablones donde se colgarían anuncios o preocupaciones. Había asignado a Epafrodito la supervisión de todo el trabajo con los refugiados. Era infatigable y de confianza, y lo más importante: tenía sentido común, algo absolutamente necesario para tomar las infinitas decisiones que tenía que tomar.

¡Mi ciudad, mi gente! Estábamos en una encrucijada. Roma sobreviviría, ¿pero de qué manera? Fenio había insinuado misteriosamente que los dioses nos habían castigado. ¿Pero por qué? Si eso era cierto, no podríamos empezar de nuevo hasta haberlos aplacado, hasta que se les hubieran ofrecido sacrificios y que ellos los hubieran aceptado. Y como máximo pontífice, como jefe del Estado romano, era yo quien tenía que realizar esos ritos.

Sacudí la cabeza y me froté los ojos llorosos. Si no sabía cuál era nuestra

trasgresión, ¿cómo podía expiarla? Y si no la expiaba, los dioses seguirían castigándonos.

Me acosté en la cama intacta, acariciado por la suavidad de los cobertores de seda. ¿Qué podría haber sido? ¿Cómo podía saberlo? Los dioses eran maliciosos y esquivos; a menudo castigaban por razones caprichosas. ¿Pero un castigo tan devastador por una pequeña infracción? No era posible. Ni siquiera ellos eran tan crueles. Tenía que ser algo enorme, algo descomunal, una afrenta imperdonable. Y no tenía la menor idea de qué podía haber sido.

Pero había habido rumores de que el incendio había sido provocado. Y yo mismo había visto a unos hombres arrojar antorchas encendidas al interior de las casas, y oído la extraña alabanza del incendio de los hombres justo antes de que la casa se desplomara sobre ellos.

Pero la gente hace y dice cosas descabelladas y raras al estar en peligro; pierde la cabeza. Recuerda las personas que no querían abandonar sus casas y, peor aún, las que corrían hacia ellas. Y después los saqueadores, porque la gente mala siempre aparece como por arte de magia en una crisis.

¿Qué podía ser? ¿Qué podía ser? Desesperado, supliqué a los dioses que me mandaran una señal, que me revelaran la respuesta en un sueño.

Pero mis sueños antes del alba fueron vagos y turbios, y cuando abrí los ojos, a media mañana, seguía estando en la inopia. Ya era entrado el día y tenía que cumplir mis deberes, visitar el puesto para los refugiados que estaba río abajo, en los jardines del César, y reunirme con algunos de mis antiguos consejeros del Consejo Imperial. No todos habían regresado a Roma, ya que muchos de ellos habían perdido su hogar y seguían en sus villas, en otros lugares. Pero estaban aquí los suficientes para que hubiera *quorum* para explorar la gigantesca tarea de reconstruir la ciudad.

No pienses en la magnitud del problema, límitate a realizar cada tarea que tienes ante ti y no apartes los ojos de ella. Concéntrate solo en lo que sabes, en lo que puedes hacer, en lo que puedes dominar.

Hacía buen día, lo que auguraba que haría muchísimo calor. Elegí mi toga más ligera, porque aunque normalmente detestaba llevar esta prenda tan incómoda, sabía que la gente necesitaba verme como emperador, aunque estaría empapada de sudor y hecha un asco al acabar el día. Aun así, me daba vergüenza tener una prenda intacta cuando las personas a las que iba a consolar irían cubiertas de harapos.

El campo con los puestos de ayuda estaba situado más allá de la vieja naumaquia de Augusto, al otro lado de los almacenes de la ciudad de Roma propiamente dicha. Los almacenes habían quedado reducidos a un montón de ruinas ennegrecidas y humeantes, y ahora los barcos de Ostia atracaban río abajo para descargar sus alimentos y cargar los escombros que se habían retirado tras del incendio. Un mar de personas pululaban por el campo y se agrupaban alrededor de las banderas que indicaban los puestos de comida, los puestos de atención médica, los puestos de ropa, los puestos que ofrecían asistencia jurídica sobre las propiedades y los puestos de secretaría, donde se colgaba información sobre personas desaparecidas y anuncios.

Flanqueado por mis guardias, porque me había tomado en serio la advertencia sobre mi posible asesinato, me abrí paso entre la multitud. Todos parecían encantados de verme; costaba creer que me desearan algún mal. Pero como Ninfidio había dicho, bastaba con uno. Y allí había mucha gente.

—¡César, César! —exclamaban, acercándose a mí en tropel, gritando sus súplicas.

—Me he quedado sin casa...

—Mi hijo está herido... —Alzaban un hijo con las piernas vendadas.

—Ya no puedo ganarme la vida; tengo la mano tullida, no puedo trabajar

el cobre...

—Hablad con mis agentes en los puestos correspondientes —les indiqué, señalando hacia otro lado—. Ellos os ayudarán en mi nombre.

Pero querían que los ayudara personalmente, como si yo pudiera, por arte de magia, sanar a su hijo, sanarle la mano. Podía restituirles su casa, pero había cosas que eran irrecuperables. Ya no se podía hacer nada por las vidas perdidas.

«Yo os compensaré los años en que os devoró la langosta.» ¿De dónde había sacado eso? De algo que Popea había citado una vez. Seguramente de alguno de esos escritos hebreos que tanto le agradaban. Dijo que le había gustado porque prometía que no solo se restituiría el grano, sino también los años perdidos.

—Solo Dios puede restituir el tiempo —señaló.

Pero ¿qué dios? ¿Y querría el dios hebreo deshacer lo que los dioses romanos nos habían enviado?

El tiempo..., los dioses romanos nos habían robado eso también, porque nos llevaría meses y años reconstruir lo que ellos habían destruido en nueve días.

«Yo os compensaré los años...»

—¡Estás aquí, César! —Epafrodito me dio la bienvenida a su puesto, desde donde dirigía el operativo. Me señaló las mesas montadas, los archivos, las listas, los secretarios ajetreados que lo supervisaban todo.

—Estamos evaluando los daños y registrando las pérdidas —explicó—. Hay muchas reclamaciones, claro.

—¿Puedes restituir el tiempo? —pregunté—. ¿Dónde está el puesto para ello?

Me miró socarronamente.

—¿César?

—Nombres, propiedades, comida, todo esto puede abordarse. Pero el tiempo, y la vida, por supuesto —respondí—; esas pérdidas son las que hieren y duelen.

—No somos dioses, César —replicó—. No podemos restituir aquello sobre lo que solamente ellos tienen el poder máximo, y lo que solo vive una vez. Una casa tiene muchas vidas; un hombre, solo una.

—Cierto —dije—. Y tenemos que admitir el límite de nuestro poder, aunque la gente que está aquí quiere otorgarnos más del que tenemos.

—Son sus deseos los que hablan, no sus conocimientos —aseguró—. Pero estamos haciendo lo que está en nuestras manos, y podemos tener la conciencia tranquila por ello. Nadie puede superar sus propios límites.

—Caramba, hablas como un filósofo —aseguré—. Y yo que pensaba que simplemente eras mi administrador y secretario principal.

—Para ser un funcionario capaz, también hay que ser un poco filósofo. —Soltó una carcajada.

—Has hablado como ambas cosas —dije—. Llévame a ver los demás puestos, por favor.

El más cercano era uno de los muchos que distribuía comida. Había varios hombres y mujeres que supervisaban la distribución de grano que había llegado de ciudades vecinas. Las colas eran largas.

—Ha venido mucha gente del campo para colaborar en los puestos de ayuda —explicó Epafrodito—. La asistencia ha sido inestimable.

El puesto de atención médica contaba con varios médicos que atendían a pacientes; había preparadas mesas con ungüentos, vendas e instrumental, y varias camas de campaña para que la gente se acostara, así como montones de muletas.

—Estamos tratando muchas quemaduras, claro —me contó el médico jefe —, pero también heridas y extremidades rotas. Las heridas se están

infectando; les vertemos vino y aceite, pero aproximadamente la mitad no se cura y la gente se muere o hay que amputarle la extremidad. Y después hay quien muere debido al impacto de la amputación. —Sacudió la cabeza—. Es trágico. Pasa un día tras otro, y todavía no le veo el final.

Le di las gracias y me marché de aquel puesto tan triste.

El puesto de ropa era más alentador. Unos joviales trabajadores repartían túnicas, mantos y sombreros que los suplicantes andrajosos les arrebataban de las manos.

—¿De dónde ha salido todo esto? —pregunté.

—Son donaciones del campo —contestó el responsable del puesto—. Han sido muy generosos.

Cuando nos fuimos, Epafrodito dijo:

—Hablando de generosidad, Séneca ha ofrecido una donación enorme para ayudar. Parecer haber prometido la mayoría de su considerable fortuna.

—¿Séneca? —Estaba atónito, pero no debería estarlo. Se había retirado, no muerto. Se había dedicado a la escritura en su villa del campo, pero solo sabía de él por terceras personas. Mi viejo preceptor había roto todo vínculo conmigo, lo que me había dolido, pero lo había aceptado. Yo había tomado decisiones que le disgustaban, especialmente casarme con Popea y atreverme a actuar en público como músico, violando así sus normas de decoro romano. Y, como a todos los profesores, no le gustaba ver que su pupilo crecía y dejaba de seguir obedientemente sus consejos—. Tendrá que venir para hablarlo con nosotros —dije. En mi fuero interno estaba encantando de tener la oportunidad de volver a verlo.

A continuación nos dirigimos hacia el puesto más triste de todos: el centro de información. Un gran tablón estaba tan lleno de anuncios, notas y listas, tan gruesos, que había algunos superpuestos. Una mujer, en una mesa, ayudaba a la gente a redactar las notas y recopilaba información.



Me acerqué y contemplé la tablilla del dolor.

Ayudadme a encontrar a mi hija Paulina Fausta, vista por última vez en la taberna El Águila, en el Circo Máximo, la noche del incendio. Tiene veinte años, los ojos azules, el pelo rubio y lleva una túnica verde. Dirigíos al puesto de información.

Se ha perdido el marido de Marcia, Albino Longino, guardia del almacén de grano, en el distrito XIII. Tiene cuarenta y un años, el pelo negro, es alto, con una cicatriz en la espinilla derecha. Fue visto por última vez intentando sofocar el incendio en el almacén.

¿Habéis visto a mi madre? Se llama Metela, tiene treinta y dos años, y es baja y morena. Fue vista por última vez ataviada con un vestido blanco saliendo corriendo conmigo de nuestra casa, en la vía Lata, antes de que nos separaran. ¡Por favor, encontradla! Crispina Balba.

Nuestros hijos, Cayo, de siete años, y Vipsania, de cinco, se perdieron entre la multitud la noche del incendio. Rezamos para que estén a salvo y nos odiamos para siempre por no haber sido capaces de seguir tomándolos de la mano. Nonio Etino.

—No me muestres más —dije—. No puedo soportarlo. —Me volví y busqué otro puesto, algo en lo que concentrarme. Se me estaban llenando los ojos de lágrimas porque sabía que no podía hacer nada para ayudar a aquella gente, y a pesar de que solo sentía una milésima parte de lo que ellos estaban sufriendo, el dolor era intenso.

—Vamos al puesto de asistencia jurídica; las áridas leyes secan todas las

lágrimas —sugirió Epafrodito. Su voz ronca por la tristeza reflejó que él también estaba conmovido.

El puesto de asistencia jurídica era el más grande de todos. Había una mesa larga a la que estaban sentados cinco abogados como mínimo, y, tras ellos, más mesas con escribientes y cajas para archivar, además de rollos sobre temas jurídicos. Pregunté por sus procedimientos y por lo que habían procesado hasta entonces, pero apenas oí las respuestas porque las palabras lastimeras de los anuncios seguían retumbando por las distintas partes de mi cabeza.

Mirando por encima de la coronilla de uno de los abogados que hablaba monótonamente (a petición mía, todo hay que decirlo), me sorprendió ver, tras una de las mesas de detrás, un rostro que jamás creí que volvería a ver. Al mismo tiempo, ella me vio y me miró, no sobresaltada, sino desconcertada. ¿O me estaba engañando mi mala vista?

—Actea —dije.

Se levantó. Era ella.

—César. —Hizo una pequeña reverencia al llegar donde yo estaba.

—¡No me llames así! —exclamé. Aquella mujer a la que había amado, con quien había querido casarme y a quien había querido convertir en mi emperatriz, ¿iba ahora a usar solamente el tratamiento formal para dirigirse a mí?

—¿Cómo debería llamarte, si no? Eres César Augusto, esa es la verdad.

—Sí, pero no para ti. —Le indiqué que nos alejáramos de esas personas. Tuvo que obedecerme. Yo era el emperador, tal como ella había dicho. Nos distanciamos un poco de los oídos ansiosos, seguidos, eso sí, por los guardias.

Ahora que estábamos solos, en medio de desconocidos, no encontraba las

palabras para hablar con ella. Aguardó pacientemente. Siempre había sido una mujer tranquila, una presencia balsámica para mi alma. Todavía lo era.

—¿Te ayudo? —dijo—. Quieres preguntarme por qué estoy aquí. He venido a ayudar; toda la zona rural de los alrededores está haciendo lo que puede, ya sea con su grano o con su presencia. Todavía vivo en Velitres. No está tan lejos.

—Sé exactamente lo lejos que está —aseguré. A veintidós millas y media en línea recta. Había viajado mentalmente hasta ahí muchas veces, pero nunca me había permitido hacerlo en la vida real—. Parece haberte tratado bien.

—Pues sí. —Sonrió. Encantadora como siempre, no había cambiado nada en los cinco años que llevábamos separados. Pero sabía que ella no podía decir lo mismo de mí. Si mi aspecto reflejaba los cambios de mi ser, no era el mismo Nerón. Pero en lugar de eso, preguntó:

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha tratado el tiempo?

Seguro que conocía todas las cosas externas que habían pasado, y no podía contarle las cosas personales. De modo que me limité a decir:

—Bien.

Permanecimos, violentos, en el campo mientras un montón de gente atareada se movía a nuestro alrededor. Había mil cosas que podría decirle y no iba a decirle ninguna. Amaba a mi esposa, Popea, con una pasión y una fidelidad a toda prueba, pero Actea me había conocido cuando era muy joven y, aunque no inocente, sí más inocente que el Nerón que estaba ahora ante ella. Lo que quedaba de aquel Nerón seguía vivo en mi música, mi poesía, mi arte; era aquella parte de mí que luchaba por conservarse viva y sin tacha a pesar de la apremiante e inexorable intensidad de la vida y de ser emperador. Para ella, siempre sería aquel muchacho, aquel joven, y al perderla había perdido a la única persona que me veía de ese modo, y solo de ese modo:

nuevo y sin tacha. Pero ahora, el Nerón maduro y comprometido la miró y dijo:

—Estoy encantado de haberte visto, y de saber que te ha ido tan bien. Y te doy las gracias por ayudarnos cuando lo necesitamos. —Después la dejé marchar, la liberé del cautiverio de estar allí, rebosantes ambos de las palabras que nunca diríamos.

## IX

### ACTEA

—No, no firmes ahí, firma aquí. —Mi supervisor estaba detrás de mí, mirando el documento que yo estaba procesando. Señaló el lugar con un dedo.

Levanté la pluma y empecé a escribir pero, de repente, olvidé mi nombre completo. «Actea», escribí.

—Se trata de un documento legal —soltó con aspereza—. Tienes que poner tu nombre legal completo.

Mi nombre... ¿cuál? ¿El de cuando era niña, en Licia, Glicera, antes de que los romanos me esclavizaran? ¿El de cuando era una esclava, un único nombre que denotaba esclavitud, solamente Actea? ¿El que había adquirido cuando me convertí en una liberta, a través de la casa imperial Claudia, Claudia Actea? ¿El privado que usaba Nerón conmigo, mi vida?

Pero él también se había llamado de varias formas, y yo lo había conocido como Lucio, Lucio Domicio Enobarbo, antes de que pasara a ser Nerón Claudio César Druso Germánico cuando lo adoptó el emperador Claudio. Yo solía llamarlo Lucio a modo de broma cariñosa entre nosotros.

—¡Lo has manchado! —Un borrón de tinta ensuciaba la página y ocultaba mi firma.

—Lo siento. No me encuentro bien —dije. Me levanté y, sin esperar a que me diera permiso, dejé la mesa y me marché por el campo.

No me sentía bien... De hecho, estaba alterada, temblorosa. No había

esperado verlo, salvo a distancia. Sabía que visitaría el puesto de ayuda en algún momento, porque había oído lo mucho que se había implicado en las medidas de emergencia para la ciudad. Pero no estaba preparada para hablar personalmente con él.

Las palabras me habían abandonado, aunque en los cinco años transcurridos desde que nos separamos le había hablado mentalmente muchas veces. Fui yo quien se marchó, pero solo porque él había cambiado, se había distanciado de mí, guardaba secretos que no quería compartir. Y su sueño de casarse algún día conmigo, una antigua esclava, jamás se habría hecho realidad. Yo, que era seis años mayor, veía cosas que él no veía. Sabía más del mundo que él, podía ver que hasta el poder de un emperador tenía sus límites, y que él nunca podría tener todo lo que deseaba.

Alguien me empujó.

—¡Mira por dónde vas! —me dijo, justo antes de que tropezara con un cesto de grano. Deambulaba como una loca bajo el calor, sin ver otra cosa que no fuera él, allí en el campo, diciendo: «Estoy encantado de haberte visto, y de saber que te ha ido tan bien. Y te doy las gracias por ayudarnos cuando lo necesitamos.»

Unas frases frías, protocolarias, que diría a cualquiera: un senador de Capua, un oficial del ejército, un abogado de las provincias. Quien me decía esas palabras era el joven que me había abrazado con fuerza en nuestra cama de ramas de pino en las montañas cuando nos escapamos allí para que él planeara su villa de Sublaquaeum. Sus arquitectos Severo y Celer —qué curioso que me acordara hoy de sus nombres pero no del mío— lo habían alabado diciéndole que veía las cosas con ojos de arquitecto, pero yo lo había complacido más al decirles que no, que veía las cosas con ojos de artista. Y aquella noche me había suplicado fervorosamente que me casara con él.

Siempre fue imposible. Pero ¡oh, qué felicidad mientras todavía existía la

posibilidad!

Si hubiera dejado hablar a mi corazón en lugar de tener los labios sellados, le habría respondido, no le habría permitido irse. Le habría dicho: «Estoy velando por ti, y siempre lo haré. Si me llamas, acudiré. Siempre, cuando sea.»

Nada rompería ni sustituiría el lazo que se formó al haberlo amado una vez con un amor tan fuerte como el mío. No podía decir lo mismo de él. Se había casado con ella, con Popea Sabina, la mujer más hermosa de Roma, y la más vanidosa y astuta. Y según todas las informaciones, su devoción por ella no había decaído en los dos años que llevaban casados, ni durante la pérdida de su hijita.

No, se había ido. Pero nunca estaría libre de él.

Me había marchado de Roma para iniciar una nueva vida en Velitres, y había prosperado. Era un lugar agradable, ciudad natal de la familia de Augusto en los montes Albanos. Era propietaria de una fábrica de cerámica y baldosas en Cerdeña que me permitía ganarme bien la vida, además de otros negocios. No me faltaban pretendientes; ahora podía creer los mitos sobre mujeres casaderas que fijaban tareas imposibles a sus pretendientes. En mi caso la tarea imposible era que igualaran a Nerón, pero su fracaso no conllevaba que tuvieran un final atroz, como ocurría en las historias. En lugar de eso, su compañía me proporcionaba placer y diversión, pero nada más que eso.

Finalmente llegué al extremo del campo y encontré un árbol bajo el que sentarme, más allá de la multitud. Todavía podía verlo con su toga púrpura, que destacaba mucho entre la gente. Y recordé lo mucho que la detestaba. Al sentarme tranquilamente y respirar despacio, el corazón dejó de latirme a toda

velocidad y pude pensar. Me alegraba haberlo visto, porque de otro modo guardaría en mi cabeza un recuerdo anticuado de él. Estaba diferente. Tenía el pelo chamuscado por el fuego, lo que le daba un aspecto salvaje, como un dios del sol dañado. Había ganado peso; tenía la cara más redonda. Tiempo atrás parecía más joven de lo que era, pero ahora aparentaba más de veintiséis años. Había asumido fuertes responsabilidades, y se le notaba. Y la tarea de reconstruir Roma llevaría sus recursos al límite; todos sus recursos: personales, financieros, organizativos y artísticos. Ahora se enfrentaba a un desafío igual al de cualquier otro emperador anterior.

Recé a Ceres, mi dios personal, y a todos los demás dioses de Roma. «¡Protegedlo! —les pedí—. Orientad las decisiones que tiene que tomar, de modo que sean sabias y perfectas para Roma, que hagan que sea inmortal entre los emperadores.»

No añadí: «Y haced que vuelva conmigo.» Eso jamás sería posible. Y añadirlo podría hacer que rechazaran la petición completa.



## X

### NERÓN

Estaba exhausto y deseé no haber convocado lo que quedaba del Consejo Imperial para que se reuniera conmigo a última hora de la tarde. No disponía de toda la información que tenía que exponer ante ellos, pero más que eso, me había alterado tanto el sufrimiento que había visto en los campos y mi encuentro con Actea después de tantos años que apenas podía pensar. Ambas cosas estaban entremezcladas en mi cabeza, ambas devastadoramente reales y de ensueño a la vez.

Volví renqueante a palacio, desanimado y agotado. Como había predicho, la toga estaba destrozada: empapada de sudor, cubierta de zarzas y con el dobladillo sucio. Fuera la toga, pues. ¿Debería molestarme en ponerme otra para esta reunión? Con un suspiro, admití que sí. Tenía que mostrar mi autoridad cuando me dirigiera a ellos, y la imagen siempre confirma la autoridad.

Actea... ¿cómo podía ser que estuviera igual, que no hubiera envejecido? ¿Era realmente una obra de arte, como cuando la vi por primera vez, sirviendo de modelo para un mosaico de los aposentos imperiales? El arte nunca envejece, y eso es lo que lo hace tan valioso. Nos sobrevive a nosotros, a nuestros deseos y a nuestros pesares, serenamente ajeno a la decadencia de su creador.

Pero había visto atisbos de emoción en su semblante. ¿O eran

imaginaciones mías? ¿Y por qué había sido incapaz de hablar, salvo para decir banalidades?

Basta. Deja de pensar en ello, olvídalo. Roma te necesita. Y pronto llegarán los miembros del Consejo Imperial. Solo tienes un ratito para repasar los mapas y pensar lo que estás proponiendo.

—Roma ha quedado prácticamente destruida. —Estaba frente a unos quince hombres que habían acudido a mi llamada. Eran, en su mayoría, senadores, pero también estaba presente mi servicio personal: Epafrodito, mi secretario personal; Faón, mi secretario de finanzas, y mis arquitectos, Severo y Celer; además de los dos prefectos del pretorio, Tigelino y Fenio, así como Ninfidio, capitán de los vigiles—. Pero no necesitáis que os diga eso.

Me miraron con ojos recelosos. Aquella terrible experiencia los había puesto a prueba como a todo el mundo y estaban agradecidos por haber sobrevivido.

—Lo que necesitáis que os diga es lo que vamos a hacer ahora. —Pero solo tenía una idea vaga de qué sería. Si esperaban detalles, se iban a llevar una decepción.

Inspiré hondo antes de proseguir.

—Cuando ardió Troya, Eneas no se quedó en ella, sino que dejó atrás las ruinas y navegó hasta llegar a Roma. Pero nosotros no somos Eneas, y no deseamos abandonar Roma. Y no fue un enemigo quien destruyó nuestra ciudad, como fue el caso de Troya, sino un accidente. No tenemos ningún motivo para huir. Pero podemos imaginar una nueva Roma, mejor y más brillante que la antigua.

Oí un murmullo, así que seguí rápidamente adelante.

—Sí, se ha perdido mucho. He preparado un informe que lo detalla todo,

por lo menos lo que sabemos hasta ahora. Templos, trofeos, obras de arte, registros: la vieja Roma que era nuestro orgullo. Pero todavía estamos aquí, y podemos recrearla, ofrecer una ciudad gloriosa al futuro, cuando haga ya mucho tiempo que la vieja ha sido olvidada. —Señalé con la cabeza a Severo y Celer—. Junto con mis arquitectos planearé una nueva ciudad, y en poco tiempo os presentaré el diseño. Porque creo que tenemos que actuar deprisa. No tiene sentido esperar; necesitamos una ciudad en la que vivir, y cuanto más se tarde en crearla, más aumentará el sufrimiento.

—¿Cómo podemos permitirnoslo? —preguntó Publio, un senador de Túsculo.

Una pregunta sagaz y dolorosa.

—Podremos permitirnoslo porque no nos queda más remedio. —Era la respuesta más sincera.

—¿Planeas hacerlo a crédito?

—No. El tesoro imperial correrá con la mayor parte del coste. También obtendremos contribuciones de las provincias, y habrá donaciones de la gente acaudalada. —Como Séneca, pensé. Pero no lo mencioné—. Gente que puede permitirse reconstruir por su cuenta, y si lo hace antes de determinado plazo, recibirá una compensación del tesoro —expliqué. Sabía que mucha gente tenía todavía dinero porque tenía inversiones fuera de Roma, y no todo el mundo había perdido su casa. Algunas se habían salvado milagrosamente.

—¿Y qué hay del origen del incendio? —preguntó Fenio—. ¿Se castigará a los culpables?

—¿Cómo vamos a castigar al viento, que avivó las llamas? ¿O a la mecha de una vela ardiendo que prendió fuego a algún trapo? —añadí.

—¿Estás seguro de que fue así como sucedió? —insistió.

—Lo más seguro que puede estarse —respondí—. Pero aun así, hay que aplacar a los dioses. Y haré los sacrificios rituales necesarios para hacerlo.

—¿Cuándo estarán listos los planos? —quiso saber un senador.

—En cuanto Celer y Severo puedan tenerlos hechos. Mientras tanto, pensad en los cambios que queráis incorporar. Esta es vuestra oportunidad. Disponemos de una pizarra en blanco.

Cuando se marcharon, Epafrodito y Tigelino se quedaron.

—¿Sí? —dije, sentándome, taciturno, tras mi escritorio.

—La gente se sintió reconfortada al verte —aseguró Epafrodito—. Lo sé.

—Tuvo el efecto contrario para mí.

—Lo sé.

De repente, tuve una petición que hacerles.

—Quedaos aquí mientras escribo una nota para el tablón de desaparecidos. Me gustaría saber si ciertas personas están bien.

Saqué un pedazo de papel y escribí:

Cualquier persona que tenga noticias sobre las siguientes personas que se ponga en contacto con el emperador a través de su representante Epafrodito en el puesto de información.

Terpnos, citarista de altísima reputación

Apolonio, entrenador deportivo griego

Paris, actor destacado

Apio, profesor de canto

Vorax, madama en la Subura

Se lo entregué a Epafrodito.

—¿Una madama? —se sorprendió—. ¿Quieres que una madama se ponga en contacto contigo?

—Es una amiga —dije. Tigelino me la había presentado en la víspera de mi desastroso primer matrimonio, y me había impartido conocimientos de

cierto tipo que eran valiosísimos para un muchacho virginal, algo por lo que siempre le estaría agradecido.

—Ah, yo tengo amigas así —admitió Tigelino con una sonrisa.

—Pues será mejor que preguntes por ellas en el tablón de personas desaparecidas —contesté.

—Bueno, si el emperador es lo bastante osado para hacerlo, yo también. —Guiñó un ojo y se marchó.

Mientras observaba cómo Tigelino se retiraba, me sentí inmensamente agradecido por el hecho de que siguiera estando allí conmigo. Había quienes desconfiaban de nuestra cercanía, temerosos de que tuviera demasiada influencia sobre mí. Pero no tenían forma de saber el vínculo que se había formado entre nosotros en nuestro primer encuentro, cuando yo era aún un niño y él se había colado subrepticamente en el palacio durante el anuncio del matrimonio de mi madre con Claudio. No era bienvenido, pero se había atrevido a presentarse igualmente, y eso me impresionó. Cuando me contó que era criador de caballos de carreras, se me ganó al instante. Los dos éramos rebeldes: él por entrar sin permiso donde no debía estar, yo por querer rodearme de caballos y aurigas, algo que mi madre prohibía. Él prometió llevarme a las caballerizas y yo le prometí no revelar que estaba en el palacio. Formamos en aquel momento una alianza que jamás se había roto.

El día había concluido por fin, y di gracias a todos los dioses. Fuera la toga. Arriba una copa de vino. Ya no pensaría más. No podía soportarlo. A la mañana siguiente volvería a enfrentarme a todo ello de nuevo.

Cuando me estaba preparando para acostarme, un sirviente abrió la puerta; esta giró silenciosamente sobre sus goznes y allí, en el umbral, estaba Popea, una aparición. Pero se movió y entró en la estancia, y el sirviente cerró la puerta.

Corrí a abrazarla. Era la primera vez que la veía desde aquel mediodía

caluroso en que partí a toda prisa hacia Roma. La sujeté entre mis brazos, felicísimo de verla. Todo iría bien, y ahora sabía que Roma resurgiría y que su edad dorada seguía estando ante ella, no tras ella, entre las cenizas. Popea estaba conmigo, y todo iría bien.

## XI

Nos quedamos levantados hablando, y nuestras palabras se precipitaban unas sobre otras con las prisas de volcar todo lo que habíamos vivido desde que nos separamos. Mi agotamiento se esfumó, perdido en la oscuridad de la noche, mientras se lo contaba todo.

—Esperé, sin ninguna información, sin forma alguna de saber qué había sucedido o si tú estabas a salvo... —Alargó la mano y me tocó el pelo—. Después corrió la noticia de que habías corrido tontamente hacia el incendio. Y aquí está la prueba. Tu cabello quemado.

—No corrí hacia el incendio. Simplemente me acerqué lo suficiente para observarlo y ver qué parte del Palatino estaba en llamas.

—Te acercaste lo bastante para quemarte.

—Esto es por las chispas que volaban con el viento; el aire estaba lleno de ellas. También me salieron ampollas en los brazos, pero no fue nada grave. —Estaba orgulloso de eso; casi deseaba que las ampollas jamás se sanaran para que, cuando llegara el momento, sirvieran para recordar que no había titubeado. Pero ya estaban desapareciendo, junto con la prueba de mi valentía.

—Esperar era una tortura —dijo Popea—. Aunque no estoy sugiriendo que pueda compararse con lo que tú estabas soportando.

—No saber qué le ha pasado a alguien es una tortura en sí misma. —Pensé en las personas por las que había preguntado en el tablón de desaparecidos, personas que anhelaba saber que estaban a salvo—. Una tercera parte de la

ciudad se ha quedado sin hogar, y la gente busca a sus seres queridos, acampada en todos los lugares públicos que he podido proporcionarle.

—Lo sé. Pasé frente a algunos al venir hacia aquí. ¡Un mar de personas! ¿Qué vamos a hacer con ellas?

—Esa es la cuestión con la que estoy lidiando. Me he reunido con el Consejo Imperial y trabajaré con los arquitectos para diseñar la nueva ciudad.

—¿Una nueva ciudad?

—Sí. Se me ha ocurrido que es la oportunidad de crear una nueva Roma. Una Roma más allá de lo imaginable, una Roma que trascienda todas las viejas normas.

—¡Qué grandioso! —exclamó, recostándose y estirando los brazos.

—Grandioso no. Futurista.

—Dos palabras para una misma cosa. —Sonrió—. Tus enemigos lo llamarán de una forma; tus amigos, de otra.

—Solo me importa cómo lo llame el futuro. Estoy construyendo para personas que aún no han nacido. La opinión contemporánea suele ser incorrecta y no se corrige hasta eras posteriores.

—Pero también ocurre al revés —replicó—. Lo que en una época se aclama, es ridiculizado en la siguiente.

Su voz se fue desvaneciendo a medida que unas torres relucientes se elevaban en mi imaginación. Una Roma que dejaría atónito al mundo.

Nos abrazamos en la cama, seguros en los brazos del otro. La suave piel de su espalda alivió mis quemaduras, pero mi felicidad se veía ensombrecida por la imagen sombría de la gente desplazada en los campos que nos rodeaban.

La residencia vaticana era más pequeña que la desaparecida Domus Transitoria, y más pequeña aún que la villa de Anzio, con sus diferentes



niveles. Me gustaba llamarla mi palacio rural, situada como estaba en los campos que había al otro lado del Tíber. Poseía el teatro donde había celebrado las juvenalias y mi paso a la edad adulta, y la pista donde se corrían carreras de carro menores. Era mucho menos formal que ninguna otra propiedad imperial, y me pareció un buen lugar para reunirme con los ingenieros y los arquitectos para planear la reconstrucción de Roma, porque aquel marco tan acogedor no resultaba intimidante.

Con unas tablas, hice construir una mesa grande en el centro de la sala de reuniones; en ella construiríamos una maqueta de la ciudad. Teníamos a nuestra disposición bloques de madera de todos los tamaños que podían amontonarse y redistribuirse, y un plano de la vieja ciudad. Severo y Celer, mis arquitectos de confianza, estaban allí, esperando. También estaban presentes varios ingenieros, expertos en alcantarillado, propiedades de ladrillos y piedras, y arcos y bóvedas.

Estaban todos mirándome, aguardando a que yo empezara. Nadie hablaría hasta que yo lo hiciera. Así que tomé mi bastón de mando y señalé el tablero vacío de la mesa.

—Dos terceras partes de Roma han quedado destruidas —dije.

Tomé una tiza y esboqué los detalles de la geografía de la zona: el río, las colinas, las áreas bajas. Rellené los sitios que se habían salvado del incendio, básicamente en los márgenes de la ciudad. El centro estaba totalmente vacío.

—No tiene que haber más incendios —proseguí—. Si vamos a crear una nueva Roma, tiene que ser invulnerable.

—Siempre hay incendios —señaló uno de los ingenieros—. Lo mismo que plagas y guerras.

—Sí, porque las condiciones los favorecen. El centro de la ciudad era un laberinto de calles tortuosas, de casas de madera que sobresalían y de bienes inflamables. Tiene que reconstruirse de otro modo —dije.

—¿De qué modo? —preguntó, escéptico, otro de los ingenieros.

—Bueno, es obvio —respondió Severo—. Corrige esas tres condiciones y tendrás mucho ganado a la hora de eliminar incendios. Nada de calles estrechas; serán anchas. Nada de pisos superiores que sobresalgan de las casas; debería haber espacio al aire libre entre ellas. Y no tendrían que ser de madera, sino construidas con piedra de Gabies o de Albano, que es ignífuga.

—Y cada casa debería tener su propia pared —añadí—. Nada de paredes medianeras.

—Las casas deberían estar apartadas de la calzada —intervino Celer.

—Con pórticos a cada lado —dije, imaginándolo.

—¿Dónde se construirán estas calles? —preguntó otro de los ingenieros—. ¿Y dónde se situarán los lugares sagrados y los templos? Habrá que reconstruirlos. No podemos dibujar las calles hasta no tener ubicados los edificios grandes.

—Cierto —admití—. Elaboraré una lista de los edificios que tenemos que reemplazar. —Sería una lista deprimente, una lista de pérdidas—. Y podemos seguir adelante a partir de ahí.

—¿Y qué me dices del área baja entre el Esquilino y el Viminal? La sección situada al final del Foro.

—Debería quedar abierta —respondí.

—Pero es una zona pantanosa y no tiene ninguna utilidad —dijo Severo.

—Tal vez podríamos construir un lago artificial en ella. Como el de Agripa en el Campo de Marte. Puede que sea lo más adecuado.

—¿Necesitamos otro lago? —preguntó un ingeniero llamado Junio—. Ya tenemos el de Agripa y la naumaquia de Agripa al otro lado del río.

De repente empezó a formarse una imagen en mi mente, vaga pero fascinante.

—Pero están en las afueras. Este estaría en el corazón de Roma.

Tenía que estar a solas con Severo y Celer. Así que dije a los demás que volveríamos a reunirnos al día siguiente, cuando tuviera la lista de los edificios públicos para que pudiéramos seguir planificando. Cuando se marcharon, me volví, ansioso, hacia mis arquitectos.

—Tengo una idea —dije. Tracé un rectángulo en el centro con la tiza—. Esto puede ser el lago. Y a su alrededor... —Tomé los bloques en miniatura y comencé a disponerlos—. Alrededor del lago, bosques. Campos.

—¿Qué? —Celer sacudió la cabeza—. Es el centro de Roma. No puedes tener bosques ahí.

—Pero ¿y si los tuviéramos, con campos abiertos, árboles de todo tipo, ciervos, garzas reales y halcones? La gente huye al campo, a sus villas, porque el centro de la ciudad está abarrotado y es hediondo, pero esto llevaría el campo a la ciudad. Y con las calles anchas, y el espacio abierto al aire libre, sería un jardín. Un jardín abierto a toda Roma.

—Ocuparía demasiado espacio. Se sacrificarían los inmuebles del centro de Roma y la gente se enfadaría. Dirían que si queremos campos y lagos, podemos ir a Campania.

—Pero ahora no tendrían que viajar para ello. Sería un bálsamo para su estado de ánimo.

—Les importan más su bolsa y sus negocios que su estado de ánimo —contestó Celer.

—Quiero que hagáis un plano de ello —dije, obstinadamente—. Cuando hayamos decidido dónde van a reconstruirse los edificios públicos, podremos diseñar lo demás.

—Tus planes siempre parecen desafiar la naturaleza —señaló Severo—. El canal Averno-Ostia, por ejemplo. Ciento veinte millas a través de un terreno difícil, lo bastante ancho para permitir el paso de dos quinquereemes a la vez. Solo hemos avanzado unas cuantas millas; la ingeniería es complicada. Y la

villa de Sublaquaeum, que exigió que represáramos un río y creáramos tres lagos.

—Pero lo hicisteis, ¿no?

—Sí, pero nos han acusado de no respetar los límites de la naturaleza.

—Esta es la excusa de los timoratos —solté.

—Nadie puede acusarte de eso —dijo Celer.

—Confío plenamente en que podréis realizar estos planes, decidamos lo que decidamos. —Di por finalizada la reunión.

Cuando se marcharon, tenía claro que el siguiente paso era inspeccionar los lugares sagrados y los edificios públicos, es decir, lo que quedaba de ellos, para decidir cuáles había que reemplazar con más urgencia. Los ingenieros tenían razón: habría que diseñarlos antes de poder distribuir el resto del espacio. A la mañana siguiente salí con Tigelino y dos guardias más a primera hora. El puente estaba intacto y pudimos cruzarlo con facilidad; en el interior de la ciudad el ruido de carros, obreros y demolición formaba una música de fondo extrañamente melodiosa. Se habían abierto caminos provisionales en las distintas áreas. Ya no era necesario calzar botas para recorrerlas. Sobrecogía no ver nada más alto que una zarza; todo se había aplanado.

—Cuando se hayan limpiado las áreas, las inspeccionaremos y después permitiremos que la gente vuelva para reconstruir —dije—. No quiero que vengan hasta que sea seguro y no puedan encontrarse con sorpresas horripilantes. —La orden de mantener a la gente alejada seguía vigente; había que evitar la entrada de los buscadores de tesoros y los saqueadores.

Se estaban llenando carros a paladas con escombros para llevarlos pesadamente a los muelles, donde se cargaban en barcazas. Hacía tres semanas ya que los obreros estaban haciendo esto, y, aun así, los montículos crecían de nuevo como setas tras la lluvia. De entre las ruinas asomaban

vigas chamuscadas, verjas de metal fundidas, convertidas en masas retorcidas; estatuas decapitadas; ruedas sueltas; tejas rotas y macetas con plantas muertas.

—Los restos de las vidas —dijo Tigelino sacudiendo la cabeza con una melancolía inusual en él. Se detuvo antes de añadir—: ¿Adónde quieres ir primero?

—Al Palatino —respondí. Tenía que examinarlo más detenidamente de lo que me había permitido mi rápida visita anterior—. Tenemos que evaluar y confirmar las pérdidas que ha habido allí.

Tras pasar ante el templo de Vesta, convertido en un montón de piedras rotas que conservaban todavía la estructura redonda del edificio por la forma en que este se había derrumbado, iniciamos nuestro ascenso al Palatino. Como estábamos en plena canícula, hacía calor, claro, pero el ambiente me pareció fresco comparado con el infierno con el que me había encontrado aquí la última vez. Por fin, al coronar la colina, contemplé una extensión ennegrecida de árboles quemados, edificios derruidos y montones de cenizas, todo ello bajo un cielo despejado que surcaban las aves.

A mi derecha, el viejo palacio, la Domus Tiberiana, había sufrido graves desperfectos, pero algunas partes de ella seguían en pie. Intenté recordar exactamente qué había en cada habitación, qué tesoros irremplazables se habían perdido, pero no pude. Tenía que haber un inventario en alguna parte, pero era probable que también hubiera desaparecido. Afortunadamente, muchas de mis pertenencias personales estaban en Anzio y Sublaquaeum, pero no todas. Las maravillosas estatuas de bronce de Grecia debían de ser ahora masas fundidas en el interior del palacio, y la genialidad de su creador habría abandonado el material inerte.

Su edificio anexo, la Domus Transitoria, había salido peor parada, aunque eso ya lo sabía en cuanto olí el humo en ella durante el incendio. Pero, ¡oh!,

yo la había diseñado, había observado trabajar al pintor, había elegido el mármol y había planificado la fuente inferior... esto dolía mucho más que los desperfectos del palacio principal.

—Tal vez pueda salvarse algo —comenté, al ver parte del diseño del suelo a través de las cenizas.

—No te hagas ilusiones, César —dijo Tigelino.

Avanzamos más por la cima llana de la colina, hacia la parte de Augusto, donde había estado su modesta casa, junto con el templo de Apolo Palatino y los laureles sagrados. Este lado había sufrido menos desperfectos, aunque las llamas se habían elevado hasta aquí desde el Circo Máximo, situado debajo. Quizá el viento había cambiado compasivamente de dirección en el momento crucial.

Pero la devastación había sido igualmente enorme. El pequeño templo de Noctiluca, dedicado a la luz nocturna, que se mantenía iluminado toda la noche y brillaba, hermoso, como un fanal blanco, se había desplomado. A su lado, su hermano, el gran templo de Apolo seguía en pie, pero el pórtico con las cincuenta hijas de Danao de mármol rojo y negro se había hundido, y las estatuas habían caído y se habían roto. La biblioteca anexa al templo había sufrido desperfectos importantes, y seguramente los rollos estarían ilegibles. Los valiosos Libros sibilinos, sin embargo, habían sido rescatados junto con el material de los archivos del Tabulario cuando el incendio se había reavivado el sexto día. Y habíamos tenido la suerte de que esas cosas, tan vitales para Roma, se habían salvado.

Avancé por el templo dando puntapiés a las cenizas que cubrían el suelo. Aquí había depositado la corona que me habían concedido como citarista en los primeros juegos en mi nombre, los juegos neronianos. Había otorgado a Apolo el mérito de mi victoria. La corona había ardido por completo. El yeso de los pórticos había caído, y un tono azul asomaba bajo las cenizas. Cuando

las aparté, apareció una imagen de Apolo tocando la cítara contra un fondo cerúleo. Estaba mirando hacia arriba, con el cabello dorado ondeando y las manos sujetando con fuerza el instrumento musical. Era tan solo un fragmento, pero era prometedor.

«El arte sobrevive. El arte es eterno. Todavía estoy contigo.»

Lo recogí y lo abracé. Ocuparía un puesto de honor en mi nuevo palacio.

—Vamos —dije a Tigelino y a los guardias—. Hay otra cosa que tenemos que comprobar. —Pero ahora estaba extrañamente seguro de que seguiría allí. Y sí, al lado de la casa de Augusto, los laureles sagrados de los Césares seguían creciendo. No habían sucumbido, como tampoco lo había hecho Apolo.

»Aquí está el mío —dije tras localizarlo. Tenía el tronco algo quemado, y muchas hojas marchitas, pero no tenía la menor duda de que sobreviviría. Cada nuevo emperador plantaba una ramita del laurel original de Livia, y este árbol pronosticaba su destino. Mientras el laurel creciera, el emperador prosperaría. Cuando él moría, el laurel moría con él. Los tocones de los árboles de Augusto, Tiberio, Calígula y Claudio formaban una triste hilera recta detrás del mío, lleno de hojas verdes. Otros descendientes del árbol de Livia seguían creciendo con fuerza. No estaban dedicados a ningún emperador, sino a la propia Roma. Ella y yo seguíamos estando a salvo, gozando de protección divina.

Aquella noche no podía dormir. Hacía un calor asfixiante en la habitación, a pesar de las ventanas abiertas, orientadas al este y al oeste. No corría ninguna brisa, y el ruido de los refugiados en los jardines era más alto de lo habitual.

Era urgente reconstruir la ciudad lo más rápido posible para que pudieran

finalizar su exilio. Lo que había visto ese día me daba una imagen más clara de lo que había que hacerse, y en qué orden.

A mi lado, Popea dormía tranquilamente. El calor no parecía molestarla, aunque solo la tapaba un cobertor finísimo, su única concesión al ambiente bochornoso. O bien lo que había visto al regresar a la ciudad la había dejado anonadada, o no se había dado cuenta de su alcance, porque había hablado poco de ello. Su circunspección me resultaba tranquilizadora, pero también me sentía solo y abandonado a mi suerte.

Era absurdo. No podía seguir acostado más rato sin hacer nada mientras las horas perdidas iban pasando lentamente. Me levanté y fui a la estancia donde estaba la maqueta de Roma, pasando ante los guardias, que me miraban en silencio desde sus puestos.

Una vez dentro, encendí las lámparas para iluminar la gran mesa. La futura ciudad se extendía ante mí, esperando a ser creada. Las líneas que había trazado antes para señalar las inmensas zonas de destrucción, parecían ahora una oportunidad para un artista, obedientes en mis manos.

El edificio del mercado abovedado, el *Macellum Magnum*, en el monte Celio, había sufrido pocos desperfectos. Situé un bloque grande en ese lugar. La Curia, en el Foro, se había salvado; situé el bloque que la representaba en el sitio correcto. El templo de Claudio tenía su bloque. Los siguieron los demás, todos los edificios públicos y los templos que se habían conservado. Me aparté un poco y observé el aspecto que tenía ahora la ciudad. A continuación, tenían que ir los edificios que estábamos obligados a restituir: el templo de Vesta, la Regia, el templo de la diosa Fortuna, el templo de Rómulo dedicado a Júpiter, el templo de la Luna Noctiluca. Todos ellos tenían que volver a erigirse en su ubicación original. Pero cuando terminé con esos y muchos más, todavía había una franja enorme de espacio vacío en el centro de la ciudad.



Cerré los ojos, recordando lo que había oído sobre la legendaria ciudad de Alejandría: mármol blanco, grandes avenidas, el faro, la excelente biblioteca, el Mouseion. Lamenté no haberlo visto nunca, pero Séneca había hecho estancia en esa ciudad, y mi abuelo Germánico había quedado prendado de ella. Decían que te embrujaba, que su belleza y su erudición la hacían única. ¿Por qué iba a ser Roma menos que ella? La habíamos conquistado; ¿no debería ser la ciudad del conquistador mejor que la del conquistado?

Y había más, un mandato imperioso. Cuando era pequeño, el hijo de Cleopatra me había regalado una moneda que había pertenecido a su madre y me había dicho: «Te la cedo, junto con sus sueños y sus ambiciones, para que los custodies.» ¿Tenía, pues, una misión especial, transformar Roma en algo mejor de lo que había sido, una ciudad ilustrada de una belleza que superara incluso la de Alejandría, como ella habría deseado? ¿Propiciar una edad de oro?

El centro de la ciudad..., el centro..., ¿qué podía ir ahí?

Empecé a distribuir y redistribuir febrilmente los bloques. Se apoderó de mí una extraña urgencia, como si tuviera pensamientos que jamás pudiera recuperar, pensamientos que tenía que plasmar entonces. El centro... sería algo hermoso, de una belleza transcendente. No para el comercio ni las ceremonias, sino para que toda la gente lo disfrutara. La idea que había tenido antes sobre un bosque abierto emergió de nuevo. Pero no solo un bosque: una recreación de todo el Imperio romano, con el lago en el centro representando el Mediterráneo. Animales de distintas regiones, árboles y otras plantas de partes remotas. Y en la colina, un pabellón, un pabellón enorme con vistas al lago, un palacio dedicado al arte. Con terrazas y jardines colgantes que descendieran hasta el lago, y un vestíbulo junto a un palacio inferior independiente que llegara hasta la vía Sacra del Foro. Todo seguido, todo

confluyendo. Fuentes, fuentes por todas partes. El templo de Claudio..., su base podía convertirse en un parque con una fuente gigantesca.

Lo vi todo tan real como si ya estuviera construido. Y el fastuoso pabellón de la colina, orientado al sur para captar la luz del sol, era tan brillante y cautivador que solo podía llamarse de una forma: Domus Aurea, la Casa de Oro.

Las horas habían pasado tan deprisa que, al salir de la estancia, me sorprendió que el sol del amanecer me iluminara la cara.

—Gracias, Apolo. Lo construiré todo para que sea digno de ti —le prometí.

## XII

Popea seguía durmiendo cuando volví sin hacer ruido a la habitación. Aunque hacía ya dos años que vivíamos juntos, su perfección era tan absoluta que me seguía costando verla como una persona de carne y hueso, y no como una obra de arte. Para mí, era Helena de Troya; ella me enseñó que Helena era real, que un ser así podía existir de verdad y no solo en la imaginación de Homero.

Me quedé mirándola. Estaba tumbada de lado, de cara a la ventana por donde entraba el sol, con el fino cobertor tapándole solo las piernas. Los rayos del sol naciente se reflejaban en su extraordinario cabello, iluminando sus tonalidades ámbar, haciéndolo brillar como la miel. Parecía ajena a los molestos rayos de luz apolínea que le acariciaban los párpados. Era apropiado. Una vez había hecho de Dafne en una pantomima, interpretando el papel de la ninfa que prefirió convertirse en un árbol antes que entregarse a Apolo. Después afirmó que yo era el Apolo al que ella había decidido entregarse, pero tenía tendencia a mitologizar, y lo cierto era que lo único que podía considerar apolíneo era mi pelo rubio. Eso, y que tocaba la cítara.

—Deja de mirarme —dijo con voz adormilada—. Te estoy viendo. Me sigues contemplando con la boca abierta como un jovencito. —Se incorporó despacio y se volvió hacia mí. El cabello le cayó hasta la cintura.

—Tú nos vuelves a todos jovencitos... o jovencitas. —Solté una carcajada, pero me había avergonzado. Por un segundo me pregunté si la gente que se me quedaba mirando se avergonzaba igual cuando yo la pillaba, aunque un emperador puede esperar que lo miren.

—Tienes un aspecto horrible —apreció—. ¿No has dormido nada?

—No. ¿Se me nota?

—Sí. Ya sabes que la belleza requiere cierta cantidad de horas. ¿Por qué no las duermes entonces?

—No estoy intentando ser hermoso —respondí—. Eso te lo dejo a ti. ¡Pero deja que te enseñe qué he hecho en lugar de dormir! —Antes de que pudiera protestar, la tomé de una mano y tiré de ella para que se levantara.

—¡Espera, espera! —dijo, tropezando—. No puedo salir así.

—Solo vamos a otra habitación. ¡Venga, vamos! —La llevé hacia la sala de la maqueta, pasando ante los guardias, que desviaron la vista de modo muy evidente para darnos a entender que no estaban mirando, lo que demostraba justo lo contrario—. ¡Aquí!

Teníamos ante nosotros la gran mesa con su maqueta, más impresionante aún ahora que estaba iluminada con luz natural.

—¡Lo he hecho! He decidido la distribución de la ciudad. —Señalé cada bloque, explicando qué edificio era, y di nombre a las nuevas calles, trazadas con tiza.

Se limitó a mirar. Tal vez estaba medio dormida.

—¿Has hecho todo esto esta noche? —dijo por fin.

—No todo. Había tenido antes una charla previa con los arquitectos y los ingenieros.

—Esto rehará Roma por completo. Como dijiste. Impresionará a la gente.

—No me preocupa la gente actual, sino la gente del futuro.

—Por desgracia, tenemos que vivir con la que está aquí ahora —contestó. Y añadió con una sonrisa—: Pero es maravilloso. ¿Y el palacio? No lo veo.

Recorrí con la mano el área que se llamaría Domus Aurea: el pabellón en la colina y el palacio inferior junto al lago.

—Aquí —respondí.

—Está muy bien situado —afirmó, tocando el área del pabellón—. Tendremos una vista espléndida del Foro. Y me gusta la fachada larga.

—Es solo una parte de él. —Le expliqué el resto: el lago, las terrazas ajardinadas, los pórticos, el vestíbulo—. Colocaré un coloso en el vestíbulo al aire libre —dije, mientras lo pensaba—. Sí, uno mayor que el de Rodas, dedicado a Apolo, a la nueva edad de oro.

—¿Cómo de grande? —Parecía consternada.

—Lo bastante para que se vea desde todas partes. El de Rodas medía cien pies de altura, de modo que el mío tendrá que medir ciento veinte por lo menos. Será de bronce dorado. —Reí—. Pero eso será lo último, no te preocupes. Todo lo demás tiene que estar terminado antes de que derrochemos el dinero en el coloso.

—¿Es eso prudente?

—¿El coloso? Ya te lo he dicho, será lo último.

—No, convertir el centro de Roma en tu terreno privado.

—Pero no será privado. Estará abierto a la gente, todo salvo el pabellón. Como el área que construí en Anzio, junto a la orilla, con los jardines y el teatro. Estoy devolviendo la ciudad de Roma a su gente.

—Puede que le guste a la gente, pero no a los ricos que estás desalojando de sus propiedades.

Era muy práctica, pero en ese momento eso me molestó.

—Los cambios conllevan inevitablemente una pérdida para alguien. No hay forma de evitarlo. Los cambios son a la vez crueles y gratificantes; los bienes y los males que Zeus reparte de las tinajas que tiene a cada lado.

—Tengo que vestirme —soltó de repente, acercándose la prenda de seda—. Acompáñame a mis aposentos. Rara vez me visitas ahí.

Normalmente me mantenía alejado de ellos porque me parecían un sofocante invernadero de feminidad. Pero ese día, con la cabeza dándome

todavía vueltas, exultante debido a la planificación de la ciudad, me sentía inmune a cualquier sorpresa, y decidí acompañarla.

Sus aposentos eran casi tan grandes como los míos, y sus sirvientes, más numerosos. Puede que costara más cuidar de una emperatriz que de un emperador. O cuidar de esta emperatriz. Se encontraban en el lado oeste de palacio, porque a ella no le gustaba el sol matutino.

—Prefiero la luz de última hora de la tarde —había dicho—. Los rayos inclinados, la sensación de finalización, la emoción de la noche que llega, eso es lo que me encanta.

De acuerdo con sus deseos, sus aposentos estaban todavía bastante oscuros, aunque el sol ya hacía rato que había salido. Al entrar, sus sirvientes hicieron una reverencia y descorrieron las cortinas.

Su cama, intacta, relucía con sus sedas y almohadas, un pabellón de placer que nadie querría desperdiciar durmiendo. La miré, pero había demasiada gente, aunque Popea no se cortaba nada para ordenarles que se retiraran cuando quería que se fueran.

Vio que miraba la cama, pero esa mañana no le apetecía seguirme ahí. Así que se dirigió hacia su tocador, cargado de botellas y frascos de cosméticos de todas las formas y tamaños, unos recipientes de plata, cristal y alabastro realmente hermosos. Levantó un espejo de mano y se contempló la cara con actitud crítica. Me situé tras ella y vi mi propio rostro reflejado en su superficie irregular.

—Verías mejor si tuvieras más luz en esta habitación —dije.

—Puede que no quiera ver mejor —replicó—. Podría ver cosas que no deseo ver.

—Eso nunca —aseguré, apoyando mi cabeza en su hombro y abrazándola. Pero siguió contemplando su reflejo con el ceño fruncido.

—Esto no estaba aquí antes —dijo.

—¿Qué?

—Esta arruga —respondió, y se tocó una arruguita apenas perceptible junto a los labios.

—A no ser que quieras dejar de comer y no volver a abrir la boca, te saldrán arrugas —dije.

—No estaba aquí antes —insistió. Dejó el espejo—. Ya te lo dije: espero morir antes de perder mi belleza.

—No la estás perdiendo —aseguré. No me gustaba el rumbo que estaba siguiendo esta conversación.

—Tengo treinta y dos años —prosiguió—. Treinta y dos. Ya no falta mucho. Me está empezando a pasar. ¡Puedo verlo!

—Basta —pedí—. Estás obsesionada con esta idea. Si no dejas de pensar así, lo provocarás tú misma.

—Es fácil para ti decirlo. ¡Solo tienes veintiséis!

—Si pudiera cambiarme por ti y dejar que tú tuvieras veintiséis, yo tendría treinta y dos encantado. Nunca me ha importado que seas mayor que yo. Para mí tú eres una diosa, y las diosas no tienen edad.

—¡Pues esta diosa tiene arrugas!

Solté una carcajada.

—¿Cómo sabes que Afrodita no tenía?

A regañadientes, ella también se rio.

—Necesito tener otra vez leche de burra. ¿Sabes qué fue de mis cuabras?

—Tengo que confesar que comprobar qué ha sido de tus burras ha sido lo último de la lista de emergencias. Pero lo haré. —Tenía unas cuabras con doscientas burras en las afueras de Roma para que le suministraran leche con la que bañarse.

—Si volviera a disponer de la leche, recuperaría mi complexión.

—No tienes que recuperarla —insistí—. De verdad.

Se desplazó a otra parte de la inmensa habitación y llamó a las sirvientas encargadas de su guardarropa. Aparecieron varias, ansiosas por satisfacer sus deseos.

—Hoy volverá a hacer un calor horrible —dijo—. ¿Cuáles son los vestidos más ligeros que tengo?

—¿Qué color prefieres, señora? —preguntó una mujer esbelta de mejillas bronceadas.

—Hoy, verde —respondió, y cuando la mujer ya se iba, añadió—: verde claro.

—¿Quieres las sandalias de cabritilla o de piel de cabra? —preguntó una mujer baja con una mirada penetrante.

—Oh... cabritilla. —Popea le hizo un gesto para que se marchara.

Todavía había algunos sirvientes en la estancia, esperando que les asignara alguna tarea. Uno o dos destacaban porque su vestimenta era gruesa y generosa a pesar del calor. Me pregunté por qué la llevarían. Pero me olvidé de eso en cuanto vi a Popea allí, cerca de ellos. Miré a mi derecha y vi que todavía estaba a mi lado. Giré la cabeza de golpe para ver a aquella otra persona: la Popea del otro lado de la habitación.

—Llama a esa persona —le dije, señalándola.

—Esporo. —Lo llamó también con señas.

La aparición se acercó a mí, andando exactamente como Popea, moviéndose igual que ella. Incapaz de fiarme de mis sentidos, volví a mirar a Popea para asegurarme de que seguía realmente junto a mí.

La persona se situó delante de mí. Ahora, de cerca, podía ver que no era Popea, pero su parecido era como el de una copia romana en mármol de un original griego en bronce. Era un hombre, no una mujer. Su cabello no tenía las tonalidades ámbar del de Popea, pero era prácticamente del mismo color.



Sus rasgos, aunque casi idénticos a los de ella, no eran tan finos. Su cuerpo era esbelto, no musculoso, pero carecía de sus curvas.

—¿Te gusta mi gemelo? —preguntó Popea.

Esporo se quedó allí de pie, reducido a un objeto.

—El parecido es asombroso —contesté.

—Por supuesto, no somos familia que sepamos, pero en Roma hay muchos primos no reconocidos.

—Y muchos hijos no reconocidos —coincidió—. Ninfidio asegura ser hijo de Calígula y no del gladiador con el que se acostó su madre. Vete a saber.

—Esporo es mi confidente —aclaró Popea—. Es como hablar conmigo misma. Tenemos muchas conversaciones, ¿verdad?

Esporo asintió, con una dignidad innata. Me pregunté cuáles serían sus verdaderos orígenes.

—Conoce muchos secretos de la casa —prosiguió Popea—. Pero sabe guardarlos. —Lo miró de forma reveladora.

Justo entonces llegaron sus sirvientas para vestirla, se retiró a una habitación interior y me dejó a solas con Esporo.

—Dicen que todo el mundo tiene un doble —dijo—. Pero tiene que ser extraño encontrar el tuyo. Yo nunca he encontrado el mío.

—Sí, al principio fue extraño. Pero ahora me siento como si fuera mi gemela, mi hermana.

—Sin embargo, tú eres esclavo, y ella, emperatriz.

—Somos quienes somos con independencia de nuestro rango —dijo. Realmente poseía refinamiento. Quizá su familia hubiera pasado por un mal momento y se hubieran visto obligados a venderse como esclavos.

—¿Cómo llegaste a esta casa? —quise saber.

—Mi familia es de Pompeya. Y hemos conocido y servido a la *gens* Sabina desde hace mucho tiempo. Mi abuelo fue con Popeo Sabino a Mesia.

Quise preguntarle cómo había terminado siendo esclavo. Pero Popea me lo diría. No quería indagarlo en ese momento.

Popea regresó con el vestido de seda verde ondeando tras ella. Ordenó a Esporo que se retirara mientras se peleaba con un broche.

—Ahora sé dónde encontrar otra Popea si la necesito —comenté.

—Espero que eso nunca pase —replicó Popea—. Que necesites otra Popea.

—¿A qué te referías con lo de que conoce secretos de la casa y sabe guardarlos? —pregunté cuando estuvimos solos, tanto como pueda estarlo un emperador, de nuevo en mis aposentos.

—Creo que tengo cristianos a mi servicio. Ya te lo dije cuando estabas interrogando a aquel prisionero, Pablo. Cuando lo dejaste marchar, te advertí que estaban en todas partes. Esporo está al acecho. Pasan pocas cosas sin que él no lo sepa.

—Por aquel entonces te expliqué que no había demasiado motivo para alarmarse, siempre y cuando te sirvieran fielmente. Esos dos que iban con prendas gruesas... ¿son ellos?

—Eso creo. Van muy tapados, como si el cuerpo humano fuera algo vergonzoso. Y cuando hace calor, eso los delata. ¡Qué tontos!

Estábamos en mis aposentos, por lo que mientras el palacio bullía de actividad a nuestro alrededor, nosotros estábamos totalmente resguardados. La abracé, anhelando sentirla a mi lado. Me había eludido toda la mañana, pero ahora me saldría con la mía. Daba igual que el sofá cama fuera pequeño, sencillo y careciera de los detalles lujosos de la cama imperial; estaba pensado para echar una siesta de día. Pero tenía el elemento más importante de todos: privacidad, intimidad, y dos personas que suspiraban por tocarse una a otra, dos personas a las que el cuerpo humano no les parecía vergonzoso, sino maravilloso.

### XIII

—La lista está completa —dijo Epafrodito, entregándome la tablilla. La repasé. En ella figuraban Terpnos y Apio, así como Paris—. ¿Apolonio?

—No sabemos nada de él. No ha contestado —respondió Epafrodito, sacudiendo la cabeza.

Un velo de tristeza cayó sobre mí. Había sido mi entrenador deportivo cuando era muy joven y me entrenaba con un seudónimo, Marco. Eso fue antes de que mi madre se casara con Claudio, me llevara rápidamente al Palatino y me convirtiera en César, presunto heredero. Cuando conocí a Apolonio tenía libertad para vagar y jugar lo que quisiera. Campeón de competición en Grecia, él me había enseñado a desenvolverme en las modalidades de carrera atlética, lucha y salto. La última vez que lo había visto yo era emperador y él era mi invitado en los juegos neronianos. Había bromeado llamándome Marco y me había preguntado si me gustaba ser emperador. También me había dicho que mis días de competición habían terminado, porque ninguna competición es justa si participa en ella el emperador. Yo lo había rebatido, asegurando que no tenía que ser forzosamente así, y él había afirmado que era una discusión que no podía ganar.

—A lo mejor no estaba en Roma —dije. Pero sabía que no era verdad. Jamás había mencionado ninguna otra casa, ni familiares o amigos que vivieran en otra parte. Estaba muerto.

Volví a mirar la lista. Vorax estaba en ella. No me sorprendió; era exactamente la definición de una astuta superviviente.

Tigelino entró en la habitación, secándose la frente.

—Otro día abrasador. Los campos son un infierno. Hay muy poca sombra.

—Le pasé la lista.

—Una lista alentadora de regresos —dijo—. Lamento lo de Apolonio. —  
Miró otra vez la lista—. ¡Ah, Vorax!

—Sin duda estará encantada de ver a su cliente favorito —comenté.  
Tigelino era un entendido en burdeles, y estaba orgulloso de ello.

—Les he dicho que vengan a la tienda imperial montada en los terrenos  
destinados a la ayuda —explicó Epafrodito—. Les satisfizo saber que el  
emperador se preocupara por su bienestar.

Asentí.

—Tigelino, ¿quieres venir a saludar a tu vieja cómplice carnal? —  
pregunté.

—No me lo perdería. —Sonrió.

Tenía ganas de reunirme con esas personas que tanto apreciaba en otros aspectos de mi vida; la parte de mí que no era emperador. Decir que me habían conocido cuando era muy joven se quedaba corto, porque solo tenía dieciséis años cuando me convertí en emperador, y apenas once cuando Claudio me adoptó y me vi apartado de una vida normal, y ellos me habían conocido antes de eso. Me llenaba de alegría que hubieran sobrevivido al incendio, y que no los hubiera perdido.

La tienda imperial que Epafrodito había erigido solamente se diferenciaba de las demás en que era más grande, no más lujosa. Habría sido desaconsejable tener algo ostentoso. Dentro, aunque estábamos protegidos del sol abrasador, hacía un calor sofocante y había mucha humedad procedente de la hierba aplastada a nuestros pies. Como habría llamado la

atención ver entrar en la tienda a esclavos con grandes abanicos de plumas al hombro, nos asábamos igual que todos mis súbditos en el exterior.

Los primeros rostros queridos que vi fueron los de Égloga y Alejandra, mis primeras cuidadoras, mis nodrizas, que fueron mucho más maternas conmigo que mi madre. Les tenía tanto cariño que las conservé mucho después de que ya no las necesitara para su propósito inicial, y estaban a mi servicio cumpliendo otras tareas.

Égloga, con sus ojos claros y su cara pálida, me abrazó, y Alejandra, pechugona y robusta, exclamó:

—¡Oh, qué alegría volverte a ver después de algo tan horroroso!

—¿Dónde estabais? —pregunté.

—Huimos de palacio en cuanto se declaró el incendio, y nos refugiamos con nuestras familias, en el campo —respondió Égloga.

—El cielo estaba totalmente rojo, incluso a millas de distancia —añadió Alejandra—. Relucía como un horno.

—Ya lo sé —dije—. Lo vi desde la cima de la colina cuando regresé. —Las miré, feliz de haberlas recuperado—. Gracias a los dioses que estáis a salvo.

—Gracias a los dioses que todos lo estamos.

La siguiente persona que me saludó fue Paris, el actor, al que conocía desde hacía más tiempo que a ninguno de los demás. Él había sido mi primer preceptor cuando yo era un familiar pobre en casa de mi tía, puesto que Calígula se había apoderado de las propiedades de mi padre y había desterrado a mi madre. Cuando mi madre volvió, como lo desaprobaba, lo había despedido. Pero era demasiado tarde. Ya me había imbuido de un intenso amor por el teatro y la interpretación. Una vez fui emperador, lo había hecho regresar como amigo, y mi madre no pudo hacer nada por impedirlo.

—¡César! —exclamó con la cara reluciente, de sudor y de alegría a la vez.

—Estamos juntos —dije—. Gracias a todos los dioses. ¿Dónde estaba tu casa? ¿Ha quedado destruida? ¿Está tu familia a salvo?

Era un hombre bajo, con la habilidad de volverse más alto cuando interpretaba el papel de un hombre alto; un hombre feo, que podía parecer atractivo cuando el papel lo exigía. Ahora era simplemente él, un hombre de mediana edad que se estaba quedando calvo.

—Mi casa estaba en el distrito sexto —respondió—. De modo que se salvó. Gracias al cortafuego que prepararon los vigiles. Y nadie resultó herido. —Soltó una carcajada—. Como tu palacio al otro lado del río se salvó, y con él su teatro, pronto podremos volver a representar obras.

—Sí, la gente lo necesita. Especialmente después de tanto pesar. Les ayuda a saber que la vida sigue.

—Aunque parezca extraño, las tragedias son un remedio para eso. Ponen nuestro pesar en contexto, el contexto de ser humanos. El sufrimiento forma parte de toda existencia.

—Caramba, puede que te dediques a la profesión equivocada, y tengas que incluirte entre los filósofos.

—Los actores acercan la filosofía a la gente de una forma que esta puede comprender —dijo—. Prefiero eso. Es más útil.

Vi a Apio de pie junto a una mesa con refrigerios, con aspecto de estar perdido. Corrí hacia él.

—Estoy tan contento de verte aquí. Ver tu nombre en la lista fue un gran regalo.

—Que preguntaras por mí también fue un regalo —dijo.

—¿Creías que iba a abandonar mis clases de canto? —Reí, hablando con la mayor ligereza posible de algo que era tan grave—. ¡Necesitaba a mi profesor!

Se limitó a asentir. Siempre había sido un hombre muy serio, que rara vez

sonreía y que bromeaba todavía menos. Pero era un profesor de canto experto y había sonsacado buenas actuaciones a mi voz.

—Y ahí está Terpnos —dije, llamándolo con señas—. ¡Ven aquí!

El legendario citarista se acercó hacia nosotros. De niño lo había oído por primera vez cuando ensayaba en una sala vacía del palacio de Claudio, me había colado en ella para escuchar las notas sobrenaturalmente fluidas y me prometí a mí mismo que algún día sería mi profesor. Como emperador había hecho realidad aquel deseo. Todo lo que sabía sobre la cítara, y hacía poco que me habían premiado por mis actuaciones, lo había aprendido de él. En mis interpretaciones combinaba el entrenamiento vocal de Apio con las clases de cítara de Terpnos en mis propias composiciones. Ambos me habían preparado para mi debut ante el público, una exposición angustiosa para mí, pero a la que tenía que someterme antes de poder pasar al siguiente nivel.

Terpnos nos saludó afectuosamente, pero dijo:

—¿Qué es eso que he oído que cantabas durante el incendio?

—¿Cómo dices? —solté, desconcertado.

—Se insinúa, y no solo se insinúa, por todas partes. Que te pusiste tu túnica de citarista y cantaste sobre la caída de Troya mientras contemplabas cómo ardía Roma. No hace falta que te diga lo que me horrorizó oírlo, y lo avergonzado que estoy de que un pupilo mío pudiera hacer algo así, por más emperador que sea.

Me contuve.

—¿Cómo has podido creer semejante acusación? ¿No me conoces? —pregunté. Era lo que más me dolía, que se lo hubiera creído.

—En una crisis, la gente se comporta de forma extraña. Nunca se sabe —dijo, afligido.

—¡No es verdad! —exclamé—. ¡Para empezar, tenía la cítara en Anzio!

Hasta a mí me sonó a excusa infantil.

—Había interpretado la caída de Troya en Anzio la noche antes del incendio —proseguí—. Asistieron varias personas de Roma. Tal vez fue así como surgió el rumor.

—Surgiera como surgiera, mucha gente se lo cree.

—¿Tú te lo crees?

Pareció incómodo.

—Si tú dices que es falso, te creo —dijo por fin. Era un apoyo condicionado, que indicaba que no le había costado demasiado creérselo. Me sentí traicionado.

—Te aseguro que es falso.

—Te creo, César —repitió.

—Yo nunca me lo creí —aseguró Apio.

—Gracias por tu confianza —dije.

—Pero tengo que decirte que hay otros que afirman que tú mismo provocaste el incendio —añadió Apio—. Para poder reconstruir Roma y ponerle tu nombre.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—Que quieres llamar Neronópolis a Roma —respondió.

—Así es como se tergiversan los hechos —dije—. Como máximo pontífice, solo yo sé el nombre secreto de Roma, y lo susurraré cuando realice los ritos propiciatorios en los santuarios de los dioses, dejando ese nombre intacto. No será Neronópolis.

Las acusaciones me dejaron atónito, pero también me irritaron. Ni siquiera estaba en Roma cuando el incendio se declaró; mi palacio había quedado destruido; había arriesgado mi seguridad personal para ayudar a combatir las llamas y estaba vaciando el tesoro para reconstruir la ciudad. ¡Qué ingratos!

—Gracias por decírmelo —proseguí—. Por favor, usad vuestra influencia para sofocar estos rumores. —Supuse que tendría que estar agradecido por



tener acceso a personas que estaban atentas a lo que se cocía fuera de palacio, pero lo que habían oído era alarmante.

Había más gente a la que saludar. Fábulo, el pintor que había hecho los frescos de la Domus Transitoria, ahora destruida, por desgracia. Pero le prometí que pronto tendría otro encargo, y mucho más grande, para él.

Tigelino vino hacia mí, seguido de Vorax. La alta madama había envejecido poco desde que la había conocido, cuando era un nervioso chaval virgen de quince años en la víspera de su matrimonio al que Tigelino había arrastrado hasta su establecimiento. Era otro caso en el que había utilizado una identidad falsa, en aquella ocasión la de esclavo de Tigelino. Nunca supe si el disfraz la había engañado. ¿Importaba eso ahora?

—Me alegra saber que estás a salvo —dije antes de que pudiera hablar, o de que Tigelino pudiera hacer otra de sus bromas inoportunas.

—Gracias —respondió, inclinando la cabeza por respeto a mi cargo, pero sin dar a entender de ningún otro modo que tuviéramos otra relación aparte del hecho de que Tigelino estaba a mi servicio.

—Espero que todas tus... empleadas estén igualmente a salvo.

—Sí. Mi establecimiento estaba en el distrito cuarto, pero huimos pronto porque no queríamos correr ningún riesgo. Por desgracia, la casa quedó destruida.

Asentí. Sabía muy bien en qué distrito estaba. Hubo un tiempo en que mis pies habrían podido ir solos a ella. Y no solo mis pies.

—Si tienes recursos para reedificarla deprisa, el tesoro te reembolsará el dinero a modo de incentivo. Quiero que Roma esté reconstruida lo más rápido posible.

—Hasta podrías construir un establecimiento más grande —sugirió Tigelino—. Parte de la nueva y mejorada Roma que el emperador está planeando.

—Serías bienvenido, César —dijo Vorax.

—Lamentablemente, no sería cliente de tu casa —replicó Tigelino—. Siente devoción por su esposa, qué le vamos a hacer.

—Sería extraño que, dada la famosa belleza de la emperatriz, buscara en otra parte —contestó Vorax—. Pero serías bienvenido como invitado de honor para recorrer nuestro nuevo establecimiento. —Le centellearon los ojos—. Habría muchas novedades, pero, por supuesto, seguiríamos ofreciendo esas favoritas que tanto gustan.

Me ardieron las mejillas. «Esas favoritas que tanto gustan...» Vorax había introducido la costumbre (muy imitada ahora) de tener dobles de mujeres famosas para los clientes que deseaban hacer el amor con Cleopatra, la reina Hipólita de las amazonas, Nefertiti y Agripina la Menor, mi madre. Puede que eso demostrara que realmente no había sabido quién era yo, o no me habría emparejado con mi propia madre aquella tarde. Jamás podría quitarme los detalles traumáticos y degradantes de la cabeza, grabados en ella para toda la eternidad.

—Te deseo toda la suerte del mundo en tu reconstrucción —dije, y me alejé.

—¡Fuiste un poco brusco! —me recriminó más tarde Tigelino.

—Le deseé lo mejor —repliqué—. Y tal vez vaya a ver su establecimiento, a plena luz del día y con séquito.

—Ah, no le des la espalda tan deprisa. Nunca se sabe... va bien tener una amiga como ella.

—Espero que sigamos siendo amigos, tanto si soy cliente suyo como si no. —Y hablaba en serio.

Poco después, me fui y regresé al palacio, donde descansé en un banco de mármol y traté de dominar las emociones encontradas que me invadían. Estaba muy feliz de saber que mis profesores de música estaban bien, que mi

pintor estaba bien, que todo el mundo excepto Apolonio formaría parte de mi vida en adelante, que incluso Vorax volvería a montar su negocio. Pero los rumores desagradables, incluidos los que me culpaban del incendio, eso no me lo había esperado. Y unos rumores así eran peligrosos. A diferencia del incendio, estas llamas eran invisibles. A diferencia del incendio, no había un remedio claro para ellas, ninguna casa que derribar para dejarlas sin combustible. ¿Cómo iba a dejar aquellos rumores infundados sin el combustible que los alimentaba? ¿Qué combustible era? ¿Cómo apagarlas? Y, como las llamas, los rumores se propagaban, saltaban obstáculos y frustraban los intentos de sofocarlos.

## XIV

—Hoy es el día —dije a Popea. Parecía resuelto, sereno, al mando. En realidad, temía dirigirme al Senado por primera vez desde el incendio. Era necesario, pero sería difícil comunicar mi mensaje de una forma que fuera fácil de comprender. Y necesitaba que entendieran todo lo que estaba proponiendo.

—Ha llegado la hora —dijo—. Nada puede avanzar hasta que se les haya informado y consultado. —Llevaba un vestido respetuoso y recatado con un manto ligero sobre los hombros. Pero a diferencia de mi madre, que escuchaba a escondidas las sesiones del Senado y recibía abiertamente a enviados, nadie podría verla—. Y me alegra verte con tu toga púrpura. Ojalá te recuerde que eres el emperador.

—Como si necesitara que me lo recordaran. —De hecho, apenas había un instante en mi vida en el que no fuera totalmente consciente de ello, y más aún después del incendio. Pero se lo recordaría a los demás, por si acaso lo olvidaban.

La Curia, que se había salvado del fuego, había sufrido solamente desperfectos debido al humo y algunas quemaduras en sus paredes. Ahora se habían retirado los escombros del Foro, la Curia volvía a estar limpia, y se había avisado a todos los senadores que asistieran a mi discurso. Aunque había seiscientos senadores, evidentemente no todos ellos querían, o podrían, ir.

Al recorrer Roma, me sentí muy satisfecho con los progresos de la limpieza. Se había despejado casi todo el centro, y se habían iniciado las

obras en el templo de Vesta y el Circo Máximo. La semana siguiente daría permiso para que los propietarios regresaran a sus solares e iniciaran la reconstrucción.

Cuando crucé las grandes puertas de la Curia, custodiado por los pretorianos Fenio y Subrio de uniforme, la luz era tan tenue que al principio no pude ver nada después del brillante sol del Foro. Era como un enorme vacío oscuro con voces que murmuraban.

Poco a poco empecé a verlo todo, iluminado, claro. Los bancos situados a cada lado de la larga sala estaban llenos, resplandecientes con las togas senatoriales blancas. El estrado donde iba a sentarme en mi silla, flanqueado por los dos cónsules, me aguardaba.

—¡El emperador Nerón Claudio César Augusto Germánico! —bramó el heraldo oficial cuando me acerqué al estrado. Los senadores se levantaron todos a una.

Subí los peldaños y me volví para echar un vistazo a la sala.

—¡Bienvenidos de vuelta a Roma, Roma la imperecedera! —dije a modo de saludo. Después les hice una señal para que se sentaran. Pero yo seguí de pie—. Doy las gracias por volvernos a reunir aquí, a salvo, en nuestro viejo hogar. Roma ha soportado muchas calamidades en los más de ochocientos años de su existencia, pero esta es una de las mayores a las que se ha enfrentado. Pero prevaleceremos, y, una vez reconstruida, Roma será más gloriosa que nunca. Empezaremos una edad de oro, un período sublime de su historia, que la gente recordará y lamentará no haber estado aquí para verlo.

No podía distinguir las expresiones de los senadores. Algunos todavía estaban envueltos en sombras y, además, yo era corto de vista. Esperaban en silencio. Supuse que habría presentes unos doscientos.

—En cuanto a la tarea inmediata que tenemos delante, mis agentes y yo hemos evaluado los daños y registrado las propiedades destruidas. Todas

estas cifras están a vuestra disposición para que las consultéis. No las recitaré ahora o nos pasaríamos aquí un mes. —Todavía silencio, sin risitas ni gemidos siquiera—. Los puestos de ayuda han estado distribuyendo comida, ropa e información sobre reubicaciones. Estamos elaborando listas de personas desaparecidas y reuniendo a las que hemos podido localizar.

Me senté. Iba a ser una conversación delicada y difícil, especialmente porque era unilateral.

—Tras consultar con ingenieros, arquitectos, asesores jurídicos y con los senadores de mi Consejo Imperial, tengo un plan para la reconstrucción de la ciudad. —Les hablé entonces de las nuevas medidas de seguridad, de las regulaciones sobre piedra ignífuga, del ensanchamiento de las calles, de las columnatas en las fachadas, de la prohibición de pisos que sobresalieran y de paredes medianeras, de la necesidad de disponer de equipo para combatir el fuego en cada hogar. Me apresuré a contarles que yo me haría cargo del correspondiente gasto—. Las contribuciones de las provincias y del campo cercano han sido generosas —dije—. Y muchas personas adineradas también han hecho contribuciones. —Esperaba que esta insinuación hiciera mella en los senadores, aunque ellos, como grupo, no eran tan ricos como la siguiente clase inferior, los équitos, porque rechazaban el dinero ganado en los negocios y las finanzas. Para ellos solo eran respetables los ingresos procedentes de la guerra y de la tierra.

Y ahora el bombazo. Volví a levantarme.

—Estoy reservando el centro de Roma para el terreno imperial, que incluirá un palacio, jardines, un lago, el templo de Claudio y una galería porticada que conectará el parque con el Foro. Estará todo integrado.

Se movieron en sus asientos; hubo susurros.

—Este terreno estará abierto al público; pertenecerá a toda Roma. —Alcé la voz—. Roma se convertirá, de golpe, en la ciudad más bella de la Tierra.

¡Un palacio de oro, la Domus Aurea, coronará la edad de oro de Roma, la nueva era de Apolo!

Un senador se levantó para hablar. Estaba bastante cerca de mí y vi que era Plaucio Laterano, aquel hombre gigantesco.

—¿Adónde irá la gente desplazada por este... este terreno imperial? —preguntó. Su voz grave parecía salir del fondo de un pozo.

—Será compensada y ubicada en otra parte —respondí—. Y también será su parque.

—¿No preferirían tener simplemente una casa donde vivir que un parque en el que pasear? —preguntó otro senador, el frívolo Quinciano, tras ponerse de pie.

—No es una cosa o la otra —respondí—. También tendrán una nueva casa.

—Esto arruinaría al mismísimo Creso —dijo Escevino, con los labios fruncidos a modo de desaprobación—. Es demasiado ambicioso. —Solo le faltó vocalizar la palabra «escandaloso» antes de sustituirla por «ambicioso».

—Creso solo es conocido por su oro, pero esto dará a Roma fama eterna —dije.

—Sí, una fama de derroche y disparate. —Trasea Peto se había levantado. El senador estoico había osado decir las palabras que los demás habían esquivado.

—No es ningún disparate desear belleza y admiración para nuestra ciudad, pero tal vez tendríamos que construir primero todo lo demás para ver qué puede soportar el tesoro —intervino Pisón, siempre conciliador.

—No, habría que hacerlo todo de una vez —dije—. Así, cuando esté acabado estará realmente acabado. —Aguardé. Ningún comentario más—. No hay nada más tedioso que una carretera que siempre está en obras, un edificio que nunca está terminado, una construcción incesante con polvo, jaleo y desvíos. No, queremos recuperar nuestra ciudad, y deprisa. A tiempo

para los segundos juegos neronianos, de aquí a poco más de un año. Sí, cuando llegue ese día andaréis por las nuevas calles pavimentadas, pasando frente a las casas reconstruidas y enfilareis las amplias avenidas de la nueva Roma, y celebraremos una recepción solemne en el vestíbulo abierto de la Domus Aurea.

Había deseado describir los detalles, compartir mi entusiasmo con ellos. Pero entonces vacilé.

De repente, se levantó otro senador. Era Lucano, recién elegido.

—¿No debería la persona, o las personas, responsables del incendio ser consideradas culpables? ¿No deberían pagar?

—Dado que fue un accidente, ¿cómo sería eso posible? —pregunté—. Si fue una persona que tiró una lámpara, no lo hizo a propósito. Puede que esa persona ni siquiera ahora sea consciente de ello, si es que ha sobrevivido.

—La gente maldice a quien lo provocara —dijo—. No dicen ningún nombre, pero parecen creer que alguien lo hizo.

—Y quizá sea revelador que no digan ningún nombre —añadió Escevino—. Lo saben, pero no se atreven a decirlo.

Podría haberme señalado con el dedo diciendo: «¡Tú eres ese hombre!», como el profeta Natán al rey David. Pero Escevino no era ningún profeta y, a diferencia de David con Betsabé, yo no era culpable. Así que no respondí «He pecado» porque no lo había hecho. Pero de repente me enfurecieron las continuadas acusaciones contra mí.

Y si era verdad... ¿y si alguien había provocado el incendio? La gente creía que no era ningún accidente, pero no podía identificar a los culpables. De modo que me culpaban a mí.

—Entonces, senadores, está clara la tarea que tengo ante mí —anuncié con gravedad—. No solo reconstruir la ciudad, sino localizar y castigar a los culpables, si realmente existen.



Y añadí:

—Pero antes hay que aplacar a los dioses de Roma por la violación de sus santuarios por parte de esos canallas, sean quienes sean. —Hablaba en serio, y estaba lanzando un aviso a quienes me faltaban al respeto y hasta sospechaban de mí, algunos de ellos en aquella misma sala.

La habitación se quedó en silencio. Entonces despedí a los senadores y me marché, avanzando despacio hacia las grandes puertas y saliendo a la luz cegadora del Foro. La toga púrpura refulgía. «Recuerda que eres emperador —parecía susurrar—. Mandas tú, no ellos.»

Detrás de mí, Fenio y Subrio estaban callados, y no podía descifrar sus rostros.

—Ha sido desagradable —conté a Popea cuando estuvimos solos en nuestras dependencias. Tanto Subrio como Fenio se habían marchado en cuanto estuvimos de vuelta en el palacio. Llamé a un sirviente para quitarme la envolvente toga, que pesaba mucho con aquel tiempo. Mientras observaba cómo la doblaba perfectamente, me pregunté cuántos crustáceos habrían aplastado para teñirla. Era un púrpura especialmente intenso, por lo que la habrían teñido como mínimo dos veces.

—No esperarías otra cosa, ¿verdad? —preguntó—. Nadie va a aplaudir tus planes para Roma.

—El Senado ha sido dócil mucho tiempo, ¿por qué iba a cambiar ahora? —Me dejé caer en un banco con cojines y pedí con un gesto una bebida, mi *decocta Neronis*, agua hervida enfriada en nieve. Siempre la tenía a mano, porque la encontraba más refrescante que cualquier otro líquido. Pronto me pusieron una copa en la mano y me la bebí. Había hecho mucho calor en la Curia.

Popea también hizo un gesto para que le trajeran una copa.

—Acordaron que la muerte de tu madre fue un suicidio tras haberse descubierto su traición —recordó tras dar un sorbo—, puedes dar las gracias a Séneca por elaborar esa defensa, y votan para concederte honores con el menor pretexto, pero esto es diferente. En primer lugar, estás rescribiendo lo que es Roma. En segundo lugar, y puede que más importante para ellos, tus ideas les cuestan dinero. No les costó nada condenar a tu madre o decretar que tus discursos deben grabarse en plata y leerse por todo el imperio, pero esto les da donde más les duele: sus bolsas. Algunos de ellos perderán una propiedad en el centro de Roma por culpa de tu imponente rediseño.

—Tienes razón, claro —admití—. Pero el incendio ha costado muchísimo a todo el mundo.

Di unas palmaditas distraídamente a la toga doblada, sintiéndome a la deriva.

—Hay algo más que te preocupa —dijo. ¡Qué bien me conocía! Pero siempre habíamos sido reflejo uno del otro, y compartido las mismas sensibilidades y estados de ánimo.

—¡Siguen culpándome! ¡Creen que yo provoqué el incendio! —solté.

Popea dejó la copa.

—¿A quién te refieres? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡A todo el mundo! Al senador Escevino solo le faltó acusarme directamente de ello. Y ninguno de los presentes discrepó. ¡Todos se quedaron sentados, mirando!

—Escevino es un esnob pretencioso —dijo Popea, encogiéndose de hombros—. No hay que hacerle demasiado caso cuando habla.

—Pues parecía que le hacían bastante caso —repliqué—. Y Lucano dijo que la gente maldice a la persona que provocó el incendio, pero sin decir su

nombre. Dando a entender que hacerlo la indispondría con alguien poderoso: el emperador.

—¿Lucano? ¿El sobrino poeta de Séneca? —Popea hizo una mueca—. Te tiene envidia porque escribes mejor que él.

Sacudí la cabeza.

—Es algo más que eso. —En cuanto a su escritura, tenía mucho talento y rivalizaba estrechamente conmigo—. No son solo los senadores. Hace unos días mi viejo profesor de cítara, Terpnos, me dijo que corría por todas partes el rumor de que había cantado sobre la caída de Troya mientras Roma ardía. Y lo peor de todo: él se lo había creído. Lo sé, pude verlo. Y la otra historia que va de boca en boca es que yo mismo prendí fuego a Roma para poder reconstruirla y ponerle mi nombre. Supongo que hay una historia combinada que dice que prendí fuego a Roma y después tomé mi cítara y me fui corriendo a cantar mientras ponía a Roma mi nombre. —La ira me invadía, pero no sofocaba mi profundo pesar por estas acusaciones, la sensación de traición tanto del pueblo como del Senado—. No te lo conté. Tendría que haberlo hecho.

Se me acercó y me abrazó desde detrás, descansando la cabeza en mis hombros y entrelazando sus dedos con los míos.

—Tendrás que contármelo todo. Sabes que tú y yo somos uno solo, unidos para siempre.

—Sí. —Sujeté sus dedos con más fuerza—. Es verdad.

Me acarició la cabeza con la suya, como si pudiera fundirlas.

—¿Y si es cierto que alguien provocó el incendio? —dijo—. Es totalmente posible.

—Pero ¿con qué objeto?

Pensó un buen rato.

—Están los locos a los que les gusta destruir, o a los que les fascina mirar

las llamas. Si fueron esos, puede que nunca los descubramos. Pero supón que hubiera un grupo para el que provocar el incendio tuviera un propósito.

—No puedo imaginarme un grupo así. ¿El ejército? No. ¿Los esclavos? No, demasiados de ellos morirían aunque unos cuantos obtuvieran su libertad. ¿Los extranjeros que viven aquí? No, están aquí para dedicarse al comercio y porque prefieren vivir aquí antes que en sus países de origen. ¿Los judíos? No. Puede que sean violentos en Jerusalén, pero eso es porque estamos ocupando su tierra. Estos son los principales grupos que tenemos.

—Te dejaste uno —observó.

—¿Cuál?

—Los cristianos —respondió Popea—. Seguro que recuerdas nuestra conversación sobre ellos después de que dejaras marchar a Pablo de Tarso. Te dije que eran peligrosos. Te reíste y me echaste un sermón; realmente te pones insoportable cuando echas uno de tus sermoncitos, cielo. Me dijiste que estaba exagerando, e incluso que tenerlos a mi servicio no causaría ningún problema.

—Sí, lo recuerdo. Dijiste que en el palacio había muchos conversos. Pero no lograste convencerme de que tuvieran nada de malo. Te desagradaban porque son una escisión del judaísmo, al que ves con buenos ojos.

—¡Todo el mundo los detesta! Se niegan a participar en los ritos de Roma, se reúnen en secreto por la noche, lo que, como sabes, es ilegal; adoran a un hombre ejecutado por traición contra Roma. ¿Quieres que siga?

—No —dije. Recordé que trataba este tema de forma bastante irracional. Y yo no estaba de humor para una diatriba. Inspiré hondo, decidido—. Me propiciaré la voluntad de los dioses de Roma, a los que podemos haber ofendido, con los rituales prescritos. Tal vez eso aplaque a la gente y esos rumores se extingan. Si no...

Si no, mi gobierno estaba amenazado.

Dejamos ahí la conversación, pero después de cenar seguí mirando por la ventana los terrenos del palacio todavía llenos de tiendas para los desplazados, aunque ahora había menos puesto que la gente estaba volviendo a la ciudad o trasladándose a otra parte. Las antorchas parpadeaban e iluminaban el lugar.

Antorchas. ¿Y aquellos hombres que lanzaban antorchas a los edificios en llamas mientras alababan a Jesús cuando el incendio estaba en su momento más álgido? ¿Y aquellos otros que dijeron que actuaban siguiendo órdenes? Que se había prendido algo de fuego deliberadamente, lo había visto con mis propios ojos. ¿Y qué era lo que Popea había preguntado directamente a Pablo? Algo acerca del fin del mundo, y de que Jesús regresaría trayendo el fuego con él. Sí. Popea afirmaba que su líder había dicho que había venido a arrojar fuego sobre la Tierra, y que deseaba que ya estuviera en llamas. Pablo había esquivado la pregunta, sin negarla pero asegurando que nunca había oído decir eso a Jesús. Lo cierto era que él no había oído decir nada a Jesús porque ¡no lo había conocido! Averiguaría más cosas sobre esta secta, pero a través de alguien menos prejuicioso que mi esposa.

Habían llegado los días sagrados de la propiciación. Había consultado los Libros sibilinos, rescatados del templo de Apolo en el Palatino, y estos me habían indicado que debía dirigir plegarias a Vulcano, Ceres y Proserpina, seguidas de un banquete público. Juno sería honrada con ritos que dirigirían las matronas de Roma.

El momento no podía haber sido más propicio, porque la fiesta de Vulcano era casi un mes después de que el incendio se hubiera extinguido, y la ciudad ya se estaba recuperando. El altar de Vulcano estaba cerca del Mundus de Ceres, en el Foro, el pozo cubierto ritual que se abría una vez al año para

permitir que los espíritus de los fallecidos se mezclaran con los vivos. También era el lugar en el que Rómulo, el fundador de Roma, había desaparecido.

El veintitrés de agosto, el día del año dedicado a Vulcano, me situé ante su altar cerca de la Curia y entoné las plegarias rituales, prometiendo erigir altares por toda la ciudad el día de su fiesta a partir de entonces, para apaciguarlo y protegernos del fuego. Detrás de mí, repartida por todo el Foro, había una multitud de plebe que miraba maravillada. El día siguiente, el veinticuatro de agosto, cuando se destapó solemnemente el enorme pozo que daba acceso a los infiernos, invoqué a Ceres y a su hija, ofreciéndoles regalos y plegarias.

Finalizado el ritual, me volví hacia la gente, una masa borrosa ante mí, cuya ropa suponía un cambio agradable tras el gris apagado del Foro.

—Las matronas de Roma finalizarán los ritos para honrar y dar gracias a Juno. Se limpiará su templo y se rociarán sus estatuas con agua fresca del mar, y esta noche habrá vigilias y banquetes. Estos serán celebrados en privado por las matronas, pero nosotros ofreceremos un banquete aquí, en el Foro, tras el ocaso, ¡y estáis todos invitados!

Se oyeron unos sonoros vítores.

—¡Porque estamos celebrando el renacimiento de Roma! —grité—. Los dioses la han bendecido. Como sabéis, el incendio se declaró exactamente el mismo día que el mortífero incendio de hace cuatrocientos años, cuando los galos saquearon y destruyeron gran parte de Roma. Pero las ocas sagradas de Juno en el Capitolino advirtieron entonces del ataque y salvaron muchas vidas. Y de nuevo el templo de Juno se ha salvado. Cuando se reconstruyó Roma la primera vez, se hizo precipitada y desordenadamente. Pero aquí, ante el santuario de Rómulo, yo le prometo una nueva ciudad, planeada y ejecutada con planificación y esmero. Será más majestuosa que nunca, y se

hará tan deprisa como la anterior, pero más concienzudamente. Yo, vuestro emperador, os prometo que el año que viene, en esta misma fecha, estaréis en la nueva Roma y vuestros ojos estarán tan deslumbrados que parpadearéis, y vuestros pies pisarán un precioso mármol. —En este momento me agaché y dejé caer una ofrenda al Mundus. Era tan profundo que no pude oír cómo golpeaba el fondo. Mientras caía, susurré el nombre secreto de Roma hacia la oscuridad para devolver la vida a la ciudad sagrada.

Se había dispuesto una enorme mesa en aquel extremo del Foro, con triclinios a su alrededor para unas cincuenta personas de alto rango. Había invitado a algunos senadores, así como a los sacerdotes consagrados a los dioses selectos, jefes militares y patricios adinerados. La gente se serviría comida y bebida de mesas repartidas por el Foro; había ordenado doscientas. Podrían deambular y mezclarse, y hasta acercarse a la mesa del banquete imperial, y muchos lo hicieron. Les di la bienvenida a todos, levantándome del triclinio para hablar con ellos y oír sus inquietudes. Estaban, sobre todo, aturridos por lo que había ocurrido y por la nueva Roma que prometía resurgir de las ruinas. No oí ninguna crítica. Tal vez los informes de que la gente me culpaba eran exagerados o procedían solamente de un sector. O... quizá estaban ocultando sus verdaderos sentimientos.

Al aposentarme de nuevo en mi asiento, miré el *pulvinar*, el triclinio de los banquetes ceremoniales que ocupaban los dioses presentes en eventos sagrados. Había imágenes de Vulcano, Ceres, Proserpina, Juno y Claudia Augusta. Claudia, mi hijita desaparecida. El Senado había votado que tuviera un lugar en el triclinio de los dioses después de su deificación.

Contemplé la estatua. Era un retrato idealizado, una niña perfecta con rasgos perfectos. El escultor jamás la había visto. Puede que fuera más

llevadero así, que no se pareciera a ella. Habría sido doloroso volver a verla como realmente era. Ahora solo veía una representación.

Alargué la mano para tomar la de Popea. Ella también estaba mirando la estatua.

«Te prometo una Roma digna de tu recuerdo», dije en silencio a Claudia.

Unos días después, Faón, mi secretario de finanzas, dejó un papel delante de mí y retrocedió.

Alargué la mano para sujetarlo.

—Actúas como si fuera una serpiente venenosa —comenté mientras lo cogía.

—Es algo horrible, desde luego —dijo.

Lo extendí ante mí y miré las cifras, que cubrían toda la página, distribuidas en columnas y recuadros. Finalmente localicé la suma: veintidós mil millones de sestercios. ¿Lo estaba leyendo bien?

—¿Dice veintidós mil millones?

—Sí, es el total —respondió—. Lo cubre todo. —Faón rara vez fruncía el ceño y ni siquiera ahora lo hacía. Estaba siempre alegre y optimista—. Teniendo en cuenta lo que incluye, es una ganga. Te estoy haciendo precio de amigo. Te lo daría a precio de coste, pero soy pobre... —me engatusó, extendiendo las manos. Ambos nos echamos a reír.

—¿Podrías... podrías añadir otro templo si acepto este precio...? —repliqué.

—Solo si usamos una piedra inferior, y el emperador me ha prohibido traficar semejantes mercancías.

Dejamos de reír.

Sabía que sería costoso. Pero hasta que no vi las cifras... Aun así, no podía



cambiar de rumbo. La ciudad estaba destruida; había que reconstruirla. No había otra opción.

Naturalmente, no hacía falta reconstruirla de mármol, ni de la piedra transparente de Capadocia que había ofrecido para uno de los templos, y tal vez no tendría que haberme ofrecido a pagar los pórticos. Y la Domus Aurea y sus terrenos, ¿tenían que ser tan extensos?

La respuesta era: ¡Sí! Tenía que hacerse todo, lo había prometido a los dioses, al pueblo de Roma. Y tenía que hacerse como estaba prometido, sin escatimar.

Dejé el papel.

—¿Hay algún modo de poder recaudar más dinero? —pregunté.

—He pensado lo mismo, César. Como ya sabes, hay muchos libertos acaudalados.

—Sí, tú deberías saberlo; eres uno de ellos.

—Y anhelamos ser ciudadanos romanos de pleno derecho, pero solo se concede ese privilegio a nuestros hijos. ¿Y si decretaras que cualquier liberto que tuviera más de doscientos mil sestercios y destinara cien mil a construir una casa en Roma pasaría a ser ciudadano? Imagino que habría muchos que se ofrecerían a hacerlo.

—Tú ya tienes una villa aquí —dije—. Eso te descarta.

—Solo soy uno de muchos de esta clase de personas, pero es un problema: gente rica sin un lugar en la sociedad.

—No tener un lugar en la sociedad sería justo si los libertos no realizaran la mitad del trabajo del gobierno —declaré—. Tu plan para recaudar fondos es excelente.

Pero cuando se fue, extendí otra vez el papel y me lo quedé mirando, como si eso fuera a cambiar las cifras que contenía.

## XV

El trabajo avanzaba a buen ritmo mientras yo intentaba como podía aumentar los ingresos del tesoro para cubrirlo. Pero la tarea me parecía menos pesada cuando rememoraba la aprobación que había sentido emanar de la gente en el Foro durante las ceremonias de propiciación. Lo que más me complacía era el vínculo entre yo y el pueblo romano, especialmente porque el que me unía con el Senado se había debilitado.

Pero mi paz se terminó la mañana que Tigelino vino a mis dependencias de trabajo. El fornido pretorio parecía a la vez satisfecho consigo mismo y preocupado, una combinación alarmante. Tenía la angular mandíbula inusualmente tensa cuando se inclinó hacia mí para decirme:

—Despide a los demás aquí presentes para que podamos hablar, César.

Hice un gesto para que los escribientes y los sirvientes se marcharan.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Los ritos no han sido efectivos. La gente sigue murmurando sobre el incendio y esta vez te nombra directamente. Mis agentes lo han oído en muchos sitios; jamás daría crédito a algo cuchicheado solo una vez.

Me invadió una mezcla de ira, pesar y pánico.

—¿Qué decían? Dilo en voz alta.

—Citan lo que, según afirman, es una profecía de la Sibila relativa al incendio: «El último de los hijos de Eneas, un matricida, gobernará.» Y, después de eso: «Roma perecerá debido a las luchas de su pueblo.»

Cruzó sus musculosos brazos.

—Te advertí que la gente no se daría por satisfecha con los ritos solemnes,

y ahora tengo prueba de ello.

Sí, era implacablemente eficiente obteniendo información.

—He hecho todo lo que puedo —aseguré. Pero la mención de mi madre era enervante. Tiempo atrás se había aceptado (o eso creía yo) que se había suicidado después de que se descubriera su traición. La parte de la traición era cierta, aunque lo del suicidio no. Había conspirado metódicamente para derrocarme, incluso para asesinarme, a mí, a su propio, a su único hijo. Con el paso de los años, se hizo evidente que solo uno de los dos podía sobrevivir, y había tenido que asegurarme de que fuera yo. Eso fue hace cinco años, y estaba sepultado con sus cenizas, pero ahora el escándalo volvía a aparecer para encararse conmigo.

—Está claro que tienes que hacer más —dijo Tigelino.

—¿Qué más puedo hacer?

—Encuentra a los culpables y castígalos —respondió.

—Fue un accidente... —empecé a decir por enésima vez—. Pero a lo mejor no. —Recordé una vez más a los lanzadores de antorchas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Hubo cosas que vi..., cosas sospechosas... en medio del incendio. —Le recordé los hombres misteriosos, sus extrañas palabras.

—¿Mencionaron el fin del mundo? ¿Llamas?

—No recuerdo sus palabras exactas. En aquel momento me estaban cayendo encima chispas y pedazos de madera. Pero sí recuerdo que dos de ellos mencionaron a Jesús.

Asintió con tristeza, pero una leve sonrisa le bailaba en los labios.

—¡Cristianos! —exclamó.

—¿Qué sabes de ellos? —pregunté—. ¿Qué relación podrían tener con el incendio?

—Buscaré a algunos y se lo preguntaré —dijo—. Del modo que hago

mejor.

—No, tráemelos aquí. Deja que se lo pregunte yo. —No quería que usara métodos violentos que solo servirían para obtener información falsa.

—Reuniré algunos —dijo—. ¿Cuántos quieres?

Hicieron formar ante mí a quince personas en mi sala de audiencias. Las había de todas las edades, tanto hombres como mujeres. Como grupo, tenían el aspecto de proceder de las clases inferiores, esclavos recientemente liberados o personas del segmento más pobre, que subsistían gracias al subsidio de grano y lo que podían ganar como vendedores u obreros de baja categoría. Pero mostraban orgullo, no como otros en su situación solían hacer al estar frente al emperador. Me miraban a los ojos, directamente.

—Toda esta gente pertenece a un grupo denominado Iglesia de Pedro —explicó Tigelino—. Es uno de los más grandes de Roma. Tendrá aproximadamente unos cien miembros.

—¿Cuántos cristianos hay en Roma? —pregunté a uno de ellos, un hombre que de algún modo parecía el líder.

—Es difícil de decir, César —respondió—. Seguramente varios miles. Pero somos pocos comparados con los judíos, de los que hay aquí unos cuarenta mil.

—¿No sois una rama del judaísmo?

—Hay quien nos llamaría así, ¡pero no los judíos! —Soltó una carcajada. Eso me desconcertó, nadie más a quien yo hubiera interrogado sobre un asunto importante se había reído.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —quise saber.

—Nuestro fundador, Jesús, era judío, y fue educado en la ley judía, y siguió las escrituras judías, pero no fue aceptado, e incluso nos advirtió que

nosotros tampoco lo seríamos. Y ha sido así. De modo que nos halaga que haya quien todavía crea que los judíos nos aceptan, porque eso significaría que aceptan el mensaje de nuestro fundador. Aunque, por desgracia, no lo hacen.

Me daban igual sus insignificantes pugnas con otras religiones.

—Explícame vuestra filosofía sobre el fuego. —Quise ir directamente al grano—. O, más bien, qué tiene que ver Jesús con el fuego.

El líder pareció perplejo, pero una mujer con el cabello revuelto situada a su lado respondió rápidamente:

—El fuego es un elemento limpiador; nos purifica.

—Pedro dijo que el sufrimiento es un fuego que nos acrisola, como al oro —dijo ahora el primer hombre.

—¿Quién es Pedro? Te he preguntado por Jesús.

—Pedro fue uno de sus seguidores, y un líder de la Iglesia.

—¿Y qué hay del fuego real, no de un fuego metafórico como el sufrimiento?

—¿El mundo desaparecerá envuelto en llamas! —exclamó un joven—. Será su fin, y marcará el comienzo de un nuevo mundo, un nuevo orden.

—¿De modo que un incendio precipitará este... este nuevo mundo? —pregunté—. ¿Y qué habrá en este nuevo mundo? ¿Habrá una Roma? ¿Habrá un emperador?

—Pedro escribió sobre ello en una carta —dijo un hombre mayor—. Eran sus palabras, no las de Jesús.

—¿Cuáles eran esas palabras?

Cerró los ojos para evocarlas.

—«Pero el día del Señor llegará como un ladrón. Los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá. —Se detuvo un momento para tomar

aliento—. Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del día de Dios, en el que los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán? Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia.»

—Ah —dijo Tigelino—. Lo admiten. ¡Les ordenaron acelerar su venida, la hora del fuego!

—Había más instrucciones —prosiguió el hombre—. «Por lo tanto, queridos amigos, en espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancha y sin tacha. La paciencia de nuestro Señor juzgadla como salvación, como os lo escribió también Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le fue otorgada.»

¡Pablo! El hombre al que yo había interrogado y dejado marchar.

—¡Soy yo quien está sin tacha, no vosotros! —grité—. Vosotros esperáis con ansia un incendio, hasta queréis provocarlo. Yo no quería nada así, ¡y sin embargo me culpan! —Me levanté y los fulminé con la mirada.

—¿Qué más necesitamos? —preguntó Tigelino—. Se han condenado ellos mismos con sus palabras.

—Pero no han admitido haber hecho nada —dije—. Desear algo no es provocarlo.

—Por eso quería leerte el resto de la carta —intervino el líder—. Se nos ordena no pecar, confiar en que Dios traerá consigo el fin del mundo, ser pacientes y esperar a que Él actúe. Nuestra única obligación era estar preparados y en paz.

—Pero ¿y lo de «acelerar su venida»? —pregunté.

Volvió a hablar la mujer.

—Significa solamente que... que... debemos creer en ello —contestó.

—No tenéis respuesta para eso, ¿verdad? —intervino Tigelino—. Nadie

interpretaría que significa solamente eso.

—¿Tenéis las cartas de vuestros líderes? —inquirí—. Quiero leerlas. Quiero leer vuestras instrucciones. Del tal Pedro. Y de Pablo.

Pablo había hablado tan bien, había sido tan persuasivo, en nuestro encuentro, que me había convencido de que era un hombre reflexivo, alguien al que podía comprender y alguien que me comprendía. Habíamos hablado de competiciones, y de qué premios eran duraderos y cuáles no. Yo había sostenido que el premio del arte eterno era uno por los que valía más la pena luchar, pero él había afirmado que había uno incluso superior, que era al que él aspiraba. Aun así, nos habíamos separado en términos amistosos. No me lo imaginaba abogando por incendiar Roma.

—Tengo copias en mi casa —dijo—. Iré a buscarlas.

—¡No! —soltó Tigelino—. Tú te quedarás retenido aquí. Que uno de los demás me lleve para recogerlas.

—Os retendremos aquí para interrogaros más —anuncié. Si los dejábamos ir, podían huir a pesar de lo que decían de la paciencia. ¿Dónde estaba Pablo ahora, por ejemplo?

Fieles a su palabra, los cristianos entregaron sus cartas a Tigelino, quien, con un gesto de reivindicación cargado de suficiencia, vació en mi escritorio un saco del que cayó un montón de rollos.

—Atesoran estas misivas y las tratan como objetos sagrados —dijo—. Pero, para ser sagradas, estaban guardadas en pésimas condiciones. Las tenían en cuchitriles rodeados de pobreza, al otro lado del río.

Extendí los rollos, alineándolos como legionarios.

—Están escritos en griego —prosiguió Tigelino—. Un griego pobre, del común, no griego clásico.

—Por lo menos saben escribir —observé—. Pero puede que necesite un traductor para parte de ellas, ya que no estoy acostumbrado a leer griego *koiné*. Es probable que Berilo pueda hacerlo. —Después del incendio, mi secretario de correspondencia en griego tenía poco que hacer. Pero primero lo intentaría yo. Sentía curiosidad por ver en qué creía aquella gente, dicho con sus propias palabras.

Había varias cartas de Pablo a sus seguidores de todas partes, a los gálatas, a los filipenses, a los tesalonicenses, a los corintios y a los romanos. Decidí leer primero esta última, y la desenrollé.

Comenzaba diciendo: «Queridos amigos de Roma.» Pero inmediatamente empezaba a hacer una larga disertación sobre las leyes judías y el pecado, y a censurar a los romanos.

Entrególos Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no conviene: llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad, chismosos, detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal.

—No tienen muy buena opinión de nosotros —señalé con sequedad.

—El sentimiento es mutuo —dijo Tigelino.

—Puedes marcharte —indiqué. Seguiría leyendo diligentemente, pero prometía ser un texto denso.

La carta a los Corintios era la más interesante. Pero simplemente confirmaba la escoria de donde procedían los cristianos.

Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos.



¡No os engaños! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros..., ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos... heredarán el Reino de Dios. Y tales fuisteis algunos de vosotros.

Bueno, yo, si fuera ellos, ¡no lo admitiría! ¡Qué gente más rara! Pero Corinto era famosa por su vida desenfadada y sus concentraciones de extranjeros, y era entre esta población donde los cristianos reclutaban a su gente.

Mientras leía, vi las palabras de Pablo sobre la competición, exactamente lo mismo que me había dicho en persona cuando se había comunicado tan bien y había ahuyentado mis sospechas sobre su secta.

¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? Los atletas se privan de todo, y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible.

Sí, lo había entendido perfectamente. Ojalá estuviera aquí ahora para poder hablar directamente con él en lugar de depender de estos mensajes escritos. Más adelante, en esa misma carta, mencionaba el fin del mundo.

Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto... Porque la apariencia de este mundo pasa.

Pero no decía nada sobre el fuego o sobre propiciarlo. Seguí leyendo y di con otra cosa.

Pero si lo que inmolan los gentiles, ¡lo inmolan a los demonios y no a Dios! Y yo no quiero que entréis en comunión con los demonios. No

podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.

Allí, en palabras de un líder venerado, estaba la prueba de que los cristianos consideraban que los dioses romanos eran demonios y la religión romana, completamente falsa. Popea había dicho que eran subversivos, y ahora lo entendía. También había dicho que practicaban la magia, lo que era un delito castigado con la pena de muerte. Y aquí también aparecía esta trasgresión.

Las características del apóstol se vieron cumplidas entre vosotros: paciencia perfecta en los sufrimientos y también señales, prodigios y milagros.

Los magos estaban estrictamente prohibidos en el imperio, y esto incluía a nigromantes, brujos, ocultistas, adivinadores y hechiceros. Pero, al parecer, sus apóstoles practicaban la magia. Y se decía que el mismo Jesús había obrado milagros; el mayor, naturalmente, resucitar de entre los muertos, una hazaña sin parangón.

Dejé los rollos a un lado y pedí algo de vino. Cuando me lo trajeron, lo hice girar en la copa y observé un buen rato las burbujas que perlaban el borde. Vino. Baco. ¿Qué querían decir los cristianos con aquello de la copa de los demonios? ¿Era Baco un demonio para ellos? ¿Qué clase de copa del Señor compartían en sus rituales?

Di un largo sorbo y saboreé el rico líquido rojizo. Si esto era la copa de los demonios, ¿por qué era tan delicioso? Los dioses romanos nos daban cosas placenteras, nos ofrecían los regalos de la Tierra (Venus nos daba amor;

Baco, vino; Ceres, frutos y cosechas), todo bueno, nada malo. Pero los cristianos los condenarían a todos, nos privarían de su beneficencia.

Una vez recuperadas las energías gracias al vino, abrí otra carta, esta a los tesalonicenses. En ella no hablaba de pecados, y por fin encontré una referencia al apocalipsis.

El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar... En lo que se refiere al tiempo y al momento, hermanos, no tenéis necesidad de que os escriba. Vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche. Cuando digan: «Paz y seguridad», entonces mismo vendrá sobre ellos la ruina.

Había unos cuantos rollos más que no habían escrito Pablo ni los demás seguidores, sino que eran recopilaciones de dichos de y sobre Jesús. No eran relatos exactamente, sino notas sobre el fundador. Los leí, y Jesús me resultó un personaje enigmático que, sin duda, hacía declaraciones llamativas, pero su misión general era incoherente. Tal vez fuera la colección aleatoria de sus dichos, mezclados sin más, lo que los hacía tan abstrusos.

Pero del mismo modo que la paciencia al buscar piedras preciosas en el desierto puede permitir encontrar finalmente un tesoro, vi esto.

De la misma manera, pues, que se recoge la cizaña y se la quema en el fuego, así será el fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su Reino todos los escándalos y a los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Era a nosotros, a los romanos, a la ciudad, a quienes arrojaban en el horno de fuego para cumplir esta profecía.

En otra parte del rollo encontré, finalmente, la última prueba.

He venido a arrojar un fuego sobre la Tierra ¡y cuánto desearía que ya estuviera encendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado ¡y qué angustiado estoy hasta que se cumpla!

Su bautismo, fuera lo que fuere, había tenido lugar. De modo que ahora, según sus propias palabras, había llegado el momento de arrojar el fuego sobre la Tierra.

## XVI

Me quedé inmóvil en mi asiento un buen rato delante de los documentos condenatorios. Tenía la prueba que necesitaba, pero eso no era ningún consuelo. Hacía muchos años, cuando fui nombrado emperador, tuve que firmar la orden de ejecución de un conocido criminal y exclamé: «Ojalá no hubiera aprendido a escribir», lo que hizo mucha gracia a los administradores que estaban junto a mi escritorio. Garabatear las palabras en el documento me había producido temblores en todo el cuerpo. Pero tenía que hacerse. Y esto también tenía que hacerse.

Me levanté y me dirigí hacia las dependencias de Popea. Necesitaba decisión, y algo más que eso... ¿absolución? Ella siempre era firme, decidida, y no miraba atrás.

La luz se desvanecía en las ventanas que daban al oeste ahora que el sol abrasador había abandonado el cielo; se acercaba una noche cálida. Sus aposentos estarían ahora en calma, y esperaba que el intérprete de bárbiton actuara esa noche. Su interpretación era siempre relajante; me gustaban los tonos graves de aquella especie de cítara.

No me llevé una decepción. Al acercarme al lugar pude captar el sonido grave y melancólico del instrumento. Cuando entré en la habitación, él estaba en el fondo, recostado en un cojín, y Popea leía sentada sobre los pies en un sofá cercano con una media sonrisa en los labios. Apenas alzó los ojos, pero el músico paró, se levantó e hizo una reverencia. Hasta que la música se detuvo no se fijó en mí.

—¿Encontraste lo que estabas buscando? —preguntó.

—Sí —respondí.

—¿Por qué estás tan abatido entonces? Por tu aspecto se diría que unos bandidos te han robado.

Me senté a su lado.

—Me han robado algo. No sé muy bien qué.

—La incertidumbre quizá —dijo Popea mientras hacía señas al músico para que volviera a tocar. Alargó la mano para acariciarme la mejilla—. Cuando estás más contento es cuando las cosas están en el aire, todavía por llegar.

—Esta vez no —repliqué—. Esta incertidumbre nos ha seguido consumiendo demasiado tiempo después de que se apagara el incendio real: el humo de los rumores, la especulación, las acusaciones odiosas penden todavía sobre nuestras cabezas. Pero ahora podemos concentrarnos en los verdaderos culpables, que serán debidamente castigados.

Se echó hacia atrás y me miró.

—¿Fueron ellos entonces? ¿Los cristianos? —No pudo evitar el placer en su voz.

—Sí —contesté—. Fueron tan amables de proporcionarme la prueba que necesitaba, convenientemente por escrito.

—¿De quién eran los escritos?

—Oh, de diversos líderes.

—¿Del tal Pablo?

—Era uno de ellos, sí. —Sus escritos eran el elemento más importante de la prueba, pero no tenía por qué decírselo.

—¡Te lo dije! Te dije que era malo, pero no quisiste escucharme y lo dejaste marchar. Permitiste que se fuera al declararlo no culpable y concederle la libertad.

—En aquel momento no era culpable de nada. No condenamos a nadie por

algo que podría hacer. Si fuera así, todas las personas del mundo estarían encerradas.

—A lo mejor tendrían que estarlo. —Se levantó y se cruzó de brazos como hacía cuando se ponía terca.

Me puse también de pie y la rodeé con mis brazos.

—«Todas las personas» te incluye a ti también. No creo que te gustaran tus compañeros de celda; tu delicada nariz los encontraría ofensivos.

Nos dirigimos hacia la ventana situada en el lado donde había oscurecido por completo. Los terrenos estaban ahora casi vacíos, ya que el grueso de los refugiados había sido realojado.

—Esto me aflige —dije—. Pero una vez haya terminado, el incendio pertenecerá realmente al pasado.

—Pasará a ser simplemente parte de nuestra historia —coincidió Popea—. Y la historia olvidará muy pronto a esos cristianos. —Me frotó las manos—. No estés triste, mi amor. Nos aguarda un nuevo día para Roma.

Antes de que me marchara, pidió con un gesto a Esporo que se acercara. Como siempre, su asombroso parecido a Popea era enervante, como si haber bebido demasiado vino me hiciera ver doble.

—Esporo, esta noche el emperador está cansado. Por favor, di a Héspero que se levante y venga aquí —dijo.

Esporo asintió y fue a buscar al intérprete de bárbiton.

—Héspero, hoy no te voy a necesitar más —anunció Popea—. Esta noche el emperador está triste; que tu música le ponga remedio. Porque tus melodías alivian los dolores del alma mejor que ninguna otra cosa.

—Creo que tiene razón —dije a Héspero. Era interesante que Popea supiera que necesitaba estar solo, pero no totalmente solo. Aunque ella lo sabía todo sobre mí, claro.

Los siguientes días, Héspero fue un gran consuelo para mí. Orfeo podía amansar bestias salvajes con su lira, según dicen, y se afirma que otros artistas talentosos hacen lo mismo. Mis oídos eran particularmente sensibles a los sonidos de la cítara con sus muchas cuerdas, motivo por el cual ya me había sentido atraído de niño por este instrumento y ahora lo dominaba. Pero la destreza de Héspero era algo totalmente distinto, ya que su instrumento era bastante diferente de la tradicional cítara. Para empezar, era más largo y más grande. Así, mientras estaba sentado tocando, absorbo en su propio mundo, las sonoras notas graves suavizaban los desagradables despachos de Tigelino con las últimas noticias sobre la investigación.

Los prisioneros iniciales habían nombrado a otros, y estos habían nombrado a otros, por lo que había un gran contingente de personas acusadas de ser cristianas. Las retenían e interrogaban Tigelino y sus agentes.

—Y hay muchos más —dijo Tigelino una tarde, entrando con decisión en la habitación y dejando un saco de arpillera, lleno de tablillas—. Ya tenemos una buena cantidad. Suficientes para proporcionar diversión a la multitud, que vitoreará al ver cómo los malvados incendiarios reciben lo que se merecen. —Levantó otra vez el saco y lo agitó—. ¿Vas a mirarte esto? Me tomé la molestia de recopilar las listas.

—Después —respondí, sin el menor deseo de mirarlas jamás.

—Están ansiosos por convertirse en mártires —comentó, sacudiendo la cabeza—. No quieren hacer ningún trato, no quieren denunciar a sus líderes, no quieren dejar de ser leales a su difunto profeta. —Se encogió de hombros y se sirvió fruta de una bandeja sin pedir permiso. Lo fulminé con la mirada y volvió a dejar la manzana.

—En ciertos sentidos son envidiables —aseguré.

—¿En cuáles, en lo de ser criminales?

—No, en lo de tener algo tan valioso que pasa por encima de todo lo



demás de tu vida, incluso de tu vida misma. —Había veces en las que sentía algo así por mi música, ¿pero era eso cierto? ¿Hasta qué punto? ¿Tanto como para renunciar a todo, incluida mi dignidad imperial, para dedicarme a ella? Lamentablemente, conocía la respuesta. No, no tanto. Casi. Pero no tanto.

—Pueden ser persuasivos —dijo Tigelino—. Especialmente el tal Pablo. Uno de los prisioneros me contó que cuando Festo, el prefecto de Judea, hizo prisionero a Pablo y este tuvo ocasión de dirigirse al rey Agripa, fue tan elocuente que Agripa dijo: «Has estado a punto de convencerme de que me haga cristiano.» —Soltó una carcajada—. ¿Tuvo este efecto en ti?

—No, pero fue capaz de convencerme de que éramos muy parecidos.

—Ese es su secreto —afirmó Tigelino—. Decir lo que quiere oír cada persona con la que está. Hasta lo admite en uno de sus aburridos escritos.

—¿Qué hacen los detenidos? —pregunté. Supuse que Pablo no figuraba entre ellos. En caso contrario, lo sabríamos.

—Rezan. Algunos cantan. ¡Cantan! —Soltó una carcajada—. No cantan nada bien. Da pena oírlos.

Sonaban de fondo las notas dulces y seductoras del bárbiton, como para realzar sus palabras.

—Esta noche leeré los despachos —aseguré a Tigelino—. Y después estipularemos los castigos y prepararemos los lugares donde se ejecutarán. —Zanjemos de una vez este asunto.

Asintió y se marchó.

Una vez se hubo ido, me levanté y me acerqué a Héspero. Él alzó los ojos y esperó a que hablara. Al ver que me quedaba callado, dijo en voz baja:

—¿Te gustaría que te enseñara a tocarlo?

—Sí —respondí. Enséñame a tocarlo, déjame perderme en la belleza e introducirme en ese mundo que significa tanto, casi, como el que los

cristianos se imaginan. Deja que huya de este mundo mancillado e impuro, aunque solo sea esta noche.

Tenía las pruebas y, antes de convocar la reunión del Consejo Imperial, llamé a mis asesores y administradores más estrechos para comentar las acciones que teníamos que emprender. Quería sondearlos antes de presentar las conclusiones al grueso del Consejo.

Entraron en fila y llenaron la sala privada; había unos doce. La mayoría de la gente ya había vuelto a Roma, y había empezado a reconstruir su casa o a reclamarla si se había salvado. Les di la bienvenida y les pregunté con educación por su situación, aunque me moría de ganas de ir al grano. Finalmente, las formalidades concluyeron y pude hacerlo.

—Se ha resuelto el misterio —anuncié—. Sabemos quién provocó el incendio y por qué.

—Creía que decías que había sido un accidente —soltó Fenio Rufo—. Siempre que alguien te lo preguntaba, afirmabas eso. —No sonrió y me tomé su frase como un desafío. No era un comienzo prometedor.

—Es lo que creía entonces. Pero ahora sé que no.

Tigelino avanzó y se situó a mi derecha.

—El emperador se extrañó de que hubiera personas arrojando antorchas encendidas a las casas y obstaculizando la labor de los vigiles. ¿Tú no lo viste, Ninfidio?

—Sí —afirmó Ninfidio—. Iban en grupos.

—Oí que algunos decían el nombre de su patrón, Jesús —intervine—. Desde entonces he averiguado más cosas sobre este hombre y sus seguidores.

—Para empezar, ¡está muerto! —soltó Epafrodito.

—¿Cómo puede dar órdenes entonces? —quiso saber Subrio Flavio.

—Al parecer, estar muerto no es ningún impedimento —contestó Tigelino con una carcajada—. ¡No para él! Sigue hablando a sus seguidores. Les pide que le ayuden a propiciar el fin del mundo con fuego. Es lo que creían que estaban haciendo.

—Los cristianos —dijo Faón.

—Incluso reactivaron el incendio en mis propiedades para culparme a mí y al emperador —explicó Tigelino—. Están detrás de la infame calumnia de que él provocó el incendio.

—Pero... —empezó a decir Subrio.

—¡Han confesado! —afirmó Tigelino.

—Y yo he estudiado sus escritos, que lo confirman —aseguré—. Son culpables. Culpables de asesinato, de ataques blasfemos a los dioses romanos y de destrucción de propiedades.

—El castigo tiene que ser el que corresponda a los delitos —dijo Tigelino—. ¿Cuál es el castigo romano tradicional para los incendios provocados? Ser quemado vivo. ¿Cuál es el castigo para la profanación de templos y la destrucción de propiedades? Ser arrojado a las fieras, *damnatio ad bestias*. Pero no tal como son. No, deberían representar el mito más próximo a lo que hayan profanado.

Todos asintieron. Era lo adecuado. Era lo correcto.

—Estas ejecuciones son una expiación pública para nuestros dioses por su maldad. Cuando hayan finalizado y los dioses hayan aceptado el sacrificio, el incendio quedará realmente olvidado y Roma iniciará una nueva era —dije—. Las ejecuciones tendrán lugar en el circo, aquí en los campos Vaticanos, y en el anfiteatro de madera que se salvó en el Campo de Marte. Los crucificados quemados vivos aquí; las fieras, en el anfiteatro.

Después, la reunión con el Consejo Imperial fue como una seda. Presenté la misma información, y también lo hizo Tigelino. Unos cuantos,

particularmente Pisón, Escevino y Lucano, tuvieron intervenciones incisivas, como pedir leer las transcripciones de las confesiones o saber si se había capturado a los líderes locales y sofocado el movimiento, pero al final se conformaron, felices de poder pasar página.

Tigelino amplió su anterior anuncio sobre los castigos.

—Dado que destruyeron el templo de la Luna Noctiluca que iluminaba nuestras noches desde el Palatino, deberían iluminar ellos mismos la noche para recompensarnos. La incineración tendrá lugar de noche, lo mismo que las crucifixiones. ¡Las dos cosas a la vez!

Un murmullo recorrió el grupo, pero no hubo ninguna disconformidad manifiesta.

—Y en cuanto a las fieras, dado que el incendio destruyó nuestro venerable anfiteatro de Tauro en el Campo de Marte, los responsables interpretarán el papel de la reina Dirce, que fue atravesada por los cuernos de un toro. ¡Tauro! ¿Os dais cuenta? ¿No es eso justicia? Y los que destruyeron el templo de Diana serán Acteón, que fue atacado por perros de caza por haber ofendido a Diana. Vestirán pieles de animales y serán atacados por perros. Además, se destruyeron las estatuas de las cincuenta danaidas en el templo de Apolo, de modo que los criminales tendrán que recrear el castigo de esas novias, llevando vasos sin fondo, pero no en el Hades. No, lo harán a plena luz del día, mientras los persiguen fieras salvajes en la arena.

Los presentes sonrieron y asintieron. Era una diversión clásica mezclada con la ejecución de criminales, como solía hacerse.

Se publicaron los resultados y las condenas prescritas, y pronto hubo una bulliciosa multitud delante del palacio exigiendo que se actuara con premura.

—¡Matadlos! ¡Torturadlos! ¡Descuartizadlos miembro a miembro! ¡La

arena es demasiado buena para ellos!

Cerré las contraventanas de las dependencias de Popea que daban a los campos abiertos y a la muchedumbre. Pero apenas amortiguaron el ruido que llegaba del exterior.

—Hay que hacerlo pronto —dije—. No podemos aguantar que esta clase de asedio se prolongue. Y pueden volverse violentos, ser tan malos como la gente de la que quieren vengarse.

—Sí, hay que hacerlo pronto —coincidió Popea—. No debería torturarse de antemano a los culpables con esta espera.

—Parecen disfrutar de la espera. —No había oído que Esporo se había acercado a nosotros por detrás—. Están tranquilos, rezando, incluso predicando para convertir a otros para que se unan a ellos. ¿Te lo imaginas? ¿Por qué iba nadie a unirse a ellos en este momento? —preguntó.

—Hasta las causas perdidas ganan adeptos —respondí—. Tal vez la desesperanza resulte atractiva. Hace que la gente se sienta noble y valiente. ¿Qué me dices de Termópilas? Sabían que estaban condenados

—Pero era por un motivo —dijo Esporo—. Esto carece totalmente de sentido.

—Dejemos de hablar de ello —pidió Popea, encogiéndose de hombros.

Nos llegó un estallido de ruido a través de las contraventanas.

—No tendremos paz hasta que esto haya concluido —dije—. Es por eso por lo que tenemos que proceder con rapidez.

Aquella noche, en mis aposentos privados, intentaba leer poesía mientras Héspero tocaba cerca. Había logrado enseñarme a rasguear el bárbiton y me había mostrado en qué difería de la cítara, más pequeña. Dejé mi lectura y fui a sentarme a su lado para observar cómo sujetaba la base del instrumento.

—Necesitas uno —indicó, alzando los ojos—. Tendrías que encargarlo.

—Recomiéndame un fabricante —dije mientras recorría la base, suave

pero ligeramente curvada, con la mano.

—Dámaso de Cos —respondió.

—¡Cos! Tardaría muchísimo en recibirlo.

—Imagino que podría hacerse más rápido para el emperador que para alguien como yo.

—Cos está muy lejos y habría que transportarlo igualmente por mar. ¿No conoces a nadie más cerca de Roma?

—Está Metán, en Luceria. Pero no es tan bueno.

—No necesito un instrumento perfecto para aprender. Así que quizá ordene uno a Metán para practicar, y cuando haya aprendido llegue el de Cos.

—Quizá. —Sonrió—. Dime, ¿cuándo oíste una cítara por primera vez?

Le hablé encantado de la tarde mágica en el palacio de Claudio y mi encuentro con Terpnos.

—Le pregunté si podría darme clases cuando creciera y me dijo que sí. Ninguno de los dos podía imaginarse lo rápido que llegaría ese día. —Me detuve un momento antes de añadir—: Terpnos ha sobrevivido al incendio, gracias a todos los dioses.

—Tenemos que recordar todo lo que se salvó además de llorar por todo lo que se perdió, y ser agradecidos —dijo Héspero—. Y...

—Tigelino solicita que el emperador lo reciba —lo interrumpió un guardia que había entrado a toda prisa.

—Que pase —ordené antes de levantarme.

Tigelino entró a zancadas y me alargó unos documentos que llevaba en la mano. Los tomé y los dejé en mi escritorio.

—Te sugiero que les eches un vistazo, César —soltó—. Es urgente.

—Agradezco tu afán, Tigelino, pero es tarde. —No tenía ningunas ganas de leer documentos en aquel momento.

—¡Lee este por lo menos! —Extrajo uno del montón—. O tal vez no haga

falta. Yo puedo decirte lo que hay en él. La red se ha extendido más y ha capturado más cristianos. Justo a tiempo para las ejecuciones, por lo que podemos decir que tenemos a la mayoría. Y hay uno aquí, bajo tu tutela. ¡Él!  
—Se dirigió corriendo hacia Héspero y lo sujetó por el hombro para levantarlo.

—¿Qué? —solté, anonadado.

—Es uno de ellos. Uno de los que confesó lo nombró. Y hay unos cuantos más al servicio de Popea.

Ignoré a Tigelino y miré directamente a Héspero.

—¿Es eso cierto? —le pregunté.

—Sí, César —respondió. Me quedé más anonadado todavía.

—¿Pero cómo es posible? —dije.

—¿Crees que un artista no puede ser cristiano? —replicó—. ¿Qué lo impediría?

—Son... ¡Son enemigos del Estado!

—¿De verdad te crees esas mentiras que corren por ahí? No somos enemigos del Estado... ni mucho menos.

—¿Por qué lo dice la gente entonces? —insistí.

—Tendrías que saber de primera mano que lo que la gente dice y lo que es verdad no son lo mismo. Después de todo, la gente decía que tú habías provocado el incendio. ¿Es eso verdad? No.

—¡Lléváoslo! —ordenó Tigelino, haciendo un gesto a los guardias.

Lo detuve.

—En mi palacio soy yo quien da las órdenes —dije, y me volví hacia Héspero—. Sé que tú no prendiste fuego. No tienes que unirme a los demás. Eres inocente.

—Si no me uno a ellos, seré culpable. No de provocar un incendio, sino de

abandonar a Jesús. Y preferiría morirme antes que eso. Así que llama a los guardias y deja que me detengan.

La cabeza me daba vueltas. Era absurdo. ¿Por qué se precipitaba hacia su muerte?

—Si te sientes culpable por abandonar a Jesús, ¿por qué no hablaste antes? ¿Por qué has estado callado todo este tiempo? —Ahí lo había pillado. Era obvio que quería vivir.

Sonrió. Esa sonrisa etérea que había visto en el rostro de Pablo. ¿Qué poseía a esa gente?

—Jesús nos dijo: «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra.» No buscamos que nos persigan. Pero cuando nos encuentran, cuando nos capturan, tenemos que mantenernos firmes.

—¿Y qué quiere decir eso? —pregunté. Estaba perplejo.

—Admitir quiénes somos y a quién seguimos. Jesús nos dijo: «Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre, que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre, que está en los cielos.» Así que aquí estoy. Declaro ante el emperador en persona que sigo a Jesús. Eso tiene que contar por tres hombres por lo menos.

—¿Pero qué dices! —bramó Tigelino—. ¿Estás insultando su *imperium*?

—¡Silencio! —ordené a Tigelino. Aquello era entre Héspero y yo—. Si no puedes hacer otra cosa, no puedes hacer otra cosa. Lo siento por ti.

—No lo sientas por mí —dijo—. Siéntelo por ti, y por Roma.

Ahora ya no tenía elección.

—Lleváoslo —dije a los guardias.

Se volvió para mirarme.

—Te regalo mi bórbiton, con mis bendiciones. No hace falta que esperes el de Cos.



## XVII

Esa noche hice marchar a todo el mundo, salvo a los guardias, siempre alerta. El b arbiton yacía en el suelo, donde H espero lo había dejado. Me parecía un animal peligroso, como si fuera a abalanzarse sobre m ı y atacarme. Lo recog ı y lo dej e en un rinc on.  Volver an a sonarme dulces sus notas alguna vez, o serían siempre un recordatorio horrible de aquel suceso espantoso?

Los cristianos. Eran un grupo de lo mías extraño, mezcla de violencia e idealismo, ansiosos por convertirse en mártires. Pero otras religiones tenían ritos bárbaros: la castración de los sacerdotes de Atis, los sacrificios humanos para los druidas. Solo la romana era extremadamente civilizada, humana, organizada; una religión de Estado que no exigía introspección, sacrificio y dolor, y cuyos rituales solemnes se hacían a plena luz del día a la vista de todos. Podíamos sentirnos orgullosos de ello.

Ech  un vistazo alrededor de la estancia. Era mi refugio, un espacio en el que nadie podía entrar a no ser que yo lo autorizara expresamente. Observ  con desagrado el montón de documentos que Tigelino había dejado. No quería abrirlos. Sabía lo que había en ellos. No los detalles, pero s ı lo general.

La multitud seguía fuera, gritando y arremolin ndose. Obligado a cerrar las contraventanas para que no entrara su vocer o, imped ı también que entrara la seductora brisa cálida de finales de verano, y una vez estuvo el aire en calma, empezó a hacer calor en la habitación.

Me serv ı un trago en una copa de cristal con la jarra. Era lo que quedaba de

mi *decocta Neronis*, ya tibia. Pero, como no me apetecía llamar a un esclavo para que me trajera más, me la bebí.

La pesadilla que había comenzado, adecuadamente, por la noche, el gran incendio, se había prolongado más y más. Ya hacía dos meses que las llamas habían devorado el Circo Máximo. Otras llamas le pondrían fin ahora, unas llamas que castigarían a los incendiarios e iluminarían la noche otra vez. Después, con la ayuda de todos los dioses, esperemos que todo se acabe. Esperemos que todo se acabe.

Salí de la estancia en busca de mi cama, en una habitación cercana. Popea la había embellecido muchas veces, convirtiéndola en un paraíso del erotismo. Pero esa noche dormiría solo, tapándome la cabeza con el cobertor para sofocar los sonidos de la ruidosa muchedumbre. En la pequeña tienda que formaban, me sumí en un sueño agitado y en un vívido sueño, si es que era un sueño y no una verdadera visión. ¿Cómo distinguirlos?

Se me apareció Apolo. No en su forma de guitarrista, sino como el dios Sol. Conducía su carro y se detenía delante de mí. «Sube», me decía, extendiendo un brazo dorado.

No osaba desobedecerlo, aunque sabía lo que le ocurrió a Faetón, el hijo de Apolo, al montarse en el carro de su padre. Me subía y me encontraba pisando un suelo flexible, mirando por encima del lomo de sus cuatro caballos. Bajo sus cascos estaba la senda solar, que se extendía formando un leve arco ascendente.

El dios relucía y brillaba. Desprendía un resplandor deslumbrante, un calor suave, no una incandescencia abrasadora.

—Mírame —me ordenaba.

Había tenido miedo de hacerlo, porque mirar directamente a los ojos a un dios supone la muerte.

—He dicho que me mires —repetía.

A regañadientes, lo hice. Sus rasgos eran los míos. Me sonreía.

—Sí, yo soy tú y tú eres yo. Te elegí cuando naciste, ungiéndote con mis rayos. Te di mi destreza con la cítara. Ahora te doy mi carro. Condúcelo. — Me ponía las riendas en las manos.

Los caballos eran testarudos. Lo supe en cuanto empezaron a moverse. No se parecían nada a los caballos terrenales, domados para ser obedientes.

—Contenlos —decía Apolo—. Dirígelos. Hazles saber que tú eres más fuerte.

Pero no lo era. Podían arrancarme los brazos y marcharse corriendo. Yo me esforzaba por sujetar las riendas con firmeza. Estaban a punto de echarse a galopar, tal vez incluso de salirse de la senda solar, como habían hecho con el pobre Faetón.

Apolo me tocaba los brazos y les infundía su fuerza, y yo refrenaba a los caballos.

—Surquemos ahora juntos el cielo para que estés conmigo del alba al ocaso —me decía.

Por debajo de la senda solar, a mucha distancia, veía la tierra, veía la Roma incendiada y los campos todavía verdes que la rodeaban, veía las líneas serpenteantes de los acueductos que transportaban el agua desde las colinas. De modo que ser un dios y ver el mundo desde lo alto era eso. No era de extrañar que les pareciéramos insignificantes y triviales.

Tras lo que era un día en la Tierra, el carro se aproximaba al final de la senda solar, cuya base estaba envuelta en nubes. Apolo no había hablado durante el recorrido y me había permitido contemplar asombrado lo que pasaba bajo nuestros pies. Pero ahora lo hacía:

—Recuerda que yo soy tú y tú eres yo. Tienes que propiciar la edad de oro de Roma. El incendio no es el final sino el principio. Ahora me ves. Durante

un ratito no me verás, pero tú y yo regresaremos juntos y llevaremos la dicha al pueblo de Roma.

El carro se detenía junto a un montículo de tierra, oculto en una angustiosa neblina. Los caballos suspiraban y sacudían la cabeza. Apolo bajaba del carro, me tomaba la mano y me hacía bajar.

—Ahora yo descanso y hago descansar a mis caballos. Mi hermana se está apresurando a empezar la senda para iniciar su recorrido. ¿La ves?

Yo forzaba la vista y vislumbraba algo plateado. Diana, la diosa de la Luna y la caza.

—La luna y la caza —decía Apolo, haciéndose eco de mis pensamientos—. Ya sabes lo que tienes que hacer para aplacarla. Ha sufrido una ofensa terrible.

Se desvanecía. La neblina se desvanecía. Los caballos desaparecían. Yo estaba acostado en la cama, envuelto en el cobertor. ¿Había sido transportado a otra parte o había yacido allí todo el rato? No tenía modo de saberlo, no en ese momento. Con el tiempo, una señal me revelaría la respuesta.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Todavía era de noche. Abrí despacio una contraventana. Seguía habiendo ruido fuera, pero no tanto como antes. En lo alto del cielo, la luna llena estaba en su apogeo. Diana lo surcaba con todo su esplendor.

Luna llena. Era la segunda luna llena desde la que había brillado sobre Roma la noche que se había declarado el incendio. También había brillado en Anzio, donde esa noche había actuado en el nuevo teatro que acababa de inaugurar para la gente. Había sido una noche perfecta. Pero todas las noches posteriores habían estado malditas. Ahora se levantaría la maldición.

Apolo se levantó como de costumbre por la mañana, manchando de rosa y naranja el cielo. Sonreí, deleitándome con nuestro viaje secreto juntos. Ahora él volvía a conducir solo, pero yo siempre recordaría la vez que llevé

brevemente las riendas. Las nubes se dispersaron cuando el sol ascendió más y le dejaron brillar con fuerza. «Yo soy tú y tú eres yo.» Apolo y yo éramos uno solo.

Llevó dos semanas preparar los lugares donde se celebrarían las ceremonias de expiación. La luna fue saliendo cada vez más tarde hasta que, finalmente, cedió paso a la oscuridad. El día en que se hacían los últimos preparativos para las ceremonias, el sol nos abandonó unos minutos. Hubo un eclipse espectacular que tapó el sol a mediodía.

«Ahora me ves. Durante un ratito no me verás, pero tú y yo regresaremos juntos y llevaremos la dicha al pueblo de Roma.»

Estaba cumpliendo su promesa. Esto es lo que había querido decir. La gente que estaba en la calle se alarmó cuando la temperatura descendió y la luz del día se atenuó. Los pájaros enjaulados dejaron de cantar, las abejas enjambraron, las ocas intentaron posarse para dormir, los búhos salieron volando a cazar, los grillos chirriaron. Pero la luz del sol volvió enseguida, la penumbra se acabó y el nuevo día prometido por Apolo llegó.

Las ceremonias en la pista de carreras vaticana no tenían que comenzar hasta que la oscuridad cubriera la ciudad. Ya habíamos dejado atrás el equinoccio y el sol se ponía deprisa, sin demasiado crepúsculo.

Al caer la noche, Popea me ayudó a ponerme mi ropa del dios Sol, el auriga. Montaría en un carro y conduciría despacio por la pista para que la gente viera que la edad de oro empezaba a surgir a partir de la destrucción, que el dios Sol estaba saliendo en un nuevo mundo. El simbolismo era de suma importancia.

Me abrochó el cinturón a la cintura y puso el puñal tradicional en él.

—Aunque no es probable que pierdas el control de los caballos y tengas que cortar las riendas mientras recorren despacio la pista.

—Todo tiene que estar en orden —dije mientras daba unas palmaditas al puñal. Llevaba una túnica corta tejida con hilo de oro y un casco de cuero recubierto de pan de oro, por lo del motivo solar. El carro estaba igualmente recubierto de hoja de oro. Nada podía equipararse al carro celestial del dios, claro, pero este se lo recordaría a la gente.

—Yo lo veré desde palacio —afirmó Popea—. No me apetece mezclarme con todo esa multitud. —Podíamos ver un mar de gente aguardando fuera. También podíamos ver los postes de las cruces clavados a lo largo del perímetro, más cortos que el obelisco que custodiaba el centro de la pista.

Los pretorianos vinieron a buscarme para llevarme hasta el carro. Solo tenía dos caballos, lo mejor para avanzar entre la muchedumbre, y no eran mis excelentes caballos, que guardaba a salvo en una cuadra fuera de Roma. Estos eran unos animales tranquilos a los que la gente y el ruido no perturbarían.

Conduje hasta la pista mientras los guardias separaban a la multitud para dejarme paso. Pero la gente se apretujaba hacia mí de todas formas, y enseguida el carro quedó rodeado, cautivo. Hablé lo más fuerte que pude y les dije que les daba la bienvenida al nuevo día que estaba amaneciendo, pero solo pudieron oírme unos pocos. La oscuridad aumentaba y las llamas punitivas de las cruces proyectaban una espeluznante luz temblorosa sobre la escena. No las miré; fui incapaz. Había ordenado que se ofrecieran fármacos a las víctimas antes de las ejecuciones. Algunas habían aceptado la evasión y estaban inconscientes, pero otras los habían rechazado y tenían que soportar la agonía.

«Es la misma agonía a la que vosotros sometisteis a otros, a personas

inocentes», me recordé a mí mismo. Pero eso no mitigó la dureza del castigo.

Como el carro no podía moverse, lo abandoné y me mezclé con la gente. Recordé las advertencias de Ninfidio sobre el peligro de posibles asesinos, pero me sentía invulnerable, protegido por el mismo Apolo. ¿Podía un dios o su elegido morir? «Recuerda a Pan», pensé. Pero aquello era distinto, ¿no?

La gente me abrazaba, celebrando como loca, deleitándose con el horripilante espectáculo de las personas que estaban siendo castigadas. Bajo la luz amarillenta de aquellas antorchas, los rostros que veía entre la multitud eran rubicundos y los ojos brillaban con una tonalidad amarilla, como los de los lobos. «La multitud. Las personas que la componen pueden convertirse en bestias en un instante. —Ahora me llamaban campeón y me vitoreaban—. Pero siguen siendo bestias salvajes y no puedes fiarte de ellas», pensé

Pero alejé esos pensamientos. Esa noche me adoraban. Esa noche eran mansos, y míos.

Cuando dejé la pista y volví al palacio, los fuegos se habían extinguido y las cruces apenas brillaban. La mañana siguiente habían desaparecido, como si nunca hubieran estado ahí.

## XVIII

La mañana llegó a una Roma en calma. Una suave brisa acariciaba los valles y las colinas donde los obreros transportaban las piedras para los nuevos edificios y los esclavos alisaban el cemento que unía los ladrillos acabados de poner. El diseño de la nueva Roma se estaba traduciendo en calles, edificios y fuentes de verdad. Severo y Celer estaban dibujando planos detallados para la Casa de Oro, con la orientación y el tamaño de las habitaciones. Se decidió que el pabellón tuviera dos plantas construidas en el monte Opio, con la fachada del edificio orientada al sur, para que fuera soleada. Las estancias situadas directamente detrás de las delanteras seguirían recibiendo mucha luz.

Lo más destacado del pabellón era una habitación abovedada diseñada de modo revolucionario con un óculo en medio del techo y el peso descargado en pilares adosados a la pared, de modo que el espacio quedaba abierto y la bóveda parecía flotar sobre el suelo. Cuando lo deseáramos, podríamos tapar la abertura con una cubierta giratoria que mostraría el zodiaco y dejaría caer una lluvia de pétalos y perfume.

Bajo el pabellón, en el valle, habría otra parte del palacio, esta con estancias convencionales, que darían al lago artificial que se estaba excavando y estaría revestido de piedra. Al otro lado del palacio, una enorme entrada abierta, con columnatas a los lados, se extendía hasta el comienzo de la vía Sacra y el Foro. Los jardineros estaban atareados sembrando en esa zona, y en el centro, sobre una base cuadrada, mi estatua lo presidiría todo. Sería el dios Sol. Sería yo. Estaría allí para proteger Roma. Había mandado



llamar a un escultor, Zenodoro, experto en estatuas de bronce de grandes dimensiones, para realizarla. Llegaría en cualquier momento.

Los ciudadanos de a pie también estaban reconstruyendo. El repiqueteo de los cinceles y el estrépito de los carros resonaban todo el día, pero era un ruido saludable, el ruido de la recuperación y el crecimiento. El Circo Máximo estaba reconstruido y preparado para celebrar carreras de nuevo. En los terrenos de la Casa de Oro había reconstruido el templo de la diosa Fortuna, con las paredes de fengita, una piedra extraordinaria de Capadocia que dejaba pasar la luz y parecía almacenarla, de modo que el interior resplandecía incluso cuando el día era nublado. Naturalmente, era carísima, como Faón me recordó.

—Las cifras de este mes —dijo, dejando los papeles ante mí con aspecto compungido—. La piedra de Capadocia ha disparado el total.

Le eché un vistazo. Tenía razón. El total era impactante. Pero no habíamos alcanzado los veintidós mil millones de sestercios previstos finalmente. De modo que todavía estábamos dentro del presupuesto, por así decirlo, salvo que el presupuesto era estratosférico para empezar.

—Tal vez podríamos recortarlo un poco, César —insinuó Faón—. La estatua, por ejemplo; todavía no está encargada, podríamos posponerla.

—El escultor ya está de camino —dije—. Tendré que pagarle igualmente por su tiempo. —Como si eso fuera una respuesta.

—El coste de su tiempo no es nada comparado con el bronce, el moldeado y... supongo que querrás que sea dorada.

—Sí, por supuesto. Tiene que relucir. —El dios Sol era dorado; el dios solar era dorado.

—Por supuesto —suspiró Faón.

—No tiene sentido hacerlo de otro modo, Faón —dije, como si tuviera que

explicárselo a un niño—. Una estatua del dios del Sol tiene que ser dorada. Si no de oro macizo, por lo menos dorada.

—El bronce pulido brilla —informó.

—No basta —respondí.

Tenía ganas de volver a entrenarme para las carreras, algo que, junto con todo lo demás, el incendio había interrumpido y suspendido. Antes del incendio había elegido un tiro de caballos de las cuadras que me había recomendado Tigelino, en su día criador de caballos. Era un trío cuidadosamente seleccionado para equilibrar la velocidad, la resistencia y la potencia. Incluía un caballo hispano de color crema por su velocidad, un capadocio negro por su corazón y espíritu competitivo, un micénico gris por su estabilidad y un siciliano castaño, que era rápido pero imprevisible. Sus colores no coincidían, pero esperaba que se dieran fuerza unos a otros, que era lo que contaba.

Las cuadras de Menenio Lanato, donde guardaba mis caballos, estaban a diez millas largas de Roma. Para llegar a ellas había que recorrer prados y granjas, con un acueducto de piedra gris en el horizonte. Era finales de septiembre y la tierra descansaba después de que los agricultores hubieran obtenido sus frutos. Aquí, en el campo, los efectos del incendio no eran visibles.

Tigelino y Epafrodito habían venido conmigo y fue un placer hablar de algo que no fuera el incendio por primera vez en meses. Tigelino no paró de contar historias sobre sus cuadras sicilianas y su educación rodeado de caballos, y Epafrodito tenía ganas de escucharlas. En cuanto a mí, me alegraba haber salido y regresar con mis caballos.

Lanato nos saludó efusivamente y nos explicó que había mantenido los

caballos a salvo y esperándonos.

—Se preguntaban dónde estabas —me dijo—. Observarás cambios en ellos. Mis entrenadores los han ejercitado, pero el siciliano se ha vuelto díscolo. No tiene sentido que nadie más lo amanse porque es a ti a quien tiene que obedecer, y no obedece a todo el mundo.

—Los sicilianos somos difíciles de controlar —contestó Tigelino, que era de allí, lo mismo que Lanato—. ¿Verdad?

—Solo un emperador puede controlar a un siciliano, hombre o caballo. ¿No es así, César? —preguntó Lanato.

A veces me costaba controlar a Tigelino, y seguramente pasaría lo mismo con el caballo. Asentí.

Pasamos la tarde conduciendo carros por la pista de entrenamiento. Lanato tenía razón: el siciliano era nervioso y testarudo, a no ser que simplemente fuera que había perdido la práctica conduciendo caballos. Al final de la tarde me dolían los brazos del esfuerzo de tirar de sus riendas. Cansado, bajé del carro y los acaricié.

—Muy bien —dijo Tigelino, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza—. Solo necesitas un poco más de entrenamiento... y ya estarás a punto.

Eso me sorprendió. Me había sentido tan oxidado que temía haber perdido mi destreza por la falta de práctica.

—¿A punto por fin? —Sonreí.

—Pronto —respondió—. Muy pronto. Será mejor que vayas encargando tu ropa de auriga.

De vuelta en Roma, me pasé la tarde en las dependencias de Popea. Nuestras habitaciones eran muy distintas. Las mías estaban llenas de una

extraña combinación de objetos de arte y parafernalia de trabajo: bronce griegos, jarrones decorados, sellos, cera, armarios, rollos y correspondencia. Las suyas estaban lujosamente amuebladas: seda, marfil, abanicos. No tenía por qué marcharme a un retiro apartado cuando podía estar en otro mundo andando apenas cien pies.

Los dos evitamos intencionadamente aludir al intérprete de bárbiton desaparecido, pero su ausencia se hacía notar. Faltaban otros sirvientes también, era de suponer que por la misma razón.

Popea tenía un vino añejo especial para nosotros y, tras servirme ella misma una copa, observó cómo yo lo catava. Era ácido, pero sonreí igualmente.

—¿Qué opinas? —me preguntó.

—Tiene que envejecer un poco —respondí—. Pero sabe bien.

—Es de nuestros propios viñedos en el monte Vesubio —dijo—. Sé que todavía es joven, pero creo que tiene potencial.

—Mi mujer, la viticultora —exclamé—. Estoy de acuerdo. —Pero tendría que envejecer mucho tiempo para que realmente pudiera beberse. De repente, recordé algo—. Séneca tiene fama como viticultor —dije—. Pero ahora que se ha vuelto un asceta, supongo que habrá dejado el vino junto con todas las demás frivolidades.

—¿Incluido el emperador? —soltó Popea.

—No es exactamente lo mismo —repliqué—. Y no me dejó. Se jubiló.

—¿Así es como lo llamas? —resopló—. Sabes muy bien que dimitió y abandonó la corte. He oído decir que ahora afirma que debe protegerse porque alguien intenta envenenarlo, sin nombrar a la persona que está intentando hacerlo.

—¿Dónde lo has oído?

—Ya hemos hablado de esto antes. Tú tienes tus informadores, yo tengo

los míos.

Bebí un poco más del desagradable vino.

—Bueno, no me lo creo. Si Séneca quiere privarse de comer, no es porque yo esté intentando envenenarlo. Pero tengo intención de visitarlo. Hizo una donación enorme para la reconstrucción de Roma y quiero darle personalmente las gracias.

—Si vas, ¡ten cuidado con lo que comes! Parece entender mucho de venenos. —Soltó una carcajada—. No hablemos sobre ese viejo insufrible. El estoicismo es una bebida amarga, y quien la bebe se llena a su vez de amargura.

En eso, y solo en eso, mi madre y ella eran iguales. Ninguna de las dos aguantaba la filosofía o a los filósofos.

Se acurrucó en su sofá acolchado cubierto de seda, y descansó un brazo en el respaldo.

—He estado leyendo más las escrituras judías —dijo.

¡Oh, ese tema no! Tuve que contenerme para no hacer una mueca. Esboqué una sonrisa.

—¿En hebreo? —pregunté, esperando que eso pusiera fin a la conversación.

—Claro que no —contestó—. Están traducidas al griego. Me sorprende que no las hayas leído. Devoras todo lo que está en griego.

—No todo.

—Después de lo que... de lo que pasó, me preguntaba por qué los judíos rechazaron a los cristianos por ser diferentes, y se me ocurrió que podría encontrar una respuesta en sus escritos. —Se enderezó—. ¡Y no sabes qué cosas encontré! Un poema que pondría en evidencia a Propercio.

—¿En sus libros sagrados? Lo dudo.

—Lo tuyo tiene nombre: socarrón y desdeñoso. Pero puedo demostrarlo.

Ten, léelo tú mismo. —Se levantó, eligió un rollo y me lo entregó.

—El Cantar de los Cantares —leí—. Interesante título. —Me sumergí en el texto, y la pasión de la poesía, que no tenía nada de religiosa, me transportó.

*¡Que me bese con los besos de su boca!  
Mejores son que el vino tus amores.  
Mientras el rey se halla en su diván,  
mi nardo exhala su fragancia.*

Me pasó el antebrazo bajo la nariz y me llegó un cálido olor a nardo.

Encontré los siguientes versos y leí:

—«Huerto eres cerrado, novia, huerto cerrado, fuente sellada. ¡Qué bella eres, qué encantadora, oh, amor, oh, delicias!»

Popea volvió a coger el rollo, y siguió leyendo:

—«Yo soy para mi amado, y hacia mí tiende su deseo. Ponme cual sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, implacable como el Seol la pasión.»

—No necesitamos leer las palabras de otra persona por más hermosas o sagradas que sean —dije tras tomar el rollo de sus manos y dejarlo con delicadeza—. Tú ya estás puesta cual sello en mi corazón. Lo sabes muy bien.

—Y tú en el mío —dijo Popea. Nos retiramos entonces a nuestro propio jardín de placeres, superior incluso a las palabras del poeta. Especies, frutas deliciosas, agua; todo eso era trivial comparado con lo que éramos capaces de conjurarnos a nosotros pero que jamás podríamos describir.

Más tarde, cansados de la forma más exquisita, contemplamos acostados uno junto al otro las sombras del techo. Ondas, vetas, salpicaduras temblorosas de luz que se perseguían unas a otras por él.

—Pronto tendrás una nueva Roma —dijo Popea, soñolienta, girando la

cabeza en mi hombro—. Y un nuevo palacio.

—Los dos los tendremos —la corrigí—. Son tuyos además de míos.

—Son tus regalos para mí —dijo—. Puedes poner unos recursos inmensos a mis pies. Pero ahora yo puedo ofrecerte un regalo a ti: hemos concebido otro hijo. No estaba segura, pero ahora lo estoy.

—¿Cuándo? —pregunté, incorporándome.

—¿Cuándo fue concebido o cuándo nacerá? —rio.

—Cualquiera de las dos cosas. ¡Ambas!

—Creo que fue en Anzio. Justo antes del incendio. Lo que significa que nacerá en abril. Alrededor del aniversario de la fundación de Roma. ¡Los dioses lo han dispuesto así!

—Se estarán celebrando las cerealias en honor de Ceres. Pero esto eclipsará todo lo demás. ¡Oh, qué alegría! —Mis palabras eran trilladas y deseé poder decir algo que estuviera más a la altura de mis sentimientos. Pero tenía la imaginación mermada, ahogada en felicidad.

Popea me rodeó con los brazos y hundió la cara en mi pecho.

—Un nuevo comienzo para todos. Y este es mi regalo para la nueva Roma.

## XIX

Mientras Roma se reconstruía, hice mi prometida visita a Séneca en su retiro en el campo, en Nomento, a unas diez millas de la ciudad. Tras partir del centro de Roma, la vía Nomentana cruzaba la puerta nororiental junto al inmenso cuartel pretoriano y se adentraba en el campo. Por el camino, las villas y las casas se espaciaban a medida que la ciudad iba quedando atrás. Bordeada de plátanos, las piedras gastadas que la pavimentaban captaban la luz del sol de otoño.

—Mira —indicó Fenio, que era mi guardia en este viaje—. Esa es la villa de Faón. —Señaló un gran recinto alejado de la calzada y rodeado de campos agrestes. En aquel momento estábamos a unas cuatro millas de Roma.

—Parece descuidada —comenté. La maleza llegaba a la altura del hombro en los campos que la rodeaban.

—No tiene demasiada ocasión de pasar tiempo en ella —dijo Fenio—. Está demasiado ocupado con tus libros contables. —Su voz había sido suave y no había arrastrado la palabra *tus*, pero ¿había sido un reproche?

—Los libros contables del imperio —lo corregí.

Seguimos el camino en silencio. Los primeros indicios de otoño se reflejaban en los campos, cuyo color verde se transformaba en ocre. Casi estábamos en octubre. Casi hacía diez años que era emperador. ¿Era posible que solo fueran diez años? El mundo que me había rodeado entonces había desaparecido, tanto la gente como la misma ciudad. Solo quedaban Séneca y unos cuantos de mis compañeros. Los demás ya no estaban. Pensé que pronto ya no habría nadie que me recordara de niño. Era una idea aterradora.



Tendría que celebrar este aniversario, que era importante. Pero era demasiado pronto para que se hiciera algún festejo en Roma. Tal vez invitara a gente a ver la Casa de Oro cuando estuviera suficientemente terminada como para recibir visitas. El trece de octubre, el día de mi ascenso al trono, sería una conmemoración privada.

De repente, necesité ver a Séneca, aquel vestigio de mi antigua vida, para aferrarme a él y saber que realmente existió.

No llegamos a su villa hasta última hora de la tarde. Estaba, como esperaba, arreglada y bien cuidada. Los campos no estaban abandonados como los de Faón, y el patio estaba recién barrido. Alrededor de las casas había huertos sembrados en hileras; los manzanos cargaban frutos rojos a punto para ser recogidos. Más allá estaban las viñas de su finca, famosas por dar ochenta modios de vino por acre. Séneca se había enorgullecido de su capacidad de injertar diversos tipos de vid.

Nos recibió un sirviente que llevaba una túnica limpia y unas sandalias resistentes. Procuró aparentar tranquilidad, pero era obvio que nuestra visita de improviso lo había puesto nervioso. Se volvió para indicar con un gesto a los esclavos del interior de la casa que avisaran a su señor.

—César, oh, ¿a qué debemos este gran honor? —Hincó una rodilla en el suelo.

—Lo debéis a un antojo del emperador —contesté—. De repente me apeteció venir aquí a ver a mi preceptor y mentor.

«Tendrías que habernos avisado», debía de pensar. Pero sonrió de oreja a oreja y siguió con una rodilla en el suelo.

—Levántate, levántate —pedí, justo cuando un grupo de personas salía de la casa.

En cabeza iba Séneca. Pero qué despacio se movía, como una cucaracha

vieja. Se arrastraba hacia nosotros. Detrás de él estaban su esposa, Paulina; su hermano Galión y su sobrino Lucano.

—Bienvenido —dijo, pero no había cordialidad alguna en sus palabras.

—Gracias —respondí, inyectando la suficiente alegría en mi voz como para que contara por los dos—. Hace mucho tiempo que amenazaba con venir y ahora he llevado a cabo esa amenaza. —¡Qué palabras más desafortunadas! Al instante deseé poder borrarlas y sustituir «amenaza» por «promesa». La broma no había hecho gracia.

—Adelante —dijo Séneca, volviéndose y haciéndonos señas para que entráramos en la casa—. Bienvenido, Fenio —añadió afectuosamente.

—Gracias, señor —dijo Fenio, sorprendido.

El interior estaba fresco y oscuro. Un esclavo abrió las contraventanas y entró más luz. Nos condujeron hasta unos cómodos sofás. Eché un vistazo a mi alrededor. No era un sitio lujoso, pero tampoco la casucha sin muebles de un ermitaño. ¿Dónde habría guardado todo su dinero? Había sido asombrosamente rico.

—¿Roma está en reconstrucción? —preguntó Séneca con educación. Hizo un gesto con la cabeza y un esclavo fue corriendo a buscar refrigerios.

—Antes de lo previsto —afirmé—. Y tú ayudaste a lograrlo. Te estoy profundamente agradecido por tu contribución a la reconstrucción. Cuando te retiraste de la corte, te ofreciste a devolver todo lo que te había pagado a lo largo de los años. Entonces me negué. Y ahora, cuando Roma lo necesita, lo has devuelto de todas formas,

—No necesitaba todo eso —dijo, esbozando una sonrisa fantasmagórica.

—Se supone que los estoicos no necesitan nada, pero no hay nadie totalmente libre de necesidades —contesté.

—Está experimentando con eso —intervino Galión—. Está intentando

privarse de prácticamente todo. —Tosió, no sin antes taparse la boca con un pañuelo.

—Y lo está logrando más de lo que a mí me gustaría —añadió su esposa, una mujer más bien oronda—. Porque no deseo subsistir a base solamente de pan y agua potable.

—¿Es eso lo que estás haciendo? —pregunté a Séneca. Si era así, no se le notaba. Seguía estando fornido y teniendo mofletes.

—Sí, lo estoy intentando. —Sonrió por primera vez—. Pero te ofreceremos más que eso. No exijo que toda la casa siga mi ejemplo.

—Estupendo —dijo Lucano—. Porque me apetecen algunos caprichos y exquisiteces. Tengo que alimentar bien a mi musa. —Los ojos azules le centellearon en la cara—. En poco tiempo regresaré a Roma. Mi nueva casa estará pronto lista. He estado dando la lata a mi tío para que me ceda algunos de sus libros para mi nueva biblioteca. Pero no quiere separarse de ellos.

—Es lo único que me queda —aseguró Séneca. Lo dudaba. Tenía varias casas y villas en Italia que el fuego había dejado intactas. ¿Por qué fingía así? Aunque lo cierto es que siempre había fingido cosas. Había fingido que su relegación en Córcega, y no destierro, según había insistido, había sido un tormento, aunque en realidad había vivido allí cómodamente. Fingía que su riqueza no significaba nada para él, pero seguía amasándola. Fingía orientarme moralmente, pero sacaba provecho de mis fechorías al taparlas para obtener presencia política. De hecho, ayudó e incitó a lo que yo denominaba el «tercer Nerón», ese lado oscuro de mí que vivía separado del cumplido emperador y del artista idealista, y que me había llevado a hacer cosas indecibles. E «indecibles» era la palabra adecuada, porque el moralmente íntegro Séneca no hablaba de ellas aunque las aprobara y se embolsara los beneficios de hacerlo.

—Es una pena —dije. Miré a mi alrededor—. ¿Cómo pasas las horas?

Se le iluminó la cara.

—Escribiendo —contestó—. Finalmente tengo tiempo para escribir. He escrito unas cuantas obras sobre mitología griega y siete volúmenes de *Cuestiones naturales*. También he escrito tratados morales como una serie de cartas a un amigo, Lucilio.

Tratados morales. Haz lo que digo y no lo que hago. ¿Y quién era Lucilio? ¿Existía siquiera o era solo un personaje literario?

—Te envidio —aseguré—. Cuando la reconstrucción haya finalizado, volveré a reunir mi grupo literario. ¿Participarás en él, Lucano? ¿O tú también estás demasiado ocupado ahora que tu obra cuenta con un amplio reconocimiento?

Se había hecho un nombre, y su epopeya *Guerra civil* se había ampliado a siete libros desde que la había iniciado hacía más de cuatro años. En su día me la había dedicado.

—Naturalmente que participaré en él. ¿Hay alguien que rechace una invitación del emperador?

No, pero ¿a cuánta gente le gustaría hacerlo? Jamás lo sabría.

—Estupendo. Nos veremos entonces.

La comida fue incómoda. Cinco de nosotros comimos carne de cerdo e higos y nos servimos de bandejas de uvas y frutos secos, mientras que Séneca mordisqueaba un mendrugo. Los cinco bebimos su vino de la finca de Nomento mientras que él bebía agua recogida en un arroyo. La conversación fue forzada y no se intercambió nada de información. Hubo muchas toses de Séneca y Galión, que tenían delicados los pulmones. Me moría de ganas de que terminara. ¡Qué error haber ido!

Pero justo antes de marcharnos, Séneca se me acercó cojeando y me puso las manos en los hombros.

—Llevas una carga muy grande, hijo mío —dijo—. A lo mejor te gustaría

dejar esa carga.

¿Estaba sugiriendo que abdicara? Lo miré directamente a los ojos legañosos y las mejillas arrugadas, como las de una vieja tortuga.

—Me alegro de haber sido capaz de dejar mi carga —afirmó—. Te lo recomiendo.

—Cuando sea tan viejo como tú, me lo plantearé. —Sabía que era una grosería, pero era la verdad. Y él había sido grosero conmigo al sugerir que renunciara al trono—. Padre. —Le quité las manos de mis hombros y se las estreché para despedirme. Porque era una despedida. Se había ido del mismo modo que todas las demás cosas de mi pasado. Realmente ya no tenía ningún padre. Pero hacía mucho que no lo tenía. Solo había imaginado tenerlo.

En el camino de vuelta a Roma, Fenio dijo:

—Séneca está convencido de que alguien está intentando envenenarlo. Por eso come así. No tiene nada que ver con el estoicismo.

—¿Quién iba a querer envenenarlo? —Los espías de Popea tenían razón entonces.

—Se dice que su liberto Cleónico recibió órdenes de envenenarlo —dijo Fenio, pasado un buen rato.

—¿Quién iba a ordenar tal cosa? ¿Era Cleónico el hombre que nos recibió?

—Sí. Es tremendamente leal a su señor.

—No has contestado mi pregunta —dije—. ¿Quién se beneficiaría de envenenar a Séneca?

—No lo sé —contestó, ladeando la cabeza—. Quizá tendrías que preguntárselo a Tigelino. Tiene espías por todas partes.

En la corte había, pues, un nido de espías que se deslizaban como

serpientes bajo su superficie. Los de Popea, los de Tigelino, los de Séneca... y los míos.

Llegamos pasada la medianoche, por lo que dormí hasta bien entrada la mañana siguiente. No fue solo la cabalgada lo que me había cansado, fue volver a ver a Séneca. No fue como esperaba, pero ¿qué había esperado? Como consecuencia de haberme despertado tarde, estuve algo despistado durante el ritual matutino en que los «amigos del César» me presentaban sus respetos y me daban un beso ceremonial en el atrio del palacio. Había disfrutado de la interrupción de esta pesada costumbre después del incendio, pero ahora se había recuperado por completo, y cada día me ocupaba una buena parte de la mañana. Había dos grupos formales: el primero era el de mayor rango; el segundo, de un estatus inferior. Naturalmente, se maniobraba mucho para pasar del segundo grupo al primero. Todo aquello me parecía un tostón y quería suprimirlo. Pero era una buena forma de vigilar a los senadores y los magistrados. Tenían que pasar ante mí de uno en uno y mirarme a la cara.

Esa mañana habían aparecido varios senadores sonriendo y alabando la reconstrucción, su meticulosidad y su rapidez. Si no estaban contentos con los recursos que se le destinaban, es decir, los gastos, lo disimularon. El segundo grupo, terratenientes, abogados, hombres de negocios ricos ocuparon el resto de la mañana. Para cuando se fueron, estaba más que preparado para las termas. Me apresuré a ir, feliz de ver cómo estaba el Campo de Marte. No había sufrido demasiados desperfectos y ahora bullía de actividad. Mis termas se habían salvado y estaban abarrotadas de gente. La multitud habitual de peticionarios me había seguido, pero mis guardias los ahuyentaron, y me sumergí en las aguas. Después me paseé por el patio de la palestra junto a las termas, mi orgullo, uno de mis primeros proyectos arquitectónicos. Las paredes del patio de entrenamiento estaban cubiertas de obras de arte, y la

sala de lectura estaba llena de rollos, de modo que una persona podía pasarse allí todo el día, ejercitando tanto la mente como el cuerpo.

Tenía que volver a adoptar un régimen de ejercicio regular; lamentablemente lo había abandonado. Si quería controlar a los caballos en el circo, tenía que estar lo más fuerte posible. Pero la pérdida de Apolonio, mi entrenador, me había quitado un poco las ganas de entrenar. Otra parte de mi pasado perdida, otra persona que me había conocido de niño y no como emperador. Podía encontrar otro entrenador, pero no otro que me hubiera conocido como era antes, y seguía siendo en mi interior.

A pesar de estos pensamientos, las termas me relajaron. Pero mi serenidad quedó hecha añicos cuando regresé al palacio y me encontré a Tigelino esperándome. Era lo opuesto a la tranquilidad, siempre cargado de energía y tensión. Podía sonreír, pero no parecía nacer de él. Ahora lucía una sonrisa, pero era forzada. Señaló un rollo que estaba en mi escritorio.

Todavía tenía la piel reluciente de los baños caliente y frío, la friega con aceite, el tacto de la túnica de lino fresco después. Y ahora esto, fuera lo que fuera.

—Sabes cómo estropearle un día a un hombre —solté, tomando el rollo.

—¿Cómo fue tu visita al señor Pretencioso y Piadoso? —preguntó, cruzando sus brazos musculosos y apoyándose en la pared.

Me reí a mi pesar.

—Pretenciosa y piadosa —respondí—. Se le da tan bien actuar que tendría que salir a escena.

—¿Qué papel interpretaba esta vez?

—El de filósofo humilde —dije—. Solo le faltaba el flagelo para autodisciplinarse. Tenía el resto del atrezo: mendrugos de pan, copas de agua. —Abrí el rollo. Era una obra titulada *Octavia*. A continuación figuraban los personajes:

OCTAVIA, esposa de Nerón

NODRIZA DE OCTAVIA

SÉNECA, secretario de Nerón

NERÓN, emperador de Roma

UN PREFECTO

POPEA, amante y después esposa de Nerón

MENSAJERO

CORO DE CIUDADANOS ROMANOS

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté.

—Estaba en el estudio de Séneca. No en Nomento, sino en su villa más pequeña, la que está más cerca de Roma.

No tenía que preguntar cómo lo había conseguido ni quién. «Tiene espías por todas partes.» ¿La había echado en falta Séneca? Cuando fui a verlo, ¿supuso que la había visto?

—¿Sabemos que la escribió él? A lo mejor la escribió otra persona y se la envió.

—El estilo es idéntico —aseguró Tigelino.

—Es fácil copiar el estilo de alguien —contesté—. O, mejor dicho, el estilo de la mayoría de las personas. Hay montones de imitaciones de Homero y de Ovidio.

—Da igual quien la escribiera; estaba en posesión de Séneca.

Con un suspiro, empecé a leer. Era mi obligación hacerlo.

Era una tragedia sobre lo cruel que era yo y lo mucho que Octavia me odiaba. Sobre cómo ella me despreciaba y me comparaba con la cólera de un león, la rabia de un tigre. Séneca tenía el papel de mediador sabio que intentaba impedir mis maldades. Popea era la encarnación de una fresca intrigante. Hasta el fantasma de mi madre hacía su aparición, dispuesta a



vengarse desde el Hades. Había una línea en la que Octavia decía: «Que me destruya a mí también... ¡o lo mataré!» Bueno, eso había sido realmente cierto. Ella y Británico habían intentado asesinarme. Pero, por extraño que parezca, nuestra relación era mucho más que eso, mucho más complicada que aquella obra simplista. Habíamos sido víctimas en nuestra infancia de las ambiciones de mi madre, casados uno con otro por motivos políticos sin ningún deseo por nuestra parte, terminando inevitablemente como adversarios políticos. Haber sufrido por igual en nuestro matrimonio concertado por otras personas nos había hecho sentir un extraño compañerismo.

Séneca intervenía con dignidad diciendo una serie de líneas que yo respondía mientras nos lanzábamos clichés uno a otro, aunque él siempre decía la última palabra.

SÉNECA: ¿Es esa forma de tratar a tus seres más cercanos?

NERÓN: Que sea alguien que no necesita temer.

SÉNECA: Cuanto más poder tienes, mayor debería ser tu temor.

NERÓN: El hombre que no conoce su fuerza es un imbécil.

SÉNECA: Justicia, no fuerza, es lo que conoce un hombre bueno.

Y así sucesivamente.

En un momento, me hacía decir: «¿Tengo que tolerar una conspiración contra mi vida y no castigarla justamente?»

«¡Gracias, Séneca, por permitirme semejante favor!», pensé.

También me dejaba decir sobre Octavia: «Nunca fue mi esposa en cuerpo y alma.» ¡Una vez más, gracias, Séneca, por admitirlo!

Séneca, tras haber soltado sus pesados tópicos, desaparecía de la obra, que terminaba con el destierro de Octavia.

Tigelino estaba esperando mi respuesta.

—Veo que tú tampoco sales muy bien parado. Pero por lo menos no te identifica con tu nombre. Simplemente te llama «prefecto». Y mira, aquí me hace decir: «Aquí viene el capitán de mi guardia, cuya demostrada lealtad y su notable virtud hacen que sea la persona idónea para comandar mi guarnición.» Bueno, eso es verdad. Lo eres. Y en algún otro sitio dice que Popea es más encantadora que Helena de Troya. —Lo busqué—. Aquí está: «Dejad que Esparta alabe la belleza de su hija, y que el joven pastor frigio se enorgullezca de su premio. Nosotros tenemos aquí un rostro más encantador que el de Tíndaris, ese rostro que inició una guerra lamentable y que hizo caer el trono de Frigia.» Por lo menos hace justicia a Popea.

—Aquí estuvo a punto de iniciar también una guerra.

—Mal asunto. Es un mal asunto —admití mientras lo enrollaba. Tendría que haberme hecho enfadar, y a nivel superficial lo hizo, pero en el fondo lo que sentía era pena. Si no la había escrito él, quien lo había hecho sabía que a él le gustaría.

—¿Es realmente esto lo que opina la gente? —me pregunté en voz alta.

—El divorcio fue un escándalo, como ya sabes. Pero lo gestionamos, está zanjado. El triste final de Octavia también está cayendo en el olvido. Toda la familia estaba maldita: Claudio, Mesalina, Británico, Octavia, y también tu madre por unirse a ellos. Pero todo se acaba, y el último escándalo o tragedia ocupa su lugar. El incendio ha borrado muchos recuerdos. —Arqueó las cejas—. No hay nada como perder la casa en un incendio para dejar de pensar en la mala conducta de los demás.

## XX

### ACTEA

El otoño era siempre una época muy activa para mí. Los encargos de ánforas, uno de mis negocios, aumentaban porque los viticultores se daban cuenta de repente de que su vendimia iba a producir más vino del que habían previsto. Y querían recibir la mercancía inmediatamente. Yo tenía que servirlos por orden, primero a los clientes más antiguos, pero sin perder a los nuevos. Me tocaba hacer verdaderos malabarismos.

Como si eso no fuera bastante lío, tenía una avalancha de pretendientes. A veces tenía la tentación de aceptar a uno para terminar con el asedio. Pero sabía que el remedio sería peor que la enfermedad. Tenía treinta y dos años, por lo que ya no estaba en edad de casarme. No legalmente, sino emocionalmente. Es una desgracia encontrar el amor temprano y perderlo después. Cuando eso ocurre, te puedes pasar el resto de tu vida recordándolo o buscándolo otra vez. En mi caso, elegí no hacer ninguna de las dos cosas. No tenía que recordar a Nerón; el mundo lo hacía por mí. Y no tenía sentido buscarlo. Sabía dónde encontrarlo, pero encontrarlo no cambiaría nada. Volver a verlo en las afueras de Roma no había alterado nada; solo había servido para demostrarme que mi vínculo con él jamás se debilitaría ni se rompería.

La gente contrae segundas nupcias sin parar. ¿Por qué no yo? Sería más sencillo si la persona ya no estuviera en este mundo y fuera tan solo un

montón de cenizas en una urna; entonces sería como decir: «Vale más perro vivo que león muerto.» Pero ¿qué pasa cuando el león sigue estando vivo?

Había un hombre al que no había despachado aún. No soportaba los hechos irrevocables, y de todos los hombres que había conocido desde mi llegada a Velitres, él era el más tentador. Pero no era capaz de aceptarlo... todavía. De modo que le daba largas, posponiendo la decisión.

Mis sirvientes habían regresado de las compras matutinas y yo había terminado de firmar algunos contratos relativos a las ánforas cuando me anunciaron una visita. No esperaba a nadie, pero mi atrio y mi habitación para recibir a las visitas estaban arreglados como de costumbre. Me alisé el pelo y enderecé los hombros.

—Hacedlo pasar —dije.

Y acto seguido entró Claudio Seneción, un hombre de mi pasado. Me sorprendió tanto verlo que me quedé muda un instante. Siempre desorienta ver aparecer a alguien de otro sitio en un lugar que no le corresponde.

—No soy un fantasma —soltó—. Aunque parece que hayas visto uno. —Sonrió—. ¿No reconoces a tu viejo amante?

—Claudio Seneción —dije para demostrarle que sí lo había reconocido y que no me había sobresaltado—. Sí, recuerdo nuestro subterfugio. —Le hice un gesto para que saliera conmigo al amplio atrio, y entramos después en la estancia donde recibía a los clientes y las visitas.

—Ah, ¿cómo puedes llamarlo un subterfugio? —se quejó llevándose la mano al corazón—. Para mí fue real.

Había envejecido poco. Todavía conservaba su tupido cabello oscuro, su tez morena y aquella sonrisa fácil, pero falsa, en los labios.

—Tenía que parecer real —repliqué mientras le señalaba una silla para que se sentara—. Fue antes de que a Nerón dejara de importarle que la gente supiera lo nuestro. De modo que, como su compañero, servías de excusa para

que yo pudiera ir con él. —No se habría imaginado que yo podía haber albergado algún sentimiento por él en secreto, ¿verdad?

—Fue un placer mientras duró —dijo, aceptando la bebida que mi sirviente le llevó en una bandeja de madreperla—. Y aquí estás. —Eché, admirado, un vistazo a su alrededor—. Tu relación con el emperador te ha sido muy útil.

Seneción siempre había tenido una lengua viperina.

—¿Quieres decir que me compró? ¿Que saqué provecho del tiempo que estuve con él? —No permitía que nadie me insultara.

—Bueno, eres una liberta, y ahora posees esta gran villa y varios negocios, según tengo entendido.

—Algunas de las personas más acaudaladas del imperio son libertos — repliqué.

—Especialmente las amantes del emperador —sentenció.

—¿Qué quieres, Seneción? —pregunté tras dejar la copa que tenía en la mano.

—Pasaba por aquí y pensé que podría venir a verte, como un viejo amigo —contestó, encogiéndose de hombros.

—Si hablas así a tus otros viejos amigos, dudo que tengas demasiados.

—Te ruego que me disculpes. No te ofendas, por favor. Nuestra posición ha cambiado desde aquellos primeros días. Dime, ¿recibes noticias directas del emperador?

—No. No estamos en contacto.

—Vaya, es una pena. —Dio otro sorbo a su bebida—. Estoy preocupado por él. Y no soy el único.

—¿En qué sentido?

—Desde el incendio..., lo ha afectado..., parece cambiado.

—¿Cómo?

—No sabría decirte. ¿Tienes idea de si planea reinaugurar el Macellum

Magnum en persona? Creo que los desperfectos del incendio ya están reparados.

—No, ya te lo he dicho. No sé qué hace ni qué planea hacer.

—¿Y qué me dices del circo? Se rumorea que planea competir él mismo en las carreras. ¿Sabes cuándo?

—¿Qué parte de «no» no has entendido? Ya te lo he dicho: no estoy en contacto con él.

—Es solo que estoy preocupado —repitió.

—¿Pues por qué no vas y se lo preguntas a él? Estoy segura de que tienes acceso a palacio.

—Oh, sí, cené con él poco después del incendio. Petronio fue nuestro anfitrión. En el bosque. Bueno, ¡ya conoces a Petronio! Siempre algo distinto. Esta vez fue una reunión para resucitar a Pan.

—Pues, entonces, tú lo has visto hace menos que yo.

—Ha ganado peso —soltó de repente—. No me parece que tenga buen aspecto.

—Como acabo de decirte, tú lo has visto hace menos que yo.

—¿De verdad que no os veis? Dicen que le es fiel a su esposa, pero ella es una arpía. Una oportunista donde las haya.

«¿Y tú no?», pensé.

—No sé qué hace Nerón.

—No puede serle fiel. Después de todo, es el emperador; puede tener todas las mujeres que quiera. Y es probable que ella lo esté ahuyentando con sus exigencias y sus rabietas. ¿Has oído lo de sus baños de leche de burra?

No iba a picar el anzuelo: no iba a preguntar por ella.

—De verdad que actualmente no puedo decirte nada sobre él —aseguré. Me levanté y añadí—: Me alegra haberte visto, Seneción. Pero ahora tengo otro compromiso. —Llamé a un sirviente para que lo acompañara a la puerta.

No tenía ningún otro compromiso, pero me pasé el resto de la tarde de lo más intranquila. El encuentro había sido inquietante. ¿Por qué había venido? ¿Qué quería saber? Tras el humo de las formalidades, había hecho preguntas deliberadas sobre dónde se esperaba que pudiera estar Nerón y cuándo.

Puede que no fuera nada, pero me resultaba sospechoso. ¿Tendría que informar de ello a Nerón? No, pensaría que estaba buscando una excusa para escribirle, para ponerme en contacto con él. Parecía muy cogido por los pelos: «Uno de tus viejos compañeros vino a verme y me hizo preguntas sobre ti.» Ahora, cuando las repetía, las preguntas me parecían bastante inocentes.

Pero ¿y si no lo eran?, ¿y si preocupada por lo que Nerón pudiera atribuirme lo dejaba pasar?

Le escribiría. ¿Pero cómo podía asegurarme de que nadie interceptara la carta? De repente, la visita casual y espontánea de ese día adquirió connotaciones alarmantes. Nerón podría estar rodeado de personas que lo observaban, que lo espiaban, que se aseguraban de que nadie lo avisara.

Tigelino. ¿Era de fiar? La carta pasaría por sus manos si iba dirigida directamente a Nerón. Pero si se la enviaba a Alejandra, su antigua nodriza y amiga mía que seguía a su servicio en el palacio, nadie se molestaría en prestarle atención. Y ella podría llevársela cuando no hubiera peligro.

Saqué papel y comencé.

A Nerón (junto con las palabras reales, escribí otras imaginarias, «A mi amor eterno»)

Claudio Seneción («esa serpiente») vino hoy a mi casa, aparentemente para hacerme una visita amistosa, pero me hizo varias preguntas sobre ti y tus planes: I. Me preguntó si planeabas reinaugurar el Macellum Magnum

en persona, y, si era así, cuándo. II. Me preguntó si ibas a competir en las carreras del Circo Máximo o a inaugurar la pista, y, si era así, cuándo. III. Me preguntó sobre posibles amantes tuyas y quiénes podrían ser. («Calumnió a tu esposa y, por cierto, también a mí, diciendo que había sacado provecho del tiempo que estuve contigo.») IV. Manifestó estar preocupado por ti y tu salud, y dijo que no tenías buen aspecto. («¿Es eso verdad? Espero que no.») Estoy más preocupada de lo que él afirma estar, porque temo que estuviera espiando, aunque no sé con qué fin. En cualquier caso, le dije que no sabía nada, lo que es cierto. Pero si no lo hubiera sido, tampoco se lo habría dicho.

Con mis mejores deseos para tu salud,  
seguridad y felicidad,  
(«Tu») Claudia Actea



## XXI

### NERÓN

—¿Cuándo va a llegar? —preguntó Popea. Habíamos estado esperando toda la mañana que el legendario escultor Zenodoro viniera para hablar de la estatua que le estaba encargando. No lo sabía, pero no quería admitirlo, porque Popea me sermonearía sobre el hecho de que yo era el emperador y tendría que ordenar que la gente se presentara cuando yo quisiera. No comprendía que a los artistas no se les puede dar órdenes y que cualquier intento de hacerlo los ofende, más aún si quien lo hace es el emperador.

—Seguramente esta tarde —respondí para apaciguarla.

—¿Estás seguro de que es el hombre adecuado para este trabajo? —dijo—. Ni siquiera se lo planteaste a nadie más.

—No hay nadie más —aseguré—. Nadie que pueda ejecutar una estatua de esta magnitud.

Zenodoro se había hecho famoso por su enorme estatua de bronce de Mercurio en la ciudad gala de Autun.

—¿Por qué tiene que ser tan grande? —preguntó Popea.

—Porque sí —contesté. Quería que Roma tuviera su propio coloso, mayor incluso que el de Rodas, ya desaparecido, derrumbado en un terremoto hacía unos trescientos años, pero ampliamente recordado.

—¡Pero tardó diez años en terminar la estatua de Mercurio! —soltó—. No puedes esperar tanto tiempo.

—Claro que no. Quiero que todo esté a punto la próxima primavera: la

Casa de Oro terminada, toda la reconstrucción y la inauguración de la estatua.

—¿Y cómo vas a conseguir que la acabe en un tiempo récord?

—En la Galia se quedó sin dinero. Eso no pasará aquí. —Dinero... ya era un problema porque disminuía rápidamente y todavía quedaba mucho por hacer. Tenía que encontrar más recursos.

Suspiró y se recostó en el brazo del sofá. Pensé en la referencia a ella como una moderna Helena de Troya en aquella obra abominable; ni siquiera alguien predispuesto en su contra podía negar su belleza sobrenatural. La miré y traté de verla como haría un desconocido, pero era imposible. Estaba grabada en mi mirada, en mi corazón, en mis sueños. Ni siquiera Zenodoro podría capturar su belleza, por más genio que fuera.

Poco después, para nuestro alivio, el servicio anunció a Zenodoro y lo condujo a la habitación donde estábamos. Era un hombre bajo y calvo con unas cejas pobladas que le colgaban hacia los ojos. No me había imaginado que tuviera un aspecto tan insignificante, y me sorprendió. Pero no tendría que haber sido así. No hay ninguna relación entre el aspecto de una persona y su capacidad de hacer realidad lo que los demás imaginaban.

—César —dijo—. Estoy aquí tal como me pediste.

—Me complace darte la bienvenida. ¿Cómo ha ido el viaje?

Tras algunos cumplidos más, le pedí que se sentara y le expuse mis ideas para la estatua. Tenía que ser más alta que ninguna otra, tendría que ser de bronce recubierto de oro, tendría que estar de pie, y tendría que reproducir mis rasgos. Escuchó sin hacer ningún comentario.

—Eres ambicioso —dijo por fin—. Pero una estatua así forzaría los límites de lo que es posible.

—No para ti, sin duda —respondí con la esperanza de que el halago lo convenciera.

—Intentarlo y fracasar no sería bueno ni para mi reputación ni para la tuya

—advirtió—. Si se cayera, ¿cómo sería eso interpretado? ¿Lo consideraría la gente un presagio de que tu gobierno está acabado, que se ha venido abajo? No, yo no me arriesgaría.

—No soy ningún cobarde —aduje—. Es mejor atreverse y fracasar que no intentarlo. Especialmente si la recompensa por lograrlo es la fama eterna.

—Una estatua no te garantizará la fama eterna —dijo—. Aunque te sobrevivirá un tiempo.

—¡Quiero la estatua! Ningún argumento va a convencerme de otra cosa. Hice una promesa a Apolo, al dios Sol. Él protegerá la ciudad, y la estatua dorada a semejanza de él y de mí dará fe de ello.

—Muy bien —dijo—. Bueno, en cuanto a los detalles...

Sabía perder con elegancia y enseguida cambió de rumbo.

Quiso inspeccionar el área donde estaría situada la estatua, así que dejamos el palacio, cruzamos el Tíber y nos dirigimos al lugar donde se estaba erigiendo el complejo. Una nube de polvo de los cincelos llenaba el aire en el valle donde se estaba construyendo el lago, el palacio principal y el patio. Las motas danzaban en los rayos del sol como luciérnagas diurnas.

Zenodoro echó un vistazo a su alrededor, disimulando la sotabarba al girar la cabeza.

—Ahora lo entiendo. Entiendo por qué la estatua tiene que ser tan grande.

Lo conduje hasta el patio casi terminado, donde los albañiles estaban pavimentando, y los obreros, alisando los acabados del mármol en las columnatas que lo rodeaban. Había un espacio abierto cercado, todavía sin sembrar.

—Aquí —indiqué—. No plantaremos nada en este sitio hasta que la estatua esté instalada porque acabaría aplastado. La estatua estará orientada al Foro y al monte Capitolino, al oeste. Se elevará por encima de las columnatas

y se verá desde cualquier lugar de Roma. Comprenderás por qué tiene que medir más de cien pies de altura.

—Sí, sí —dijo. Estaba estupefacto.

Recorrimos los retumbantes pasillos vacíos del palacio anexo, aún incompleto a la espera de los toques finales, y salimos al lago artificial situado a su lado. Por lo menos, eso estaba hecho; las piedras estaban selladas y habían quedado estancas.

—Pronto lo llenaremos —expliqué. Tenía unos veinte pies de profundidad, y era lo bastante grande para contener un barco de recreo—. Y allí. —Lo hice girar hacia el templo del Divino Claudio al otro lado, que estaba siendo convertido en una gigantesca fuente pública por un lado. En la colina relucía la galería del pabellón, abierta al aire y al sol; desde ella, descendían por la ladera jardines y terrazas enladrilladas.

—Realmente nunca había visto nada igual —dijo por fin.

—Lo que ves es el armazón. Cuando esté decorado, no tendrá igual. — Seguro que entonces, cuando Roma viera lo que había hecho, se desvanecerían sus dudas sobre mis planes y se enorgullecerían de que su ciudad fuera la más imponente de la Tierra.

De vuelta en el palacio Vaticano, una vez cruzado de nuevo el Tíber, Zenodoro se puso a trabajar en los detalles. Me pidió que me quitara la túnica y le permitiera tomarme las medidas. La estatua representaría un desnudo, y necesitaba las proporciones. Popea nos observaba desde su sofá.

—Una estatua así de alta necesitará un soporte. Tendrás que estar apoyado en algo o sujetar algo —dijo mientras toqueteaba la cuerda de medir—. ¿Un timón? Tiene que ser lo bastante largo como para llegar al suelo. ¿Una lanza? ¿Un escudo?

—Nada militar —indiqué—. Un timón servirá. Y en la mano derecha

sostendrá una esfera. La cabeza debería lucir una corona de rayos divinos, puesto que la estatua representará también al dios Sol.

—Pero tendrá tus rasgos —dijo—. ¿No confundirá eso a la gente?

—La gente entiende el simbolismo —respondí, encogiéndome de hombros.

—Habrá que hacerse por partes —advirtió—. No es posible moldear algo así de grande en una sola pieza. Pero puede unirse hábilmente de modo que no se note. —Anotó las medidas.

—Hazlo más heroico —soltó Popea de repente—. No uses sus medidas auténticas. Después de todo, se supone que también es el dios Sol.

Zenodoro, violento, me miró en busca de orientación.

—Tiene razón —dije—. Es obligación del arte elevar lo corriente a lo sublime. —No, no quería que mis proporciones actuales quedaran reproducidas eternamente en metal. Fue una suerte que Popea hubiera hablado—. Haz que las medidas sean olímpicas.

Zenodoro asintió y escribió frenéticamente.

Tras su marcha, me senté al lado de Popea en el sofá y me reí.

—¡No querrás esto en tu estatua! —dijo, hundiéndome un dedo en la tripa.

—Ya sé que he engordado —admití.

—No, no, no es que estés gordo, sino... fornido —replicó.

—Otra forma de decir gordo... —La abracé y le acaricié el pelo—. Pero lo perderé todo, te lo juro. Cuando llegue la primavera, volveré a estar como antes.

—Tienes seis meses —dijo—. Y cuando nazca el bebé, tú renacerás en forma de un hombre delgado.

El bebé.

—Quiero que el Nerón que lo cargue sea digno de él —aseguré—. Oh, Popea, no tengo palabras para expresar lo feliz que soy. Los dioses nos bendicen por fin.

—Sí —dijo—. Sí. Tomó un dátil con miel de una bandeja cercana y me lo ofreció, pero no lo quise—. Ah, te estaba poniendo a prueba para ver cuánto duraría tu propósito. Has superado esta primera prueba. Pero habrá más. Se acabaron los dátiles con miel para ti.

Fue a acostarse. Estaba en aquella fase de su embarazo en que tenía sueño de día. Yo me dirigí a mi estudio para encargarme de los despachos y otros asuntos que requerían mi atención. Era el montón habitual: informes de diversas provincias, cartas de gobernadores, cuestiones diplomáticas relativas a derechos reconocidos en los tratados o territoriales. Cuando estaba enfrascado en el trabajo, con las energías sorprendentemente renovadas tras el encuentro con Zenodoro y la agitación de encargar la estatua, un sirviente me anunció que Alejandra solicitaba que la recibiera. Siempre estaba encantado de ver a mi antigua nodriza, pero el momento era de lo más inoportuno. Aun así, suspiré y pedí que la hicieran pasar.

La encantadora mujer, todavía fuerte y con la espalda erguida, entró y me saludó.

—Mi querido Lucio —dijo, usando mi nombre de la infancia, aquel con el que ella me había conocido. Podía decir y hacer prácticamente lo que quisiera conmigo. Me había equivocado al no incluirla a ella y a mi otra nodriza, Égloga, en la breve lista de personas que me habían conocido toda mi vida; ¿cómo podía haberla olvidado?

Me levanté y la abracé.

—Mi querida Alejandra —dije—. Siempre eres bienvenida.

—He recibido una carta para ti —dijo, entregándomela—. Creo que me la

debieron de enviar a mí para evitar miradas espías. Nadie sospecha que una mujer mayor reciba cartas importantes.

—No hables así de ti —pedí.

—Yo puedo decirlo, aunque no quiero que nadie más lo haga —contestó. Me dio un beso en la mejilla—. Te dejo para que la leas. Ya hablaremos en otra ocasión. —Siempre había sido práctica y astuta.

Cuando se marchó, abrí la carta. Era de Actea. Al ver su nombre, al ver su letra, me dio un vuelco el corazón. Pero su contenido era escalofriante. Había hecho bien en contármelo.

Doblé la carta y la acaricié un rato demasiado largo. Actea. La había visto después del incendio, aquel día en los campos: era otra persona que me había conocido desde hacía mucho tiempo, pero también era mucho más que eso. Era el amor de mi juventud, algo puro e inmaculado en un mundo repugnante, cuyo recuerdo era casi sagrado.

Pero no debía pensar demasiado en ello. Tenía que mantenerlo encerrado en su santuario.

¿Qué estaba preguntando Seneción? ¿Y quién quería saberlo, además de él? Y lo más importante de todo: ¿por qué querían saberlo?

Estaba tan absorto dándole vueltas en la cabeza con la carta abierta de nuevo, analizando cada palabra, que no oí que Popea entraba en la habitación, ni me di cuenta de que estaba allí hasta que se situó detrás de mí y me rodeó con los brazos.

—Trabajas demasiado —murmuró con una voz todavía soñolienta. Entonces sus ojos se concentraron en el papel, en las palabras y en el nombre. Se separó de mí de golpe—. ¡Que trabajas digo! ¡Perdona, pero no estás trabajando, estás meditando sobre cartas de esa examante tuya! ¡De modo que mantienes correspondencia en secreto con ella! —Retrocedió mirándome con las mejillas sonrojadas.

—No seas tonta —solté. Me había molestado—. Me ha advertido de unas preguntas sospechosas de un supuesto amigo. Ten, léela. —Se la entregué. Al principio se negó a tomarla, como si fuera una serpiente venenosa, pero finalmente lo hizo.

—No puede decirse que sea una carta de amor, y es la primera que he recibido de ella desde hace años. —Popea no sabía, era imposible que supiera, que la había visto hacía poco, aunque por pura coincidencia—. No es alguien que envíe semejante información así, a la ligera —aseguré, arrebatándole la carta de las manos—. ¿Satisfecha?

Asintió a regañadientes.

—Supongo que ha sido un detalle por su parte enviarla —admitió—. ¿Pero por qué Seneción supondría que estaba en contacto contigo? ¿Por qué tus amigos creen que la sigues viendo? ¡Tiene que haber una razón por la que sospechan eso!

—Han hecho cábalas —dije—. No pueden dirigirse a ti. De modo que han ido buscando para intentar dar con alguien que pueda estar unido a mí. Puede que se hayan puesto también en contacto con otras personas, tanto hombres como mujeres, que no se han dado cuenta de la trascendencia del asunto. —La miré—. Tendrías que estar agradecida de que Actea, a diferencia de la mayoría de las examantes, haya demostrado ser una amiga leal.

—¿Qué otras examantes tuyas hay por ahí? —preguntó.

—Es una forma de hablar —dije—. No tengo ninguna otra examante.

Exparejas sexuales de juergas en Bayas, en la villa de Pisón, en las cenas de Petronio, cortesanas del establecimiento de Vorax, sí, pero ellas no contaban. En la mayoría de los casos ni siquiera recordaba su nombre..., y se me daba bien recordar nombres.

—Es difícil de creer —dijo.

—Lo creas o no es la verdad. —La miré—. ¿Y qué me dices de ti,



divorciada dos veces antes de casarte conmigo? ¿Engañando a tu segundo marido, Otón, con su amigo, es decir, conmigo?

Y la espantosa advertencia que nos hizo Otón, ¿o fue una maldición?: «¿Por qué? ¿Para poder ser emperatriz? ¿Para tener poder? Porque no cabe duda de que no lo amas. Tú no amas a nadie, no realmente. Yo me conformaba con eso. ¿Y él?»

—Fuiste mi cómplice en eso —dijo—. No cometí adulterio sola.

—Fuimos cómplices en todo —aseguré. Había habido mucho más que eso. También había estado Octavia, el crimen que cometió Popea contra ella y el hecho de que yo lo aceptara. Tomé la carta de su mano y la dejé en mi escritorio—. Todo. Como lo seguimos siendo. —«Porque no cabe duda de que no lo amas»—. ¿Me amas?

—Sí. Claro que sí. No tendrías que preguntármelo.

—No tendrías que obligarme a preguntártelo. Y yo te amo a ti. Te lo digo sin que tú me lo preguntes. Pero ya lo sabes, claro.

No era el amor inocente de mi juventud, sino el amor culpable de mi edad adulta, algo completamente diferente, porque alguien que nos conoce y que ama nuestro lado oscuro además del lado bueno es un rubí valiosísimo.

## XXII

—He cambiado de opinión —dije.

Popea alzó los ojos desde su sofá.

—¿Sobre qué? —preguntó. No parecía interesada en conocer la respuesta. El embarazo la volvía lánguida. Lánguida y más hermosa que nunca, como una visión a cámara lenta, de la clase que perseguimos en sueños.

—Sobre lo de celebrar el décimo aniversario de mi ascenso al trono —contesté—. Parece demasiado importante para ignorarlo. Y las ceremonias públicas serán la confirmación de que Roma se ha recuperado.

—Querrás decir que se está recuperando —me corrigió—. Todavía le falta un buen trecho.

Su crítica, que a veces agradecía, entonces me molestó.

—Lo que se ha conseguido en tres meses es casi un milagro. Así que sí, hay motivo de celebración.

—Un milagro celestial logrado gracias al muy terrenal tesoro.

El tesoro. Me estremecí por dentro al pensar en la enorme deuda que lo estaba vaciando. Y los actos del ascenso al trono aumentarían la carga.

Pero daba igual. El pueblo de Roma había sufrido mucho y merecía un descanso y una recompensa.

Así que aquel mismo día me reuní con Tigelino y anuncié:

—Correré en el Circo Máximo. —Me apresuré a continuar antes de que pudiera decir nada—. Las gradas están reconstruidas, y la pista, a punto. Lo que corresponde es que celebremos nuestro primer espectáculo público en el lugar donde se declaró el incendio.

Como sabía muy bien que no debía fruncir el ceño de entrada, adoptó lo que él supuso que era una cara inexpresiva.

—Las carreras están bien —dijo por fin—. Coincido contigo: nada indicará mejor a la gente que la vida está volviendo a la normalidad que un día de carreras. Pero estas pueden celebrarse sin ti.

Ahora también él me había irritado.

—¿Crees que no estoy preparado?

—Yo no he dicho eso —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pero es lo que has querido decir.

—Si insistes, sí. Pero no es esta la preocupación principal, sino que el hecho de que tú compitas atraerá hacia ti toda la atención. La gente observará cada movimiento, cada giro, y me atrevería a decir que habrá quien desee que tengas un accidente. Cuando eso no pase, la idea no se olvidará. ¿Quieres meterles esa idea en la cabeza? —Me miró fijamente con unos ojos despiadadamente honestos.

Tenía razón, claro. La gente miraba las carreras con tantas ganas de ver sangre y muertes espectaculares como de hacer apuestas con dinero. Eso les permitiría imaginar mi muerte en cualquiera de las siete vueltas a la pista.

Pero semejantes pensamientos eran para los timoratos. La única alternativa era no llevar nunca las riendas en una pista de carreras pública. Y para el renacimiento de Roma, y el inicio de la edad dorada, el encargo que me había hecho Apolo, el mismo dios Sol, de conducir un carro como su encarnación era tajante. Y así lo haría.

Pronto, la celebración de la década de mi ascenso al trono se fue convirtiendo en un evento cada vez más grande. Decidí inaugurar también el pabellón de la Domus Aurea, para lo que no solo invité a los senadores y los magistrados, sino también a los libertos y la plebe. Abriría todas las habitaciones, estuvieran terminadas o no, y al anochecer nos reuniríamos en

el porche y beberíamos con la vista puesta en la nueva Roma que se extendería ante nosotros.

Mientras el polvoriento trabajo de reconstrucción seguía adelante en Roma, yo practicaba con el carro de carreras en la pista de Lanato. Los caballos corrían perfectamente en grupo, y podía concentrarme en formas sutiles para comunicarme con ellos usando mi voz además del látigo para conducirlos. El hispano, el caballo más importante del tiro, situado en el lado izquierdo del carro, era el más testarudo, pero también el más rápido y ágil. Tendría que controlarlo en los giros o estaría todo perdido.

—Cada vez mejor —comentó Lanato mientras me observaba—. Creo que estás preparado.

—Eso no es lo que dice Tigelino —contesté, tras detenerme delante de él.

—Puede que los motivos que tiene Tigelino para decir lo que dice no tengan nada que ver con lo bien que conduces. —Se acercó a nosotros y recorrió con las manos el lomo del hispano color crema—. Sabía que eras una joya —dijo—. Ya de potro mostrabas tu raza.

—Quiero ser digno de estos caballos de carreras —declaré—. Y llevarlos a la línea de llegada sin que se lastimen.

—Ni tú tampoco —asintió—. ¿Cómo participarás? ¿Llevarás uno de los colores?

Bajé del carro.

—No —respondí, de nuevo en suelo firme—. No soy miembro de ninguno y si eligiera uno, los demás se sentirían desairados. Naturalmente, sería uno de los Verdes si pudiera. Pero llevaré mi propio color.

—¿Cuál, el dorado?

—¿Cómo lo has sabido? —Reí.

—¿Cuál podría ser sino?

Me encantaba visitar la Domus Aurea y seguir sus progresos. El pabellón, que albergaría arte y sería escenario de recepciones de Estado, estaba estructuralmente acabado, pero se iba a la carrera para terminar el interior.

Recorrí la primera fila de estancias, las que daban directamente al exterior. El sol entraba a raudales e iluminaba a los obreros que colocaban el suelo de mármol. Cuanto más cercanas estaban las habitaciones a la majestuosa sala del óculo, más caros y elaborados eran los dibujos del mármol. Poco a poco pasaban del blanco y el negro a todos los colores de los remotos puestos de avanzada del imperio: amarillo de Numidia, verde de Grecia, púrpura de Egipto. La Domus Aurea tenía que reflejar todo el imperio, mostrar su poder. El aire estaba cargado de polvo donde se estaba colocando el mármol, pero en las habitaciones terminadas los artistas estaban ocupados con los frescos.

El artista principal, Fábulo, que había pintado los frescos de la Domus Transitoria, estaba ajetreado en lo alto de un andamio. Los techos estaban a veinticinco pies de altura, y en los pasillos todavía eran más altos. Hacían que una persona se sintiera abrumada, empequeñecida.

—¡Fábulo! —llamé.

Se volvió despacio y miró hacia abajo.

—Buenos días, César —dijo.

—¿Qué tal avanzas? —quise saber.

—Avanzo al ritmo que toca —respondió—. Al arte no se le puede meter prisa. —Se apartó un poco hacia un lado y pude ver lo que había pintado: unas figuras geométricas de brillantes tonos azules y rojos.

—No he venido a meterte prisa, sino a enorgullecerme de tu obra —le aseguré.

—Sé que quieres inaugurar la casa dentro de poco para celebrar en ella un evento —declaró con cautela—. No estará lista para entonces, si es lo que quieres preguntarme.

—Ya sé que no —dije—. Pero esto les permitirá vislumbrar las maravillas que habrá. Despertará su apetito.

Gruñó y se apartó un pliegue de la toga. Sí, insistía en trabajar con toga. No sabía cómo podía soportarlo. ¿Quién la llevaría voluntariamente?

—El arte inacabado no suele ser atractivo.

—La obra prometida tiene atractivo propio —repliqué. En cualquier caso, inacabado o no, era lo que había.

—El mundo está lleno de obras prometidas e inacabadas —aseguró—. Por cada obra terminada, hay miles que no lo están.

Bueno, no deberían poder decir eso de mi Roma. Se terminaría.

Seguí recorriendo la larga fila de estancias, unas veinte en total, hasta llegar al punto central del edificio, la sala abovedada con el óculo. El suelo de mármol ya estaba colocado y pulido, y las paredes estaban recubiertas también de mármol. Pero el majestuoso toque final, el techo giratorio extraíble, todavía no había sido instalado. Tenía que estar hecho el trece de octubre. Era aquí adonde llevaría a los invitados para asombrarlos.

Vi a un obrero en el salto de agua de uno de los huecos. Celer, Severo y yo habíamos diseñado un río de agua que caería en cascada hacia un estanque entre murmullos y chapoteos. El hombre estaba ajustando uno de los bloques para que el agua entrara suavemente en el estanque sin hacer estrépito.

Se incorporó al verme.

—Ya está casi listo, César —dijo con orgullo—. No sé a quién se le ocurrió este diseño, pero hace que parezca que la sala cante.

—Me alegro de que resulte ser tan placentero en la realidad como parecía en los planos. ¿Cómo va la instalación del techo giratorio?

—No lo sé. No conozco los detalles de esa parte. Pero lo último que oí es que, bueno, habían tenido algún problemilla con él.

—¿Qué clase de problema?

—Tiene que estar perfectamente equilibrado o no girará bien. Y se necesita más agua de la esperada para generar la potencia que lo haga girar. Lo están rediseñando ahora. Está en un cobertizo en la cima de la colina si quieres verlo.

Subí lo más deprisa que pude el escarpado camino que conducía hasta la cumbre del monte Opio. Dentro de un cobertizo improvisado había una gran rueda de madera de unos treinta pies de diámetro depositada sobre una lona. En su superficie había esbozados los signos del zodiaco que se incorporarían en marfil, además de las aberturas por donde podría lanzarse una lluvia de pétalos de rosa o de perfume a quienes estuvieran debajo. Unos cuantos obreros estaban agachados sobre la rueda, midiéndola y murmurando. Se cuadraron cuando me vieron.

—Me han dicho que tenéis que hacerle unos ajustes —dije.

—Sí, César —confirmó un hombre musculoso—. Estaba desequilibrado. Estamos intentando averiguar el origen del problema.

—Y veo que todavía no le habéis puesto los adornos —indiqué.

—No podemos hacerlo hasta que funcione adecuadamente. Una vez que se le haya puesto el marfil, ya no se podrá manejar de manera brusca.

—Sí, claro. —Mirando la rueda, me era imposible saber lo cerca que estaban de resolver el problema de ingeniería—. Pero tiene que estar terminado pronto.

—Sí, César —dijeron a coro.

—Puedo enviaros a Celer o a Severo para que os ayuden si hace falta —sugerí.

—Creo que están ocupados con el lago artificial —respondió el hombre musculoso—. Dándole los últimos toques.

—Eso puede esperar —dije. Todavía faltaba un poco para que lo necesitáramos—. Mantenedme informado de vuestros progresos. Si no lo

habéis solucionado en dos días, sacaré a Celer y a Severo del proyecto del lago.

Pero cuando vi a Celer y Severo, no fue por el techo giratorio, y no fui yo quien quiso tener la reunión. Vinieron ellos a verme, con los rollos con los planos bajo el brazo, al día siguiente. Parecían satisfechos con ellos mismos y, tras los debidos saludos, dijeron:

—Roma está creciendo con la rapidez de un brote floreciente, y pronto las ramas ofrecerán cobijo a todos.

Les pedí que se sentaran y les ofrecí refrigerios, que rechazaron con un gesto de la mano.

—¿Estás contento, César?

—Sí —respondí. En la tierra lisa y ennegrecida se estaban erigiendo edificios blancos que se elevaban hacia el sol—. Ayer estuve en la Domus Aurea, y vi relucir la ciudad desde la terraza.

Antes de que pudiera mencionar el problema del techo, Celer carraspeó.

—En todo esto hay algo que... podría decirse... hemos pasado por alto. Hay que ponerle remedio. Y rápidamente, antes de que el espacio se llene.

Severo parecía preparado para decir la frase siguiente

—Algo de gran importancia —dijo en tono solemne. Como era el mayor, siempre parecía seguro de lo que decía.

—Bueno, ¿qué? —Se habían tenido en cuenta los templos, las fuentes, las calles..., ¿qué podría faltar?

—Las letrinas —dijo Celer—. Olvidamos incluir las letrinas.

—¿Letrinas?

—Una parte muy importante de la vida cívica —contestó Severo—. La ciudad depende de ellas. —Se rascó el cabello canoso.



—¿De veras?

—Naturalmente, César; tú no habrás... utilizado estos puestos para aliviarte, puesto que dispones de los tuyos propios en el palacio, pero la mayoría de la gente los utiliza. De hecho, es probable que sean lo que la gente conoce más después de los juegos.

—¿Y cuántas necesitamos?

—Diría que... cincuenta por lo menos. A no ser que quieras que las nuevas calles estén sucias y malolientes.

¡Más dinero! ¡Más costes de construcción!

—Sí, por supuesto —afirmé—. ¿Dónde deberían estar situadas?

—En lugares estratégicos repartidos por la ciudad, ya que suelen ser lugares de reunión. De modo que no tendrían que estar donde puedan provocar atascos en la circulación de las personas. Y tienen que estar sobre las alcantarillas ya existentes. La mayoría se han salvado del incendio; solo tenemos que decidir su distribución exacta —prosiguió Severo.

—La gente paga por utilizarlas —dijo Celer—. Así que el coste de construcción y mantenimiento se reduce un poco.

—¿Mantenimiento?

—Tienen que limpiarse, y hay que proporcionar esponjas a los usuarios. Y si se atascaran, bueno...

No quería pensar en ello.

—¡Muy bien, muy bien!

—Pueden variar de tamaño, pero las más grandes disponen de quince o veinte asientos. Normalmente de mármol —explicó Severo—. Había una famosa cerca del Foro de Julio César. Tenía calefacción por lo que, naturalmente, era muy popular.

—Tal vez deberíamos construir una muy elegante, con calefacción,

asientos de mármol e incluso algo de arte. ¡Adecuada para la nueva Roma! —dijo Celer.

—No todas tienen que ser así, claro. Solo unas cuantas para darles prestancia —añadió Severo.

¡Más gastos! Pero si tenía que hacerse, se hacía. ¿Y no sería genial que pudiéramos construir estructuras que elevaran lo necesario a un lujo? Empecé a acariciar la idea.

—Desenrolla el mapa de la ciudad y veamos dónde podríamos situarlas. Tenéis razón: tenemos que apresurarnos mientras todavía quede espacio. ¿Tenéis los planos del alcantarillado? —pregunté.

Antes de que hubiéramos terminado había elevado la idea y pedido mármol de Luna, esponjas del mar Rojo y suelos con mosaicos. ¿Por qué hacer las cosas a medias?

Al consultarlo con Faón, la idea no le impresionó. De hecho, cuando calculó los costes de este gasto repentino, sacudió la cabeza.

—El mármol corriente servirá igual que el de Luna. Ningún trasero notará la diferencia. ¿Y esponjas del mar Rojo para ser usadas y tiradas a la alcantarilla? —Resopló—. ¡Y mosaicos! ¿Quién va a mirarlos?

—Pues la gente que estará sentada y los tendrá delante —respondí—. La gente se entretendrá y disfrutará contemplándolos.

—Lo que más les gusta es cotillear con las demás personas que hay en ellas. En serio, oyes cosas de lo más escandalosas... —Se detuvo un momento antes de añadir—: Bueno, me refiero a la plebe, tú no puedes saberlo, y, además, el suelo se ensuciará y los mosaicos se rallarán y enloderarán.

—Tienes razón. —Suspiré—. Pero creo que tendríamos que hacer una letrina que destacara en ese lugar cerca del Foro de Julio César.

—De acuerdo, una. Pero al suprimir los extras del resto de las letrinas te has ahorrado... ummm... varios millones de sestercios. —Sonrió por primera vez.

—Eso me hace sentir virtuoso —contesté. En realidad, me hacía sentir aliviado haber reducido la carga financiera de la reconstrucción.

—Además, César, es mejor construir modestamente estas cosas. No querrás que tu nombre esté relacionado para siempre con unas letrinas lujosas, ¿verdad?

## XXIII

Letrinas aparte, observé con orgullo cómo la nueva Roma se elevaba a mi alrededor, como una flor que se abría, extendiendo sus pétalos en busca del sol. El trece de octubre estaba próximo. Estaría preparado. La noche antes, sentado solo al ocaso mientras los esclavos andaban de puntillas para encender las lámparas de aceite, no pude evitar retroceder en el tiempo hasta aquella misma tarde, diez años atrás. Entonces no estaba preparado; era un muchacho asustado de dieciséis años que seguía la estela venenosa de mi madre, viendo el futuro solamente como un abismo al que debía precipitarme. Un profundo pozo oscuro en el que podía ahogarme.

Ahora, al volver la vista atrás, sabía que no solo había sobrevivido sino que había conseguido victorias, tanto políticas como personales. El imperio florecía, y, tras el alzamiento en Britania y el sometimiento de Armenia, reinaba la paz. Cuando el rey armenio vino a Roma para que le devolviera su diadema y lo coronara, cerré las puertas del templo de Jano para indicar que eran tiempos de paz para Roma en todo el mundo. Solo había estado cerrado seis meses en toda la historia de Roma.

Había cumplido mi promesa inaugural al Senado de conservar sus antiguos privilegios, mantener separados los asuntos personales y los del Estado, no provocar guerras civiles. Estaba en paz con todo el mundo, salvo con un senador obstruccionista, un estoico llamado Trasea Peto, que disfrutaba atormentándome. Tenía una esposa a la que amaba, y esperaba un heredero para dentro de poco. Había combatido el incendio en Roma, aplacado a los dioses y castigado a los criminales.

Pero, naturalmente, había habido pérdidas, errores. Estaba distanciado de Séneca. Las muertes por causas no naturales de mi primera esposa, Octavia, y de mi madre, me pesaban mucho, a pesar de que me habían supuesto la libertad. Ser tres personas en una (emperador a la luz del día, artista y actor en la oscuridad) y que solo hubiera una persona a la que pudiera revelar sin problemas el tercer Nerón era doloroso. Y mi único vástago, mi hija Claudia, había fallecido cuando era un bebé.

La vida es una mezcla, decía Homero. Zeus tiene un vaso a cada lado; uno contiene lo bueno y el otro, lo malo. Cuando un mortal de la cola llega ante él, le llena la jarra solamente con lo malo o con una mezcla de bueno y malo. Nadie recibe solo lo bueno. Pero hay quien solo recibe lo malo. Así que hay que estar contento si recibes la mezcla.

Roma se había incendiado, eso era malo. Pero había sido reconstruida de una forma más plena, y eso era bueno. Era capaz de obtener algo bueno a partir de lo malo. Y me consideraba afortunado por ello, por aquella oportunidad.

A pesar de las lámparas encendidas, la estancia tenía poca luz. Hacía diez años, a aquella hora, Claudio estaba en su cena, a punto de recibir las setas envenenadas de manos de mi madre. Yo lo había visto, sin poder hacer nada al respecto. Había visto cómo masticaba, satisfecho. Satisfacción primero, recuerdo vago después y olvido al final. Y nació Nerón, el emperador.

Eran unos pensamientos lúgubres que no resistían un examen demasiado detallado. Nerón, sea como sea que llegaste aquí, ahora eres emperador. Lo has sido durante una década. Recuerda las palabras de tu héroe Paris: «No hay que despreciar el regalo dorado de los dioses, aunque no sea lo que habrías elegido para empezar. Recibiste el regalo. No lo desprecies.»

—Quiero que te pongas tu vestido más bonito —dije a Popea—. Para la inauguración del nuevo Circo Máximo.

—Por supuesto —respondió—. Sé que todos los ojos estarán puestos en nosotros.

«Si tú supieras...», pensé.

El sol brillaba con fuerza la tarde del trece de octubre, igual que diez años antes. El circo estaba totalmente lleno, con centenares de miles de espectadores en los asientos de piedra y madera. En la reconstrucción, había ordenado que se rellenara el viejo canal de agua del César para aumentar su capacidad. La pista estaba cubierta de arena fina, limpia y rastrillada. Los carros que competirían aquel día correrían en una pista virgen.

El nuevo palco imperial, el *pulvinar*, era más imponente y estaba mejor equipado que el anterior; estaba situado a media altura de las gradas en el lado del Palatino para tener la mejor vista tanto de la línea de salida como de la de llegada. En esta última estaba el palco de los jueces justo delante de nosotros, al otro lado de la *spina*, la mediana que dividía la pista en dos mitades. Estaba llena de estatuas decorativas junto con un obelisco, y en cada extremo había unos postes con siete indicadores de vuelta, puesto que los carros tenían que dar siete vueltas a la pista, lo que suponía realizar catorce giros en cada extremo de la *spina* y recorrer una distancia total de unas tres millas. Eran los arriesgados giros lo que ponía más en peligro a los aurigas, y lo que exigía mayor destreza.

Un heraldo anunciaría mi entrada, pero era yo quien tenía que presidir los juegos. Los juegos menores podían ser presididos por magistrados o mecenas ricos, pero esta reinauguración del circo solo podía presidirla el emperador. El circo y los juegos seguían conservando cierto aire de rito religioso, de ahí que estuvieran presentes los altares de Conso, Murcia y Ceres, y que se hiciera el desfile solemne de los dioses antes de las carreras.

Había invitado a varios senadores, a los que conocía bien y con los que había comido a menudo, a acompañarme en el palco: Pisón y su esposa,

Atria; Esceveno y su esposa, Cedicia; Laterano; el cónsul Vestino y su esposa, Estatilia. Fenio haría guardia, junto con sus compañeros de armas Subrio Flavio y Sulpicio Ásper.

Como esta celebración era prácticamente un evento sagrado, llevaba una toga púrpura, y mis invitados iban vestidos de manera formal. Nos instalamos en nuestros asientos acolchados y vimos cómo se llenaban los lugares vacíos de las gradas hasta que el estadio fue un mosaico de colores ya que los espectadores llevaban túnicas o cintas con el color del equipo al que apoyaban: rojas, verdes, blancas o azules...

La cubierta del *pulvinar* nos ofrecía una sombra que era de agradecer y los esclavos nos servían comida y bebida.

—Vaya —dijo Pisón, levantando la copa y haciéndola girar—, ¿es de una nueva añada?

¿Suponía que Popea no habría insistido en servir el vino de sus viñas en el Vesubio?

Alargó la mano para tomar la copa y dio un sorbo. Sonrió.

—Sí —dijo—. Es de mis propias viñas, cerca de mi villa, en las laderas del Vesubio. ¿Te gusta? —Le devolvió la copa.

—¡Oh, es delicioso!

«Bien dicho, actor —pensé—. Muy convincente.»

—Un perro debe de haberse meado en estas vides concretas —soltó Vestino tras probarlo también.

Todo el mundo se quedó callado, pero yo solté una carcajada. Vestino era un hombre corpulento y gracioso que no soportaba a los tontos ni las hipocresías, pero que, aun así, gozaba de bastante popularidad. Hasta que se reía de uno.

Una vez que yo me reí, los demás hicieron lo mismo.

—Tenemos otras variedades —aseguré, indicando que había que llenar las

demás copas con ellas—. Querida Popea, tal vez tendrías que ceñirte a lo que haces mejor.

—¿Los cosméticos? —preguntó Estatilia, la esposa de Vestino. Era una pulla, pero Popea no la captó.

—Oh, sí —dijo Popea—, mi crema facial es famosa. Ganaría una fortuna si la vendiera, pero algo así no sería apropiado para una emperatriz. Pero, bueno, tú no la necesitas, claro. —Tal vez sí que había captado la pulla después de todo.

Estatilia era una mujer madura que no se esforzaba en disimularlo. Pero no le hacía falta. Sus rasgos ligeramente hastiados indicaban experiencia y algún conocimiento oculto; su voz grave incitaba a averiguar cuál era.

—No, es verdad —soltó mirando a Popea con compostura. Era obvio que se compadecía de quien la necesitara.

—¿Conduce alguien famoso hoy? —preguntó Escevino.

—Muchos —respondí.

—¿Quiénes?

Mencioné a Demetrio, el auriga principal de los Verdes, cuyo caballo interior había ganado más de cien carreras, lo que le había valido el título de centenario, y a Flamma, su homólogo de los Azules, que tenía dos caballos así en su tiro.

—Y hay más —añadí—. Mira los programas de las apuestas. El viejo Fortunato reaparece de nuevo.

—Deberían celebrar una carrera especial para los bisabuelos entonces —soltó Laterano, que movió su voluminoso cuerpo para ponerse cómodo en el asiento. Eso siempre era un problema para él—. Debe de tener noventa años.

—No, se acerca más a los cuarenta. Los aurigas no viven mucho tiempo —intervino Pisón.

—¿Os acordáis de aquel tan atractivo, Orestes? —preguntó Atria. Tenía



voz de niña, susurrante y tímida.

—Sí. Ganó diez veces en el circo con un tiro de seis caballos. Murió con apenas veintidós años, pero para entonces ya había ganado doscientas cuarenta y dos carreras —contestó Laterano. Él, como la mayoría de los aficionados a las carreras, conocía todas las estadísticas.

—Una vida corta pero feliz —dijo Vestino, terminándose el vino y alargando la copa para que se la rellenaran—. Yo, personalmente, preferiría una vida larga y solo medio feliz.

—«No puedes considerar feliz a un hombre hasta que está muerto» —citó Estatilia—. ¿Quién dijo eso?

—Solón de Atenas —respondí—. Se lo dijo a Cresos.

—No hablemos de la muerte —pidió Cedicia—. Trae mala suerte, especialmente hoy. —Era una mujer robusta, con aspecto de matrona, que llevaba un austero peinado con la raya en medio.

—Tienes razón —coincidió Esceveno—. No hablemos de la muerte.

Todo el rato, Fenio y sus hombres, Subrio y Sulpicio, estaban detrás, sin intervenir, simplemente de pie. El protocolo no les permitía hacer notoria su presencia, pero yo estaba harto del protocolo.

—¿Tú qué opinas, Fenio? —pregunté.

—¿Sobre qué, César? —dijo, sobresaltado.

—Sobre los aurigas. ¿Cuáles son tus colores? ¿Verdes, Azules, Rojos o Blancos?

—Yo... yo... voy con los Rojos.

Vestino lo abucheó.

—¿Con los Rojos? —dijo—. ¿Cómo es posible?

—¿Y vosotros? —pregunté a los otros dos soldados.

Una estatua no se habría sobresaltado más si le hubieran hecho cobrar vida.

—Estoy con Fenio decida lo que decida —aseguró Subrio.

—Lo mismo digo —afirmó Sulpicio con brusquedad.

—¡Qué aburrido! —exclamó Vestino—. ¿Sois todos duplicados uno de otro? ¿Os gustan los mismos vinos, las mismas mujeres y la misma música?

—No me gusta la música —dijo Sulpicio.

—No voy a preguntarte si te gustan las mujeres o el vino, entonces —replicó Vestino con una carcajada—. Es probable que la respuesta sea «no». A los ascetas no suelen gustarles.

—Los ascetas son los mejores soldados —dije para defenderlo.

—La mayoría de los soldados no tienen fama de llevar una vida asceta —señaló Laterano—. ¿No los has visto cuando están de permiso en la ciudad? Encerrad a vuestras esposas y a vuestras hijas, y esconded vuestras ánforas.

Todo el mundo rio, salvo Sulpicio y Subrio. Hasta Fenio logró soltar una tenue risita.

Pero para entonces había llegado la hora. El heraldo, de pie en el palco de los jueces, hizo sonar la trompeta y anunció:

—¡El emperador!

En aquel momento hice mi entrada, en medio de una sonora ovación, para situarme junto a él.

—Hoy inauguramos nuestro nuevo estadio —bramé—. Que resuene con la victoria y que dure mil años.

Esperé y observé la *pompa*, la procesión ceremonial de los sacerdotes con estatuas de los dioses, bajo un remolino de incienso. No solo se honraba a los dioses olímpicos, sino que los emperadores deificados desfilaban también a su lado. La mirada dura de Julio César, la benévola de Augusto y la ausente de Claudio saludaron a la multitud. Detrás, músicos y bailarines daban brincos por la arena, vestidos de guerreros o de sátiros que meneaban el trasero cubierto de piel de cabra siguiendo el ritmo. Cuando terminaron de

dar la vuelta a la pista, unos esclavos salieron a rastrillar la arena y a rociarla de agua para que no se levantara polvo. Finalmente comenzarían las carreras.

Cuando volví al palco imperial, el lecho de los dioses había sido reverentemente situado detrás. Ahí, con Júpiter, Juno, Venus, Apolo y Diana, estaba la pequeña Claudia. Había visto antes su busto, pero eso no lo hacía menos doloroso. Seguiría siendo muy consciente de ella detrás de mí. Me senté.

Estaba nervioso. Muy nervioso, y no podía dejar que nadie lo notara. No bebí vino, aunque simulé hacerlo. Lo había dispuesto todo para que me sirvieran un sucedáneo. Los invitados charlaban, ansiosos por ver empezar la primera carrera, la más prestigiosa, y mucho más ese día tan importante.

—Bien hecho, César —dijo Pisón—. Hemos podido oírte desde aquí arriba. Tu voz llegaba bien.

—Ha sido solamente porque la gente estaba callada. Pero no durará mucho. —Di un trago a mi seudovino y procuré parecer relajado.

—Es impresionante que el circo se haya reconstruido tan deprisa —dijo Laterano—. Prometiste que sería así, pero no me parecía posible.

—Se tiene lo que se paga —soltó Vestino—. Y hemos pagado mucho por esto.

—Hemos sacado partido a nuestro dinero —aseguró Popea. Sabía que su voz adquiriría aquel tono cuando se había ofendido.

—¿Y qué hay de tu otro... proyecto? —preguntó Escivino—. El que ocupa cuatro distritos de los catorce de la ciudad: los distritos tercero y décimo, y parte de los distritos cuarto y segundo. —No disimuló su desaprobación.

Popea me dirigió una mirada como para decirme: «Te lo dije. Molesta a la gente.»

Igual que mi madre tuvo que fingir que no sabía que lo del barco no había sido ningún accidente, yo fingí no entender lo que quería decir.

—Va a buen ritmo, y pronto estará lo bastante terminado para mostrarlo. Vosotros estaréis entre los primeros invitados selectos. —Eso normalmente desarmaba a la gente, decirle que era especial.

Pero Escivino siguió frunciendo el ceño.

—Estaré orgulloso de recibirlos a todos como invitados para que seáis los primeros en ver las salas terminadas —dije.

—Y para nosotros será un honor estar ahí —aseguró Pisón, siempre diplomático.

Pero los demás se quedaron callados.

Afortunadamente, la inminente carrera puso fin a la conversación. Nos acercamos al borde del palco para ver mejor. Me acerqué la esmeralda tallada al ojo con la esperanza de que mejorara mi visión, en especial de la línea de llegada.

Los carros estaban ocupando sus posiciones en las casillas de salida, retenidos por verjas que se abrían cuando se dejaba caer la cuerda que las sujetaba. Las posiciones se decidían por sorteo, y la más codiciada era la de la izquierda, la más cercana a la mediana, y la peor, la exterior, que quedaba más cerca de las gradas. Cualquiera en esta posición tenía que cortar a los otros tres carros para poder hacer el primer giro delante de ellos y situarse en cabeza, una maniobra peligrosa. Normalmente, los equipos que sacaban aquella mala posición dependían de la velocidad para poder adelantar a los demás o de accidentes que eliminaran a algunos de los competidores y despejaran el terreno.

Sonó la trompeta.

—¡Que comiencen los juegos! —gritó el magistrado que actuaba en mi nombre, y dejó caer un pañuelo blanco que flotó hasta tocar el suelo.

Las verjas se abrieron y los carros salieron disparados.

¡Al Verde le había tocado la mejor posición! ¡Al Azul, la peor! Nos

pusimos de puntillas, aferrados al borde de la barandilla del palco. Los caballos avanzaron con gran estrépito por la pista, maniobrando hacia el interior. Pero entonces se pararon. Los jueces no habían bajado la cuerda blanca, el *alba linea*, tendida más o menos a un tercio de la extensión de la pista y que servía para impedir las salidas falsas.

El *alba linea*, y cómo abordarla, formaba parte de la estrategia de la carrera. Hasta que la cuerda no bajaba era arriesgado adquirir la velocidad máxima porque si los caballos se enredaban en ella, el carro podía acabar hecho pedazos y los caballos, lastimados, es posible que con las patas rotas. Pero frenarse, si la cuerda bajaba como estaba previsto, significaba perder terreno frente a los demás, que, más atrevidos, irían entonces delante.

Los carros dieron la vuelta y regresaron a las verjas de salida.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha salido mal? —preguntó Cedicia. Se enorgullecía de ser entendida en las carreras—. No he visto nada.

—Creo que el Blanco salió por la verja antes de que se bajara la cuerda —indicó Laterano.

—¿Cómo puede ser? La verja no se habría abierto.

—La empujó y la cuerda cedió —respondió Vestino.

¡Oh, quien tuviera esa vista!

Los encerraron otra vez tras las verjas. El pañuelo cayó de nuevo. Volvieron a salir.

Condujeron frenéticamente, precipitándose hacia el *alba linea*. Si no bajaba, todos acabarían lastimados. Pero bajó. Y pasaron ruidosamente dirigiéndose hacia el extremo de la *spina* y el primer giro alrededor de los tres enormes conos recubiertos de oro, los *metae*, que servían de parachoques para que los carros no embistieran la *spina*, pero que a menudo los dañaban y provocaban tantos accidentes como los que impedían.

Al acercarse al primer giro, el Verde, que corría por el interior, iba delante.

Demetrio, famoso por su destreza al hacer los giros, no decepcionó. La cuadriga hizo un giro cerrado sin que su caballo interior, muy firme, perdiera el ritmo, y el caballo exterior giró hábilmente, guiando a los dos del centro a hacerlo sin contratiempos.

Justo tras él estaban el Blanco y el Rojo. El Blanco intentó acercarse a la *spina*, pero le faltó velocidad y quedó detrás del Rojo. Cuando llegaron a la recta, se apiñaron, empujándose. Entonces, el Rojo avanzó y se situó prácticamente al lado del Verde.

—¡El Rojo va a engancharle los radios! —exclamó Laterano—. ¡Mirad!

—¡No puede! Demetrio es demasiado listo para él —dijo Cedicia. Mientras hablaba, Demetrio aumentó la distancia entre él y el Rojo.

—¡Ten cuidado, Blanco, va a por ti! —gritó Popea. Todo el mundo gritaba, y las gradas rugían.

El Rojo hizo un viraje brusco para intentar enganchar los radios de su competidor de los Blancos pero no lo consiguió y se rezagó. El Verde, Demetrio, seguía corriendo delante de ambos.

—¿Qué le ha pasado a Flamma? —preguntó Escevino—. ¡Yo había apostado por él!

El Azul iba muy rezagado, aunque corría junto a la *spina*, totalmente solo.

Llegó entonces el segundo giro y, una vez más, Demetrio lo superó estupendamente, levantando polvo con la rueda derecha de su carro y dejando a los demás literalmente cubiertos de él.

—Esa rueda debe de haberse resentido mucho —señaló Laterano—. Puede que no aguante hasta el final de la carrera.

—Los giros suponen una presión inmensa para la rueda exterior —añadió Vestino—. He oído que hay quien la ha cubierto con una llanta de hierro para reforzarla.

—Eso añadiría peso y reduciría la velocidad —gritó Pisón.

Tras cinco vueltas, el orden seguía siendo el mismo: Demetrio, de los Verdes, iba en cabeza; el Blanco y el Rojo corrían prácticamente igualados, y Flamma, de los Azules, iba detrás.

Pero las cosas cambiaron en el undécimo giro. Demetrio redujo la marcha de su tiro al dar la vuelta a los *metae* y perdió terreno.

—¡Es esa rueda, os lo dije! ¡Se está desintegrando! —exclamó Laterano.

Los aficionados de los Verdes que estaban en las gradas chillaron, lloraron, se rasgaron las vestiduras. Un gemido se elevó de las gradas.

El Rojo se acercó a él cuando estuvieron en la recta. Pero Demetrio, que había recuperado su velocidad, logró mantenerse en cabeza, aunque cada vez a menos distancia. Una vez más tuvo que reducir la marcha en el giro, pero la rueda aguantó. De nuevo aceleró en la recta. Pero los demás estaban más cerca de él ahora.

—¡Va a perder! —gritó Popea.

—¡Vamos, Rojo! —bramó Fenio, participando finalmente.

Se acercaba el penúltimo giro y, de repente, el Rojo rodeó a Demetrio, hizo el giro delante de él por el exterior y se situó en cabeza. ¿Era mi imaginación (y mi mala vista) o la rueda de Demetrio se bamboleaba? Pero en la última recta dejó de hacerlo, y Demetrio y el Rojo corrieron igualados.

Quedaba un giro. De golpe, Flamma pasó por el exterior, hizo el giro y cortó a los dos para situarse en el interior. El Rojo chocó contra uno de los conos de giro. Su carro quedó destrozado y él salió disparado y, tras aterrizar en la pista, se arrastró hacia un lado para evitar ser atropellado. Demetrio viró hábilmente hacia la derecha y evitó el cono de giro, pero perdió velocidad. El Blanco lo seguía de cerca.

Flamma, de los Azules, cruzó la línea de llegada entre aplausos y gritos clamorosos. Tanto si eras aficionado suyo como si no, su carrera había sido todo un espectáculo y su victoria, arrolladora, casi literalmente.

—Por algo dos de sus caballos son centenarios —dijo Vestino secamente—. Tendría que haber apostado por él. —Resopló—. Pero un mozo de las caballerizas de mi tío me sopló que uno de los caballos se había torcido una pata. ¡Bah!

—Hay más carreras, Vestino —dije—. Mucho tiempo para recuperar tus pérdidas.

—¿Quién más compite hoy? —preguntó Popea.

Nos sentamos, exhaustos de la tensión.

—Está en los programas de las apuestas —contesté mientras le daba uno, grabado en marfil.

—Los nombres no me dicen nada —dijo, encogiéndose de hombros tras echarle un vistazo.

Laterano lo tomó y lo miró.

—Oh, sí, aquí está el de Sicilia, ¿cómo se llama? Décimo... y el auriga de Atenas, muy bueno, según dicen, pero jamás ha competido aquí... y ese árabe, que solo usa libios. —Sacudió la cabeza—. Son hermosos, son rápidos, pero esa raza es demasiado pequeña. No pueden ganar a un caballo con el paso más largo.

—¡Oh, mira! —dijo Cedicia—. Hay un tiro de Galacia. ¿No ponen piezas de hierro en los cascos de sus caballos?

—¿Qué? —soltó Pisón—. Eso es absurdo. Imagina lo que pesarán.

—Esos caballos tienen los cascos blandos porque viven en un lugar húmedo. Sin las herraduras, se les agrietarían y pelarían los cascos.

—¿Como la rueda del carro de Demetrio? —preguntó Vestino con una carcajada.

—Ha aguantado —contestó Laterano—. Pero un giro más habría acabado con ella.

—Nos esperan más carreras buenas entonces. El día está solo empezando



—dijo Popea.

—Sin duda —le aseguré.

## XXIV

Tigelino apareció en la entrada del palco imperial y me levanté para saludarlo. Me hizo un gesto con la cabeza y dirigió una de sus deslumbrantes sonrisas a los demás.

—Tengo que dejaros un rato —anuncié—. Tigelino lo ha organizado todo para que pueda echar un vistazo a las caballerizas de la competición.

—¿Puedo acompañarte, César? —pidió Laterano.

Sabiendo lo mucho que le gustan los caballos y las carreras, me dolió decirle que no.

—Podemos visitarlas gracias a una autorización especial, exclusiva para el emperador. Los caballos se asustan con facilidad antes de una carrera —explicó Tigelino.

Antes de que nadie más pudiera preguntar nada, nos marchamos del palco y recorrimos el pasillo de salida. A medida que pasaba, la gente que estaba en las gradas se levantaba y me aclamaba a la vez que me lanzaba una lluvia de pétalos y alargaba la mano para tocarme el dobladillo de la toga.

—¡César, César! —aullaban como manadas de perros que escarban la basura. Algunos de ellos iban desaliñados por haberse rasgado las vestiduras en la última carrera; otros estaban borrachos. También los había que se hacían arrumacos sin importarles quién los viera. Las carreras ofrecían una libertad total en todos los sentidos.

Una vez fuera, cruzamos rápidamente las arcadas laterales de las gradas del circo para acceder a la zona donde los carros y los caballos aguardaban su turno para competir en la pista de entrenamiento, junto a las caballerizas. La

puerta estaba firmemente cerrada y no nos dejaron pasar hasta que convencimos al guardia de que yo era realmente el emperador.

Llegamos al prado cercado donde se estaban reuniendo muchos tiros.

Tigelino me tocó el brazo.

—¿Estás seguro de querer hacerlo?

Mucho tiempo atrás, cuando yo era todavía un muchacho virginal, él me había arrastrado hasta un burdel para educarme. Entonces, había sido él quien había insistido en que tenía que hacerlo. Ahora era al revés. Yo estaba tan extrañamente agitado y nervioso como entonces. Pero estaba más seguro de lo que quería hacer.

—Sí —dije. Llevaba años esperando aquello. Ahora no estaba Burro para decir que no era decoroso, no estaba Séneca para sermonearme, no estaba mi madre para regañarme. Era libre, tanto como los espectadores en las gradas, de hacer lo que quisiera.

—Muy bien. —Seguimos avanzando—. Lanato trajo el tiro hace dos días para que los caballos pudieran estar descansados antes de la carrera. Los ha ejercitado ligeramente esta mañana. El carro fue entregado a tiempo. Lo mismo que la vestimenta. De modo que está todo a punto.

Había tomado decisiones sobre la construcción del carro, siguiendo, eso sí, los consejos de los expertos en la materia. Sería lo más ligero posible, con un suelo bajo y flexible; y las ruedas, de capas de madera mixta, una de ellas con la llanta de hierro de la que habíamos hablado en el palco, se situarían en un eje grande. Ellos, y también yo, considerábamos que un novato pondría más presión sobre la rueda derecha en los giros que un profesional.

—Y no puede ser que la rueda del César se deshaga en su primera carrera pública en el Circo Máximo —afirmó el constructor—. Competirás en muchas más carreras, pero la primera tiene que ser un éxito.

Con ello no se refería a ganar, sino simplemente a terminarla con honores.

—Lanato está al otro lado del cercado —dijo Tigelino, y nos dirigimos hacia allí.

La hierba me pinchaba los pies, y el aire estaba cargado de olor a caballo: pelo de caballo, aliento de caballo, excrementos de caballo. A nuestro alrededor pululaba el ejército de profesionales que hacían posible las carreras: los *aurigatores*, o ayudantes de los aurigas; los *conditores*, que engrasaban las ruedas de los carros; los *sparsores*, que limpiaban los carros; los *armentarii* o mozos de cuadra; los *moratores*, que llevaban a los caballos al finalizar la carrera. También había veterinarios para los caballos y médicos para los aurigas, los guarnicioneros, los aguadores y los preparadores. El murmullo de voces y el repiqueteo metálico resonaba en el aire.

—Esto es más complejo que gobernar el imperio —comenté.

—Oh, aquí trabaja más gente de la que ves. Están los *procuratores dromi*, que alisan la arena antes de las carreras; los *erectores*, que mueven los huevos y los delfines cuando se completa cada giro, porque no creerías que se movían solos, ¿verdad?; los mozos que hablan con los caballos cuando los llevan y...

Llegamos entonces junto a Lanato, que estaba apoyado en una valla, fingiendo estar relajado. Pero su rápido parpadeo delataba su nerviosismo.

—Te están esperando, César. —Señaló a mis cuatro caballos.

Los habían cepillado y les habían atado la cola hacia arriba para que no se les enredara en las riendas. Notaban algo en el ambiente y piafaban nerviosos.

—Aunque pensé que ejercitarlos antes los tranquilizaría, veo que siguen con los nervios de punta —informó Lanato—. Pero no iría bien volver a ejercitarlos. Falta demasiado poco para la carrera.

Di unas palmaditas en la cruz del hispano. Su pelaje era lustroso y cálido, y sus pelos, hirsutos.

—Cuento contigo —le dije. Había aprendido a reaccionar ante mi voz, y se inclinó hacia mí, de modo que noté su aliento caliente y húmedo—. Cuando te diga que gires, gira —le indiqué—. Cuando te diga que aminores, aminora. Cuando te diga rápido, ve rápido. Lo harás, ¿verdad?

A modo de respuesta, expulsó el aire por los orificios nasales y me rozó la mano con el hocico.

Di también palmaditas a mis otros tres caballos, cuyo distinto pelaje facilitaba su distinción: el micénico gris, el siciliano castaño y el capadocio negro.

—Dicen que un tiro debería ser homogéneo y nosotros formaremos un grupo variopinto, pero creo que sois hermosos. Procedéis de todas las partes del imperio, y el imperio es un arcoíris de colores. —De repente, me asaltaron los nervios y me volví—. ¿Cuánto falta? —pregunté a los hombres—. ¿Qué está programado antes? ¿Debería vestirme ya?

—Hay dos carreras antes que la tuya. Eso llevará más o menos una hora incluida toda la limpieza. Y sí, no está de más que te vayas vistiendo. Tienes la ropa en el vestuario privado que hay allí. —Lanato me llevó hasta él y se marchó. En un banco vi el paquete con las prendas y lo abrí despacio. Estaba el casco de cuero, el cinturón de cuero, las protecciones para las piernas, el puñal y la túnica de carreras, de tela dorada. Mis colores. Los colores del dios Sol. Me quité la toga y la túnica corriente que llevaba y me los puse. El emperador quedó relevado temporalmente; el auriga celestial ocupó su lugar.

Todo estaba a punto. Me acerqué al carro y lo examiné. Desprendía olor a madera nueva y a pintura, una fragancia dulce y seca. Recorrí con una mano la llanta de hierro de la rueda derecha. Era lo más delgada que podía ser sin dejar de ofrecer protección.

Lanato me alargó una copa.

—Bébetelo esto y conviértete en un verdadero auriga —dijo.

Me lo acerqué a la nariz y noté un olor ácido. Pero sabía muy bien qué era: la bebida a base de excrementos de jabalí secados, quemados y disueltos en vinagre que tomaban los aurigas. Se suponía que aumentaría mi capacidad de sanación si resultaba herido en la carrera y que impediría que los caballos me pisotearan si me caía. La bebí despacio.

—¡Listo! —Lanato me tomó la copa de la mano.

—¿Con quiénes voy a competir? —pregunté—. ¿Y saben ellos que yo participo en la carrera?

—Todos son aurigas veteranos de las facciones, aunque ninguno es famoso —respondió Tigelino—. No se organizó para que fuera así, sino que es tal como estaba anunciada la séptima carrera del día.

—Todos veteranos pero ninguno famoso —repetí, sin creermelo ni por un instante que Tigelino no lo hubiera organizado—. De este modo, si pierdo no es ninguna deshonra porque son veteranos y no novatos como yo, pero también es un honor competir con ellos a mi nivel.

—Sí, por supuesto —coincidió, como si fuera la primera vez que lo había visto desde esa perspectiva.

—¿Se ha anunciado que voy a competir? —pregunté.

—Aún no. ¿Quieres que se haga?

—No —contesté—. Si la gente me reconoce, bien. Si no, tendré el inusual placer de no ser juzgado como emperador. Pero es justo que se lo digamos a los demás aurigas de mi carrera. —De todos modos, iban a reconocermelo al verme de cerca—. ¡Oh, Júpiter, haz que no se contengan para dejarme ganar. ¡Júpiter, Júpiter, escúchame y concédemelo!

—Los aurigas son profesionales y respetan a los demás como profesionales también. Eso no quiere decir que no los haya que aceptan sobornos para

amañar una carrera, pero iría bien que les digamos que serán recompensados por correr su mejor carrera sin prestar atención a quién eres —declaró Lanato—. Hablaré con ellos.

Se volvió y nos dejó solos. Yo estaba junto al carro, sujetando un costado con la mano. Tigelino me miró.

—Ya está —dijo—. Por fin ha llegado la hora. Dalo todo. —Me dio palmaditas en el brazo—. Como hiciste en el establecimiento de Vorax hace años.

Me subí al carro y noté el suelo flexible bajo mis pies. Me puse el casco y sujeté las riendas. Los dos caballos centrales estaban sujetos a la vara, pero los dos exteriores, no, y había que conducirlos por separado. Me rodeé la cintura con las correas de los caballos sujetos a la vara para asegurarlas, y me coloqué el puñal en el cinturón. El puñal era necesario para cortar las riendas para poder liberarme si el carro se accidentaba. Si no, me arrastraría, horriblemente enredado, hasta mi muerte.

Pero, en realidad, ¿cómo de rápido podría reaccionar? Cada rienda era una tira fuerte de cuero. ¿Cuánto tiempo tardaría en cortarla? Sujeté las correas destensadas de los caballos exteriores con la mano derecha y dejé la izquierda para usar el látigo. No lo usaría para hacerlos correr más deprisa, sino para apoyarlo en sus hombros para guiarlos; los había entrenado para que reaccionaran a ese contacto además de a mi voz.

Observé sus lomos curvados, relucientes y recién cepillados. Tenían la cola atada y anudada; llevaban perlas, cornalinas y malaquitas entretejidas en la crin, y pecheras con amuletos, y había puesto el anillo de Germánico en el hispano para tener buena suerte. Finalmente, una cinta dorada, mi color en la carrera, rodeaba el cuello de cada uno de ellos.

El caballero encargado de conducirnos hasta las casillas de salida tomó la brida del caballo interior y avanzamos despacio hacia las verjas. Nos

siguieron cuatro carros más. Antes de que llegáramos a las casillas donde nos encerrarían, le indiqué con un gesto que nos detuviéramos. Quería hablar con mis compañeros de competición y aurigas.

El carro Rojo disponía de un tiro compuesto exclusivamente por caballos castaños, y su auriga era un hombre joven. Su pesado casco le tapaba el pelo, por lo que no pude ver de qué color era, pero tenía los ojos oscuros y los labios carnosos. No sonreía.

El carro Verde contaba con un conductor alto con un tupido cabello claro que le sobresalía por debajo del casco decorado. Debía de ser galo o de algún lugar más al norte aún. ¿Sería britano? En el brazo izquierdo llevaba tatuajes azules con formas de triángulos, círculos y puntos. Su tiro era mixto: dos caballos eran muy grandes con unas patas largas y esbeltas, y los otros dos, más pequeños y con pinta de ser fuertes, estaban sujetos a la vara para proporcionar la fuerza de tiro.

El conductor Azul vestía ostentosamente, con un casco de cuero repujado con dibujos etruscos y una túnica ribeteada de flecos. Pero sus caballos no tenían nada de particular, e incluso daba la impresión de que no habían cepillado a uno de ellos, que tenía matas de pelo de punta en la grupa y el lomo.

El auriga del vehículo Blanco era mayor, y su curtido rostro denotaba que había participado en muchas carreras. Debía de ser un conductor precavido entonces, porque, como Pisón había comentado, los aurigas victoriosos no solían vivir demasiado; para triunfar, un conductor tenía que ser agresivo. Sin duda, podría vencerlo.

Di la vuelta al carro para tenerlos de cara. Todos me estaban mirando fijamente, y no solo porque había interrumpido nuestro trayecto hacia las casillas.

—Sí, soy el emperador —dije.



Inmediatamente, el conductor de los Azules se quitó el casco. Los demás iban a hacer lo mismo, pero los interrumpí.

—Por favor. Esto es lo que quiero decirles. No debéis actuar conmigo o en la carrera de un modo distinto de como lo haríais en condiciones normales. Este es el mayor homenaje que podéis rendirme: tratarme como a un igual, ni más, ni menos.

Temí que resultara imposible, pero tal vez no.

—Vamos ahora a sortear nuestras posiciones y a ocupar la que nos toque.

El conductor de los Blancos se limitó a sonreír; ¿era una sonrisa de simpatía o de rivalidad? Los demás me miraron inexpresivos, y el conductor Azul volvió a ponerse el casco.

El juez trajo un dispositivo que tenía unos brazos huecos, cada uno de ellos numerado, suspendidos sobre otra caja que contenía detalles de los cinco colores. Con un movimiento rápido, les dio la vuelta. Se oyó el ruido de las bolas de madera al caer de la primera caja y rodar por los brazos hacia la segunda, y el sonido grave que hicieron al golpear el extremo de su conducto nos indicó que el destino había hablado y nos había asignado nuestras posiciones.

El juez nos mostró la caja para que viéramos qué lugar nos correspondía a cada uno.

El codiciado número uno fue para el Blanco; el número dos, para mí; el número tres, para el Azul; el número cuatro, para el Verde, y el número cinco, el peor de todos, para el Rojo. Entramos entonces en nuestras correspondientes casillas.

Las casillas eran lo bastante amplias para contener las cuadrigas, pero a los caballos no les gustaba estar tan estrechos. A cada lado de la casilla había un poste con la cabeza de Mercurio, el dios de la velocidad. Hoy iba a necesitar su ayuda.

Sonó la trompeta para avisarnos. Entonces se abrieron las verjas de las casillas y vimos la pista ante nosotros.

Era inmensa, totalmente distinta ahora que estaba allí abajo de cuando la miraba desde las gradas. La arena oscura se extendía en todas direcciones. Pero no tuve tiempo de pensar en ello, porque salimos todos disparados hacia delante y dio comienzo la carrera.

Mis caballos eran veloces y vi que seguían el ritmo de los dos carros que corrían a mi lado. Pero nos acercábamos a la mortífera *alba linea*. ¿Debería apremiar a los caballos, o ser más cauto? Ya iban a toda velocidad; los habíamos entrenado para pasar rápidamente de estar parados a correr a todo galope, omitiendo los pasos entremedias.

Cada vez estábamos más cerca, pero no los refrené. La cuadriga de los Blancos iba delante, y si la cuerda permanecía tensa sería el primero en tropezar con ella. Eso haría bajar la cuerda y permitiría que los demás la cruzáramos sin problemas antes de que tuviéramos que parar.

Pero bajó, y pasamos sobre ella para situarnos junto a la *spina*, que empezaba donde se situaba el *alba linea*. Ahora, hasta no llegar al primer giro, la pista era recta.

Tenía que acercarme más a la *spina* si quería hacer un giro ajustado, así que quise dirigir los caballos hacia la izquierda. Pero el conductor Blanco me bloqueaba el paso, y vacilando y fintando, me impidió hacerlo. Le dirigí una mirada; sus caballos corrían a un ritmo constante, aunque no demasiado rápido. Aunque quedaba confirmada mi primera valoración de que era cauto, lo cierto era que conducía con una enorme destreza.

Tendría que rodearlo. El recorrido era mayor, pero podría adelantarlo. Así que llevé mi tiro hacia la derecha y le di la orden de correr a toda velocidad. En cuanto mis caballos aceleraron nos situamos junto al carro de los Blancos. ¡A rodearlo se había dicho!

Pero el viejo conductor giró la cabeza, luciendo aquella sonrisa, y de repente sus caballos sacaron fuerzas de flaqueza y salieron disparados hacia delante. Apremié a los míos a hacer lo mismo, pero no eran lo bastante rápidos, ni siquiera al máximo de sus capacidades.

No eran lo bastante rápidos... ¿cómo era posible? Pero, como Tigelino me había advertido, la velocidad de un tiro viene determinada por su caballo más lento, y los otros tres no eran tan rápidos como el hispano.

Así que volví hacia el interior de la pista, detrás del Blanco. Y entonces el carro Azul llegó desde detrás, me adelantó y corrió igualado con el Blanco. Ahora los dos me impedían pasar; estaba atrapado.

De las gradas se elevó un rugido, pero aunque fui consciente de ello, lo que capté fue solamente un ruido, un mero ruido de fondo.

El primer giro. Sujetaba las riendas con fuerza, pero tenía las manos tan sudadas que se me resbalaban. Pero el hispano lo hizo de maravilla, rodeando con paso firme el cono de giro, mientras el capadocio le daba la vuelta con destreza e impedía que el carro se desplazara hacia la derecha.

¡La derecha! Eché un vistazo a la rueda del carro, pero solo pude ver el polvo que la envolvía.

Durante la siguiente vuelta todos conservamos las mismas posiciones, o por lo menos lo hicimos los primeros tres; no veía qué ocurría detrás de mí. Tras el siguiente giro, en la recta, el Blanco y el Azul chocaron cuando el Azul intentó adelantarlo de nuevo, y el Blanco salió volando, su cuadriga surcó el aire y cayó al suelo en medio de una lluvia de astillas. Las ruedas se marcharon girando solas. El conductor logró liberarse y se acurrucó junto a la *spina*. Sus caballos quedaron esparcidos por la pista, gimiendo. Pude evitar atropellarlos, pero vi sus ojos aterrados al pasar.

Tras rodear sin problemas los restos del accidente, el carro de los Azules quedó detrás de mí, aunque estaba recuperando el tiempo perdido en el

choque y se me acercaba. En la siguiente vuelta, cuando pasamos por el lugar del accidente, ya habían retirado los restos de la cuadriga, pero había dos caballos muertos a un lado. Es de suponer que se habían llevado al conductor en una camilla.

Vi algo borroso a mi derecha. El Verde se me estaba acercando para intentar adelantarme. Apremié a mis caballos a correr más rápido, pero me adelantó de todos modos, y justo detrás de él, el Azul hizo lo mismo. Ahora yo iba detrás de ambos. Tenía el carro de los Rojos detrás de mí, pero ¿a qué distancia? ¿O se había accidentado y había quedado fuera de la carrera?

Delante de mí durante dos largas vueltas, el Azul y el Verde se peleaban por la primera plaza, empujándose, intentando cada uno enganchar la rueda del otro y arrancarla, dándose incluso latigazos uno a otro. Pero los dos se mantuvieron firmes, corriendo igualados. Ambos giraron bien y no perdieron la posición. Pero, entonces, los caballos de los Verdes empezaron sutilmente a reducir su velocidad. Debían de ser de una raza veloz que carecía de resistencia y empezaba a notarse. La cuadriga empezó a rezagarse, poco a poco, y el Azul lo vio y apremió a sus caballos a que aceleraran, lo que desmoralizó al Verde, que no consiguió sacar ni un ápice más de velocidad a su tiro. Quedó situado detrás del Azul, pero todavía delante de mí.

Otro giro. Esta vez, mi carro derrapó hacia un lado, pero afortunadamente hacia las gradas y no hacia los implacables *metae*. El capadocio no estabilizó el tiro lo suficiente y se abrió demasiado. ¿Se estaría cansando? El Rojo estaba ahora justo detrás de mí.

Todo el rato, con todos mis sentidos alerta y agudizados, era como si el tiempo se hubiera detenido, como si fuera irreal. Veía lo que estaba sucediendo a mi alrededor en la pista, pero a cámara lenta, como si yo flotara. En realidad, ocurría tan deprisa que apenas podía comprenderlo. Jamás había experimentado semejante sensación de euforia, vigilancia, miedo y deseo a la

vez. Así son las carreras de carro, y la emoción es expresada y ampliada por las decenas de millares de espectadores que la comparten con el auriga.

De golpe mi tiro encontró nuevas fuerzas y velocidad, y se precipitó hacia el siguiente giro. Pude guiar al hispano para hacerlo de maravilla solamente con la voz, sin necesitar siquiera tocarlo con el látigo. Con ese giro perfecto ganamos terreno, de modo que me situé justo detrás del Verde.

—¡Vamos, vamos! —grité a mi tiro, y los caballos me obedecieron, corriendo todavía más deprisa, echando mano de las fuerzas que habían reservado. Aceleraron bruscamente y adelantamos al Verde por fuera. ¡Por fuera! ¡Recorrimos más trecho, pero aun así fuimos más rápidos!

El último giro. ¡Que sea perfecto, por favor! Grité al hispano de nuevo, pero esta vez no lo hizo igual de bien y perdimos terreno. Era imposible adelantar al Azul, que lideraba tranquilamente la carrera. Y yo que había pensado que sus caballos no tenían nada de especial... Puede que no los cepillaran, pero eran endiabladamente rápidos.

La línea de llegada estaba justo delante, y el rugido de la gente era ensordecedor. Con el rabillo del ojo vi movimientos frenéticos en las gradas, pero tenía que concentrarme en los caballos. Cruzamos la línea a toda velocidad y los caballos tuvieron que recorrer toda la recta para lograr reducirla al paso. Después esperamos a que los demás terminaran, el Verde justo detrás de mí y el Rojo al final.

Nos situamos frente al palco de los jueces por orden de llegada. Dos jueces bajaron a la pista para conceder al Azul la corona de ganador. Se detuvieron junto a mi cuadriga para decir:

—Bien hecho, César. —Me entregaron la cinta correspondiente a la segunda plaza y, acto seguido, la de la tercera al Verde.

Bajé del carro. El suelo firme me resultaba extraño y se me doblaron las rodillas. Toqué la llanta de hierro de la rueda y noté que estaba caliente

debido a la fricción y la velocidad que había soportado. Me volví hacia mi tiro y acaricié a los caballos uno a uno, diciéndoles lo orgulloso que estaba de su actuación. El anillo de Germánico seguía en la pechera del hispano y, sin duda, nos había traído suerte.

¡Segundo! ¡Había finalizado una carrera en el Circo Máximo y logrado llegar segundo! De repente me abrumó la enormidad de lo que había conseguido.

Mis compañeros de competición se acercaron para felicitarme.

—Un debut brillante —dijo el Verde.

—Como has visto, no te hemos dejado ganar —señaló el Azul.

El Blanco, a quien habían dado el alta en el puesto médico, vino cojeando, apoyándose en unas muletas, con la cabeza vendada.

—No, qué va; ha sido todo un montaje, ¿no te diste cuenta? —Soltó una carcajada, que reflejaba su dolor—. Me tomé la molestia de tener un accidente solo para demostrarte que no te estaba favoreciendo.

—Tu lealtad es impresionante —soltó el Rojo.

—Os estoy muy agradecido a todos —aseguré—. Me habéis hecho un regalo de un valor incalculable.

Antes de que nadie pudiera responder, se nos llevó por delante la multitud que bajó de las gradas y nos envolvió. Me vi rodeado de gente que gritaba «¡Nerón, Nerón, Nerón!» mientras ondeaban ramas de palma, pañuelos y cintas. No había ninguno dorado porque nadie había sabido que yo iba a competir, pero vi todos los colores, y me cubrieron con ellos. Los siguieron guirnaldas y flores, que surcaban el aire.

—¡Nuestro emperador!

—¡Nuestro dios! ¡El dios Sol! ¡El mismísimo Sol!

—¡Brilla sobre nosotros!

Intentaron sujetarme con las manos y levantarme, pero un grupo de

pretorianos que había bajado corriendo a la pista se lo impidió.

—¡No lo toquéis! —vociferaron, blandiendo su espada.

Hice retroceder suavemente a los pretorianos.

—Dejadlos —dije—. Es su día... es nuestro día.

Al oír la palabra *nuestro* la gente soltó un rugido, y un hombre enorme, junto con sus compañeros, me cargó a hombros.

—¡Contemplad a nuestro emperador, que osa hacer lo que ningún otro ha osado! —gritó. Las gradas, que distaban mucho aún de estar vacías, irrumpieron en gritos y ovaciones.

Di así toda la vuelta al circo, aclamado por los espectadores de las gradas, y mientras los miraba y sentía debajo de mí los fuertes hombros que me cargaban, me sentí unido a todos ellos con un apasionado amor mutuo.

## XXV

Ya había oscurecido cuando regresé a mis dependencias de palacio, más entusiasmado de lo que pueda expresarse, con la túnica sudada y manchada, y guirnaldas de flores marchitas alrededor del cuello. La fatiga todavía no había hecho mella en mí y me sentía tan poderoso como un dios.

Popea me estaba esperando, sentada en uno de los sofás con las patas de marfil. En lugar de levantarse, correr hacia mí y abrazarme, como había hecho la multitud del circo, se limitó a alzar el mentón. Sin ningún atisbo de sonrisa.

Me había estado acercando hacia ella, pero me detuve.

—¡Muy bonito, hombre! —soltó con frialdad en la voz—. Ha sido de lo más embarazoso. Menuda sorpresita me tenías guardada. Podrías haberme avisado por lo menos.

—No lo sabía nadie aparte de Tigelino. Tenía que ser así.

«¿Pensarán igual los demás del palco?», me pregunté.

—No solo temí que te lastimaras, o algo peor, sino que me avergonzó que el emperador actuara ante centenares de millares de personas. ¡Como auriga! Los esclavos son aurigas, no las clases superiores, ¡y mucho menos el emperador! Te has deshonrado a ti mismo, ¿no te das cuenta?

La miré, observé su rostro perfecto, que ahora reflejaba su opinión sobre mí.

—Te equivocas. Ha sido lo contrario. La gente estaba orgullosa de mí. De hecho, hoy me ha coronado, directamente. De modo que este es mi verdadero día de ascenso al trono.



—La Guardia Pretoriana y el Senado te coronaron hace diez años, y son ellos quienes importan, no la chusma. —Se tocó con un dedo el collar de oro y esmeraldas, que hizo deslizar por su cuello—. El amor de la chusma no te sirve de nada, e incluso te hace perder parte de la estima de los que están en el poder.

—¿En el poder? Si están en el poder es porque yo se lo permito. Una palabra mía y dejan de estarlo.

Me senté en el sofá con ella. Anhelaba que me rodeara con los brazos, que me felicitara con retraso. Había hecho algo digno de elogio.

—Hueles a caballo —dijo, en cambio, tapándose la nariz—. Y a la multitud apestosa.

—Para mí es un olor agradable —repliqué.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? ¿Por qué una carrera de carros?

—Era algo que había querido hacer desde niño.

—Pero ya no eres ningún niño. ¿O sí? Te portas como si lo fueras.

—Si me porto como un niño es porque, en el fondo, el niño sigue estando ahí. —Alargué las piernas hacia delante y flexioné los pies sin quitarme las sandalias. Un poco de arena cayó al suelo de mármol verde.

—La niñez es una fase de la vida que hay que dejar atrás al crecer.

—No, habría que conservarla porque es la parte más auténtica de nosotros mismos, la parte que surgió primero. —Siempre había tenido miedo de perder eso, de que de algún modo, cuando fuera adulto se perdiera toda la esencia del verdadero Nerón, ahogada en un mar de días sin sueños. Pero lo había preservado, seguía allí, y entonces se había revelado en toda su plenitud—. Es cuando somos nuestro yo de la infancia cuando estamos más cerca de los dioses —aseguré, y era cierto. El dios Sol se me había aparecido en sueños; se me había aparecido ese día. Pero no asistía a las reuniones del Consejo Imperial.

Se ablandó un poco y recostó la cabeza en mi hombro, permitiendo incluso que las rosas aplastadas alrededor de mi cuello se le mezclaran con el pelo.

—Me enamoré del muchacho que hay en ti, del joven radiante... pero resulta algo pesado —dijo, acariciándome la mejilla. Me besó—. También quiero un hombre.

Fuera, bajo la luz menguante del ocaso, unas sombras oscuras cruzaron el cielo; manadas de pájaros que iban a descansar.

—Y lo tendrás —le prometí—. Ahora. —El final perfecto para mi día perfecto.

Eufórico por el triunfo en el Circo Máximo, envié invitaciones al Senado, a mis amigos y administradores, y al público general para la inauguración de la Domus Aurea una semana después, a mediodía, para seguir con la celebración de la primera década de mi reinado.

—Pero tú tienes que venir antes para recorrerla conmigo —le dije a Popea—. Quiero verla con tus ojos.

—¿Está terminada? —preguntó.

—No del todo, no. Pero lo suficiente para poder recibir gente. —Estábamos desayunando tranquilamente en nuestro pequeño comedor.

El sol brillaba a través de las copas de murra que contenían nuestro zumo de pera recién exprimido y las hacía resplandecer. Popea alzó una para jugar con los efectos de la luz.

—No me encuentro demasiado bien. —Suspiró—. Quizá otro día.

—Podemos ir en litera. No tendrás que hacer ningún esfuerzo —señalé—. Es el día perfecto para verla.

—Muy bien —dijo mientras mordisqueaba un higo seco—. ¿Pero hay algún sitio en el que pueda acostarme si necesito hacerlo?

—Ordenaré que lleven ahí una cama —le prometí.

La litera nos depositó en la cima del monte Opio, donde se estaban preparando unos delicados pórticos y jardines. Bajamos y nos quedamos mirando la ciudad, con el palacio residencial y su lago a nuestros pies. Acababan de llenarlo, y sus aguas, procedentes del acueducto de Claudio, centelleaban.

—El palacio residencial debería estar listo para que nos mudemos a él este invierno. Como ves, el lago está terminado. Se está trabajando en los jardines y los terrenos, y al final de todo llegarán los animales.

—¿Tendremos pavos reales? —quiso saber—. Me gustan mucho los pavos reales.

—Ya he encargado una docena de un proveedor de Sicilia.

—Y por encima de todo se elevará la estatua colosal —dijo con una risita—. ¿Qué tal le va a Zenodoro con ella?

Sabía que era lento y que, incluso en el mejor de los casos, tardaría mucho tiempo.

—Bastante bien —respondí.

Sopló un viento seco y juguetón que levantaba las hojas a su paso. Estas danzaban y revoloteaban, y las que aterrizaban en el suelo se perseguían a nuestro alrededor. Aplastamos algunas, encantados con el modo en que crujían.

Señalé un espacio abierto junto a los jardines de la cima.

—Aquí tengo pensado construir unas termas, tanto con agua de mar como con agua sulfurada —expliqué—. Pero eso será más adelante.

—¡Gracias a Zeus que algo se hará más adelante! —dijo—. ¿Es tu forma de intentar ahorrar?

—Puede. Puede. —Reí—. Ven, entremos en el pabellón. —Le tomé la mano y bajamos desde la cima de la colina hasta la amplia terraza de piedra a

la que daban las estancias. La fachada del edificio se extendía más allá de donde alcanzaba nuestra vista.

—¿Dónde se acaba? —preguntó Popea tras soltar un grito ahogado.

—Ya viste los planos. Sabes que mide mil doscientos pies de longitud. Tiene más de doscientas habitaciones.

—Pero un plano no muestra cómo será realmente. Por todos los dioses, es... es...

—¿Extravagante?

—Esa no es la palabra que estaba buscando. Peligroso. Es peligroso, políticamente, haber construido algo así.

—Satisfará una necesidad. Roma necesita un lugar céntrico para el arte, para las reuniones, para las celebraciones, aparte de las dependencias donde vive el emperador, que deberían ser privadas. Ya lo verás. Se utilizará constantemente, y los romanos no sabrán cómo alguna vez se las habían apañado sin ello.

«Y cumplirá un propósito más ambicioso. Reflejará la gloria del dios Sol y su morada predilecta.»

No contestó.

—¡Ven, vamos! —Hice un gesto para que entrara conmigo en el edificio.

Cada habitación daba directamente a la terraza, y como no había puertas interiores que cerrar, la luz del sol podía penetrar muy adentro hacia la segunda hilera de habitaciones y más allá. El estuco, recubierto de pan de oro, ampliaba la luz y hacía relucir la estancia. Cristales y gemas también captaban la luz y centelleaban cuando pasábamos bajo ellas.

—¿Comprendes ahora por qué la llamé Domus Aurea, la Casa de Oro? —le pregunté—. La luz junto con el oro la convierten en la casa real del sol.

«El dios Sol. Inaugurar su casa marcaría el comienzo de la edad de oro de Roma.»

Recorrió el perímetro de la primera sala, maravillada de los frescos y las incrustaciones del mármol.

—Esta es una de las más pequeñas —señalé mientras la llevaba hacia el peristilo del interior. Incluso allí nos siguió la luz.

Soltó un grito ahogado. Oímos el murmullo del agua; una cascada en la parte posterior del peristilo caía sobre una taza de pórfido con patas enormes, que tendría fácilmente diez pies de diámetro. Nos acercamos al borde y contemplamos el fondo a través del agua cristalina. El agua rebasaba la taza y fluía suavemente por un canal hacia el exterior de la estancia.

—Oh, hay más —dije, dirigiéndome hacia otra habitación, esta con el tema de Ulises. En el techo había un mosaico de Ulises ofreciendo una copa de vino a Polifemo, la primera de muchas que supusieron su perdición al emborracharse—. Un mosaico en el techo, algo que nunca se ha hecho.

—Me da vueltas la cabeza —dijo Popea—. No necesito ver más.

—Oh, pero tienes que hacerlo. Tienes que ver una cosa más antes que los invitados para que cuando se asombren, tú puedas permanecer indiferente.

Nos dirigimos hacia el este, hacia el gran jardín donde recibiría a los invitados, y nos detuvimos.

—Cierra los ojos —pedí—. No te preocupes, yo te guiaré. —Le tomé la mano y salimos al jardín.

—Estamos fuera —dijo—. Noto el sol y el aire.

—No mires todavía —indiqué, doblando hacia la izquierda y avanzando hasta que llegamos a una gran terraza abierta. Entramos en ella y la llevé casi hasta el centro.

—Ahora —dije—. Abre los ojos.

Estábamos en la sala octagonal. El sol era un círculo brillante de luz que se colaba por el óculo e iluminaba el reluciente mármol blanco. Resplandecía tanto que nos lastimaba los ojos.

Se quedó callada, mirando hacia arriba, impresionada. Entonces se volvió hacia mí.

—Perdóname —dijo—. Te cuestioné, como si fuera un palacio corriente. No sabía que rivalizaría con los dioses.

Tiré de ella hacia mí, y cuando la tuve a mi lado la rodeé con los brazos.

—El enorme espacio abierto... ¿cómo se sostiene el techo sin pilares? Se eleva en el aire como si él mismo fuera de aire —exclamó.

—Tiene ocho soportes, pero están adosados a las paredes. —Señalé uno.

—Es mágico —aseguró.

—Con la ayuda de Celer y Severo —dije.

Cuando nuestros ojos se adaptaron a la luz brillante, pudimos ver las obras de arte dispuestas alrededor del borde del espacio: bronce de gálatas caídos en combate, traídos de Pérgamo; una amazona de Atenas; y la estatua del sacerdote de Troya y sus dos hijos atacados por una serpiente de mar, de mi villa de Anzio.

—Utilizaré este espacio como galería de arte, con obras que puedan cambiarse. Las cinco salas adyacentes al octágono forman parte del complejo y comparten paredes con él, por lo que también pueden usarse. La más grande tiene una cascada y una fuente.

No revelaría la última sorpresa de la sala octagonal: el techo giratorio. Sí, los obreros lo habían arreglado y ahora esperaba, tapado, a ser puesto en su sitio cuando cayera la noche el día de la celebración. Había que reservar algo para sorprenderla junto con todos los demás.

Fue a la habitación donde el agua fluía hacia la fuente. Los mosaicos la decoraban con escenas marinas: olas azules, peces, estrellas de mar y valvas. Se sentó en el borde de la taza y hundió la mano en el agua.

—Aquí se está muy tranquilo —comentó. Hasta la cascada murmurada en lugar de chapotear.

Me senté a su lado. El agua formaba ondas en la taza, relajante, sin sobresaltos.

—Sigo sin encontrarme bien. ¿Ha llegado ya la cama para poder acostarme?

—Voy a ver —contesté, levantándome. Había ordenado que la llevaran a la habitación de Héctor, que quedaba cerca. Era la única estancia a pocos pies de la sala octogonal, por lo que enseguida pude comprobar que la cama había llegado.

—Sí, ven —dije tras regresar a su lado.

Se encaminó hacia la cama, sin mirar la habitación en sí, se tumbó boca arriba y cerró los ojos.

—No sé qué me pasa. Va y viene durante el día. —Inspiró hondo varias veces.

—Descansa entonces.

«¿No es estupendo ser emperador y hacer que lleven una cama donde tú quieras?»

Pasados unos minutos empezó a interesarse por lo que la rodeaba, y contempló los frescos que había hecho Fábulo.

—¿Qué representa este? —preguntó, señalando uno grande en la parte superior de la pared, rodeado de un marco pintado de color marrón, azul y ocre. Una figura con casco que empuñaba una lanza larguísima y un escudo estaba frente a una mujer que cargaba un niño envuelta en un manto ante una muralla, y otra figura envuelta en una capa aparecía en la entrada.

—Son Héctor y Andrómaca —respondí—. Héctor se despide de ella antes de enfrentarse a Aquiles.

—De modo que es su última despedida —comentó—. ¿Por qué elegiste esta escena?

—Porque lo que me interesa de los personajes de la *Iliada* es su aspecto

humano, no sus actos heroicos. Esta despedida, no su lucha con Aquiles, fue lo más valiente y más duro que hizo Héctor.

Había delante otro marco a juego que todavía estaba vacío.

—¿Qué va a ir ahí? —preguntó Popea.

—Todavía no lo he decidido —admití.

—Pues déjame hacerlo a mí —pidió—. Por favor, di a Fábulo que represente a Protesilao y Laodamia. Fue la primera tragedia de la guerra de Troya. —Se incorporó—. Cuando Laodamia se enteró de que su marido había muerto, suplicó poder pasar tres horas más con él y los dioses le concedieron este deseo. Si alguna vez te pasara algo, como temí que ocurriera en la carrera de carros, suplicaría lo mismo a los dioses.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Igual que haría yo si fuera al revés. Tres horas más..., solo tres horas. Pero ahora disponemos de infinitas horas, o lo que parece serlo. ¡Oh, tenemos que valorarlas mientras las tenemos! —Hundí mi cara en su pelo, incapaz de permitirme imaginar que ella no estuviera a mi lado—. Sí, se lo encargaré a Fábulo. Te lo prometo.



## XXVI

Cabía esperar que miles de personas respondieran a mi invitación a toda la ciudad, pero había pedido a mi grupo literario que viniera primero para hacer una visita privada. El grupo había dejado de reunirse y quería reavivarlo, y proporcionarle el mayor incentivo para hacerlo: un ambiente que favoreciera la experiencia creativa.

Petronio fue el primero en llegar. No lo había visto desde la reunión de Pan.

—He estado en Cumas. El polvo y el ruido de la reconstrucción de Roma eran demasiado para mí. Avisadme cuando se haya terminado —soltó. Estábamos en la terraza de piedra, contemplando el lago mientras esperábamos a los demás—. Tienes que ser descendiente de un antiguo babilonio. ¿Cómo, sino, explicas estos jardines colgantes? —Señaló las terrazas que descendían, adornadas con enredaderas—. Pero esta... casa... más bien parece inspirada en Persépolis.

—¿Estás insinuando que soy una combinación de Nabucodonosor y Darío? —pregunté.

—Bueno, hay en ti algo del amor oriental por el lujo —soltó en lugar de echarse a reír y negarlo—. Bastante poco romano. —Me miró con la diversión reflejada en su rostro taciturno—. ¿Qué llevas puesto? —preguntó, alargando la mano hacia mí.

Había prescindido de la toga y había elegido una túnica larga de reluciente hilo de oro. Yo sabía lo que denotaba, pero ese era mi secreto. Habría sido un insulto al dios Sol inaugurar su palacio vestido de cualquier otro modo.

—Llamo a este edificio «Casa de oro», y mi atuendo lo refleja —contesté.

—Ya lo creo que refleja. Deslumbra —soltó, protegiéndose los ojos con la mano.

Como el sol. Como tenía que ser.

—¿Has estado escribiendo en Cumas? —pregunté para cambiar de tema.

—Sí, he terminado más capítulos de mi *Satiricón*.

Iba a decirle que tenía ganas de leerlo, pero entonces llegaron Espículo y Lucano a la vez. Me volví para darles la bienvenida.

Espículo, un poeta que también había luchado como gladiador, lucía una amplia sonrisa.

—Saludos, César —dijo, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿A qué debemos este honor? —inquirió Lucano, a su lado.

Su pregunta me sorprendió.

—Como amigos y compañeros escritores míos, sois los primeros a los que deseo recibir aquí.

—Como digas —respondió sin alterarse.

—Es realmente un honor —añadió Espículo—. Y lo valoro mucho. Por supuesto, yo solo soy gladiador, no senador como tú.

—En la casa de las Musas, todos somos iguales —dije.

Justo entonces llegó Pisón, solemnemente ataviado con su mejor toga senatorial.

—¿Llego tarde? —preguntó en tono de disculpa.

—En absoluto. Quedémonos aquí un momento y disfrutemos de la vista. Si tenéis alguna pregunta sobre los terrenos, preguntadme, por favor.

Me volví hacia el valle. Era última hora de la mañana, y el sol de octubre se desplazaba hacia el sur, desde donde pronto iluminaría con toda su fuerza el pabellón. Una ligera brisa impregnada del olor de las hojas caídas nos llegó desde el valle.

Pero se quedaron callados hasta que finalmente hablé yo.

—Entremos —dije, y los conduje hacia la primera puerta abierta para recorrer después el laberinto de habitaciones, todas iluminadas por el sol, hasta la sala con la fuente y el mosaico de Ulises en la que ahora había algo más: una estatua de mármol que descansaba majestuosamente en medio de la fuente y el fresco de Apolo tocando la cítara que había rescatado de las ruinas cerca de la casa de Augusto, en una pared. Se habían dispuesto sofás con cojines de colores a juego con el suelo de mármol blanco y negro. Aunque la ingeniería arquitectónica garantizaba que la sala recibiera luz natural, había varias lámparas de bronce disponibles.

—Este será nuestro retiro, un espacio dedicado al arte —anuncié, recorriendo la habitación con mi brazo.

—¿Me equivoco o es Terpsícore? —preguntó Petronio.

—Sí. La Musa de la poesía lírica —confirmé—. ¿Quién podía ser más adecuado para nosotros?

—Pero no es la original —informó Lucano, ladeando la cabeza. Dio la vuelta a su alrededor con actitud crítica.

—Claro que no —intervino Petronio—. Praxíteles trabajaba con bronce. Todo el mundo lo sabe. Esta es de mármol; una copia, por tanto.

—Los gladiadores no somos tan expertos —dijo Espículo.

—Tú eres experto en lo que es crucial —le aseguré—. Cuando las palabras son fútiles y débiles, una espada ofrece protección vital.

—Ah, pero estoy aquí para mejorar mis palabras, no mi manejo de la espada —dijo.

Pisón se había plantado delante del fresco.

—Es como si me hablara —comentó.

—A mí me pasa lo mismo —aseguré. Bajo la luz del interior, los colores eran más suaves y más cálidos, lo que realzaba el retrato.

Les señalé los sofás y ocupé mi lugar en uno de ellos.

—Petronio ha estado ocupado con su *Satiricón* —dije—. Confieso que yo últimamente he hecho poco, por motivos obvios. ¿Y el resto de vosotros? Solo fuera de Roma podéis haber disfrutado de la paz suficiente para producir obra creativa.

Espículo se movió en su asiento, intentando encontrar una forma de acomodar su musculoso cuerpo.

—Las arenas estaban cerradas, por lo que, aparte de entrenar, he dispuesto de una cantidad inusual de tiempo para componer. He estado trabajando en una serie de poemas pastoriles.

—¡Ah, un gladiador pacífico! —soltó Lucano—. Algo contradictorio.

—Todos nosotros somos contradictorios, Lucano —dijo Pisón—. Tú más que otros, diría yo.

—Cierto —afirmó Lucano con una carcajada y, después, añadió—: ¿Y qué hay de ti, Pisón?

—¿Como persona contradictoria o como escritor?

—Podemos dejar pasar lo primero. ¿Qué has escrito desde la última vez que nos reunimos?

—He escrito dos obras. No llevarán a Sófocles a la quiebra, pero...

—Ni a Séneca tampoco, según tengo entendido —dije—. ¿Ha leído alguien sus obras?

—No —corearon deprisa. Demasiado deprisa. O sea, que las habían leído. Habían leído *Octavia*. Eso respondía a mi pregunta sobre para quién la había escrito Séneca; la había escrito para que la leyeran todos los romanos cultos.

—Yo sí —añadí intencionadamente—. Las he leído con atención. Tiene una imaginación muy activa. Aunque los escritores necesitamos tenerla, claro. Creamos seres y lugares a partir de nuestras fantasías etéreas. Pero,

como son irreales, se desvanecen cuando intentamos demostrar que son auténticas.

Me miraron inocentemente mientras se producía un largo silencio.

—Tendríamos que invitar a Quinciano a unirse a nosotros —soltó Pisón para alejar la conversación de los bajíos de Séneca—. Escribe poesía.

—¿De veras? —Era una sorpresa—. Bueno, pues se lo pediré.

Había llegado la hora de los refrigerios, así que hice un gesto al esclavo de servicio y este apareció unos minutos después con vino, membrillos de Cos y almendras de Naxos. Sirvió un poco de vino en una de las copas de murra que había elegido para la ocasión y, una vez lo caté, le indiqué con la cabeza que llenara las demás.

—Ya que tenemos aquí a la Musa griega, beberemos el legendario vino de Lesbos.

Hubo un murmullo de sorpresa y placer.

—Creía que ya no existía —dijo Lucano.

—Todavía hay unas pocas reservas.

«¿No es estupendo ser emperador y conseguir cualquier vino excepcional que desees?»

El esclavo repartió las copas. Petronio dio un sorbo, alargó la copa y la contempló.

—Tengo dos como esta —afirmó—. Bueno, en realidad, con más colores del arcoíris.

—Te las compraré encantado —aseguré.

—No, les tengo demasiado cariño —respondió Petronio, sacudiendo la cabeza. Olisqueó el borde—. La piedra posee un delicado aroma propio. ¡Extraordinario!

Todo el mundo dio un sorbo y las copas estuvieron enseguida vacías. El esclavo volvió a llenarlas.

El vino de Lesbos era famoso por su buqué; tenía un ligero sabor a hierba dulce. Lo inhalé y me transportó a un prado lejano, en la isla, con las olas lamiendo la orilla y el viento soplando entre los juncos.

A la tercera copa, el ambiente se relajó. Pregunté a cada uno de ellos qué línea escrita por alguno de los presentes les gustaba más, si podían acordarse desde la última vez que nos habíamos reunido.

Espículo se lo pensó un instante y dijo:

—Me gustaron aquellas líneas tuyas, Petronio, que decían: «El infortunado Tántalo, tan maldito, no puede comer rodeado de frutas ni beber rodeado de agua. ¡Es el símbolo del avaro! Acumula sin fin pero tiene miedo, desdichado en medio de tantas bendiciones.»

Le había llegado al alma a Petronio, lo vi.

—Gracias, Espículo. ¡Qué memoria! Y estas líneas son algo en lo que me mantengo firme: tenemos que aprovechar la abundancia que nos rodea. No contenernos. No hay peor avaro que aquel que da la espalda a lo que podría obtener. —Y, para dejarlo claro, tomó un membrillo y le dio un sonoro mordisco.

¿Por qué criticaba entonces la Casa de Oro? Al construirla, ¿no había hecho yo exactamente lo que estaba él ensalzando?

—Mis líneas favoritas son del tercer libro de la *Guerra civil* de Lucano — dije—. «O ningún sentimiento es dejado por la muerte a la mente, o la muerte misma no es nada.»

—Gracias —dijo Lucano—. Creí que tu línea favorita habría formado parte del elogio que te hacía al principio de la obra. ¿No te gusta «Tanto si eliges empuñar el cetro como subir al carro flamígero de Febo y alumbrar con errante fuego la Tierra, que no sentirá ningún temor ante el cambio del sol, todas las divinidades te cederán su puesto y la naturaleza dejará a tu albedrío qué dios deseas ser.»?

¿Me estaba acusando del incendio? ¡Qué indirecta más maliciosa! Pero lo que no podía saber era que había montado en el carro de Febo, del mismo dios Sol. No se imaginaba que su burla simplemente confirmaba la realidad.

No reaccioné, sino que me limité a preguntarle:

—¿Cuál es tu línea favorita de las que yo he escrito?

—Oh, nunca podría olvidar: «Se diría que tronaba bajo la tierra.» Puedo oír el estruendo, el gruñido, en las entrañas de la tierra. Sí, las entrañas.

Oí que llegaban invitados. Despedí a los miembros del grupo, indicándoles que se reunieran fuera con los demás. Me serví un puñado de almendras, dulces y crujientes. Y me preparé para el evento principal.

El patio se estaba llenando de gente que se congregaba y arremolinaba en él. Ante mis ojos se extendía un mar de togas blancas, austeras bajo el sol de mediodía. El efecto general quedaba mitigado por los vestidos de diversos colores, azul cielo, amarillo y rosa, de las mujeres. Cuando salí, todo el mundo se volvió para mirarme, formando una espiral en cuyo centro estaba yo.

—Os doy la bienvenida a la Casa de Oro —dije—. Es vuestra casa además de la mía; es una casa para toda Roma.

Habría jurado que había oído murmurar a alguien «Es lógico. Ocupa toda Roma.» Pero solo vi sonrisas y gestos de aprobación.

—Por favor, disfrutad de las vistas y del sol, y enseguida os recibiré como invitados en el interior de la casa.

Siempre que había una multitud, aunque fuera de pretendidos amigos, era prudente tener a los pretorianos a mano, discretamente apostados. Tigelino y Fenio estaban en guardia, de uniforme, y sus colegas Subrio Flavio y Sulpicio Ásper estaban cerca, aunque sumidos en las sombras del pórtico.

Me detuve para hablar con Tigelino y Fenio y preguntarles si habían observado algo extraño.

—No —respondió Tigelino—. La gente parece haber venido por curiosidad más que por otra cosa.

—Oí mencionar la carrera del Circo Máximo —respondió Fenio—. Eligieron cuidadosamente sus palabras porque sabían que podía escucharlos.

—¿Y bien? —quise saber.

—Pues... la veían con recelo.

—Eso es porque tú lo haces, Fenio —soltó Tigelino enseguida—. Admítelo. Oyes lo que quieres oír.

—Todos lo hacemos —respondió Fenio—. Lo que no significa que no se dijera.

—Yo no oí tales palabras —dijo Tigelino.

—Como tú mismo has dicho, oyes lo que quieres oír.

Miré a Fenio. Últimamente había cambiado, no había duda de ello. Su rostro juvenil seguía pareciendo sincero, pero ¿qué se ocultaba realmente tras él? Un rostro sincero podía ser la mejor máscara de todas.

—Mantened las orejas, y también la mente, abiertas hoy —les ordené, y me volví en busca de Sulpicio y Subrio entre las sombras. Los saludé para agradecerles su servicio.

Sulpicio se habría encogido de hombros, pero tanto su postura como su actitud rígidas, lo hacían imposible. Si la madera pudiera cobrar vida, tendría el aspecto de Sulpicio.

—Es mi deber —dijo.

—Estaremos todos alerta —afirmó Subrio con una sonrisa mientras toqueteaba su espada. Echó un vistazo a su alrededor, girando su fornido cuerpo, y examinó a la gente reunida—. Parecen bastante inofensivos.

—En cuanto a la plebe que irá a las terrazas inferiores, hemos apostado a



veinte pretorianos más. Esas son las personas que pueden causar problemas —explicó Sulpicio, con la desaprobación reflejada en todo su cuerpo.

—O no —repliqué—. No siempre es evidente quién causará problemas. Continúad.

Agradecí disponer de unos soldados tan profesionales para protegerme, pero ¿por qué me intranquilizaban? Recordé a Calígula y sus guardias. Tenía que hablar con Tigelino, en quien confiaba. ¿Pero debería confiar en él siquiera?

Alejé estos pensamientos y regresé con el sol y la gente.

Vi que había un grupo formado por mis antiguos invitados al palco imperial, a los que no había visto desde la carrera. Popea estaba con ellos. Por un momento, antes de reunirme con ellos, me quedé mirándola, con su vestido amarillo que realzaba las ricas tonalidades ámbar de su pelo. La brisa agitaba la delicada tela, que se abrazaba a su cuerpo, pero todavía estaba delgada y no se le notaba el embarazo.

Me uní a ellos. Vestino era el que estaba más cerca de Popea, y me saludó efusivamente.

—Perdí dinero en esa carrera —dijo—. ¿Por qué no me diste información privilegiada?

—No podía hacerlo —respondí—. No sabía qué pasaría.

—Es curioso. Si el emperador compite, lo que pasará no es ningún secreto —bramó Laterano.

—Nunca se sabe —dije. La carrera no estaba amañada. ¿Por qué nadie, aparte de mí, podía valorarlo?

—¿Por qué no nos lo contaste? —Escevino habló en tono acusador—. ¿Por qué nos mantuviste en la ignorancia?

—Puede que tuviera miedo de no llegar a hacerlo —soltó Laterano.

—No seas grosero —intervino Popea—. El emperador no es ningún

cobarde. Pero no está obligado a anunciar todo lo que hace, como tampoco lo estás tú.

—Discúlpame —dijo Laterano tras chasquear la lengua.

Cuando la conversación cambió de tema y la gente se dispersó, Estatilia vino a mi encuentro.

—No les prestes atención —pidió—. Tienen envidia. Ninguno de ellos se habría atrevido a hacerlo, y lo saben. Y tú lo sabes. Y saben que tú lo sabes. —Soltó una carcajada grave, gutural—. Lo cierto es que estuviste impresionante. Por lo menos, a mí me impresionaste. —Su tono dio a entender que rara vez la impresionaba nada.

Estaba muy cerca de mí, pero no lo suficiente para ser indecorosa. Olía su perfume, un olor a musgo que, profundo y embriagador, se hacía eco de su voz.

—Puede que tengas razón —dije—. No dejaré que sus comentarios me arruinen el orgullo que siento por ello. Hacía años que quería hacerlo y me estaba prohibido.

—¿Prohibido? ¿Siendo el emperador? —preguntó, escéptica.

—El emperador está sujeto a muchas limitaciones, te lo aseguro.

—Eso díselo a mi marido, el republicano.

Me dejó de piedra, primero la idea y después su audacia al afirmarlo.

—¿Todavía quedan republicanos? —Habían pasado casi cien años desde el final de la República y el ascenso al trono del emperador Augusto, llamado antes simplemente Octavio. No quedaba gente que hubiera vivido personalmente la República. Pero la idea de ella, el fantasma de ella, ¿perduraba?

—Todavía quedan republicanos —confirmó Estatilia—. Anhelan la República, como solamente puede hacer alguien que jamás ha vivido en una. Es una fantasía, claro.

—Inofensiva, espero —dije—. Ven. Tenemos que entrar. —Hice una señal a Popea, que se reunió con nosotros. El resto de la gente nos siguió.

Accedimos a la estancia que daba directamente al patio, una enorme sala de visitas con un techo dorado y elaboradamente decorado, y paredes de rico mármol multicolor de lugares remotos de todo el imperio que resplandecía bajo la luz del sol. A pesar de la cantidad de gente que había, cupo toda en ella.

Todo el mundo se quedó callado, atónito, alargando el cuello para asimilarlo todo. Después, un murmullo de aprobación recorrió la concurrencia. Un hombre exclamó: «¡Es la casa de un dios!», pero yo respondí: «No, es la casa de un ser humano. No es el Olimpo. Es solo nuestra burda imitación de él.»

La visita siguió por el ala oeste, con su jardín interior y la cascada que caía sobre la taza de pórfido, y después, hacia la estancia con el mosaico de Ulises y la estatua de la Musa, que llamé mentalmente la Sala Literaria. La gente se entretenía por el camino, mirando las habitaciones a cada lado, maravillándose con los dibujos de los distintos mármoles: rojo intenso de Tenaro, amarillo de Numidia, verde serpentino de Egipto. A continuación regresamos hacia el ala este y los llevé a una gran sala de visitas con frescos de la guerra de Troya, con un magnífico Aquiles como elemento principal en el techo. Pero era Aquiles asumiendo su papel de guerrero, el momento en que aceptó su destino y tomó por primera vez la espada y el escudo en Esciros. Este es el momento verdaderamente importante en la vida de una persona: cuando oye su llamada y la sigue. Esto es lo que separa a los héroes de los demás hombres.

Estábamos ya cerca de la sala octagonal. Salía de ella una intensa luz, que nos atraía hacia su fuente como un faro. Los llevé y retrocedí hacia una de las habitaciones anexas para que la contemplaran repentina y personalmente. El

enorme círculo abierto dejaba entrar el sol como el ojo de Zeus. Sus rayos cálidos y blancos parecieron cegarlos cuando permanecieron atónitos bajo él.

Se quedaron sin habla un buen rato, y la emoción que sentí al ver su asombro me hizo temblar. Sí, esto era lo que podía, lo que debería hacer el arte. Dejarnos mudos de asombro. A mi lado, Popea tomó mi mano.

Finalmente, entraron en las salas adyacentes, de modo que pudieron entrar los siguientes, que repitieron su estupefacción y su asombro.

Solo cuando la sorpresa había empezado a desvanecerse, se fijaba la gente en las obras de arte repartidas por la sala: obras maestras que en cualquier otro momento habrían captado toda su atención, pero que la maravilla arquitectónica del techo deslucía.

Para cuando todo el mundo había visto la habitación era última hora de la tarde, y el banquete ya estaba a punto en el salón de la Bóveda Dorada. La inmensa habitación albergaba los triclinios y las mesas que acomodarían fácilmente a todos los comensales. En el centro de la sala, en una mesa gigantesca, con varios niveles, estaba dispuesta la comida. Los invitados podían acercarse, elegir y pedir a los esclavos que se la llevaran a su mesa. Lo mismo ocurría con el vino: había una hilera de ánforas de muchas variedades con esclavos que indicaban la cosecha. Antes de que la gente se dirigiera a su triclinio, de modo que podría elegir libremente a sus compañeros de cena, les di la bienvenida.

—Es con un enorme placer y orgullo que os invito a cenar aquí conmigo —dije. Tuve que alzar la voz para llegar a todos los rincones de la habitación.

Mientras hablaba, los esclavos encendían los elaborados candelabros, porque pronto iba a oscurecer. El sol poniente, que pintaba del color dorado

de la miel la parte superior de las paredes y la bóveda, se estaba desvaneciendo.

—Roma es un imperio poderoso —afirmé—. Se extiende desde muy al norte, en Britania, hasta la primera catarata del Nilo. Desde agrestes bosques cubiertos de neblina hasta arenas calientes. Y cada lugar nos proporciona sus exquisiteces. Aquí encontraréis algunas de ellas. —Recorrí la mesa arriba y abajo—. Aquí tenemos jamón de la Galia. Pescado en salazón de Hispania. Granadas de Chipre. Aceitunas de Portugal. Dátiles de Jericó. Caballa de Helesponto. Peras de Siria. Y un favorito... caracoles de Mallorca.

Un suspiro satisfecho se elevó de la concurrencia.

—Y, por supuesto, el surtido habitual de productos locales del mar: sardinas, anchoas, lampreas, pulpo, mújol. Caza: liebre, jabalí, venado, perdiz. Fresco de los huertos y los campos: remolacha, puerro con menta, pepino, setas, trufa, palmitos, bulbos de flores silvestres en vinagre. Quesos, ahumados y condimentados. Todos los frutos secos imaginables: nueces, hayucos, pistachos, castañas, avellanas, almendras, piñones.

Todo esto estaba dispuesto con mucha maña en bandejas de oro.

—Pero ni siquiera el poderoso Imperio romano puede mandar sobre las estaciones, por lo que hoy no tenemos cerezas. —Unas tenues risas—. Pero sí manzanas, peras, higos, uvas y moras.

Señalé los montones de frutas. La gente los miraba con una expresión inconfundible de avidez en los ojos.

—Y, por último, si os apetece algo dulce, hay panal de miel en vino añejo, pudín y piñones.

Me aparté para que se acercaran y eligieran. Me dirigí hacia el grupo de triclinios situados al fondo de la habitación, algo separados de los demás, donde cenaría, aunque después daría una vuelta por los demás lechos para hablar personalmente con los invitados.

Popea, naturalmente, estaba conmigo, y Vitelio ocupó su lugar en uno de los triclinios. Quinciano deambulaba por la sala con aspecto de estar perdido, de modo que le hice un gesto para que se acercara. Pisón y Atria lo siguieron, y, después, un hombre llamado Antonio Natalis, un amigo de Escivino. Finalmente, Vestino y Estatilia se unieron a nosotros, con lo que llegamos a los nueve.

Me recosté en el triclinio, contento de poner los pies en alto. Todavía me dolían un poco de afianzarlos durante la carrera para no desequilibrarme en el suelo flexible del carro.

Popea se inclinó hacia mí.

—Me alegra recostarme —susurró.

—A mí también —respondí. Me preocupé; ¿todavía se encontraba mal?

Antonio Natalis se arrellanó delante de mí y se inclinó hacia delante. Tenía una mata de reluciente pelo castaño oscuro que me recordó el pelaje de una marta.

—Buena carrera en el circo —comentó—. Fue toda una sorpresa verte en la arena ese día. Pero tengo que confesarte que como no sabía que ibas a competir, había apostado por los Blancos.

—¿Apostate en contra del emperador? —preguntó Vestino, con una sorpresa fingida en la voz—. ¿No sabes que eso es ilegal?

—¿Es tu republicanismo el que habla, Vestino? —pregunté sin darle importancia, como si estuviera bromeando.

—Ni mucho menos. ¡Es puro sentido común! —contestó, tomando una copa de un esclavo que pasaba—. Un buen republicano es ahorrativo y nunca apostaría.

Hicimos venir a la hilera de esclavos para elegir vino de sus ánforas. Recitaron obedientemente los que había disponibles: ¿Tarentino? ¿Caleno? ¿Albano? ¿Espolentino? ¿Falerno? ¿De Quíos? ¿De Cnossos?

—Elegid el que os guste, no el que os debería gustar. ¡Petronio no está aquí para juzgaros! —dije, señalando el tarentino, un vino ligero que no te emborrachaba fácilmente. Esa noche quería tener la cabeza despejada.

Atria dejó que Pisón hiciera todas sus elecciones; alargó la copa para tomar el mismo vino que él y ambos tenían idéntica comida en el plato. Los demás eligieron cada uno por separado. Natalis quiso el albano seco. Quinciano eligió el caleno, un vino ligero muy apreciado por los entendidos. Lo sorbió con delicadeza.

—¡Caramba, este es de una cosecha excelente! —exclamó tras relamerse los labios con las cejas arqueadas.

Todo el mundo gimió.

—¡Quinciano, qué sibarita eres! —soltó Vestino—. A mí servidme nomentano, si es que tenéis algo tan humilde.

—El emperador nunca tendría algo así, querido —dijo Estatilia. Me miró directamente con sus ojos grises—. Es demasiado refinado. Tendrás que recurrir a la bodega de los esclavos cuando lleguemos a casa y servirte tú mismo.

Vitelio se movió hasta quedarse prácticamente boca abajo, intentando encontrar una postura cómoda para su cadera lesionada. Encorvó sus anchas espaldas para mirar su plato.

—Hay sitios peores a los que ir —afirmó—. Sé lo que me digo, me he surtido de las cosas, de todo tipo, que ofrecen muchas veces.

—Venga, brindemos por el hombre que está en casa, dondequiera que se encuentre —dijo Pisón, alzando la copa.

Varios grupos de músicos, con liras y flautas, tocaban en cada rincón de la sala, pero apenas se los oía por encima del parloteo. Más tarde llegarían otros artistas: acróbatas, bailarines y actores que recitarían pasajes famosos. Se retirarían las mesas con la comida y el centro de la habitación sería para ellos.

Cuando llegaron, quedó claro que había contratado a los mejores, e hicieron unas actuaciones espléndidas que cautivaron a los espectadores, que dejaron incluso de cotillear y de beber para mirarlos.

Finalmente, el banquete concluyó. Al acabar el espectáculo, recorrí los diversos triclinios para hablar con la gente. Vi a Seneción en uno de los rincones más alejados. Me acerqué a él, recordando lo que Actea me había contado sobre su visita y sus preguntas.

Se incorporó, sobresaltado, apartándose el pelo de la frente.

—Tendrías que haberte reunido con nosotros —dije, señalando el lugar donde había estado—. Hace mucho tiempo que no te veía. Desde la fiesta de Petronio, creo.

—Sí. He estado fuera de Roma —contestó.

«Eso me han dicho», pensé.

—¿Y dónde has estado? ¿Viajando?

—Sí, he ido a mi villa, cerca de Nápoles. Ya sabes, para esperar a que aquí hubiera terminado la reconstrucción. Había demasiado ruido, y todavía se estaban pavimentando muchas calles. —Soltó una carcajada quejumbrosa.

—¿Te parece divertido? —pregunté. No tenía el menor deseo de permitir que se relajara, más bien todo lo contrario.

—No, no, claro que no —contestó—. Perdóname.

—¿Por qué? —Dejé la pregunta en el aire—. No será por reírte, desde luego. Porque hay que encontrarle la gracia a lo que nos rodea, si es posible. Es lo que hace que la vida sea soportable.

—Por supuesto —dijo.

Lo dejé y me dirigí hacia el centro de la sala. Había caído la noche y la luz, procedente exclusivamente de cientos de lámparas de aceite, era amarillenta. Había llegado el momento de dirigirme a todos los comensales y presentar la apoteosis final.



—Seguidme para la última presentación del día —pedí, y regresé a la sala octogonal.

Estaba en una penumbra casi total cuando llegué, convertida en una cueva oscura, salvo por unas pequeñas lámparas dispuestas en el suelo. Los esclavos no encendieron los grandes lampadarios para inundarla de luz hasta que la gente no se había reunido en ella.

Sobre nosotros, el techo de mármol estaba colocado y giraba despacio. Los esclavos levantaron las antorchas encendidas hacia arriba para iluminarlo.

—¡El sol de día y las estrellas de noche! —exclamé.

Los doce signos del zodiaco estaban grabados en el marfil, y del centro del disco cayeron pétalos de rosa formando una lluvia roja y blanca.

Todos los presentes se quedaron sin habla, boquiabiertos de asombro.

## XXVII

Se habían ido. La enorme concurrencia había partido ya de noche, murmurando y llevándose recuerdos: pétalos de flores, servilletas manchadas de vinos raros, lámparas de aceite robadas, selladas con imágenes de la Casa de Oro. Ni siquiera los senadores se abstuvieron de llevarse lámparas e incluso pequeñas bandejas de oro ocultas bajo los pliegues de sus togas.

—Quieren un recordatorio tangible del evento —dije a Popea, no sin satisfacción.

A nuestro alrededor, los esclavos estaban ordenándolo todo, barriendo los pétalos de flores aplastados y llevándose las copas y los cojines.

—Ven. Vamos afuera —pedí. Todavía no había tenido ocasión de observar lo que estaba pasando en los niveles inferiores.

Salimos al patio de piedra, y el viento fresco de otoño nos trajo un sonido festivo. Cuando nos acercamos al borde de la terraza, vi antorchas, oí cantos, vi bailes animados. Estaban festejando, y eso me complació.

—La plebe se queda hasta más tarde que la gente rica —señaló Popea—. ¡Escúchalos! ¡Qué escandalosos son! Peor que un corral lleno de gallos.

—O pavos reales. —Reí—. Teniendo en cuenta que el pavo real es el ave especial de Juno, me sorprende que tenga una voz tan fea.

—Todo lo hermoso tiene un lado feo.

—Tú no. —La rodeé con los brazos y la acerqué a mí.

—No lo ves en mí porque no deseas verlo —dijo—. Pero hay cosas en mí que enturbian lo demás.

—Por el amor de los dioses, no me hables de ellas, o las buscaré y buscaré

hasta encontrarlas.

—A veces desearía que las vieras para que fuéramos iguales, seres humanos con defectos. Porque yo sé muy bien que tú no eres perfecto.

—Como me recuerdas a menudo —solté. Pero siempre me había reconfortado que pudiera ver las cosas que yo ocultaba a los demás. Ella conocía a los tres Nerones. El Nerón diurno, al que todos veían mientras llevaba a cabo sus deberes imperiales ataviado con una toga. El artista Nerón, que se esforzaba ahora por mostrarse en público. Pero el tercero, el Nerón sombrío que permitía existir a los otros dos y no se detenía ante nada para protegerlos... ah, ese Nerón jamás tenía que mostrarse a nadie, salvo a la única persona que podía comprenderlo y perdonarle todas sus faltas, incluida esa—. Ven, hace demasiado frío para estar aquí fuera. Tengo una cosa más que enseñarte.

—¡Oh, basta! Estoy cansada. —Me tiró del brazo—. Quiero acostarme. Quiero quitarme estas sandalias. ¡Las sandalias enjoyadas duelen!

—Quítatelas entonces, pero ven conmigo —dije. Se agachó y, una vez se las desabrochó, la llevé dentro. Había unos cuantos esclavos todavía trabajando, pero la mayoría de las lámparas estaban ya apagadas, y las que quedaban encendidas estaban en el suelo y arrojaban una luz parpadeante hasta la mitad de la pared solamente. Los techos estaban sumidos en la penumbra y podían haber estado a cien metros de altura.

Recorrí con Popea la habitación anexa más grande, con su fuente cantarina, y la llevé de una habitación adyacente a la siguiente, adentrándonos más en el edificio y dejando atrás el lado sur abierto. De salas distantes, donde los esclavos terminaban su trabajo, nos llegaban voces que se extinguían a medida que nos alejábamos de ellas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Popea, tirando de mi mano—. No veo nada. Ya te dije que quiero irme a la cama. ¡No me enseñes nada más!

Rodeamos una esquina y allí estaba: nuestro dormitorio. Una estancia con el techo alto y abovedado, y un delicado dibujo de color crema, rojo y azul pintado en sus paredes oscuras. Un lampadario estaba parcialmente encendido en un rincón, lo que hacía que la habitación pareciera una cueva.

—¡No es posible! —exclamó.

—Sí —respondí.

—Pero no tiene nada que ver con el resto del edificio, con los frescos — soltó—. ¿Qué dijo Fábulo?

—No le pedí a él que pintara esta habitación. Quería que fuera totalmente diferente de todo lo demás que hay aquí, para que pudiéramos irnos a Pompeya sin tener que viajar. —La habitación contaba con una cama, un diván, unas mesas pequeñas, lampadarios y braseros—. Dijiste que querías acostarte —le recordé—. La cama te espera.

Avanzó despacio hacia ella, como si no creyera lo que estaba viendo. Finalmente, le dio unas palmaditas cautelosas y se sentó en ella.

—¿Lo ves? Es real —dije.

—¿Has hecho esto para reproducir la habitación de mi villa? —dijo con una expresión dulce en la cara.

—Sé que nunca podré reproducir lo que pasó allí, porque eso solo puede pasar una vez. Pero para mí ese recuerdo es sagrado. —Me senté a su lado.

—Parece que éramos mil años más jóvenes entonces. Pero, ¡oh! —dijo, alargando la mano para tocarme la mejilla—, no renunciaría ni a un solo día de los que hemos vivido desde entonces, ni siquiera para recuperar aquel primer éxtasis.

—Quiero que el bebé nazca aquí —declaré—. No en Anzio. —No hacía falta que dijera por qué—. Un nuevo lugar para un nuevo comienzo. Del mismo modo que Roma está volviendo a empezar, también lo haremos nosotros.

—Abrázame —pidió—. Abrázame aquí, en nuestra habitación. —Se apretujó contra mi cuerpo y nos tumbamos de costado en la cama mullida—. Nuestra habitación...

Hacía mucho que no estábamos juntos totalmente a solas o sin preocupaciones agobiantes ni decisiones apremiantes, enemigas mortales de la pasión. La habitación negra sería a partir de ese momento nuestra isla para alejarnos de todo eso.

—«Mi amada es para mí y yo soy para ella» —le susurré al oído—. Tú me enseñaste estas palabras.

—«¡Qué bello eres, qué encantador, oh, amor, oh, delicias!» —dijo con voz soñolienta y pastosa mientras me recorría la espalda con las manos despacio y con dulzura.

Pero ninguna palabra, no, ni siquiera de los mejores poemas, podrían capturar la intensidad del amor que sentía por ella.

—Nada de palabras —susurré—. Nada de palabras. —Teníamos que estar en un silencio absoluto, sin ningún sonido aparte del tenue suspiro de la fuente de la estancia lejana y de nuestra respiración. Así creamos nuestro propio espacio sagrado.

Más tarde, Popea yacía lánguidamente a mi lado, agotada de hacer el amor. La abracé y noté su agradable calor, su piel suave. Pero yo estaba vigorizado, temblando de energía. Quería levantarme y dar vueltas, pero no soportaba dejarla, renunciar al más breve instante acostado con ella. Así que mi cuerpo permaneció inmóvil mientras la cabeza me iba a toda velocidad y recorría caminos olvidados, o reprimidos.

El bebé. «Quiero que el bebé nazca aquí. No en Anzio. Un nuevo lugar para un nuevo comienzo.» En la oscuridad, mientras el olor de la estancia

recién pintada me envolvía, más fuerte que el perfume de mirra de Popea, sentí que todo empezaba de cero. El incendio había purificado Roma y la había hecho renacer.

¿Pero la antigua Roma? ¿Seguía en la cabeza de los supervivientes, sin que las llamas purificadoras la hubieran chamuscado en absoluto? Las antiguas familias patricias, las que se remontaban cientos de años, seguían siendo los pilares y los cimientos de Roma, no los edificios. Podía actualizar los códigos de la edificación, pero no los códigos morales y los prejuicios de los ciudadanos.

El bebé vendría al mundo en pocos meses. Sería el último de la dinastía fundada por Julio César, mi tío quinto abuelo, y ocuparía su lugar en el escenario de la historia. Todos los demás habían muerto. Algunos por causas naturales y otros por motivos políticos. Yo mismo había eliminado a varios de mis primos del árbol genealógico familiar, teniendo presente la advertencia de Augusto: «No es bueno que haya demasiados césares.» De modo que ahora solo quedaba un descendiente directo varón de Augusto con vida: yo. El peso de toda la dinastía colgaba de mi cuello como un collar de espinas.

¿Lamentaba haber podado esas ramas? Jamás lamentaría un acto de supervivencia, porque mis primos me habrían hecho lo mismo a mí. De hecho, querían hacerlo. Pero había sobrevivido a los intentos de asesinarme de mi madre, y no había nadie que le llegara a ella a la suela de los zapatos como amenaza. Había aprendido con la mejor y podía protegerme de todos los demás.

El bebé. ¿Estaría en peligro su vida desde el momento en que naciera? Yo apenas era un niño cuando Calígula intentó ahogarme, y no era mucho mayor cuando Mesalina envió a unos asesinos a matarme en la cuna. No solo no es bueno que haya demasiados césares, ser César ya es de por sí peligroso.

Tenía que estar aquí para protegerlo. Yo había estado completamente solo; mi padre había muerto y mi madre estaba desterrada, lo que me había dejado a merced de otras personas. Mi madre... ¿por qué no habría tenido más hijos? Era suficientemente joven porque se casó con trece años. Y la lista de sus amantes, supuestos o reales, bastaba para engendrar una legión de hijos.

En contra de mi voluntad, me eché a reír, y Popea se movió. Contuve la carcajada lo mejor que pude. Pero Séneca había sido supuestamente uno de los amantes de mi madre, y la idea de aquel filósofo pretencioso y mojigato en el papel de amante era tan cómica que me reí a carcajadas. ¡Oh, las cosas que hizo mi madre para sacar adelante sus planes! Pero, sin duda, acostarse con Séneca debió de poner a prueba su determinación.

¿Pero había sido eso peor que lo de Claudio? ¿Y lo de Rubelio Plauto, un primo con la vista puesta en el trono? Él era más joven, por lo menos. Y después estaba lo de su propio hermano, Calígula. Sí, mi tío loco y mi madre.

¿Cómo es posible que solo me tuviera a mí? ¿Había habido otros, liquidados durante la luna negra? ¿Llevados a escondidas al monte para dejarlos desprotegidos en una ladera o asfixiados por una comadrona servicial? Cualquiera de las dos cosas podía ser cierta.

Pero eso ya se había acabado. Todo eso se había acabado, y los responsables de aquellos vicios antinaturales estaban muertos y desaparecidos. El incendio había devastado sus tumbas y alejado sus espíritus, y Roma volvía a estar limpia.

## XXVIII

La recepción en la casa dorada disfrutó del último tiempo cálido, lo que me convenció de que el mismo dios Sol había garantizado su éxito. Ahora se retiraba tras su banco de nubes y el frío se cernía sobre Roma, anunciando el invierno. Pero gran parte de la reconstrucción había avanzado hasta el punto de que la gente tendría dónde refugiarse cuando hiciera frío, lo que ocurrió con una velocidad milagrosa. Y el milagro tras ello era el dinero.

Dinero. Solo habíamos hecho la mitad de lo que había que hacer, pero ya podía verse el fondo del tesoro, reluciente y pelado. Tendría que recaudar más fondos de algún modo.

Pero la construcción seguía a buen ritmo, y pronto pudimos trasladarnos a las dependencias inferiores de la Casa de Oro, lo suficientemente terminada como para que pudiéramos vivir en ella. Las habitaciones privadas daban al lago, de modo que sus aguas reflejaban la luz hacia el interior, y sus rayos moteados jugaban en el techo y las paredes. Cada día llegaban nuevos muebles con acabados de marfil, ébano y plata, relucientes, recién salidos de los talleres. Había enviado agentes a Grecia para conseguir obras de arte, en especial bronce. No quería llevarme los que ya estaban en Sublaquaeum y en Anzio, porque quería que continuaran allí cuando fuera.

Popea seguía estando a menudo exhausta, con poco apetito. Había días en que se limitaba a sentarse, envuelta en una estola de lana suave, para contemplar el lago. Otros días parecía la de antes, y se levantaba y se dedicaba a sus cosas. Esporo, su doble, bromeaba con ella al respecto,



ofreciéndose a estar activo cuando ella descansara y a descansar cuando ella estuviera activa.

—Así siempre habrá una Popea de servicio —dijo—. ¿Quieres que acompañe al emperador en sus apariciones oficiales? A lo mejor nadie se da cuenta.

—Hasta que hables y tu voz te delate —soltó con una carcajada—. Tendrías que quedarte callado.

—¿Esporo, callado? —intervine—. Eso sí que sería raro. —Esporo hablaba mucho, pero a diferencia de muchos que lo hacían, resultaba divertido en lugar de molesto.

Le pregunté en privado por Popea. La conocía desde la infancia y estaba más familiarizado que yo con sus costumbres de toda la vida.

—¿Le había pasado esto alguna vez? —quise saber.

—No —respondió—. Aunque no parece enferma, sino cansada y falta de fuerzas.

—No todo el tiempo —repliqué.

—Va y viene —admitió—. Debe de ser el embarazo.

—No le pasó en su último embarazo.

—Tendrías que hablar con una comadrona, no conmigo —dijo, ruborizado.

Tal vez lo hiciera. Mientras tanto, la observé atentamente y procuré no mostrar mi alarma. También llevé a cabo la mayoría de mis responsabilidades imperiales en un despacho interior para quedarme cerca de ella.

Las reuniones literarias volverían a celebrarse el siguiente año, y cada uno de nosotros tenía asignada la tarea de componer un poema satírico sobre uno de los miembros, cuyo nombre se había decidido mediante un sorteo. Yo

había sacado el de Afranio Quinciano. Sería fácil. El hombre era gracioso por naturaleza; no tenía que mejorar el original.

Una noche me quedé trabajando hasta tarde, después de que Popea se hubiera acostado pronto. Estaba sentado en la habitación más pequeña, tanto que podía calentarse fácilmente con un brasero. Cerré los ojos y pensé en Quinciano en busca de inspiración. Me lo imaginaba: un hombre corpulento con unos rizos rebeldes que parecían ortigas que le enmarcaban la cara y le bajaban hacia el cuello. Le gustaba entrelazar flores y perlas falsas en ellos, lo que hacía que se pareciera a Medusa más que a Apolo, que era lo que él quería conseguir. Tenía los pies del tamaño de unos trirremes, que él agrandaba todavía más con las sandalias de suela gruesa que le gustaba llevar. Su poesía era, sorprendentemente, ligera y ágil. De modo que compondría un poema que comparara su figura terrenal con su figura intelectual.

*Febo no puede salir; está atrapado en tu mata de pelo;  
aprisionado en ella, luchando por salir;  
pero cerca del oído, te susurra sus poemas...*

Seguí con los pies, con las túnicas descomunales que le gustaban, cada una de ellas con un dios atrapado en ellas, un dios que servía para inspirar la escritura de Quinciano.

Lo releí. Serviría. Pretendía ser gracioso y nada más. Sin duda, habría otros más ingeniosos compuestos para la velada, pero no hacía falta que trabajara más en él. Lo dejé.

Quería escribir un poema a Popea. Para ella, que ya estaba inundada de joyas y lujos, un poema personal era un regalo único. Situé un papel en blanco delante de mí. Después, me lo quedé mirando.

Popea..., más hermosa que el aire de verano..., estrella blanca de la noche..., belleza embriagadora...

Era inútil. No me venía nada a la cabeza. Apoyado en los codos miré por la ventana. Incluso esta pequeña habitación tenía vistas al lago, que era un manto de luz reluciente gracias a la luna que iluminaba el cielo.

La luna. Algo sobre la luna. Busqué mi rollo de Safo..., ¿no había escrito ella algo sobre la luna? ¿Un fragmento, una línea evocadora? Lo desenrollé y lo leí.

*Las estrellas alrededor de la hermosa luna  
ocultan sus formas relucientes  
cuando ella brilla sobre la tierra...  
Plateada...*

Me dirigí hacia la ventana y contemplé el cielo nocturno. Era cierto: la luna hacía que las estrellas que tenía cerca resultaran invisibles. Como Popea cuando estaba junto a cualquier otra mujer.

Pero no podía copiar a Safo, y mis palabras eran burdas al lado de las suyas. Comencé a leer otros poemas; era difícil no hacerlo.

Encontré uno sobre Afrodita. Me sobresaltó.

*Ven a mí, entonces, librame  
de la preocupación y consígueme  
todo lo que mi corazón anhela conseguir.*

Actea y yo habíamos recitado estas líneas la primera vez que hablamos y al instante supimos que éramos almas gemelas. Hacía tanto tiempo..., Británico todavía estaba vivo, Octavia todavía era mi esposa, yo apenas era emperador.

Actea. No le había contestado la nota que me envió para advertirme sobre la visita de Seneción. Le debía una respuesta. Pero Popea se había puesto tan

celosa que lo había dejado para más adelante. La verdad era que preferiría darle las gracias en persona, pero era poco probable que eso sucediera. Verla en los puestos de ayuda y hablar con ella me había resultado tan violento y difícil que estaba poco dispuesto a hacerlo de nuevo. Aunque, si hablábamos otra vez, puede que pasado un rato fuera algo más natural, y no quedaran tantas cosas en el aire, tantas cosas por decir que ansiaba decir.

Escribiría esa nota en otro momento. Escribiría el poema en otro momento. Evidentemente, la Musa no estaba conmigo esa noche.

La luz del brasero palpitaba y sus brasas relucían. Agradecí el calor. Comprendía por qué Augusto se envolvía las piernas con tiras de lana en invierno. Pero se burlaban tanto de él por ello que no quería seguir su ejemplo. Así que tiritaba.

Las brasas proyectaban un brillo rojizo a las paredes pintadas, pero el resto de la estancia estaba poco iluminada. Apoyé la cabeza y descansé. Era tarde. Pero no estaba preparado para irme a la cama. Pensé en la Casa de Oro y sus frescos..., en que Fábulo estaba terminando la habitación de Héctor..., en el nombre que elegiría para el bebé..., en la nueva moneda que había aprobado y que mostraba la reconstrucción del templo de Vesta, lo que daba fe de la recuperación de Roma. Sacudí la cabeza. Me había quedado dormido. Pero vi, brevemente, una forma oscura en el rincón de la habitación. Se movió de manera furtiva. Me volví para mirarla y, por un instante, me vi a mí mismo, una figura ensombrecida que me devolvía la mirada. Y, acto seguido, desapareció.

Evidentemente, era un sueño. «Hora de irse a la cama, Nerón —me dije a mí mismo—. Estás durmiendo en el escritorio.»

A nuestro alrededor se erguía el palacio y su entorno, cuyos toques finales

lo habían dotado del esplendor que el armazón había simplemente augurado. Los edificios que rodeaban el lago se habían construido con mármol de vetas rojas, y las triples columnatas que lo unían con la vía Sacra y el Foro extendían sus arcos. El resto de Roma le seguía el ritmo. El verano siguiente los últimos desperfectos del incendio habrían desaparecido y serían tan solo un recuerdo. Estaríamos a punto para celebrar los segundos juegos neronianos en otoño. Y el verano siguiente, para recibir ceremoniosamente al rey Tirídates, el rey armenio cuya sumisión marcaría el final de toda guerra en el imperio.

Eso no significaba, por supuesto, que no hubiera problemas ni enemigos. En mi discurso inaugural al Senado había prometido que no habría más juicios secretos por traición como bajo el reinado de Claudio, y había cumplido mi palabra. Pero a lo largo de los años habían surgido varias redes de espías. Tigelino dirigía la mayor, y me informaba de todo, por lo que, en cierto sentido, la red era mía. Popea tenía una, y muchos de los senadores, también. Por desgracia, los espías eran necesarios para investigar desafecciones y rumores. Los rumores casi habían acabado conmigo al culparme del incendio, y no mantenerse al corriente de ellos era una temeridad.

Así que no me sorprendió que Tigelino pidiera reunirse conmigo una fría mañana. Entró dando grandes zancadas en el despacho más grande, el que servía para las reuniones del Consejo Imperial. Echó un vistazo a su alrededor con aprobación.

—¡Ah! —dijo—, este es un sitio opulento en el que tratar los asuntos oficiales. —Recorrió el busto de bronce de Alejandro con una mano y lo miró a los ojos—. Si quieres gobernar el mundo, quiero decir.

—Es que gobierno el mundo. —¿Por qué no decirlo?

—Sí, es verdad. —Dirigió una mirada a una silla y le hice un gesto para

que se sentara. Lo hizo, y dobló sus fuertes brazos al sujetar las cabezas de león esculpidas que la adornaban—. Y este marco es totalmente digno de tu posición.

Aguardé.

—Verás, tengo un informe... —Rebuscó en su bolsa de cuero y sacó un fajo de papeles. Empezó a ojearlos.

—¿Por qué no me resumes su contenido? —pedí. Acabemos de una vez.

En lugar de obedecerme con una sonrisa, desvió la mirada.

—Muy bien. Si quieres los detalles... —Señaló los papeles.

—Los consultaré si es necesario.

—Ah. Bueno, mi primer informe es positivo. La gente sigue hablando sobre tu carrera en el circo. Todo el mundo está encantando con ella. Los senadores no tanto.

—Oh. Ellos. Por supuesto. Ya lo sé.

—Hay... esto... quejas sobre el espacio que ocupa la Casa de Oro.

—¿Quejas de quién? —De los senadores otra vez, evidentemente.

—Bueno..., de mucha gente. De los pobres y también de los ricos.

—Pero todavía no está terminada. Aún falta inaugurar los parques. Cuando puedan usarlos, se contentarán.

—Espero que tengas razón —dijo. Se animó—. Las letrinas gozan de mucha popularidad.

Ah. Las letrinas.

—La lujosa que está cerca del Foro del César es muy frecuentada.

No era extraño. La había hecho especialmente atractiva, todo lo que podía serlo una letrina.

—Es un sitio ideal para tener espías. Allí la gente está desprevenida; habla con más libertad que en una taberna. Parece creer que todo lo que diga con sus partes íntimas al aire es... íntimo. Y no es así.

—¿Y qué has oído?

—Se trata de Lucano.

—¿Lucano?

—Sí. Estuvo en ella hace unos días y, después de tirarse un pedo enorme, citó un verso de tu poema. —Consultó sus notas—. Dijo: «Se diría que tronaba bajo la tierra.» Como tu poema ha sido publicado y muy leído, los demás usuarios lo reconocieron, se recogieron la túnica y la toga y salieron a toda velocidad.

—¿Se burló de mi poema?

—Sí. Y se complació en hacerlo. No paraba de reírse mientras la gente se iba rápido.

Me había citado ese verso asegurando que era su línea favorita. ¡Qué bastardo!

—Y tengo un ejemplar de su última obra sobre la *Guerra civil*. Los libros ocho y nueve. No se molesta en ocultar sus tendencias republicanas.

—Oh, ¿por qué encuentras estas cosas? —exclamé—. ¡Primero las obras de Séneca y ahora esto! —Era doloroso, muy doloroso.

—¿Preferirías no saberlo? ¿Ignorar lo que tus supuestos amigos están escribiendo y pensando de ti?

—No. —Pero ver que pensaban eso...

—He oído incluso que está escribiendo otra cosa, algo peor, sobre ti. Pero no he podido hacerme con ello todavía.

—A lo mejor no es verdad.

—Por tu bien espero que no. Pero si es verdad, lo encontraré.

## XXIX

Lucano. El joven con un talento prodigioso, y sobrino de Séneca. Solo él, de todas las personas que formaban el círculo de escritura, ocuparía un lugar en la literatura romana; estaba seguro de ello. Lo había animado y me había tomado muy en serio las sugerencias y las críticas que hacía con respecto a mis obras, como corresponde a alguien cuya opinión valoras.

Y él siempre me había respetado. Más que respetado, me había elogiado en sus poemas, hasta el punto de dedicarme el primer libro de su *Guerra civil*, afirmando incluso que ascendería al reino de los dioses.

Pero... había cambiado. Se había mostrado brusco y cortante en la Casa de Oro. ¿Y fue allí donde había citado «Se diría que tronaba bajo la tierra», asegurando que era la línea que más le gustaba de las que yo había escrito? Burlándose de mí, ahora lo sabía.

Miré por la ventana el pabellón de la Casa de Oro en su colina. Los obreros habían acabado de poner los últimos cimientos de los jardines en terrazas; la primavera siguiente estarían sembrados y la idea arquitectónica cobraría vida.

Yo gobierno todo esto. Lo que le había dicho a Tigelino era verdad: gobierno el mundo. Gobierno las flotas y las legiones. ¿Por qué tendría que preocuparme, pues, por lo que alguien ha dicho de mi poesía?

Dejé de contemplar la vista y me puse a andar arriba y abajo por la habitación. El suelo de mármol estaba helado; parecía almacenar el frío en su blancura. Porque mi poesía soy yo. Ni siquiera la dignidad imperial lo era tanto como mi poesía, porque otros hombres pueden ostentar el título de emperador.



Pero esto es algo estúpido, infantil. Y, además, ningún artista es universalmente admirado. Hay quien dice que Homero es aburrido y quien asegura que Eurípides es demasiado emotivo.

Mientras intentaba sacarme a mí mismo de mi consternación, Popea entró en la habitación y me pilló caminando por ella.

—¿Qué te inquieta? —preguntó, acercándose para ponerme la mano en el hombro y detenerme.

—Nada —respondí. Era algo demasiado insignificante para contarlo; era demasiado embarazoso admitir lo mucho que me había molestado. Me volví para mirarla. Estaba pálida, pero parecía estar mejor—. Pareces la de antes —dije, aunque no era del todo cierto.

—Me siento más fuerte —aseguró. Echó un vistazo a su alrededor—. Esta habitación está terminada —dijo—. ¿Cuándo se hizo?

—Te has perdido unas cuantas cosas —contesté—. ¿Pero no es bonito llevarse algunas sorpresas?

Soltó una carcajada y se dirigió hacia uno de los sofás, se recostó en él y habló:

—¡Qué agradable tumbarse en un sofá nuevo. —Hizo un gesto con el brazo—. Que traigan higos y queso. Tengo apetito.

Enseguida apareció un esclavo con una bandeja cargada no solo de higos y queso, sino también de pan y embutido. Un segundo esclavo trajo copas y una jarra de zumo.

Tomé un pedazo de queso. Era algo fuerte. Tenía un rico sabor picante.

Fuerte..., picante..., sabores que podían ocultar otros sabores.

«Séneca está convencido de que alguien está intentando envenenarlo.» Tal vez no fuera que Séneca estaba siendo envenenado, sino que él fuera un envenenador. O Lucano, cuya aversión a mí había quedado al descubierto.

Casi dejé caer el queso. No era que aquel queso estuviera envenenado, sino que cualquier sabor fuerte podría servir para disimular un sabor revelador.

¿Estaría alguien envenenando a Popea? Aquella extraña debilidad y letargia que iba y venía, ¿podría ser el sutil efecto de un veneno?

—¿Qué estás mirando? —quiso saber Popea—. Es como si hubieras visto un fantasma. En serio, ¿qué te pasa? Esta mañana estás muy raro.

No quería alarmarla, pero dije:

—Tu debilidad y sensación de estar enferma... ¿cuándo es más fuerte?

—No lo sé —contestó, sacudiendo la cabeza.

—¡Piensa! —le ordené, con tanta brusquedad que se estremeció.

—Puede que... unas horas después de comer. Y me dura hasta la mañana siguiente.

—¿Se te va poco a poco o de golpe?

—Unas veces de una forma y otras de la otra.

—¿Cuál de las dos es más habitual?

—No lo sé. ¿Por qué me haces estas preguntas? Vine a verte para pasar una mañana agradable y, en lugar de eso, te enojas y me interrogas. —Se puso de pie—. Me marchó.

—Estoy enojado, pero no contigo. Y tú no te marchas a ninguna parte. Te quedarás aquí mientras mando llamar a Andrómaco.

—Ya he visto a suficientes médicos. No me han ayudado. No han sabido cómo tratar mi enfermedad.

—Eso es porque no sabían qué tenían que buscar. Este lo sabrá. —Le sujeté el brazo y la hice sentarse de nuevo en el sofá.

¿Serían confirmadas mis repentinas sospechas? Temía la respuesta.

Andrómaco tardó en venir. El alto cretense se había mudado al palacio con nosotros y disponía de diversas habitaciones, pero estaban lejos de las

nuestras, que daban al lago. Finalmente lo anunciaron y entró con su habitual solemnidad.

—¿Qué puedo hacer por el César? —preguntó, haciendo una reverencia. Me miró con sus ojos penetrantes. Aunque era mi médico personal, apenas lo veía porque rara vez enfermaba.

—No es por mí —dije—. Es por mi esposa.

Se volvió para observarla. Entonces se acercó a ella, como si estuviera examinando un retrato.

—Tez pálida. Párpados hinchados. —Le tomó las muñecas y se las hizo girar—. Debilidad muscular. ¿Puedo pedirte que te levantes?

Popea obedeció. Le hizo dar la vuelta y le indicó que se sostuviera sobre una pierna.

—Ummm... Naturalmente, está embarazada, y eso cambia el organismo.

—Puedes hablarme directamente, Andrómaco —dijo Popea—. El oído no me falla... todavía.

—Por supuesto, Augusta. Veo que estás sufriendo algunos trastornos de los procesos naturales del cuerpo. No sé hasta qué punto hay que culpar de ello al embarazo.

—En mi último embarazo, me encontré bien todo el tiempo.

—Sabemos que todos los embarazos son diferentes, igual que todos los niños son distintos. Manifiestan sus diferencias ya en el útero. Y el último era una niña. Quizá esto signifique que este es un varón.

—¡Los chicos! —Reí—. Problemáticos desde el principio. —Pero mis palabras ocultaban mi ansiedad. No estaba convencido de que el embarazo fuera la respuesta—. ¿Vamos a un lugar más privado? —sugerí mirando a los guardias que cubrían el perímetro de la habitación. Tigelino tenía espías por todas partes. Y no era el único.

En nuestra habitación más recóndita, que solo tenía una entrada y estaba

sellada por una serie de puertas, podríamos hablar con libertad. Y así lo hice.

—¿La están envenenando? —pregunté.

Popea soltó un grito ahogado. Andrómaco no.

—Es posible —contestó.

—Tú eres el experto en venenos —dije.

—Soy experto en tratarlos, no en los venenos en sí —replicó—. Ya conoces mi antídoto especial que abarca todos los venenos.

—Sí, sí. Sesenta y un ingredientes. Está en tu poema. Pero, por todos los dioses, ¿por qué escribiste la receta en forma de poema elegíaco?

Sonrió y se balanceó ligeramente, como un junco flexible.

—La poesía perdura más que la prosa —afirmó—. Y cuesta más alterarla. Cambiarla afectaría la métrica de los versos.

Sacó con naturalidad un ejemplar. Era un auténtico escritor, pues. Nuestras ansias de mostrar nuestro arte están siempre presentes. Lo desenrolló y empezó a leerme la dedicatoria:

—«Oye la fuerza del antídoto con muchos ingredientes, César, dador de libertad que no conoce el miedo, ¡oye, Nerón!»

Halago. ¿No había escrito Lucano «todas las divinidades te cederán su puesto y la naturaleza dejará a tu albedrío qué dios deseas ser»? Ahora estas palabras resultaban burlonas, hirientes, y pregonaban su hipocresía.

—No hace falta que lo leas todo. Refréscame solo los ingredientes. Recuerdo que la escila, el opio y la pimienta eran los principales.

—¡Ah!, pero te has dejado el ingrediente secreto, el que corona todos los demás. ¡La carne picada de víbora! —Sonrió, satisfecho.

A Popea casi le dieron arcadas.

—Tengo ganas de vomitar —aseguró—. No me tomaré semejante brebaje.

—Puede que no tengas que hacerlo —dijo Andrómaco—. A no ser que se use como antídoto, puede resultar perjudicial en sí mismo. De modo que

tendríamos que comprobar que has estado ingiriendo veneno. O que has estado expuesta a él, puede estar en algún ungüento o incluso en el aire. Puede estar en alguna prenda de vestir o en alguna superficie...

—¡Basta, basta! —pedí—. Hay alguien que lo sabrá. E iremos a verla juntos.

Locusta. La reina de los envenenadores. Hacía mucho tiempo que le debía una visita.

Los campos lucían tranquilos y otoñales cuando dejamos Roma atrás, en dirección al norte por la vía Flaminia hacia el establecimiento de Locusta, su academia de farmacología, como ella lo llamaba. Yo lo denominaba el «colegio del veneno». Podía llamarlo como quisiera, puesto que era su mecenas. Sí, le había montado el negocio en agradecimiento y como reconocimiento al hecho de que debía mi vida, y también mi trono, a sus conocimientos. Por su pericia había vencido a mis oponentes en la disputa. Ahora yo era emperador y ellos, cenizas. Después, la había librado de la monótona ronda de encarcelamientos y puestas en libertad que había soportado a manos de la caprichosa familia imperial. Se había ganado su refugio. Había esperado no volver a necesitar nunca sus servicios, sino conservarla como asesora por si acaso me convertía en el objetivo de alguna Locusta menos experta.

La cosecha había terminado, el campo descansaba, cubierto de tonalidades de un relajante castaño, un verde apagado y un suave gris. La tierra estaba en silencio y saciada. La cosecha había sido abundante este año, especialmente la vendimia, lo que supondría muchas ánforas cuando el vino estuviera listo.

Avanzamos por la calzada pavimentada en el carruaje que era más adecuado para el estado de Popea. La academia de Locusta se encontraba

algo alejada de Roma. A través de las ventanillas nos llegaba la rica fragancia de las manzanas caídas y, más fuerte aún, de las peras que se pudrían bajo los árboles. Cuando llegamos a las colinas, donde los campos dejaban paso a los huertos, y empezamos a ascender, pude ver prados silvestres que el viento otoñal agitaba, y cuervos aleteando sobre nosotros, unas sombras negras recortadas contra el cielo despejado.

En la cima de una suave colina estaba situado el establecimiento de Locusta cubriendo toda la zona. Había varios edificios: dos largos y bajos, y tres más con las paredes de cristal. No totalmente, claro, porque ninguna hoja de cristal podría ser tan larga, sino que eran muchos paneles soldados entre sí. También había largas parcelas rectangulares con hileras sembradas que contenían plantas todavía verdes. Varias personas trabajaban en las hileras, podando, rastrillando y regando. Al detenernos, alzaron la vista para mirarnos con curiosidad. Vi varios carruajes y caballos; al parecer el negocio iba viento en popa. ¿Sería Lucano uno de sus clientes?

Una mujer con forma de tonel se acercó rápidamente hacia nosotros con el ceño fruncido. Iba a decirnos que aparcáramos en otro sitio o que el negocio estaba cerrado a esa hora. Tenía la boca abierta para hacerlo cuando bajé. Chilló y, acto seguido, se arrodilló ante mí.

—¡Oh, oh! César, César, jamás creí que te vería... así... a tan poca distancia...

—Levántate, por favor —dije—. ¿Cómo te llamas? —A la gente solía gustarle que le preguntara cuál era su nombre.

—Porcia —respondió—. ¡Oh, oh...!

Hablé antes de que pudiera continuar.

—He venido a ver a tu señora —dije—. Por favor, llévanos donde está.

Porcia, confundida y aturdida, señaló uno de los edificios más pequeños y nos llevó hasta él. No paraba de tropezar con sus propios pies. Nos dejó en la

puerta haciendo reverencias y se marchó para avisar a Locusta. Pero no tendría que haberse preocupado: Locusta no se iba a poner nerviosa. Nada ponía nerviosa a Locusta.

Enseguida apareció en la puerta Locusta, alta y majestuosa.

—¡Has venido por fin! —exclamó con una sonrisa—. ¡Bienvenido, bienvenido!

—Te lo prometí —dije—. Y yo cumplo mis promesas. —Señalé a Popea y a Andrómaco—. He traído invitados. Mi esposa, la Augusta, y mi médico personal, Andrómaco de Creta.

—Bienvenidos seáis también —dijo—. Adelante.

Nos condujo por varias habitaciones con estantes llenos de frascos de cristal, vasijas, jarras y botellas hasta que llegamos a una sala grande que parecía un despacho. Había una larga mesa de caballete con rollos, tablillas, plumas y tinta preparados, y varias sillas cómodas distribuidas por ella. Dos braseros de bronce brillaban mientras emitían un agradable calor.

—Como puedes ver, he dado buen uso a tu generosidad —comentó indicando la habitación—. Si deseas ver mis libros...

—No he venido como casero, sino como amigo. —Reí—. Y como alguien que busca asesoramiento.

No le cambió la expresión. No mostró alarma ni curiosidad. Simplemente sonrió de modo tranquilizador.

—Di lo que te preocupa e intentaré responderte.

—Mi esposa no se encuentra bien. Lo que queremos saber es si ello obedece a causas naturales o no.

—Contádmelo todo —pidió, y lo hicimos. Nos escuchó atentamente

—Habéis hecho bien viniendo a verme —señaló—. Y tú, Andrómaco, advirtiéndome que un antídoto, si no se necesita, puede resultar venenoso. —Suspiró, y se dirigió directamente a Popea—: Tus síntomas son vagos. No

encajan en la pauta conocida de los venenos habituales. Y llevas varios meses sufriendo estos malestares. Es mucho más difícil preparar un veneno que actúe despacio que uno que lo haga de prisa. Naturalmente, si se administra en pequeñas dosis constantes... pero eso exige que el envenenador actúe una y otra vez sin ser detectado. Esa persona tendría que vivir contigo para tener la oportunidad y la proximidad de hacerlo.

—Pues tal vez tendríamos que darle el antídoto a modo de precaución general —intervino Andrómaco—. Como digo en el prefacio de mi receta, te libera del miedo.

—No estoy convencida de la eficacia del antídoto —dijo Locusta—, te ruego me disculpes. Tendría que verlo demostrado para creerlo. Y tenía entendido que tu antídoto era solo efectivo contra venenos animales.

—No, no solo animales. Traeré unas muestras para que los probemos contra tus venenos de origen vegetal o animal —anunció Andrómaco—. Podemos usar cerdos y cabras.

Locusta le dirigió una mirada.

—Sí, es lo que yo uso para probar mis productos. ¿Creías que lo hacía de otra forma? ¿Con personas acaso?

—Bueno, se oyen cosas... con alguien tan famoso como tú, naturalmente se exagera —se justificó, extendiendo las manos.

—Tú también eres famoso —dijo amablemente—. Pero creo que el emperador tiene otro médico con un antídoto que rivaliza con el tuyo. ¿Qué hay de él?

Andrómaco rio con desdén.

—Oh, ¿Jenócrates de Afrodiasias? Su remedio es asqueroso: comer hígados humanos y secreciones de hipopótamos y elefantes.

—Evidentemente, un charlatán —dijo Locusta.

—No estoy tan seguro —contesté—. A lo mejor tendríamos que venir y



participar en las pruebas.

—¡Esta charla no me está ayudando! —exclamó Popea—. Quiero saber tu diagnóstico. Es lo único que me importa.

Locusta reflexionó un momento.

—No puedo confirmarte que estés siendo envenenada. No hay pruebas convincentes de ello de momento.

Popea casi se echó a llorar, pero se controló a tiempo.

—Es decir, ¿que lo único que puedo hacer es esperar? ¿Ver si empeoro?

—De momento sí —respondió Locusta—. Por duro que sea, es lo mejor que puedes hacer. —Mandó llamar a un esclavo y pidió algo de comer y de beber—. Puedes estar segura de que no contiene nada dañino —dijo a Popea—. Mientras tú y Andrómaco os quedáis aquí, me gustaría mostrar mi academia al emperador. Después de todo, puede pasar mucho tiempo antes de que vuelva a venir. Y creo que lo que he hecho lo impresionará.

Me llevó, orgullosa, al interior de los protegidos edificios de ladrillo, donde crecían hileras e hileras de plantas en macetas: cicuta, beleño, tanaceto, acónito, adelfa, azalea, tejo pequeño.

—La mayoría del año las tenemos fuera, pero de esta forma el invierno no acaba con nuestro negocio —explicó. Otro edificio se mantenía húmedo y oscuro. Albergaba bancales de setas letales: la amanita faloides con su fantasmagórico sombrero, la amanita ocreata y varias más—. No hay antídoto para ellas —dijo con alegría.

«Sí, pregúntaselo a Claudio», pensé.

En otro había abejas, pero no de las corrientes: estas eran alimentadas con adelfas y azaleas para producir miel venenosa. Un granero disponía de hileras de jaulas con serpientes, arañas, sapos y escorpiones. Unos tanques contenían medusas, serpientes de mar, anémonas de mar, el encantador pez cebra del mar Rojo con veneno en sus aletas.

—Entenderás por qué necesito tanto personal —dijo—. Alimentar a las arañas especialmente exige mucho trabajo. ¡Comen sin cesar!

—Sí, ya veo. Dime, ¿cómo va el negocio?

—Bien. Te estaré siempre agradecida por haber hecho posible que ejerciera abiertamente.

—Era lo menos que podía hacer —dije—. Dado que eres la más importante de esta... profesión, ¿ha venido alguien a verte por... mí?

—No —contestó, frunciendo el ceño—. Ya sabes que iría inmediatamente a Roma a decírtelo.

—Puede que un posible envenenador se lo imagine y acuda a otra persona. Alguien no tan experto ni tan leal a mí.

—No es una pregunta a la ligera entonces. ¿Sospechas algo? ¿Hay algún motivo que te lleve a pensar que estás en peligro?

—No... es solo una sensación que tengo, una aprehensión.

«Aunque era algo excesivo. Burlarse de mi poema echándose un pedo no es lo mismo que envenenarme. Escribir una obra sobre Octavia no significa que el autor esté decidido a matarme.» Pero aun así...

—Es probable que solo sea mi imaginación —añadí.

—Un emperador necesita tener una imaginación muy viva si quiere sobrevivir —dijo—. Estate muy atenta. Te prometo que te informaré si alguien acude a mí o si me entero de algo.

## XXX

### LOCUSTA

Al ocaso observé cómo el carruaje imperial arrancaba y descendía la colina. Las ruedas avanzaban por el camino de grava y el carruaje fue dando sacudidas hasta alcanzar la calzada pavimentada.

El carruaje. Su bamboleo y su traqueteo no tenían nada que ver con el carro que Nerón había conducido en el Circo Máximo. Por lo que he oído, allí había volado como el viento. Como todo el mundo, tengo mis espías. No podría trabajar sin ellos. Pero no fue necesario que ningún espía me informara de su carrera. Toda Roma hablaba de ello. Conociéndolo como lo conocía, imaginé que durante aquellos breves momentos había trascendido el tiempo y las preocupaciones terrenales. Pero todo aquello había terminado de golpe al cruzar la línea de llegada. Ahora volvía a estar sumido en preocupaciones; era la carga de ser emperador. Él está en vela para que nosotros podamos dormir en paz.

Años atrás, cuando la perspectiva de ser emperador estaba a una seta venenosa de distancia, ¿tenía la menor idea de lo que lo aguardaba al otro lado? No, ¿cómo iba a tenerla? Tenía solamente dieciséis años y vio la huida que le ofrecía ser emperador: una huida del cautiverio de su madre, de las restricciones y los sueños negados. Estaba ahora en otra clase de cautiverio, del que no podría salir mientras viviera. Los emperadores no se retiraban a la vida privada, como los filósofos. Solo había un retiro para un emperador: la tumba. Y si tenía suerte, llegar a ella de forma natural a una edad avanzada.

Pero los antecedentes en este sentido no eran alentadores. Había rumores, jamás demostrados, de que Livia había ayudado a Augusto a alcanzar su divinidad, de que Calígula había hecho subir a Tiberio a la barca de Caronte. El propio Calígula había sido asesinado a plena luz del día.

Claudio, de noche en un banquete. Y todos sabemos qué le pasó a Julio César.

Si creyera que los dioses eran buenos y se preocupaban por nuestro bienestar, haría sacrificios y rezaría: «¡Protegedlo, protegedlo, no permitáis que le hagan daño!» Pero están ajenos a nosotros y a nuestras necesidades y preocupaciones. No podemos obtener ayuda en el cielo. Tenemos que ayudarnos a nosotros mismos y nada más.

Casi era oscuro, y en el edificio principal se habían encendido lámparas. Una neblina se elevaba del valle e impedía distinguir lo que había debajo. El carruaje tendría que sumergirse en la neblina; el viaje de vuelta a Roma sería lento. Me estremecí y entré corriendo en el edificio.

Varios trabajadores aguardaban para hablar conmigo. Los escuché uno a uno. Un jardinero estaba preocupado por el tanaceto.

—Lo llevé dentro hace dos semanas, pero se está marchitando igualmente —explicó—. He tenido cuidado de no regarlo demasiado.

—¿Todavía tenemos una parte fuera? —pregunté.

—Unas pocas plantas. Siempre hay una reserva que sobrevive al invierno.

—Tenlas vigiladas. Tápalas de noche para mitigar el frío. Así, si las que están en macetas mueren, seguiremos teniendo las de fuera. —El tanaceto era el remedio probado para terminar con los embarazos. Tenía mucha demanda.

Otra persona estaba preocupada por el beleño.

—Tiene demasiadas flores —dijo—. Está usando toda su fuerza en florecer y las hojas se resentirán.

—Pues quítaselas, pero lleva guantes —indiqué con una carcajada—. Las

bonitas flores blancas formarán un ramo precioso, pero recuerda que el agua en la que estén será venenosa. Tírala donde no provoque ningún daño. —El beleño hacía que el corazón latiera tan fuerte que uno no podía resistirlo.

Un hombre se quejó de las medusas.

—Una de ellas me picó con saña.

—Debiste de olvidarte los guantes.

—No. Su picadura los atravesó. —Levantó la mano, llena de manchas rojas.

Problemas, problemas. Eran constantes en este negocio. Pero no quería hacer otra cosa.

Me retiré a mi despacho y revisé los libros de los pedidos y los pagos. El negocio era constante; los envenenamientos no sabían de estaciones, por eso disponía de instalaciones de interior. Las enfermedades tampoco sabían de estaciones, y las pociones curativas que podía preparar representaban por lo menos la mitad de mi negocio, e iban en aumento. Puede que en poco tiempo mi negocio principal fuera dotar de salud y libertad a quienes estaban atrapados en la jaula de una enfermedad.

Bajo la luz amarilla de la lámpara me fijé en un pedido de veneno de cobra en polvo. No era habitual. Lo miré más detenidamente. No reconocí el nombre del cliente, pero la dirección era de Roma. Llamé a mi secretario.

—¿Reconoces este nombre? —pregunté, señalándolo.

Sacudió la cabeza.

—¿Despachamos el pedido?

—No —contestó—. No tenemos este producto.

—Eso es porque es un fármaco que prácticamente no elige nadie, a no ser que tenga colmillos. Si te lo bebas, es inofensivo. De modo que alguien tendría que disolverlo y aplicarlo a una herida abierta. No es demasiado sutil.

—Tal vez quisiera suicidarse.

—Hay formas más fáciles y más baratas. El veneno en polvo es carísimo; tiene que importarse de la India. Los encantadores de serpientes de ese país ordeñan las cobras. —Me estremecí—. No es algo para pusilánimes. —Agité el libro de los pedidos—. Aunque lo hubiéramos tenido, seguramente no se lo habría podido permitir. —Se me ocurrió otra cosa—. ¿Te han hecho alguna petición que no fuera por escrito?

—Vino alguien hará una semana e hizo preguntas vagas. Lo tomé por un posible competidor, de modo que no le dije nada y lo despedí.

—Comprendo. La próxima vez, infórmame. —Tengo que estar atenta. Noté un halo de peligro alrededor del emperador.

## XXXI

### ACTEA

Cuando recibí la citación oficial del palacio, creí por un instante que me la había envidado él. El soldado que me la entregó en su reluciente cilindro se encargaba de los despachos personales de la casa imperial, no de los políticos.

Una vez dentro, en la privacidad de mi despacho, lo abrí con manos temblorosas y, al ver el sello, pensé: «¡Sí! Me ha mandado llamar.» Pero cuando rompí el sello y desenrollé la misiva, vi que no era de él. Vi que era de ella.

¿Cómo sabía quién era y dónde estaba? Pero seguramente no era ningún misterio. Debió de interceptar la carta que había enviado a Nerón para advertirle sobre Seneción. A lo mejor él nunca la había visto. Pero no lamentaba haberla enviado, haber intentado advertirlo. Y a pesar de lo poco atractiva que era la idea de verme con Popea, eso me daría la oportunidad de volver a entregarle el mensaje sobre Seneción. Se lo contaría a ella, y fueran cuales fueran sus defectos, el bienestar de Nerón sería su principal preocupación.

Miré con más atención los detalles. La Augusta pedía mi presencia en tres días junto al lago de la Casa de Oro, en la octava hora.

Nada más. Ninguna explicación de qué o por qué. Pero sabía que no era para encargarme ánforas ni baldosas.

Estaba en el atrio exterior de la famosa, o infame, Casa de Oro. Incluso en Velitres se hablaba constantemente de ella. Asombraba por su belleza rutilante y mágica. Pero también provocaba comentarios menos elogiosos. «Es una extravagancia y un insulto para la gente que perdió su hogar en el incendio. Sin hogar primero debido al incendio, y ahora debido a la Casa de Oro que ocupa todo el centro de la ciudad.» Y también: «Eso demuestra lo que considera importante: los experimentos arquitectónicos. ¡Qué vergüenza!»

Al parecer, muchos habían olvidado rápidamente todos sus esfuerzos por ayudar después del incendio. No lo habían visto; yo sí. Pero todos esos esfuerzos no fueron tan pregonados como la Casa de Oro. Solo se vieron una vez, fugazmente, mientras que la mole del palacio estaba ahí, provocadora, todos los días.

Aproveché la visita para ver personalmente el interior. Miré alrededor, captando el mármol de muchos colores en las paredes y el suelo, y la vista del soleado exterior a través de las columnas. Era asombroso, aunque sobrecogedor. La escala era tan grande que me hizo sentir pequeña. Tal vez la intención fuera esa.

—Tienes que venir conmigo —anunció una voz detrás de mí. Me di la vuelta y me levanté. ¡Era Popea en persona! Pero no... la voz era de hombre.

Sonrió. ¿Era el rostro de Popea? Claro que no. Pero me desorientó. Puede que, como el inmenso atrio, ese fuera el objetivo de tener semejante sirviente: desconcertar a las visitas.

Lo seguí por lo que me parecieron millas de pasillos y habitaciones conectadas entre sí, hasta llegar a unas grandes puertas doradas: las dependencias de la Augusta. Las abrió de golpe, y accedimos a otro largo pasillo. Lo recorrimos hasta que finalmente fuimos a parar a una habitación que brillaba con la luz que reflejaban las olas que una fuerte brisa levantaba



en el lago artificial del exterior. Sentada en el fondo, como un ídolo oriental, había una mujer que se asemejaba al sirviente. Pero su tez era pálida y su brazo, al pedirme que entrara, parecía delgado.

«Así que esta es la legendaria Popea, la mujer más hermosa de Roma, la segunda Helena», pensé. Estaba preparada para discrepar de ello. Pero cuando me acerqué más y vi mejor sus rasgos, tuve que admitirlo: era realmente maravillosa, incluso estando físicamente limitada, puesto que también era obvio que estaba indispuesta.

—Gracias, Esporo —dijo al sirviente. Entonces se volvió hacia mí—. ¿Estoy hablando con Claudia Actea? —preguntó. Su voz era rica, seductora, melódica.

—Sí, Augusta. —Hice una reverencia.

—Acércate más —pidió—. Quiero verte bien.

Avancé un poco más hasta situarme a unos diez pies de ella. Su silla, situada en una tarima, le permitía mirarme desde arriba. Durante un largo instante no dijo nada. Tuve ganas de darme la vuelta y marcharme.

—¿Qué puedo hacer por la Augusta? —pregunté por fin.

—No eres tú quién hace las preguntas —dijo. Me hizo esperar más. Entonces, despacio, con cuidado, se levantó de la majestuosa silla. De repente, su actitud cambió, como si se quitara una careta—. Quería darte las gracias por tu advertencia sobre Seneción —soltó—. El emperador te está agradecido. Lo mismo que yo.

—Era mi deber —dije sin pensar. Era verdad, pero solo en parte. Me había alarmado tanto la idea de que estuvieran conspirando en su contra que había pasado la noche en blanco. Y todavía me estremecía al pensar en la sonrisa taimada de Seneción.

Se volvió y se dirigió hacia un grupo de sofás que había en otra parte de la enorme estancia, que era lo bastante grande como para celebrar en ella una

cena, una conferencia y números acrobáticos a la vez. Se apoltronó en uno especialmente acolchado y me indicó que me sentara en el más cercano a ella. Sus piecitos apenas tocaban el suelo y, tras recostarse en el sofá, se los tapó con la estola.

Disimuladamente, intenté mirar de soslayo sus prendas, sus joyas, su semblante. Cuando encontró una postura cómoda, vi de repente que estaba embarazada. Eso me afectó. No quería verlo. Tampoco quería verla a ella. Pero era la emperatriz y podía darme órdenes.

Se inclinó hacia mí como si fuéramos amigas.

—Sí, te estamos agradecidos. Hay que ser precavidos. Nos gustaría que siguieras manteniéndonos al corriente de cualquier información de este tipo.

«Te estamos agradecidos..., nos gustaría...» ¿Significaba eso que a partir de entonces tenía que comunicarme con él a través de ella? ¿Se acabó la correspondencia privada con el emperador?

—Lo haré, aunque espero que no sea necesario. Y, si lo fuera, el mensajero oficial no es la mejor forma de haceros llegar la información. Tendríais que proporcionarme un canal de confianza para hacéroslo llegar.

—Lo haré. Y la próxima vez no enviaré al soldado.

La próxima vez. ¿Habría una próxima vez?

—Pero solo disponía de los datos de la dirección de tu trabajo para mandarte llamar. A partir de ahora... —Dio una palmada para que viniera un esclavo y le pidió vino dulce, higos y queso sin preguntarme qué quería yo, si es que quería algo. Se volvió en el sofá y me clavó los ojos—. ¿Te estás preguntando dónde está el emperador?

Lo había hecho, pero no iba a decirlo.

—He venido a verte a ti —respondí—. No al emperador.

—Ha ido a pasar el día a Ostia —informó—. Me pareció que sería mejor que estuviéramos solas.

Pero hasta entonces no había dicho absolutamente nada que él no pudiera oír.

—Tus deseos son órdenes, Augusta.

—Era mi deseo —dijo—. Y deseaba verte personalmente. Ahora que lo he hecho, ya puedo olvidarme por completo de ti. Como rival por el amor del emperador, quiero decir. Veo que eres inofensiva.

Quise decir: «Solo el emperador puede saber lo inofensiva que soy. Solo Lucio. Tú nunca lo conociste como Lucio, pero yo sí. Sí. Mi Lucio.»

De repente me entraron ganas de reír, recorrer la opulenta habitación con la mano y decir: «Todo esto podía haber sido mío. Ser yo quien ocupara la silla en la tarima. Mi cabeza, la que estuviera en monedas de oro. Yo quien estuviera cubierta de joyas. Yo quien fuera la Augusta. Pero me alejé de todo eso.» ¿Qué cara habría puesto Popea entonces?

—Por supuesto que lo soy, Augusta. Lo soy —aseguré con una sonrisa.

Lo único que le envidiaba, con una profunda tristeza, era que llevara un hijo suyo en el vientre. Se podía quedar con todo lo demás.

## XXXII

### NERÓN

La visita a Locusta había disipado mis temores, pero solo en parte. Que hubiera sido incapaz de afirmar rotundamente que sí, que estaba actuando un veneno, era tranquilizador. Pero tampoco lo había descartado. ¿Teníamos que imitar a Séneca y comer solo pan hecho en nuestra presencia y beber solo agua traída de un arroyo? Tal vez tendríamos que probarlo y ver si Popea mejoraba.

El viaje de vuelta a Roma, en medio de la niebla, había sido muy largo, pero había sido vigorizante salir de la ciudad un rato. Podía pensar mejor lejos de ella. Mientras el carruaje se zarandeaba sonoramente, empecé a hacer planes para la primavera siguiente, cuando el bebé habría nacido y la reconstrucción de Roma estaría terminada, con ceremonias que lo conmemoraran. Habría mucho que celebrar, puesto que, menos de un año después de la catástrofe, Roma se había recuperado, con mejores y nuevas instalaciones. Y, además, había innovadores experimentos arquitectónicos que conferirían una dimensión más a la ciudad, y, entre ellos, en lugar destacado, estaba la Casa de Oro.

Y en otoño celebraríamos los segundos juegos neronianos. Puede que construyera un nuevo estadio donde pudieran tener lugar. Y esta vez, yo mismo competiría en la carrera de carros. Para cuando cruzamos las puertas del palacio mucho después de medianoche, lo tenía todo planeado.

Al día siguiente, siguiendo mis órdenes, iniciamos lo que irónicamente

denominé «La dieta de Séneca».

—Solo comeremos fruta que hayamos pelado nosotros mismos, pan que pueda hacerse de grano de campos protegidos, molido delante de nosotros y horneado en un pequeño horno que instalaremos en nuestras dependencias, y beberemos solamente agua de un arroyo —dije a Popea.

—¿Quieres que nos mudemos a la cocina? —soltó, entornando los ojos.

—Lo hago por ti. Quieres recuperarte, ¿no? ¿O comprobar que no te están envenenando?

—Sí —contestó—. Más que nada en el mundo.

—Pues tendremos que seguir este plan un tiempo. —Suspiré y me di unas palmaditas en el estómago—. De esta forma seguro que por fin pierdo peso —solté—. Hasta ahora no he tenido demasiado éxito.

Tenía que perder mucho más para volver a estar esbelto. Las tartas con miel, el vino, los lechones asados... habían sido despiadados conmigo. Para que la vergüenza me obligara a actuar, había permitido que incluyeran en las monedas perfiles poco favorecedores de mí en los que se exageraba mi papada. No había funcionado; solo servía para transmitir a personas que nunca me habían visto que el emperador estaba grueso.

También había dejado de hacer ejercicio. Estaba demasiado atareado reconstruyendo Roma para eso. Bueno, los próximos juegos neronianos me proporcionarían el incentivo que necesitaba.

Seguimos esta monótona dieta cinco semanas. Resultó que pasado un tiempo perdí el apetito y me costaba comer el pan seco. Tal vez sería un buen asceta después de todo. Se necesitaba menos fuerza de voluntad de la que me había imaginado. Adelgacé; me lo notaba en la cara y en cómo me quedaban los cinturones. Pero yo era el único que se beneficiaba del régimen. Popea no se sentía mejor. De modo que lo abandonamos al acercarse las saturnales,

aunque prometí moderarme a partir de entonces a la hora de comer, tanto si había pasteles tentadores como si no. No quería volver a perder terreno.

—Sí, vuelves a ser prácticamente el hombre ágil con quien me casé —dijo Popea—. Me alegra volver a verlo.

Pero yo no podía decirle lo mismo; no podía decirle: «Tú eres la mujer radiante con quien me casé.» La abracé. No la estaban envenenando. Era otra cosa.

Nos adentramos en la época más oscura del año. El sol no salía hasta mucho después de que nos hubiéramos levantando, e incluso entonces su luz era tan débil que teníamos lámparas de aceite encendidas. Y se ponía con un estallido de color amarillo tan temprano que todavía faltaban horas para acostarnos. Sus rayos iluminaban más rato el pabellón porque estaba en la cima, pero los techos altos hacían que fuera difícil calentarlo, por lo que rara vez íbamos allí. Fábulo había dejado de trabajar en esta estación, porque sus pinturas no respondían bien a menos de determinada temperatura.

—Sería un marco excelente para la fiesta de las saturnales —dije con melancolía. Pero no serían las de este año.

—O para tu cumpleaños —añadió Popea.

—Pero no el de este año —dije en voz alta.

—Quizá podríamos organizar una pequeña reunión aquí —propuso—. ¿Acaso no debería celebrarse el cumpleaños del emperador?

—Celebramos el ascenso al trono en octubre, y las legiones y los magistrados me jurarán lealtad en Año Nuevo. No hace falta hacer más celebraciones. —En cualquier caso, Popea no estaba para festejos.

El trabajo no cesó, ni siquiera en esta época del año. Envié varios despachos relativos a diversos proyectos de navegación marítima: el puerto

de Ostia, el canal entre Nápoles y Ostia, los muelles de Anzio. El mensajero recogió sonriente los cilindros y dijo:

—¿Nada para Velitres hoy, César?

Lo miré.

—No. ¿Por qué debería haberlo? —pregunté.

—Tuve que entregar allí un mensaje no hace mucho —respondió, encogiéndose de hombros—. No estaba seguro de la dirección exacta de la persona a quien buscaba. Pero ahora ya la sé, por si acaso hubiera más mensajes.

Supe de inmediato la dirección que estaba buscando, y quién había enviado el mensaje. Me levanté enojado, no con él. Lo despedí con un gesto alegre de la mano. Y me dirigí a las dependencias de Popea.

Estaba acostada, rodeada de sirvientes que la mimaban con vino endulzado y exquisiteces; una lira sonaba suavemente en un rincón. Ordené a todo el mundo que se marchara. Esporo se quedó respetuosamente.

—Tú también —le dije, y se esfumó con los demás. Cuando se hubo ido y nos quedamos solos, miré a Popea—. ¿Por qué enviaste un mensaje a Actea? —le pregunté.

Se apoyó en los codos con total serenidad.

—Quería darle las gracias por su advertencia.

—¿Sin que yo estuviera presente? ¿No era yo quien tenía que haber hecho eso? ¿Esperaste a que yo estuviera fuera para hacer esta... invitación?

—Estabas ocupado en Ostia. —Giró la cabeza y toqueteó los flecos de la manta que la cubría, que parecían resultarle muy interesantes.

—Lo planeaste para que fuera así. No me mientas. ¿Qué querías realmente de ella? —Estaba avergonzado y furioso de que lo hubiera hecho—. Estás hablando conmigo, ¿recuerdas? Conmigo, que sé cómo piensas.

Se levantó de la cama, despacio. Se plantó ante mí, con aspecto lastimero.

—No lo hice con mala intención —aseguró con su voz más persuasiva.

—¡Te he dicho que no me mientas! —bramé—. ¡No te atrevas a insultarme de esta forma!

Retrocedió como si la fuerza de mis palabras la hubiera golpeado. Reflexionó un momento. Supe exactamente qué estaba pensando. ¿Tengo que confesar o mentir?

—La mandé llamar porque quería verla —dijo por fin.

—Evidentemente —solté—. Eso ya lo sé. Pero ¿por qué querías verla? Y no me mientas con lo de que querías darle las gracias. Es una tapadera penosa. Sé que tu imaginación da para mucho más. Pero no intentes superarte colándome otra cosa. Dime la verdad. Es mucho más fácil.

—¿Y tú lo dices? —soltó—. Tú, que traicionaste a tu amigo Otón para quedarte conmigo.

Solté una carcajada.

—Con una considerable ayuda de su amante esposa. Pero basta. Es algo que forma parte del pasado, y no tengo costumbre de mentir. Además, no soy yo quien tiene que dar explicaciones ahora.

Pero había sido mi mentira sobre la muerte de mi madre y mi cita con Popea lo que había alejado a Actea de mí. Había dicho: «No quiero a un mentiroso por marido, aunque sea el emperador.» Entonces había tenido que mentir. Pero detestaba considerarme un mentiroso. Lo atribuía a lo que yo denominaba tercer Nerón, el que hacía cosas malas pero necesarias. Hacía cierto tiempo que no había tenido que recurrir a él, como a Locusta, y esperaba no volver a hacerlo nunca.

—Muy bien, entonces —dijo Popea—. Tenía curiosidad por verla. Porque te amo, y tengo celos de cualquiera a quien hayas amado o que te haya amado. Si no puedes entender eso, es que nunca has amado a nadie.

Pero me pareció que era más el rencor que el amor lo que hacía que Popea



tuviera celos de Actea; más la rivalidad que la curiosidad.

No tenía sentido discutir.

—Es verdad, yo he visto a tus dos maridos. Eso da tranquilidad a aquellos de nosotros que somos celosos. —Su primer marido, Rufrio Crispino, era muy mayor y había sido prefecto del pretorio en tiempos de Claudio. El segundo, Otón, un dandi divertido y rico, era ahora gobernador de Portugal. Ninguno de los dos podía suscitar demasiados celos, por lo menos por su aspecto—. Y ahora que la has visto, ¿qué opinas?

—Comprendo por qué estabas prendado de ella —contestó tras suspirar. Y, ladeando la cabeza, añadió—: Es una lástima que fuera tan inferior a ti. Una esclava.

—Una cautiva de una familia noble de Licia. Una exesclava. Ahora es una mujer de negocios muy próspera.

—Gracias a tu generosidad.

—Solo la ayudé a empezar. Ahora lo hace todo ella sola —aclaré.

—Como tiene que ser —replicó Popea.

Lo dejé estar y volví a mis dependencias. ¿Qué me enojaba más? ¿Que Popea hubiera actuado a mis espaldas para ver a Actea? ¿O no haber estado ahí para verla yo también?

Petronio iba a celebrar una fiesta de las saturnales en su nueva casa de Roma, construida a toda prisa en el Aventino, cerca de la anterior, damnificada.

—Todo el mundo está viniendo a la Nueva Roma —dijo—, por lo que hay que tener una casa, aunque sea muy pequeña. —Conociéndolo, sabía que no era probable que fuera pequeña.

Sopesé de quién debería disfrazarme. ¿De algún personaje de la mitología?

¿De la historia? ¿De una persona viva? Como ahora estaba más delgado, pensé en un filósofo errante que se alimentara de manzanas arrugadas y agua asquerosa. Pero tendría que ir soltando perogrulladas grandilocuentes y eso sería tedioso.

Al pensar en filósofos me vino Séneca a la cabeza. Decidí volver a leer *Octavia* con más atención, más a fondo. La primera vez, como estaba horrorizado, la había leído por encima. Pero había pasado tiempo y ahora podría analizarla.

Los ataques a mi persona me parecieron más atroces aún que la primera vez que la leí. Pero ahora hubo otra cosa que me sorprendió. El fantasma de mi madre hablaba y nos maldecía a mí y a Popea.

*La Furia vengadora ha preparado  
una muerte digna de sus crímenes,  
un castigo caerá sobre él.  
Puede, en su soberbia, construir  
con mármol un palacio y recubrirlo de oro.  
Llegará el día y llegará el momento  
en que pague con su emponzoñada vida  
el precio de sus crímenes; el día en que,  
abandonado, abatido y privado de todo,  
doble el cuello bajo la espada de su enemigo.*

«Construir con mármol un palacio y recubrirlo de oro...» ¡La Casa de Oro!  
¿Y una Furia vengadora desatada sobre mí?

Entonces hablaba del crimen más espantoso que ella había cometido, el incesto que yo no había contado a nadie. ¿Lo había sospechado Séneca, o eran solo imaginaciones de su mente perversa?

*Ojalá crueles fieras hubieran despedazado mis entrañas  
antes de haber dado a luz a ese niño  
o de haberlo acercado a mi pecho.*

*Habrías sucumbido siendo todo mío, carne de mi carne.*

Sí, eso es lo que querías, madre, que fuera todo tuyo y carne de tu carne. Había creído que la muerte nos había separado. Ya no estaba tan seguro. Me estremecí. Había alejado de mí estos pensamientos y ahora habían vuelto como una multitud chillona.

Y Popea tampoco se salvaba.

*Llevo antorchas infernales en las manos ensangrentadas  
para recibir este matrimonio impío; bajo su luz  
mi hijo casará con Popea: estas brillantes llamas  
las manos vengadoras de su furiosa madre  
convertirán en llamas funerarias.*

Pero era una obra, y estaba escrita por un hombre, no por un fantasma. Evidentemente, un hombre que me odiaba. Aun así, era fruto de la imaginación, no de la realidad.

Y había algo más. Octavia describía así a Popea:

*Su arrogante concubina se engalana  
con riquezas robadas a la casa real.*

Esto podría haberlo dicho mi protestona madre. Una vez le había regalado una estola con joyas incrustadas del guardarropa imperial. En lugar de darme las gracias se había quejado de que la había engañado, porque tiempo atrás había tenido todo el guardarropa a su disposición por lo que solo le estaba devolviendo una pequeña parte de este. Preguntó qué generosidad había en devolverle lo que ya le pertenecía.

Popea se había prendado de la estola y una vez se la había puesto. Pero yo

le había ordenado que se la quitara. No podía soportar volver a verla, ni ver a Popea llevándola. Conservaba demasiado de mi madre.

### XXXIII

La mañana de mi cumpleaños me desperté consciente de una luz especial en la habitación. Popea estaba en sus dependencias; estaba solo. Las persianas estaban cerradas, pero de algún modo la extraña iluminación se filtraba por ellas.

Me levanté y avancé descalzo por el suelo gélido y resbaladizo de mármol. Abrí las persianas, que crujieron al girar en sus goznes, y vi un mundo cegadoramente blanco. ¡Roma estaba cubierta de nieve! El sol deslumbraba al tocar los ventisqueros y los montículos, y el cielo lucía un azul intenso.

Todo estaba en silencio y en calma. Nadie se había aventurado aún a salir, y el mundo parecía nuevo, inmaculado. Los recodos y los bordes estaban cubiertos y desdibujados. Lo contemplé sin aliento, conmovido por su belleza cristalina.

—Roma te ha hecho un regalo de cumpleaños. —La escena me había dejado tan atónito que no había oído a Popea entrar sigilosamente en la estancia y acercarse a mí por detrás.

—El mejor que me han hecho nunca —aseguré, volviéndome hacia ella y abrazándola—. Rara vez nieva en Roma, y casi nunca tanto.

—Ahora tienes que disfrutar de los primeros rayos de sol, como hiciste el día que naciste —dijo.

Me daba el sol, pero no lo consideré una recreación de nada. Hay cosas que solo pasan una vez y dan origen a mitos personales. Esta era la historia de mi nacimiento.

—Simplemente me alegra volver a ver el sol —dije—. Hacía días que el

tiempo era sombrío y apagado.

—Si la nieve perdura, ¿se verán afectadas las saturnales? —preguntó Popea.

—Nada impedirá las saturnales —respondí con una carcajada—. Nada en el mundo, ni siquiera un volcán. Los romanos tienen que poder celebrar su fiesta.

—Mira, hay nieve flotando en el lago —dijo con una alegría infantil—. Recuerda la espuma de las olas del mar.

A mí me recordaba las nubes en un cielo vuelto del revés. Así que el mundo ya estaba del revés, a punto para las saturnales.

Dos días después estaba en el templo de Saturno, en el Foro, para ofrecerle plegarias y proclamar de manera solemne inauguradas las fiestas en su nombre. Si a Saturno realmente le importaba lo más mínimo, era irrelevante en este momento. ¿Qué pensaban en realidad los dioses de nosotros y de las cosas que reclamábamos de ellos?

La nieve no se había derretido y hacía un frío glacial. Aunque se habían abierto caminos por el Foro y despejado con palas los peldaños del templo, arrastrábamos igualmente nuestros gruesos mantos por la nieve. Sin embargo, la centelleante ciudad hacía que todo el mundo estuviera alegre, sin importar el frío y los mantos húmedos.

De vuelta en el palacio, lo primero que tuve que hacer fue asistir a la recepción diaria de los «amigos del César». Normalmente, la gente hacía cola para presentarme sus respetos; ese día tenía que presentarles yo los míos, tal como exigían las saturnales.

Estaban reunidos en el atrio, apiñados alrededor de un impluvio de baldosas azules. Esta primera recepción estaba limitada a un grupo de élite,

considerado especialmente importante o próximo a mí. Otro grupo más amplio acudió a una recepción posterior. Ser expulsado de los «amigos del César» era señal de haber perdido mi favor.

Las figuras se volvieron hacia mí cuando me acerqué. En lugar de sonreír, fruncían el ceño. Todo tenía que ser al revés.

Recorrí la cola, haciéndoles una humilde reverencia, adulándolos y halagándolos de forma estrafalaria. A un senador calvo, lo elogí por su reluciente testa. A un hombre corpulento, por su capacidad atlética. A un simple pretor, por su aspecto apolíneo. Esperaba que así se dieran cuenta de lo cómicos que me resultaban sus efusivos cumplidos todos los días.

De nuevo en mis dependencias, Fenio y Subrio estaban de servicio pero no iban de uniforme. Llevaban unas amplias túnicas de manga larga y calzado civil. Apenas los reconocí.

Levantaron una coraza y un casco y me ordenaron que me los pusiera.

—Tienes que protegernos —dijo Fenio—. Como nosotros a ti todos los días.

—Sí, tu seguridad es importantísima para nosotros —aseguró Subrio—. No pensamos en otra cosa, dondequiera que el deber nos llame.

Había cierto matiz en sus palabras que delataba algo más allá de una simple broma.

—Ya lo sé —dije—. Y os confío mi vida. —Me puse el casco frío de metal y me abroché la pesada coraza de cuero. De repente, me sentí invencible, militar, fornido. Reí—. Me siento bastante transformado —comenté—. Ahora vosotros tenéis que confiarme vuestra vida.

Se miraron entre sí.

—Claro —dijeron a la vez—. Por supuesto.

Con todo mi esplendor militar, me dirigí a las dependencias de Popea. La gente parpadeaba al verme, desconcertada. Me encantaba.

Al llegar al grupo de estancias donde estaba Popea, me la encontré sentada en una silla colocada en su tarima, rodeada de sus esclavos y sirvientes. ¡Pero no! Quien estaba en la silla era Esporo, y Popea lo servía, ataviada con ropa de esclava. Pero hasta este atuendo la favorecía. Por un fugaz instante recordé a Actea sirviendo a Octavia en su casa, con elegancia y dignidad. Aunque yo nunca había pensado realmente en ella como en una esclava, aunque los demás lo hicieran.

Esporo alzó la mirada, altanero.

—¿Recibimos al gran Germánico?

—A tu servicio —respondí con una ligera reverencia.

—Ah, veo el parecido familiar con el emperador. Pero no puede ser Nerón, porque él no distingue un *gladius* de un *pilum*.

Las saturnales permitían decir cosas prohibidas el resto del tiempo, pero... Noté que me ruborizaba mientras los demás se reían a mandíbula batiente. ¡Y yo no era tan ignorante en cuestiones de armas!

—Mi nieto lucha en otros campos —dije para defenderme a mí mismo.

—¡Sí, los decadentes salones de poesía! —bramó un esclavo.

—Tiene bastante destreza con los carros —solté.

—Sí, lo hizo bien una vez —prosiguió el burlón—. Pero ¿podría hacerlo de nuevo? No como tú, poderoso guerrero, que hizo huir a los peludos bárbaros germanos.

—Ya se verá —dije, sin querer replicar. Ocupé mi lugar en el fondo de la habitación mientras Popea servía ostentosamente a su doble. Me había ofendido el insulto, pero decidí no permitir que se me notara. Es mejor conocer los pensamientos secretos que ignorarlos, tener las orejas abiertas en lugar de cerrarlas.



—¿Debería disculparme por Esporo? —preguntó Popea cuando nos estábamos arreglando para la fiesta de Petronio—. Sé que ha herido tus sentimientos.

—No, no lo hizo —insistí—. Pero no volveré a ponérmelos. Ha sido cosa de Fenio y Subrio—. El casco y la coraza descansaban en una mesa—. Iré de algo tan distinto de lo que soy que no pueda haber comparaciones posibles. Iré de... —Pensé deprisa—. De mulero.

Se echó a reír.

—¿Acompañado de una mula? —soltó.

—Haremos que uno de los esclavos se disfrace de mula —dije—. Pero como todo es irreal, será una mula habladora.

—Yo iré de mí misma, pero cubierta con un velo. ¿En qué me convierte eso? En lo que la gente quiera imaginar. Y me ahorra la molestia de pensar en un disfraz.

—Si no te sientes con fuerzas, no hace falta que vayas.

—Hoy me siento mejor. Si lo necesito, puedo irme pronto.

Vestido con mi disfraz de mulero —compuesto por unas botas gruesas, protectores de cuero para las piernas, una túnica de mangas largas sin blanquear y un manto mugriento—, partimos después del ocaso en una litera rumbo al domicilio de Petronio en el Aventino. La falsa mula iba sentada detrás de nosotros con un atuendo peludo y unas orejas grandes. Aunque apenas era oscuro, las calles estaban llenas de juguistas disfrazados que gritaban e iban dando empujones, la mayoría de ellos borrachos. Zarandeaban y ladeaban la litera; a pesar de mi disfraz, me reconocían y me escudriñaban con cara lasciva. Una mujer andrajosa, aunque no sé si era realmente una mendiga o aparentaba serlo, me dio una muñeca diciéndome que me protegería de posibles asesinos. Antes de que pudiera reaccionar, la multitud se la llevó.

Le di la vuelta. Era una muñeca sencilla, de tela, de la clase que tienen las niñas. Tenía los rasgos dibujados burdamente y el cabello de hilo. La dejé en la litera. Pero Popea me tomó del brazo.

—¿No dio alguien una muñeca a César cuando iba al Senado durante los idus de marzo?

—Era una nota, y no la leyó.

—¿Qué decía?

—Los detalles de la conspiración. Pero la dejó para leerla después junto con el resto de súplicas.

—¡No vayas a casa de Petronio! —rogó. Se inclinó hacia los portadores—. ¡Dad la vuelta! —ordenó.

Le quité la mano de mi brazo.

—No seas tonta —dije—. Estoy seguro de que Petronio tiene guardias, y estaremos entre amigos. ¿Dónde está la Popea de antaño, la Popea con quien me casé? —Giré la muñeca en mi mano—. Es solo un juguete infantil. —Iba a tirarla fuera de la litera, pero ella la sujetó.

—¡No! —Lo abrazó contra su pecho—. Sería tan temerario como lo que hizo César.

Nuestra litera subió la colina que daba al Circo Máximo; una pendiente no demasiado escarpada. Incluso aquí había mucha gente, que inclinaba la litera y chocaba con ella. La nieve crujía bajo los pies y el aire húmedo cortaba; tenía un olor astringente que recordaba un poco al vinagre. Las antorchas en movimiento formaban un remolino de lunas amarillas.

El Aventino estaba cubierto de edificios variados que abarcaban desde mansiones lujosas hasta residencias más humildes. Nuestros portadores dejaron la litera frente a una preciosa y elegante casa.

—La residencia de Cayo Petronio Árbitro —anunciaron.

Su tamaño era modesto, pero su diseño, innovador, osado y extravagante,

producto de la renacida Roma. Nos encaminamos hacia la puerta, yo dirigiendo a mi mula, que llevaba unos cascos de ébano pulido y unas orejas que le ondeaban sobre la cabeza, enderezadas con un alambre. Una esclava abrió la puerta, pero no, era Atria, la esposa de Pisón. Empecé a saludarla como tal, pero se llevó un dedo a los labios.

—Lesbia, para servirte y darte la bienvenida al hogar de Catulo. —Así que esta era la persona que Petronio afirmaba ser esa noche. Atria hizo una reverencia y nos llevó dentro. El atrio estaba lleno de gente, casi tanto como las calles. Algunas personas entraban en el impluvio chillando con las piernas al descubierto. Había montones de comida que desbordaban las mesas, y el suelo estaba resbaladizo debido a las uvas caídas y aplastadas.

—La fiesta privada es por aquí —dijo, y nos hizo cruzar el atrio y una puerta para conducirnos a una sala sorprendentemente grande junto a un jardín interior. Unos esclavos vestidos con opulencia nos dieron la bienvenida al «jardín de las delicias» y, ciertamente, había flores importadas de países cálidos, concretamente azucenas, rosas y lirios, prendidas en paredes, y unos incensarios colgados del techo esparcían nubes embriagadoras de sándalo.

—¡Caramba, un mulero! —Petronio estaba a nuestro lado—. Y su mula. ¿De qué va cargada?

—De unas téseras que pueden ganarse con los acertijos.

—¡Excelente! Vamos a empezar los juegos.

—¿La diosa de la Fortuna? —preguntó a Popea tras mirarla un momento.

—La diosa de mi fortuna —respondí yo—. Puedes hacerle una pregunta.

—¿Tendrá éxito mi iniciativa? —soltó, ladeando la cabeza.

—Tendrás que describir más detalladamente la iniciativa —respondió Popea con la voz apagada bajo su velo—. Seguro que hay varias iniciativas de cuyo resultado estás pendiente.

—Bueno, si fueras una verdadera profetisa, sabrías a qué iniciativa me

refiero. —Hizo una mueca—. Pero es mejor que no lo sepas. Venid, tomad algún refrigerio.

En el centro de la sala había una mesa con las patas de plata y treinta vasijas y platos como mínimo. Petronio tenía ganas de presumir de ellos, pero la verdad es que se trataba simplemente de un tipo de alimento que parecía otro: masa que imitaba la carne, carne que tenía aspecto de fruta, etcétera. Tras nuestra visita a Locusta, estábamos poco dispuestos a comer nada allí; demasiada gente tenía acceso a la comida. Incluso puse reparos al vino, algo que desconcertó a Petronio.

En una habitación adyacente, un maestro de ceremonias estaba anunciando el comienzo de las preguntas y las prendas. Era imposible para alguien tan corpulento como Laterano disfrazarse, así que lo reconocí a pesar de la máscara, la peluca revuelta y los pantalones bombachos bárbaros alrededor de sus robustas piernas.

—Yo, maestro del jolgorio, os haré una pregunta a todos. Responde la mejor que podáis. Pero id con cuidado. Una respuesta equivocada conlleva un castigo. —Se volvió, sacó el trasero y se dio un azote en él. Se volvió de nuevo y preguntó—: ¿Cuál es la mejor hora del día para practicar el sexo?

—Medianoche —dijo alguien vestido de pirata.

—¡He dicho día! —rugió Laterano—. ¡Dale un azote! —ordenó a uno de los esclavos.

—Justo cuando sale el sol —soltó un gladiador, que resultaba ser Vestino.

—¡Eso es porque eres viejo! —replicó Laterano—. ¡Es la única hora en que tienes suficiente energía! ¡Dale un azote!

—No soy tan viejo —se quejó Vestino. Pero se sometió de buen grado.

—Yo digo que justo después de un baño —apuntó Quinciano; reconocí su voz procedente de alguien vestido de Circe.

—¡Error! Es al revés. Tendrías que darte un baño después, no antes. Pero

bueno, seguramente quieres oler como el aceite perfumado. ¡Un azote para ti!

Tras muchas respuestas erróneas, mi mula soltó:

—¡Cualquier hora del día!

Laterano se volvió.

—¡Tenía que ser un animal sin luces el que supiera la mejor hora para el sexo! ¡Todo el tiempo! ¡Sí! ¡Ya tenemos un ganador!

—Y aquí está su premio, sacado de su propia alforja —dije, a la vez que la abría y extraía una tésera que rezaba: «Un loro con un vocabulario obsceno». Había un loro chillón en el palacio del que quería librarme.

Hubo muchas otras preguntas y acertijos. ¿Con cuántas copas de vino se emborracha un hombre? ¿Cuál es el color más raro de pelo? ¿Hay alguna prueba de virginidad infalible? ¿Ha resucitado alguien a algún difunto?

Pero hubo personas que pasaron de los acertijos y siguieron hablando entre sí, bebiendo una copa de vino tras otra, de modo que respondieron ellos mismos la pregunta sobre cuántas copas eran necesarias.

De repente, Lucano, tocado con una corona de hiedra, tomó la palabra y apartó a Laterano de un empujón. Se balanceó un poco, agitando la copa de vino sin ton ni son.

—¡Los griegos sabían de vi-vino! Sí, el gran poeta Eubulo dijo: «Preparo solamente tres co-copas a mis invitados. La primera pa-para la salud, la segunda para el amor y el pla-placer, y la tercera para el su-sueño.» —Lucano apuró la suya—. ¡Esta es la se-sexta que bebo! ¿Qué dice él al re-respecto? «La cuarta ya no co-corresponde al anfitrión sino a la ma-mala conducta, la quinta es la de los gritos y la se-sexta es la de la mala educación y los insultos.» ¡Y en esta es-estoy yo!

—Tartamudeas como Claudio —dijo Pisón, que salió de entre las sombras.

—Tú no necesitas seis copas de vino para ser grosero y ofensivo —solté,

fulminándolo con la mirada. Que supiera que estaba al corriente de su broma en la letrina—. Puedes hacerlo estando totalmente sobrio.

Se volvió despacio, intentando concentrar los ojos. Se encogió de hombros. Tal vez su cabeza no asimilara nada en aquel momento.

—¡Más! —gritó, alzando la copa, y el general Vespasiano, vestido de esclavo, se la llenó—. Y ahora —prosiguió Lucano, humedeciéndose los labios—. La número siete... ummm... la siete es la de las pe-peleas.

Se merecía una pelea, pero no era justo luchar con un hombre tan borracho que apenas podía tenerse de pie. Me volví. Me enfrentaría con él cuando no pudiera esconderse detrás de Baco.

—¡Acertijo, acertijo! —gritó Laterano para intentar recuperar el control—. ¿Conoce alguien el resto de la cita? Nuestro amigo está demasiado borracho para continuar. —Hizo un gesto para que alguien se llevara a Lucano del centro. Fiel al poema, intentó pelear, pero era tan incapaz de coordinar sus movimientos que se cayó al suelo, y se lo llevaron hacia la penumbra.

—Sí —dijo una profunda voz gutural que me pareció reconocer. Una mujer vestida de Boadicea sacudió la cabeza con su larga peluca roja y, dando unos golpecitos a su lanza, añadió—: La octava es la de los desmanes; la novena, la del vómito, y la décima, la de la locura. —Y entonces, como si le hubiera dado pie, llegó el sonido de alguien vomitando desde donde se había visto a Lucano por última vez—. Debe de haberse saltado la octava —soltó Boadicea. Todo el mundo gritó.

Laterano prosiguió sin problemas.

—¡Venga, otro acertijo! ¿Qué es mortal e inmortal a la vez, aunque no vive como dios ni como hombre, y nace y muere de nuevo todos los días? ¿Nadie lo ve pero todo el mundo lo conoce?

Mientras todo el mundo estaba pensando, eché un vistazo a mi alrededor. Conocía a la mayoría de la gente, pero no a todo el mundo. Los disfraces no

ayudaban. El humo de los incensarios nublaba los rostros, y los rincones de la habitación estaban oscuros. Petronio estaba mirando, cruzado de brazos. ¿Qué le pasaría por la cabeza? Nunca había entendido a ese hombre; parecía salirse de la categoría general y, sin embargo, deseaba formar parte del grupo, ofreciendo diversiones y presidiendo clubes, aunque siempre a cierta distancia. Como ahora, mirándolo todo desde la penumbra.

—¿La respuesta es el sueño! —reveló Laterano.

El general Vespasiano, a mi lado, resopló.

—No me parecen bien los acertijos —dijo—. Son una estupidez. —El viejo general estaba de vuelta en Roma tras su cometido como gobernador en el norte de África—. Veo que vas disfrazado de mí —señaló.

—¿De general? —Me quedé desconcertado un momento. Luego, me acordé. Tras contraer muchas deudas en África, había tenido que dedicarse al negocio de los muleros, lo que le había valido el apodo de *Conductor de mulas*—. Bueno, no quería ofenderte. De hecho, esa cruel etiqueta estaba tan lejos de mis pensamientos que ni siquiera la recordaba.

—¿Te gustan las mulas? —preguntó—. A mí no. Son unos animales irritantes. Pero se gana dinero con ellos. Me salvaron el pellejo.

—Si no hubieras sido tan honesto, habrías regresado rico, no pobre, de África. —El honesto Vespasiano era casi el único de los gobernadores que no se había valido de su cargo para obtener dinero ilegalmente.

—Ah, la honestidad. ¿Qué he ganado con ella aparte del nombre de Conductor de Mulas?

—Tu carrera todavía no ha terminado —aseguré. Pero no era joven; era uno de los soldados que había invadido Britania para Claudio hacía veinte años.

Boadicea se estaba acercando a nosotros.

—¿Fuiste tú! —dijo, señalando a Vespasiano—. ¡Tú trajiste a los viles

romanos a mi país!

—No fui yo —replicó Vespasiano—. Culpa a Julio César. Fue él quien lo empezó.

Boadicea soltó una sonora carcajada, echando la cabeza atrás. Entonces la conocí: era Estatilia Mesalina, la esposa de Vestino.

—¡Todos vosotros lo vais a lamentar! —anunció—. Mi país tiene tan poco que ofrecer que no vale la pena tomarse la molestia de guarnecerlo.

—Tiene tu valentía y tu nobleza. Un país que posee semejante líder tiene que ser especial —aseguré.

—Aun así, me derrotasteis —dijo.

—No sin dificultad —admití.

Suspiró y se quitó la pesada peluca.

—Es tarde. Ya me he tomado las tres copas de vino. Ha llegado la hora de irse a casa. —Miró a su alrededor en busca de Vestino—. Ha llegado la hora de volver a ser Estatilia.

Le puse la peluca de nuevo en la cabeza.

—Sé Boadicea un ratito más. Porque siempre he querido hablar contigo y nunca he tenido ocasión de hacerlo.

Y así representamos nuestros papeles, ella hablando en nombre de la reina desaparecida y yo diciendo todo lo que había querido preguntarle si alguna vez hubiera tenido el privilegio de verla en persona. Pero la única forma en que podría haberla visto en persona habría sido si la hubieran traído encadenada a Roma, humillada, para exhibirla ante una muchedumbre que se burlara de ella. Daba las gracias porque se lo hubiera ahorrado. Nadie sabía qué había sido de ella; había quien decía que se había envenenado, y quien aseguraba que simplemente había desaparecido y que algún día regresaría para liderar a su pueblo. Yo prefería esta última versión.

Poco a poco la habitación se iba vaciando; la gente se marchaba. Debía de



ser de madrugada. Popea estaba hablando con Escivino y su esposa, Cedicia, cerca de la puerta. Escivino había aprovechado la desagradable cicatriz que tenía en la boca y que le confería un aspecto siniestro para disfrazarse de salteador de caminos, mientras que Cedicia iba de sirena, recubierta de relucientes escamas de color verde.

Popea se había apartado el velo de la cara. Bajo la luz temblorosa de la estancia, de repente, de un modo horrible, se parecía a mi madre. Me froté los ojos para apartar de mí esa imagen; pero, cuando volví a abrirlos, mi madre me devolvía la mirada con unos ojos que parecían salirse de las órbitas. Enseñaba los dientes, como una loba. Horrible. Horrible. Me volví y, de modo todavía más horrible, me vi a mí mismo en un rincón: una figura siniestra que tenía mi aspecto y se escabullía entre las sombras para salir de la habitación.

Sin pensarlo, corrí tras ella. No era ninguna aparición; tenía que demostrar que no lo era; tenía que atraparla y ver quién era. Oí sus pasos en el suelo embaldosado; los pies de los espíritus no hacen ruido. Vi cómo su túnica se arremolinaba tras ella al doblar la esquina y huir por la puerta principal.

¿Por qué corría? Tenía que ser una persona real; los fantasmas no huyen, ¿por qué iban a hacerlo?

Llegué a la puerta principal y escudriñé la calzada pavimentada. Nada. Se había esfumado en medio de la noche.

Nuestro viaje de vuelta al palacio fue silencioso y tranquilo. Las multitudes escandalosas habían desaparecido, aunque todavía quedaban algunos juerguistas en las calles. La media luna estaba a poca altura en el cielo, próxima a ponerse. Lanzaba una luz melancólica sobre la nieve, pisada y sucia ahora. La muñeca seguía en la litera.

## XXXIV

Aunque faltaba poco para el amanecer, me acosté después de quitarme con alivio la vestimenta de mulero. A insistencia de Popea, había conservado la muñeca, que ahora descansaba en una mesa cercana con los brazos colgando por el borde. El extraño hechizo de los últimos minutos de la fiesta perduraba; ojalá pudiera desprenderme de él con la misma facilidad que del disfraz de mulero.

Me sumí en un sueño profundo, surrealista. Flotaba sobre la ciudad, contemplando cada una de las siete colinas, descendiendo para verlas más de cerca. Primero sobrevolaba la casa de Petronio, y a plena luz (porque era de día en el sueño) buscaba al hombre siniestro que se había escabullido de mí, pero no veía nada, solo a invitados que charlaban mientras se marchaban. Me alejaba de allí, llevado por un viento sobrenatural, y contemplaba la Casa de Oro, su reluciente lago, su techo de bronce verde, sus columnas de mármol vetado de la antigua Galia. En lo alto de la colina brillaba el pabellón, cuya larga fachada recibía los rayos del sol. ¡Qué bonito era!

Entonces, ante mis ojos, centelleaba y se disolvía, de modo que el espacio quedaba vacío, lo que me provocaba una profunda sensación de temor y pesar, y una voz me susurraba al oído: «No quedará en pie ni una sola piedra, ni nada de lo que aprecias.»

Quería gritar pero tenía la garganta agarrotada, y entonces, de repente, pude moverla, y el sonido que emitió resonó en la habitación y se quedó en ella, suspendido sobre mi cama. La habitación estaba intacta; las paredes de mármol, relucientes y enteras. Me levanté con cautela de la cama y dirigí la

vista hacia el lago. Seguía ahí. Todo seguía ahí. Asombrado, toqué la pared y me alegré de que fuera real.

Pero lo había visto en ruinas. Lo había visto, y era demasiado real para ser un sueño. Era una visión, no un sueño. Mi querida Casa de Oro no se conservaría.

Y la segunda parte: nada de lo que apreciaba.

Afectado, me senté en un sofá. No quería volver a acostarme para no soñar otra vez, para que el sueño no continuara. No había finalizado, solo lo había concluido prematuramente mi grito. Estaba esperando para regresar y terminar su espantoso augurio.

¿Sería una manifestación de las Furias? ¿Era así como visitaban, no como doncellas con serpientes por cabellos, cabeza de perro y ojos inyectados en sangre? ¿Invadían los sueños y atormentaban de este modo?

Mi madre. Había notado últimamente su presencia, hablando desde la obra, alterando los rasgos de Popea e incluso recordándome a Germánico, su padre, todavía querido por los soldados.

Las Furias, que vengaban los agravios de los jóvenes a los viejos. Acechaban y castigaban, y sus víctimas morían atormentadas. Habían hecho sufrir a Orestes porque había asesinado a su madre, Clitemnestra, como venganza porque esta había matado a su marido y padre de Orestes, Agamenón. El honor le había obligado a vengar la muerte de su padre; el honor le exigía igualmente que protegiera a su madre. No podía hacer ambas cosas.

Mi madre había matado a mis dos padres adoptivos. ¿No tenía motivos justificados para buscar venganza?

«Dijiste a Popea que no mentías, así que no te mientas a ti mismo. Asesinaste a tu madre, Agripina, no por Crispo y por Claudio, sino porque no te dejaba vivir sin ella, y no podías respirar. Ella te asfixiaba y te encadenaba

para lograr sus objetivos. Aquello no podía seguir así. Solo te permitía ser emperador si eras un juguete, un muñeco como el de la mesa, que ella pudiera manejar. E incluso intentó controlar tu cuerpo, drogándote y metiéndote en su cama. Un incesto peor que el de Edipo, que pecó sumido en la ignorancia, no deliberadamente. Pero nada era tabú para ella. No, aquello no podía seguir así. Tú y ella no podíais existir en el mismo mundo.»

Pero como Orestes descubrió, las Furias no razonaban. Para ellas no había circunstancias atenuantes. De esta forma, ellas mismas eran como marionetas, seres irreflexivos.

Quizá estuvieran atormentando a Popea. Si no la estaba atacando ningún veneno, solo podía ser cosa de las Furias.

¿Pero cómo se las vencía? Orestes había apelado a Apolo, quien a su vez había pedido a Atenea que interviniera. Pero yo necesitaba algo que fuera más rápido. Los dioses podían tardar años en responder, si llegaban a hacerlo. ¿No había tenido que vagar mucho tiempo Orestes? Y Popea y yo teníamos que ser liberados inmediatamente.

Tenía noticia de... Me habían hablado de... unos magos caldeos que tenían el poder de exorcizar los espíritus de los muertos. Hasta podían hablar con ellos. Me estremecí. Estas cosas estaban prohibidas en Roma, pero no para el emperador. Es decir, nadie podía impedir que el emperador hiciera lo que quisiera.

«¿No es estupendo ser emperador y mandar llamar a quien te apetezca?»

Tirídates de Armenia iba a venir a Roma para que yo lo coronara. Él mismo era mago. Pero faltaba mucho tiempo para eso. Tardaría una barbaridad en llegar, puesto que se negaba a viajar por mar porque iba en contra de su religión. Tenía que encontrar magos caldeos enseguida. Afortunadamente, Roma cobijaba muchas nacionalidades y religiones. Tenía que haberlos en alguna parte.

Apurado, hice venir a mis esclavos para que me ayudaran a vestirme y mandé llamar a Tigelino.

Este llegó en menos de una hora.

—Buenos días, César. ¿Cómo fue la fiesta de las saturnales? Espero que no te importara que ayer enviara a Subrio en mi lugar. Tenía..., esto..., otros asuntos que atender.

Me lo imaginaba, pero no quería oír nada al respecto. Sus excursiones a los burdeles los mantenían a flote, y eran especialmente ingeniosos en las saturnales.

—Estuvo bien, como todas las fiestas de Petronio. —Le conté lo que pasó con Lucano.

—Seguramente ahora mismo se estará recuperando. Es joven, y puede beber hasta caerse redondo pero estar bien la noche siguiente. Mientras tanto, he encontrado otro de sus escritos, y no va sobre las guerras del siglo pasado.

—Me entregó un rollo.

No me apetecía leerlo en aquel momento.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Lee el título. Eso te lo dirá todo.

Lo desenrollé lo suficiente para ver *Sobre el incendio de Roma*. Me lo quedé mirando.

—¿Me culpa a mí? —inquirí.

—Digamos que no lo achaca a un accidente. Ni a los cristianos.

¿Qué lo había vuelto en mi contra? ¿Era eso también obra de las Furias? ¿Indisponer a los demás contra mí? Obraban de formas maléficas e insidiosas. Lo de Lucano me entristecía especialmente.

—Es una pena —dije. Pero tenía preocupaciones más apremiantes—. ¿Conoces a algún mago caldeo? —pregunté.

—Los sacerdotes y las religiones no son mi especialidad —respondió

Tigelino con una carcajada. Pero, al ver lo serio que yo estaba, añadió—: Estoy seguro de que puedo localizar a alguno. En Roma puede encontrarse de todo.

—Pues hazlo —dije—. Lo más rápido posible.

Había un motivo por el que Tigelino había destacado tanto, y por el que yo confiaba tanto en él. A mediodía había localizado a dos magos caldeos que vivían, irónicamente, cerca de Petronio en el Aventino, donde florecían muchos cultos y templos extranjeros, dado que se situaba fuera de los viejos límites de la ciudad.

—Prefieren venir por la noche —explicó, y los describió—. La posición de las estrellas es muy importante para sus... sus ilusionismos, o lo que sea que hagan. —Sonrió, a la espera de que le explicara qué hacían o por qué quería verlos, pero lo dejé esperando. La sonrisa se desvaneció en su rostro de mandíbula cuadrada—. ¿Necesitas algo más?

—¿Han especificado algo? —quise saber.

—Pidieron carne de un perro negro —respondió, arrugando la nariz—. Dijeron que no debía haber sal presente. Prefieren un tiempo tormentoso, pero no podemos controlar eso, claro. —Miró por la ventana. El cielo estaba cubierto, gris como la nieve vieja que cubría.

Todo estaba preparado. Popea y yo aguardábamos en mis aposentos. Estaba perpleja, pero se doblé a lo que yo le pidiera. Me había asegurado de que estuviéramos solos; los guardias, siempre presentes, estaban relegados a las puertas exteriores. En una mesa había una bandeja tapada que contenía carne de perro cocida. Esta estancia, aunque pequeña, tenía una vista excelente del cielo a través de dos ventanas. Y en el exterior, aunque no había tormenta, la nieve, al derretirse, levantaba una niebla que cubría el suelo.

Había hecho todo lo que podía. Estábamos pendientes de que llamaran a la puerta; una llamada que esperaba que nos librara de lo que nos atormentaba.

Era casi medianoche cuando oímos unos golpecitos en la puerta. La abrí yo mismo y vi en el umbral a dos hombres con unas relucientes túnicas oscuras adornadas con signos del zodiaco. Los hice pasar.

—Bienvenidos —dije. Y de repente me pregunté qué lengua hablarían. ¿Tendría que haber tenido un traductor a mano? Tigelino había conversado con ellos, pero no me había comentado cómo lo había hecho.

—Gracias —respondió en griego el más alto de los dos. ¡Menudo alivio!

Entraron en la habitación. Esperé para ver qué querían hacer: quedarse de pie, sentarse, y ¿dónde? Todo dependía de ellos.

—Aquí tengo carne de perro, y no hay sal, como solicitasteis —indiqué.

—Es aceptable —dijo el hombre más bajo con una voz suave—. Necesitamos muy poca cosa. —Señaló la ventana—. Las estrellas nos proporcionan nuestro poder. Ahora solo necesitamos tu fecha de nacimiento para saber qué decían las estrellas cuando viniste al mundo, y tenemos que saber la naturaleza de lo que te inquieta. ¿Es un demonio corriente o una persona fallecida?

Lucía una poblada barba que dominaba su cara pequeña, parecida a la de un zorro. Pero su voz, aunque dulce, era autoritaria.

Les di las fechas de nacimiento de ambos y después dije en voz baja, como para admitir el peligro que suponía:

—Es una persona.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta esta persona? —quiso saber el hombre más alto. Su barba era más discreta, pero sus penetrantes ojos oscuros le hacían parecer más salvaje que su compañero.

—Cinco años —contesté.

—Lástima. Si fuera reciente, tal vez podríamos reanimar el cadáver.

—Fue incinerada —indiqué. Era macabro pensar en manosear el cadáver de mi madre. De golpe me vino a la cabeza la pregunta en la fiesta de Petronio: «¿Ha resucitado alguien a algún difunto?»

—Pues invocaremos a su espíritu.

—¡No! Ya está presente. Quiero que la expulséis, que la echéis. ¡No fortalezcáis su presencia aquí, con nosotros! —exclamé.

—Tenemos que invocarla, hacerla venir para que responda ante nosotros, antes de poder echarla —explicó el hombre más bajo—. Prepararemos el ritual.

Se acercó a la mesa y destapó la carne.

—Comemos perro para honrar a Hécate, la diosa de la muerte, a la que acompaña un perro negro. Y no puede haber sal presente, porque la sal es un conservante, lo contrario de la descomposición.

Abrió la bolsa que llevaba y extrajo de ella dos platos con una escritura desconocida. Dio uno a su compañero y los llenaron juntos de carne de perro, murmurando algo antes de comérsela. Y, tras balancearse un buen rato, dijeron:

—Apagad todas las lámparas excepto una. Tenemos que estar a oscuras.

Solo quedó, pues, una lámpara encendida, cuya parpadeante y tenue luz proyectaba sombras saltarinas en las paredes. El hombre más alto nos pidió que nos colocáramos de pie, de espaldas a la lámpara.

—Muy bien —dijo en voz baja—. ¿Tenéis alguna posesión de la fallecida?

—Sí —respondió Popea, y alargó la estola con joyas incrustadas del guardarropa imperial.

—Excelente. Ahora me diréis el nombre de la persona.

Lo susurré primero en el oído derecho de un mago, y después del otro.

—Julia Augusta Agripina. —Esperé un momento antes de añadir—: Y las Erinias, las Furias, que ella nos ha enviado.



Si se sorprendieron, no lo demostraron.

—Ahora la llamaremos. Va bien que fuera haya neblina. Los espíritus se manifiestan mejor con la niebla.

—¡No quiero verla! —solté.

—Pues no mires —dijo uno de ellos—. Puede que solo nosotros la veamos. Suele ser así.

Cerré los ojos. Popea hizo lo mismo. Y los hombres empezaron a canturrear con una voz aguda y melodiosa en una lengua desconocida. ¿Cómo iba a entenderlos mi madre? ¿O acaso las sombras lo sabían todo?

¿Qué estaba pasando? ¿Estaba ahí mi madre?

Entonces hablaron, de modo que lo supimos.

—En nombre de Hécate, en nombre de Proserpina, en nombre de Plutón, te ordenamos que te retires a las profundidades del Hades y que nunca vuelvas. Deja de atormentar a estas personas que están aquí, en el lugar sagrado. Estás expulsada, estás disipada, estás derrotada.

Quedamos sumidos en una calma absoluta. ¿Cuánto rato teníamos que estar así? ¿Cuándo podía abrir los ojos sin peligro? Los magos empezaron a canturrear de nuevo, con un sonido discordante. Y después pararon.

Finalmente, uno de los hombres me tocó el hombro.

—Ya está, César —dijo—. Los espíritus han venido y se han ido. —Abrí despacio los ojos. La lámpara seguía emitiendo su luz temblorosa. En la habitación solo estábamos nosotros. Popea lloraba en el rincón, sentada en un sofá.

—¿Habéis vencido? —pregunté.

—Hemos usado nuestra magia más potente.

—¿Pero habéis vencido? —Tenía que saberlo.

—Solo el tiempo lo dirá.

## XXXV

Estaba al borde del precipicio, contemplando la escarpada pendiente del bosque a mis pies, donde el río fluía emitiendo sus notas melódicas. Aunque hacía frío y la tierra estaba cubierta de nieve, el río no estaba congelado. Ni tampoco los tres lagos artificiales que había más arriba, en la montaña; otro regalo del río. Estaba en Sublaquaeum, y este nombre, «bajo los lagos», le iba como anillo al dedo porque yo había creado esos lagos y construido mi villa en la ladera, debajo de ellos. Era uno de mis primeros experimentos arquitectónicos, y había sido un éxito. Ahora esta villa era mi refugio especial, un lugar al que podía retirarme para pensar.

Necesitaba desesperadamente hacerlo tras el encuentro con los magos, que me había dejado más inquieto que nunca, e incluso más protector hacia Popea. Ella no podía viajar hasta aquí conmigo, pero me había apremiado para que yo lo hiciera.

—Tienes que recuperar la calma, el equilibrio —dijo—. Yo dependo de ti para eso. —Ella se quedaría reposando en sus dependencias.

En cuanto salí de Roma, la cabeza se me despejó. Cada milla que avanzaba reducía la confusión y la inquietud que me embargaban, y para cuando llegué a Sublaquaeum me sentía tranquilo.

La villa se encontraba en los montes Apeninos, la cordillera que recorría el centro del país y de donde procedía la nieve que usaba para preparar mi *decocta Neronis*, la bebida que me gustaba más que el vino. Era un lugar retirado, pero no remoto e inaccesible. Antes de entrar en el edificio, estiré las piernas y seguí el camino escarpado con cuidado de no perder pie. El valle

inferior ya estaba a oscuras; solo seguía habiendo luz en la cumbre de la montaña, donde besaba el tejado de la villa antes de retirarse. El aire era vigorizante y olía a pino. Lo inspiré profundamente y me pareció una medicina mejor que cualquier cosa que Andrómaco pudiera recetar.

—César, el camino es peligroso en la penumbra; tendrías que entrar —dijo el esclavo que me acompañaba. Tenía razón. Di la vuelta y lo seguí hacia el interior de la villa, que él y los demás habían preparado mientras yo estaba fuera.

Aunque hacía mucho que no estaba en ella, y Popea nunca lo había hecho, me sentí como en casa en cuanto crucé la puerta. Era lo bastante pequeña para ser íntima y acogedora, y lo bastante grande para contener algunas de mis obras de arte favoritas: una serie de estatuas de mármol blanco de Níobe y sus catorce hijos. Bajo la tenue luz su blancura deslumbraba; estaban repartidas por diversas habitaciones, de modo que podía disfrutarse de cada una de ellas por separado. En contraposición, una larga mesa de mármol negro adornaba la estancia principal, tan brillante que las velas colocadas en ella duplicaban su luz. Había una hilera encendida ahora.

Aquí tenía una biblioteca con mis libros favoritos: historias y poemas. Elegí uno o dos que quería volver a leer, pero nunca tenía tiempo en Roma, y me instalé en mi sofá con un brasero reluciente ante mí. La noche era mía. El tiempo era mío. Nadie podía molestarme.

—Por favor, prepárame una *decocta Neronis* —pedí a uno de los esclavos. Era lo que necesitaba para acabar de relajarme, y la nieve para prepararla estaba allí fuera. Recogería un cuenco del ventisquero más limpio para refrescar una copa de agua recién hervida. Yo podría añadirle algo de menta seca.

Aquí me sentía seguro. Mi madre nunca había pisado Sublaquaeum y no podía perturbar mis recuerdos. En cambio, la presencia de Actea era muy real

aquí, puesto que ella me acompañaba cuando dibujé los planos de la villa. Habíamos huido de Roma, de las miradas censuradoras, y dormido fuera en una tienda improvisada. Le había pedido que se casara conmigo. Ella había dicho que era imposible. Yo había replicado que era emperador y que podía hacer que fuera posible. Era muy ingenuo.

De eso parecía hacer toda una vida. Pero aquí era como si fuera ayer; un recuerdo de lo más fresco. Me pregunté qué pensó Actea cuando Popea la mandó llamar a palacio, y si creyó que yo la estaba evitando al no estar allí. Si alguna vez volvía a verla, tendría que vencer la incomodidad que me cohibió cuando la vi después del incendio.

El cansancio se apoderó de mí como las sombras largas se apoderaron del anochecer. Estaba leyendo una obra de Tito Livio y, acto seguido, mi esclavo me tocaba el hombro mientras recogía el rollo caído al suelo. Era hora de acostarse. Mi cuarto me llamaba.

Ya fuera por el aire tonificante de la montaña o por el agotamiento acumulado las últimas semanas, dormí más profundamente que lo que había hecho desde hacía meses. Nada de sueños, nada de Furias, nada salvo una bendita oscuridad, tan negra como la larga mesa. Si la muerte es así, ¿por qué la tememos tanto?

La penumbra se disipó lenta y suavemente, y mi despertar fue dulce. Eché un vistazo a mi cuarto, y vi muchas más cosas ahora que por la noche. Una de las estatuas, una hija de Níobe, estaba cerca de la ventana. Me acerqué a ella y examiné su rostro. Tenía la cabeza vuelta, como si durmiera sobre una almohada. Tenía los labios separados, pero era imposible saber si era por el sueño o por la muerte. ¡Qué cerca estaban entre sí la muerte y el sueño! Y que hermosa era aquella estatua, suspendida entre ambas cosas.

«Espero morir antes de perder mi belleza», dijo una vez Popea. Solo una estatua podía evitar que su belleza se desvaneciera, libre de la muerte.

Me alejé de la estatua y su melancolía, me vestí y decidí subir a los lagos por la mañana. Había tres, dispuestos como cuentas en un collar y creados represando el río Anio. La extensión de agua centelleaba al sol. Hundí la mano en ella y estaba helada. Había nadado en los lagos, que había encontrado glaciales incluso en verano. Cuando entrenaba mi voz, mi profesor de canto me advirtió que nadar en agua fría me fortalecería los pulmones.

Mi música..., ¿cuándo volvería a practicarla? ¿Cuándo podría hacerlo? Había dejado muchas cosas de lado desde el incendio. Y la echaba de menos. Pero el incendio mancillaba incluso la idea de la música, porque ahora la relacionaba con el intérprete de bárbiton y su instrumento. No podía soportar sujetarlo, con la misma intensidad con la que había querido aprender a tocarlo.

Los lagos, impolutos y puros. Cuando nadaba en ellos, me purificaban. Pero hoy hacía demasiado frío.

Tras regresar a la villa, me senté a un extremo de la larga mesa, donde la luz del día hacía brillar las pequeñas incrustaciones en el mármol negro. Esta losa de mármol reemplazaba la original, que había quedado hecha trizas al caerle un rayo tiempo atrás. Como el viejo adagio decía que nunca caían dos rayos en un mismo sitio, era de suponer que esta mesa no estaría sometida a la misma prueba.

La mesa era una copia perfecta de una pista de carreras y como tenía una colección de carros de juguete en la villa, recreé unas cuantas. Estaba orgulloso de mi colección; la estrella era uno de bronce que me había regalado Claudio. Era una réplica perfecta de un carro de verdad. Lo atesoraba, no solo por su precisión, sino porque, al regalármelo, Claudio había demostrado que comprendía las pasiones de un niño.

Yo se lo regalaría a mi hijo. Se lo daría cuando fuera lo bastante mayor, a

los seis o siete años, y le diría: «El emperador Claudio me lo regaló cuando yo era pequeño. Cuida bien de él.»

Mi hijo. Anhelaba mucho su llegada. Me di cuenta de que todavía no le había elegido un nombre, puede que por superstición. Cuando lo viera, cuando lo cargara en mis brazos, habría tiempo suficiente para elegirlo.

Pasaron los días en tranquila soledad, días sanadores, cuyas noches me restablecían cada vez más. Planeaba volver a Roma en breve; no quería dejar demasiado tiempo a Popaea.

Pero la sexta mañana llegó un mensajero diciéndome que era urgente que regresara de prisa. No traía instrucciones escritas, solo verbales, que decían que mi presencia era necesaria en Roma por asuntos personales.

—¿Qué clase de asuntos personales? —pregunté—. Necesito saber algo más. —Era un sirviente de confianza, y sabía que lo que lo había traído era oficial, pero no quería volver precipitadamente por algo trivial.

—Es... es la Augusta —dijo—. Te ha mandado llamar. Y Andrómaco también pide que regreses.

—¿Ocurre algo?

—No lo sé, César. Sea lo que sea, quisieron guardarlo en secreto. Pero te aseguro que me envió la Augusta. —Me mostró su sello.

Desde luego era de ella. Y la petición de Andrómaco significaba que era una urgencia médica y no del Estado.

—¡Vayamos de inmediato! —exclamé. Salimos a toda prisa de la villa y emprendimos el camino.

Todo el viaje de vuelta me acosó la preocupación, que acabó con la tranquilidad que tanto me había costado conseguir. Para cuando llegué a Roma, fue como si nunca me hubiera marchado, como si nunca me hubiera

tomado un respiro de su opresión. Entré corriendo en el palacio, directamente hacia las dependencias de Popea. Intenté descifrar el rostro de los guardias, pero desviaban la mirada. Los dejé atrás y recorrí el largo pasillo hacia la estancia que era la habitación principal de Popea. Había esclavos, pero no me miraron. Al llegar al cuarto, dos guardias más me hicieron una reverencia y abrieron la puerta, en silencio. Ni siquiera dijeron: «Saludos, César.»

Inspiré hondo, en el umbral. Había varias personas, de espaldas a mí, que me tapaban la cama. Avancé y las aparté para verla. Popea yacía inerte con la cabeza vuelta, los ojos cerrados y los labios ligeramente separados. Como la estatua. ¡Oh, dioses! ¿Estaba muerta?

El corazón se me paró, petrificado.

—¡Popea! —exclamé, agachándome hacia ella, abrazándola. Estaba caliente—. ¡Popea! —La cabeza se le movió hacia delante, sin fuerza. La abracé como si pudiera obligarla a respirar. Después, sentí un ligero temblor cuando sus músculos se estremecieron.

La recosté de nuevo en la cama y vi que su tórax ascendía y descendía.

—¿Qué ha pasado? —pregunté entonces.

—Ha tenido el bebé —contestó una mujer de mediana edad, una comadrona—. Nació demasiado pronto para vivir.

—¿Dónde está?

—Se lo han llevado. Fue esta mañana temprano. Envió el mensajero ayer por la noche, cuando empezó el parto. Ahora duerme, porque el médico le ha administrado una dosis. Fue un parto difícil, sin recompensa.

—¿Lo sabe? —pregunté.

—Sí, lo sabe. —La comadrona puso una mano en la frente de Popea y pidió paños fríos—. Dormirá unas cuantas horas más. Cuando se despierte, te advierto que está destrozada.

Como yo. Deshecho y aturdido. Pero Popea estaba viva; la tragedia no era

total.

—Me quedaré con ella —dije—. Puedes irte y descansar.

Me hundí en una silla a su lado mientras los sirvientes se marchaban y nos dejaban solos. Apoyé la cabeza en mis manos, como si eso aliviara el dolor, lo expulsara. Estuvo horas durmiendo tranquila, y después su sueño se agitó un poco hasta que, por fin, abrió los ojos. Me dirigió una sonrisa torcida.

—Tu cara es lo primero que veo —murmuró—. Has venido.

Me incliné hacia delante y le besé la frente.

—No tendría que haberme ido.

—Eso no habría cambiado nada. —Su voz era débil. Se esforzó para enderezarse, pero le fallaron las fuerzas. Alargó la mano hacia la mía—. El bebé era demasiado pequeño para vivir. Él...

—¿Era varón?

—Sí, un hijo varón. Pero nunca respiró. Era demasiado pequeño. No tendría que haber nacido hasta dentro de cuatro meses. —Su voz era regular pero las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Inspiró hondo—. Tienes que divorciarte de mí —dijo—. Es evidente que no puedo darte un hijo vivo, y tú necesitas un heredero. Eres joven y fuerte, y no debes seguir ligado a mí.

Sus palabras me horrorizaron. Sin duda la impresión le afectaba la cabeza.

—No, eso nunca —dije—. Te recuperarás, te sentirás mejor y estos pensamientos harán lo que tienen que hacer: desaparecer.

—No estás siendo práctico, mi amor. Te niegas a ver la realidad. Tengo treinta y tres años y he tenido dos embarazos y ningún hijo vivo. No puedes seguir así; necesitas una esposa más joven.

—¡No puedo vivir sin ti! —exclamé. Había creído que Popea había muerto y me había alegrado inmensamente de ver que respiraba. Y ahora quería dejarme de todas formas.

—Sí, puedes, y tienes que hacerlo. Te amo lo suficiente para insistir en que



busques tu seguridad; aunque tengas que dejarme a mí.

—¡No! ¡No lo haré! —Le tomé la mano y se la apreté con tanta fuerza que hizo una mueca—. Hiciste una promesa: «Si tú Cayo, yo Caya.» Eso significa que estemos donde estemos, pase lo que pase a nuestro alrededor, somos uno solo. Si no decías en serio tu promesa, nunca debiste pronunciar las palabras.

—Oh, amor mío, olvidas que estas palabras se aplican a todo el mundo salvo al emperador. Lo que pasa a su alrededor lo altera todo, y él tiene que pensar entonces en su supervivencia.

—No puedo sobrevivir sin ti.

Suspiró, como si yo fuera un niño obstinado.

—¿No me dejarás?

—No.

Se recostó y cerró los ojos.

—Estoy contenta, entonces —murmuró. Y volvió a dormirse.

## XXXVI

Popea se recuperó despacio. El color volvió a sus mejillas, y la fuerza, a sus extremidades. Contuvimos la congoja por la pérdida de nuestro hijo en nuestro interior, tan oculta que no osábamos hablar de ello para que nuestro pesar no se desatara de nuevo, más doloroso que nunca, como los males que había liberado Pandora. Y tenía miedo de que volviera a ofrecerme el divorcio. ¡No! Para mí era impensable vivir sin ella.

Seguimos con nuestra vida diaria: la ronda interminable de ceremonias, rituales, correspondencia oficial, reuniones diplomáticas. Aquella total monotonía hacía las veces de anestésico, insensibilizándonos mientras bajo la superficie el dolor menguaba, se diluía, perdía su primera fuerza violenta. Y llegó un día, cuando el invierno retrocedía y empezaban a verse los sutiles indicios de la primavera, un día extraño sin obligaciones oficiales que me distrajeran, en que, por un momento, tuve una sensación olvidada casi de felicidad. Un momento que parecía brillante y esperanzador y, si no era alegre, albergaba la esperanza de serlo.

Se acercaban las cerealias. Era la fecha aciaga en que habría nacido el bebé, pero las fiestas tenían que celebrarse igualmente. Las había esperado con ansias porque había creído que mi celebración particular duplicaría su importancia, pero ahora solo tendrían un único significado. Sin embargo, llegaba en una época preciosa del año: del doce al diecinueve de abril, y dos días más tarde sería el aniversario oficial de Roma. El último día de las cerealias se disputarían carreras de carros en el Circo Máximo, y yo planeaba

presidir las. Comenzaría la temporada de competición y eso me levantaría el ánimo.

Aquel último día, los juegos no empezarían hasta mediodía, pero me levanté temprano para firmar documentos y dejar listos mis asuntos. A través de la ventana oía cantar a los pájaros, un coro de sonoros gorjeos que se extinguió con la salida del sol. Era difícil estar abatido con unos estallidos tan exuberantes y arrebatadores en el exterior. Hacía el calor suficiente para abrir la ventana y fui hasta ella para hacerlo.

Antes de que yo llegara a la ventana, alguien llamó con urgencia a la puerta, y Epafrodito entró a toda velocidad.

—¡César, no quería molestarte tan temprano, pero tengo que hacerlo! — Su habitual rostro sereno estaba colorado y se le saltaban los ojos.

—¿Qué sucede?

—¡Hay un complot para asesinarte! ¡Hoy! —Blandió una daga.

Retrocedí. Por un instante, dio la impresión de querer clavármela. ¿Era él el asesino?

Pero entonces añadió:

—Un esclavo, junto con su esposa, ha venido a vernos para delatar el complot de su amo.

—¿Quién es el amo? —Temía la respuesta.

—Flavio Escevino —dijo.

¡Mi amigo! Me sentí como si me hubieran apuñalado.

—¿Qué dijo este esclavo?

—Se llama Milico. Lo traeré para que te cuente directamente la historia.

—Muy bien. —Me agarré al escritorio, apoyado en los nudillos. ¡Oh, Zeus, dame fuerzas para esto! ¿Cómo voy a poder oírlo? Tenía la daga delante, reluciente a la luz de la mañana; la idea era hundírmela hasta la empuñadura.

Epafrodito regresó en un instante, seguido de un hombre fornido y calvo

junto con su robusta esposa. Ambos hicieron una reverencia.

—Repite al emperador lo que me has contado —dijo Epafrodito.

—César, mi amo ha actuado de un modo extraño —explicó Milico, que se retorció nerviosamente las manos—. Ayer redactó un nuevo testamento con unos legados exagerados. Después, me mandó llamar y me entregó esta daga, que, según me dijo, procedía del templo de la diosa Fortuna en Ferentum, dijo que estaba demasiado roma, había perdido su filo y quería que se la afilara. También me pidió que hiciera provisión de vendas.

Raro, pero no condenatorio.

—¿Qué más?

—Entonces ofreció un banquete a sus amigos del Senado, y era obvio que era un banquete de despedida, por los brindis y los discursos.

—¿Ha hecho preparativos para viajar?

—No. Los únicos preparativos que hizo fueron la daga y las vendas.

—Es decir... ¿una expedición que conllevaba una carnicería con derramamiento de sangre?

—Supongo que sí.

—A lo mejor se estaba preparando para suicidarse. —Pero ¿por qué iba a hacerlo? Aunque no tengo forma de saber qué va minando la tranquilidad de una persona.

—No. Estaba... su estado de ánimo no era el que correspondería a algo así. Estaba nervioso, a la que salta.

—¿No lo estarías tú, si planearas suicidarte?

—Según tengo entendido, los suicidas están tranquilos, y su única preocupación es que algo les impida llevar a cabo sus planes.

Hice un gesto con la cabeza a Fenio, el pretorio que estaba de guardia.

—Envía soldados a buscar a Escevino —ordené.

Antes de una hora, un par de soldados trajo a Escevino, sujetándolo cada

uno de un brazo.

—Hola, Escevino —dije.

Escevino miró a su alrededor y al ver a Milico se irguió, indignado.

—¿Qué te ha estado contando este esclavo, César? —quiso saber.

Le conté las acusaciones y él se mostró despectivo.

—Es un sinvergüenza mentiroso. —Señaló la daga—. Es una reliquia de la familia que guardo en mi habitación y Milico la ha robado. En cuanto a las vendas, se lo ha inventado para poder acusarme basándose exclusivamente en su testimonio.

—¿Y qué me dices del banquete y de los legados? ¿Por qué has cambiado tu testamento? —pregunté.

—¿Es un crimen ser generoso? —respondió, mirándome—. Tú, que eres generoso en exceso, no puedes considerarlo así. He concedido la libertad a mis esclavos, y ya había hecho antes legados, pero esta vez los hice mayores porque mi patrimonio se está reduciendo y quería distribuirlo antes de que los cobradores de deudas se abalanzaran sobre mí. —Soltó una carcajada—. Ahora que sé estas mentiras de Milico, me alegro de no haberle dejado ningún legado. Puede que esta sea la razón por la que quiere vengarse.

Tenía sentido. Sentí un alivio inmenso. Después de todo, no había ningún complot. Cuando me disponía a soltar a Escevino, la esposa de Milico habló a su marido.

—¿No olvidas algo, querido? Nuestro amo se pasó toda la tarde encerrado con Antonio Natalis. —Se volvió hacia mí—. ¿Por qué no mandas llamar a Natalis y le preguntas de qué iba esa conversación?

—¡Sí, pregúntaselo! —añadió Milico con entusiasmo.

Hice otro gesto con la cabeza a Fenio.

—Tráelo —ordené.

Mientras aguardábamos, Escevino intentó bromear, pero finalmente se

quedó callado. Milico y su esposa permanecieron en silencio. Poco después, Natalis entró escoltado, y se le desencajó el semblante al ver a Escevino.

—¿De... De qué va todo esto? —preguntó.

—Quiero hacerte unas preguntas —dije—. Acerca de una conversación que tú y Escevino tuvisteis recientemente.

—Pues te contestaremos encantados, César.

—Por separado —dije—. Llevadlos a dos salas distintas e interrogadlos —ordené a los soldados, junto con escribientes para que registraran sus palabras.

Tenía que esperar. Me invadió un pavor gélido. Escevino y Natalis. Y la daga iba a utilizarse hoy... ¿Dónde? ¿Cuándo? Pronto sería la hora de las cerealías y mi inauguración de los juegos. Pero ¿debería ir?

Pasaron horas. No fui. A media tarde, los soldados y los escribientes regresaron con su informe.

—Sus historias no coinciden. Les hemos puesto grilletes y les hemos dicho que estaban detenidos. Hemos dispuesto instrumentos de tortura y ha bastado simplemente con que los vieran. Han confesado.

Me preparé. No quería oírlo. Tenía que oírlo.

—Natalis se ha venido abajo primero. Ha detallado un complot para asesinarte y colocar a Pisón en tu lugar. Habían sugerido matarte cuando visitaras a Pisón en su villa, pero Pisón dijo que eso mancillaría su buen nombre. Natalis ha mencionado a muchas otras personas implicadas en la conspiración, incluidos Laterano y Séneca.

¡Laterano! ¡Séneca!

—Después, Escevino ha confesado y ha mencionado a Quinciano, Lucano y Seneción, entre otros.

Lucano y Seneción no eran ninguna sorpresa, pero Quinciano sí.

—Contadme los detalles.

—Iba a ser hoy en los juegos. Cuando fueras a inaugurarlos, Laterano se arrodillaría ante ti con una petición, pero en realidad lo haría para placarte y sujetarte. Entonces, te apuñalarían por turnos, y Escevino sería quien lo haría primero. Iba a ser una imitación del asesinato de Julio César. De ahí, la daga sagrada.

¡Dioses!

—Pisón iba a esperar cerca, en el templo de Ceres, y cuando estuvieras muerto, lo escoltarían hasta el cuartel de los pretorios y lo proclamarían emperador.

—¿Todavía está esperando?

—Seguramente.

—¡Detenedlo!

¿Cuántos estaban implicados en el complot? Los soldados habían hablado de «muchos más» y de «otros». Los ya mencionados eran Escevino, Natalis, Séneca, Pisón, Laterano, Lucano, Seneción, Quinciano...; ocho personas. ¡Pero qué personas! Habían sido mis amigos, habían formado parte de mi grupo de escritores, se habían sentado conmigo en el palco imperial durante las carreras.

No podía lidiar con esta horrible traición, con esta perfidia. Habían comido a mi mesa, bebido conmigo, me habían acompañado, conocido bien desde hacía años. Y yo confiaba en ellos. Me vino de golpe a la cabeza uno de aquellos poemas hebreos que tanto gustaban a Popea.

Si todavía un enemigo me ultrajara, podría soportarlo; si el que me odia se alzara contra mí, me escondería de él. ¡Pero tú, un hombre de mi rango, mi compañero, mi íntimo, con quien me unía una dulce intimidad!... Hasta

mi amigo íntimo en quien yo confiaba, el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar.

Al asimilarlo, me flaquearon las piernas y se me nubló la mente.

El día había comenzado normalmente, con sus horas y sus minutos pasando a su velocidad habitual. Ahora se habían quedado suspendidos, alargados, elásticos. Como en un sueño que no sigue una cronología real, así era ahora para mí el tiempo. Pero a diferencia de un sueño, en el que no tengo que hacer nada, tenía que actuar, tenía que pensar, y de prisa.

Querían asesinarme. Creía que el peligro había pasado una vez mi familia había desaparecido. (¡Qué admisión tan condenatoria!) Británico y su hermana, mi esposa Octavia, habían preparado mi pira funeraria; me salvó Locusta, cuando Británico murió por el veneno que estaba destinado a mí. Mi madre también tenía sus planes y amenazaba con matarme. Y también estaba el tío Calígula, que intentó ahogarme. Y la prima Mesalina, que envió a unos asesinos a mi cuna. Todos ellos estaban muertos y ya no suponían ninguna amenaza para mí.

¡Pero mis amigos y compañeros! Laterano quería inmovilizarme para que sucumbiera a la daga de Escevino. Ya era media tarde. ¿Se suponía que a esta hora yacería muerto en los peldaños del Circo Máximo y que Pisón iría de camino al cuartel de los pretorianos? ¿Quién habría escoltado a Pisón? Mis pretorianos eran leales. Y... ¿qué habrían hecho con mi cadáver? ¿Lo habrían dejado allí, hecho un guiñapo, envuelto en una toga empapada de sangre? ¿O habrían seguido el espantoso procedimiento de decapitarme y arrastrar mi cuerpo hasta el Tíber? ¿Lo habría permitido la gente? Solo los soldados podrían haberse abierto paso entre ella para hacerlo posible. Y los soldados no lo habrían hecho.

¿Habrían huido los asesinos? ¿Se habrían escondido? ¿O habrían estado



allí para dar la bienvenida a Pisón como su emperador en el Senado?

El Senado. Todos estos traidores eran senadores, exceptuando solo a Seneción y a Natalis, que traficaban con ellos. Siempre había notado el desdén y la hostilidad de este órgano de los patricios, pero jamás creí que llegaría a esto. Esto era distinto del asesinato de Calígula. En aquel caso, aunque había habido senadores implicados, se había tratado de un acto desesperado, improvisado, hecho sin que nadie lo viera, mientras que ellos tenían intención de elevar mi muerte a la categoría de espectáculo público. Y sin la ayuda de los pretorianos desafectos, Calígula jamás habría caído. Los míos eran leales, igual que los équites y que los libertos.

Llegó Tigelino, lo que me sacó de mis pensamientos, invadidos de pánico.

—César, Fenio me ha contado lo del complot. ¡Atroz! Envíame a donde quieras y ejecutaré tus órdenes sin dilación.

Mis órdenes... mis órdenes...

—Detén... detén a Lucano, a Quinciano y a Seneción. Y envía a alguien a interrogar a Séneca. También lo han acusado a él.

—Enviaré a Gavio Silvano a por Séneca. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Supongo que en Nomento.

—Lo comprobaremos. Enviaré a Subrio a por Lucano, a Sulpicio a por Seneción, y me reservo el placer de Quinciano, el pederasta, para mí mismo.

—No creo que lo sea —dije.

—Es un perverso. Todo el mundo lo sabe —soltó con un bufido.

—Es peor ser un asesino —dije—. Y eso, sin duda, lo es.

—Repugnante. No tiene ninguna virtud —sentenció Tigelino.

—Ordena a todos los guardias que aseguren la ciudad entera. Quiero que se bloquee el río, que se cierren las puertas y que se patrullen las calles. Pronto saldrá la gente del circo, puesto que las carreras se habrán celebrado sin impedimentos, y hay que gestionarla.

«Piensa en las medidas que hay que adoptar, medidas de seguridad —me dije a mí mismo—. No pienses en las monstruosas implicaciones que conllevan. Piensa solamente en lo que hay que hacer, paso a paso. Igual que los caballos de tu carro tienen que mirar solo la pista que se extiende ante ellos en una carrera.»

—Detened a cualquier persona sospechosa —ordené—. No podemos correr riesgos. En este momento, no sabemos lo amplia que es la conspiración.

—Sí, César.

—Y ordena que Silvano venga a verme antes de ir a por Séneca.

—Sí, César. —Tigelino se dio rápidamente la vuelta, ansioso por iniciar su persecución.

Gavio Silvano apareció unos minutos después. El tribuno era un hombre atractivo con un aspecto eternamente juvenil, una cara llena de pecas y unos ojos muy abiertos.

—¿César? —dijo, y saludó.

—¿Te ha contado Tigelino tu misión?

—Solamente que tengo que ir a buscar a Séneca para interrogarlo —respondió con el ceño fruncido—. Pero no sé qué preguntas hacerle.

—Se ha puesto al descubierto un complot para asesinarme.

Su rostro perdió el color, lo que le realzó las pecas.

—¿Un complot? ¿Quién estaba implicado?

—Algunos senadores y sus amigos. Al interrogarlo, Antonio Natalis ha mencionado a Séneca como coconspirador y a Pisón como el hombre que estaba al frente de la conspiración. Al parecer, Pisón envió a ese tal Natalis a ver a Séneca con un mensaje urgente para que se reuniera con él, pero Séneca se negó, aduciendo que no sería conveniente ni para él ni para Pisón encontrarse ni comunicarse más. Y después añadió: «Mi bienestar depende de

la seguridad de Pisón.» ¿Qué quería decir con eso? ¿Cuál era su implicación en el asunto? Necesito saberlo.

—¿Qué hago con él cuando esté allí?

—Eso depende de sus respuestas. Quiero que sea inocente. Pero si él mismo se condena, o confiesa, tienes que detenerlo.

—Sí, César.

Mandé llamar a Popea. Ya era hora de que supiera lo que pasaba. Era probable que a estas alturas la noticia se hubiera filtrado y las calles estuvieran llenas de rumores. Esta era la razón por la que los pretorianos y hasta los soldados recién reclutados fueran necesarios para asegurar toda la ciudad. No podíamos permitir que aquellas ratas se escaparan.

—¡Oh, mi vida! —Entró corriendo en la habitación, me abrazó y me acarició el pelo y la cara.

—Todavía tengo la cabeza pegada al cuerpo —le aseguré, tomándole las manos con la mía.

—¡No bromees! —exclamó. Se llevó la mano a la garganta como si se estuviera ahogando.

—Lo hemos pillado a tiempo —dije—. Gracias a la perspicacia de un esclavo y a su lealtad a la hora de denunciarlo.

—¡Gracias a todos los dioses! A Júpiter Libertador. Solo la ayuda de los dioses ha permitido que te libraras con tan pocas horas de antelación.

La estreché entre mis brazos; necesitaba sentirla junto a mí.

«Hace cuatro meses que tengo esta sensación de peligro, de algo que me acecha, fuera de mi vista. ¿De qué se trata? ¿Es esto lo que presentía?», pensé.

—La muñeca —dijo—. La muñeca que nos dio la mujer. Tú no querías guardarla. Gracias a todos los dioses que lo hiciste. Nos dijo que te salvaría de morir asesinado. Puede que aquella mujer presintiera alguna amenaza.

—A lo mejor estaba al corriente de esta. —Sentí un escalofrío—. A lo mejor lo estaba mucha gente. —Y yo era el único que no lo sabía. La futura víctima que estaba en la inopia.

No había comido nada. Tendría que pedir algo para mantener el hambre a raya y conservar las fuerzas para pensar.

—Ven —dije—. Vamos al comedor. —Un cambio de escenario, una habitación que era lo contrario de un despacho.

Me recliné en un lecho y contemplé los frescos del triclinio mientras aguardaba la comida. Era una escena relajante, llena de flores, arbustos, enredaderas en flor y pájaros cantores, inmersos en un verde azulado que, en realidad, no se veía en la naturaleza. Pero las flores eran tan realistas que esperaba olerlas, y oír a los pájaros.

«Pájaros gorjeando. ¿Cuántos años hacía que los había oído? ¿Era realmente posible que fuera apenas unas horas antes?»

Un esclavo silencioso trajo una bandeja con uvas, higos y pan, y una jarra de vino, después de haber pasado por un catador. No me apetecía nada, pero tenía que obligarme a comer. Tomé un racimo de uvas y un bollo.

—Tendría que haber una tortuga —indicé señalando el mural—. Un jardín no está completo sin una tortuga.

—Puedes traer la de Anzio —sugirió Popea.

—Oh, no, ha vivido allí tanto tiempo que un cambio de aires podría matarla —dije—. Ya encontraremos otra. Una que sea romana.

—Que sea leal, entonces. No una tortuga que se vuelva en tu contra. —Rio a su pesar—. Se volvería despacio si alguna vez lo hacía.

—Puede que estos traidores también se hubieran ido volviendo despacio en mi contra. —¿Cuánto tiempo hacía de ello? ¿Cuando nos sentamos juntos en las carreras? ¿Cuando estuvimos en la fiesta en honor de Pan de Petronio? ¿O

se remontaba a antes incluso? ¿Se había ido gestando lentamente, o la decisión había sido rápida?

¿Y qué les había hecho para ganarme su enemistad? ¿O la del Senado en conjunto, en realidad? ¿No había cumplido mis promesas inaugurales? ¿No vivía el imperio en paz y con prosperidad? ¿No se había reconstruido Roma en un tiempo asombroso y mucho más hermosa que antes?

De repente me invadió una ira intensísima. ¡Qué ingratos, sibilinos, codiciosos, hipócritas y embusteros eran! Pisón no era el único actor que había entre ellos. De hecho, ni siquiera era el mejor.

Tiré la servilleta y salí del comedor.

Estuve inquieto el resto del día. Cuando se puso el sol y me reuní con Popea en la habitación principal, el corazón me seguía latiendo a toda velocidad. Entonces volvió Tigelino, con la cara sudada, y me levanté de un salto.

Se quitó el casco y se pasó la mano por el pelo empapado.

—Se ha echado la red —dijo—. Hemos detenido a muchas personas. No caben todas en el palacio, por lo que tienen que permanecer en los terrenos donde irá la estatua. —Se sirvió una buena copa de zumo—. Quinciano está encerrado, a la espera de juicio. Igual que Seneción y Lucano. También tenemos a Laterano. Dio pelea, pero no fue rival para cuatro soldados.

—¿Dónde está Pisón? —Había dado órdenes específicas de detenerlo.

Tigelino soltó una carcajada.

—Se ha reunido con sus antepasados —dijo y, tras dar un buen trago de zumo, añadió—: Antes de que pudiéramos apresarlo en el templo de Ceres fue informado de que alguien había denunciado el complot. Sus compañeros le apremiaron a salir a las calles y defender su causa, le dijeron que la gente lo seguiría. ¿En qué estarían pensando? ¿Por qué iba a seguirlo la gente? Así

que lo hizo, y deambuló sin rumbo un rato antes de volver a casa y suicidarse. Y de dejarte esto.

Hurgó en su cinturón y sacó de él un rollo.

—Su testamento. Estaba locamente enamorado de ti por lo que dice aquí.

No quise leerlo.

—Es solo para salvar el patrimonio de su familia —aseguré—. Está clarísimo. La verdad, me ha decepcionado.

—Nunca tuvo demasiada imaginación. Por eso su poesía apestaba.

Hasta eso me puso furioso. ¡Había sido tan educado sobre su lamentable poesía! ¿Para qué? Tiré el rollo a la mesa.

—¿Quién juzgara a esta gente? —preguntó Tigelino.

—No puede hacerlo el Senado. Los traidores salen de sus filas. Los juzgaré yo mismo. En un tribunal aquí, en el palacio. Se publicarán todas las actas, de modo que nadie podrá afirmar que sean injustas. Y todos los detalles serán públicos.

Pasaron más horas, y entonces regresó Silvano, sucio del camino y cansado. Tigelino y yo nos pusimos inmediatamente de pie; Popea se quedó sentada.

Entró arrastrándose en la habitación y pidió permiso para sentarse.

—Encontré a Séneca —dijo—. Pero no estaba en Nomento. Por lo que perdimos unas horas. Estaba en su otra finca, más cerca de Roma.

De repente, tenía sentido.

—¿Y cuándo se trasladó allí? —quise saber.

—Ayer por la noche —contestó Silvano.

—¡Qué coincidencia! —soltó Tigelino—. Resulta que se traslada cerca de Roma la noche antes de que vaya a tener lugar el complot. Quería estar disponible. Me han dicho que Séneca era la segunda opción para algunas personas. No quería estar demasiado lejos por si recibía la llamada del deber.

—Escupió al suelo. Popea frunció el ceño ante la falta de respeto por el mosaico.

Yo estaba demasiado aturdido para que me importara. ¿Séneca se veía como un posible emperador?

—¿Qué dijo cuando lo encontraste?

—Sostuvo que era inocente y que tú querías asesinarlo a él. Dijo: «Bueno, después de haber matado a su madre y a su hermano, ¿qué le queda sino matar a su viejo preceptor?» Discúlpame, César, estas fueron sus palabras.

¡Quién iba a pensar que recurriría a eso! Él, que había sacado provecho del botín de las propiedades de Británico y escrito un discurso para el Senado en el que me exoneraba de la muerte de mi madre, ahora lloriqueaba y fingía ser inocente. No iba a dignificar su acusación con una respuesta.

—¿Qué dijo con respecto a las acusaciones que pesan sobre él?

—Se mostró altivo y aseguró que había rechazado las propuestas de Pisón para verse con él. Y en cuanto a la frase «Mi bienestar depende de tu seguridad», era solo un final cortés. No tenía ninguna razón para valorar especialmente la salud de ningún hombre, excepto... excepto la de un emperador. Y este emperador sabía que él, Séneca, no era dado a los halagos, por lo que no tenía ningún motivo para halagar a Pisón. El propio Nerón podría dar fe de que no era ningún adulator.

Excepto cuando le convenía, lo que sucedía a menudo.

—¿De qué humor estaba?

—Parecía ajeno a cualquier peligro. O tal vez sea así como actúan los estoicos en este tipo de situaciones.

Los estoicos...; de golpe recordé un fragmento de uno de sus ensayos, en el sentido de que si un gobernante estaba loco o era cruel, el único remedio que había para él era la muerte. ¿Era eso lo que pensaba de mí? ¿Que era un tirano demente? ¿Por qué pensaría eso? Pero lo único que importaba era que

lo pensaba. ¿No lo había dicho en *Octavia*? Me llamaba «señor de todas las malas artes», «vil emperador» «tirano monstruoso», y decía de mí que mi «infame yugo oprime a todo el mundo». Eran sus propias palabras, no las de las personas en cuyos labios las ponía. Encajaba en su descripción del gobernante al que había que dar muerte. «A lo mejor te gustaría dejar esa carga», me había dicho no hacía demasiado.

—¿Hubo cualquier indicio de que pudiera estar planteándose el suicidio?  
—Había hablado de él bastante a menudo, y sería la mejor salida. Esto también formaba parte de su estoicismo. Y como había hecho tantos aspavientos acerca de que yo lo estaba envenenando, debía de tener preparado el escenario de su lecho de muerte con discursos y todo.

—No. No que yo detectara.

Suspiré.

—Entonces, habrá que ordenarlo. Vuelve por la mañana para informarle del veredicto.

—Como desees, César —dijo Silvano, haciendo una reverencia.

—No lo deseo, pero tiene que hacerse.

Se fue. Pedí entonces a todos los demás, Popea incluida, que también se marcharan.

Fuera, donde los pájaros habían cantado, todo estaba en silencio. Los arbustos susurraban ligeramente. Había dictado una sentencia de muerte para una persona a la que había conocido y apreciado desde hacía mucho tiempo, alguien que me había guiado por la adolescencia y el inicio de la edad adulta hasta que la luz se había apagado y nuestros caminos se habían separado. Jamás había creído que tendría que tomar semejante decisión. O que pudiera tomarla y dormir después.

Dormir. Estaba más que exhausto, demasiado cansado para levantarme e irme a la cama. Así que me quedé sentado, mirando fijamente la tenue luz.



No me sorprendió ver la figura oscura, la que se parecía a mí, en la penumbra. Mi decisión la había hecho venir; corría en paralelo a mí, siguiendo mi ritmo, acercándose más todo el rato.

## XXXVII

Amaneció el día posterior a la fracasada conspiración con la espantosa tarea de capturar al resto de los traidores y administrar justicia. Esta responsabilidad tendría que recaer sobre el Senado, pero no. Los senadores no podían controlar a los suyos; difícilmente podrían ser honestos. ¿Cuántos de ellos eran corruptos y formaban parte del complot?

Y por la noche, mi ira hacia los traidores había aumentado, no menguado. Ellos, mis antiguos amigos, solo habían recibido generosidad de mí. No les había causado ningún mal. ¿Qué quejas tenían de mí?

No tenía la menor duda de que había otros que podían tener quejas reales. No hay gobernante perfecto; todos cometemos errores, tenemos descuidos, ofendemos sin querer, olvidamos obligaciones. Pero los perjudicados por tales errores no eran los conspiradores. No, las calles estaban tranquilas, no había ninguna protesta en mi contra, ni gente manifestándose.

Pero mis falsos amigos, ¿qué esperaban conseguir deponiéndome? ¡Ya tenían mucho, gracias a mi generosidad!

Dije a Epafrodito que preparara la mayor sala del palacio para celebrar en ella las audiencias. Era una de las más bonitas y ahora estaría mancillada para siempre por culpa de este proceso. Pero era el mejor sitio para ello. No podía hacerse en la Curia, la sede del Senado, ni en una de las basílicas del Foro porque eran lugares públicos.

Vestido solemnemente, me sentaría en un banco alto situado en un extremo de la sala. Los acusados estarían de pie ante mí, custodiados a un lado y a otro por un pretoriano. Yo no sería el único que los interrogara. Los dos

prefectos, Tigelino y Fenio, podían hacerlo, lo mismo que los oficiales y los abogados de la corte que lo desearan. Al final de las audiencias dictaría sentencia. Dos escribientes registrarían todo el proceso, además del veredicto.

Siempre me habían gustado los juicios y me había interesado mucho por la ley, pero esta era una ardua tarea. Si estuviera verdaderamente loco o fuera un tirano, no sería competente para presidir. Que me oyeran, pues, y que el mundo juzgara si encajaba en sus falsas acusaciones o me merecía que quisieran asesinarme.

El proceso daría comienzo por la mañana, cuando viera a Laterano, lo que era apropiado porque estaba previsto que él fuera el primero en atacarme y en poner en marcha el complot.

Lo trajeron dos soldados, acompañado del ruido metálico de los grilletes al andar. Era tan fuerte que las pesadas cadenas no le dificultaban el paso. Una vez estuvo delante de mí, me miró como si fuera yo quien iba a ser juzgado.

—Plaucio Laterano, has sido acusado de planear el asesinato del emperador —dije.

Me siguió mirando fijamente. Entonces sacudió la cabeza con un gesto de desdén.

—Habla. Estás más que dispuesto a hacerlo en otras ocasiones. —En la fiesta de Petronio, por ejemplo.

—No tengo nada que decir.

—Lee las acusaciones en su contra —ordené al abogado de la corte.

El abogado sujetó el papel ante sus ojos y leyó:

—«Que estabas enterado y formabas parte de un complot para asesinar al emperador el último día de las cerealias a la vista de todos en las carreras. Tu misión era arrodillarte ante él para pedirle un favor y después reducirlo. Usar tu amistad con él para acercarte a él y hacerle daño.»

Laterano siguió mirándome con una ligera sonrisa en el semblante.

—¿Es eso cierto? —preguntó el abogado.

Laterano se encogió de hombros.

—Cometerás desacato ante este tribunal si te niegas a contestar —dijo el abogado.

—¡Nosotros haremos que conteste! —aseguró Fenio con brusquedad. Sujetó a Laterano por el hombro.

Laterano soltó una carcajada, y Fenio lo abofeteó con tanta fuerza que le hizo girar sobre sí mismo. Alzó la mano para atizarle de nuevo.

—Basta —dije.

—¿De verdad quieres que hable, César? —soltó Laterano con la cabeza ladeada.

¡Basta de juegucitos!

—Naturalmente que quiero que hables para defenderte.

—¿Para qué? De todos modos voy a morir.

—Quiero saber el motivo por el que estás dispuesto a morir.

—¿En serio? Pues te lo diré. ¡Por la República!

Se oyó un grito ahogado colectivo en la sala.

—¿La República? —preguntó el abogado. Salvo en la poesía, la República estaba tan obsoleta que el efecto habría sido el mismo si Laterano hubiera dicho «el antiguo reino de Babilonia».

—Sí, hay quienes seguimos creyendo en ella y haremos cualquier cosa para reinstaurarla, para liberar al pueblo romano de la mano de hierro de estos emperadores, tan ajenos a nuestra auténtica forma de gobierno. —Ahora que se había decidido a hablar, las palabras le salieron a toda velocidad.

—¿Y estabas dispuesto a matarme para lograrlo?

—Por supuesto. Es evidente.

Me quedé helado. Hasta se me entumecieron los dedos.

—Entonces la sentencia es igual de evidente. Laterano, eres condenado a

morir por tus crímenes contra el emperador y el Estado —anuncié, e hice un gesto a los soldados—. Lleváoslo inmediatamente.

—Quiero ir a casa y despedirme antes de mi familia, y redactar también mi testamento.

—Tendrías que haber pensado en eso antes de decidirte a participar en el complot. No. Te irás de este mundo como habíais planeado que me fuera yo. ¿Ibais a permitirme despedirme de mi familia o de mi pueblo? Diría que no.

—Hice un gesto con la cabeza y los soldados se lo llevaron a rastras.

Tendría que haber sentido tristeza al hacer esta declaración, pero lo que sentí fue una enorme vindicación.

El proceso no se reanudaría hasta la tarde, cuando Quinciano y Seneción serían juzgados.

Mientras tanto, me reuní con Fenio y Tigelino para conocer cómo iba la investigación en curso. Los soldados se habían desplegado por todas partes, buscando. Muchas de las personas que habían sido capturadas al principio habían sido puestas en libertad y las que quedaban estaban siendo interrogadas más a fondo.

—¡Son unos indeseables! —exclamó Fenio. Tenía la cara colorada y sus rasgos habitualmente atractivos, crispados.

—¡Caramba, qué furioso te pone todo esto! Rara vez te he visto tan exaltado —exclamó Tigelino.

—¡No puedo evitarlo! —soltó. Inspiró hondo—. Lo habría matado allí mismo, durante la audiencia. ¡Cabrón insolente!

—Estará muerto antes de que el tribunal se reúna de nuevo —le aseguré—. Solo que no será obra tuya.

Fortalecido por el breve respiro de este lúgubre proceso, volví a la sala para presidir el siguiente juicio.

Trajeron a Quinciano, que iba con la cabeza alta. Él también llevaba

cadena, pero eran más livianas y podía moverse con facilidad. No parecía tan dandi en ese momento. Debido a su noche de encarcelamiento iba sucio, los rizos se le habían alisado y no olía a la fragancia que solía llevar.

—Afranio Quinciano —dije, repitiendo la fórmula—, has sido acusado de planear el asesinato del emperador. Estás aquí para responder a estas acusaciones.

—¿Quién me ha acusado de ello? —preguntó—. No sé por qué me han traído aquí.

El abogado leyó la acusación, que terminaba con:

—«Flavio Escevino te ha acusado de formar parte del complot de asesinato.»

—¡Escevino! Soy inocente. ¡Ese hombre es un mentiroso! —exclamó Quinciano.

—¿Afirmas entonces ser inocente? —pregunté.

—¡Sí, lo juro!

Lo miré. Era un hombre débil, que no estaba hecho de la pasta de los asesinos. Pero en una manada de hienas, la fuerza individual no es tan importante como la cantidad.

Tigelino y Fenio farfullaban indignados, dispuestos a llevárselo.

—Quinciano —dije inclinándome hacia delante—, has sido mi amigo. Si confiesas lo que sabes, tendrás inmunidad. —Me refería a que sería todo lo benévolo con él que la ley me permitiera.

—¿Inmunidad? —soltó, ansioso.

Esperaba que siguiera afirmando enérgicamente que era inocente y que no tenía nada que confesar. Pero soltó una lista de nombres de sus amigos: los senadores Novio Prisco, Anio Polión, Glicio Galo, Musonio Rufo, y seis más. Después mencionó a cuatro équites por añadidura.

Me recosté, intentando evitar que la impresión se me reflejara en la cara.

Con ellos sumaban diecisiete senadores y seis équitos hasta entonces.  
¡Diecisiete senadores!

Y, como se sentía a salvo, prosiguió:

—Confieso que yo era uno de los conspiradores. Te odiaba porque escribiste aquel poema ofensivo sobre mí. ¡Sobre mi pelo!

Hice un gesto a Fenio. No me fiaba de que Tigelino pudiera contenerse y temí que acabara estrangulando a Quinciano.

—Llévalo de vuelta a donde está cautivo —ordené.

—¡Me prometiste la libertad! —se quejó.

—Te prometí inmunidad. No es lo mismo. Y tenemos que retenerte un poco más por si recuerdas otras cosas. Puede que sepas más que lo que acabas de contarnos.

Afectado por su revelación, pedí al tribunal una interrupción de una hora y volví rápidamente a mis dependencias privadas.

Diecisiete senadores. Seis équitos. Veintitrés traidores, en el seno del gobierno. Indiqué a Tigelino que ordenara detener a los recién nombrados.

¿Cuáles eran sus motivos? ¿Eran tan altruistas como los de Laterano con respecto a la República, o tan mezquinos y personales como los de Quinciano y su vanidad herida?

Me invadió una enorme aprensión. ¿Qué estaba realmente pasando bajo la plácida superficie del círculo íntimo de Roma? De repente tenía una visión clara de sus profundidades; hasta ahora solo había percibido los bajíos.

Gracias a todos los dioses que el pueblo y los soldados seguían siendo leales.

Cuando volví a estar sentado en el banco de la audiencia, trajeron a

Seneción. Conducido por dos guardias, avanzaba lo mejor que podía con los grilletes en los pies.

—Claudio Seneción, has sido acusado de planear el asesinato del emperador. Estás aquí para responder a estas acusaciones. —¿Cuántas veces más tendría que decir estas palabras?

Él se limitó a hacer una reverencia y a dirigirme su maliciosa sonrisa, aquella que yo conocía tan bien.

El abogado leyó las acusaciones.

—«Estás acusado de formar parte de la llamada conspiración de Pisón para asesinar al emperador y colocar en su lugar a Cayo Calpurnio Pisón.» ¿Cómo te declaras?

—No soy culpable. ¿Por qué estoy aquí?

—Fuiste nombrado por uno de los principales conspiradores.

—¿Quién?

—Escevino —contesté.

—No creerás a ese hombre, ¿verdad? —dijo.

—¿Por qué no debería creerlo?

—Quiere arrastrar a los demás a su lodazal.

—¿Por qué querría hacer eso?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Escevino tendrá su propio juicio. Este es el tuyo —dije.

—Soy inocente. Esto es un error.

—Entonces tal vez puedas decirme por qué hiciste indagaciones sobre mi paradero, la hora y el día en que estaría en algún sitio. ¿Por qué querrías saberlo? No hacía falta que fueras al Macellum Magnum para verme, ni tampoco al circo. Bueno, eras mi amigo, no tenías que buscarme entre la multitud.

—¿Quién te dijo eso?



—Alguien en quien confío plenamente, alguien para quien una mentira sería impensable. —Para mi desgracia—. Deberías admitir lo que sabes. Si lo haces, te concederé inmunidad.

Mostró entonces una sonrisa de oreja a oreja, de la clase que esboza un hombre después de haber cerrado una venta beneficiosa para él con un comerciante.

—Muy bien. Me complace, ahora que estoy a salvo y ya no puede afectarme, nombrar a mis coconspiradores, porque sí, ¡yo soy uno de ellos! —Y soltó otra lista de nombres. Más senadores y équites.

—Llévaoelo —ordené.

—¡No, tengo que quedar libre! —se quejó a voz en grito.

—Yo nunca dije eso —afirmé—. Inmunidad no es libertad. Lévaoelo —repetí.

Fenio se apresuró a hacerlo, y lo empujó con tanta fuerza que casi lo tiró. Se tambaleó y se enderezó. La sonrisa se había desvanecido de su rostro, sustituida por el miedo. Se lo llevaron de vuelta a la cárcel, donde permanecería retenido.

Ya era suficiente por ese día. Necesitaba parar, y saber qué estaba pasando en los demás sitios. Di por terminada la sesión y fui con dos pretorianos y Epafrodito a mi despacho privado.

Era última hora de la tarde de un suave día de primavera. En algún lugar, fuera del palacio, la gente corriente paseaba por los jardines, disfrutando del agradable aire y de las mariposas. ¿Habría sido su vida muy distinta si Pisón estuviera sentado en el trono en mi lugar? ¿Importaba quién era emperador?

Estaba pecando de ingenuidad. Claro que sí. Augusto era diferente a Calígula.

Ah, ¿pero lo era para la gente de los jardines?

Me senté y me serví una copa de vino. Había más indagaciones que hacer.

—¿Qué ha sido de Séneca? —pregunté—. Mandad llamar a Silvano.

Fenio se marchó rápidamente en su busca, mientras que Epafrodito, Tigelino y yo esperábamos. Pronto volvieron los dos.

—¿Informaste a Séneca del veredicto? —pregunté a Silvano, que parecía afligido.

—No lo hice yo —admitió—. Envié a uno de mis oficiales del Estado Mayor.

—¿Y cómo recibió la orden? —quise saber.

—Con calma, según me han dicho. Hubo una comida, palabras de despedida. Tomó el cuchillo. Pero no funcionó. Estaba demasiado demacrado; tenía las venas contraídas. Entonces ingirió cicuta.

—Ah, imitó a Sócrates —dije. Postureo hasta el final.

—Pero tampoco surtió efecto —prosiguió Silvano—. Se había protegido tanto contra los venenos que era inmune a ellos. —Sacudió la cabeza—. Séneca y su esposa, Paulina, se cortaron las venas juntos. Entonces la envió a otra habitación para que no lo viera sufrir.

—¿La sentencia no la incluía a ella! —exclamé.

—Ya lo sabíamos, César, por lo que el oficial del Estado Mayor envió soldados y esclavos a la habitación para vendarle los brazos e interrumpir la hemorragia. Ha sobrevivido. Al parecer, se alegró de que la salvaran, a pesar de haber dicho a su marido que era un privilegio morir con él.

Era un alivio que estuviera viva.

—¿Y Séneca?

—Cuando todo lo demás falló, lo introdujeron en un baño caliente, donde expiró. Roció con unas gotas de agua a sus esclavos y afirmó que eran una libación de Júpiter. Y dejó de existir.

—Dejó de existir.

—Sí, fue incinerado según sus propias instrucciones. Paulina se está recuperando.

Se acabó. Séneca ya no estaba. Sentí que un enorme cansancio me cubría como un manto, seguido de una profunda soledad.

La noche me pasó despacio, pero seguramente no tanto como lo hizo para Quinciano y Seneción. Laterano estaba muerto. Había sido ejecutado por la tarde en un lugar reservado para castigar a los esclavos. Al parecer, el primer golpe no acabó con él, pero se preparó valientemente para el segundo. No hubo discursos, ni palabras, ni acusaciones. Murió en silencio.

Yo también guardaba silencio. No quería hablar con nadie, ni siquiera con Popea. Las acusaciones de Laterano, Quinciano y Seneción me retumbaban en la cabeza. Había sospechado de Seneción, pero no de Laterano ni de Quinciano. Ambos habían cuestionado el gasto realizado en la Casa de Oro, pero no había habido nada hostil aparte de eso. ¡Qué poco podemos ver qué hay bajo un disfraz si se lleva bien puesto!

Por la mañana volvieron a empezar los juicios. El siguiente en ser juzgado iba a ser Lucano, y era algo que me horrorizaba. De todos ellos, Lucano había sido el más cercano a mí, dado que era el único poeta verdadero del grupo, un hombre de inmenso talento. Me había admirado; no, me había idolatrado. Pero eso había cambiado. ¿Por qué? Quizá fuera solamente la evolución natural de un artista. Empezamos con gigantes a los que admiramos, pero a medida que vamos creciendo en nuestro arte, los vemos solo como personas, y finalmente como a iguales o incluso inferiores. Pero que los superemos y los abandonemos como modelos no significa que queramos matarlos.

Hacía un día lluvioso, borrascoso. Unas nubes grises cubrían el cielo a

poca altura, y tronaba. Ese día no me sobraba la toga de lana por lo que abrigaba.

Tigelino se me acercó.

—Voy a poner dos soldados más detrás de ti en el banco —dijo, señalando la multitud—. Como Fenio y yo nos estamos encargando de los prisioneros, necesitamos que Sulpicio y Subrio concentren toda su atención en la sala por si hay problemas.

Me limité a asentir. Nunca se sabe lo que puede pasar; había aprendido rápidamente esa lección los tres últimos días.

Trajeron a Lucano a la sala con los grilletes puestos, como sus predecesores.

—Marco Anneo Lucano, has sido acusado de planear el asesinato del emperador —dije con una desilusión inmensa contenida en estas pocas palabras.

Esbozó aquella sonrisa irresistible que me había conquistado desde el principio, pero ya no.

—No me digas —soltó.

Fenio intervino al instante.

—¡Dirígete al emperador con respeto! —bramó a la vez que le daba un tortazo en el hombro.

—Sí te digo —repliqué irónicamente—. Que el abogado de la corte lea las acusaciones, por favor.

El abogado sujetó una vez más un papel ante sus ojos y leyó:

—«Que estabas enterado y formabas parte de un complot para asesinar al emperador durante las cerealias en la llamada conspiración de Pisón.»

Lucano se movió incómodo mientras sopesaba sus palabras como si estuviera en una fiesta decidiendo qué frase ingeniosa decir. Si no fuera tan

guapo, si sus ojos azules no parecieran tan sinceros, no sería tan difícil ver con claridad cómo era realmente.

—Niego esta acusación —dijo por fin—. ¿Puedo preguntar quién me ha acusado?

—Claro que puedes. Todo es de conocimiento público. Ha sido Escevino.

—Oh, él. —Soltó con una sonrisa torcida—. ¡Yo siempre digo que no hay que fiarse de lo que diga un hombre con una cicatriz!

Me horroricé. Eso no era ninguna broma.

—Responde a la acusación —le ordené.

Mientras Lucano estaba pensando, lo más seguro que en algún otro comentario agudo, Tigelino habló de repente a la vez que sacaba un rollo de su bolsa.

—Mientras el acusado se demora, tengo aquí una prueba contundente de sus pensamientos traidores hacia su emperador. —Me lo entregó.

*Sobre el incendio de Roma.* Lo levanté para que Lucano lo viera.

—¿De dónde lo has sacado? —exclamó.

—¿Por qué? ¿Estás avergonzado de esta obra? ¿Quieres pulir un poquito más sus líneas? —pregunté—. Creo que hasta las palabras poco fluidas cumplen lo bastante bien su cometido. Me describes como a un incendiario que provocó el incendio. —Madre mía, ¿no iba a desaparecer nunca esta acusación falsa?

Desde el fondo de la sala, Escevino, que estaba esperando para ser juzgado por la tarde, y molesto sin duda por el comentario burlón sobre su cicatriz, gritó:

—¡Me prometió que me regalaría tu cabeza, Nerón!

Detrás de mí, Sulpicio y Subrio se pusieron tensos y se llevaron la mano a la espada a la vez que se acercaban más a mí.

—Llevaos a Escevino de la sala —ordené. No quería que los dos

prisioneros intercambiaran información o se enfrentaran entre sí. Me volví hacia los guardias—. No hace falta que os preocupéis —les aseguré. Miré de nuevo a Lucano. En aquel momento se oyó un trueno espectacular que retumbó varias veces—. Es obvio que hay muchas cosas que precisan quedar al descubierto. Me sorprende que albergues estas quejas hacia mí, si tenemos en cuenta nuestro pasado. Prefiero creer que la última acusación ha sido la invención de un hombre desesperado, Esceveno. Quiere arrastrar a otros con él. Pero si colaboras y nos cuentas lo que sabes de este complot, te concederé inmunidad.

El comportamiento de Lucano cambió.

—¿Inmunidad, dices? ¿Puedo hablar con libertad?

—Sí —respondí—. Iría bien que lo hicieras.

Inspiró hondo, como un hombre que se prepara para zambullirse en agua fría, dispuesto para la impresión pero refrenándose aún, vacilando todavía.

Y entonces se lanzó.

—Muy bien. Pues verás, te odio. Has obstaculizado mi carrera al prohibirme recitar mis versos en público. Porque me tienes envidia. Sabes que soy mejor poeta que tú y que tu poesía no está a la altura de la mía.

«Te odio.» Lo había dicho. Fui yo quien se llevó la impresión del agua fría y no él después de todo.

—Es muy posible que seas mejor poeta que yo —repliqué—. Esta no es la cuestión. Pero los versos de tu *Guerra civil* son traicioneros, puesto que abogan por la República. Por eso no quiero que se lean en público.

—¡Bien que te gustaba que mis versos se leyeran en público cuando te elogiaban! Aquellas líneas que tuve que escribir a modo de alabanza asquerosa y servil eran una parodia; hasta la última palabra era mentira. Pero estabas demasiado ciego para verlo. Te lo creíste.

—Me lo creí porque estaba convencido de que eras un hombre honesto, y

un poeta honesto.

—Nadie puede ser honesto con el emperador. ¿Todavía no lo sabes? ¿Cómo puede alguien que domina el griego, la composición musical y los diseños arquitectónicos ser tan imbécil?

—Ya ha dicho suficiente —intervino Fenio—. ¡Detén estas palabras traicioneras!

—No, deja que hable. Quiero oírlo todo.

De repente, Lucano se percató de que había avanzado demasiado por el hielo para retroceder y que este se estaba partiendo bajo sus pies. Pues nada, se iba a hundir.

—¡Tirano! ¡Opresor! Sí, ofrecería tu cabeza si pudiera conseguirla. Y tengo algo para ti, un regalo que te hago; quieres los nombres de otros conspiradores. ¡Pues añade el de mi madre, Acilia, a la lista! ¡Mi madre! Ahora ya sabes que te tomo como modelo. Es lo que querías, ¿no? ¿Que todo el mundo te admire y te aplauda? Estoy dispuesto a matar a mi madre, ¡como tú mataste a la tuya!

La sala se quedó en silencio y, de repente, se oyó otro estrepitoso trueno.

—Llévao slo —ordené. Estaba demasiado aturdido para decir nada más, o para reaccionar siquiera. Los guardias que tenía detrás se habían vuelto a acercar más a mí.

Fenio se llevó a Lucano de la sala y lo condujo a la cárcel.

—El tribunal volverá a reunirse esta tarde —anuncié en una voz tan baja que Tigelino tuvo que inclinarse hacia mí para oírlo.

## XXXVIII

Tigelino y Fenio me escoltaron de vuelta a mi despacho privado. Tal vez temían que no pudiera tenerme de pie o que me desplomara, y querían estar allí para sujetarme. Pero no era mi andar el que estaba afectado.

Popea me estaba aguardando con comida y bebida. Pero no quise nada. La única bebida que me apetecía era el nepente, que borraría el pesar y me haría olvidar. La droga del olvido que Homero ensalzaba. ¿Dónde estaba? ¿Dónde podía alguien encontrarla?

—Descansa, César —dijo Fenio—. Este último fue difícil de escuchar. — Dio unas palmaditas en un sofá, bien provisto de cojines. Me hundí en él. La madera del banco de la audiencia era dura. Pero eso era lo de menos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Popea.

—No puedo hablar de ello —contesté—. Ahora no. —Habían ocurrido demasiadas cosas demasiado deprisa: el complot cada vez más amplio, la muerte de Séneca y ahora las revelaciones de Lucano. Sus acusaciones me resonaban en la cabeza. Me había llamado imbécil, ciego. Puede que tuviera razón. ¿Cómo podía no haberlo sabido?

Pero... había presentido que pasaba algo. Sí. Recordé los comentarios mordaces de los conspiradores sobre la Casa de Oro, sobre la reconstrucción de Roma, sobre la gente que maldecía a «quienquiera» que hubiera provocado el incendio, sobre el hecho de que la carrera en el Circo Máximo hubiera estado «amañada». Pero un gobernante que se ofendiera al oír el menor comentario pronto se volvería tan desconfiado y susceptible que acabaría degenerando en lo que ellos me habían llamado: un tirano. Creía que



no era tal cosa. Pero, tal vez un gobernante que no se ofendía fácilmente pronto estaría muerto, ajeno al peligro que lo rodeaba incluso cuando los cuchillos destellaban.

Se acabó. La mañana había sido testigo de la muerte de mi tolerancia. Sería enterrada con las cenizas de Séneca. Los dioses me habían salvado de la locura de ser confiado y no volvería a serlo. En mi interior se había endurecido algo que se había ido ablandando con los años; los años transcurridos desde que había navegado por vías peligrosas cuando apenas era un niño para sobrevivir y llegar a la edad adulta. No había olvidado mis habilidades, simplemente las había dejado reposar, convencido de que ya no las necesitaba. Estaba equivocado.

Todavía tenía que soportar el juicio de Escivino por la tarde. Después serían juzgados todos los demás mencionados, pero no eran mis amigos personales, y el nivel de traición no era tan monstruoso.

El juicio de la tarde comenzó como los demás. El cielo seguía tormentoso, y la lluvia, que caía con fuerza, repiqueteaba en el tejado. Subrio y Sulpicio ocuparon sus puestos detrás de mí. Sentado en el banco, observé cómo Escevino avanzaba por la sala. Iba encadenado, y no intentaba levantar los pies, los arrastraba. Una vez frente a mí, me miró.

—Flavio Escevino, has confesado haber planeado el asesinato del emperador. —La frase se repetía como una letanía.

Me siguió mirando.

—Sí, confieso —dijo por fin.

El abogado leyó los cargos.

—«Que estabas enterado y formabas parte de un complot para asesinar al emperador y te aseguraste el derecho a asestar el primer golpe.»

—Esto es lo que aseguré mi esclavo.

—¿Lo niegas? —bramó Fenio antes de que yo pudiera corregirlo diciendo que él mismo lo había confesado—. ¡Tú mismo lo admitiste!

Escevino se volvió y lo fulminó con la mirada.

—Sí, eso es correcto —dijo.

—Y no es lo único que confesaste —aseguré—. Nombraste a Lucano, Laterano y Seneción como cómplices tuyos.

Escevino asintió.

—¿Mantienes estas acusaciones?

Curiosamente, Fenio sacudió la cabeza despacio, mirándome. Detrás de mí, oí que Sulpicio y Subrio dejaban de sujetar con fuerza la espada. Los tenía muy cerca de mí.

Volví a fijarme en los hombres que tenía delante. Fenio tenía el ceño fruncido.

—¿Quién más? —siseó a Escevino—. ¡Tiene que haber más! ¡Deja de ocultarlos!

—Yo ya estoy sentenciado —dijo Escevino, encogiéndose de hombros—. Así que puedo hablar con libertad. Te diré los nombres que sé con certeza: Petronio y Vestino.

¡Petronio!

—¡Cobarde! ¡Hay más! —exclamó Fenio—. ¡Di la verdad o serás flagelado! ¿Quiénes son los demás?

—Nadie sabe más que tú, Fenio —contestó Escevino con una sonrisa—. ¿Por qué no se lo cuentas todo a tu emperador?

Fenio palideció y fue incapaz de responder otra cosa que no fuera un tartamudeo incoherente.

—Sí, está bien informado sobre el complot ¡porque participó en él! —

Escevino lo señaló y sacudió la cabeza—. Tanta dureza para ocultar tu propia implicación. ¡Menuda sobreactuación! —dijo—. ¡Qué pena!

Di órdenes a Casio, un soldado tan corpulento y tan fuerte como Hércules, para que sujetara a Fenio.

—¡Sulpicio! ¡Subrio! —gritó entonces Escevino—. ¡Venid a reuniros con vuestro comandante! —Detrás de mí, los dos hombres intentaron echarse a correr, pero más soldados los apresaron.

Estaba horrorizado. ¡Mi prefecto del pretorio y dos de sus subordinados más cercanos! Escevino prosiguió, nombrando cada vez a más pretorianos hasta que se quedó sin aliento. Por fortuna, los dioses me protegían otra vez porque la sala estaba llena de soldados leales. Los había apostado en ella para mantener el orden entre los observadores, y ahora tenían que capturar y reducir a sus propios compañeros soldados.

Ordené que abandonara la sala todo el mundo, salvo los conspiradores y los soldados necesarios para detenerlos. Bajé entonces del banco del juez y me planté delante de Fenio. Tenía las manos atadas a la espalda, y Casio le rodeaba el cuello con un brazo musculoso. Permaneció callado. Hice un gesto con la mano para que se lo llevaran, y Casio así lo hizo.

Entonces me enfrenté con Subrio. Su cara ancha no reflejaba ningún miedo.

—Yo no soy uno de ellos —soltó—. ¿Crees que me rebajaría a participar en un complot dirigido por estos civiles amanerados?

—Parece que la respuesta es que sí —respondió Escevino con una carcajada.

De repente habló Subrio, lleno de desdén.

—¡Sí, es verdad! Fenio acaba de salvarte la vida hace un momento. Yo tenía la espada preparada para clavártela, pero él ha negado con la cabeza. ¿Por qué me ha detenido? ¡Era absurdo que nosotros cuatro, que queríamos

verte muerto, fingiéramos pelear entre nosotros cuando tú estabas desarmado! Por culpa de su pusilanimidad hemos perdido nuestra oportunidad.

El sonido de las manos en las espadas detrás de mí... Me estremecí.

—¿Por qué has olvidado tu juramento de lealtad? Como soldado, forma parte de tu honor —dije.

—¡Porque te detesto! —espetó, fulminándome con la mirada—. Yo era tan leal como cualquier otro soldado del reino mientras te mereciste mi respeto. ¡Empecé a odiarte cuando asesinaste a tu madre y a tu esposa, y te convertiste en auriga, en actor y en incendiario!

Sus acusaciones resultaron extrañas e incoherentes: conducir carros y actuar eran actos tan criminales como asesinar. O provocar un incendio.

—Pero no quería a Pisón —prosiguió—. Se lo dije, ¿para qué sustituir un tañedor de lira por un actor? No, algunos, yo incluido, queríamos a Séneca.

Así que era ahí donde entraba en juego Séneca. Ahora tenía sentido.

—Se me pasó por la cabeza matarte cuando carecías de protección durante el incendio. O, mejor aún, ¡a la vista de miles de personas cuando estabas en el escenario! —se jactó.

Lo miré, anonadado. Me volví entonces hacia Sulpicio. Incluso atado, conservaba una postura rígida, con la espalda erguida como una tubería de plomo, y la cabeza bien alta.

—¿Y tú? —quise saber.

—Era el único modo de poner fin a tus desmanes. El único remedio disponible.

Había cuatro pretorianos más atados y esperando en fila, entre ellos Silvano.

—¿Y tú? —le pregunté tras pararme delante de él.

—Por eso no podía entregar la sentencia de muerte a Séneca. Fenio me dijo que tenía que hacerlo para no levantar sospechas, pero no pude.

Por lo menos había un resto maltrecho de honor en su comportamiento.

—¡Lleváoslos a todos! —ordené a los soldados leales que retenían a los prisioneros. No podía soportarlo más.

Me retiré al cuarto más privado de mis dependencias. La lluvia seguía cayendo a cántaros, y lo hacía de costado, por lo que entraba por las ventanas, mientras los arbustos agitaban sus ramas de un lado a otro.

La asombrosa revelación de que muchos pretorianos se habían vuelto en mi contra fue tan devastadora que apenas era capaz de repetirme a mí mismo siquiera sus nombres, como si eso fuera a conjurar más maldad, a abrir más abismos. Me sentía como si me hubiera precipitado por uno que era muy profundo y oscuro. Tardaría mucho tiempo en aceptar esta traición de quienes habían jurado protegerme y en quienes confiaba plenamente. Mientras tanto, había muchas decisiones que tenía que ejecutar... ¡oh, esta palabra!, y era algo que no podía posponer.

La muñeca yacía en la mesa del rincón. ¿Podía ser realmente el talismán que me había salvado de la muerte hacía unas horas? Nunca lo sabría. El destino es inexplicable.

Finalmente mandé llamar a Tigelino. Él era leal... ¿no?

—¿Lo es alguien? —grité a las paredes vacías—. ¿Lo es alguien?

Tigelino entró, cauteloso, con una jarra de vino y una bandeja de fruta.

—Te traigo un refrigerio para reponerte, César —dijo en voz baja, depositándolo con cuidado.

—¿Un refrigerio? —Tenía la cabeza recostada en mis brazos sobre la mesa. Alcé la mirada—. No hay nada que me permita reponerme.

—Detesto ser tan práctico, pero te sentirás mejor si comes.

—Eres soldado hasta la médula —dije. Pero no hice el menor gesto para

picar nada.

—¿Quieres que mande llamar a Popea?

—Todavía no —respondí—. No, todavía no.

—Están muertos —informó Tigelino—. Fenio, Sulpicio y Subrio.

Pero su odio perduraría.

—¡Oh! —exclamé lánguidamente.

—¿No quieres oírlo?

—Es evidente que quieres contármelo —dije.

—Fenio escribió un quejumbroso testamento en el que se lamentaba de su triste destino —explicó.

—Pues seré amable con su familia —aseguré. ¡Qué pesado! ¡Qué previsible! ¿Dónde estaban sus nobles principios ahora que suplicaba al auriga al que odiaba?

—Subrio se quejó de la tumba que se había cavado para él. Dijo que no cumplía los estándares militares, lo que demostraba cómo la disciplina había menguado durante tu mando.

En cualquier otro momento, eso me habría hecho reír. Pero ahora no.

—Que descanse en ella en paz —dije—. Aunque no cumpla los estándares. Ya se acostumbrará.

Esa noche yací inmóvil en la cama, como si estuviera flotando en un mar cálido y tranquilo, con la cabeza ocupada solamente por la desolación y la desesperación. Tal vez fuera eso lo que eran realmente las Furias, no criaturas aterradoras con cabeza de perro, sino eso.

A Lucano se le permitió regresar a su casa, custodiado, y suicidarse tranquilamente. Su madre no fue detenida. Él la había acusado, comparándola con mi madre, solo para herirme. Lo había conseguido.

Su defunción fue presenciada y descrita por sus guardias; leí el informe tres días después. Mientras se debilitaba por la pérdida de sangre, había recitado versos de su poema sobre un soldado herido que también había muerto desangrado. Se había asegurado de que sus últimas palabras fueran literarias, de modo que fuera recordado como un poeta, no como un traidor.

Vestino lo siguió igualmente, suicidándose en una habitación de arriba mientras sus invitados estaban sentados en la planta baja, rodeados de guardias. No había hecho ningún discurso ni declaración. Tampoco lo hicieron Escevino, Seneción o Quinciano. Los tres tuvieron una muerte noble que desentonaba con su vida. Su salida del escenario de la vida resultó ser su momento más valiente.

Los juicios prosiguieron. Y prosiguieron. Al final hubo cuarenta y un conspiradores confirmados: diecinueve senadores, siete équités, once soldados y cuatro mujeres. Catorce senadores fueron desterrados, lo mismo que la esposa de Escevino, Cedicia. Tres personas fueron indultadas, incluido Antonio Natalis. Una fue absuelta, el escrupuloso Gavio Silvano. La madre de Lucano, Acilia, jamás fue acusada. Estas personas no habían participado activamente, o, como la madre de Lucano, habían sido nombradas sin pruebas por rencor o por venganza. Ya había bastantes traidores de verdad como para añadirles otros que fueran falsos.

Petronio fue el último en fallecer. Como era habitual en él, celebró una cena en su casa, en el Aventino. Los invitados llegaron después de que se hubiera cortado ya las venas. Pero se las vendó, los recibió y se aflojó las vendas, y así toda la noche, de modo que murió poco a poco pero haciendo que pareciera un juego. No utilizó palabras grandilocuentes ni discursos filosóficos sobre la inmortalidad del alma a lo Séneca, sino versos ligeros y

poemas frívolos. Cuando finalmente expiró, pareció natural, como si se hubiera quedado dormido tras beber demasiado vino, algo que los invitados habían presenciado muchas veces. Se rio así de la muerte, tratándola como algo intrascendente.

«¿Tendrá éxito mi iniciativa?» Gracias a todos los dioses la respuesta era «no».

Se terminó. Desde mediados de abril hasta finales de mayo, Roma había estado paralizada por la agitación de la conspiración y sus consecuencias. Publiqué un edicto con las actas de los juicios, acompañado de las declaraciones de los informantes y las confesiones de los condenados, así como sus sentencias.

Para Roma, se había acabado. Para mí, jamás lo haría.



## XXXIX

La primavera me había pasado prácticamente inadvertida, y ya había llegado el verano. Había pasado una estación entera, se me había escapado entre las manos, mientras lidiaba con los juicios y las deplorables consecuencias. Era junio, un junio delicioso que olía a rosas, cuando tuve que dirigirme al Senado, o lo que quedaba de él.

Era una forma de hablar. En realidad, la pérdida de los diecinueve senadores no despojó al Senado de los suyos. Pero sí lo despojaron de mi confianza. Al mirar a los senadores restantes, nunca sabría cuántos más eran traidores en el fondo, solo que no habían sido detectados, o podrían ser traidores en el futuro. Aunque no habían logrado asesinarme, habían acabado con mi sensación de seguridad.

Sin embargo, tenía que interpretar mi papel, y hacerlo mejor que Escevino y Fenio el suyo. Me puse mi mejor toga imperial para dirigirme a este órgano, para ellos, agosto. Estaba flanqueado por los dos cónsules del año, uno de ellos sustituto de un sustituto, dado que el cónsul electo Laterano había sido reemplazado por Vestino, que también había resultado ser un traidor y había sido igualmente sustituido.

Había cien caras mirándome, difíciles de distinguir recortadas contra la luz. Como hacía calor, se habían dejado abiertas las grandes puertas de la Curia, y la luz brillante del sol veraniego entraba por ellas, acariciando y calentando el suelo de mármol.

Antes de que pudiera hablar, dos senadores avanzaron, haciendo reverencias, para postrarse ante mí.

—¡Oh, bienaventurado emperador! —dijeron—. Damos gracias al mismísimo Sol por proteger milagrosamente a nuestro más glorioso emperador.

El dios Sol. Sí, el dios Sol me había protegido. Y, al hacerlo, me había demostrado que era su verdadero hijo, como me había revelado en el sueño.

—Levantaos —dije.

Los dos hombres se pusieron de pie.

—Os doy las gracias —proseguí—. Soy realmente bienaventurado, como decís, pero bienaventurado por tener unos súbditos tan leales como todos vosotros ante mí. No hablaremos de aquellos que han perdido su lugar aquí; podéis leer todas las actas en el edicto que he publicado y colgado por toda Roma. Lo que importa es lo que queda: los cimientos de Roma y vuestro emperador, elegido por los dioses para protegerla y para protegeros a vosotros. —Me senté de nuevo. ¿Había sido lo bastante florido?

Entonces solté los honores y los halagos. Habría las ofrendas solemnes de agradecimiento al dios Sol en su antiguo templo del Circo Máximo, el lugar del asesinato planeado. Se construiría un templo de la Salud. El mes de abril, el mes en que me salvé, pasaría a llamarse neroneo. Habría un monumento conmemorativo en el templo de donde Escevino se había llevado la daga.

—¡No es suficiente! —dijo de repente un senador de Terracina que se levantó para dirigirse a todo el Senado—. Tenemos que erigir un templo a su divinidad, al dios Nerón, que es más que un mortal y tendría que ser adorado como tal.

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron todos, puestos de pie de un salto. Y me hicieron una reverencia como si fuera el mismo dios Sol.

Me levanté.

—No, no —dije, levantando las manos—. No es apropiado, me niego a permitirlo.

Entonces ensalzaron mi humildad divina.

Pero no era humildad. Puesto que tradicionalmente un emperador solo es deificado tras su muerte, habría quien se lo tomaría como un mandato para ayudarme a alcanzar ese estado en el que cumpliría los requisitos para ello. No iba a tentar la suerte.

—Yo mismo dedicaré la daga al Júpiter protector en el Capitolino —dije para aplacarlos—. Eso es suficiente para mí.

Sostuve la daga en mis manos. Milico no la había afilado, desobedeciendo la orden para hacerlo, y estaba roma y oxidada, pero habría cumplido igualmente su misión. Simplemente habría sido todavía más doloroso que una hoja limpia y afilada. Recorrí con el pulgar su rugoso filo. ¿Era una daga digna de un emperador? Si el asesinato era el objetivo, cualquier daga lo era.

Había acabado de vestirme para la ceremonia en el templo de Júpiter, en el Capitolino. Una nueva toga púrpura imperial, con un pliegue de ella cubriéndome la cabeza. Si iba a presentarme ante Júpiter, tenía que hacerlo con la vestimenta de mi cargo, no solo de emperador, sino de Máximo pontífice.

Los terrenos que rodeaban el palacio principal estaban ahora conectados a la vía Sacra, la ruta triunfal que recorría el Foro y ascendía la escarpada pendiente hacia el templo de Júpiter. Partí con toda la ceremonia necesaria para dotar este acto de su necesaria seriedad, acompañado de mis pretorios y de las muchas órdenes de sacerdotes de la religión del Estado romano. Pasamos por el templo del divino Julio, las dos basílicas, la Rostra y el templo de Saturno.

Recorría a pie la ruta de la ceremonia del triunfo que había visto seguir a Claudio entre la muchedumbre cuando apenas tenía siete años, deslumbrado

por la gloria del desfile, de puntillas para poder ver rodeado de gente más alta. Ahora otros alargaban el cuello para verme a mí. El día era agradablemente cálido y la fragancia a rosas de las dependencias de las vírgenes Vestales se extendía por el Foro, más fuerte cuando pasamos por allí.

Llegué al lugar donde Claudio había descendido del carruaje triunfal y había hecho su lento y doloroso recorrido a pie hasta el templo de Júpiter. Yo no tendría problemas con el camino, pero me pregunté si habría otra ceremonia del triunfo durante mi reinado. Eran actos que celebraban victorias militares. Pero ¿no podía haber una ceremonia del triunfo para celebrar logros en otros ámbitos? ¿Por qué solo en el militar?

Me acerqué al enorme e imponente templo que coronaba el monte Capitolino. Sus vastas dimensiones lo convertían en una morada apropiada para el soberano de todos los dioses. Una inmensa estatua de Júpiter sentado me aguardaba. Uno de los pies le asomaba por debajo de la túnica mientras me examinaba con su semblante severo. A los pies de la estatua había coronas marchitas de honores, placas de votos y agradecimientos, y ramas cortadas de encina y de olivo, sagrados para él. Hice una reverencia y me arrodillé.

—Júpiter, el mayor y el mejor, vengador de injusticias, y gran guardián de mi destino, que me ha salvado del peligro de esta daga con su intervención divina, te dedico este botín. —Me incliné hacia delante y deposité la daga a sus pies—. En agradecimiento, prometo una moneda de oro dedicada al Júpiter guardián, Júpiter *Custos*.

Me levanté temblando. No es ninguna hipérbole. Haber estado tan cerca, haberme librado apenas unas horas antes de que el asesinato tuviera lugar, llevado a cabo por personas cercanas a mí en las que confiaba, solo podía ser

obra de un dios. El más poderoso de ellos, el soberano del cielo, protegía a su soberano en la tierra.

El tiempo cálido me hizo volver al pabellón de la Casa de Oro, vacía durante los meses de invierno, en los que vivíamos en el palacio principal, que disponía de mejor calefacción. Popea y yo volvimos a él con ilusión. Los artistas llevaban varias semanas trabajando intensamente, y los albañiles casi habían terminado sus instalaciones. Ahora los pulidores harían brillar el mármol. Los pintores estaban aplicando con cuidado pan de oro a los enlucidos del techo.

El sol de verano entraba en las habitaciones y las caldeaba. A pesar de su belleza, las salas tenían reminiscencias melancólicas para mí. Ordené que la estatua de Terpsícore fuera retirada de la habitación de Odiseo para instalarla en un pórtico cubierto en el exterior. Ya no había sala de los escritores; nunca escribiría una línea allí.

Nuestro cuarto negro nos seguía cautivando, y Fábulo había finalizado el fresco en la habitación de Héctor, el de Protesilao que había pedido Popea. Estábamos delante de él, admirándolo.

—Es sombrío —dijo Popea.

—Es un tema sombrío —respondí—. La primera muerte de la guerra de Troya, y una esposa a la que solo se permite volver a ver a su marido tres horas antes de que tenga que regresar al inframundo.

—Los colores son apagados y sucios —insistió.

—Como tiene que ser. —La acerqué más a mí—. Pero si alguna vez nos perdiéramos uno al otro, ¿no sería mejor una visión nublada que la oscuridad total? —La abracé. Estaba prácticamente recuperada del todo; no quedaba

nada de la debilidad que había padecido antes. Tal vez había sido cosa del embarazo después de todo.

—Ven, vamos afuera. —Cruzamos una puerta abierta y salimos al patio, donde podíamos observar el valle de la ciudad a nuestros pies. Los jardines iban tomando forma; otra estación de crecimiento y lucirían como los habíamos imaginado en los planos. Las enredaderas crecían exuberantes, y los árboles jóvenes habían sobrevivido al invierno y estaban cubiertos de hojas nuevas y de ramas verdes.

—Se acerca el solsticio —anunció Popea—. Pronto llegará el día más largo del año.

El momento en que el dios Sol recorrería el cielo a más altura. El dios Sol, que me había nombrado su elegido, su hijo. Tendría que dedicarle una celebración, pero no quería planear ninguna en ese momento. Había pasado demasiado poco tiempo desde la conspiración como para celebrar algo. Pero en otoño estaban previstos los segundos juegos neronianos, cinco años después de los primeros. Estos juegos servirían para volver a la normalidad.

Nos sentamos en un banco de mármol y sentimos el viento suave mientras observábamos cómo unas mariposas blancas y amarillas revoloteaban entre los arbustos. El característico olor acre del boj calentado por el sol impregnaba la brisa.

Los jardineros estaban trabajando en la otra punta del terreno y oíamos el crujir de su calzado al pisar la grava y el alegre sonido de sus risas. Pero mientras estábamos allí sentados disfrutando de la majestuosidad de principios de verano, unos pasos más rápidos se acercaban a nosotros. Vimos a Tigelino con una caja.

—¿Qué es? —pregunté tras ponerme de pie.

El sol le dio en la cara y le iluminó los altos pómulos y la fuerte mandíbula, que apretaba con fuerza.

—Parece que Petronio te dejó algo en su testamento —dijo, y me entregó la caja—. ¿Quieres que me quede mientras la abres?

—Como quieras. —Podía contener una cobra hasta donde yo sabía. O un alfiler envenenado. Pero lo más probable era que contuviera un testamento en el que me había dejado a mí, y a Tigelino, la mayor parte de su patrimonio, junto con frases exageradas de halago. Casi todos los demás hombres condenados habían redactado testamentos así.

La caja, lujosamente adornada, era de madera de ciprés de Cartagena taraceada de ébano y relucientes bisagras de metal. La abrí despacio.

Algo brillaba en su interior. Cuando levanté la tapa, los rayos del sol iluminaron unos fragmentos de piedras preciosas y los convirtieron en arcoíris resplandecientes. Eran pedazos de sus copas de murra, las que yo había admirado y me había ofrecido a comprarle. Levanté uno de los pedazos, con una profunda sensación de pérdida. Una belleza así destruida. ¿Y para qué?

Bajo las copas rotas había una nota.

Las querías. ¡Pues ya las tienes!

—¡Cabrón rencoroso! —exclamó Tigelino.

—Da igual —dije—. Aquí está el testamento. —Lo desenrollé y empecé a leerlo en voz alta, pero enseguida me detuve.

### Últimas voluntades de Cayo Petronio Árbitro

Dejo lo detallado a continuación al emperador Nerón Claudio César Augusto Germánico:

Incluyo una lista de los revolcones y las parejas sexuales del emperador:

Con la señora Elia, y la señora Junia a la vez, en la villa de Pisón, posturas *x*, *y* y *z* (ver el gráfico y la clave de las posturas a continuación).

Con la cortesana Lucilia, tres veces en la villa de Petronio en Cumas, posturas *f* y *g*, con agua salada y miel.

Con la renombrada madama Máxima, disfrazados, en el palacio, con oro en polvo y aceite de oliva, posturas *t*, *r* y *q*.

Con Popea Sabina, entonces esposa de Otón, en la embarcación de recreo de Tigelino en el lago de Augusto, bajo el cobertor de las velas, postura *t*.

La lista proseguía, y era muy larga.

Popea, que la había estado leyendo por encima de mi hombro, se echó a reír.

—¿Cómo sabía todo esto? —preguntó.

—Le gustaba mirar —admití—. No solo a mí, a cualquiera. Decía que tomaba notas para escenas de su *Satiricón*. Tal vez lo hiciera.

—Pero ¿cómo sabía lo nuestro en el barco?

—Alguien debió de contárselo. Puede que el mismo Otón. Parecía orgulloso de ello por aquel entonces.

Popea tomó el rollo y lo leyó hasta el final, con unos veinticinco o treinta nombres más.

—Todo esto fue antes de que yo te conociera —dije. Incluso a mí me pareció una justificación patética.

Pero ella se limitó a reír.

—Me gusta esta —comentó mientras señalaba la clave de la «postura *r*»—. ¿La probamos?



—Puede que se me haya olvidado cómo hacerla —solté—. Fue hace mucho tiempo.

—Estoy segura de que lo recordarás. Es como nadar. Una vez sabes, ya no lo olvidas nunca.

—¿Os dejo solos para que sigáis con esto? —preguntó Tigelino—. Me resulta extraño que os parezca tan divertido.

—Quería hacernos daño, aplastarnos como hizo con las copas. Pero, en lugar de eso, nos ha inspirado —aseguró Popea—. ¡Sí! Calculó mal. Al parecer, querido esposo mío, no te conocía tan bien como creía. Uno más de sus muchos errores. —Se levantó y me tomó la mano—. Ven. Y sí, Tigelino, ya puedes dejarnos solos.

Le devolví la caja con las copas rotas, pero me quedé con el testamento.

—Vamos a necesitar esto —dije—. Un oportuno manual de instrucciones.

Cruzamos los jardines riendo para entrar de nuevo en el pabellón y nos dirigimos a toda prisa hacia el cuarto negro, donde nos aguardaba la cama. Nos dejamos caer en ella, todavía riendo, y rodamos como niños hasta que paramos y nuestras carcajadas cesaron. Tenía la cara a pocos centímetros de la de Popea, y la contemplé, asombrado de que semejante mujer fuera mía y me amara. Ella estaba inmóvil, devolviéndome la mirada. Entonces me besó, primero suavemente y después con avidez y pasión. Deslicé los brazos bajo su cuerpo y la apretujé contra mí, como si quisiera ligarla a mí para siempre haciendo que nos fundiéramos en uno solo.

—Olvídate de la postura *r* —susurró—. No puedo esperar. Déjala para después.

Pero no tenía que esperar, porque, después de todo, no la había olvidado.

## XL

### LOCUSTA

Mis sospechas eran, desafortunadamente, muy reales. Pero en mi profesión, disponer de una aguda capacidad de recelar es un requisito básico. De modo que había una conspiración, y amplia, en su contra. Cuarenta y una personas, incluidos, y eso era lo más inquietante de todo, militares.

Por lo que he oído, salvo los dos o tres que querían restaurar la República, los demás eran un lamentable grupo con motivos variados, en su mayoría mezquinos. Algunos tenían quejas personales contra él, eran los pertenecientes a su círculo íntimo, y los soldados, por su parte, desaprobaban lo que consideraban actuaciones embarazosas en público. Pero Fenio, a pesar de sus denuncias altisonantes de la conducta del emperador, actuaba en realidad más motivado por la envidia que sentía por Tigelino, que gozaba de la confianza del emperador, en detrimento suyo.

La conspiración no tenía ningún objetivo claro, salvo deponer a Nerón. Algunos querían remplazarlo por Pisón, pero los soldados preferían a Séneca, y planeaban asesinar a Pisón y sustituirlo por Séneca. Todo acabó en nada, porque un esclavo receloso lo denunció la misma mañana en que iba a tener lugar.

Nerón, sin embargo, cree que fue Júpiter quien lo salvó en el último momento, que cuenta con protección divina. Pero ahora adopta medidas para evitar tener que volver a salvarse por los pelos, y ha aumentado la vigilancia opresora de su red de espías.

En los primeros diez años de su gobierno fue indulgente y clemente. No hubo ejecuciones y solo dos deportaciones: una por traición y otra por difamación del emperador. Incluso después de la conspiración, ha habido más senadores desterrados que ejecutados, y uno ha sido incluso absuelto. Pero ya no tiene tranquilidad.

Actualmente, en un intento de empezar de cero, como si la conspiración fuera solo un desvío de un camino por lo demás recto, Nerón se está preparando para celebrar los segundos juegos neronianos en Roma. Todo el mundo se preguntaba si a la población le gustaría la idea.

Yo me mantenía informada. Solo puedo observar y esperar, y advertirle si me entero de algo.

## XLI

### ACTEA

Oh, se me parte el alma por él..., por ellos; sí, por ella también. La información a grandes rasgos del complot llegó a Velitres, más detallada a medida que se conocían datos concretos. La daga y el esclavo. Su círculo de amigos, no solo el despreciable Seneción (que ha pagado el precio), sino otros amigos que compartían sus horas de ocio, como Petronio y Lucano. Los pretorianos, que habían jurado defenderlo frente a sus enemigos, convertidos en esos enemigos. El mundo en el que él creía vivir se había hecho añicos.

Hasta su hijo había perdido, y me reprendo a mí misma por estar celosa de ella. Ya tiene suficientes pesares sin que yo le desee ninguno.

Y así seguimos adelante, avanzando por un mundo cambiado, indomable. No tenemos otro remedio. Vivimos en él, y solamente en él.

## XLII

### NERÓN

El glorioso verano llenó Roma y el dios Sol me tranquilizaba. Esto, y el hecho de que los informantes entrenados de Tigelino nos trajeran a él y a mí informes de lo que ocurría a mi alrededor. Nunca más me dormiría, confiadamente, en mi cama del palacio. Ahora la consigna era: de guardia.

Antes del incendio, había ofrecido juegos a toda la ciudad, entretenimientos junto al lago y banquetes. Ahora los segundos juegos neronianos quinquenales, con sus competiciones artísticas y deportivas al estilo griego, restablecerían la tradición y asegurarían a mi pueblo que la ciudad, y su emperador, se habían recuperado. Que todo iba bien.

Lo anuncié al Senado reducido (como lo llamaba en privado), añadiendo que yo planeaba competir en ellos. Casi antes de que pudiera terminar, tres senadores se levantaron y gritaron:

—¡No es necesario! Te ofrecemos ahora la corona por la oratoria y el canto. No es necesario que te rebajes a competir con esos... otros.

—¿Y la carrera de carros? Porque también planeo participar en ella.

—Naturalmente, tienes derecho también a ese premio.

¡Qué obvio era que querían mantenerme alejado del escenario!

—No —dije—. ¿Por qué tendría que estar exento de competir? Dejad que los jueces decidan. No tengo miedo de que comparen mis actuaciones con las de los demás.

Sin comparación, no podemos saber nuestra verdadera categoría. ¿Por qué

debería negársele al emperador este conocimiento?

De vuelta en las dependencias imperiales, Popea y yo nos reímos de ello. Todas las ventanas estaban abiertas para que el aire del verano circulara libremente mientras, fuera, las abejas estaban ocupadas en los arbustos de adelfa. Las cortinas ascendían y descendían, movidas por soplos cálidos.

—Estaban tan serios que era cómico —conté.

—Una de las quejas de los traidores hacía referencia a tu falta de seriedad —dijo—. Quizá deberías andarte con cuidado.

—Eso se acabó —dije—. Ahora haré lo que me plazca, y me limitaré a duplicar los guardias y los informantes. ¿A quién hago daño actuando? A nadie.

—A su sentido de las viejas tradiciones romanas, nada más.

—Es una nueva Roma, y ya va siendo hora de que lo acepten. —Suspiré—. Tengo ganas de volver a mi música, que he abandonado mucho. Y de correr otra vez en el circo.

—Pero no abandones a Roma —indicó—. Aunque solo sea para asegurarte de que tienes un escenario en el que actuar.

—Un escenario..., me acusaron de actuar mientras ese escenario, la ciudad, ardía. ¡Cómo se atrevieron!

Se levantó y se situó detrás de mí para rodearme los hombros con los brazos de aquella forma que tanto me gustaba. Me besó la oreja.

—Eso se acabó. No le des más vueltas. Te corroerá, y no hay nada más vano que dejarse consumir por el pasado, un pasado que no puedes cambiar. Lo único que puedes hacer para cambiarlo es reescribirlo, hacer que la gente lo olvide. Como los escribientes superponen los textos en viejos manuscritos.

Hice caso a sus palabras y abracé de nuevo mi arte con el entusiasmo de un

reencuentro con una amante perdida. Había dudado en pedir a Terpnos que volviera después de sus insinuaciones sobre el incendio, pero decidí olvidarlo como Popea me había aconsejado. Como sabía muy bien, mis aptitudes se habían resentido de la falta de práctica, y él podría recuperarlas.

Cuando llegó, no hice ninguna alusión al incendio, y él tampoco. Pronto recuperamos nuestra antigua relación entre pupilo y maestro, en la que solo importaba la cítara y mi pericia con ella.

—Lo haces mejor de lo que me atrevía a esperar después de todo este tiempo ausente —dijo a regañadientes—. Puede que no tardes demasiado en volver a estar donde estabas.

—Quiero estar mejor —dije—. Pero de momento me conformaré con recuperar lo que tenía.

Me pasé tardes revisando mi poema épico *Troya*. Me preguntaba si sería aconsejable recitarlo, puesto que me habían acusado de interpretarlo durante el incendio, pero era el mejor poema que había escrito, ¿y por qué no tendría que participar con lo mejor de mí en un concurso? Los poemas de segunda fila servían para conseguir solo un segundo puesto.

Y fue con una inmensa alegría que volví a las caballerizas y a la pista de carreras. Tigelino me acompañaba, y yo podía dejar a los pretorianos en el palacio bajo las órdenes del sustituto de Fenio, Ninfidio Sabino, que había sido ascendido de jefe de los vigiles y era alguien de plena confianza. Estar al aire libre, a pleno sol, esforzándote por controlar a los caballos y practicando los giros era lo más parecido a volar, y a dejar atrás las preocupaciones terrenales, que podía experimentar un mortal.

El teatro de Pompeyo fue seleccionado como escenario de los concursos de poesía y de música. Era un inmenso teatro de piedra con capacidad para unas

once mil personas situado en el Campo de Marte que el incendio había dejado intacto, un lugar idóneo para las actuaciones. Unas estatuas de las catorce naciones que había conquistado Pompeyo adornaban unas hornacinas situadas alrededor de la arena, y el edificio estaba bien iluminado.

Los juegos neronianos comenzaron con una semana de concursos y recitales menores. Pero hoy solo recitarían los poetas más aclamados. En secreto había reunido todo el equipo de un citarista: el quitón holgado, el manto ligero para el hombro, las botas de suela gruesa para los pies y una corona de oro para el pelo, que estaba oculto entre bastidores junto con el instrumento, para otra actuación. Pero, de momento, me concentré en recitar mis líneas.

Antes que yo habían actuado varios artistas; pero que Apolo me ayudara, estaba tan concentrado en el momento en que tendría que seguirlos que no los oí realmente. Todo volvía a mí: la ansiedad, el corazón acelerado. Salí y ocupé mi sitio, desde donde veía al público solo como algo borroso sentado delante de mí. Mi mala vista me iba bien en ese momento, ya que me impedía distinguir caras individuales.

Saludé a los jueces y al público, y empecé. Se oyó un murmullo cuando se constató que estaba recitando un fragmento de mi *Troya*, retando al público presente, de todos los ámbitos de la vida, a pensar mal de mí, retándole a pensar en el incendio. Pero el murmullo se extinguió, como si la historia los hubiera enganchado. Cuando terminé, hubo una sonora ovación.

Hice una reverencia y abandoné el escenario.

—¡No, no te vayas! —gritaban—. ¡Tienes que mostrarnos todos tus talentos! ¡Lo exigimos!

Seguí yéndome, y las voces se elevaron.

—¡Muéstranos todos tus talentos! ¡Más, más!

Vitelio, que me había ayudado en el escenario, vino tras de mí.



—Vuelve —dijo—. Como hemos acordado.

—Deja que me cambie de ropa —pedí. Rápidamente me dirigí hacia detrás del escenario para ponerme mis prendas de guitarrista, tomé el instrumento y regresé al escenario. La gente gritó de placer.

—Cantaré *Niobe*, una canción de mi propia cosecha. —La había compuesto febrilmente los últimos días.

Sujeté la pesada cítara con la cinta pasada por mi hombro derecho, de modo que su peso descansaba en mi muñeca izquierda. Tenía que utilizar los dedos de ambas manos para tocar las cuerdas, punteándolas por un lado con una púa y pulsándolas por el otro con las yemas de los dedos para suavizar las notas. Y, además, cantar. Que nadie acuse a cualquiera que toque este instrumento, aunque sea mal, de no ser un virtuoso, porque hasta el nivel más bajo exige mucho a un músico.

Tan tenso como una de las cuerdas, me concentré tanto que el sudor me caía por la cara y tenía los dedos cada vez más resbaladizos. Cuando llegué al final, estaba exhausto, agotado y, aun así, encendido.

El público reaccionó, mi cuadrilla de aplaudidores alejandrinos entrenados dirigió los distintos ritmos hasta que el sonido fue ensordecedor. Me puse de pie, cubierto de sudor, conmovido. Finalmente, hice una reverencia y me fui del escenario, demasiado extenuado para hablar siquiera.

Popea estaba entre el público. Hacía cinco años lo había estado Actea, observándome nerviosa mientras yo me convencía a mí mismo de que lo que el oráculo me había dicho, «La música no es nada si se la tiene oculta», significaba que tenía que actuar en público. Y tras la actuación, aturdido, había ido a parar a la embarcación de recreo y, de ahí, a los brazos de Popea. Todavía estaba casado con Octavia por aquel entonces. Hacía cinco años.

¿Eran solo cinco años? Ahora, de nuevo aturdido, viví los momentos posteriores a mi actuación entre exultante y perdido.

—Ha sido una victoria —dijo Popea cuando estuvimos de vuelta en el palacio—. Sobre tus propias dudas y sobre las de los demás. Te aplaudo ahora que puedes oírme, porque no habrías podido hacerlo en medio del clamor de la gente. —Aplaudió con elegancia—. Y ahora añadiré a los premios uno que solo yo puedo concederte. Estoy otra vez encinta.

Era demasiado; demasiada felicidad, demasiadas emociones. Aquello superaba la felicidad, superaba las emociones y me llevaba al reino del éxtasis. La sujeté y la hice girar hasta que sus pies chocaron con un pedestal y tumbaron un jarrón, que se hizo añicos.

Nos dejamos caer en el suelo riendo, abrazándonos, rodeados de sus trocitos. Me daba igual. Lo único que me importaba era la gloria de los regalos que me habían hecho ese día.

Los juegos neronianos duraron dos semanas más, y toda la ciudad asistía a los eventos y pedía a voces más. Esta vez el atuendo griego no era requisito, pero había gente que lo llevaba igualmente, por lo que pude vislumbrar lo que se vería en Atenas. La gente tenía ganas de fiesta. Era obvio que quería dejar el pasado atrás y pasear por las calles recién pavimentadas sin quejarse ya de la luz directa del sol, puesto que los pisos superiores que daban sombra habían sido prohibidos por riesgo de incendio, y sentarse junto a las nuevas fuentes para sumergir la mano en sus aguas. La conspiración no la había afectado; se había reducido a un círculo que no incluía a la plebe: los aristócratas y los soldados.

Mi personal, compuesto casi exclusivamente por libertos, me era leal y seguía apoyándome. ¡Cuánto me habían criticado por emplear a libertos! Lo

habían hecho los aristócratas, porque los alejaba un paso del poder. Pero ellos no querían hacer este trabajo, no querían rebajarse, según ellos. Y había tenido mucha suerte de que no quisieran, porque si hubiera sido lo bastante idiota para emplearlos, ahora carecería de secretario principal, de secretario de correspondencia en latín y en griego, de secretario de finanzas, de secretario de correspondencia, y así hasta llegar al final de la lista.

Los gastos de la reconstrucción seguían llegando. Pero gracias a la conspiración (si es que se puede estar agradecido por algo así), los patrimonios de los traidores estaban yendo directamente al tesoro imperial. Seguía habiendo déficit, pero no era catastrófico.

La mayoría de los millares de pretorianos me habían sido fieles y los recompensé con una donación de dos mil sestercios por hombre, además de grano gratuito para toda la vida. Naturalmente, esto era muy caro, y era de justicia que se pagara con los patrimonios de los traidores.

Los jardines públicos estaban llenos de paseantes, y la plebe disfrutaba de los terrenos de la Casa de Oro, que las personas implicadas en la conspiración de Pisón tanto habían difamado. Zenodoro no había terminado todavía la estatua, pero la base ya ocupaba su lugar en el jardín exterior. De momento, la gente se sentaba en aquella base lisa y comía al aire libre.

Pero en medio de toda esta calma, de esta recuperación, yo estaba en guardia, como un animal del bosque alerta para detectar cualquier paso en falso. No me habían asesinado, pero habían acabado con mi tranquilidad. ¿Volvería a dormir apaciblemente algún día?

El broche de oro de los juegos neronianos lo ponían las carreras en el Circo Máximo. Una vez más participaría en ellas, y esta vez se supo con mucha antelación. No hubo sorpresas como la última vez, cuando todos mis acompañantes en el palco imperial desconocían mis intenciones secretas. Pero aquellas almas despreocupadas que habían bromeado conmigo sobre el

vino y sobre por qué auriga apostar habían perecido en la conspiración. Estaban todos muertos: Pisón, Laterano, Vestino, Escevino y los dos pretorianos que nos protegían, Subrio y Sulpicio. Que sus cenizas desaprobaran ahora mi carrera.

Se lo dije así mismo a Popea.

—Pareces sentir un rencor pueril —dijo.

—¿Pueril? Lo que intentaron hacerme no era nada pueril.

—Si te vuelves una persona amargada y recelosa habrán matado al hombre que eras antes después de todo.

—Ese hombre ya no está —aseguré. O, más bien, las partes más blandas de mí habían tenido que retroceder y ceder su lugar al tercer Nerón, el duro que no da cuartel. La figura oscura que había visto moverse entre las sombras y me miraba..., ¿acaso yo era él en forma corpórea?

—No, no es verdad —replicó, acariciándome el pelo.

—Está aquí solo para ti. Como un vidente, tú eres la única persona que puede verlo.

—Regresará —aseguró—. Cuando la herida sane.

Desempeñé un buen papel en las dos carreras que corrí. Había alterado la longitud de las riendas de los dos caballos exteriores, con lo que había logrado que pudieran manejarse con mayor delicadeza. El eje del carro era más ancho, lo que le daba más estabilidad en los giros. Llegué el tercero en una carrera y segundo en la otra. Daba igual si nunca quedaba primero; lo que importaba era la destreza a la hora de conducir y el vínculo entre mis caballos y yo. Y la sensación excepcional de correr sobrenaturalmente deprisa.

Los juegos neronianos concluyeron con éxito, y yo estaba satisfecho. La ira y la amargura recubrían la superficie de mi mente pero no penetraban la

parte más profunda de ella, donde mi felicidad con Popea, mi orgullo por la reconstrucción de Roma y por mi Domus Aurea, persistían, intactos e intocables. A menudo, por la noche, me sentaba en silencio con la lámpara encendida mientras ella descansaba con los pies tapados con una ligera manta de lana, y leía y escribía poesía. A veces, cuando no me veía, la miraba y me inundaba un torrente de alegría demasiado caudaloso para contenerlo. Demasiado para resistirlo. Demasiado para que durara.

## XLIII

Una vez concluyeron los juegos, sugerí abandonar Roma un tiempo. Los últimos meses habían sido absorbentes y agobiantes.

—Podemos volver a Pompeya —dijo Popea—. No he estado allí desde que nos casamos.

—¿De vuelta a tu vieja casa, donde me sedujiste? —Lo dije a la ligera, pero en realidad me preguntaba si soportaría regresar a la bahía de Nápoles y ver desde allí la península en la que se encuentra Bayas. Bayas, donde mi madre...

—O al revés —replicó—. Volvamos, va. Quiero volver a verlo todo, ver lo bien que han reparado los daños del terremoto. Y, además, tengo que inspeccionar las viñas.

—¿Donde crecen las vides que producen aquel vino abominable que nos enjaretaste en el circo? —El circo, y la gente del palco que lo bebió...; todos ellos muertos, todos ellos traidores... ¿Todo lo que viera, todo lo que oyera iba a recordármelo hasta el fin de mis días? Ojalá existiera algún instrumento para quitármelo de la cabeza, para extirparlo con la misma precisión con que deshuesamos un melocotón.

—Las mismas. —Sonrió Popea—. Te aseguro que en unos años demostraré lo que valen. Ya lo verás.

—Ya seré viejo. No puedo esperar a catar el vino entonces. ¡La edad me habrá embotado el sentido del gusto!

Partimos menos de una semana después. Pasamos por Nápoles, con la bahía centelleando ante nosotros. Cientos de embarcaciones cabeceaban en el

agua, elevándose y hundiéndose entre las olas cubiertas de espuma. Un viento fuerte procedente del mar nos traía el sabor a sal. Nápoles era mi ciudad favorita por sus costumbres griegas. Además, como escenario de mi primera actuación en público, ocupaba un lugar especial en mi corazón, aunque el teatro se había desplomado justo después en un terremoto.

A lo lejos, el Vesubio proyectaba su sombra púrpura. Nos dirigimos hacia ella; la villa de Popea no estaba realmente en Pompeya, sino más cerca del Vesubio y del agua. Pasamos bajo la sombra de la montaña y recorrimos después la larga carretera hasta la villa. A medida que nos aproximábamos al corazón de sus extensas tierras, recordé el paisaje como pasa con un amigo. La amplia calzada pavimentada hasta la entrada con columnas..., la arboleda de plátanos y los olivares que se extendían hasta el horizonte...; tenía la familiaridad del hogar, aunque no lo era del todo, porque esta era la finca de Popea, y yo la había visitado, titubeante, hacía tres años. Había llegado de noche, me habían recibido solamente unas antorchas encendidas y unos guardias en la puerta, y había accedido a unas habitaciones que me parecieron misteriosas y mágicas, donde ella me estaba esperando.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó—. ¡Qué bien estar en casa! —Como una niña corrió hacia las puertas. Yo la seguí a un ritmo más relajado.

En el interior reinaba la profunda y extraña suspensión del tiempo que se produce en un lugar del que uno ha estado ausente. Esclavos y sirvientes la habían supervisado y, al ser avisados de que su señora volvía, habían abierto estancias que llevaban mucho tiempo cerradas. Pero la falta de presencia se notaba.

Popea dio varias vueltas por el amplio atrio contemplando las motas que bailaban en los rayos de sol que entraban por la abertura del techo del impluvio, ahora vacío.

—No lo han llenado —dijo, decepcionada.

—Espera a que llueva —dije. Recorrimos despacio las habitaciones, todas ellas impecablemente limpias pero con el olor de la falta de uso. Llegamos por fin a la estancia del ala oeste que daba a la bahía y que se situaba en un acantilado a gran altura. Popea abrió las puertas del pórtico para que entrara el viento, que llegaba silbando del mar. Las cortinas danzaban y se retorcían. Salimos y nos quedamos contemplando el agua, cuyo azul penetrante casi nos lastimaba los ojos.

Cuando volvimos dentro y cruzamos la habitación, el fresco de Apolo en Delfos, con el trípode del oráculo, captaron mi atención. De repente fue como si el oráculo hubiera hablado y me hubiera susurrado mentalmente las palabras: «Delfos. El hogar de Apolo. Tienes que ir.»

Me quedé allí clavado mientras ella seguía su camino.

«Delfos. Delfos.»

—¿Por qué te has parado? —preguntó tras volverse con el ceño fruncido.

—Estaba... estaba recordando este fresco, y lo que dijiste sobre él. Que te gustaba mucho Apolo.

—Y dije que tú eras mi Apolo.

—Puro halago, pero me encantó.

—Ya lo sabía. —Sonrió con picardía, y alargó la mano para que me reuniera con ella.

A última hora de la tarde fuimos al pequeño jardín cercado, cuyos frescos de flores y arbustos se fundían con los reales que crecían en su perímetro. Fue aquí donde intercambiamos nuestros votos matrimoniales. «Si tú Cayo, yo Caya.» Me tomó la mano y estuvimos muchos minutos allí.

Después entramos en el triclinio contiguo para cenar; una comida sencilla esa primera noche. Su sirviente de muchos años había preparado sus platos favoritos: melón cantalupo con menta; garbanzos con comino y mújol a la parrilla, y sirvió con mucho tacto un vino que no era el de la finca. Ella le dio



las gracias por recordar lo que más le gustaba y le preguntó si había algún problema en la villa del que quisiera informarla.

—Todo está en orden, Augusta —contestó, sacudiendo la cabeza—. Se han reparado los daños del terremoto, y no ha habido más temblores desde entonces. Fue un suceso único.

—Gracias a todos los dioses por ello —dijo Popea.

Después de cenar estuvimos en la biblioteca, donde tomamos diversos rollos y, tras desenrollarlos, los devolvimos a su lugar. Estábamos demasiado cansados para querer leer a la luz de la lámpara.

Volvió a tomarme la mano como había hecho hacía tres años y me guio por sus dominios.

—Vamos —dijo.

Sabía adónde me llevaba. Enseguida estuvimos ante la puerta de la habitación negra, el lugar donde habíamos dejado a un lado la prudencia y habíamos abrazado nuestra trasgresión, alegre e insolentemente. Ahora no quería mirarla; un lugar que ha sido sagrado puede volverse corriente al volver a verlo. Pero antes de que pudiera detenerla, Popea había abierto la puerta y la oscuridad de aquella seductora cueva del deseo se abría ante nosotros.

Un esclavo entró rápidamente para encender las lámparas y se marchó a toda prisa. Una vez dentro, vi que la habitación seguía siendo sagrada después de todo.

—Te construí una réplica en Roma —dije—. Pero solo puede haber una habitación donde todo comenzó realmente.

La amplia cama estaba hecha, con mantas limpias que olían a campo; estaba claro que había enviado instrucciones con antelación. Se dejó caer en ella y alargó los brazos hacia mí.

—¿Es diferente ahora que estamos casados? —murmuró.

—Sí —respondí—. Nada es nunca igual dos veces. —La besé—. Ni debería serlo.

—No —coincidió—. No queríamos que lo fuera.

Ahora era mi esposa, mi compañera del alma que pronto sería la madre de mi hijo, en lugar de la apasionada desconocida que me atraía por senderos prohibidos. Y era así como quería que fuera.

Desde la primera noche en la habitación negra, habíamos hecho el amor muchas veces, tantas que no habría pensado que pudiera quedar algo nuevo para nosotros. Pero volver al origen de nuestra pasión nos bendijo con un regalo especial de Afrodita, una experiencia singular digna de los propios dioses. En aquel reducido espacio y en aquel breve tiempo, se nos permitió ser dioses nosotros mismos.

La mañana siguiente, extrañamente tímidos, desayunamos en silencio huevos y queso en el jardín interior y después salimos a dar un paseo por el terreno, que era extenso. Me gustó andar, notar el aire fresco en la cara. Cuando llegamos a los jardines formales, los alhelíes y las espuelas de caballero florecían exuberantes, pero no así las rosas, que no estaban en temporada.

—No has visto mi jardín de rosas —dijo—. Te conté que tengo tres variedades, cada una de ellas de un tono diferente de rojo. Tenemos que volver en la época en que florecen.

—Las rosas están consagradas a Afrodita, ¿verdad? —pregunté—. Creo que ayer por la noche estaban en flor. Por eso las vemos ahora marchitas.

—Sí, eso lo explica. —Sonrió.

Hasta que estuvimos en la amplia terraza de piedra con vistas al mar no se

me ocurrieron, todas de golpe, las palabras. Tuve que alzar la voz para que Popea me oyera por encima del estrépito de las olas a nuestros pies.

—Los juegos neronianos no son suficiente. Quiero ir a competir a Grecia.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres decir con eso de Grecia? —preguntó, perpleja.

—He intentado introducir las costumbres de Grecia en Roma, y los juegos neronianos han sido un éxito hasta ahora. Pero la verdadera competición está en Grecia. En Delfos. Y en Olimpia. Y en Nemea. Y en el istmo de Corinto. Ir allí es mi mayor deseo.

Justo entonces una ráfaga de viento le quitó el manto y le enredó el pelo. Lo sujetó y lo alisó de modo que sus pendientes de oro oscilaron hacia atrás y hacia delante.

—Pero... ¿cuánto tiempo te llevaría? No puedes permanecer tanto tiempo fuera de Roma. Después de todo, los juegos no se celebran todos el mismo año. El ciclo completo dura cuatro.

—Ya lo sé. Pero, como tú y otras personas no os cansáis de recordarme, yo soy el emperador. Grecia es una provincia romana, ya que, a pesar de su arte y de su música, no fue rival para nuestro ejército. Puedo pedirles que cambien el orden de las competiciones.

—Ordenárselo, querrás decir.

—Sí, eso es lo que he querido decir.

—¿Y tus obligaciones en Roma? Tiberio perdió el control cuando se retiró a Capri.

—Estuvo fuera once años. Yo solo lo estaré uno.

Se volvió y me abrazó.

—Te atacaron por tu arte —dijo con voz temblorosa debido a las lágrimas—. Boadicea te insultó llamándote tañedor de lira, y también los pretorianos

en la conspiración, y la rivalidad artística convirtió a Lucano y a Petronio en tus enemigos.

—Están muertos. No creo que otros quieran seguir sus pasos.

—Se acabó. No vuelvas a tentar a nadie. No te conviertas en un artista con todas las de la ley y abandones tus deberes en Roma, porque eso dará armas a tus enemigos. Y no digas «¿Qué enemigos?» Siempre hay enemigos nuevos; la reserva es inagotable.

—Tengo que hacerlo —insistí al ver que no lo entendía—. El mismo Apolo... cuando lo vi aquí otra vez, en la habitación, supe que me estaba llamando a hacerlo.

—Los dioses nos atraen a menudo hacia nuestra destrucción. Disfrutan haciéndolo. ¡No lo escuches!

Quise decir: «Es más que un dios; es el dios Sol, y el dios Sol soy yo. Somos el mismo y uno solo. Él no querría hacerme daño. Yo soy él.» Pero jamás podría explicarlo, no podría expresar la experiencia trascendental que había vivido en su carro. De modo que me limité a contestar:

—No sería hasta dentro de un año por lo menos. Necesito tiempo para entrenar, para componer versos y canciones dignos de la competición más fuerte. Porque ahí es donde compiten los mejores: en Grecia.

—Tienes que estar aquí cuando nazca el bebé —dijo con voz temblorosa, aferrada todavía a mí—. No me abandones, ni siquiera por Apolo.

—¿Crees que estaría en ningún otro sitio? Estoy tan feliz y tan esperanzado por este hijo como tú. —La acerqué más a mí—. Estaré contigo.

## XLIV

Estuvimos en la zona de Pompeya hasta que las noches se volvieron demasiado frías para sentarnos fuera tras el ocaso. Las embarcaciones de placer seguían surcando las aguas, pero eran menos; pronto las resguardarían de cara al invierno. Popea visitó a algunos de sus familiares en Pompeya propiamente dicha, y la recibieron con toda la pompa debida a una Augusta, un rango muy superior al que cualquier otro miembro de la familia hubiera soñado.

También visitamos algunas de las demás villas que se repartían por la costa, algunas de ellas tan suntuosas como cualquier palacio. Los aristócratas adinerados, aquellos esnobs que despreciaban mi música, querían lugares espectaculares donde poder recibir e impresionar a sus clientes, y la costa de la bahía era el mejor sitio para ello. Los complejos estaban adornados con estatuas, sus paredes lucían frescos de colores brillantes y costosos, y sus suelos estaban cubiertos de preciosos mosaicos. La mayoría ofrecía también baños, gimnasio y terrenos de ejercicio.

Como recelaba de ellos, porque jamás podría volver a confiar en esa clase, me pareció prudente hacer gestos de amistad, dado que tendría que trabajar con ellos en Roma. Un emperador no tiene que esperar una invitación; la mera insinuación de que le gustaría ir bastaba para obtener una. Disfruté de los días que pasé con ellos, muy a pesar mío, aunque lo consideraba una inversión, y me sirvió para conocer nuevas personas entre las filas de las antiguas, ya desaparecidas. Tendría que empezar de cero o a establecer

nuevas relaciones con los miembros del Senado. ¿Y dónde sería una tarea menos pesada que aquí?

Pasaron de puntillas por el «tema», lo que me parecía bien. No quería comentarlo, que nadie lo sacara. Todavía me dolía, pero la herida sanaría a su tiempo; nada podía apresurarla y, desde luego, no lo haría comentarlo con esos hombres.

Aun así, con sus maneras desenfadadas, fueron una buena medicina. Daba la impresión de que les preocupaba poca cosa aparte de amueblar sus villas, supervisar sus estanques de peces y sus jardines, y asistir a las carreras en el circo. Con cautela, me felicitaron y me hicieron preguntas sobre mis caballos. Se interesaron por la próxima visita oficial del rey de Armenia, Tirídates, y quisieron saber cuándo llegaría. Me eché a reír y dije que solo los dioses lo sabían. Viajaría por la larga ruta terrestre, acompañado de su reina. Les prometí que ofrecería una recepción solemne de bienvenida y una espléndida ceremonia en la que lo coronaría. Y después de eso, dije, cerraría las puertas del templo de Jano.

Era una gran proeza. ¿Pero qué mérito me reconocían los conspiradores en ella? ¿Lo valoraba Séneca? No. ¿Y Fenio? No. ¿O cualquiera de los demás, los infames...? —Me detuve. Tenía que impedir que me consumiera así. Tenía que hacerlo. Me volví y sonreí a mis anfitriones.

De vuelta en Roma, se acercaba el undécimo aniversario de mi ascenso al trono. Los recuerdos de las ceremonias, repletos de imágenes de los traidores que asistieron a ellas el año anterior, malograban la idea de repetir el evento, y decidí dejarlo pasar sin ningún reconocimiento.

Pero Popea se opuso.

—Si renuncias a ello por su culpa, se reirán desde el inframundo —aseguró

—. Tienes mucho de lo que estar orgulloso. El año pasado la Casa de Oro apenas estaba terminada. Ahora casi lo está por completo. Los jardines han arraigado y ofrecen una vista agradable desde la terraza. Los juegos erneronianos fueron un éxito. La reconstrucción de Roma está casi finalizada. Once años de reinado. ¿No es algo digno de festejar?

Me pareció extraño que insistiera en ello, como si de algún modo dijera poco en favor nuestro que no lo hiciéramos. De modo que una vez más se enviaron invitaciones para celebrar el ascenso al trono. Se incluyó a todo el Senado, a los servidores públicos y, en esta ocasión, a los libertos de cierto rango. Sí, que vinieran Faón, Epafrodito, e incluso esclavos importantes como Esporo. E invité a la plebe a pasear por los jardines inferiores y a servirse comida de las largas mesas de caballete que habría dispuesto. Vino gratis para todos.

Hacía un bonito día, cubierto de un suave brillo dorado. El calor del valle bañado por el sol ascendía y nos envolvía mientras esperábamos para dar la bienvenida a la gente. Advertí a Popea que no hacía falta que estuviera allí todo el rato y que se acostara cuando lo creyera necesario. Afirmó, sin embargo, que se sentía bien, y que no había vuelto a sufrir la debilidad que la había atormentado la última vez.

Estaba maravillosamente hermosa, con una estola azul cielo con unos ligeros pliegues que disimulaban su aumento de talla. Su rica cabellera, besada por los rayos rojizos del sol, brillaba como el bronce. Alargó las manos hacia mí, y jamás olvidaré su cara cuando lo hizo, iluminada por el sol, con un toque de color.

Los invitados llegaron deprisa. Una oleada de togas blancas, de estelas del color de los jardines en verano y de mantos bordados cubría la terraza. Las impacientes cabezas se movieron en medio del mar de gente, dirigidas hacia nosotros para saludarnos de manera exagerada.

—César, deja que te bese la mano con humildad...

—Augusta, me deslumbra tu belleza...

—Este honor es demasiado...

—No puedo respirar el aire elevado que te rodea...

Y así hasta el infinito. Eran los rostros de los senadores que no habían participado en la conspiración, aunque nadie podía saber qué pensaban en el fondo, y que habían propuesto ofrecerme honores excesivos, como construir un templo a mi divinidad. Eran mi nueva realidad, y tendría que conocerlos, pero mi capacidad de confiar en ellos estaba agotada.

Faón y Epafrodito se mantuvieron en un segundo plano, y cuando terminé de saludar a los empalagosos políticos, pude hablar con ellos.

—Perdónanos si no nos arrodillamos, César —se disculpó Epafrodito con una sonrisa en su ancha cara y la mirada puesta en el gentío. Faón asintió.

—Sabéis demasiado —dije—. ¿Cómo vais a arrodillaros ante la misma persona con quien habéis hablado sobre letrinas?

Tigelino se reunió con nosotros, acompañado de Ninfidio.

—Una multitud excelente —comentó—. Purgada de su podredumbre. —  
Miró con suficiencia a su alrededor.

Ninfidio se acercó más a mí.

—Es un honor trabajar con Tigelino en este cargo —dijo.

Lo miré. ¿Se parecía a Calígula, su supuesto padre? Como Calígula, tenía una cara triangular y adusta, y los ojos pequeños.

—Te doy la bienvenida como prefecto del pretorio —dije—. Has demostrado tus habilidades al dirigir la lucha contra incendios.

Sonrió forzosamente, como Calígula, cuyas sonrisas eran peligrosas. Quizá los rumores fueran ciertos. En cualquier caso, trabajaría bien con Tigelino. No habría rivalidad entre ellos; estaban cortados por el mismo patrón. Un patrón que podría usar para diseñar lo que quisiera.



Tenía que ofrecer una bienvenida solemne, de modo que me situé en el centro de la terraza; Tigelino y Ninfidio dieron unas palmadas para pedir silencio.

En el pasado había escrito mis pensamientos, o los había practicado por lo menos. Ahora simplemente diría lo que se me ocurriera.

—Os doy la bienvenida aquí para compartir conmigo el aniversario de mi ascenso al trono. Hace once años salí del palacio en el Palatino como príncipe y regresé a él como emperador. En estos años se han conseguido muchas cosas. Pero en estos años han pasado muchas cosas que han supuesto un reto para nosotros. No solo una rebelión en la provincia de Britania y la agitación en Armenia y en Partia, sino también la destrucción de nuestra amada ciudad debido a un incendio como jamás se ha visto otro.

«Y una vil conspiración, cuyo objeto era asesinarme como un buey expiatorio ante vuestros ojos», pensé.

Estaban callados, mirándome con semblante benevolente.

—Pero hemos superado todos estos infortunios. Britania está tomada, pacificada. La cuestión armenia se ha solucionado definitivamente, al aceptar el rey reconocer a Roma como su fuente de poder. En estos momentos, Tirídates acaba de partir hacia aquí para recibir de mis manos su diadema. Cuando eso suceda, podré cerrar las puertas del templo de Jano, algo que rara vez se hace. De hecho, el último en hacerlo fue el divino Augusto hace casi setenta años, y solo se han cerrado seis veces a lo largo de nuestra historia.

Asentían y sonreían.

—Y se ha reconstruido Roma. Sí, lo que veis a vuestro alrededor es el regalo que os hacemos. Una ciudad esplendorosa, inspirada en nuevas ideas arquitectónicas, un parque para el pueblo en medio de la ciudad, y este pabellón y sus jardines, que sirven de centro para el arte y la belleza.

Asintieron de nuevo, como si la Casa de Oro y el gasto que suponía no

hubieran sido motivo de una virulenta oposición. Y como si la mayoría del coste de la reconstrucción de Roma no hubiera procedido de los patrimonios confiscados a los traidores.

—¡Y ahora os invito a comer conmigo en la Casa de Oro! —Los esclavos abrieron las puertas que daban a la sala de visitas, preparada con montones de comida dispuestos en largas mesas, hileras y más hileras de ánforas con vino suficiente para proveer al ejército de Agamenón, el suelo cubierto de pétalos de rosa, músicos, y unos altos lampadarios de bronce en los que brillaban infinidad de lámparas.

Crucé las puertas, y los reunidos entraron detrás de mí hasta llenar todos los rincones de la sala. Se abalanzaron sobre la comida como lobos hambrientos, ávidos de saborear lo que habían supuesto que serían alimentos caros importados, normalmente fuera de su alcance. Estaban en lo cierto; había ordenado jabalí de Lucania, queso curado de Bitinia, y montones de erizos de mar de Lusitania, además de los habituales caracoles engordados con leche de Cerdeña y anchoas de las aguas de Hispania. Había incluso jarras de esa exótica bebida bárbara llamada «cerveza», para los realmente aventureros. Que comieran bien y bebieran mucho. Celebrábamos el resurgimiento de Roma y el fin de los problemas.

Pasaba la medianoche cuando los últimos celebrantes se marcharon y nos dejaron con el suelo cubierto de pétalos de rosa aplastados, comida caída y vino derramado. Los esclavos empezaron a quitar las mesas y a barrer y limpiar el suelo, pero les ordené que lo hicieran más tarde para que nos dejaran solos.

—Te dije que era lo que había que hacer —comentó Popea, que recostó la cabeza en mi hombro.

—Sin duda —coincidí—. Tenías razón, como de costumbre. —Le di un beso en lo alto de la cabeza.

Había sido un éxito. Estaba eufórico por lo bien que había ido. Tan entusiasmado estaba que me parecía que el suelo palpitaba bajo mis pies de modo que las piezas del mosaico asomaban entre los pétalos de rosa, y los charcos de vino centelleaban.

Hice que Popea se volviera hacia mí y le tomé las manos.

—Soy el más feliz de los mortales —aseguré. Presa del deseo de moverme, de expresar mi exaltación, la hice girar describiendo un círculo, como aquella otra vez que tiramos un jarrón al suelo. En esta ocasión, sus piernas se elevaron más y la hice girar más deprisa mientras ella chillaba de placer, feliz con la ingravidez. Más y más deprisa, hasta que me resbalé, perdí el equilibrio y ella salió disparada por el aire y golpeó uno de los lampadarios, que cayó al suelo. Yo también me caí, y aterricé sobre ella, de modo que quedó aplastada entre el lampadario y mi cuerpo.

Gimió, y rodé para liberarla. Bajo la tenue luz vi que tenía la cabeza inclinada hacia atrás de forma poco natural, y las piernas retorcidas. Gateé hacia ella para intentar verla mejor.

Dije su nombre. Grité su nombre. Pero no respondió. Me senté y le apoyé la cabeza en mi regazo, acariciándole frenéticamente el pelo. Separó los labios y gimió, intentando formar palabras.

—Me... caí... —susurró.

—No ha pasado nada...; estás bien...

—Débil... no puedo... levantarme...

—No ha pasado nada, todo irá bien —repetí. Había abierto los ojos. Estaba hablando. Todo iría bien.

Pero entonces bajé la vista y vi una mancha oscura, que no presagiaba nada bueno, extendiéndose más o menos bajo sus caderas. Una oleada de terror me

recorrió el cuerpo. Sin apartar los ojos de ella, acerqué una mano hacia la sombra y se me quedó manchada de sangre.

No iba a gritar. No, no lo haría. Eso la asustaría.

—Deja que te levante del suelo —dije, conteniéndome, pues, al máximo. La cargué en brazos, muy consciente de que tenía que ir con cuidado de no perder pie, algo más difícil ahora que llevaba peso.

Estábamos muy cerca de la habitación de Héctor, y sabía que había en ella un catre que habían usado los pintores. Así que, muy despacio, la llevé hasta ahí y la acosté. Cuando lo hice, ella hizo una mueca y se quejó.

Había un lampadario encendido en la estancia, suficiente para que pudiéramos ver. Contemplé impotente cómo la mancha aparecía de nuevo a su alrededor y empezaba a gotear del catre hacia el suelo. Tenía que avisar a alguien, pero no me atrevía a dejarla sola. Le tomé las manos. Estaban frías.

—Popea, necesitamos ayuda. Tengo que avisar a alguien. Tengo que encontrar a algún esclavo; están en alguna parte, aunque no cerca. —Le apreté las manos, apremiándolas a que me devolvieran el gesto, infundiéndoles fuerza.

—No... no me dejes... —pidió en voz baja.

—¡Tengo que hacerlo para pedir ayuda!

—Quédate conmigo, no me dejes —repitió—. ¡Por favor!

Así que me arrodillé a su lado, murmurándole palabras tranquilizadoras, viendo todo el rato cómo la sangre se extendía hasta llegar a donde yo estaba arrodillado.

A pesar de ello, Popea pareció recuperar fuerzas, lo que atenuó mi sensación de peligro.

—Te lo dije... Te dije que no podía darte un hijo, que tendrías que divorciarte de mí... y ahora esto...

—¡No pienses en ello! —exclamé—. Te pondrás bien, con hijo o sin él.

—No... —Sonrió—. Recuerda que dije... que deseaba morir antes de perder mi belleza. Quería... morir hermosa.

—No —dije, aunque lo recordaba—. Es un deseo absurdo. Siempre serás hermosa para mí.

—Mi deseo ha sido concedido —insistió—. Lo... noto.

—¡No, no! —grité—. Te equivocas.

—Querido Nerón —dijo mirándome a los ojos—. Siempre te ha costado... ver la realidad. Vives en el entonces y en el quizá... No en el aquí y ahora.

—Te estoy viendo aquí, ahora.

—No... por mucho rato. Abrázame.

Me incliné hacia ella y la estreché entre mis brazos sin incorporarla.

—Si tú... Cayo, yo... Caya —dijo—. Recuérdalo... cuando ya no esté. Siempre seré... tu Caya. —Volvía a fallarle la voz. La moví con cuidado para que la recuperara.

—Y yo tu Cayo —susurré.

Se volvió para mirar la pared de enfrente.

—Si puedo, volveré... como Protesilao... hizo con Laodamia...; bueno... pedí esa... historia...

—¡No dejaré que te vayas!

—Tres horas..., tendremos tres horas...

Tres horas. ¿Qué eran tres horas comparado con todas las que habríamos tenido?

Cerró los ojos como si se durmiera. Su mano, en la mía, perdió toda su fuerza. Me separé de ella, la dejé sola y recorrí las habitaciones conectadas de palacio, llamando a alguien a gritos.

Encontré un grupo de esclavos en el jardín del peristilo, lejos de la habitación de Hércules.

—¡Una comadrona! ¡Una comadrona! —chillé, frenético, sin saber apenas

lo que decía, solo que tenía que explicarme para que pudieran ayudarme. Pero las palabras me eludían; soltaba incoherencias. Inspiré hondo y meforcé—. Necesito una comadrona. Un médico. Alguien con conocimientos médicos. ¡Deprisa, id a buscarla o a buscarlo, o a buscarlos a ambos! Llevadlos a la habitación de Héctor. La Augusta está allí.

Tras un instante de desconcierto, los esclavos pasaron a la acción y se dispersaron.

Volví corriendo a la habitación de Héctor, donde Popea seguía igual. Alejado de la cama, desde la distancia, pude ver la cantidad de sangre del suelo. ¿Podría sobrevivir alguien a semejante hemorragia?

Me arrodillé junto a ella sobre la pegajosa sangre. Popea estaba pálida y tenía las manos frías. Sus labios lucían un tono azulado.

—Háblame —pedí, apremiándola a hacerlo, ordenándoselo.

Me sonrió levemente.

—Adiós..., amor mío —susurró entonces—. Deja... que la tierra... me cubra suavemente... Ahora descanso... entre los muertos... siendo todavía joven...

Era inútil. Tenía que dejarla partir, en lugar de irritar a su espíritu reteniéndolo.

—Los dioses te han concedido el deseo —dije.

No hubo respuesta, y se alejó de mí a pesar de que la abrazaba.

—Ahora eres una diosa —aseguré, tocándole la cara. Se reuniría con Claudia. ¿Pero qué consuelo es este para los que nos quedamos atrás?

Mientras esperaba a que llegaran la comadrona o el médico, ahora inútiles, temblé. Lo había hecho yo. Le había sujetado las manos, la había hecho girar, me había resbalado y había provocado aquello. Era temerario y torpe. Había roto la vasija más preciosa del mundo, no adrede, como Petronio había aplastado las copas de murra, sino sin pensar, como un tonto. Persia tenía

muchas rocas de las que podrían obtenerse más copas, pero en ningún lugar del mundo había los medios para crear otra Popea.

## XLV

Me senté junto a ella, viendo cómo se sumía en la quietud, en aquella quietud que ningún ser vivo podía alcanzar. Sus rasgos palidecieron y la mano que sujetaba se enfrió aún más. La mecí, como si pudiera transmitirle mi calor, como si pudiera infundirle de nuevo la vida. Pero siguió enfriándose.

La sangre se coaguló en el suelo y se volvió oscura. No podía pensar, apenas podía sentir, como si un rayo me hubiera cruzado la mente y solo hubiera dejado dolor y confusión en ella. La luz de la lámpara parpadeaba en la pared y confería un tono amarillo a los frescos. Héctor y Andrómaca. Protesilao y Ladoamia. Un pesar de antaño, sellado en el tiempo, conservado con belleza en versos célebres, vuelto viejo e impotente. No agudo, reciente y sangrante. Y yo había provocado eso. Si no hubiera sentido tanta alegría, no la habría hecho girar. Pero no, ya la había hecho girar antes sin el menor contratiempo. Sí, pero entonces no perdí el equilibrio. Pero esta vez el suelo estaba resbaladizo, y si hubiera dejado que los esclavos lo limpiaran...

Pero... pero... pero..., mil peros, mil síes, mil otras formas en las que podría haber acabado todo, y ahora no estaría contemplado a Popea sin vida. Pero solo había acabado de una forma. De esta forma. De esta forma horrible, fatal, final. Sin restitución de los dioses, a pesar de los relatos que nos encanta oír.

Un atisbo de luz del sol iluminaba la habitación y atenuaba la luz de la lámpara cuando aparecieron dos comadronas y Andrómaco, junto con varios esclavos. Se asomaron a la estancia, aprensivos y vacilantes, portando paños



y cuencos. Entonces la comadrona de más edad se acercó, seguida de los demás.

—¿Puedo verla más de cerca? —preguntó.

—Sí —respondí. Pero salí de la estancia. No podía soportar mirar, ver cómo la examinaban. Aguardé en la habitación de al lado, oyendo cómo murmuraban, oyendo cómo el catre arañaba el suelo cuando lo corrieron.

Andrómaco vino a buscarme.

—Ya hemos terminado, César —dijo—. Ven.

Volvimos a la habitación. Habían apartado a Popea del suelo ensangrentado y la habían cubierto con una sábana de lino limpia. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

—Murió desangrada —indicó Andrómaco.

Solo un ciego no lo habría visto.

—La lesión en el abdomen provocó que el bebé se desplazara, de repente, y quedara arrancado del útero. Cuando esto ocurre, la pérdida de sangre es tan catastrófica que la madre muere, y normalmente el bebé también —explicó la comadrona, más experta en esta área que Andrómaco.

«Lo he hecho yo, lo he hecho yo.»

—Debo decirte que a veces esto ocurre sin motivo aparente. Sin lesiones, sin previo aviso. Es algo repentino. Y la Augusta ha tenido problemas para dar a luz. De modo que puede que fuera propensa a ello.

«Sí, pero yo lo he provocado.»

—El bebé también ha muerto —añadió Andrómaco, señalando un bulto, envuelto en otra sábana—. Todavía era demasiado pequeño para sobrevivir.

No quería desmoronarme ante ellos, pero no podía evitarlo. Hice un gesto para que salieran de la habitación y se marcharan, y me eché a llorar.

Se habían ido. Todos se habían ido, excepto Popea, que yacía serenamente en el catre con las manos, finas y pálidas, juntas. Muerta poseía una belleza

distinta: con una quietud y una perfección absolutas. Una belleza que no podía cambiar. Una belleza que era inmortal.

Cuando ya era pleno día, Epafrodito apareció por la puerta. Entró sin decir nada y se quedó mirando la figura del catre. Se volvió hacia mí y, olvidando el protocolo, me tocó el hombro. Su gesto silencioso me hizo llorar de nuevo.

—César, tenemos que... hacer preparativos —dijo—. Para la Augusta...

—¿Preparativos? —No lo entendía.

—El funeral.

El funeral. Sí, tenía que haber un funeral.

—¿Ordeno que lo preparen todo para incinerarla?

—¡No!

—La transportaremos con el máximo respeto y cuidado.

«A la pira funeraria —pensé—. La depositarán en una pira y le prenderán fuego. Crepitará, se consumirá y se ennegrecerá.»

—¡No! ¡Nada de incinerarla! ¡No dejaré que acabe destruida!

—Pero, César, es un rito necesario. El rito tradicional romano.

—No lo fue para mi hija y no lo será para la Augusta. Será embalsamada.

Todavía no me había permitido a mí mismo dejar atrás el ahora, el abrumador ahora, para adentrarme en el mundo de lo siguiente, el mundo de los detalles prácticos y de lo que había que hacer con el cadáver de la Augusta. Pero al instante supe que tenía que ser embalsamada, conservada, no destruida.

—¿Embalsamada? —Suspiró—. Pero las especias necesarias para un adulto, en cuanto a cantidad, son muy distintas que para un bebé.

—¿No soy el emperador? —grité—. ¿No está en mi poder conseguir una montaña de especias? Obtenlas, obtenlas, manda llamar a todos los mercaderes que comercian con Arabia, ¡pero obtenlas!

Desconcertado, retrocedió, haciendo reverencias, y se marchó a toda

velocidad, de modo que me dejó de nuevo solo con Popea.

Me arrodillé a su lado.

—No dejaré que te lastimen. Deseabas que tu belleza jamás se desvaneciera, y te prometo que no lo hará.

Al final, me convencieron para que saliera de la habitación y regresara al palacio inferior, y los sirvientes llevaron a Popea en una litera cerrada al lugar donde sería preparada para la eternidad.

Una vez en el palacio, me sentí abandonado y perdido. ¿Cómo era posible que todo aquello permaneciera intacto? ¿Cómo podían seguir sus cojines tal como estaban, y las mesas redondas fueran ajenas a la pérdida? Eran seres inanimados, y los odiaba por ello, odiaba su inmunidad a nuestra mortalidad. Las cosas se oxidaban, se pudrían, se desintegraban y finalmente se convertían en polvo, pero no eran conscientes de ello y los demás elementos del mobiliario no lloraban su pérdida. Di un puntapié a la mesita donde solía haber una jarra de zumo y la rompí. Después me volví hacia la mesa vecina y dije:

—Te da igual, ¿verdad? ¡No la echarás de menos! —Quería vengarme de los muebles por lo protegidos que estaban frente a las pérdidas y las preocupaciones. Quería vengarme de todo lo que no sufría por la muerte de Popea.

Después, la rabia fue sustituida por un embotamiento, una debilidad que la coraza de la ira había mantenido a raya. El dolor y la pena se apoderaron de mí como unos dedos que me sujetaban y me estrujaban hasta dejarme sin aliento. Me eché en la cama y yací inmóvil todo el día, sintiéndome muerto. Tal vez lo estuviera.

Finalmente, mis sirvientes más cercanos entraron de puntillas.

—César —dijo uno—. Te hemos traído comida. Tienes que comer.

La luz se desvanecía. Estaba casi oscuro. La primera noche entera sin

Popea estaba a punto de empezar. El primer día entero sin ella había pasado.

«No puedo vivir sin ti. No puedo sobrevivir sin ti.» Había dicho eso. Pero ahora tendría que hacerlo. Y no sabía cómo iba a ser capaz.

Cuando los embalsamadores terminaron su tarea y depositaron a Popea en su ataúd, me llamaron. La miré y era como si todavía estuviera viva, lo que me resultó doloroso.

«¿Cómo es posible? Me atormenta más que si los embalsamadores lo hubieran hecho mal. Entonces vería que ya no estás aquí. Así, en cambio, creo que deberías moverte, levantarte. Espero que lo hagas y no lo haces», pensé.

—Gracias —dije, asintiendo, y añadí—: Gracias por vuestra destreza.

Estaba de nuevo a solas con ella, y lo único que quedaba por hacer era cerrar la tapa y despedirme de ella en este mundo. Le dirigí una última larga mirada y lo hice. Y resistí la tentación de volver a levantar la tapa para mirarla una vez más.

Iba a tener un funeral de Estado, con las andas descansando en la Rostra, donde me dirigiría a la gente en el Foro. Era un día nublado, y caía una ligera llovizna. Estaba flanqueado por miembros de las cuatro órdenes de sacerdotes del Estado, además de por un cordón de magistrados, pretorianos y miembros destacados del Senado. Me tapaban a Popea, que descansaba donde todo el mundo podía verla; todo el mundo excepto yo. Yo ya me había despedido de ella.

Observé la multitud, vestida con colores apagados y la cabeza cubierta en señal de duelo. Esperando. Esperando para ver qué diría el emperador.

¿Cuántas veces había vivido aquello? Pero ahora, apenas sabía qué decir. El emperador no encontraba las palabras. Pero tenía que haber palabras.

Indiqué a los acólitos de los sacerdotes que encendieran el incienso, amontonado a ambos lados de la Rostra. Unas nubes de humo ascendieron por el aire emitiendo una voluptuosa fragancia de mirra y de casia que nos envolvió y se fue volando hacia el Foro.

—Hoy solo hay un doliente: Vuestro emperador. Mi pérdida y mi duelo son tan inmensos que ni un ejército de plañideros podría igualarlos. He perdido a la Augusta, mi amada esposa. Era una mujer de una incomparable belleza, bondadosa, inteligente. Ingeniosa y compasiva. Y era la madre de Diva Claudia Augusta, que está en el lecho de los inmortales. Ahora ocupa su lugar en ese lecho junto a ella como una diosa por derecho propio, Diva Popea Augusta.

La gente empezó a gemir y a lamentarse, como era costumbre en los funerales. El sonido fue en aumento y resonó por los edificios del Foro.

—Será sepultada, intacta, en el túmulo de la *gens* Julia, donde yace nuestra hija. Ella también tendrá un lugar sagrado dedicado a su divinidad, como Diva Claudia. Yo encabezaré el cortejo.

Caminé bajo la inhóspita llovizna detrás del ataúd cerrado de Popea cargado en una litera real y seguido de sacerdotes que se balanceaban y de plañideros que canturreaban. Una larga fila de dolientes serpenteaba por el Foro y llegaba hasta el Campo de Marte. El túmulo, un imponente montículo alto donde descansaban las cenizas del mismísimo Julio César, tenía dos puertas de bronce que nos esperaban abiertas. Me quedé en el umbral mientras entraban a Popea para dejarla en el lugar al que yo no podría seguirla.

## XLVI

La vida continúa, dicen. Pero ¿cómo? Me pasé días sin salir de mi habitación, pero ella seguía allí. Todo lo que ella había mirado o tocado permanecía en la estancia, burlándose de mí. Notaba su presencia, pero cuando me volvía para verla, había desaparecido. Los sirvientes entraban y salían en silencio para traer comida y llevársela después, intacta.

Los filósofos estoicos argüirían que mi locura consistía en tomar cariño a algo terrenal. Uno de ellos había llegado hasta extremo de afirmar que cuando abrazaba a su esposa siempre era consciente de su esqueleto y de que tan solo era un pedazo de carne que se acabaría descomponiendo. Si podemos guardar las distancias con todo lo que perece, no nos duele cuando nos deja.

Pero eso no es vivir. No encontraba ningún consuelo en la filosofía, ni en las formas inteligentes de replantear los hechos para intentar alterarlos. Los poetas sabían más que todos los filósofos juntos, y me ofrecían el único consuelo que pude encontrar, aunque seguía siendo escaso. Homero dijo:

*La vida del hombre es como la hoja de un árbol, que dura un verano.*

Y Arquíloco dijo:

*Ahora no deseo poesía ni alegría,  
porque ni llorando remediaré nada  
ni lo empeoraré dándome a los manjares y al placer.*

Y tenía razón. Pero Safo era la única que lo comprendía realmente:

*La luna y las Pléyades  
se han puesto. Es medianoche,  
y el tiempo pasa.  
Estoy en la cama, sola.*

Y así pasaron los días y las noches.

Como, tal como afirmó el poeta, no me sentía mejor ni peor hiciera lo que hiciera, al final volví a mis obligaciones, firmando documentos, reuniéndome con el Consejo Imperial, consultando a mis verdaderos consejeros: Tigelino, Ninfidio, Epafrodito y Faón. Con ellos, y solamente con ellos, podía hablar con libertad, sin vigilar cada palabra que decía.

Además de estas obligaciones oficiales, había la melancólica de disponer de todo lo de Popea: sus sirvientes, sus esclavos, sus posesiones. Había incluso la cuestión de qué había que hacer con las cuabras en las que tenía las burras de las que obtenía la leche con la que se bañaba. Visité sus dependencias y supervisé los objetos: la lujosa cama, los lechos y las mesas decoradas con marfil, la serie de ungüentos y perfumes costosos en sus frasquitos de cuello esbelto hechos de alabastro y de delicado cristal. Y las joyas. Tomé el colgante que había encargado para ella, aquel collar de oro con nueve piedras celestiales que Popea llevaba puesto el último día antes de la noche en que todo cambió, cuando Roma se incendió. Lo conservaría y recordaría su alegría al ponérselo. En cuanto a lo demás, se vendería y el dinero sería depositado en el tesoro imperial.

No teníamos ningún hijo para el que guardar estas cosas, y conservarlas sería un constante recordatorio doloroso de ello.

Los esclavos y los sirvientes irían a otras casas, pero quise quedarme con los músicos y con Esporo. Su asombroso parecido con Popea implicaba que despedirlo fuera, de algún modo, perderla de nuevo. La primera vez que volví a verlo fue doloroso y reconfortante a la vez. Hacía mucho había dicho:

«Ahora sé dónde encontrar otra Popea si la necesito.» Y ella había contestado: «Espero que eso nunca pase. Que necesites otra Popea.» Había sido fácil reírse y bromear al respecto entonces. Le había concedido la libertad como regalo en recuerdo de Popea, pero eligió quedarse en el palacio, lo más cerca que podía estar de ella en esta vida.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera regresar a la Casa de Oro, tiempo atrás mi alegría y mi tesoro, cuya majestuosa belleza se veía ahora empañada por la pena de aquella noche. Fui a la habitación de Héctor, donde vi que habían cambiado las piezas del mosaico del suelo, seguramente porque las manchas de su sangre habían dañado permanentemente el original. La imagen que reproducía la tragedia de Protesilao y Laodamia para la eternidad me miraba con desdén. Ordené que pintaran otra cosa encima, pero cambié de opinión al darme cuenta de que era lo último que ella había visto, y que lo había encargado especialmente, por lo que destruirlo sería ir en contra de sus deseos. Pero nunca quise volver a verlo. Que las generaciones futuras lo admiraran. Nunca pondría el pie otra vez en aquella estancia, así que ordené que la cerraran.

¿Pero habría generaciones futuras para verlo? ¿Qué había de la espantosa profecía de mi sueño? «No quedará en pie ni una sola piedra, ni nada de lo que aprecias.»

¿Tenía algún sentido, pues, luchar contra las Parcas, contra el olvido?

Tigelino vino a verme un día para añadir otra burla a mi pérdida.

—Otro rumor malicioso —dijo, dejando un papel delante de mí. Lo miré con desgana.

—Dímelo sin más —pedí. ¿Qué pasaría ahora?

Fue realmente reacio a hablar. Pero era el encargado de descubrir todos los



peligros y secretos ocultos en Roma.

—Hay quien dice que tú provocaste la muerte de la emperatriz.

Yo, más que nadie, me acusaba a mí mismo de ello. Pero solo el médico, las comadronas y yo sabíamos lo que había pasado realmente; ni siquiera Tigelino lo sabía.

—¿Qué dicen?

—Que te regañó por volver tarde a casa de las carreras, y que en un arranque de ira le diste un puntapié a pesar de que estaba embarazada.

Suspiré. ¡Qué imaginación más perversa!

—No hubo carreras, no regresé tarde a casa de ningún sitio, y yo no golpeo ni doy puntapiés a la gente. —Jamás había golpeado a nadie en mi vida. Pero no era Tigelino a quien tenía que convencer.

—Ya lo sé, César —aseguró—. ¿Pero cómo vamos a rebatirlo?

Había aprendido la lección después del incendio. Era casi imposible sofocar un rumor que estaba decidido a propagarse.

—No podemos —dije—. Solo Popea podría rebatirlo. —Ya no me importaba. Estaba harto de las acusaciones y los rumores injustos. Que se propagaran, que se extinguieran. Pero su injusticia me dolía en el alma.

## XLVII

### ACTEA

Como todos los demás, oí hablar de la muerte de Popea y de la responsabilidad de Nerón en ella. Sí, incluso en Velitres, o tal vez especialmente en Velitres, porque cuanto más lejos está un sitio del origen de una historia, más cambia esta a medida que el relato circula. Lo había regañado por llegar tarde a casa y él le había dado un puntapié, según se decía.

Podía creer sin problemas que ella lo regañara. Era imperiosa y exigente, como averigüé personalmente por la forma en que me mandó llamar y por sus palabras mordaces. Pero no podía creer que él le hiciera daño a ella ni a nadie atacándolo. Era capaz de atacar a la gente, pero solo desde la distancia, con órdenes de arresto, y solo a los enemigos que antes habían intentado atacarlo a él. Y no tenía ninguna duda de que la amaba, de que la quería con locura.

Lloré por su pérdida; ¿qué haría ahora, sin ella? Ella y Tigelino habían sido sus compañeros y sus consejeros más íntimos. Ahora solo quedaba Tigelino. Todos los personajes políticos que habían llenado el escenario al principio de que él y yo estuviéramos juntos ya no estaban, habían desaparecido: Agripina, Séneca, Burro, Octavia, Británico, y ahora Popea.

Solo él y yo seguíamos vivos. Se me hacía extraño. Esperaba que resistiéramos y viviéramos.

Asistí al funeral de Estado, mezclada entre la gente, ante la Rostra. ¿Por qué fui? Es difícil contestar a eso, incluso a mí misma. No puedo sino

preguntármelo. ¿Es porque todavía quiero compartir su vida, aunque sea en un segundo plano? ¿Es porque quiero protegerlo, ahora más que nunca? ¿O simplemente quería volver a verlo, aunque fuera de lejos? Era extraño no saberlo ni yo misma.

Hacía frío, viento y lloviznaba. Los poetas dirían que el cielo lloraba. La plebe diría que tenía que acordarse de ponerse un sombrero. Un gentío enorme se había congregado en el Foro, testimonio de su popularidad entre la gente.

La Rostra estaba llena de oficiales, de pie tras las andas donde reposaba Popea. Estaba pálida y delgada, rodeada de ramas de mirto, con el cabello color ámbar alrededor de los hombros. Dos enormes incensarios flanqueaban las andas, y cuando los encendieron emitieron un humo denso que envolvió casi por completo la Rostra.

Entonces apareció él, vestido con una toga de luto de color oscuro, y empezó a hablar. Al principio, su voz era tan baja que apenas podía oírlo, pero poco a poco fue cobrando fuerza. Habló de ella en los términos más elogiosos, pero mientras enumeraba todas sus cualidades, prometía erigirle un lugar sagrado y la declaraba divina, yo sabía, notaba, que deseaba echarse a llorar y a gritar al cielo en lugar de hacer aquel discurso comedido y tranquilo.

Estaba desmejorado, y aparentaba muchos más de los veintisiete años que tenía. ¿Dónde estaba el muchacho que yo había conocido?

Una vez acabó el discurso, había que trasladar las andas al lugar de la incineración. Cerraron reverentemente el ataúd y descendieron de la Rostra. Nerón empezó a seguirlo. Detrás de él iban todos los oficiales y, después, el resto de la gente.

Pasó ante mí pero no me vio; tenía los ojos puestos en el ataúd, que se balanceaba delante de él. Esperé y lo seguí a cierta distancia. Serpenteamos

por el Foro y después hacia el Campo de Marte. Pero no nos detuvimos en el Campo donde se encontraba el lugar de incineración que se usaba tradicionalmente. Seguimos andando, y a mi alrededor la gente murmuraba, desconcertada.

—No va a incinerarla —dijo alguien—. La ha embalsamado. Va a ir directamente al túmulo de los Julia.

—¿Sin incinerarla? ¡Eso no es nada romano! —exclamó un hombre a mi lado.

—Es extranjero, ¡como los egipcios! —murmuró una mujer.

—Le gustan las cosas extranjeras. ¿Qué me decís de esos juegos griegos? —dijo el hombre.

—¡Pero embalsamarla! —dijo un chico alarmado, como si fuera algo perverso.

—Tiene que haber costado una fortuna. Con todas esas especias importadas. Y el incienso de la Rostra... ¡un año de trabajo! —soltó un anciano, que cojeaba con un bastón.

Pero recordé, aunque ellos no lo hicieran, que ya había hecho lo mismo con su hija Claudia. Quizá simplemente no soportaba la idea de que los quemaran. O quizá simplemente quería creer que dormían en lugar de que habían dejado de existir.

El túmulo se elevaba ante nosotros; un gran montículo que se había erigido sobre la única hija del César en su sarcófago, sobre el mismo César después, y que albergaba el cuerpo embalsamado de Druso, el primer Germánico. Nerón no era el primero en Roma que ordenaba embalsamar a alguien.

Hubo unas breves plegarias ante las puertas abiertas que daban al oscuro interior, y Nerón tocó su ataúd antes de hacer un gesto con la cabeza para que lo trasladaran dentro.

Se volvió, sin verme a pesar de que yo estaba cerca. Aunque lo cierto es

que, incluso sin estar afligido, tenía mala vista. Una vez me había dado una esmeralda que usaba para mejorar su vista en las carreras. Todavía la tenía; descansaba en una mesa de mi despacho a modo de doloroso recordatorio de lo vulnerable que hasta un emperador puede ser.

## XLVIII

### NERÓN

Tenía que elegir un sitio para el lugar sagrado de Popea. El Senado había votado formalmente su deificación, pero era cosa mía encontrar el lugar adecuado para su templo. Una tarea que la mantendría algún tiempo a mi lado.

¿Estaría en Roma? Fue emperatriz aquí y aquí descansaba. Pero que exclamara «¡Qué bien estar en casa!» cuando regresamos al área de Nápoles significaba que su corazón estaba allí, y es allí donde ella querría su lugar sagrado. Nápoles era también un hogar espiritual para mí, en el sentido de que su temperamento era griego, no romano.

Elegí un sitio en una colina que daba a la brillante bahía y desde donde se vislumbraba su villa. Diseñaría el templo, y cuando estuviera terminado le diría: «Vuelve a casa.»

La melancólica tarea de sepultarla ya había terminado, lo que era triste en sí. Porque en los rituales del duelo, al sepultar a nuestros seres queridos fallecidos, enterramos algo preciado de nosotros mismos que sabemos que jamás volveremos a ver.

Regresé a Roma. El palacio estaba silencioso, abandonado, o eso parecía sin ella. Lo cierto es que todavía bullía de esclavos, peticionarios y mensajeros. Pero por la noche, cuando se marchaban, el vacío, junto con los pensamientos inquietantes, descendía sobre él. Mi madre. Al volver a Nápoles y a la bahía había evocado también su recuerdo, unido

inextricablemente a aquel lugar, junto con el de Popea. Y ahora su maldición burlona en *Octavia* me retumbaba en la cabeza mientras estaba sentado con una copa de vino en la mano en la habitación llena de penumbra.

*Llevo antorchas infernales en las manos ensangrentadas  
para recibir este matrimonio impío; bajo su luz  
mi hijo casará con Popea: estas brillantes llamas  
las manos vengadoras de su furiosa madre  
convertirán en llamas funerarias.*

Di un buen trago de vino y noté cómo sus notas ácidas me bajaban por el gaznate. «Te equivocaste en eso por lo menos. No hubo llamas funerarias», pensé. Dejé la copa; estaba vacía. La llené de nuevo hasta el borde.

No tenía que consultar el manuscrito. Tenía las palabras grabadas a fuego en mi memoria. Mi madre gritaba:

*Ante toda esta maldad  
¿debería enmudecer la ira de tu afligida madre,  
que sucumbió a manos de tu crueldad?*

Había triunfado. Me había castigado con una venganza suprema, irónica y cruel, observándome, maldiciéndome, de modo que yo mismo había matado de manera accidental a la persona que más quería en el mundo, tal como la había matado intencionadamente a ella.

Era Hera para mi Hércules. Hera, que había vuelto loco a Hércules, de modo que este mató a su esposa y a sus hijos accidentalmente. Y cuando recobró la cordura, cumplió un castigo eterno, sintió un remordimiento infinito.

Me terminé la copa de vino. Un remordimiento infinito. Y para mí no había doce trabajos: no tenía que matar al león de Nemea, no tenía que

destruir la Hidra de Lerna, no tenía que limpiar los establos de Augías. Solo ser emperador, proteger y dirigir el Imperio romano lo más inteligente y valerosamente que pudiera, en medio de la crítica y la oposición, así como de los halagos empalagosos y el oportunismo. Y, al final, ¿tendría ambrosía y una bienvenida en el monte Olimpo, como Hércules? No, lo máximo que podía esperar era un lugar honorable en la historia; la historia de un mortal.

El emperador tenía que continuar; continuar en la escena política, que era mucho menos interesante que la escena teatral. ¿Por qué la realidad es gris, mientras que, en el escenario, interpretar la realidad parece mucho más real?

La visita de Estado de Tirídates tendría lugar a finales de primavera; ya llevaba cuatro meses viajando desde Armenia, pero todavía le quedaba un buen trecho. Tenía que planearlo, tenía que organizar un espectáculo adecuado para la ocasión. Al mismo tiempo, la idea de ir a Grecia a competir en los juegos se negaba a desaparecer; al contrario, había cobrado fuerza. Si iba a hacerlo, tendría que practicar mis artes y componer material nuevo, algo difícil de hacer en épocas de exuberancia y prácticamente imposible cuando los ánimos están bajos. Pero sabía que Grecia podía ser lo único que me sacara de mi abatimiento. No solo competiría en las artes, sino que quería conducir un carro, quizá con más de cuatro caballos. Fijarme un gran reto. Si tenía la mente y el cuerpo ocupados en estas pruebas, alejaría todo lo demás de mi cabeza.

Mientras tanto, me enfrentaba a una prueba de otra naturaleza. Acabado el período de luto inmediato, diversos senadores ambicionaban que sus hijas se convirtieran en la siguiente emperatriz. Insinuaron, al principio solapadamente, que tal vez quisiera invitar a Drusila, a Flavia o a Quintina al palacio para una cena íntima. Como no respondí, se volvieron más estridentes, como abejas que revoloteaban un día cálido. Salí volando.

Pero solo en mis dependencias, tuve que preguntarme con sinceridad si



tenía intención de seguir sin esposa el resto de mi vida. Tenía veintiocho años. Seguía necesitando un heredero. Estaba solo y me gustaba estarlo, pero ¿para siempre? Si me juntaba con una de estas hijas, ¿me sentiría menos solo o más?

Al final transigí y me rendí al sitio. Invité a Elia Paulina, la hija del senador Elio, a cenar conmigo en el palacio. A cenar ¿y a qué más? No estaba claro, ni siquiera para mí mismo.

Tenía quince años, una chica esbelta con el cabello claro y la cara ovalada. Vino al palacio acompañada por su padre y dos esclavos. El padre, tras gimotear los saludos habituales, se esfumó. Los esclavos se quedaron, como carabinas, pero no nos siguieron al comedor.

Le indiqué con un gesto que se sentara en uno de los triclinios. Un esclavo nos trajo vino y aceitunas para que se sintiera cómoda. Se sentó remilgadamente en el borde del lecho, con las manos juntas, y me miró con ojos inocentes.

—Me tienes miedo, ¿verdad? —pregunté, esperaba que con delicadeza.

Asintió, y bajó la mirada.

—No debes tenérmelo —dije. No muerdo.

—¡Pero gobiernas todo el mundo! —exclamó.

Ah, eso.

—Uno se acostumbra. —Pero supe que ella nunca lo haría. Era demasiado joven. Era una niña, comparada con Popea.

Un rato más de conversación incómoda reveló que había sido educada en casa, sabía tejer y tocar la flauta, y tenía un loro como mascota. Aparte de eso, tenía poco que decir, ya que ahí se acababan sus intereses.

Era muy dulce, muy modesta y demasiado virginal en todos los sentidos

para mí. Se la devolví a su padre en las mismas condiciones en las que había llegado.

La siguiente invitación fue para Horacia, la hija del senador Horacio. Esta era más prometedora; sabía que la muchacha había estudiado griego. Empezaba a pensar que estaba de vuelta en las cuadras de Lanato eligiendo un caballo con ciertas cualidades.

Como había pasado con su predecesora, la trajo su padre con dos esclavos de acompañantes. Pero, a diferencia de la primera candidata, su padre quiso quedarse también a comer y hubo que disuadirlo y decirle que recibiría una invitación para otro día.

Horacia era una chica fornida, alta y ancha de espaldas de casi diecisiete años, demasiado mayor para no estar casada. ¿Tendría algo malo o simplemente era quisquillosa? En lugar de sentarse rígidamente en el borde del triclinio que había elegido, se tendió en él y cruzó las piernas dejando al descubierto unas pantorrillas musculosas.

No me tenía miedo, qué va. Me hizo preguntas, algunas de ellas personales. ¿Me bañaba en agua fría? ¿Cuánto rato? ¿Qué clase de ungüentos me gustaban?

Comió con voracidad en lugar de con delicadeza. Enseguida tuvo los dedos grasientos. Citó una frase de Píndaro sobre la comida, por lo que vi que sí, era cierto que sabía griego, y después me pidió que la igualara. Nos embarcamos en un concurso de citas de autores griegos.

Terminada la comida, entraron unos músicos para tocar y proseguimos la conversación, o, mejor dicho, ella la prosiguió. Al final, hice un gesto a los músicos para que se marcharan. Cuando se hubieron ido, se acercó a mí, me puso las manos en los hombros y trató de besarme.

—Y ahora, el último plato de la cena —dijo.

Retrocedí.

—Esto no estaba en el menú —solté, intentando quitarle importancia.

—Lo está en el mío —replicó—. Llevaré conmigo toda mi vida el recuerdo y el honor de haber estado en la cama del emperador.

Me sentí entonces como el caballo al que eligen y no como quien lo elige.

—Me temo que no puedo decir lo mismo —respondí.

También se la devolví a su padre en las condiciones en las que hubiera entrado en el palacio.

Pasó algo de tiempo antes de que me aventurara otra vez a seguir esa vía, y esta vez fue casi por casualidad. El senador Cayo Tulio, que me caía bien, mencionó que su hija estaba obsesionada con los juegos griegos y quería ir a Olimpia para correr en la carrera de Hera, la única de todos los juegos en la que participaban chicas.

—¿Es rápida? —pregunté.

—Sí, mucho. Pero hay pocas competiciones en las que pueda ponerse a prueba.

—¿Cómo se llama... Atalanta? —solté en broma.

—Tulia —respondió.

—Me gustaría conocerla —dije, y hablaba en serio. Habían pasado años desde que corría carreras, pero me seguía interesando mucho este deporte. Y una chica que lo hacía en serio era poco habitual.

Tulia vino acompañada al palacio y en esta ocasión me complació que al principio su padre estuviera con nosotros. La conversación fue agradable y

Cayo explicó que su esposa, la madre de Tulia, había muerto y solo estaban los dos en su casa. Tulia era una linda joven de dieciséis años, de risa fácil y con una desenvoltura superior a sus años.

—¿Cuánto tiempo hace que corres carreras? —le pregunté—. ¿Y dónde lo haces?

—Lo he hecho desde que era pequeña. —Sonrió—. En carreras infantiles. Siempre era la mejor. Ganaba a los chicos. —Extendió las manos—. Pero eso se terminó cuando crecí. Los chicos tenían entrenadores, pistas de entrenamiento y carreras. Las chicas no teníamos nada. Así que no sé si sigo siendo rápida o si tan solo es un recuerdo.

Sí, sabía a qué se refería. Hacía mucho que no corría en una carrera. Pero había seguido otro camino, el de las carreras de carro, mientras que ella no podía.

—Averigüé que en Olimpia hay una carrera para chicas. Está dedicada a Hera. Mi sueño es ir allí.

—Y lo harás —dije impulsivamente—. Te llevaré cuando vaya.

Ella y su padre se me quedaron mirando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó finalmente su padre.

—Espero ir a Grecia y competir en todos los juegos —expliqué—. Pronto. Puedes unirme a mi séquito. —Me dirigí a su padre para asegurarle—: Habrá mucha gente conmigo; tendrá mucha compañía.

Aunque hasta aquel momento solo había sido una esperanza, de repente, por primera vez desde la conspiración, desde la muerte de Popea, sentí una oleada de verdadero entusiasmo por un objetivo concreto e inmediato. Iría a Grecia.

—¿De verdad? —dijo Tulia—. Me parece... algo que jamás habría podido imaginar.

—Empieza a entrenar —aconsejé—. Necesitarás todo el tiempo para

prepararte. Solo los mejores compiten allí.

Su padre se marchó con discreción tras la comida, diciendo alegremente a su hija que la esperaría en casa.

Nos habíamos quedado solos. Pero no nos sentimos incómodos. Me alegraba que Tulia estuviera allí; me gustaba su compañía. Confiaba en ella y ella, en mí. Pareció lo más natural del mundo acabar en el dormitorio al final de la velada. La tomé entre mis brazos y encajaba perfectamente en ellos. No era ni tímida ni osada, sino tranquila, relajada. La besé y también me pareció natural. Pero no iría más allá sin preguntarle, aunque no con palabras, sí con mis actos. Y dijo que sí, en silencio pero con rotundidad.

Estrechar entre mis brazos a una mujer que no era Popea, a alguien que era diferente, que tenía una constitución distinta, más menuda y más fuerte, y con una fragancia diferente, me resultó extraño pero no poco natural. Reaccionó como si aquello no le diera miedo ni la hiciera vacilar, como si fuera la carrera que anhelaba correr. Y yo reaccioné de modo parecido, perdiéndome en ella, desprendiéndome del peso que me perseguía como una oscura sombra y me abrumaba. Me liberé y tuve libertad para sentir alegría y placer otra vez.

Después nos quedamos acostados en la cama hablando. Era asombroso, un milagro, para mí, yacer así otra vez.

—Espero que no pienses que solo quería que me llevaras a Grecia —dijo. Pero yo sabía que ella sabía más. En nuestro deseo de competir en Grecia, éramos almas gemelas, y aquello nos había dado pie a conocernos.

Jugué con un mechón de su pelo y se lo puse en la frente para simular una cinta.

—Y yo espero que tú no pienses que solo me ofrecí a llevarte allí para acabar aquí, en cambio, esta noche.

—No, no lo pienso —dijo con una sonrisa. Recostó la cabeza en mi pecho

con un suspiro—. He disfrutado de esta experiencia por sus propios méritos.  
—Y, después, añadió con picardía—. ¿Pero cuándo vamos?

—A mediados de julio —contesté. En aquel momento lo había decidido.  
Me había comprometido a ello.

Me complacería tenerla en Grecia, hacer que su sueño de correr en las carreras se hiciera realidad. Pero todavía era una niña. Para emperatriz necesitaba una mujer madura con experiencia. Tulia sería una amiga, una compañera de competición, pero nunca podría ser mi esposa.

## XLIX

Al llegar la primavera me renové, y la savia fresca expulsó los residuos del invierno de mi ser. Por primera vez desde los primeros días de la última primavera, cuando todavía ignoraba la conspiración, podía contemplar el mundo y considerarlo propicio e incluso agradable. Me percaté de ello al volver a acercarse las cerealias, pero no planeaba asistir a las ceremonias. Daría las gracias en mis aposentos privados por haber sobrevivido, pero me pasaría el día en las cuadras de Lanato, eligiendo nuevos caballos y ordenando un carro nuevo. El campo desbordaba vida y calidez, y recorrerlo era balsámico.

Confié a Lanato mi creciente deseo de conducir más de cuatro caballos, y mis planes de ir a Grecia.

—A los caballos no les va bien viajar —comentó—. Ni siquiera en las embarcaciones especiales construidas para el transporte equino. Afectaría a su resistencia. ¿Por qué hacerlo?

—Porque quiero allí mi propio tiro. No puedo usar unos caballos locales cualesquiera.

—Tienes razón —coincidió, acariciándose la barbilla—. Los caballos griegos no son los mejores.

—Y no los habría entrenado yo. No tendríamos forma de comunicarnos.

Transigió.

—Como veo que no cambiarás de opinión, pongámonos manos a la obra y miremos algunos. —Se separó un poco y dijo—: Solo puedo decirte que me alegra volver a verte aquí.

Sabía lo que quería decir. No necesitaba extenderse más.

—Gracias —dije.

Nos dirigimos hacia el potrero, y señaló varios caballos que podía recomendarme. Estaba especialmente entusiasmado con el bayo de patas largas del fondo.

—Este verano tendrá cinco años. Es perfecto. Aprende deprisa y se adaptará a ti. —Hizo un gesto para señalar unos cuantos más que pastaban juntos—. ¿Qué cantidad de caballos tienes pensada?

—Diez —respondí.

—¿Diez? —soltó, y giró la cabeza para mirarme—. ¿Estás loco?

—Hay quien lo piensa —dije con una carcajada.

—Pues ahora mismo estoy de acuerdo. No puedes conducir diez caballos. Casi nadie puede. Dime alguien que lo haya hecho.

—¿Mitrídates?

—Quiero decir que hayas visto con tus propios ojos.

—No he visto a nadie —admití.

—Y con razón. No pueden controlarse. Solo hay una vara, con dos caballos sujetos a ella. Los otros ocho estarían controlados cada uno por separado. ¡Ocho riendas distintas! No, olvídalo.

—Pero me han dicho que puede hacerse.

—Leandro también cruzaba a nado el Helesponto. ¿Podrías hacerlo tú?

—No, pero si me entrenara...

—Eres testarudo como un niño —dijo—. Pero esto es peligroso.

—Una cancioncilla que he oído toda mi vida. Parece que todo lo que vale la pena es peligroso: participar en carreras de carros, competir, ¡ser emperador! Especialmente esto último.

—Sí..., bueno...; otro inconveniente es que el tiro del carro es tan ancho que se necesita una pista enorme para darle cabida. Ya sabes que las pistas



griegas no son como las nuestras. Son mucho más primitivas; campos abiertos en realidad.

—Estupendo. Un campo debería ser lo bastante ancho.

Suspiró y me puso las manos en los hombros.

—Empecemos a elegir —dijo.

En lo referente a mis demás aficiones, la poesía y la música, me pasaba la mayoría de las noches componiendo. Como los juegos neronianos que se habían inspirado en ellos, los juegos griegos contaban con tres categorías de competición: poesía, música y carreras de carros. Pero eran eventos enormes en comparación con los nuestros, con muchos más contendientes y muchos más concursos. Se celebraban por toda Grecia, en Olimpia, en Delfos, en el istmo de Corinto, en Nemea, en Accio, en Argos, y había también muchos otros juegos locales. Algunos seguían un ciclo de cuatro años; otros, de dos años. Pero adaptarían sus calendarios para que yo pudiera asistir a cada uno de ellos en su propia ciudad. Sería una gira agotadora; sería una gira estimulante; sería mi renacimiento.

Al escribir a los encargados de los juegos para solicitar los cambios en el calendario, me estaba comprometiendo. Envié estas cartas con una enorme determinación. El Senado no puso objeciones. No se atrevería, no en la actualidad.

Las noches eran oasis de calma y de satisfacción, dedicadas a trabajar en mi poesía mientras Tulia leía cerca de mí. Era una presencia relajante, una compañera cordial tan entusiasmada con la expedición a Grecia como yo. Le había asegurado un espacio y una hora para entrenar en la palestra, al lado del gimnasio y las termas, junto con otras chicas que querían viajar a Grecia con nosotros. Como compañera de cama era agradable y poco exigente, aunque

no fuera apasionada y experta, algo que yo echaba en falta. Me dijo que una cama solo podía contener a una persona así, y que, para eso, ya estaba yo; no deberíamos serlo los dos. Pero yo sabía más que ella; este es el verdadero significado de la palabra *experto*.

De modo que de día conducía mis caballos y entrenaba mi abandonada voz bajo la tutela de Apio, y de noche componía, y día y noche tenía que planear la inminente llegada de Tirídates. Había tardado nueve meses en hacer el viaje, pero ya estaba entrando en territorio romano por el norte tras haber recorrido todo el camino por tierra acompañado de un grupo enorme, no solo por su esposa, sino por tres mil jinetes partos y una enorme recua de equipaje. Era una ocasión única, parecida a una ceremonia del triunfo, pero sin serlo realmente. No habíamos vencido a un enemigo extranjero, sino que lo habíamos convertido en un aliado y un vasallo, y desfilaría por las calles de Roma, pero como un invitado de honor. Había muchas cuestiones protocolarias que decidir.

Me fie de mis libertos de confianza y en los prefectos del pretorio para debatir primero las cosas; después vendría el Consejo Imperial y, por último, el Senado. Los pretorianos tenían sentido común; todos los libertos eran secretarios que gozaban de mi confianza. Además de Epafrodito, Faón, Tigelino y Ninfidio, había redescubierto a un viejo liberto de Claudio, Helios. Helios había servido bien a Claudio entre bastidores, sin adquirir jamás la importancia de Palas o Narciso; mejor que mejor. De modo que reuní a mi reducido grupo privado de consejeros para abordar los detalles de la visita de Tirídates.

La primera cuestión era dónde y cómo iba a recibirlo. Se decidió que me reuniría con él en Nápoles y que, después, yo mismo lo conduciría hasta Roma.

La siguiente cuestión era en calidad de qué iba a recibirlo. ¿Como

invitado? ¿Como un rey satélite?

Estábamos reunidos en uno de los despachos más pequeños del palacio, alrededor de una larga mesa de madera en la que había desplegado un mapa de Roma y de las tierras que la rodeaban.

—Como no hay precedentes, propongo recibirlo como a un aliado distinguido, pero cuyo reinado depende de Roma. Él me entrega su tiara y yo le pongo su diadema en la cabeza. Se hará en una ceremonia pública en el Foro —dije, recorriendo con la mirada a los presentes.

Tigelino se limitó a asentir bruscamente. Lo mismo que Ninfidio.

—¿Qué clase de ceremonia será? —preguntó Helios. Era un hombre fornido, de complexión robusta, con los ojos oscuros y penetrantes, y algo calvo.

—Tendremos que idearla nosotros —respondí—. Su sumisión y el intercambio de la tiara por la diadema deberían hacerse en la Rostra, donde pueda verlo la mayoría de la gente.

—Será necesaria la presencia de los pretorianos para mantener el orden en el Foro y controlar a la muchedumbre —indicó Ninfidio.

—Desde el Foro nos dirigiremos al teatro de Pompeyo para proseguir la ceremonia. Ordenaré que se dore el interior y que se cubra el cielo con un gigantesco toldo de seda púrpura en el que figuren las estrellas y aparezca yo conduciendo un carro celestial de oro.

Faón empezó a moverse, inquieto.

—El gasto... Tendré que calcularlo. El pan de oro..., el toldo de seda...

—Y encargaré túnicas blancas para la gente que esté en el Foro, para que todo el mundo vaya de blanco cuando salga el sol —dije, imaginándolo de repente. Sí, una multitud de blanco.

—¿Túnicas? ¿Para todos? —preguntó con voz chillona.

—Iremos del teatro al templo de Jano, donde cerraré solemnemente las

puertas. Después, habrá un banquete de celebración.

Faón hizo una mueca.

—Temo que el tesoro no podrá soportarlo, César —comentó—. Ya has concedido a Tirídates una exorbitante asignación para el viaje, miles de sestercios al día. ¡Y ha estado nueve meses viajando! ¿A cuánto asciende en total? —Tomó la jarra de zumo de la mesa y se sirvió una copa.

—¿Qué hay del problema de su daga? —preguntó Epafrodito—. Es su emblema oficial de rango, pero no se permiten armas en presencia del emperador.

Helios se masajeó la mejilla antes de hablar.

—Que la lleve clavada a la funda para que no pueda desenvainarla. Una solución diplomática para un problema diplomático.

¡Caramba, era bueno! ¡Qué suerte había tenido al encontrarlo!

—¿Concluirá el banquete las celebraciones? —quiso saber Faón.

—No, el día siguiente tendremos juegos. —Y yo correría en las carreras, pero no se lo dije.

—¿Y se habrán terminado entonces? —suplicó Faón.

A medida que se acercaba el día, una idea daba lugar a otra, como si el evento tuviera vida propia. Crecía y crecía, engrandeciéndose cada vez más en mi imaginación.

Un triunfo. Hasta ahora, las ceremonias del triunfo habían celebrado victorias militares, que se regocijaban de la victoria sobre un enemigo extranjero. Durante la República, el Senado concedía a los generales el derecho a celebrar un triunfo, y generales famosos como Escipión, Sila y Pompeyo desfilaron por las calles siguiendo la ruta establecida desde el Campo de Marte hasta el templo de Júpiter Capitolino. Había unos requisitos

estrictos: el general tenía que haber ganado una batalla terrestre o marítima importante, y haber causado por lo menos cinco mil bajas en el enemigo. Pero, desde entonces, el privilegio de celebrar un triunfo se había restringido a la familia imperial, y las normas se habían vuelto menos definidas. Augusto había tenido tres ceremonias del triunfo para celebrar sus victorias sobre Europa, Oriente y Egipto. En la última, los tres hijos de Cleopatra y Marco Antonio habían desfilado como cautivos. Germánico había celebrado un triunfo por sus guerras en Germania. Y yo había sido testigo del de Claudio como reconocimiento a su conquista de Britania. Todos ellos celebraban victorias militares. ¿Pero por qué no tendría que ser una victoria diplomática e incruenta igual de digna de honores?

Una victoria diplomática no era solo igual que una militar, era superior a ella. No se perdían vidas. No se destruían ciudades. Los tesoros no se vaciaban. Se evitaba el odio entre conquistadores y conquistados. El comercio no sufría ninguna interrupción.

Y yo había logrado esto. Había promovido la paz con Partia, la paz con nuestro eterno enemigo, una paz que nos había sido esquiva hasta entonces. Es verdad que había tenido que dirigir la estrategia militar y que no se había llegado a la situación de *impasse* sin la intervención de los generales, pero ellos solo habían sentado las bases para las negociaciones.

Partia, el país que había derrotado a Craso, lo había decapitado y le había vertido después oro fundido en la garganta para burlarse de su riqueza. Partia, el país que había aniquilado al ejército de Marco Antonio, lo que había dado inicio a su larga caída.

Partia, el país que Julio César estaba a punto de ir a conquistar con la idea de que una victoria allí sería su mayor logro.

Y yo, Nerón Claudio César Augusto Germánico, había hecho lo que ninguno de estos héroes nacionales había logrado hacer.

## L

Había mil detalles que abordar, y yo disfrutaba gestionándolos todos. Me centraba por completo en la elección del grado exacto de blancura de las túnicas, la longitud de las ramas de palma que se llevarían en el Foro, el grosor del pan de oro que había que aplicar a la madera del teatro de Pompeyo, y todas estas cosas depuraban mi mente y la alejaban de los sitios a los que quería regresar: la pérdida de Popea, la perfidia de los conspiradores. Nada podría restaurar jamás esa plenitud de la satisfacción y de la confianza que se había roto y perdido para siempre. Pero regodearse en ello solo acrecentaba su poder; mejor perderme en lo que, aunque sabía que era trivial, me distraía.

Imaginaba lo que me diría Popea. Cómo comentaría todos estos detalles y se reiría de mí y me sugeriría cambios. Recorrí la habitación con la mirada, y, cuando vi vacío el sofá donde le gustaba sentarse, los cojines mullidos se burlaron de mí.

«Lo que daría por hablar contigo sobre el tema más trivial», dije mentalmente. Pero ninguna cantidad de oro, nada de lo que yo podía hacería posible semejante trueque.

Y en cuanto a los conspiradores, algunos de ellos pudriéndose en su tumba y otros convertidos en un pulcro montón de cenizas encerrado en una urna, ¿durante cuánto tiempo seguiría viendo sus rasgos dibujados en senadores y soldados vivos para invadir y empañar así el presente?

Por la mañana, agitado, me concentré una vez más en las imágenes

dibujadas para la ceremonia en el Foro, y en todo lo que pasaría a continuación.

Había gente moviéndose por la estancia, atareada con las cortinas y con bandejas, yendo sin hacer ruido de un lado para otro. Más distracciones. Me volví y los vi, como un montón de ratones, corriendo de aquí para allá. Y entonces, entre ellos, en la oscuridad de un rincón, Popea.

Forcé la vista. ¿Podía un fantasma deambular entre los vivos? Pero no. Era Esporo. Le hice un gesto para que se acercara. La tenue luz no hizo nada para disipar la impresión de que era ella, Popea en persona.

—Echa un vistazo a esta imagen —pedí, señalando la que esbozaba las túnicas. Hice un gesto para que los demás sirvientes se marcharan.

Acércate más. Deja que te vea. Vuelve conmigo.

Sonrió, feliz de mirar, de dar una opinión. Incluyó la cabeza hacia los dibujos.

—¿Son para la mañana en el Foro? —preguntó.

—Sí. Repartiremos las túnicas la noche antes para que la gente pueda pasar allí la noche y estar ya ataviada y esperando al despuntar el alba.

—Cuando la noche vaya retrocediendo y el cielo se vuelva púrpura, y opalescente después, las túnicas resplandecerán —comentó.

—Sí —dije—. Pero el cielo tiene que estar despejado.

—Los dioses lo concederán —soltó—. Estoy seguro de ello.

«La voz. Las palabras», pensé. Tal como ella las diría. Como si ella las estuviera diciendo.

Esperó y miró otra imagen, de modo que nuestras caras estaban a la misma altura. Me incliné hacia él, hacia ella, y la besé en los labios. Fue igual.

Al instante retrocedí. ¿Estaba loco? Era otra persona. ¿Pero lo era? El parecido, más que un parecido era una reproducción exacta. Pero no. No exacta. No.

—Perdóname —dije—. Ha sido... Me ha parecido...

Me tocó el hombro.

—Yo también la extraño. La lloramos juntos. Me sentiré honrado si puedo aliviar tu dolor. Y mi propio dolor disminuirá si puedo hacer que ella viva de nuevo.

Hice un gesto para que se marchara y sacudí la cabeza. ¿Qué había hecho?

Pero durante aquel momento mi dolor se había desvanecido.

Y ahora que sabía que podía desvanecerse, ¿cómo iba a evitar buscar aquel consuelo otra vez?

Cuando llegó la noticia de que Tirídates estaba a menos de cien millas, hice que un carruaje tirado por dos caballos saliera a su encuentro y lo llevara a él y a su reina al sur, hasta Nápoles, donde yo lo recibiría. Fui con antelación, porque siempre me apetecía estar en Nápoles. Visité el lugar donde se estaba construyendo el templo de Popea; las obras iban a buen ritmo y los cimientos del edificio ya estaban puestos. Pronto se erigirían las columnas.

El templo conmemoraría su vida y su divinidad. El recuerdo de la Popea que estaba viva se subsumiría en esta estructura inerte, mientras que la que respiraba cálidamente... la que respiraba cálidamente y pervivía con otra forma, en otro ser... ¿acaso seguía estando conmigo después de todo?

Contemplé por fin el rostro de Tirídates, que durante tanto tiempo había sido casi una figura de imaginaria para mí. Era un hombre bajo, enjuto y fuerte de ojos oscuros, unos años mayor que yo, aunque todavía joven, con las piernas arqueadas, y rebosante de energía. Su reina, que en lugar del velo tradicional en su cultura llevaba un casco dorado para seguir las costumbres



romanas, estuvo básicamente callada, a diferencia de las mujeres romanas, siempre tan parlanchinas.

Fue un alivio que hablara latín, porque yo, desde luego, no hablaba parto, y siempre era mejor no tener que recurrir a un traductor. Podíamos conversar con libertad, y me habló de su país y de sus vecinos, los cólquidos y los pontos. Me invitó a visitar Armenia y acepté sin pensarlo, lo que le llevó a proponer que organizáramos una campaña militar conjunta para explorar las puertas del Cáucaso, que se situaban al norte de Armenia y desde donde podríamos aplastar a las conflictivas tribus alanas.

—Puedes llamar a tu legión la Falange de Alejandro Magno —sugirió—. Que esté formada solamente por soldados muy altos. —Se inclinó hacia mí y me susurró—: La gente de mi región es baja y esto les infundiría miedo.

Solté una carcajada.

—Alejandro, desafortunadamente, era bajo. De modo que el nombre no sería demasiado descriptivo.

—¿Qué más da? ¿Quién iba a saberlo? —Sonrió—. Ha adquirido altura con la leyenda.

Me caía bien aquel hombre. Y me cayó todavía mejor cuando, durante los juegos que se celebraron en su honor en Nápoles, mostró su destreza con el arco al matar dos toros con una sola flecha.

—Los partos son famosos por su habilidad con el arco, pero nunca había visto nada así —le dije—. La persona que más admiro de la guerra de Troya es Paris, y él era arquero.

—Hizo lo que el heroico Héctor no pudo: matar a Aquiles —señaló Tirídates riendo de modo que pude verle los dientes, pequeños y blancos—. Las flechas son más poderosas que las espadas.

—Lo moderno suele destruir a lo anticuado —lo corregí—. O siempre es mejor matar a distancia.

Todo estaba preparado en Roma; esperaba, satisfecho, que el siguiente día fuera el día. Tenía una nueva toga púrpura imperial a punto y, por una vez, no me importaba vestirla. La corona, hecha con ramas recién obtenidas de mi laurel imperial sagrado en la casa de Livia, estaba trenzada y descansaba en una bandeja de oro.

Helios entró con sigilo al llegar a la fina línea que separa el día de la noche, cuando el cielo se oscurece y aparecen las primeras estrellas.

—César —dijo con una reverencia—. Se dan todos los indicios de que va a llover: un anillo rodea la luna, los halcones vuelan bajo y las gaviotas vuelan hacia tierra.

Me levanté de un salto y me dirigí hacia la ventana. En efecto, un halo rodeaba la luna. Y la brisa que me daba en la mano era húmeda. ¡Maldiciones! Tendríamos que posponer las ceremonias.

—Avisa a los pretorianos y detén la entrega de las túnicas —ordené—. ¡El cielo tiene que estar despejado para esto!

—César, ya les he advertido al respecto. Solo esperan tus órdenes oficiales. Asentí. Parecía preverlo todo.

—Espléndido —dije—. Tienes iniciativa, y eso es algo que valoro.

¡Pero, oh! ¡Menuda decepción! Las cosas pospuestas pierden su brillo.

Por la mañana el cielo estaba cargado, pero no llovía, y a última hora de la tarde lucía el sol. Las ceremonias tendrían lugar al día siguiente. Aquella noche la ciudad estuvo iluminada con antorchas, había guirnaldas colgando de los edificios y las calles estaban abarrotadas de gente. Los celebrantes, ataviados con sus túnicas blancas, llegaron a raudales al Foro, donde aguardarían toda la noche, y se subieron a los tejados de todos los edificios de los alrededores, que estaban tan llenos que ya no se veían.

Me desperté muy temprano, antes de que el sol tiñera siquiera el cielo por el este. Tenía que vestirme y esperar con los guardias y los senadores mucho

antes de que el desfile llegara al Foro. No había habido ningún ensayo, porque eso daría al traste con el elemento sorpresa. De modo que la primera vez tenía que salir perfecto.

La nueva toga, de un rico púrpura gracias al tinte de mil caracoles, me rodeaba el cuerpo con holgura. Las suaves hojas de laurel que me coronaban la cabeza me refrescaban el pelo. Su sutil aroma evocaba solemnidad.

Ahora completaría el triunfo neroniano de la diplomacia.

Cuando me situé junto con mis acompañantes en la entrada oriental del Foro, el sol estaba a punto de salir. Hicimos nuestro lento trayecto hacia la Rostra, en el extremo occidental, caminando de dos en dos. Las cohortes de soldados vestidos de gala se desplegaron en abanico por el Foro para dirigir a la gente, y yo subí a la Rostra y ocupé mi asiento en la silla magistral, rodeado de estandartes militares.

El sol asomó de repente entre las nubes e iluminó las prendas blancas de la gente que estaba en el Foro, se reflejó en la coraza, las armas y los estandartes de los soldados y me dio de lleno en la cara. Tirídates apareció en el otro extremo, avanzando entre dos hileras de soldados hasta detenerse a los pies de la Rostra, donde él y su séquito me hicieron una reverencia.

—Señor, soy descendiente de Arsaces, hermano de los reyes Vologeso y Pacorus, y tu esclavo. He venido a verte, mi dios, para adorarte como adoro a Mitra. El destino que tú hilas será el mío, porque tú eres mi Destino y mi Fortuna.

Se elevó un clamor enorme entre la multitud y, cuando remitió, me puse de pie, lo miré y dije:

—Has hecho bien de venir aquí en persona para poder disfrutar de mi gracia. Porque lo que no te legó tu padre ni te dieron o preservaron para ti tus hermanos, te lo doy yo de buen grado y te coronó rey de Armenia, para que tú y ellos sepáis que yo tengo el poder de arrebatar reinos y de concederlos.

—Le hice un gesto para que subiera a la Rostra por la rampa especial que se había construido y se sentara a mis pies.

Lo hizo, con agilidad, y ocupó su lugar. Me agaché, le tomé la mano y lo levanté, para que se quedara de pie conmigo. Le quité la tiara y la sustituí por una diadema, y los gritos de celebración resonaron por el Foro.

—Roma te corona —indiqué—. Y con esta diadema, todas las naciones saben que se te ha reconocido como el legítimo rey de Armenia.

A continuación, encabezaría la marcha hacia el teatro dorado, yo, que había sido equiparado con Mitra, el ojo del sol. Aquel dorado día seguiría, bendecido por el dios Sol.

Él, el dios Sol, nos iluminó mientras la gente desfilaba hacia el teatro, en filas ordenadas para ocupar los asientos designados en su interior. Solo tenía capacidad para once mil personas, por lo que, por desgracia, la asistencia era limitada.

Una vez hubo pasado el tiempo suficiente para que el público se sentara, Tirídates y yo descendimos de la Rostra y nos abrimos paso entre las masas que nos aclamaban, un mar deslumbrante de blanco que las ramas de palma salpicaban de verde al agitarlas.

—El viaje de nueve meses ha valido la pena —dijo Tirídates—. Oímos hablar del esplendor de Roma, pero pocos de nosotros lo han visto, y los únicos romanos que conocemos son las legiones de soldados que vienen a luchar contra nosotros.

—A partir de ahora, nuestras legiones lucharán con vosotros —le aseguré. Esquivé una lluvia de rosas que nos lanzaban acompañadas de gritos entusiastas.

—Roma es tan rica que hasta puede pisotear las rosas —comentó, asombrado, mientras los pétalos acababan aplastados bajo sus botas. La fragancia embriagadora de las flores nos envolvía. Seguimos adelante.

La enorme fachada del teatro estaba cubierta de guirnaldas; esperamos un momento antes de entrar. El sol, que teníamos prácticamente sobre nuestras cabezas, atravesaba el toldo de seda púrpura que tapaba el cielo y bañaba el interior con una luz violeta que confería a las túnicas blancas del público un brillo de ensueño.

Entramos en el teatro y el público se levantó, aclamándonos. Una vez dentro, me deslumbró el luminoso brillo de las paredes doradas, que parecían vibrar. Y encima, dibujado en el toldo púrpura, aparecía yo en un carro, rodeado de estrellas, todo ello dorado. Di una vuelta para extasiarme con la belleza y el simbolismo de aquel lugar.

—¡Poderoso *imperator*! —gritó la gente, en pie—. *Imperator*!

*Imperator*. Ahora podía asumir el título, que significaba «comandante supremo victorioso en el campo de batalla», para siempre por aclamación popular. Que así fuera. Extendí las manos para pedir silencio.

—Acepto humildemente el título que me concedéis. Y estamos aquí para celebrar este espléndido momento de la historia romana, una conciliación entre nosotros y nuestro antiguo enemigo, y el regalo de la paz. La paz en todo el imperio. Por ello, cerraré las puertas del templo de Jano.

—¡Este es realmente el día dorado! —gritaron—. ¡Estamos rodeados de oro, sumergidos en él! ¡Y la paz, un momento dorado, lo corona!

Tirídates y yo subimos al escenario, y se llevaron a cabo las ceremonias de los discursos y del intercambio de regalos. Al mirar las hileras de espectadores vestidos de blanco mientras la luz del sol las iba recorriendo despacio a medida que el dios Sol seguía su trayecto por el cielo, me sentí transportado. La calidez del sol en la cabeza parecía ungirme.

«Todo irá bien. Los problemas han llegado a su fin, y el sol sale después de la tormenta», pensé.

Tirídates me ofreció una posesión valiosa: una espada parta en una vaina

esmaltada.

—Es igual que la mía —dijo al entregármela—. Podemos llevar nuestras espadas cuando crucemos las Puertas del Cáucaso como hermanos.

Tenía que admitir que la idea me seducía. Puede que, después de todo, si uno vive lo suficiente encuentre placer en ideas desechadas.

Yo le regalé un equivalente romano, un *gladius* excelentemente forjado en una vaina con joyas incrustadas.

Siguieron los aburridos discursos de los embajadores y los senadores. El sol se fue desplazando hacia el oeste. La gente empezó a moverse, inquieta, en sus asientos; noté la agitación del público. Quedaba una cosa por hacer.

Un heraldo avanzó y dijo:

—Para terminar, el emperador interpretará un poema que ha escrito para la ocasión.

Había trabajado cierto tiempo en el poema y en la música que lo acompañaba, junto con otros que estaba ensayando para mi participación en Grecia. Me había costado prepararme mentalmente para ello; pero si no podía utilizar mi energía para crear material, no podía pensar en ir a Grecia.

Me pusieron la cítara en las manos, y la sujeté con reverencia, me pasé la cinta por encima del hombro y apoyé el instrumento en mi brazo izquierdo. Eché un vistazo al público.

«Apolo, dios Sol, guía las manos y la voz de tu hijo si quieres que él, y que tú, seáis honrados.»

Empecé. En un primer momento, el viejo terror, la vieja incomodidad, se apoderaron de mí, y entonces Apolo me envolvió y se esfumaron, y solo había la música y la poesía, y la alegría de expresarlas. Fui liberado de lo que era, un ser terrenal, y me elevé hacia los reinos de la imaginación y la eternidad.

## LI

Nunca los dejé. Las siguientes horas me sentí todavía transportado, como si no formara realmente parte de este tiempo y este lugar, aunque pisé las calzadas de las calles y los mosaicos de la sala de banquetes. Pero los recubría un brillo que los hacía parecer irreales, lo mismo que mis actos. ¿Era un escudo protector que me había proporcionado Apolo?

Todavía con mi túnica de triunfador, seguido de la muchedumbre, ascendí el escarpado monte Capitolino hasta el templo de Júpiter y me detuve ante su estatua. Me quité la corona de laurel de la cabeza, notando la suavidad de sus hojas al hacerlo, y la deposité ante los pies de mármol de Júpiter.

«Aquí está mi corona de laurel sagrado del triunfo, mi ofrenda para ti. Acepta el símbolo de este triunfo personal, algo que se aleja un poco de la tradición.»

¿Temblaron las hojas o fue tan solo la brisa? Ya estaba acostumbrado a los dioses, a sus silencios y a sus antojos, a sus favores y a sus abandonos, y no me quedaría allí para preocuparme por ello. Solo podía ofrecer lo que tenía, y lo que era, y la decisión de un dios no admitía discusión.

Ahora tenía que cumplir una obligación, no como emperador sino como máximo pontífice, y, tras cambiarme de ropa en un sitio acondicionado para ello, me dirigí hacia el templo de Jano, cerca del Foro. Cuando bajé la colina, las sombras ya eran alargadas, puesto que el glorioso día del dios Sol estaba llegando a su fin. Tenía que realizar este rito mientras todavía hubiera luz del día. Afortunadamente, en mayo hay muchas horas de luz.

Llegué al templo justo cuando lo estaban acariciando los últimos rayos

cálidos de sol. Me volví hacia la gente que seguía llenando, todavía con la túnica blanca, las calles y el Foro, bañado ahora en la luz rosada del ocaso.

—¡Buena gente de Roma! —dije—. He venido hoy aquí a celebrar un gran logro: que todo el imperio está en paz. No hay guerra en ninguna parte. Desde las tierras agrestes de Britania hasta las cataratas del Nilo, desde las arenas de Persia hasta las Columnas de Hércules en el oeste, los conflictos han cesado. Por lo tanto, podemos cerrar las puertas del templo del dios Jano.

La multitud prorrumpió en vítores y agitó las ramas de palma, ya algo marchitas.

—¿Por qué abrimos y cerramos las puertas, y qué tienen que ver con la paz o la guerra? —les pregunté.

—¡Jano nos ha ayudado en el pasado! —gritó un hombre.

—Cierto. Es el dios que protege el interior y el exterior, el este, el oeste, el norte y el sur, lo que ha pasado y lo que está por venir. Los finales y los comienzos. Hace mucho hizo surgir un torrente de agua hirviendo de su templo y arrolló a nuestros enemigos sabinos. De modo que dejamos abiertas sus puertas cuando estamos en guerra para que vuelva a ayudarnos. Cuando estamos en paz y no necesitamos su ayuda, podemos cerrarlas. Y así lo haremos ahora, por primera vez desde los tiempos de Augusto.

Me volví hacia las puertas decoradas de dos hojas, ahora abiertas, que daban acceso a una estatua del dios bicéfalo: las dos caras de Jano, una que miraba hacia delante y otra, hacia detrás. Un rayo de sol se colaba oblicuamente hacia el interior.

Mis brazos no alcanzaban para cerrar a la vez ambas hojas, por lo que tuve que hacerlo de una en una. Crujieron y chirriaron, puesto que tenían los goznes oxidados. Pesaban horrores, y tuve que ejercer toda mi fuerza para moverlas, pero solo el máximo pontífice podía hacerlo. La primera hoja llegó a su sitio con un ruido metálico. La segunda la siguió y se encajó con la



primera para dejar el interior sellado. Ahora que estaban cerradas, podía maravillarme del espléndido trabajo en bronce: los seis paneles de las puertas con un gran arco en la parte superior. Uno de los acólitos colgó una guirnalda a modo de celebración.

—¡Ya está! —dije—. ¡Qué la paz dure para siempre!  
¡Qué bonito sueño!

El banquete solemne se celebraría en el pabellón de la Casa de Oro, ¿dónde si no? Había pasado poco tiempo en ella desde la horrible muerte de Popea, pero por motivos políticos no podía abandonarla. La gente se había quejado del gasto y de su extensión, y no usarla ahora sería temerario.

Tras consultarlo no solo con Helios y Epafrodito, sino también con el cocinero jefe de la cocina imperial, había elegido un menú que incluía platos partos, incorporando incluso una planta costosa y rara: el silfio. También había contratado juglares partos para que nos deleitaran con música, ya que, según tenía entendido, su cultura le daba mucho valor.

En lo referente a los invitados había incluido, aunque a regañadientes, a los senadores, además de a los pretorianos de alta graduación, y a eruditos que habían estudiado la literatura y la historia de Oriente para que alternaran con el séquito parto. También me había asegurado de incluir traductores.

Como se trataba de una ocasión diplomática y solemne, conservé la toga púrpura del triunfo y lucí una corona de hojas de laurel de oro. La oscuridad se fue instalando mientras esperaba en el patio para dar la bienvenida a los invitados. Las antorchas llameaban a lo largo de toda la fachada, y el suave viento de mayo me llegaba desde los jardines en flor, convertido en besos cálidos llenos de perfume.

Me dolía la soledad. Llegaron mis invitados, mil personas, pero ninguna

que pudiera mitigar esta sensación. Aun así, era mejor estar rodeado de sonido, luz y música que solo, aunque solo fuera un poco mejor.

Un tintineo señaló la llegada de Tirídates y sus acompañantes. Se había puesto un regio atuendo parto: capas multicolores de túnicas, chalecos y abrigos, pantalones bombachos y zapatos de piel roja. Lucía con orgullo sobre su elaborado tocado la diadema recién recibida. En el intervalo entre la ceremonia en el templo de Jano y el banquete, se había rizado la barba y se la había adornado con joyas; igual que el cabello, que le sobresalía del tocado y le llegaba hasta los hombros.

—Hermano mío —murmuró, inclinándose hacia delante para darme un beso ceremonial en la mejilla. Hice lo mismo con él—. Mi reina —dijo con orgullo. A su lado, una mujer de ojos oscuros inclinó la cabeza. Llevaba un velo que hacía difícil verle el resto de las facciones.

Tras él, estaban en fila sus oficiales de más rango, sus emisarios y Zeus sabía quién más: los emperadores y los reyes tenemos recuas muy numerosas.

Pronto llegaron los romanos, con los ojos hastiados abiertos como platos de curiosidad. Enseguida el ruido de muchas voces resonó en las paredes, y los juglares partos apenas podían oírse. Pero lo importante era que los invitados conversaran entre sí.

—Eres otro Alejandro —afirmó Tirídates, de repente a mi lado—. ¡Mira! ¡Togas y pantalones juntos! Cabezas descubiertas y sombreros cónicos. ¿Celebramos una boda colectiva, como hizo Alejandro en Susa? ¿Haciendo que sus oficiales griegos se casaran con las hijas de nobles persas?

—¿Cuántos nobles han traído a sus hijas? —pregunté. Eché un vistazo a mi alrededor; había muchas mujeres partas.

—Bastantes —dijo—. Sentían curiosidad por ver Roma.

—¿Curiosidad suficiente para quedarse aquí, con un marido romano? — quise saber. No mencioné que un matrimonio así sería ilegal según la

legislación romana, que no reconocía la unión de un ciudadano romano con un extranjero. Marco Antonio lo averiguó, como había hecho incluso el divino Julio.

—¿Quién puede saberlo sin preguntárselo? —respondió Tirídates riendo.

Nos acercamos a una de las mesas donde estaban expuestos algunos de los platos que se servirían. Montones de alubias partas, cordero parto y pan parto se situaban en el centro, dispuestos en fuentes de oro.

Tirídates se sirvió una exquisitez.

—¿Es como lo hacéis vosotros? —pregunté—. Mi cocinero solo ha podido trabajar basándose en conjeturas.

—Se acerca mucho —dijo diplomáticamente a la vez que asentía con la cabeza—. Noto el sabor del silfio. ¿Cómo lo conseguiste? Nosotros tenemos que sustituirlo por asafétida.

—Tenemos nuestros recursos —respondí. Lo cierto era que resultaba casi imposible de obtener, había costado una fortuna y puesto a prueba las relaciones comerciales de nuestra fuente en Cirene.

—Ummm... —dijo, saboreándolo—. Como Alejandro, puedes hacer lo imposible.

¿Adónde quería ir a parar? ¿O simplemente era un rutinario halago oriental?

—No siempre —señalé, esperando la petición.

—En cuanto a la nueva legión... —dijo.

¿Así que era eso?

—¿Qué pasa con ella?

—Hablaba en serio cuando propuse esta iniciativa conjunta. Como sabes, las tribus alanas nos amenazan por el norte, al otro lado del paso del Cáucaso. Sé que Roma quiere resolver el problema de la piratería en el mar Negro de una vez para siempre, y eso solo puede hacerse rodeando el mar y poniendo

fin a los países independientes que hay allí. Por lo que tus intereses coinciden con los nuestros. Si tú aportas una legión y nosotros aportamos nuestros arqueros y jinetes, podemos cruzar el paso y destruir a los alanos para expandir nuestro territorio y terminar con las amenazas para ambos. —Sonrió y sus labios extendieron su tupida barba hacia los lados.

Era una propuesta atractiva.

—Tiene muchas cosas que lo hacen recomendable —admití. En aquel momento, Roma controlaba las tierras que rodeaban la parte occidental del mar Negro, pero si pudiéramos controlar también las partes orientales, cubriríamos todo el perímetro de ese mar y lo convertiríamos en otro «lago romano» como el Mediterráneo. Las tribus alanas que merodeaban cerca del mar Negro no serían rivales para las legiones romanas, por lo que teníamos poco que perder. Aquella parte del mundo había atraído y cautivado al mismísimo Alejandro. En el mejor de los casos la campaña sería una aventura, y, en el peor, una pérdida de tiempo. Pero me conferiría una gloria al estilo de Alejandro, y me valdría, por fin, laureles militares.

—Antes de mi partida tendríamos que llegar a un acuerdo. Ahora que estamos frente a frente y no a miles de millas de distancia, lo que conlleva que los mensajes tarden semanas en ir y volver, si es que llegan.

Asentí.

—Creo en las decisiones rápidas —aseguré—. Pero esta noche debemos concentrarnos solamente en el entretenimiento y el protocolo. Ha llegado el momento de anunciar que comienza el banquete y dar la orden de sentarse. Volveremos a hablar de este asunto en privado. —Hice un gesto para que el maestro de ceremonias se dirigiera a los presentes, y para que los camareros trajeran todos los platos.

La realeza comería en una mesa larga, de acuerdo con la tradición oriental, en una tarima construida en un extremo de la sala; los demás podían elegir

entre lechos romanos o mesas más pequeñas, según prefirieran. Tirídates y yo nos sentaríamos uno al lado del otro en el centro de la mesa, de cara al resto de comensales. Había dispuesto ritones para los partos, aunque los romanos podían también beber de ellos. La mayoría estaban decorados con cabezas de animales: toros, leones, jabalíes y grifos.

El presentador alzó las fuentes de platos partos especiales y los describió, aunque, en realidad, no eran tan desconocidos en Roma; ya eran una novedad que gozaba de gran popularidad.

Tenía ganas de hablar con Tirídates sobre caballos, puesto que los partos eran renombrados jinetes.

—Bueno, según el dicho, aprendemos a montar casi antes que a caminar —comentó. Alzó el ritón y lo examinó—. Como no podemos dejar el ritón en la mesa porque no tiene la base plana, tenemos que beber deprisa. Supongo que este es el motivo de que acabemos tan borrachos.

—¡No lo hagas aquí o te considerarán un auténtico bárbaro! —le advertí.

—¿Cómo?, ¿acaso los romanos no se emborrachan? No esperarás que me lo crea. He oído hablar mucho de vuestras juergas.

—Todo cierto, pero nos gusta imaginar que somos más refinados. —Di un sorbo a mi copa con pie—. ¿Lo ves? No tenemos que dar grandes tragos. —Sonreí—. Y en cuanto a los caballos... Es curioso que los montéis, un hombre para cada caballo, mientras que nosotros los enjaezamos para tirar de carros.

—¿No montáis los romanos, entonces? —Parecía desconcertado.

—Sí, en la caballería, pero la mayoría de esos jinetes son auxiliares, no romanos, aunque sirven en el ejército romano. Y, naturalmente, algunos montamos para viajar, o lo hacen los mensajeros, o los acróbatas en los números de circo. Pero no solemos hacer carreras de caballos.

—Es curioso lo distintas que son las costumbres —comentó—. Tengo

entendido que compites en carreras de carros. ¿Lo han hecho otros emperadores?

Los camareros dejaron ante nosotros unas fuentes con pollo parto, alubias, pepinos y melones partos, y llenaron nuestros recipientes de bebida.

—¡Ahora sé que eres extranjero! —Reí—. ¡No! Y se considera escandaloso que yo lo haga. Pero después de haber soportado el escándalo, no tengo intención de dejar de hacerlo. De hecho, voy a competir en los juegos que celebran el tratado. Los Verdes me han invitado a correr con sus colores, un gran honor.

—¿Y podré verlo? —preguntó con un brillo en los ojos—. ¿Qué caballos componen tu tiro?

Le conté la elección que había hecho, e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Te contaré un secreto. —Me incliné hacia él y añadí—: Me estoy entrenando para competir con un carro tirado por diez caballos.

Pareció sorprendido, y también impresionado.

—¿Dónde? —quiso saber.

—En Olimpia. Pronto iré a Grecia a competir en los juegos que se celebran allí.

—Esto sí que me encantaría verlo.

—Pues ven conmigo. Pospón tu regreso a Armenia.

—La idea me tienta. Pero una nueva corona precisa ser protegida un tiempo. Tengo que volver para asegurarme de que mi título está a salvo.

—Lo comprendo. —Lo que decía era verdad. No hay nada más inseguro que una corona recién acuñada.

Una vez terminado el banquete propiamente dicho, la reunión se convirtió en una fiesta. Se retiraron las mesas, los juglares partos dejaron de cantar y lamentarse, y un grupo de acróbatas y bailarines ocuparon su lugar. Salieron

ánforas y montones de copas. Se ofrecieron vinos tintos y blancos, puros y aromatizados. Y también la bebida favorita de los bárbaros: cerveza. Estaba todo allí para que nos sirviéramos lo que quisiéramos. Los partos contribuyeron al espectáculo con magos y tragafuegos, que hicieron sus evoluciones bajo la parpadeante luz amarilla de centenares de lámparas de aceite.

Tenía gente a mi alrededor, pero Tigelino y Ninfidio vigilaban atentamente. Los días en los que podía suponer sin preocupación que nadie quería hacerme daño estaban tan extintos como los conspiradores. Aun así, noté que alguien me tiraba de la ropa, sutil pero claramente. Me quedé muy quieto, fingiendo observar al tragafuegos que hacía la vertical delante de mí, pero conteniendo el aliento. Ahí estaba. Otra vez aquel tirón en la parte posterior de mi toga. A pesar de las capas de tela, podía notarlo. Así es como se agudiza el discernimiento después de escapar por los pelos de morir asesinado. Esperé a que volviera a producirse. Cuando lo hizo, me volví de golpe y sujeté la espalda de alguien que estaba agachado para cortar el dobladillo de mi toga con un cuchillo pequeño.

Tendría que haber gritado «¡Asesino!», pero estaba demasiado aturdido. De modo que, instintivamente, tiré de ella hacia arriba y la zarandeeé. Sí, era una mujer. Me fulminó con la mirada.

Era Estatilia Mesalina, la viuda de Vestino. Le arrebaté el cuchillo y la obligué a mostrarme la palma de la mano, en la que tenía un pequeño corte cuadrado del dobladillo dorado de la toga.

A nuestro alrededor nadie se había fijado. Fue todo tan rápido y silencioso que ni siquiera había interrumpido el espectáculo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté. No la había visto desde el juicio de los conspiradores, y no la había invitado al banquete. Había supuesto que

estaba de luto y no querría asistir a una celebración así, especialmente siendo yo el anfitrión.

Siguió mirándome desafiante, sin decir nada.

—Contéstame o te entregaré a los guardias; ellos te harán hablar.

—¿Igual que hiciste hablar a personas inocentes en los juicios?

—No eran inocentes —dije.

—Mi marido lo era —replicó.

Eché un vistazo a mi alrededor. Teníamos que salir del comedor para poder hablar en privado. Le seguí sujetando el brazo y la saqué de allí por una puerta del fondo.

—No pasa nada —dije a los guardias, haciendo un gesto con la cabeza—. Está algo mareada y vamos a tomar un poco de aire fresco.

Una vez fuera, aunque había otros guardias apostados cerca, la solté.

—Y ahora cuéntame.

—¿Qué confiado sigues siendo todavía! —exclamó, frotándose el brazo—. Podría tener otro cuchillo, uno más grande que el que usé para cortarte la toga.

—Lo dudo. —Esperé, pero permaneció callada—. Si lo tuvieras, me habrías rajado a mí y no la ropa.

—Necesitaba la tela, que puede servirme igual que un cuchillo.

—¿Qué quieres decir?

—Un trocito de la toga imperial, llevada un día de autocomplacencia y suficiencia, está impregnado de todos los rasgos de su propietario.

Iba a maldecirme. Quería el trozo de toga como algo que no solo había llevado puesto, sino que, además, simbolizaba mi cargo.

—Esto te convierte en traidora también —solté—. Porque ya conoces la ley: cualquier cosa que ponga en peligro mi persona es lesa majestad y es una traición.



—La ley. ¿Qué me importa a mí la ley?

—Ten cuidado con lo que dices —le advertí—. No te condenes con palabras precipitadas.

—Ya me he condenado. Me has pillado. Vamos, haz lo que tengas que hacer conmigo. ¡Llama a los guardias! —Fue a hacerles un gesto y, una vez más, le sujeté el brazo.

—Es demasiado fácil —aseguré—. Vas a decirme exactamente por qué querías matarme. Me merezco eso por lo menos. Y no estamos ante ningún tribunal; solo yo voy a oírte.

Inspiró hondo, pensando. Recordé lo mucho que me había gustado su compañía en las carreras y sus palabras en la recepción de inauguración de la Domus Aurea, cuando me dijo que había hecho bien de competir con mi carro. Me había parecido una amiga comprensiva y sabia, capaz de ver más allá de lo evidente y lo mundano. Alguien, incluso, en quien confiar. Por ello, esto me dolía más que si lo hubiera hecho otra persona.

Su marido, Vestino, era otra cuestión. No me había sorprendido que fuera uno de los conspiradores, porque siempre había desdeñado bastante mis ideas y se había mostrado sarcástico al evaluar mis políticas. Y jamás había fingido ser mi amigo, como Petronio y Lucano.

—Condenaste a mi marido sin oír su defensa, y solo a partir del testimonio de otras personas.

—Las pruebas me parecieron convincentes —aseguré—. Y él eligió no decir nada. Tuvo la oportunidad de hacerlo y, en cambio, dio una cena y se suicidó en el piso de arriba mientras sus invitados esperaban en el de abajo. —Reí con amargura—. Por lo menos, no montó una parodia, como Petronio.

—Para quienes esperamos sentados en el comedor fue horrible e interminable. ¡Y después tú tuviste el descaro de enviar un mensaje diciendo que los invitados podían irse!

—No pretendía ser un insulto. Todo lo contrario.

—¡Yo no podía irme! Tuve que esperar horas en el comedor, sin atreverme a subir. Cuando finalmente un esclavo vino para decirme que todo había acabado, tuve que ir y ver qué me aguardaba arriba. Lo habían lavado, pero las toallas ensangrentadas seguían allí amontonadas. Me había dejado una carta.

—Lamento tu pérdida, pero también fue una pérdida para mí.

—¿En qué consistió tu pérdida? —dijo con una carcajada breve, entrecortada.

—Fue una pérdida de confianza, de amistad. Aunque supongo que me dirás que nunca tuve esas cosas, que todo era fingido.

—¿Comprendes, entonces, por qué quería maldecirte? Quiero que acabes miserablemente con tu vida, tal vez obligarte a suicidarte como mi marido, y solo los dioses saben quién estará esperando abajo. Quizá nadie. Quizá esta sea la peor maldición de todas. No tener a nadie ahí. A nadie esperando. A nadie a quien le importe.

Su voz, rica y vibrante, siempre había sido su rasgo más fascinante. En el pasado había dicho palabras que relajaban y divertían. Ahora expresaban una maldición. No hacía falta la tela, ni ningún hechizo. Era más sencillo que eso; las palabras eran el conjuro.

—Acabas de condenarte a ti misma —solté—. Tu propio testimonio te ha sentenciado.

—Llama a los guardias. Acaba con esto. No juegues conmigo, como mi marido jugó con sus invitados.

—Solo yo lo sé.

—Pronto lo sabrá todo el mundo. Entonces ya no habrá salvación posible para mí.

Como si fuera una respuesta, un soplo cálido y cautivador de aire

procedente del jardín nos envolvió, cargado de la embriagadora fragancia de las rosas. Y entonces, apenas visible bajo la luz de la antorcha, apareció Popea al otro lado de la terraza. Solo que, naturalmente, era Esporo. No era un verdadero fantasma, sino solo la reverberación de uno. Mi añoranza de ella se apoderó de mí y me rasgó momentáneamente el alma. Pero era una quimera.

—Cásate conmigo —dije de repente, lo que me sobresaltó a mí mismo—. Sé mi esposa. Es lo único que puede salvarte, volverte inmune a mis acusaciones.

Se me quedó mirando.

—¿Es esta tu solución? ¿Que me case contigo? ¿Con la persona que me dejó viuda, la persona a la que he admitido que quería maldecir?

—Sí. La conspiración nos ha perjudicado a ambos. Los dos nos hemos quedado solos, víctimas de la conspiración en sí o de sus consecuencias. Estatilia, no puedo llamarte Mesalina porque ese nombre se me atraganta. Verás, siempre he sentido que tenía afinidad contigo, y tú conmigo. Dime que me equivoco, que son solo imaginaciones mías y te dejaré ir igualmente. Te dejaré marchar sin acusarte de nada. Como he dicho, nadie sabe esto aparte de nosotros. Nadie ha oído tus palabras excepto yo.

Se quedó callada un momento. Después habló en voz baja.

—¿Soy libre pase lo que pase? Entonces expresaré mis verdaderos pensamientos. No son imaginaciones tuyas. He sentido afinidad contigo, he notado una conexión mental entre nosotros. Pero la conspiración...

—Se ha acabado. Los dos hemos salido perdiendo con ella. Pero sobrevivimos. Todavía estamos aquí. Y tenemos que consolarnos con lo que podamos, con lo que queda. ¿Serás mi esposa? —Me detuve un momento y añadí—: Jamás habrá otra Popea para mí, y quizá jamás habrá otro Vestino para ti. Pero ellos ya no están. ¿No crees que ellos querrían que siguiéramos

adelante, que los recordáramos pero que también recordáramos que la vida es corta y que pronto nos reuniremos con ellos, por lo que en el ínterin tenemos que aferrarnos a lo que los dioses nos concedan, por poco que sea?

Esperó un buen rato, rato que se me hizo larguísimo mientras me preguntaba si realmente quería aquello, pero sintiendo que de algún modo era lo correcto.

—Sí —dijo por fin—. Me casaré contigo. Pero no me casaré con alguien que no he probado primero en la cama. De modo que hasta que no demuestres lo que vales en ese aspecto, es una aceptación condicional.

La dejé marchar.

—Muy bien. Mientras tanto, ¿te gustaría ocupar el palco imperial en el Circo Máximo? ¿Como en los viejos tiempos? Voy a correr mañana, con los colores de los Verdes.

—Sí, iré —aseguró—. Te desearé la victoria.

Se volvió y se marchó como una mujer libre, y dejó caer el trocito cuadrado que había cortado de la toga. Lo levanté y lo encajé en el hueco que había dejado en el dobladillo. Tal vez alguien pudiera remendarlo.

¿Qué había hecho?

## LII

Me preparé para acostarme. Estaba exhausto. El día había sido indescriptible, de los que la gente llama «dorados», y jamás lo olvidaría. Había comenzado con el beso de la luz del alba en el Foro y había terminado con una propuesta de matrimonio a una mujer a la que apenas conocía.

Las lámparas se estaban consumiendo, a punto de quedarse sin aceite. Era mucho después de medianoche. Necesitaba descansar si tenía alguna esperanza de hacerlo bien a la mañana siguiente en la carrera. Me metí en la cama, agotado.

La carrera... No podía concentrarme en ella. Sabía lo que tenía que hacer, me había entrenado y no tenía el menor control sobre lo que los demás aurigas harían, ni siquiera sobre el tiempo, lo que condicionaría si la pista estaría embarrada o dura.

Pero mi propuesta de matrimonio... Acababa de pedirle a alguien que se convirtiera en emperatriz. Y ella había aceptado... con una condición. Con la condición de saber si nos compenetrábamos en la cama. Bueno, eso estaba por ver, y tampoco había nada que pudiera hacer al respecto por adelantado. Aunque la idea me excitaba, tengo que admitirlo.

Que procedía de una vieja familia patricia, la del cónsul Estatilio Tauro, ya lo sabía. Su nombre de pila lo revelaba. Pero pediría a Epafrodito que investigara más sus antecedentes.

¿Qué me había llevado a hacerlo?

Cuando había estado con ella en otras ocasiones, había notado cierta conexión, cierta comprensión mutua. Tal vez estaba equivocado y ella había

mentido para salvar su vida. O para intentar de nuevo arrebatarme la mía, aunque no lo creía. Estaba claro que necesitaba una emperatriz. Y ella parecía idealmente adecuada para ello. Era mayor, tenía que averiguar cuánto, pero creía que era algo mayor que yo, aunque todavía en edad de tener hijos. Parecía proceder de la familia adecuada, lo bastante para satisfacer a los críticos más severos en el Senado. Y creía, de manera acertada o no, que podía hablar abiertamente con ella.

El amor absorbente y desenfrenado que había sentido por Popea no se repetiría. Sería una estupidez buscarlo. Eso es lo que me dije a mí mismo.

Hacía buen día. Las carreras se disputarían en una arena seca, lo que permitiría correr y derrapar más. Mi carrera era la primera, y me alegraba de que fuera así, porque tener que esperar para competir me provocaría una aprensión que podría perjudicar mi actuación. Una vez estaba preparado y ya no podía hacer nada más, lo mejor era lanzarme y acabar con ello para volver a respirar con normalidad lo más rápido posible.

Estaba orgulloso de llevar los colores de los Verdes, honrado de que me hubieran ofrecido ese lugar. Vestido con la túnica verde de auriga, até las cintas de los arreos intentando pensar solo en la carrera y en su estrategia, y alejando todo lo demás de mi mente. Pero era casi imposible. En el palco imperial me esperaban Tirídates y su séquito, y Estatilia.

Pero mis caballos estaban nerviosos y ansiosos por correr, y salieron disparados de la casilla de salida como diablos liberados de una jaula, tirando del carro hacia delante tan deprisa que las correas se tensaron y me dolieron los brazos. Todos los tiros fueron rápidos en la salida, pero no nos enredamos al precipitarnos hacia el *alba linea*. Si esta no bajaba, los carros se estrellarían, pero bajó justo a tiempo y pasamos volando. Yo iba por el

segundo carril y no me atrevía a girar la cabeza para mirar atrás, pero oía ruido de cascos detrás de mí a ambos lados, y enseguida el carro de los Azules se situó a mi lado por la izquierda. Apremié a mi tiro a acelerar y los caballos me obedecieron, por lo que lo dejé atrás, pero nos acercábamos al primer giro, y como él corría por el interior, lo hizo más rápido que yo.

A partir de entonces fue una causa perdida. Mis caballos parecieron perder todo su ímpetu, o su resistencia, y reaccionaron con lentitud. ¿O acaso es cierto que los animales notan el estado de ánimo de su dueño y lo reflejan? Sin duda, yo estaba distraído y solo a medias en la carrera, y en el último giro, con el carro de los Azules y los Blancos delante de mí, giré demasiado cerca de los *metae*, reboté en ellos sin destrozar el carro ni a los caballos (¡gracias a Zeus!), pero escorándome hacia la derecha, por donde corría el carro de los Rojos, al que esquivé por los pelos. Aunque recuperé el control de los caballos y los conduje por el exterior, mi final fue una victoria exclusivamente en el sentido de que logré cruzar la línea de llegada intacto.

Mis competidores fueron elegantes y me felicitaron igualmente.

—¡Gracias por no chocar conmigo! —dijo el auriga de los Rojos, sonriente. Bueno, eso había requerido cierta destreza, por lo que merecía que se me reconociera algo de mérito. Nadie había acabado lastimado.

—No le des las gracias —replicó el de los Azules—. Privó al público de ver un accidente espeluznante. —Se volvió hacia mí—. ¿Cómo puedes ser tan desconsiderado? —añadió, pero también sonreía.

—El emperador ha corrido una buena carrera —dijo el de los Blancos—. Pero, naturalmente, competía contra nosotros, los mejores de estas tierras.

—No andas desencaminado —aseguré—. Sois lo mejor que Roma puede ofrecer.

Una vez se limpió y barrió la pista, dio comienzo la segunda carrera, y yo me dirigí hacia el palco imperial, protegiéndome de la lluvia de flores que me lanzaban y saludando como respuesta a los vítores ensordecedores. Creo que a la gente le caía mejor por haber llegado el último y reírme de ello. La gente es extraña; por eso complacerla está envuelto de misterio.

El palco estaba cubierto de guirnaldas y colores de los competidores, y cuando entré los presentes se levantaron para saludarme. No me había cambiado de ropa y todavía llevaba el atuendo de auriga, empapado de sudor y cubierto de una ligera capa de arena fina.

Tigelino me sujetó el antebrazo e hizo una mueca.

—¡Vas cubierto de arena! Podrías lijar un pedazo de madera.

—Un recuerdo de la carrera —dije—. Prueba de que la corrí.

Tirídates hizo una ligera reverencia con la cabeza.

—Bueno, hoy he visto la competición hípica romana. Cuando vengas a Partia, te mostraremos la nuestra.

—¿Irás a Partia? —preguntó Ninfidio—. ¿Cuándo?

—Tirídates y yo estamos planeando una iniciativa militar conjunta —respondí.

Tigelino apenas pudo contener una risotada.

—¿Militar? —Y podría haber añadido: «¿Tú?»

Todavía no lo había decidido, pero el desdén y la incredulidad que causaba que yo pudiera estar interesado en una campaña militar me irritó.

—Sí, una campaña contra las tribus alanas al norte de Armenia —expliqué—. Cuando vuelva de Grecia. Recuerda que parto para Grecia en julio. Pero después, cuando la nueva legión esté formada, yo la dirigiré.

—¿Qué nueva legión? —preguntó Tigelino—. ¿De qué estás hablando?

—Voy a reclutar una nueva legión con hombres de Italia, la primera creada así desde hace más de un siglo. —Toma, ¿acaso se creía que no sabía nada de



la historia de las legiones romanas?—. Tendrán que medir seis pies de altura por lo menos, y la llamaremos Falange de Alejandro Magno, aunque su nombre oficial será Primera legión «italiana».

—¿Por qué no sabía nada de esto? —preguntó Tigelino.

—Acaba de decidirse.

«En este mismo instante, gracias a tu escepticismo», pensé.

—Quizá tendrías que reclutar a los hombres entre los bárbaros —propuso Ninfidio—. Suelen ser enormes.

—¿Hemos llegado a un acuerdo entonces? —se apresuró a decir Tirídates—. Prometiste decidirlo deprisa, y has cumplido tu promesa. —Se volvió hacia los demás—. El debate infinito y la falta de decisión son una plaga, una enfermedad que vuestro emperador es lo bastante sabio como para evitar.

O lo bastante tonto como para ignorar.

Se sirvió vino para celebrar el acuerdo informal, y bebimos. Era un lujo permitirme que el vino acabara con mis nervios ahora que la carrera había concluido sin problemas. Para el contrincante que tenía ahora ante mí, el vino sería una ayuda más que un obstáculo.

—¿De modo que el emperador irá a hacer de soldado? —dijo la voz ronca de Estatilia, que había permanecido callada en un segundo plano. Llevaba ropa oscura, como si quisiera hacer hincapié en que estaba de luto.

—Sí, ya va siendo hora, ¿no te parece?

—El emperador se luce en todo lo que hace —dijo Tirídates con entusiasmo—. Por lo que será un guerrero valiente.

Tigelino contuvo una carcajada tan ostensiblemente que hasta le temblaron los hombros.

«¡Malditos sean todos!», pensé. Era nieto de Germánico y si quería ser soldado, no tenía ninguna duda de que podía serlo. Y serlo bueno, además.

—Contigo a mi lado, hermano, rivalizaremos en valentía —dijo. Yo

también podía soltar halagos orientales.

—Sí, ya va siendo hora —dijo Estatilia, ignorando el intercambio entre Tirídates y yo—. Creo que la fuerza de Roma radica en sus legiones, y la fuerza de las legiones depende de la fuerza de cada uno de los soldados que las componen.

—Bien dicho, descendiente del gran Tito Estatilio Tauro, cónsul y triunfador —dijo Tigelino.

—Tengo muchas de sus condecoraciones y honores —declaró—, que heredé. Me complacería mostrar a mi emperador esta colección cuando él quiera, en mi casa, situada en lo que queda de los jardines de Tauro.

Y así se decidió el lugar de nuestra cita secreta. Sería en su terreno, no en el mío. Y no en la casa donde su marido había muerto, sino en la casa que conservaba de lo poco que mi madre le había dejado cuando había confiscado los jardines de su familia valiéndose de una acusación falsa de brujería y los había convertido en una propiedad imperial.

—Estaré encantado de verlos —dije.

Asintió, y su mirada se cruzó con la mía.

Partí del palacio al anochecer. Los pájaros surcaban el cielo, convertidos en unas figuras negras recortadas contra un delicado fondo azul. Los jardines de Tauro no quedaban lejos del pabellón de la Domus Aurea. Cuando estaba en la terraza y miraba al norte, podía ver la casa a la que Estatilia me había ofrecido ir, un conjunto amarillo que destacaba entre el verdor de los jardines que lo rodeaban.

Iría en litera. Eso significaba que los observadores sabrían adónde iba y cuánto rato estaba, pero no había forma de evitarlo. La privacidad no era algo que un emperador pudiera tener, sino un privilegio fuera de su alcance.

La brisa de la noche era tan suave como solo puede serlo el viento de mayo. Me dije a mí mismo que no debía pensar en lo que me depararían las próximas horas. Lo que no me impidió pensar en ellas.

«Estoy acostumbrado a actuar. He estado en el escenario y he buscado la aprobación de cientos de personas. He conducido carros y buscado la aprobación de millares. Pero ¿la aprobación de una persona, en privado, y una audición para la que no se puede ensayar?»

Los portadores depositaron la litera en el camino de grava frente a la entrada de la casa. Era grande, pero no imponente, construida en una época más simple. Su antepasado, Tito Estatilio Tauro, había luchado en los últimos momentos de la República hacía cien años, dirigiendo las fuerzas terrestres de Octavio en la batalla de Accio. Su reputación como general era tal que las fuerzas de Antonio se rindieron sin luchar, en lugar de enfrentarse al mayor general de Octavio después de Agripa. Regresó a Roma como un héroe, y erigió lo que entonces era una casa impresionante. Sus terrenos reducidos, ya que mi madre se había apropiado de todo lo demás, estaban bien cuidados, con hileras de plátanos, bojés y caminos de guijarros que enmarcaban bien la vivienda.

Un esclavo con una antorcha encendida apareció en la puerta y se acercó a mí, que estaba junto a la litera.

—César —dijo con una reverencia. Hizo un gesto para que lo siguiera hacia la casa, y yo despedí a la litera. Antes de que volviera a subirme a ella, habrían pasado muchas cosas.

El atrio estaba en penumbras; era aquella hora del día en que la luz exterior ha menguado, pero las lámparas no sirven de mucho. Un tenue brillo seguía realzando la abertura del impluvio y se reflejaba un poco en el agua que había debajo.

Estatilia salió de entre las sombras y me saludó:

—Bienvenido, César —dijo—. ¿Has venido a ver los honores de mi ilustre tatarabuelo?

—Por supuesto. ¿No es la razón por la que fui invitado? —¡Qué extraño juego estábamos jugando! Pero que comenzara.

—Sí —respondió—. Una visión de la vieja República, sus honores y lo que importaba entonces.

¡Por todos los dioses! Iba a convertirlo en algo político. No debería haberme sorprendido, puesto que Vestino era un republicano comprometido.

—Muéstramelos —pedí.

Me condujo hacia la parte posterior del atrio, donde la toga de color púrpura y dorado del triunfo de su antepasado estaba expuesta de modo que sus pliegues tocaban el suelo con tanta gracia que esperé ver asomar unos pies por debajo. Alargué la mano para tocarla y casi le hice un agujero. La tela se había deteriorado y era tan frágil como la tela de una araña. Me detuve justo a tiempo.

—Tiene exactamente cien años —dijo—. Nunca la tocamos, salvo para quitarle el polvo con unas plumas.

—Cien años —repetí—. Cuando Antonio y Cleopatra todavía vivían.

—La ganó por su campaña en África, cuando Octavio y Pompeyo Sexto estaban en guerra. —Señaló el busto de mármol en un pedestal, protegido por una pequeña barrera de urnas. En la frente blanca del busto había una corona marchita que le caía hasta encima de las cejas. Era una réplica de la corona de laurel que había llevado el día de su triunfo.

—¡No la toques! —me advirtió—. ¡Quedaría reducida a polvo!

De repente, este intento vano de conservar lo que era precedero me pareció patético. Los años habían vuelto negras las hojas en su día verdes y las habían retorcido, por lo que aquello era más una burla que un tributo.

Me condujo hacia la habitación contigua de la casa, donde estaba expuesta

la máscara funeraria de su antepasado, la que se utilizó en los ritos de duelo. Allí estaba, mirándonos, un hombre de aspecto afable a pesar de su habilidad militar. Parecía atrapado, como si quisiera huir de aquel museo polvoriento.

Delgadísimas ropas viejas, hojas largo tiempo muertas, máscaras de cera... ¿Estaba en un mausoleo?

—Gracias por mostrármelo —dije.

—Hay más —afirmó—. Mucho más. Tenía muchos otros honores y distinciones.

Tomé sus manos en las mías.

—Seguro que son muy valiosos para su familia, pero no me hace falta ver nada más, una vez vistos los recuerdos de su mayor distinción.

Apartó las manos.

—Bueno, tú has recibido tantos que estos deben de parecer aburridos e insignificantes. Son de antes de que hubiera un emperador, de antes de que un hombre acaparara todos los honores.

—No he venido aquí para pelear contigo ni para hablar de política —dije—. Tenía entendido que teníamos otra misión.

—Ah, sí. Eso. —Sonrió.

A lo mejor estaba tan recelosa como yo.

—Pero, antes, tomemos algo de vino —sugirió.

«Eso, eso.»

Apareció un esclavo con una jarra de vino, otra de agua y dos copas de pie corto en una bandeja. La dejó, sirvió con cuidado el vino y le añadió agua. Estatilia y yo tomamos cada uno nuestra copa.

Ah, vino. El regalo de Baco. Amigo íntimo de Afrodita. Bebí de la mía, después de dejar que ella bebiera de la suya. Por si acaso.

—Vamos a sentarnos en el jardín —dijo Estatilia y, tras llevarme al peristilo, se sentó en un banco de mármol. Anochecía, y los esclavos

encendían faroles mientras nosotros contemplábamos cómo los últimos colores del día se desvanecían de las flores hasta que solo se veían las blancas. Pronto atrajeron mariposas nocturnas, que aleteaban suspendidas sobre los pétalos. Tras el bullicio del día, reinaba la paz.

Estatilia me tomó la mano y la sujetó entre las suyas.

—Este es mi lugar favorito —dijo—. Me gusta venir aquí al caer la tarde. Por eso te pedí que vinieras a esta hora.

—¿Por qué te gusta tanto?

—El día se ha acabado, para bien o para mal, y puedo contemplarlo tranquilamente, sabiendo que no tengo nada que hacer las siguientes horas, y nada que pueda hacer para cambiar las últimas horas. Hay una profunda paz en eso.

—¿Es paz lo que buscas?

—Una paz subyacente, no una vida estática —respondió—. Son cosas distintas.

—Es lo que dirían los filósofos.

—Sí, es verdad. Lo dicen.

—¿Estás ya en paz con lo que pasó entre Vestino y yo, o es demasiado esperar?

—Ya lo estoy. Pero antes tenía que hacer lo que hice en el banquete. Tenía que hacerlo por él. Se lo debía.

—Vengarte o tratar de hacerlo —dije—. Es un deseo básico. ¿Pero quizá intentar vengarte y fracasar basta para cumplir con la obligación?

—Sí. A los ojos de los dioses, es lo mismo. Ya no tengo que maldecirte. Maldecirte sería maldecir mi propia vida, porque está unida a la tuya.

—¿Es esta la única razón? —Si todavía deseaba hacerme daño, no tenía ningún deseo de unir mi vida a la suya—. Si no estamos juntos, ¿prefieres verme muerto? No es una opinión demasiado halagüeña.

—No —contestó—. No querría que te ocurriera nada malo. —Y con mi mano aún entre las tuyas, añadió—: Pero todavía tenemos algo que resolver.

Me llevó a una habitación del piso superior, donde estaban sus aposentos. La estancia disponía de una terraza, desde donde pude ver casi toda Roma, salpicada por la luz de miles de antorchas.

—Esto es solamente mío —dijo—. Mi casa solariega. —Se detuvo un momento antes de proseguir—. Vestino nunca estuvo aquí. Vivíamos en su casa.

No había aquí ninguna sombra del pasado, entonces. Ningún lugar de felicidad o de dolor con Vestino. Solo la vida de Estatilia, sus recuerdos, de antes de conocerlo.

Me tomó la mano y entramos juntos para dirigirnos hacia la cama. La estancia estaba oscura, y cuando fue a encender una lámpara, la detuve.

—Déjalo —pedí. La penumbra era suave y acogedora. Por las dos pequeñas ventanas entraba solamente la tenue luz del día que llegaba a su fin. Enmarcadas por las ventanas, las primeras estrellas centelleaban débilmente en el cielo. Una música lejana, tal vez de una flauta, flotaba en el aire nocturno. Lo mismo que los sonidos de las calles, personas que se llamaban unas a otras y los gritos de niños jugando.

La estreché entre mis brazos. Encajaba bien en ellos. Ya no sentía aprensión ni timidez. Ella se agachó y retiró las mantas, lo que dejó al descubierto unas suaves sábanas intactas, que recorrió con las manos para invitarme a ocuparlas.

Era una mujer con experiencia, que sabía qué le daba placer y cómo dar placer a otra persona, y lo hacía sin ruborizarse. No hay sustituto para eso, y si no puede haber una profunda adoración, sí puede haber pasión, sensualidad y saciedad.

Ninguno de los dos dijo la palabra *amor*.

Nos casamos en aquella casa una semana después. Cuando me subí de nuevo a la litera por la mañana, una vez había amanecido, estaba todo decidido. Había pasado su prueba en la cama «sorprendentemente bien», había dicho, una expresión que no me molesté en aclarar. ¿Qué había esperado? ¿Quería oírlo? No.

—Así que no veo motivo para demorarlo —dijo.

Ni yo tampoco. De esta forma, Tirídates podría asistir como invitado, lo que lo convertiría de algún modo en un acto de Estado. Así que nos situamos en el atrio y dijimos las palabras que nos unían para siempre, todas salvo una frase: «Si tú Cayo, yo Caya.» Había hecho esta promesa a Popea y no iba a romperla ni siquiera tras su muerte. Además, no quería que hubiera ninguna confusión en el inframundo, cuando somos sombras pálidas que nos buscamos unas a otras.

Estatilia no puso objeción. Hasta el matrimonio en sí parecía un acuerdo práctico para ella, por lo que los detalles de la ceremonia no estuvieron cargados de significado. Ni tan solo pareció sentir curiosidad por lo que tendría ahora al alcance de la mano como emperatriz. Quizá fuera tan dueña de sí misma que no necesitara preguntarlo siquiera.

Tirídates nos regaló una espléndida escultura de oro que representaba un caballo, con la promesa de que nos enviaría una selección de sus mejores corceles para la cría. Su séquito efectuó una exhibición de tiro con arco para entretenernos, y celebramos el banquete habitual. Finalmente el sol se puso, hicimos la tradicional procesión nupcial hasta la casa del novio, en este caso mi pequeña residencia en los jardines de Servilio, una casa que apenas visitaba porque estaba mal situada, en la parte suroeste de la ciudad, cerca de la vía que conducía a Ostia. Pero para esta novia quería un lugar sin ningún fantasma, por lo menos los primeros días.

Solos por fin en la privacidad de nuestros aposentos, soltó un enorme



suspiro.

—Aquí comienza nuestra andadura —dijo. Se volvió hacia mí—. Un matrimonio tardío es tan distinto de unas primeras nupcias como una violeta de un áster. Pero tenemos gloriosos ejemplos de estas uniones tardías: el mismísimo Julio César se casó tres veces antes de conocer a Cleopatra.

«Pero la amó más que a las otras», pensé. No era el orden en que llegaba el amor, sino que llegara, tarde o temprano.

—Tanto la violeta como el áster son hermosas, cada una en su estación —dije diplomáticamente.

## LIII

Pasamos una semana en la residencia de los jardines de Servilio, aislados del resto de Roma. Intenté ordenar mis sentimientos mezclados sobre este matrimonio y sobre la propia Estatilia. Era evidente que necesitaba una emperatriz; todavía no había cumplido los treinta y no podía vivir mi vida solo. También estaba la cuestión práctica de que necesitaba tener hijos o no habría nadie que me sucediera, y Roma se vería inmersa de nuevo en los conflictos que hubo tras la muerte de César. Pero ¿tendría que haberme casado con aquella mujer?

«Demasiado tarde para esto, Nerón, demasiado tarde. Ya está hecho. Hay cierta satisfacción en ello, cierta tranquilidad.»

Estábamos solos salvo por los esclavos y por la visita y los informes diarios de Tigelino y de Helios, que cada vez eran más importantes para mí. Tirídates había salido rumbo a Partia, y el reclutamiento de la Primera legión «italiana» iba muy bien. Al parecer, había muchos hombres impacientes por incorporarse a ella.

Sentado en uno de los taburetes del despacho, Tigelino guiñó el ojo.

—¿Y cómo van... las cosas..., César?

—Bien —dije secamente.

—Estoy seguro de que Vorax te recibiría con los brazos abiertos —afirmó—, si las cosas no van tan bien.

—Soy muy consciente de mis opciones, Tigelino —dije.

—Solo te lo estoy recordando, César.

—No tengo problemas de memoria.

Ojalá fuera así. Si mi recuerdo de Popea no fuera tan vívido, quizá estaría menos preocupado. Cuando Estatilia estaba en mi cama, podía dominarlo porque Estatilia era voluptuosa y experta, y alejaba todos los demás pensamientos de mi mente en aquel momento, pero después volvía lentamente a mí.

Pero en el mundo recluso que ocupábamos, aislado y protegido, podíamos, con cautela, irnos conociendo el uno al otro, qué y quiénes éramos antes de la conspiración.

Era tres años mayor que yo, por lo que tenía treinta y uno. Se había casado con Vestino a los diecisiete, pero había tenido muchos amantes.

—Bueno, eso lo explica —solté.

—¿Qué explica? Como si no lo supiera.

—Por qué tenías que resolver eso conmigo antes que todo lo demás.  
¿Comparaciones?

Suspiró y alargó la mano para tomar un higo recién cortado que estaba en la mesa que teníamos al lado.

—Son inevitables —dijo—. Es la maldición del matrimonio. Dicen que los mejores enlaces son los que se hacen entre dos vírgenes porque no conocen otra cosa y están satisfechos con lo que hay. —Mordió el higo y su jugo le resbaló por el mentón. Se lo secó de inmediato.

—No es tu caso —señalé con una carcajada.

—Ni el tuyo —replicó—. ¿Sabías que hubo rumores de que yo era tu amante y que Vestino fue nombrado en la conspiración para que tú pudieras casarte conmigo?

¿Cómo se le había escapado a Tigelino este rumor?

—Es absurdo —aseguré.

—¿Estás seguro de que nunca antes hemos sido amantes? —Rio.

—Lo recordaría.

—Bueno, estabas bastante borracho en aquel momento, en casa de Pisón...  
¡Por todos los dioses! ¿Era una de las de la lista de Petronio? ¿O se estaba burlando de mí?

—Seguro que jamás lo habría olvidado —dije galantemente.

—Has mejorado desde entonces —afirmó—. Si no lo hubieras hecho, bueno... —Extendió las manos con una carcajada.

—Si estaba tan borracho, no es extraño que lo haga mejor ahora. —¿Pero hablaba en serio? Dudaba de que hubiéramos estado alguna vez juntos. Pero no iba a seguir con ese tema.

Con el paso de los días volví a sentirme tan a gusto con ella como antes. Hablábamos de muchas cosas, y su voz grave y ronca, que siempre me había parecido atractiva, me resultaba cautivadora. Estatilia rezumaba una sofisticación que rechazaba las opiniones convencionales y le permitían hablar con franqueza.

—Si confío en alguien, claro —dijo—. Y por algún motivo, siempre he confiado en ti.

—¿Por qué?

—Porque tuviste el valor de ser tú mismo frente a la desaprobación. De ser artista a pesar del ridículo y la oposición.

—¿Ridículo? —solté, resentido.

Se acomodó en la punta de un sofá, despreocupadamente, como un pañuelo tirado en él.

—Seguro que sabes que hubo personas que se rieron de ti.

Sabía que me habían censurado, ¿pero reírse de mí?

—No las oí —aseguré.

—Estupendo. Pero yo sí. No importa. Porque estabas siendo fiel a ti mismo; eres honesto de los pies a la cabeza. Y podía confiar en ti. Para que

me escucharas y no se lo contaras a nadie. —Sonrió—. No eres ningún cotilla.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé —respondió con serenidad—. Puedo verlo. Mi madre me contó que tenía la capacidad de conocer a la gente, que sabía lo que pensaba después de que hubiera dicho solamente unas palabras. Yo he heredado ese don.

—¿Es un don o una maldición?

—Es un don doloroso —admitió.

Me hubiera gustado tener ese don, doloroso o no. Así no me habría llevado tamaña sorpresa con Pisón, Séneca, Lucano, Fenio o ninguno de ellos. Tal vez pudiera contar con que Estatilia fuera mis ojos y mis oídos. Podría ser mejor que Tigelino.

Cuando salimos de nuestro caparazón para sumergirnos en la vorágine de Roma, nos trasladamos a la Casa de Oro, y Estatilia se instaló en las dependencias de Popea, un acontecimiento agridulce.

Las habitaciones estaban amuebladas con objetos más del gusto de Estatilia. Trajo a sus esclavos, porque quería que ellos la sirvieran siempre. Así, poco a poco, lo queramos o no, el presente consume el pasado.

Estatilia fue presentada al Senado y al pueblo de Roma como mi emperatriz. Fuimos debidamente felicitados y agasajados. Nadie se atrevió a hacer otra cosa.

—Tú, que sabes leer los pensamientos, dime qué pensaban realmente —le pregunté después de que la larga ceremonia llegara a su fin.

—Lamento decepcionarte, pero no creo que realmente les importe —dijo.

—Oh —solté. Estaba decepcionado.

—Están más preocupados por tu próximo viaje a Grecia —afirmó—. No

les gusta quedarse solos tanto tiempo. Esto formaba parte de la preocupación por César, iba a irse a Partia tres años por lo menos. Es peligroso irse de Roma demasiado tiempo.

—He servido a Roma como un esclavo durante doce años, ¡sin irme nunca! Me merezco un respiro, una oportunidad de hacer otra cosa —solté.

—Lo que te mereces y lo que es prudente son dos cosas distintas —dijo, encogiéndose de hombros.

—Otros emperadores han dejado Roma para ir a conquistar territorios.

—Pues tal vez tendrías que ir primero a luchar junto con Tirídates y después a Grecia. A la gente le satisfará que hagas algo por Roma antes que por ti mismo.

—Mis competiciones en Grecia supondrán gloria para Roma. Lo estoy haciendo en nombre del pueblo de Roma.

—La gente no se identifica con las actividades artísticas en Grecia o en ningún otro sitio. No veo que tus juegos neronianos conviertan a la gente.

—¿Qué quieres decir? ¡Tuvieron una gran asistencia de público!

—No veo que vayan a sustituir los juegos de siempre o las carreras. En cuanto terminaron, la gente volvió a sus actividades romanas favoritas: las carreras y los combates.

—No puedo ir a luchar junto con Tirídates primero —dije—. Él necesita más tiempo para prepararse. Y el calendario de los concursos en Grecia está totalmente organizado.

—Como tú digas —soltó—. Tú eres el emperador. —Estaba claro que creía que estaba cometiendo un error.

A principios de julio, todos los preparativos estaban hechos. Una asombrosa cantidad de personas querían acompañarme, lo que contradecía a

los detractores que habían predicho que el viaje sería impopular. Varios senadores, incluido Cluvio Rufo, como heraldo imperial, líderes militares de alta graduación, como el general Vespasiano y el jefe de los pretorianos, y, como era de esperar, multitud de artistas y atletas, se unieron al grupo.

Antes de partir, me dirigí al Senado. Asistieron en pleno, conocedores de que era la última sesión en cierto tiempo.

Me levanté y me arreglé la toga. Por lo menos no tendría que llevar aquella horrible prenda en mucho tiempo.

—Nobles senadores de Roma —dije—. Voy a embarcarme en un viaje que ningún emperador ha hecho antes. No es un viaje de conquista, salvo en el ámbito de las artes y los deportes. Voy a Grecia, la cuna de nuestras costumbres y nuestra inspiración, donde todavía se celebran los juegos sagrados: los juegos de Zeus en Olimpia, los juegos de Apolo en Delfos, los juegos de Zeus de nuevo en Nemea, los juegos de Poseidón en el istmo de Corinto. Y también importantes, las accias, que el divino Augusto instituyó para conmemorar su decisiva victoria en Accio y que puso fin a la guerra civil. —Miré a mi alrededor para escrudiñar las caras de izquierda a derecha—. Algunos de vosotros me habéis pedido venir conmigo y, naturalmente, sois bienvenidos. Si alguien más desea unirse a nosotros, no es demasiado tarde. Saldremos en dos semanas.

Un senador corpulento se puso de pie.

—¿Pero cuánto tiempo estarás fuera, César? —preguntó.

—Asistiré al ciclo completo de los juegos, que durará un año.

—¡Un año! —gritaron.

—Tal vez algunos de vosotros queráis venir a alguno de los juegos en lugar de acompañarnos todo el tiempo. Los juegos se celebran escalonados a lo largo del año. Creo que los olímpicos, en verano, serán los más importantes.

Otro senador se levantó.

—No nos preocupa si vamos o no, sino que nos dejes tanto tiempo.

—He nombrado a unos representantes leales y cualificados —expliqué—. Helios será mi principal sustituto y podrá tratar los asuntos en mi nombre.

El Senado me miró atónito. Finalmente, un hombre se puso de pie y habló:

—¡Un liberto! ¿Has nombrado a un liberto para que tome las decisiones del gobierno?

—No, yo sigo tomando las decisiones del gobierno. Helios simplemente actuará en mi nombre.

—Perdóname, César —dijo un hombre delgado, nervioso, que se había levantado—, pero esto es... esto es...

—¡Ultrajante! —gritó otro hombre—. Dejarnos en manos de un sirviente, de un liberto... —Alguien le tiró de la toga y el hombre se sentó enseguida.

Su compañero se puso de pie.

—Por supuesto, el César nunca es ultrajante; siempre piensa en nuestros intereses, pero lo que mi amigo está intentando decir es que... ¿podemos realmente tirar adelante sin ti?

—Solo es por un tiempo. Y volveré cubierto de honores ganados en vuestro nombre que darán gloria a Roma y al Senado.

Si esta respuesta no los satisfacía, se lo callaron y me sonrieron. Se levantaron todos a la vez y me desearon lo mejor.

Tigelino, Ninfidio y yo pasamos revista a los soldados de la recién creada Primera legión «italiana». Estaban apostados en un campamento en las afueras de Roma y estaban formados para que los inspeccionara. A lomos de mi caballo, contemplé las hileras ordenadas de hombres, sus cascos especiales que les daban más altura reluciendo bajo el sol.



—Da gusto verlos, César —comentó Tigelino—. Pero ¿saben combatir?

—¿Qué quieres decir?

—Tienen buena planta, lo admito —intervino Ninfidio—, pero fueron seleccionados por su altura más que por otra cosa. Y un árbol alto y delgado no es necesariamente el más fuerte.

—Ni tampoco un arbusto —repliqué.

Desmontamos, y el comandante de la nueva legión nos guio por las hileras de soldados. El estandarte, con su recién elegido emblema, consistente en un jabalí, ondeaba con orgullo sobre ellos. Aunque yo soy alto, tenía que alzar la vista para mirarlos. Asentí con la cabeza mientras los inspeccionaba.

Tras regresar a una tarima para dirigirme a ellos, dije:

—Os saludo a todos. Yo, vuestro emperador, estoy orgulloso de daros la bienvenida a la compañía de las veintisiete legiones que protegen Roma, porque sé que seréis igual de valientes. Ya conocéis vuestro nombre: Primera legión «italiana», puesto que habéis sido reclutados exclusivamente en Italia, por primera vez en un siglo. Y vuestro otro nombre, que es muy especial, Falange de Alejandro Magno, obedece a que seguiréis sus pasos para ir a una región que visitó pero que pasó de largo. Vuestra misión será llegar a las Puertas del Cáucaso, y más allá.

Eran tan disciplinados que no hubo ningún movimiento, ningún balanceo, ningún arrastre de pies.

—¡Y yo mismo os comandaré! —exclamé—. ¡Yo mismo lucharé con vosotros!

Una gran aclamación se elevó por el aire veraniego. Yo mismo me lo creí. Por fin abrazaría el lado de mí que había suprimido tanto tiempo; la sangre de Germánico y de Antonio me llamaba.

Pero, primero, los juegos en Grecia.

Y una carta que tenía que escribir.

## LIV

### ACTEA

Así que se había vuelto a casar. Y tan deprisa. No estaba hecho para estar solo; siempre necesitó una compañera, alguien en quien reflejarse, una confidente, eso lo he sabido siempre. Pero, aun así, por extraño que parezca, me afectó enterarme de ello.

Su nueva esposa es Estatilia Mesalina, una aristócrata de primer orden procedente de una antigua familia romana, con un antepasado, Estatilio Tauro, que ocupó dos veces el cargo de cónsul y celebró una ceremonia del triunfo. Su nombre perduraba en la memoria popular ligado al anfiteatro que él había construido, el teatro de Tauro, el primero de Roma hecho de piedra. Fue una gran pérdida que quedara destruido en el incendio.

Su marido pereció en la conspiración, por lo que es raro que se haya casado con el hombre que la ha dejado viuda. Pero si ese hombre es emperador, ¡qué fácil es pasar por alto una cosita así!

Bueno, estoy siendo cruel. Pero ¿no es sospechoso? Cuesta creer que sus motivos sean puros. Y es famosa por ser una libertina, como su prima, la emperatriz Mesalina, esposa de Claudio, solo que no tan extrema; como si alguien pudiera serlo.

Ayer recibí un mensaje del palacio, tan inesperado como el primero de Popea. Lo he dejado descansar en la mesa por la noche. No es que vaya a aceptar la invitación, pero quiero que pase un pequeño intervalo de tiempo

antes de decir que no; un breve espacio en el que mentalmente todavía pueda decir que sí.

A la señora Claudia Actea, en Velitres:

El *imperator* Nerón Claudio César Augusto Germánico te envía saludos.

El emperador invita a la mencionada Claudia Actea a acompañarlo a Grecia para celebrar allí los juegos panhelénicos, que tendrán lugar en Corinto, Delfos, Nemea y Olimpia.

Detalles: el grupo saldrá de Roma el quince de julio y se dirigirá hacia Bríndisi por la vía Apia. Puedes unirse a nosotros en cualquier punto del viaje. Desde el puerto de Bríndisi, unas embarcaciones transportarán al grupo, que incluye oficiales del gobierno, soldados, artistas y atletas, a Grecia. El alojamiento y la manutención corren por cuenta del tesoro imperial.

Al emperador le complacería que aceptaras la invitación.

Y, de su propio puño y letra, una posdata:

Mi querida Actea:

Te agradezco con retraso tu oportuna advertencia sobre Seneción, que era totalmente precisa, y por la que te doy las gracias.

Tú, que presenciaste mi primera aparición pública, sabes muy bien lo que mi actuación en Grecia significará para mí. Y puedes valorar mejor si he mejorado desde entonces. Hay muchas personas que vendrán a verme, pero ninguna tan importante para mí como tú.

Tu amigo y agradecido emperador,

La respuesta era, tenía que ser, no. No deseaba formar parte de su séquito adorador, y, además, no podía ausentarme tanto tiempo de mi negocio. La idea de viajar con un grupo de actores, atletas y soldados no me apetecía nada.

Pero me estaba diciendo esto a mí misma mientras sabía que, evidentemente, él me elegiría entre la gente y me introduciría en su círculo íntimo. No iría dando tumbos con los espectadores sino que formaría parte de su propio grupo. ¿Qué le parecería eso a Estatilia? Después de cómo me trató Popea, no deseaba ponerme en el punto de mira de otra emperatriz.

Aun así, aun así..., quizá podría ir aparte, asistir a uno de los juegos por mí misma, solo para mirar, para verlo actuar. Ser invisible. Estar allí solo para mí, como había hecho antes en los funerales.

Tenía que contestar. Tenía que responder. Pero detestaba escribir las palabras.

LV

## NERÓN

Todo estaba preparado, excepto mi pericia artística, que era siempre una incógnita para mí hasta que estaba en el escenario. Había practicado con la cítara hasta tener los dedos en carne viva, y el brazo donde la apoyaba, dolorido; había memorizado las palabras de *Edipo en Colono* tan obsesivamente que una noche Esporo vino corriendo a mi cama cuando grité «¡Terribles descendientes de la Tierra y la Tiniebla!» mientras dormía. Había cinco obras más que también tenía que dominar.

Como había recordado a Actea, había actuado en público por primera vez hacía siete años, pero había sido ante una cantidad reducida y seleccionada de gente, y temblaba cuando salí al escenario. En parte porque sabía lo mucho que impresionaría a todo el mundo verme con una túnica de citarista, pero también porque no estaba seguro de desenvolverme bien. Ahora, en los legendarios juegos griegos, el nivel de pericia exigido era mucho mayor, y sentía la misma angustia que cuando era novato. Pero siempre tenía ante mí la seria profecía que el oráculo de la diosa de la Fortuna me había dicho cuando era niño en Anzio: «La música no es nada si se la tiene oculta.»

La mayoría de la gente que había visto aquella primera actuación había desaparecido, pero Actea era un vínculo con aquella fase inicial de mi carrera dramática. Habría sido importante a muchos niveles que me hubiera acompañado a Grecia. A diferencia de Popea, a Estatilia no le habría importado. Pero había rechazado la invitación. Me preguntaba, de verdad, si

alguna vez volveríamos a vernos. La vida es larga, pero los encuentros pueden ser escasos si se dejan al azar.

Nos reunimos al sur de Roma, al comienzo de la vía Apia, la famosa carretera llamada «la reina de las grandes calzadas» que se extendía trescientas cincuenta millas desde el Foro hasta Bríndisi, en la costa suroriental de Italia, desde donde zarparíamos hacia Grecia.

Había cinco mil *augustiani*, trescientos pretorianos, senadores, oficiales y miembros del ejército. Había doscientos atletas, incluidas Tulia y las chicas que competirían en Olimpia, y quinientos actores y cantantes. En total ascendíamos a unas seis mil personas, y Faón, Tigelino y Ninfidio supervisarían la logística del grupo. Porque contábamos, por supuesto, con esclavos y con artesanos para servir a toda esta gente, lo que elevaba la cifra total a unas diez mil personas.

Viajando despacio en cientos de ruidosos carros, llegaríamos a Bríndisi en unos diecisiete días. Hasta que hubiéramos zarpado, sería fácil contactar conmigo mediante un mensajero rápido.

De pie en un podio improvisado, contemplaba el océano de carros y de personas preparados para iniciar el viaje. Lo había logrado. Había propiciado aquello. Un sueño se había hecho realidad, y nos embarcaríamos en el mayor desafío artístico, no en mi imaginación, sino en la realidad.

—Somos los elegidos, los bienaventurados, que zarpamos hacia Grecia. Todos vosotros sois mis compañeros, mis hermanos en el arte. ¡Que comience el viaje! —Di la orden y mi carro arrancó por la carretera bien pavimentada, bordeada de monumentos de mármol dedicados a los difuntos, protegidos por pinos que nos susurraban: «Adelante, vamos, Grecia os espera.»

Avanzamos a un ritmo lánguido; ¿cómo iba a ser de otro modo con tantos carros con equipaje? Pero el viaje era bastante agradable. En cuanto salimos de Roma sentí que me invadía una paz inmensa. Iba a cumplir una promesa que había hecho hacía mucho tiempo a un chaval: a mí mismo.

La vía Apia atravesaba primero las lagunas Pontinas, que, aunque parcialmente drenadas, seguían teniendo charcas apestosas de agua plagadas de insectos, y se adentraba después en las tierras verdes de Campania, una extensión apacible de árboles y campos tranquilos.

Estaba dejando que esta belleza serena me relajara cuando Esporo, sentado a mi lado, susurró:

—En este trecho hay fantasmas.

—Yo no los noto —dije.

—Pues deberías. Seis mil fantasmas están gritando, los seis mil que fueron crucificados tras la rebelión de Espartaco. Las cruces bordeaban la calzada desde Roma hasta Capua. Ciento veinte millas de cruces.

Pero sus sombras se habían esfumado bajo el sol. Me estremecí.

—No busquemos malos presagios —le dije.

Pero ya era demasiado tarde. Ahora podía ver las sombras de las cruces proyectadas en la carretera, más alargadas a medida que el día llegaba a su fin. Él los había invocado, y habían cobrado vida después de casi ciento cincuenta años.

Una vez dejamos atrás aquel trecho, el ambiente se relajó y oí gente que cantaba en los carros de detrás mientras el aire iba refrescando a medida que ascendíamos y coronábamos los Apeninos, la cordillera montañosa que cruza Italia. Con el calor de julio, el recorrido por las llanuras y, especialmente, por los terrenos pontinos, había sido húmedo y agobiante, pero las montañas nos ofrecían un respiro.

Enseguida estuvimos al otro lado y a medio camino. Había viajado muy

poco, había visto muy poco de mi país porque jamás me había alejado más de unas doscientas millas de Roma. Ahora había llegado mucho más allá, y el mundo abría los brazos para recibirme después de que Roma me hubiera tenido cautivo toda mi vida. Escaparía de sus garras, saborearía lo que había más allá de ella. Grecia. Troya. Egipto. La campaña en Oriente. Me sentí henchido de felicidad; me sentí como Hércules rompiendo sus ataduras.

Por fin nos acercamos a Bríndisi, y apareció ante nosotros el mar Adriático, un mar que nunca había visto y que bañaba nuestras costas orientales y nos unía con Grecia y con el este. Centelleaba a lo lejos, con una neblina blanca en el horizonte, donde el mar se encontraba con el cielo. Vislumbrarlo significaba que el viaje era real y que pronto dejaría atrás las costas de Italia.

Mientras nos aproximamos a la ciudad, me recité a mí mismo todo lo que sabía de ella. La había fundado uno de los héroes homéricos, Diomedes. Había sido atacada por Julio César en su guerra contra Pompeya. Octavio y Antonio se habían reconciliado aquí, cuando Antonio había accedido a casarse con la hermana de Octavio. Y el poeta Virgilio había muerto aquí al regresar de... ¿A qué otro lugar viajaría un poeta? Grecia, efectivamente.

Era una ciudad griega de espíritu, fundada por un griego y situada frente a Grecia.

—¡Ya estoy en Grecia! —exclamé, alzando las manos con alegría. Si el carruaje no se hubiera estado moviendo, me habría puesto a bailar.

Recordé el papel que Bríndisi había interpretado también en mi concepción. Antonio y Octavio habían hecho un pacto en esta ciudad, y lo habían sellado con el matrimonio de Antonio con Octavia. El matrimonio, un desastre legendario, tuvo dos hijas, ambas antepasadas mías. Dos años después, Octavio pidió a Antonio que se reuniera con él en Bríndisi; Antonio viajó allí, pero Octavio no apareció. En aquel momento, Antonio zarpó de



nuevo rumbo al este para volver con Cleopatra y jamás pisó Italia otra vez. Me preguntaba cómo se sentiría cuando luchaba contra todo y, como César al cruzar el Rubicón, sabía que la suerte estaba echada.

El puerto tenía forma de horquilla, de modo que la ciudad se encontraba entre las dos puntas. Sus aguas profundas lo convertían en un puerto importante, que podía albergar una cantidad considerable de barcos. La carretera descendía hacia el agua, donde dos columnas de granito de cincuenta pies, cuya base estaba bañada por las olas, señalaban el final de la vía Apia.

Salté del carruaje y me situé a la orilla del agua. La ruta terrestre terminaba aquí. Iniciaríamos ahora la ruta marítima hacia Grecia. El aire salado me despeinaba el pelo. Unas gaviotas chillaban sobre nosotros, revoloteando y graznando. Pronto nuestras velas las imitarían para intentar aprovechar el viento y permitirnos volar hasta nuestro destino.

## LVI

Cuando finalmente pisé el suelo sagrado de Grecia, sentí que la tierra que tenía bajo los pies estaba imbuida de energía. Olí la sutil y característica diferencia de la fragancia que impregnaba el aire, nueva aunque de algún modo familiar para mí gracias a la poesía. Enmarcaban el cielo unos pinos cuya forma era diferente de la de los romanos y cuyas ramas evocaban leyendas. Era todo cierto. Grecia existía, y no solo en la imaginación. Estaba allí, rodeado de ella; había regresado al hogar, un lugar del que formaba parte a pesar de no haber estado nunca en él.

«Grecia, te abrazo. Recíbeme como a un hijo», pensé.

La travesía había sido tranquila y sin incidentes, un día glorioso seguido de otro; sin tempestades, sin falta de viento. Poseidón había sido amable, y nos había guiado. Solo tardamos tres días en llegar a Corcira, en la isla de Corfú, y después, un día y medio más en navegar hasta el continente en el golfo de Accio.

Habíamos desembarcado cerca del lugar de la fundamental y trascendental batalla marítima de Accio, donde, ocho años después de la ruptura, Octavio había infligido una rotunda derrota a Antonio y Cleopatra, con lo que había hecho suya la totalidad del Imperio romano. Allí había fundado Nicópolis de Epiro, que había decorado con trofeos como los espolones de la flota derrotada, y decretado que cada cuatro años, en el aniversario de la victoria, se celebraran en aquel lugar unos juegos conmemorativos. Había llegado a tiempo para participar en ellos. Tenía sentimientos encontrados en cuanto a celebrar la derrota de Antonio, pero este certamen sería menos exigente que

los cuatro juegos tradicionales, más antiguos, y una buena primera toma de contacto con la competición.

Estaba en la cima de la colina que daba a la bahía de Accio, que a pesar de su amplitud poseía una abertura estrecha. Tiempo atrás el ejército de Octavio había estado acampado aquí, frente al campamento de Antonio, cruelmente situado en un lugar infestado de malaria, al otro lado de la bahía. Ahora, en esta ladera, se había erigido un teatro, un monumento con los espolones, además de templos y un estadio para los juegos. La conmemoración limpia y ordenada de un hecho sangriento y turbulento.

Los oficiales de los juegos se arremolinaron a nuestro alrededor para darnos la bienvenida y decirme que habían construido unas dependencias especiales para alojarnos. Los juegos en sí comenzarían en una semana «o cuando el César esté descansado», comentó en griego el oficial que presidía los juegos. Yo hablaba griego además de latín, así que no tenía ningún problema para comunicarme con él.

Estaban muy ansiosos por complacernos y habían organizado un banquete de bienvenida para aquella noche. Pero lo pospuse. Todo el mundo estaba cansado y manchado de sal, y un baño tranquilo, una cena y un buen descanso sería lo mejor por el momento. Asintieron servilmente.

Pero bien entrada la noche, después de que mi grupo se hubiera instalado en los alojamientos temporales erigidos para nosotros en la cumbre de la colina, me levanté y salí a hurtadillas, de modo que solo autoricé a dos guardias para que me siguieran de lejos. La luz intensa de la luna llena convertía el agua de la bahía en un espejo oblongo en el que los monumentos se reflejaban como siluetas oscuras. Un silencio absoluto había cubierto el lugar como un manto, y lo había sumido en una veneración profunda, en la que solo un coro de cigarras cantaba de fondo.

Bajé lentamente a pie la colina hasta que llegué a la gran base del santuario

al aire libre que Octavio había dedicado a Apolo. El pavimento llano denotaba que la calma que impera tras una batalla forma parte del pasado, que sus gritos y sus momentos críticos quedan relegados a la historia, una historia que es su propio mausoleo.

Sí, eso era lo que era. El mausoleo de una batalla librada hacía cien años y cuyos participantes estaban todos, incluso aquellos que habían fallecido por causas naturales, muertos. Sobre mi cabeza pasó una rápida figura oscura, un murciélago que proyectó brevemente su sombra sobre el pavimento y desapareció.

Justo bajo el amplio pavimento había un muro con los espolones navales de las embarcaciones de guerra de la flota de Antonio y Cleopatra capturadas. Me acerqué al borde y miré abajo. Relucían bajo la luz de la luna y proyectaban unas sombras muy marcadas. Había treinta y seis, todos de distintos tamaños, arrancados de las embarcaciones y encajados en el muro. Con cuidado, mirando muy bien por dónde andaba, descendí a una calzada inferior y avancé por ella para pasar ante las hileras de espolones. Estaban situados a la altura del hombro, de modo que podía examinarlos detenidamente. Recorrí uno de ellos con la mano; el bronce estaba frío y liso. Si cerraba los ojos, casi podía oír el ruido de los espolones al golpear los barcos de madera, los gritos angustiados de los marineros, y sentir el momento en que todo estaba perdido.

Pero no todo estaba perdido. Di unas palmaditas en el espolón. Octavio había ganado la batalla, pero la guerra no había terminado. Ahora había un emperador que consideraba que el este era equiparable al oeste, que valoraba la gloria de Grecia y que tenía un mandato de la mismísima Cleopatra: «Te cedo sus sueños y sus ambiciones para que los custodies.» El sueño de un imperio que abarcaba tanto el este como el oeste no pereció con Alejandro, ni

con Antonio y Cleopatra. Estaba vivo en mí. Y yo lo propiciaría. Este viaje a Grecia era el primer paso.

Estuvimos en Nicópolis de Epiro más de un mes, acostumbrándonos a la zona. A principios de septiembre se celebraban las accias, coincidiendo con el aniversario de la batalla de Accio, el día 2 de ese mes. Jamás habían tenido la distinción de los tradicionales juegos panhelénicos y no atraían grandes multitudes ni competidores de renombre.

Participé solamente en un evento: el concurso musical. No canté, solo interpreté una melodía de mi propia invención con la cítara. El público, aunque reducido, se mostró entusiasta, y en aquel momento sentí que había sido un acierto total esforzarme tanto por ir a Grecia a competir. No por ganar, aunque esta vez lo hice, sino simplemente por la alegría de participar.

Las accias fueron una introducción suave a los prestigiosos y antiguos juegos en los que participaría más adelante. Uno de los más importantes, el de Delfos, tendría lugar pronto.

Delfos. La palabra misma rezumaba gloria. El centro del mundo, en las laderas del monte Parnaso, hogar de las Musas, donde brotaba la fuente Castalia. El templo del oráculo de Apolo. Los primeros certámenes que incluyeron arte dramático y música, como correspondía a Apolo, además de pruebas atléticas. El lugar donde Dionisos pasaba los meses de invierno de juerga. Lugar de peregrinaje de todo el mundo griego, rico en donaciones y lleno de valiosísimas obras de arte.

Navegamos rumbo allí por el golfo de Corinto, aquel dedo largo y fino que cortaba Grecia por el medio y dejaba el Peloponeso unido por un istmo de cuatro millas con el continente. Hacía un buen día y soplaban un viento fuerte, pero no peligroso. Resguardados en el interior del golfo, reseguiamos la costa

hasta desembarcar cerca de Delfos. El monte Parnaso se elevaba ante nosotros, azul como el crepúsculo, envuelto en misterio.

Su belleza era indescriptible. No es extraño que Apolo lo hubiera elegido para establecer allí su morada, ni que las Musas vivieran en él. Era el imán que me había atraído toda mi vida, y ahora estaba en su umbral.

Se estaba congregando gente a mi alrededor, pero por unos instantes solo fui consciente de la figura recortada de la montaña sagrada y de los esbeltos cipreses que se elevaban como ninfas en sus laderas. Veía la silueta de los monumentos esparcidos por ellas.

Nadie podía moverse hasta que yo lo hiciera. Finalmente, el hechizo se rompió y hablé:

—Vamos —dije, y partimos hacia el santuario. Seguimos el camino que se elevaba suavemente custodiado por piedras mientras el viento agitaba con delicadeza los pinos, los cedros y los laureles. Los únicos colores presentes eran el gris piedra y el verde oscuro, discretos y suaves.

A medio ascenso, el camino se volvía más escarpado. El aire era más puro y olía delicadamente a tomillo e hinojo, además de contener la cálida fragancia del laurel, la planta de Apolo. Delante de nosotros, en un recodo del camino, encontramos la pila recortada en la roca de la fuente Castalia, en cuya superficie jugaba la luz moteada del sol.

—¿Te vas a bañar en ella? —preguntó Estatilia, que había subido resollando detrás de mí.

Contemplé las ondas del agua allí recogida que brotaba más arriba. ¿Debería bañarme, o simplemente beber de ella?

—Hay quien solo se lava las manos o el pelo, pero los asesinos tienen que lavarse por completo —dijo.

Los asesinos. Si me bañaba en ella, ¿supondría todo el mundo que estaba intentando purificar mi culpa?

—¿Tienes intención de visitar el oráculo? —insistió—. Si es así, tienes que purificarte antes.

—Hoy no. Hoy beberé de ella, me imbuiré de inspiración literaria. —Hice un gesto a mi esclavo personal, que me ofreció una copa de oro. Me acerqué al borde del agua y la sumergí en ella. El agua era pura y cristalina. Di un sorbo. Estaba fría y tenía un sabor indefinible, que, si hubiera sido un color, habría sido azul pálido.

—Bueno, Apolo, nutre al artista que hay en mí —susurré.

Estatilia alargó la mano.

—Déjame probarla.

—No —dije sin soltar la copa—. Cada persona tiene que beber de la suya. —Indiqué al esclavo que le diera otra.

Estatilia la sumergió en el agua y la sacó de ella goteando. Dio un largo trago.

—Está fría. Y es bastante insípida —comentó—. No me siento impulsada a crear.

¿Insípida? Tal vez solo algunas personas pudieran saborearla; tal vez conservaba su sabor en secreto para que solo los que fueran lo bastante sensibles pudieran apreciarlo.

Seguimos hacia arriba, ahora por el camino sagrado, y pronto vimos el esplendor del inmenso complejo apolíneo, con sus edificios dispuestos en la ladera como las cuentas de un collar, cayendo en cascada en siete terrazas.

Cubrían las terrazas diversos edificios, algunos pequeños, otros grandes, pero el largo templo con columnas de Apolo dominaba la escena. En su interior se encontraba el famoso oráculo, al que gente de todo el mundo acudía en busca de consejo. Yo también lo haría, pero no entonces. Tenía que prepararme para ello. Me quedé en el patio exterior y contemplé su oscuro interior. En el portal de la entrada había esculpido «Conócete a ti mismo»,

«Nada en exceso» y «Cumple tus promesas». Abrazaba la primera parte, pero no la segunda, y en cuanto a la tercera, creía en las promesas y siempre había intentado cumplirlas, aunque provocaran algún daño, porque siempre había que cumplir una promesa.

Sobre el templo, suspendido en una terraza, estaba el teatro donde se celebrarían los certámenes de música y de arte dramático en honor de Apolo. Pronto saldría a su escenario y haría mi ofrenda al dios.

Estábamos alojados en unas lujosas dependencias construidas para nosotros a un lado del teatro. Tenían vistas de todo el valle, y cuando la penumbra fue descendiendo la ladera de la montaña al anochecer, una neblina azul relució en el valle un rato. Y después, la gloria se desvaneció.

Aquella noche estudié mis líneas de *Níobe*, que interpretaría en unos días. La historia siempre me había fascinado, y en la villa de Sublaquaeum tenía un grupo escultórico que mostraba los hijos heridos y agonizantes de la orgullosa reina. Había en mis aposentos una estatua en concreto de una mujer dormida o muerta, con la cabeza ladeada, que mostraba cómo una cosa podía convertirse en la otra. Siempre que la veía al despertarme, agradecía que mi sueño no hubiera sido eterno.

En el atrio había otra estatua. Esta era de un hijo que, herido en la espalda, había perdido el equilibrio y trataba de no caerse con una expresión de sorpresa y consternación en la cara.

Otra mostraba una mujer medio arrodillada que alargaba la mano hacia atrás para intentar, en vano, arrancarse una flecha de la espalda. Níobe había tenido siete hijos y siete hijas, y había provocado la cólera de Leto, la madre de Artemisa y de Apolo, al decir que la había superado al tener más hijos.

Pero Leto era una diosa y nadie supera a un dios o una diosa. Así que



ordenó a sus hijos que mataran a los de Níobe. Les dispararon sin piedad hasta que hubo catorce cadáveres tendidos ante su trágica madre. Níobe lloró tanto que los dioses se apiadaron de ella y la convirtieron en una piedra, de la que manaba agua.

Tanto Sófocles como Esquilo habían escrito obras sobre Níobe, y yo elegí la de Sófocles. En la de Esquilo, Níobe permanece sentada llorando su pérdida en silencio, ¡y esta no es la forma de ganar un concurso de arte dramático! El silencio puede ser elocuente pero no nos permite mostrar nuestras emociones.

Tenía que estar solo para ponerme en situación, así que despedí a todo el mundo y me senté, disponiéndome a convertirme en Níobe, a experimentar su profundo dolor y la pérdida irreversible de sus hijos, a pesar de sus súplicas a los despiadados Apolo y Artemisa. Conocía el dolor de perder a mi hija y a mis hijos, demasiado pequeños para sobrevivir, herido también por los dioses. Sí, no había ninguna otra explicación para ello. Los dioses, envidiosos de la felicidad que Popea y yo compartíamos, decidieron castigarnos, infligirnos un dolor abrumador. El dolor de una madre es distinto al de un padre, y solo podía convertirme en Níobe convirtiéndome antes en Popea.

Había ordenado hacer una máscara con sus rasgos, y la llevaría puesta cuando actuara para compartir la experiencia con Popea, para devolverla a la vida delante del público. Sí, la obra iba sobre una pérdida irreversible, pero mostraría que era posible revertirla, aunque solo fuera por un breve espacio de tiempo en el escenario.

Dejé la máscara en la mesa, apoyada de tal modo que pudiera examinarla. Tenía los ojos vacíos, a la espera de que los llenara una presencia viva, pero el resto de la cara reproducía sus facciones con todo detalle. Podía ver el hoyuelo que tenía solo en un lado de la boca; podía ver la línea de sus altos pómulos, que tanto definía su cara.

—¿Por qué no eres real? —solté—. ¿Cómo puedes ser tan real y no hablar?

Yo hablaría por ella. Pondría palabras en sus labios y volvería a darle vida. Y su llanto por nuestros hijos perdidos encarnaría y se haría eco del de Níobe.

Era tarde. Las horas que había pasado compartiendo el dolor de Níobe habían volado. Espero entró con tanto sigilo que no supe que estaba ahí hasta que lo tuve detrás, contemplando la máscara.

—El parecido es extraordinario —dijo—. Eso lo hace más doloroso.

Alcé los ojos hacia él.

—Podría decir lo mismo de ti. —Su parecido con ella, especialmente bajo la tenue luz de las lámparas, era tan grande como el de la máscara.

Se agachó y tomó la máscara en las manos para examinarla. Los dos perfiles idénticos parecían dos mitades de un todo. Dejó la máscara y se volvió hacia mí.

—¿Está aquí ahora? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —Presentí el peligro, aunque no era incapaz de descifrar de qué clase.

—Falta una cosa —respondió—. O, más bien, hay algo que debería faltar.

—Le falta la vida —repliqué—. Popea yace en la tumba, y no podemos recuperarla.

—¿Estás seguro de eso? —dijo.

—Ya no estoy seguro de nada —admití. Ni de la amistad, ni de las promesas, ni de los finales.

—Ya lo verás —indicó.

## LVII

Me pasé los siguientes días explorando Delfos y ensayando *Niobe*. El lugar sagrado estaba repleto de obras de arte donadas; exquisitas estatuas de mármol y de bronce, que en cualquier otro lugar no tendrían rival, estaban aquí tan juntas que las obras maestras parecían corrientes. Un bronce de un auriga ganador, junto con sus caballos, había sido donado para conmemorar la victoria de Policelo de Siracusa. Estaba dando la vuelta de honor una vez ganada la carrera, y mostraba calma y control, en lugar de la pasión y la tensión de la carrera en sí. Este era el ideal griego: la calma y el orden. Pero tras ganar una carrera, un auriga romano era cualquier cosa menos eso: se mostraba exultante y estaba cubierto de sudor y de arena. En este sentido, yo era más romano que griego.

Pasaba por el templo de Apolo por lo menos una vez al día, veía a los peregrinos entrar, veía elevarse el humo de los sacrificios. En algún momento, yo también entraría y haría una pregunta al oráculo. Si no lo hacía, sería un cobarde, puesto que otros gobernantes se habían atrevido a preguntar su destino. Pero el oráculo era conocido por ser enrevesado y engañoso. Tras inhalar los vapores de la profunda fisura de debajo del templo, se sumía en un estado en el que oía hablar a Apolo, pero a veces de modo confuso.

A veces su traducción era desconcertante y tentadora. A un hombre que pidió consejo sobre si debería ir a la guerra, el oráculo le respondió: «Irás, volverás nunca en la guerra morirás.» ¿Cuál era la interpretación correcta: «Irás, volverás nunca, en la guerra morirás» o «Irás, volverás, nunca en la guerra morirás»?

Al rey Creso de Lidia le dijo que si hacía la guerra a los persas, destruiría un poderoso imperio. Resultó ser el suyo.

Alejandro, enojado porque el oráculo no le había confirmado que pronto conquistaría el mundo conocido tal como él creía y le había dicho que volviera más adelante, la sujetó por los pelos y la arrastró fuera hasta que gritó: «¡Eres invencible, hijo mío!» En cuanto lo dijo, él la soltó, diciendo: «¡Ahora tengo mi respuesta!»

Alejandro creía mucho en las profecías. En Egipto, en el oasis de Siwa, el oráculo que había allí lo había reconocido como hijo de Amón, y desde aquel momento se comportaba como si realmente fuera invencible, elegido.

¿Creería lo que me diría? ¿Hasta qué punto iba a permitirme hacerlo?

Seguí demorando mi visita, y los días pasaron agradablemente, o lo habrían hecho si no me hubiera ido poniendo más nervioso a medida que los concursos se acercaban. En primer lugar estaba la competición de arte dramático, y dos días después, el certamen de música. Las pruebas atléticas serían las últimas. Prepararme para todos ellos era angustioso; apenas sabía en cuál concentrarme. Pero, evidentemente, como el de arte dramático era el primero tendría que dedicarle más atención.

La noche antes del concurso, los miembros más íntimos de mi grupo se reunieron en el atrio de nuestras dependencias.

—Otro día, otra competición —dijo Tigelino en tono despreocupado—. Ya debes de estar acostumbrado a estas alturas, César. —Se metió un puñado de nueces en la boca y las masticó.

Si supiera algo del asunto, lo comprendería. No importaba la cantidad de veces que un intérprete se pusiera frente al público, cada una de ellas era aterradora a su manera. Y aquí, donde los mejores del mundo estarían en el mismo escenario, era angustiante. La noche anterior apenas había dormido.

—Un verdadero artista jamás se acostumbra —replicó Epafrodito,

intentando tranquilizarme—. Los únicos que no están preocupados son los intérpretes vulgares. Después de todo, no tienen nada a lo que aspirar.

—Pero se divierten más —replicó Tigelino.

—¿Qué llevarás puesto? —preguntó Faón.

Les mostré las tradicionales botas de suela gruesa calzadas para la tragedia, la túnica púrpura para la majestad y para las diosas con su ribete de oro y, por último, la máscara. La máscara dejó a todos mudos de asombro.

—Sí, es la difunta emperatriz. Para la actuación, ella y Níobe serán una sola —expliqué—. Unidas por la pena de perder a sus hijos. —La dejé y cambié de tema—. Creo que hay veinte competidores más. Uno ha venido de Rodas y otro, de Chipre.

—Un largo viaje para perder —soltó Tigelino con una sonora carcajada.

Todos se unieron educadamente a él. Yo no.

—¿Te das cuenta de que la competición jamás puede responder la pregunta de quién es mejor? —dijo Estatilia, desde la silla que ocupaba, algo más alejada.

—Es algo subjetivo —respondió Epafrodito—. Este es el problema del arte, a diferencia de las cifras numéricas.

—No, quiero decir que los jueces no pueden dictaminar en tu contra. Ni siquiera si compitiera contigo el mismísimo Apolo.

¿Cómo se atrevía? ¿Y si Apolo lo oía? Especialmente cuando yo interpretaba *Niobe*, obra en la que él se vengaba de una ofensa.

—No estoy de acuerdo —dije—. Tienen que olvidar que soy emperador.

—Como si alguien pudiera hacerlo, incluso detrás de la máscara —soltó riendo.

—Cuando actúo, ya no soy el emperador —aseguré—. Soy otra persona. —Esta era la maravilla, el misterio y la evasión.

—Puede que para ti, pero para nadie más —insistió obstinadamente.

—¿Dónde está Esporo? —preguntó Tigelino de repente, mirando a su alrededor, para desviar la atención.

—No lo he visto desde ayer —respondí, sacudiendo la cabeza. No me había dado cuenta hasta entonces.

Después de que todos se hubieran ido a acostarse, reprendí a Estatilia.

—¿Por qué has dicho eso sobre la competición delante de todos?

—No lo he pensado —dijo, torciendo la boca—. No tendría que haberlo dicho en público. Pero es lo que todo el mundo sabe.

—Mi entrenador deportivo me dijo lo mismo una vez. Dijo que jamás disputaría una competición justa.

Recordé sus palabras: «Tus días de competición han terminado... Nadie se arriesgará a vencer al emperador. Así que estás condenado a no saber realmente lo que vales en el terreno de la competición.»

—Pero creía, esperaba, soñaba que a este nivel tan alto, más allá de las carreras locales y de las fiestas, sería diferente —añadí.

Suspiró y me tocó el brazo.

—El emperador es siempre el emperador, incluso en los rincones más remotos del imperio. Puede que todavía más en ellos.

La tarde era agradable y tranquila, digna de un día feliz enviado por Apolo; un día que a duras penas insinuaba el otoño, con un sol reluciente y balsámico. Había pedido participar a la mitad del concurso. No tenía ningunas ganas de ser el primero, ni tampoco el último. No era por modestia. La gente se muestra demasiado crítica con los primeros intérpretes y está aburrida cuando aparece el último.

Contemplé con el corazón martilleándome en el pecho cómo los primeros declamaban sus fragmentos en el escenario. En estos certámenes no se

interpreta la obra completa, sino solamente una parte, elegida por su poesía y su acción. Así, Agamenón siendo apuñalado en los baños, Edipo cegándose a sí mismo, y Medea matando a sus hijos eran muy habituales. Pero la familiaridad de los jueces con ellos podía privarlos de algo de su impacto. *Níobe* no se representaba tan a menudo.

Y llegó el momento. Salí al escenario, viendo el mundo a través de los ojos de Popea, convirtiéndome en ella y en Níobe. Las palabras fluyeron como si las hubiera pensado espontáneamente, como si Sófocles no tuviera nada que ver con ellas, y procedieran de la mismísima reina. Entre el público veía cabezas, pero eran borrosas; apenas reales para mí. Algunas estaban agachadas, como si estuvieran reflexionando. Otras miraban hacia delante, fascinadas. Noté el vínculo entre ellas y yo, o más bien entre ellas y Níobe.

Por fin se había terminado. Parecía haber durado una eternidad, tanto tiempo como el que habían tardado Apolo y Artemisa en matar a todos los hijos de Níobe en la vida real. Parecía haber pasado en un instante.

Después tuve que abandonar el escenario, y los siguientes diez competidores me siguieron.

Los jueces se apiñaron después de que el escenario quedara despejado y todos los intérpretes hubieran regresado a sus asientos. Entonces se levantaron a la vez y alzaron la corona de laurel, cortada del árbol sagrado de Apolo.

—Concedemos al emperador Nerón César la corona por su interpretación de la tragedia de *Níobe* —anunciaron. El teatro empezó a aclamarme.

Creí que me moriría del alivio y la exaltación. Me puse de pie y me acerqué a ellos, agaché la cabeza para que me ciñeran en la cabeza la corona, ¡aquella corona de hojas que era más valiosa.

—Acepto esta corona en nombre del pueblo y del Imperio romano. —Sí, la victoria era nuestra. Lo había hecho para gloria de Roma, además de para

gloria mía. Hasta más tarde nadie se dio cuenta de que había omitido el habitual «y del Senado».

Después ofrecí una gran celebración. Vino, comida, bailarines y música, no mía, sino de los demás músicos del grupo, todos ellos profesionales. Un mar de cabezas cubría la terraza al aire libre donde se celebraba el festejo. Vi a Tulia, que corría hacia mí para felicitarme.

—¡Maravilloso! —exclamó con la cara sonrojada de entusiasmo.

—Gracias —respondí—. Sé que aún falta un poco para que tú compitas, pero espero que el día sea tan propicio para ti como este lo ha sido para mí.

—Lo estoy absorbiendo todo —afirmó—. Gracias por hacer posible que viniera. A todas las chicas de Roma nos cuesta creer que estamos aquí.

—Creedlo —dije. Pero sabía cómo se sentía.

Tigelino se me acercó discretamente unos minutos después.

—Muy impresionante, César —dijo—. Eras una mujer convincente. — Soltó una carcajada caballuna, casi un relincho.

Justo tras él, el general Vespasiano me estaba mirando. Tigelino retrocedió y dijo:

—General, vi que estabas tan absorto en la actuación que parecías dormir.

—No estaba durmiendo —replicó, fulminándolo con la mirada—, aunque uno de los acomodadores lo creyó ¡y me dio un empujón!

—Me siento honrado si cerraste los ojos para intentar concentrarte en las palabras —le aseguré.

—También miré —dijo—. Una actuación verdaderamente magnífica. Y ver otra vez a la emperatriz entre nosotros, en persona..., fue un placer indescriptible.

Tigelino entornó los ojos. Vespasiano no lo vio.



Nuestras dependencias eran lo bastante grandes como para que Estatilia y yo tuviéramos estancias separadas, y esa noche deseaba estar solo. Mi incursión en el reino prohibido de hacer regresar a Popea, permitiendo que formara de nuevo parte de mi vida, me había dejado extrañamente agitado y necesitaba soledad. Su máscara descansaba en una mesa y, junto a ella, la corona de laurel. Ambas juntas. Bajo la tenue luz de las lámparas de aceite, la máscara parecía brillar como el marfil, y lo cierto es que ella se enorgullecía de su complexión, a menudo comparada con el marfil. Me levanté, me dirigí hacia la máscara y recorrí con la mano su suave superficie. Pero, por supuesto, no estaba caliente, lo que revelaba su verdadera naturaleza: inanimada.

Debería acostarme; tendría que llamar al esclavo para prepararme. Pero en lugar de eso me quedé mirando la máscara y la corona. Tendría que estar más contento. Estaba contento, pero... Tomé la corona y la giré una y otra vez en mis manos. Las hojas seguían estando firmes y verdes, puesto que la victoria era reciente.

Un ligero ruido detrás de mí hizo que se me erizara el vello de la nuca. Se suponía que no había nadie; creía que estaba solo. Me volví hacia el ruido. Había una fantasmagórica figura blanca en el rincón en penumbra.

¡Por todos los dioses! ¡Una aparición! La valiosa corona se me cayó de las manos y fue a parar al suelo.

La figura se acercó a mí caminando con rigidez y con esfuerzo. Retrocedí.

Era Popea. Popea en persona. Me quedé paralizado, impotente entre la alegría y el terror.

No habló, pero siguió acercándose a mí, lenta y pausadamente, hasta que la tuve a mi alcance. Incapaz de detenerme, la abracé.

No era ningún espíritu sin vida ni una fría máscara, sino un ser cálido. Sus cabellos, los exuberantes rizos color ámbar que tanto la enorgullecían, se

deslizaban entre mis dedos. Le sujeté la cabeza, hundiendo las manos en su pelo y, tras acercar su cabeza a la mía, la besé. Fue un beso largo, reflejo de la añoranza y del reencuentro.

No había duda. Estaba aquí de nuevo. Lo había prometido, había afirmado que si de algún modo era posible, regresaría como Protesilao había hecho, aunque solo fuera por un breve espacio de tiempo. Quizá solamente unos instantes. Daba igual, aprovecharía aquellos instantes, si eran los únicos que teníamos.

Pero la impresión me impidió al principio sentir una alegría o un asombro verdaderos; me aturdió, y temiendo que fuera a desaparecer en cualquier momento, no me detuve a pensar con claridad. La abracé febrilmente, aferrado a ella, cubriéndola de besos.

Su cuerpo estaba igual, aunque no igual del todo. ¿O había olvidado ya alguna de sus pequeñas características personales? Entonces, por fin, la emoción regresó, y el éxtasis de volver a tenerla conmigo venció cualquier vacilación y me sentí como un hombre hambriento que tiene ante sí un montón de comida y no sabe qué saborear primero.

Con solemnidad, como si de un ritual se tratara, le tomé las manos y la conduje a la cama. Ninguno de los dos habló aún, como si eso fuera a romper el hechizo. Tal vez lo hiciera. Ya habría tiempo para ello después; no me atrevía a destruir la ilusión, la aparición o lo que fuera. Estaba aquí, estaba conmigo, era cálida al tacto, sólida y respiraba.

Tenerla otra vez entre mis brazos... era imposible, pero estaba pasando. ¿O no? ¿Sería tan solo uno de aquellos sueños vívidos, de aquellos sueños que parecían entera y terriblemente reales mientras dormimos pero que se desvanecen al amanecer, dejándonos un extraño regusto el resto del día? Me sumergí en la alucinación y abracé el fantasma de Popea, tan parecido a ella en algunas cosas, tan distinto en otras. Las horas siguientes, que ni siquiera

puedo recordar con exactitud porque, como un sueño, carecían de sentido, fueron ilógicas y confusas, y percibidas a través de una bruma de asombro y de miedo. Horas después, finalmente me sumí en un sueño irregular.

La voz que me despertó hizo añicos mis ilusiones.

—He hecho lo que prometí. —La voz al nacer el día no era la de Popea sino la de Esporo—. Te dije que podía hacerlo mejor que la máscara. Ahora he cumplido mi palabra.

—¿Qué has hecho? —pregunté tras incorporarme de golpe. Y, de repente, lo supe.

—No hay marcha atrás —dijo—. Ahora ya vuelves a tener a tu Popea, lo más cerca que la carne hace posible.

Aquella forma de andar con rigidez y esfuerzo...

—¡No! —exclamé—. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. No podía soportar verte sufrir así, extrañándola. Ahora ya no tienes que hacerlo.

—¡Pero ha sido en vano! Nada puede devolvérmela. Tú no eres ella.

—Ah, ¿pero lo sabrás? Pasado un tiempo, seremos uno solo... y la verdadera Popea anidará en mi interior. Me aceptarás como si fuera ella.

—¡Te has convertido en un eunuco para nada! Siempre sabré que eres tú.

—Esta noche no lo sabías.

—Estaba aturdido, apenas capaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Pero no lo sabía en ningún sentido? Incluso en el sueño había algo que no estaba bien. La persona que tenía entre mis brazos no era una auténtica mujer.

—Pero estuviste más alegre esas horas. —Alargó la mano y me acarició el pelo—. Admítelo.

—Aun así, lo de esta noche no volverá a repetirse. —La impresión que me

había impedido razonar no iba a reproducirse.

Estaba, fuera de toda lógica, enojado con Popea. Me había traicionado; no había vuelto como me había prometido. No existían Protesilao y Laodamia, ni nosotros. La pintura que Popea había encargado en la Casa de Oro era una burla cruel.

—No estés tan seguro. Lo que el corazón anhela, lo crea.

—¡Déjame! —le ordené—. ¡Déjame!

Cuando los primeros rayos de sol iluminaron la estancia, Esporo se marchó sigilosamente y se la llevó con él. La peluca de color castaño rojizo que me había parecido tan real por la noche, yacía abandonada en la cama.

La corona de la victoria seguía en el suelo, donde había caído. Me levanté y la recogí. Había pisado las hojas al dirigirme hacia la cama. Las alisé, horrorizado por haberlas profanado. ¿Cómo podía haber estropeado aquella corona, que era tan valiosa para mí?

Pero había perdido la cabeza, había sucumbido a una pérdida de razón sin igual. Todo lo demás había quedado a un lado. Había dejado de tener temporalmente conciencia porque lo necesitaba. «Cuando los dioses te conceden un deseo imposible, no los cuestionas, y si parece que algo no está bien, tampoco lo cuestionas.»

Esporo tenía razón: había sido verdaderamente feliz aquellas breves horas. Pero se habían basado en una vana ilusión, voluntaria por mi parte, y en un sacrificio horrible y espantoso por la suya.

## LVIII

Tigelino fue el primero en saberlo, seguido de Estatilia. A ninguno de los dos pareció importarles.

—Puedo officiar una ceremonia nupcial si quieres —dijo Tigelino en broma—. Después de todo estamos en Grecia, donde estas cosas no son un problema. —Miró a Estatilia—. ¿O sería bigamia? Después de todo, está legalmente casado contigo.

—El matrimonio acaba con la muerte, según nos aseguran los abogados —respondió Estatilia—. Como el suyo con Popea y el mío con Vestino. Pero el matrimonio con un fantasma..., bueno, ¿no hay nada ilegal en ello!

Me dejó estupefacto. ¿No había nada sagrado para ella? ¿No consideraba que nuestro matrimonio era algo que había que defender? Había esperado que a estas alturas estuviera encinta, pero hasta ahora, nada.

—Me alegra que lo encontréis divertido —solté—. Tal vez podríais animar a Esporo con su recuperación. Seguramente agradecería un bonito ramo de flores.

Se echaron a reír.

De repente, quise acostarme con Estatilia para quitarme de la cabeza el episodio de la noche anterior, para suprimirlo. Pero ¿realmente quería olvidarlo?

Los dejé carcajeándose y pasé el día viendo las demás competiciones, intentando perderme en ellas y recuperar mi equilibrio.

El suave aire que circulaba por la ladera de la montaña susurraba una historia desaparecida, deidades perdidas, relatos del origen de los tiempos.

Aquí estaba supuestamente el centro del mundo, el lugar que las águilas de Zeus habían identificado, marcado ahora con una gran piedra, el ónfalo, que descansaba en el sanctasanctórum del templo de Apolo.

Aquí, lejos del resto del mundo, en las laderas de esta montaña sagrada, era fácil creer que la vida tenía que ser sosegada y benévola, y estar dedicada a las artes y a cuestiones elevadas. Pero a nuestros pies, en la llanura, podían verse fácilmente viejos campos de batalla, y al otro lado del monte Parnaso, se situaba Termópilas. En Grecia se habían librado muchas batallas, y sus guerreros eran tan elogiados como sus poetas. A pesar de la brisa cálida que olía a cedro y de la tranquila belleza de los árboles que se erigían como centinelas verdes en las laderas rocosas, mi mente no encontraba la serenidad.

Esporo. Aquel encuentro nocturno fue muy inquietante, en un sentido que ningún paseo por Delfos podría aliviar. Durante unas horas, Popea había revivido, había vuelto gracias a mi enorme añoranza y a la devoción de Esporo. Se habían abierto las puertas del Hades, se había abierto de repente una brecha en la barrera que nadie podía cruzar. La había tenido entre mis brazos, y la impresión y la alegría habían anulado temporalmente mi incredulidad. Pero una vez fui consciente de lo ocurrido, había vuelto a la realidad de golpe, más lejos de ella que nunca. Como Orfeo, estaba de nuevo en terreno conocido, solo. Y ella permanecía abajo, tras habérmela arrebatado por segunda vez. Mi verdadera batalla había sido contra la muerte, una competición que jamás iba a ganar.

A lo lejos oía los sonidos del concurso de lira en el teatro. Las notas eran tenues pero llegaban donde estaba sentado contemplando el escarpado descenso hacia el valle. Las sombras cubrían el paisaje, alargándose hacia el final del día. Cerré los ojos y dejé que la música me hablara directamente. Así era como había tocado la lira Orfeo, de forma que la belleza pura de su melodía fluía como un líquido hasta el corazón de quien la escuchaba.

Líquido... Un líquido adquiriría muchas formas, adoptaba la de su recipiente. ¿Podría ocurrir lo mismo con la identidad? ¿Estaba realmente fijada, de modo que una persona era un hombre para siempre, y otro, una mujer para siempre? El eunuco, que es un hombre alterado, no se convierte en una mujer, pero tampoco sigue siendo un hombre. ¿Qué era Esporo? Había sido un hombre y ya no lo era. Podía simular ser Popea, pero no podía reproducirla en el aspecto más íntimo.

¿Pero importaba eso? Si podía tenerla parcialmente de vuelta, ¿sería eso mejor que nada? ¿O es una imitación defectuosa, una burla?

Si la línea que separa un hombre de una mujer es poco definida, quizá algo difuminada, ¿por qué no podía adoptar entonces la identidad que quisiera cada día? ¿O hacerlo cualquier otra persona, en realidad? El mundo entero podía ser una esfera cadenciosa de seres que adoptan constantemente otras identidades.

¿No era eso lo que hacían los dioses? En nuestros relatos sobre ellos, ¿no nos limitábamos a expresar lo que sabíamos instintivamente? Zeus adoptaba muchas formas: cisne, toro, incluso hormiga. Apolo a veces se presentaba con el disfraz de un pastor mortal. Esporo podía ser Popea a veces.

Y yo podía ser emperador unas veces, y otras, un artista y un auriga.

¿Por qué molestaba eso tanto a los demás?

¡Qué aburrido ser lo mismo día tras día, solamente una persona, prisionera de una identidad!

Tendría que consultar el oráculo. No podía zafarme. Delfos era famoso por el oráculo, no por los juegos. Y aunque temía conocer mi futuro, era mejor saberlo y prepararme para afrontarlo.

El primer paso era bañarme en la fuente Castalia para purificarme. Si no,

no podía hacerlo. Ordené que vaciaran de excursionistas y de mirones la cuenca donde desembocaba el manantial para poder tener privacidad. Obedecieron; al fin y al cabo, era el emperador. A la mañana siguiente, temprano, estaba ante la cuenca abierta en la roca contemplando sus plácidas aguas cristalinas que formaban algunas ondas. Estaría fría, lo sabía. Era famosa por ser glacial, vigorizante. Me quité el taparrabos y me sumergí.

No hacía pie, y chapoteé frenéticamente. Tenía los brazos entumecidos y las piernas, paralizadas, me pesaban. El agua procedía de un manantial que no estaba lejos de la nieve invernal. Nadé de vuelta hacia el borde. Sin duda, ya me había purificado.

El cielo estaba encapotado y unas nubes grises cubrían el valle. Con la túnica blanca de suplicante, me acerqué al templo, donde tenía que ofrecer el sacrificio de una cabra, el animal preferido de Apolo en este santuario. Cuando los sacerdotes lo mojaron con agua sagrada, tembló de las pezuñas hacia arriba, como tenía que hacer, lo que significaba que el dios me había aceptado. Mataron al animal y lo depositaron en el altar de la entrada.

Tres sacerdotes me acompañaron hacia el interior del templo. La pitia estaba en su gruta subterránea, en la parte posterior del edificio.

¿Qué le preguntaría? Había muchas cosas que anhelaba saber. ¿Volveré a ser feliz? Cuando regrese de Grecia, ¿qué debo hacer? ¿Cuál debería ser mi visión como emperador? ¿Cuál será mi legado? ¿Cómo puedo darle forma?

Todas estas preguntas querían respuesta. Había sido feliz con Popea. Era feliz ahora en Grecia, porque estaba suspendido entre dos mundos. ¿Pero más allá de eso? ¿Quería ocupar mi lugar entre los inmortales imperiales, Julio César y Augusto, o entre los grandes artistas? ¿Cuál era mi lugar en realidad? ¿Y sería recordado en el futuro o caería en el olvido?

Me decidí por una pregunta: «¿Qué me depara el futuro?»

Los tres sacerdotes me acompañaron hacia el interior poco iluminado del



templo, más allá del fuego sagrado, y me dejaron en lo alto del corto tramo de escalera que conducían a la gruta, el áditon. Pasados unos instantes, una joven ayudante vestida con una estola blanca se acercó a mí.

—¿Buscas al venerado oráculo? —me susurró.

—Sí —contesté.

—Sígueme, pues. —Se volvió y me guio peldaños abajo. La sala que se abría ante mí tenía el techo bajo y estaba dividida en varias partes de reducidas dimensiones. Por el rabillo del ojo vi el trípode al que se encaramaba la pitia, pero la joven me condujo a otro lado de la estancia, donde una cortina separaba un espacio con bancos donde se sentaban los suplicantes. Ese día, sin embargo, no había ninguno más, por orden mía.

—Puedes decirme tu pregunta y yo se la transmitiré al venerado oráculo —dijo la ayudante. Se acercó a mí para que pudiera hablar.

—Yo mismo le haré la pregunta —le indiqué. Había llegado el momento de presentarme—. Soy el emperador.

—Oh, misericordioso líder, perdóname. No te había reconocido. —Se arrodilló.

—Mejor así —dije—. Aquí soy un suplicante corriente.

—Nunca eres corriente —replicó.

—Aquí lo soy —aseguré—. Pero prefiero hablar por mí mismo.

—Muy bien. Sígueme. —Me hizo salir de aquel espacio y seguí su menuda figura por la gruta hacia la penumbra—. Te dejo aquí —dijo.

La sala era fría, y oí gotear agua, así como el sonido de un arroyo subterráneo.

Envuelto en aquella tenue luz, aguardé la llegada de la pitia. Veía el sagrado ónfalo, custodiado por las estatuas de dos águilas de oro, y una gran estatua de Apolo sosteniendo su ramita de laurel. Un extraño olor, distinto de cualquier cosa que hubiera olido antes, llenaba la habitación.

Por fin apareció una figura. Era alta y grácil, e iba vestida con una larga estola blanca. No era una mujer joven, sino madura.

—¿Qué quieres del oráculo? —preguntó. Su voz era extraña, como de otro mundo.

—Conocer mi destino —respondí.

—¿Y de dónde vienes? —quiso saber.

—De la sede del Imperio romano —dije.

—¿De veras? —soltó. Su voz era aflautada y vacilante.

—¡Soy el emperador! —anuncié—. Quien personifica el imperio. Su encarnación. Pregunta al dios. ¿Qué me depara el futuro?

—Tengo que consultar a Apolo —dijo—. Vuelve al lugar donde tienes que esperar. —Señaló el espacio separado por la cortina.

—Apolo es mi dios tutelar —grité. ¿Pero me oyó?

Regresé al banco, pero en lugar de sentarme en silencio me quedé de pie y recorrí la cortina lo suficiente para poder observar qué hacía la pita. Se dirigió hacia el alto trípode y ocupó su lugar en su asiento, con las piernas colgando. Una ayudante le entregó una copa llena, supuse que de agua de un arroyo sagrado. A continuación le entregó una rama de laurel, cortado de un pequeño arbusto que crecía a un lado del trípode. La ayudante empezó entonces a abanicar la base del trípode. Parecía haber en él una abertura, una grieta de algún tipo, muy profunda. Lo hacía enérgicamente dirigiendo el aire hacia la pitia, que tenía los ojos cerrados e inhalaba profundamente.

Yo hacía lo contrario; intentaba respirar lo menos posible. Pero, aun así, olí los peculiares vapores, que me entraron en los pulmones. Poco a poco, los fui notando también en mi cabeza.

La pitia aspiraba profundamente las emanaciones, jadeando. La oí hablar, pero sus palabras carecían de sentido; no eran en ninguna lengua que yo

conociera. Alzó la voz, se retorció en su asiento y, a continuación, soltó un gruñido sobrecogedor.

Esperé lo que me parecieron siglos. En aquel tiempo podría haberse librado la guerra de Troya. La guerra contra Aníbal. Los vapores de la grieta sagrada debían de estar afectándome al cerebro. El tiempo se había detenido. Finalmente, la ayudante descorrió la cortina, me pidió que saliera y me condujo hasta la pitia, que estaba rígida, sacudiendo las extremidades.

—¡Tu presencia aquí indigna a los dioses a los que quieres recurrir! — recitó, fulminándome con la mirada—. ¡Márchate, matricida!

Me incliné hacia delante y la sujeté por la blanca estola.

—¡No es tan sencillo; sin duda los dioses lo saben todo!

—¡Nerón, Orestes, Alcmeón, todos ellos matricidas!

—¡Pero por un motivo! —exclamé—. ¡Todos lo hicimos por un motivo!

—¡Márchate, matricida! ¡Vete de aquí! —recitó.

—No he preguntado nada sobre el pasado —insistí—. He purificado mi pasado en la fuente Castalia.

—¡Nada puede purificarte! —respondió.

—No hiciste a Apolo la pregunta que te pedí: «¿Qué me depara el futuro?»

—Sí, se lo pregunté. Dijo: «Cuidado con el septuagésimo tercer año.»

¡El septuagésimo tercer año! Faltaba muchísimo. Solo tenía veintinueve.

Corrí hacia ella y la abracé de lo aliviado que estaba.

Pero ella se separó de mí.

—¡No me toques! —dijo—. Y ahora vete.

Salí a trompicones del templo. ¡El septuagésimo tercer año! De aquí a cuarenta y cuatro años. Tenía una vida muy larga ante mí. Años y años. Una eternidad.

## LIX

Subí dando brincos el camino sagrado de vuelta a mis dependencias. Cuarenta y cuatro años más. La de cosas que podría llevar a cabo, a sabiendas de que los dioses me habían concedido el don de la longevidad. Podría terminar mis proyectos de ingeniería, podría componer una música que superara todo lo que había hecho hasta la fecha, podría tener hijos y verlos alcanzar la madurez, enseñarles todo lo que sabía, compartir con ellos toda la belleza del mundo. Podría administrar y reformar Roma con el esmero que merecía. Podría realizar la campaña en las Puertas del Cáucaso. Podría visitar Egipto y navegar por el Nilo. Los años se extendían ante mí como una alfombra de flores que se perdía benignamente en la distancia.

Pero, de momento, solo me quedaban unos días en Delfos. Las competiciones atléticas eran las siguientes, y los juegos concluirían con las pruebas hípicas. A pesar de las palabras del oráculo, no podía irme de Delfos hasta estar preparado para hacerlo. Pero sus palabras me obsesionaban: los dioses me expulsaban de su presencia.

Porfiadamente, decidí interpretar *Orestes* en el siguiente concurso de arte dramático. Abrazaría, pues, a mi compañero matricida. Ocuparía mi lugar en aquella hermandad, la de todos los que hemos liquidado a nuestras madres, pero, como había gritado en vano, por un motivo. ¡Por un motivo! Las madres no eran inocentes, y sus hijos vengaban injusticias. Aun así, la mancha permanecía, y no había aguas de Castalia ni de ningún otro sitio que pudieran lavarla, había dicho la pitia. Lo que significaba que jamás podría ir a

Eleusis ni ser iniciado en sus misterios. Y si me acercaba a Atenas, ¿me perseguirían las Furias como habían hecho con Orestes?

Pero el mundo era muy grande, y si solo había dos lugares prohibidos para mí, no iba a oponer resistencia.

Espero regresó de donde fuera que había ido para estar solo y sanarse, y ocupó de nuevo su lugar en mi grupo. Le di la bienvenida, sin preguntarle dónde había estado. Bastaba con que estuviera de vuelta.

Se parecía más que nunca a Popea, seguramente porque estaba descansado y en paz consigo mismo.

—Ya no eres Espero —dije—. A partir de ahora eres Sabina. Has servido mucho tiempo a esa familia, y ahora llevarás su nombre. —No podía llamarlo Popea, pero su nombre completo había sido Popea Sabina, de modo que Espero compartiría parte de él.

Fuera lo que fuere lo que la gente pensaba, se lo calló. Ya no me importaba, porque tener cerca a la falsa Popea me hacía más feliz que nunca. Visto desde fuera parecería escandaloso, pues bueno, que así fuera.

Nuestra última noche en Delfos estábamos sentados contemplando las terrazas inferiores, iluminadas aquí y allá con antorchas que hacían brillar las estatuas de oro. Los edificios de piedra blanca relucían, como si hubieran almacenado la luz durante el día. Realmente era un lugar sagrado.

—Antes de irnos —dijo Tigelino— celebraremos la boda que me ofrecí a officiar. ¡El emperador y su novia! —Se puso de pie, tomó la mano de Sabina y la unió a la mía—. Estamos aquí, en el centro del mundo, ¿no? En su ombligo. ¿Qué mejor lugar que este a cuyo alrededor gira todo?

Miré a Sabina. Sí, hagamos este gesto, teatral como una máscara, artificial

como todo lo que está en el escenario. ¿No estábamos en el lugar donde nació el teatro? ¿Y no era este el último acto del teatro?

Tigelino nos «casó» a primera hora de la mañana. Sabina llevaba el tradicional velo nupcial y yo hacía las veces de novio. No solo fueron testigos nuestro círculo íntimo de amigos y sirvientes, sino también cualquier transeúnte que pasara por allí. Fue, como dije, una obra de teatro. Pero a un nivel más profundo, había aceptado su sacrificio y le había dado mi bendición. Como no había manera de deshacerlo, habría sido muy cruel rechazar el regalo.

Cuando nos preparábamos para irnos de Delfos, llegaron mensajeros procedentes de Bríndisi, con noticias escalofriantes. Había habido otra conspiración, esta vez centrada en la ciudad de Benevento, un lugar por el que habíamos pasado de camino al puerto. Recibí a los mensajeros a primera hora de la tarde, en la fresca terraza con vistas al valle, cuando el crepúsculo se teñía de púrpura.

El más alto de los dos, un soldado, me dio con semblante serio el mensaje envuelto. Su compañero, con una postura rígida, se mantenía impávido.

Eché un vistazo rápido al contenido. El complot se había centrado en nuestro recorrido por la ciudad, pero los conspiradores no habían podido organizarse a tiempo, por lo que habíamos salido de allí intactos. El cabecilla era Anio Viniciano, un cónsul romano que había escoltado a Tirídates hasta Roma.

—También es hijo de un conspirador contra la vida de Claudio —me recordó Tigelino cuando me entregó su informe.

Recordaba a Viniciano: un joven que no llegaba a los treinta, pero con la cara curtida debido al tiempo que había pasado en el campo. Había servido en

las fuerzas del general Corbulón en Armenia y se había casado con la hija de este.

—¡Gneo Domicio Corbulón! —exclamó Epafrodito en tono inquietante—. Si la conspiración de Pisón fracasó por falta de un líder adecuado, una conspiración con Corbulón al frente no tendría semejante punto débil. Él es el general más destacado de nuestra época. Y, según se rumorea, no se siente valorado por ti. Una combinación peligrosa.

Volví a tomar el informe.

—Es obligación tuya informarme de este tipo de rumores —lo reprendí.

—Muy bien —dijo Epafrodito—. Pues también circulan rumores sobre los hermanos Escribonio, Rufo y Próculo, los gobernadores de Germania superior e inferior.

—¿Qué clase de rumores? ¡Desembucha!

—Son desafectos y se mantienen sospechosamente en comunicación con Corbulón.

—Si los generales de los ejércitos occidental y oriental unieran sus fuerzas contra un emperador al que consideran poco militar... —comentó Tigelino.

Las palabras de un conspirador pretoriano acusándome de conducta impropia me resonaron en la cabeza: «Yo era tan leal como cualquier otro soldado del reino mientras te mereciste mi respeto.» ¿Eran del mismo parecer estos hombres?

—La conspiración en Benevento ha sido aplastada —intervino el soldado alto—. Helios ha ordenado ejecutar a los traidores. Pero la cuestión de los generales es más importante. Todavía están al mando. Rufo dirige los ejércitos de Germania superior, y Próculo, los de Germania inferior. Juntos mandan siete legiones. Y Corbulón no tiene hombres a su mando en este momento, pero las tropas del este lo veneran.

¿Acaso no iba esto a terminar nunca? ¿Estaría alguna vez a salvo? ¿Y

cómo osaban perturbar mi tranquilidad en un momento como este, cuando estaba en la cuna del arte y la belleza?

—Pide a Helios que obtenga más información —ordené—. Y en cuanto a los demás, jamás volváis a ocultarme rumores.

Una vez se marcharon, contemplé las pendientes escarpadas del valle, sumidas ahora en una oscuridad total. Tuve la sensación de que las tinieblas ascendían para envolverme a mí también.

Dejamos atrás Delfos y su montaña sagrada, y nos dirigimos despacio hacia las llanuras de Argos, donde pasaríamos el invierno a la espera de la primavera y de la reanudación de los juegos. Nuestra ruta nos condujo por el istmo de Corinto, circunvalando Atenas. No iba a dar a las Furias la oportunidad de atacarme acercándome a esa ciudad. ¿Qué necesidad tenía de que las Furias me atormentaran cuando estaba amenazado por nuevas conspiraciones?

La ciudad de Corinto era impresionante; en realidad, era dos ciudades en una: una inferior, con el puerto, y una superior, en las laderas. Había sido destruida totalmente por los romanos y reconstruida después por Julio César, por lo que era un reducto romano situado aquí, en medio de la sublime Grecia. En ella se celebraban los juegos ístmicos, en los que yo iba a competir.

Cuando cruzamos el istmo, tan estrecho que pude ver el mar a cada lado, imaginé de repente un canal que lo atravesaba y permitía que los barcos evitaran la peligrosa navegación alrededor del Peloponeso. Se lo mencioné a Faón.

—¡Otro proyecto de ingeniería no, por favor! —gimió.

—Parece más factible que el del lago Averno a Ostia —comenté—. Este



solo tendría cuatro millas de longitud.

—Te gustan demasiado los canales —observó.

—Nadie podría acusarme de hacerlo para glorificarme —dije. Las acusaciones sobre la Domus Aurea todavía me dolían—. Esto beneficiaría el comercio.

—Sí, pero ¿a qué coste? —preguntó. Su cara redonda pareció deshincharse.

—Eso, mi querido secretario de finanzas, tienes que investigarlo tú —respondí—. Me gustaría hacer un regalo a Grecia, como muestra de mi estima. Y ayudarlos, porque están luchando contra la pobreza.

—Cuidado con los regalos que los romanos hacen a los griegos —soltó.

—Muy gracioso —dije—. Averigua cuál sería su coste, si es que es factible.

Nos llegaron más noticias acerca de Corbulón y de los hermanos Escribonio, y era algo siniestro. Corbulón, en Oriente y sin hombres a su mando, se comunicaba con ellos y no ocultaba que le gustaría estar al mando de algo. De algo importante.

—De algo superior al ejército —dijo Tigelino—. Del imperio.

Estábamos sentados en la estancia principal de nuestras dependencias de invierno, cerca de Micenas. Había insistido en alojarnos allí para estar cerca del legendario hogar de Agamenón, aunque apenas quedaba rastro de haberlo sido. Estábamos en una llanura expuesta al viento y bien irrigada, próxima a muchos lugares de una enorme épica.

Había varios braseros encendidos; en Grecia el invierno era frío y húmedo. Estábamos apiñados alrededor del más grande, calentándonos las manos.

—Eso es absurdo —dije—. No está emparentado de ningún modo con la familia imperial.

—¿Necesita estarlo? —preguntó Estatilia. A menudo participaba en las

consultas, y yo agradecía su inteligencia mordaz. Su divertida tolerancia de Sabina había determinado mi opinión sobre ella; realmente era una mujer poco corriente.

—Claro que sí —respondí. En caso contrario, todos mis primos habían muerto en vano.

—Pisón no lo estaba, ni tampoco Séneca —insistió—. Tal vez está llegando el día en que la procedencia de los emperadores será otra.

—La más probable es el ejército —dijo Epafrodito—. Es de donde procedía César. Un general es siempre una figura atractiva, capaz de tener seguidores. Y sus seguidores son soldados armados, no la gente de un mercado.

«O de un concierto. O de una carrera de carros. O de un teatro.» No hacía falta que lo dijera: mis seguidores.

Todos me miraron, a la espera de instrucciones. Era algo que había creído dejar atrás, que se había acabado. Pero la seguridad nunca es permanente. El Nerón que sabía cómo reaccionar al peligro no se había ido; solo se había tomado un descanso.

—Envía la orden a Corbulón, Próculo Escribonio y Rufo Escribonio para que se presenten inmediatamente en Corinto. Di a Corbulón que lo aguardan órdenes importantes.

Después me preparé para el invierno. Los hombres tardarían semanas en llegar. Mientras tanto, intentaré quitármelos de la cabeza. Después de todo, estaba en el corazón de Grecia, de los lugares que conocía de nombre desde hacía mucho tiempo, los lugares donde Hércules había realizado sus trabajos: Lerna, donde mató a la Hidra; Nemea, donde mató al león; Olimpia, donde limpió los establos; Estínfalo, donde abatió a los pájaros. Hércules, quien, en un ataque de locura provocado por su enemiga, la diosa Hera, mató a su

esposa y a sus hijos, y vivió atormentado por la culpa. Apolo le había dado el único remedio: la expiación a través de trabajos heroicos.

Visité Lerna, en busca del pantano donde había vivido la Hidra de múltiples cabezas, y que ahora era un lugar famoso. El pantano estaba lleno de juncos, pero había habido una guarida subterránea donde se había escondido la Hidra. Observé las burbujas que se formaban en el agua turbia, se elevaban y explotaban desprendiendo olores horribles, y pensé en lo mucho que mi viaje se parecía al de Hércules, puesto que a mí me atormentaba la muerte de Popea, tanto que intentaba que ella volviera. Estos juegos y competiciones griegas eran mis trabajos, y las ayudas que quería dar a Grecia eran mis buenas obras.

—No puedo matar un león —dije a los dioses que siguieran escuchando en aquel sitio—, ni visitar el Hades y superar a Cerbero, aunque lo he intentado, pero perdonad mis fallos.

Mientras estaba allí, en silencio, se me ocurrió algo. Había otras proezas que podía llevar a cabo. ¿No estaba cerca de Lerna el lago Alcione, que carecía de fondo? ¿Carecía realmente de fondo? ¿Podría averiguarlo? ¿Podría verificar la historia o desmentirla, ampliar nuestros conocimientos del mundo, una ciencia que los griegos tenían en alta estima?

El lago Alcione era pequeño y oscuro, como si realmente careciera de fondo. Estaba en su orilla, cubierta de juncos, con dos pretorianos y un hombre del lugar que nos proporcionó una pequeña barca, además de cuerda con pesas de plomo y medidas de longitud. Pero no era lo bastante larga. Solo medía unos trescientos pies. Ordené que duplicara esta distancia y, a mediodía, el hombre había vuelto con otra cuerda, que ató a la primera. Pero seguía midiendo solamente seiscientos pies. Quería cuatrocientos más.

—Si no ha tocado fondo a mil pies, podremos decir que ha sido una buena jornada de trabajo —señalé—. Es obvio que si carece realmente de fondo, ninguna cuerda será bastante larga.

Cuando tuvimos la cuerda enrollada en la barca, solo quedaba espacio para dos de nosotros. Dejé a un pretoriano en la orilla con el propietario de la embarcación y nos pusimos a remar hasta el centro del lago, dejando atrás los juncos que cubrían la orilla pero que no se adentraban demasiado en el agua, lo que indicaba que el lago, aunque no careciera de fondo, era muy profundo. Me asomé a él, incapaz de ver nada salvo negrura. A lo mejor era como un pozo de poco diámetro que horadaba profundamente la tierra. Cuando llegamos al centro, lo que no nos llevó demasiado rato, ordené al pretorio que comenzara a hacer bajar la cuerda.

Se levantó con cuidado, tomó la cuerda con la pesa de plomo, se inclinó sobre la borda y la echó al agua. Rápidamente, como una serpiente, la cuerda empezó a desenrollarse, lo que hizo que la barca diera bandazos. El pretorio sujetó la cuerda para controlarla y la fue dejando caer poco a poco con la mano.

El rollo era cada vez más pequeño.

—Todavía no noto nada —dijo, cuando llegó al final de la primera cuerda, de cuatrocientos pies.

—Sigue —ordené, asomándome por la borda. El agua, aunque oscura debido a su profundidad, era clara y mostraba la cuerda como una serpiente pálida que desaparecía en la oscuridad.

Llegamos al final de la segunda cuerda.

—Setecientos pies —anunció el pretoriano.

—Sigue —ordené. Deseaba haber pedido más cuerda, aunque habría necesitado una embarcación más grande.

El soldado hizo bajar la cuerda poco a poco hasta que llegó a su final.

—Mil pies —dijo—. Y todavía no noto el fondo. La cuerda se balancea con libertad.

Estaba decepcionado. Solo había demostrado que el lago tenía por lo menos mil pies de profundidad, no que careciera de fondo. Pero para demostrar que carecía de fondo no había cuerda suficiente en Grecia, ni en el mundo entero. Tal vez, como ocurre con todos los verdaderos misterios, teníamos que conformarnos con una respuesta a medias.

Corbulón y los hermanos Escribonio llegaron a Corinto dos meses después, y recibieron, en lugar de ascensos y reconocimiento, la orden de suicidarse.

Corbulón obedeció de inmediato, desenvainando la espada y clavándosela en público, diciendo solamente *Axis*, que significa «te lo mereces» en griego, antes de caer al suelo.

Esta palabra se decía habitualmente al aclamar la victoria de un deportista. ¿Qué había querido decir? ¿Estaba admitiendo que se merecía el castigo? ¿Estaba enfadado consigo mismo por haber sido descubierto? Fuera lo que fuere, como la verdadera profundidad del lago Alcione, sería un misterio.

Los hermanos Escribonio, una vez recibieron la orden, obedecieron y se suicidaron en privado de modo sumiso y silencioso, sin proferir quejas ni comentarios que desconcertaran a la gente.

Nombré a Verginio Rufo gobernador de Germania superior y a Fonteyo Capitón gobernador de Germania inferior. Ninguno de los dos tenía ascendencia imperial ni ambición personal. Al final resultó que los hermanos Escribonio sí estaban emparentados con la familia imperial después de todo, además de descender de Pompeyo el Grande. No volvería a cometer el error de nombrar a hombres así para puestos de poder.

## LX

Llegó el verdadero invierno, con vientos fuertes y lluvias gélidas. Incluso así, Grecia poseía una belleza sublime. La crudeza misma del clima revelaba las intrincadas formas que las ramas peladas de los árboles dibujaban en el cielo blanquecino. Las mañanas cubrían los campos con una alfombra de reluciente escarcha.

No era buen momento para entrenar para la carrera de carros; el terreno helado e irregular era peligroso para los caballos. Pero era perfecto para ensayar pruebas de interior: música y arte dramático. Me concentré especialmente en el arte dramático ahora que había decidido interpretar *Orestes*. También interpretaría *La locura de Hércules enloquecido*, además de «Cánace de parto», una escena de *Eolo*. Acepté mi pasado como la única forma de reconocerlo y librarme de su maldición.

Los dramaturgos griegos no se acobardaban ante este tema, y tampoco iba a hacerlo yo. Cuando me colocaba la pesada máscara trágica y me disponía a convertirme en Orestes o en Hércules, sentía hasta la última gota de su sufrimiento y todas las maldiciones que cayeron sobre ellos. Este es el poder del arte.

Cuando me ponía la máscara de Popea para interpretar a Níobe o a Cánace, me transformaba en una mujer. Me volvía enteramente mujer, y descubría que no había tanta diferencia. ¿Dónde termina el hombre y comienza la mujer? Existen, naturalmente, historias al respecto, como la de Tiresias, que mutaba de hombre a mujer, y viceversa, por lo que era en parte hombre y en parte mujer. ¿Pero acaso no lo somos todos?

Ahora podía dar rienda suelta a la atracción que sentía por los hombres además de por las mujeres. La belleza era mi criterio y siempre lo había sido, pero ahora no tenía que limitarse solamente a un tipo de persona. ¡Oh, la libertad de Grecia! ¡Qué horizontes me había abierto!

Roma parecía muy lejos..., y lo estaba.

Pero no sus problemas. Llegaban mensajes inquietantes con respecto a la provincia de Judea. Más mensajeros, más despachos.

Hacía mucho tiempo que Judea era un lugar conflictivo del imperio. Era un país pequeño pero muy xenófobo. No se sometió inmediata ni fácilmente al dominio de Roma, y periódicamente estallaban conflictos en él. Pero no era nada que no pudiéramos controlar. Los judíos, que se negaban en rotundo a reconocer o a adorar a ningún dios que no fuera el suyo, se las habían arreglado para que les hiciéramos una concesión: en su templo de Jerusalén harían sacrificios en nombre del emperador, no a él. Estaba bien; era una solución intermedia que permitía a ambas partes mantener intacto su honor.

Dos soldados y un mensajero, con las capas de lana manchadas y tachonadas de abrojos, recorrieron con dificultad el terreno abrupto hasta mis dependencias un día gris. Suplicaron verme de inmediato, y Epafrodito accedió a ello. Normalmente retenía a este tipo de visitas y les hacía preguntas, pero parecía consternado y asustado cuando me los presentó sin la menor dilación.

—Cayo Erucio, centurión, y Publio Hosidio, tribuno —informó—. Son de Cesarea, sede del prefecto. Marco Ligano, mensajero oficial.

—¿Sí? —pregunté de pie, mirándolos.

—La situación en Judea está prácticamente fuera de control, César —dijo Publio.

—No está prácticamente fuera de control, está fuera de control —lo corrigió Cayo.

Hice un gesto con la cabeza para que Epafrodito llamara a Tigelino y a varios de los pretorianos.

—Explicaos —pedí.

—En primavera, los judíos lanzaron protestas contra los impuestos y empezaron a atacar a romanos, personas que simplemente se ocupaban de sus tareas cotidianas. Hubo disturbios en Cesarea. Los sofocamos. Pero entonces los zelotes, que se están haciendo con el control del país, interrumpieron los sacrificios ofrecidos a ti en el templo. El prefecto Floro fue entonces al templo y se llevó plata del tesoro —explicó Marco, el mensajero.

¡El muy idiota! Los judíos habían provocado disturbios cuando Calígula había intentado poner sus estatuas allí. El templo era sacrosanto para ellos, y tenían que dar muerte a cualquier no judío que entrara en él. Gemí.

Llegaron Tigelino y los demás soldados, y les repetí las noticias sobre los sacrificios.

—Continúa —indiqué entonces a Marco.

—Las cosas se descontrolaron enseguida. Un grupo de zelotes armados atacó la guarnición romana de Masada y la fortaleza Antonia en Jerusalén.

—¿Y? —pregunté. Sin duda, habían sido repelidos.

—¡Fue horrible! ¡Horrible! —exclamó Publio—. Ese mismo día, los griegos atacaron como represalia a los judíos en Cesarea y mataron a veinte mil. Ambos bandos declararon la guerra. El prefecto Floro pidió ayuda al general Cestio Galo, en Siria, ya que las fuerzas apostadas en Judea no eran suficientes. Cestio partió con la Duodécima legión «relámpago», junto con cohortes de otras legiones y auxiliares. Había reunido a treinta mil hombres.

¡Ah! Seguro que ahora los rebeldes habían sido sofocados.

—Excelente. ¿Se ha restablecido el orden? —quise saber. ¿Por qué nadie me había hablado antes de eso? Pero no importaba. Ya había acabado.

—¡No! —Cayo se secó el sudor, que le caía a borbotones por las mejillas a



pesar del frío—. Llegó a Jerusalén pero se encontró con una resistencia feroz y entonces... primero... la fortaleza de Antonia había caído...

—¿Cuál fue el resultado? —Daban igual los detalles intermedios.

—Fue aniquilado. Lo perdió todo salvo su propia vida al retirarse de Jerusalén.

—¿Retirarse? —bramó Tigelino—. ¿Retirarse?

—Tuvo que retirarse. Estaba derrotado. Los deshonrosos rebeldes le prometieron un salvoconducto si emprendía la retirada, pero mintieron, y masacraron su retaguardia, compuesta por más de cinco mil hombres, y se vio obligado a abandonar su recua de transporte y su artillería, que están ahora en poder de los rebeldes.

¡Por todos los dioses! ¡Derrotado! Los poderosos soldados del ejército romano, echados de Jerusalén como chuchos apaleados. ¡Qué deshonra!

La provincia..., corríamos el peligro de perderla entonces. Por segunda vez en mi reinado, una provincia podía eludir el control de Roma. Primero Britania, unos años atrás, y ahora Judea. Y en ambos casos por culpa de rebeldes armados pero sin formación.

—¿Quién es su líder? —pregunté. ¿Sería otra mujer, otra Boadicea?

—No parece haber ninguna jerarquía de mando definida —respondió Publio—. Incluso luchan entre sí. No van todos a una. Pero tienen sesenta mil hombres en el campo de batalla.

Era un incendio fuera de control, como el que había arrasado Roma hacía dos años. Pero disponíamos de mejores medios para combatirlo que los vigiles, con sus carros y sus cubos. Disponíamos del mejor ejército que existía, y si no podíamos aplastar este alzamiento, no nos merecíamos ser considerados los amos del mundo.

Escuché los detalles de su informe y pedí después que les dieran comida y

alojamiento para descansar de su largo viaje. Los acompañaron afuera y cerraron la puerta al salir.

—Me pregunto qué habrá pasado desde que estos hombres se marcharon —soltó Tigelino—. Cada día cuenta, y hace quince que no están allí. Quince días, mientras los rebeldes deambulan por el territorio y refuerzan su posición. —Se apoyó con los nudillos en la mesa de trabajo, se inclinó hacia delante y clavó sus ojos penetrantes en los míos.

—Tengo que pensar —dije—. Esto es crucial. No podemos tomar decisiones apresuradas, porque no tendremos ocasión de enmendarlas.

—Piensa deprisa —replicó—. Piensa deprisa o todo estará perdido.

Como gran parte del séquito pasaba el invierno en Corinto, mandé llamar a senadores y oficiales que sabían mucho de aquella parte del mundo. Un día después se reunieron conmigo y expresaron sus opiniones, pero estas eran dispares. Algunos de ellos creían que no se trataba de ninguna emergencia y que un contingente mayor controlaría rápidamente la situación; otros consideraban que los métodos de combate de los rebeldes eran difíciles de contrarrestar con soldados con formación tradicional. En lo que todos estaban de acuerdo era en que teníamos que movernos deprisa.

Necesitaba un general que fuera competente. Corbulón habría sido la opción evidente. ¿Quién más había? ¿A quién podía enviar rápidamente? ¿Quién estaba disponible entonces?

Vespasiano. Vespasiano había venido a Grecia, por lo menos al principio. ¿Seguía aquí? ¿O se había ido al llegar el invierno? Por fortuna, estaba en Atenas, y así Tito Flavio Vespasiano pudo presentarse ante mí tres días después.

—¿César? —preguntó. Su cara ancha, con su frente arrugada, me pareció imperturbable y tranquilizadora.

Le expliqué la situación militar y le di a leer los despachos para que

conociera los detalles.

—Serviste a Claudio en su invasión de Britania hace más de veinte años — dije—. Pero aquella no era tu guerra. Ahora tienes la oportunidad de librar una propia, de unir para siempre tu nombre a una conquista. Quiero que tomes el mando de la respuesta romana al alzamiento en Judea. Tengo suma confianza en ti.

—¿Tengo que dejar el transporte con mulas? —preguntó con una sonrisa.

—Puedes dejar atrás las mulas —le aseguré—. Tu futuro está en otra parte.

Una vez hubo leído atentamente los despachos y hecho preguntas a los mensajeros, nos reunimos de nuevo. Estaría al mando de dos legiones en Siria: la quinta «macedónica» y la décima «del estrecho marino». Su hijo Tito llevaría la Decimoquinta «apolínea» de Egipto. Se reuniría así un contingente de entre cincuenta y sesenta mil hombres.

—Galo pensó que sería fácil. No cometeré ese error —dijo—. Dejaré Jerusalén para el final. Someteré el resto del país, aniquilaré a los rebeldes en el campo de batalla, de modo que no quede nadie detrás de nosotros cuando vaya a tomar Jerusalén. Será lento pero metódico e inexorable. Avanzaremos pie a pie si es necesario, pero lo que conquistemos permanecerá conquistado.

—Quería un general sabio y pensativo, y lo he encontrado —aseguré.

Estos conflictos militares perturbaron mi oasis de tranquilidad y evasión. Me pasaba horas sentado cavilando por la noche, pensando en lo difícil que era gobernar el imperio, lidiar con la ambición y la traición en nuestro propio bando y con la rebelión en el otro. Ahora empezaba a cuestionarme la campaña planeada con Tirídates para luchar en las Puertas del Cáucaso. No era el momento de lanzar una expansión del imperio, sino de mantenerse firme en su defensa. A regañadientes admití que tendría que posponerla.

Como siempre, cuando algo me afectaba mucho, intenté convertirlo en arte, dotarlo de otra forma, una a la que pudiera enfrentarme. Para el próximo concurso de cítara en Nemea, abandonaría la guerra de Troya y compondría una pieza sobre la guerra y su significado.

Pronto descubrí que siempre es más fácil escribir sobre una acción que sobre una idea. Héctor y Aquiles, y sus espadas, sí. Pero el concepto de la guerra me resultaba muy difícil, en parte porque ni yo mismo sabía lo que pensaba realmente sobre ella. Procedía de una familia de guerreros, el más destacado de los cuales era Germánico. Todo el imperio se había construido a partir de la guerra. A través de ella, Roma había pasado de ser una pequeña ciudad del interior en el centro de Italia a gobernar el mundo. Lo habíamos hecho aumentando gradualmente nuestros dominios, del modo en que Vespasiano iba a librar la guerra en Judea. La expansión lenta e inexorable había sido más sólida y duradera que las conquistas relámpago de Alejandro, que no lo sobrevivieron.

Más de medio siglo antes, Horacio había escrito *Dulce et decoram est pro patria mori*: «Dulce y honorable es morir por la patria». Era el tema romano, además del griego. Pero se habían perdido innecesariamente muchas vidas en las guerras; guerras que habían empezado por la codicia o la vanidad de un rey. Miles de hombres morirían debido a la estupidez de un líder. ¿Era eso dulce u honorable?

Se lo comenté a Estatilia una noche que me estaba esforzando por componer las palabras para el poema.

—Otra idea subversiva tuya —soltó—. Que morir por Roma pueda ser un desperdicio. —Se recostó en la silla y me miró con guasa, como hacía a menudo—. ¿Un emperador que canta, baila, conduce carros y ahora cuestiona la sagrada idea de la guerra?

—No cuestiono la guerra en sí —dije, tomando la cítara—. Solo hay dos

clases de personas: las conquistadoras y las conquistadas. Para evitar formar parte de las segundas, tienes que protegerte luchando. Solo estoy cuestionando que todas las guerras sean iguales. Algunas son una estupidez. Los soldados que mueren en ellas mueren en vano, sí. Son los legionarios quienes pagan el precio, no el rey que los envió.

—Una sutil distinción —afirmó—. Puede que la gente no vea la diferencia.

—¿Qué gente? ¿El público que me oirá en los juegos? ¡Tendré suerte si no se duerme!

Empecé a puntear las cuerdas de la cítara. El sonido claro me transportó como siempre. Las notas eran dulces... dulces... sí; podría adaptar las palabras de Horacio y después refutarlas... comparando el dulce sonido de la cítara y la misma palabra *dulce* con la carnicería de la guerra, uniendo las dos formas de arte, música y lengua, en una sola. ¡Sí!

Compuse apasionadamente. Sentí que era mi obra maestra. Era extraño que un incidente que no me gustaba hubiera dado origen al mejor trabajo que había hecho nunca. Hasta la melodía emanó con naturalidad de las palabras, y sentí alegría al interpretarla. Cuando asistiéramos a los primeros juegos del nuevo año, los de Nemea, estaría preparado.

La primavera llegó a Grecia con todo su legendario esplendor. Una alfombra de flores silvestres rodeaba los huertos, donde los árboles se agachaban cargados de flores blancas. Con cada ráfaga de viento salían volando nubes de pétalos que se esparcían y se arremolinaban. El cielo estaba despejado y el aire, suave, estaba impregnado de la fragancia de la madreselva y del ciclamen. Unas amapolas que se balanceaban alrededor del templo blanco de Zeus en Nemea se regocijaban de que el invierno hubiera llegado a su fin.

Nemea estaba situada a los pies de un anillo de colinas salpicadas de pinos

y de olivos silvestres. Como los de Olimpia, aquí los juegos estaban dedicados a Zeus, y su templo se elevaba imponente en el santuario, enmarcado por un huerto de cipreses sagrados. Cuando comenzaran los juegos, el valle se llenaría de tiendas, pero de momento estaba tranquilo y vacío. Habíamos llegado pronto.

Estaba en los puestos de salida de los corredores del excelente estadio contemplando la larga pista. Mis días de corredor habían terminado, pero ahora lo lamentaba. Los trece carriles se extendían como cintas ante mí y me llamaban. Puse los dedos de los pies en las ranuras talladas en las losas de mármol que constituían la línea de salida y examiné la intrincada madera y el mecanismo con cuerdas que liberaba a todos los corredores a la vez. Era muy ingenioso. A medio camino estaba el túnel que conducía del vestuario de los atletas a la pista. Entré en él y leí las anotaciones que los atletas habían grabado en las piedras. «Gano. Entrego mi fuerza a los dioses.» Repetí mentalmente el juramento que se tomaba antes de cada carrera: «“¿Juras ajustarte a las normas de los juegos píticos y no hacer nada que os deshonre a ti o a tu familia, o que deshonre el espíritu de los juegos?” “Sí.” “Pues accede al estadio y sé digno de la victoria.”»

Recorrí despacio el túnel, imaginando que había hecho este juramento y salí a la pista. El deseo de competir en los próximos juegos me invadió. Estaba impaciente porque comenzaran.

Cuando los contendientes empezaron a llegar, el valle se llenó de tiendas de campaña, que convirtieron Nemea en una ciudad. Estábamos alojados en unas estupendas dependencias temporales de madera construidas para nosotros, pero a menudo salía a pasear por la tarde, cuando hacía fresco, para visitar las tiendas y ver cómo entrenaban los atletas. En el vestuario se quitaban la ropa, se ponían aceites y entrenaban en el estadio. No me había

fijado antes, pero un canal de agua fresca rodeaba la pista, de modo que los competidores podían beber o refrescarse. De nuevo, era muy ingenioso.

Los concursos de música y de arte dramático tendrían lugar en otra parte, en un teatro temporal construido a cierta distancia del estadio. Al ir a pie conmigo un día al anochecer, Estatilia preguntó:

—¿Ya sabes quiénes serán tus competidores?

—No —respondí—. Imagino cuáles serán algunos de ellos, pero pueden proceder de todo el mundo helénico.

La puesta de sol había teñido el templo de Zeus de rosa y suavizado la piedra nueva del teatro. Ante él, en medio del campo, las plantas me hacían cosquillas en los tobillos y me agaché para arrancar una. Apio silvestre. ¡Qué buen augurio! Y así lo dije a la vez que doblaba el tallo y lo convertía en un círculo para formar una corona.

—¿Y eso? —preguntó Estatilia.

—Aquí los ganadores reciben una corona de apio. —Lo sostuve en alto, pero no me lo puse en la cabeza. Traería mala suerte.

—Tan perecedero —comentó—. Tan frágil.

Como todo, tal como sabía con gran pesar mío. Pero eso no restó brillantez al momento.

—Damos comienzo a la competición para nombrar al campeón de composición e interpretación musical —entonó un juez con una túnica negra. Estaba en la orquesta del teatro y explicó más las normas. Cada contendiente interpretaría solo una pieza. No podría secarse la cara, dejar el instrumento ni carraspear. Hacerlo conllevaría la descalificación inmediata.

A continuación presentó a los competidores. Había un hombre de Creta, otro de Patras, dos de Sicilia y uno de Rodas. Y, después, llegó el bombazo:

—Terpnos de Roma. —Y Terpnos salió y saludó.

¡Terpnos! El profesor que tuve en mi juventud, el hombre que me había mostrado por primera vez la magia y la belleza que solo la cítara poseía. Lo saludé con la cabeza. ¡Competir con mi profesor! Me puse nervioso de golpe. Era imposible que pudiera hacerlo mejor que él.

Pero me armé de valor. «Cualquier intérprete será solo lo bueno que sea en esta ocasión concreta», me dije a mí mismo. Un gran guitarrista podía interpretar su música algo peor por una vez. Y uno que no fuera tan bueno podía hacer la actuación de su vida.

Entonces me invadió una emoción inesperada. Quería vencer a Terpnos. Solo le había faltado acusarme de provocar el incendio, convencido, evidentemente, de que yo era capaz de lo peor. Y para que alguien crea lo peor de ti, tiene que haber pensado mal de ti de entrada. No me lo había merecido; Terpnos tendría que haberme conocido mejor. Los años cordiales que habíamos pasado juntos desaparecieron de un plumazo y quise vengarme de la manera que contaría: derrotándolo en el terreno en el que ejercía su virtuosismo.

—Diodoro de Roma —anunció el juez. ¡Otro guitarrista al que conocía y con el que había ensayado!

Así que tanto Terpnos como Diodoro se habían desplazado hasta aquí, pero habían desdeñado formar parte de mi grupo y ni siquiera habían tenido la cortesía de informarme de que asistirían, como cualquier verdadero amigo habría hecho.

Fueron anunciados más intérpretes, de diversos lugares: Filipos, Nápoles, Naxos.

Entonces, otra conmoción.

—Pamenes de Atenas. —Un hombre lleno de arrugas se tambaleó con la cítara en la mano. Era legendario, pero tendría unos noventa años.



Actuaríamos en el orden en que habíamos sido anunciados, lo que significaba que yo lo haría a mitad de la competición, la posición que más me gustaba. Escuché cómo mis predecesores salían, se presentaban y cantaban las piezas elegidas. Todos eran asombrosamente buenos, pero, claro está, a estos juegos solo iban los mejores.

«Piensa solo en tu composición, en tu letra. Tenlas en la cabeza, no te distraigas», pensé.

Y salí al escenario. Miré al público y dije las palabras habituales a los jueces.

—Lo haré lo mejor que pueda pero el resultado está en manos de la Fortuna. Sois hombres juiciosos y entendidos, y sabréis evaluar con justicia y descartar el papel que haya podido desempeñar el azar.

Me miraron, inexpresivos como piedras.

Ya estaba aquí. El momento que había anhelado y temido. Una oportunidad. Una oportunidad. Tomé la cítara, la sujeté con el brazo izquierdo y me preparé. Inspiré hondo. Sin carraspear. Entonces empecé, y una vez superadas las primeras notas pensé solo en el mensaje de mi canción y en su reinterpretación de la gloria de la guerra. La gente tenía que oírlo, tenía que reflexionar sobre ello. No era una canción sobre ninfas, sobre centauros ni sobre Zeus. Era una canción sobre el día de hoy, sobre las decisiones que tenemos que tomar hoy... o mañana. Decisiones con las que las personas corrientes, que luchaban como soldados, se encontrarían, no decisiones sobre cuál de tres diosas era más hermosa. Decisiones que sus comandantes tenían que tomar. Así pues, el arte puede ser apremiante, puede plantear cuestiones candentes y dejar que nosotros las respondamos.

El sudor se me acumulaba en la frente y me entraba en los ojos, pero no podía secármelo. Me nublaba la visión y hacía que el público flotara ante mí.

Hacía que la cítara me resbalara en las manos. Y entonces, milagrosamente, la canción terminó.

Cuando me puse de pie casi se me doblaron las rodillas, tembloroso. Esperé en el escenario el reconocimiento de que había completado satisfactoriamente mi actuación. Enseguida mi debilidad remitió, salí del escenario y lo dejé para el siguiente intérprete.

Después de varios contendientes, Terpnos ocupó su lugar en el escenario. Interpretó una de sus piezas características. La tocó a la perfección. Pero no tenía nada que entusiasmará; era de lo más convencional.

A continuación actuó Diodoro, que había optado por una pieza melódica. Pero su voz no estaba pasando por su mejor momento, y la norma que prohibía carraspear lo sentenció.

Después de varios concursantes más apareció el viejo Pamenes arrastrando los pies. Se dirigió a los jueces con voz vacilante, se enderezó y empezó a tocar. Milagrosamente su voz cobró fuerza durante la canción.

Unos cuantos más y se terminó. Aguardamos entonces, fingiendo estar tranquilos, aunque en realidad estábamos tan nerviosos que nos costaba permanecer sentados con la espalda erguida y sin movernos. Finalmente, los jueces se levantaron y el presidente del jurado anunció:

—Hemos concedido la corona a Nerón César por su composición y por su ejecución de esta.

¡Las palabras más dulces del mundo! Me puse de pie, y tras acercarme a los jueces agaché la cabeza para que me colocaran la corona de apio silvestre. Noté el frescor de las hojas en la frente sudada; esta corona era real, no como la que había hecho yo.

—Nerón César acepta esta corona en nombre del pueblo romano —dije. ¡Qué alegría decirlo, y notar la corona en mi cabeza!

Hubo después una celebración que ofrecieron los oficiales y que congregó

a los contendientes, a sus invitados y a miembros entusiastas del público. Estatilia, Sabina, Tigelino, Epafrodito, Faón y otros miembros de mi servicio me felicitaron, pero vi que estaban sorprendidos. En aquel momento, a pesar de todos los que me rodeaban, deseé que Actea hubiera podido estar aquí y que hubiera podido compartir esto conmigo. Si las cosas hubieran sido distintas, habría deseado que mi profesor lo hubiera visto en lugar de haber competido conmigo.

—Así que el pupilo supera al profesor. —Tenía a Terpnos detrás de mí, y me volví para mirarlo.

¿Debería decir: «Ni hablar, tendrías que haber ganado tú»? ¿Debería disculparme? Pero eso sería negar la realidad.

—En este día concreto —contesté—. Nada más. Y la base de todo es lo que tú me enseñaste.

—Sí, siempre fuiste un pupilo aplicado —comentó, alzando la copa de vino.

Un pupilo aplicado. Sinónimo de corriente, mediocre, vulgar, eficiente. Sonreí. Quien llevaba la corona de apio era yo, no él.

—Lo hice lo mejor que pude —aseguré.

Dio un largo trago de vino.

—Por fin podemos saciar nuestra sed y secarnos la frente.

—Sí, ha terminado —dije—. Por fin.

Habían pasado dos años desde que había proferido sus ofensivas palabras sobre el incendio, al afirmar que se avergonzaba de que un pupilo suyo hubiera cantado sobre Troya mientras Roma estaba ardiendo, y al negarse a decir que no se creía aquellos rumores. Ahora podía olvidarme de él y de lo que él pensaba. Realmente se había terminado... lo que había entre él y yo.

## LXI

El encanto de la primavera cedió rápidamente paso al verano, y la delicada fragancia de las flores tempranas quedó sustituida por el olor seco de las hojas calientes. La primavera es breve en Grecia, tan fugaz como las ninfas asociadas a ella.

Olimpia destacaba en el calendario, incluida en la canícula del verano: agosto. Los juegos olímpicos, los juegos panhelénicos más importantes y más venerables. Celebrados en honor de Zeus, loaban las proezas físicas de atletas de todo el mundo, y su prestigio era incomparable. Decidí trasladarme allí enseguida para que por lo menos el entorno me resultara familiar, de modo que cuando dieran comienzo los juegos me sintiera como en casa; como si eso fuera realmente posible. ¿Podría cualquier contendiente sentirse verdaderamente tranquilo al acercarse al crisol de la competición?

La distancia entre Nemea y Olimpia era mucha; además de estar separadas por cordilleras montañosas, había que cruzar el Peloponeso en toda su amplitud. Recorrer los valles aumentaba la distancia, pero con nuestro gran contingente era la ruta que era más prudente seguir. Partimos, con los carros crujiendo y el grupo animado, yo el que más, con mi corona, mi cinta y mi palma del concurso de cítara cuidadosamente empaquetado entre capas de papel para que se conservaran, pero irradiando mi victoria más allá de la caja donde estaban.

En Olimpia me aguardaba otra prueba. Allí competiría con el carro de diez caballos, como anhelaba y temía a la vez. Llegado a este punto, no podía

echarme atrás. No solo no podría soportar el ridículo, sino que tampoco podría soportar lo mucho que lo lamentaría después si era incapaz de hacerlo.

Tigelino, que cabalgaba junto al carro imperial durante el viaje, se inclinó hacia nosotros, sonriente.

—Echad un último vistazo a Nemea —dijo, señalando hacia atrás.

Me volví y observé cómo se perdía en la distancia. Ya estaba desapareciendo entre las colinas que la rodeaban. Pero jamás se me borraría su imagen de la cabeza.

—Y ahora le toca a Olimpia —dijo Estatilia, sentada a mi lado.

«Y ahora le toca a Olimpia.» Para ella era algo sencillo: simplemente ir de un sitio al siguiente como un espectador que no tenía ninguna inquietud ni debía enfrentarse a ninguna exigencia. ¡Qué fácil ser un espectador, un observador, en lugar de un participante; ser un consumidor en lugar de un productor! Pero eso, a mí, me era totalmente ajeno. Si algo me importaba, si algo me interesaba, no podía evitar participar. Sería mucho más aconsejable para mí como emperador ser como Estatilia. De esa forma no me ganaría críticas, ni censuras; ni causaría estupor. De esa forma, no sería Nerón.

—Sí, ahora le toca a Olimpia —dije alegremente.

—Tu claca de *augustiani* está ensayando —comentó Faón, sentado detrás de mí—. Escucha. Se les oye desde aquí y todo.

Me llegaron desde la parte posterior de la recua los aplausos rítmicos del grupo, mis fieles seguidores y animadores. Tenían varios tipos especiales de aplausos, según cómo daban las palmadas a la vez.

—Parece un árbol lleno de grajos —intervino Estatilia—. Ruidoso pero entusiasta.

—¡Esperemos que no dejen muchos excrementos! —soltó Faón, tronchándose de risa. A mí no me hizo gracia. Su risa se fue apagando.

—Ejem... He enviado mensajeros para avisarlos de que tengan a punto

nuestras dependencias —dijo Epafrodito con su voz oficial—. No nos esperaban tan pronto. Pero todo estará a punto.

—Estupendo —dijo Estatilia—. Quiero estar cómoda. —Se estiró en su asiento—. Para cuando lleguemos, estaré destrozada.

—Yo estaré tieso como una piel de buey seca —aseguró Epafrodito—. Tal vez tendría que bajar del carro y viajar a lomos de un caballo, como Tigelino.

—Habláis como un par de ancianas —solté. Eso debería hacerlos reaccionar.

De repente anhelé estar con jóvenes, con personas que no se quejaban de sus articulaciones, que consideraran que desplazarse a Olimpia era una aventura más que una carga. Tal vez eso era lo que realmente diferenciaba la juventud de la edad: ver lo que te rodea como algo apasionante y lleno de oportunidades. No tenía nada que ver con ser calvo o tener la cabeza cubierta de pelo. Era lo que había dentro de la cabeza lo que determinaba la edad, no lo que había en el cuero cabelludo.

¿Seguía siendo yo joven? ¿O me había incorporado a las filas de los ancianos? Aquí, en Grecia, me sentía joven; en Roma me había sentido viejo, y esta era una de las razones por las que me había ido. ¿Pero qué ocurriría cuando llegara el momento de regresar? ¿Podría dejar sumisamente la juventud atrás y ponerme de nuevo el manto de la edad, de la cautela y del tedio? ¿Podría volver a soportar los días sintiéndome vacío y apático?

Olimpia apareció ante nosotros con su sereno esplendor verde. Una llanura situada entre dos ríos, uno apacible y el otro rápido, rodeada por colinas poco empinadas y llena de templos y arboledas, cuyo aire mismo parecía sagrado.

Olimpia era un santuario enorme. Como Delfos, poseía edificios monumentales, tesoros y ofrendas de varios Estados, obras de arte sublimes

expuestas. A diferencia de Delfos, no se encontraba en lo alto de una escarpada ladera sino que se extendía majestuosamente como la cola de un pavo real en el suelo. Al final había una colina cónica, el monte Cronión, rebosante de pinos susurrantes que vigilaban el edificio más antiguo, el templo de Hera. Contemplé, parpadeante, este lugar augusto. Faltaban todavía dos meses largos para el inicio de los juegos, un mes para que llegara el gentío. Lo teníamos para nosotros solos.

A mi alrededor la gente bajaba de los carros mientras llegaban otros más. Un oficial se acercó corriendo, flanqueado de ayudantes, para darnos la bienvenida.

—César —dijo el hombre con una reverencia—. Nos alegra verte aquí. Tus dependencias ya están a punto; las preparamos antes de empezar nada más. Están allí —indicó, señalándolas—, justo al lado de la pista de carreras.

¡Qué buen augurio!

—Os damos todos las gracias —respondí con una sonrisa—, y esperamos ansiosos los juegos. Como sabes, voy a participar en la carrera de carros.

—Sí, César, nos han informado de ello —aseguró, manteniendo su sonrisa intacta—. Las cuadras también están preparadas. Muchos participantes llegan pronto para que sus caballos puedan aclimatarse a su entorno. ¿Conducirás el *tethrippon*? Tengo entendido que es lo que has conducido en Roma.

—No, no será un carro tirado por cuatro caballos —respondí—. Podrías llamarlo un *dekarippon*.

—¿Cómo? —Estaba perplejo.

—En latín, *decemiugis*. Diez caballos.

—¿Diez? —Su sonrisa se desvaneció.

—Diez —repetí.

—Entonces... tendremos que limitar el número de participantes en esta carrera porque la anchura de tu tiro será mayor y no tenemos tanto espacio.

La pista mide unos doscientos pies de ancho. Averiguaré cuántos participantes más esperamos tener en la... categoría de más de cuatro caballos. Sería mejor que corrierais todos juntos.

—Como quieras —dije—. Confío en tu criterio.

—Por aquí todo estará tranquilo un tiempo —comentó—. Pero en cuanto comience el mes de tregua antes de los juegos, empezará a venir gente y el valle se llenará de tiendas de campaña. Esperamos que vengan muchos miles de personas. Disfruta de tu soledad ahora.

—Me acompaña un séquito de diez mil personas —le advertí—. De modo que de soledad, nada.

—Un emperador lleva su propia ciudad con él —dijo.

—No una ciudad, pero sí mi corte y mis atletas —respondí.

—No habíamos tenido a un emperador aquí desde Tiberio —dijo—. Pero por aquel entonces, él todavía no era emperador, porque Augusto todavía estaba vivo.

Así que yo era el primero. Que así fuera. Otro buen augurio.

—Me complacería ver mis dependencias —le indiqué—. Muéstranoslas, por favor.

No estaba preparado para el elaborado edificio que habían erigido para nuestra estancia. Lindaba con la enorme estructura que se usaba para alojar a los invitados de alto rango, con su espacioso comedor, sus pasillos y sus patios. La nuestra era una estructura cuadrada con muchas habitaciones, fresca y aireada incluso con el calor del mediodía.

—Podrás, naturalmente, usar como tuyo propio el edificio contiguo cuando desees. Esta tarde, te invitamos a un banquete de bienvenida en el comedor para tu círculo más íntimo y cualquier otra persona que quieras traer.

Estatilia debió de poner alguna cara, porque se apresuró a añadir:

—Puedo garantizarte que nunca habéis visto nada igual.



No era probable, pero sonreí.

—Gracias. Aceptamos encantados —dije. Que empezara la aventura.

Paseé un rato. Fui primero a la pista de carreras, todavía sin cuidar. Estaba llena de hierbas y maleza, e incluso había un rebaño de cabras pastando en ella. Pero bajo la vegetación se veía con claridad la silueta de la pista. En un extremo había un espléndido pórtico con columnas. Delante de él los carros se alinearían en un ingenioso orden de salida en forma de cuña, emparejados de modo que los de los carriles exteriores quedarían más atrás, después irían los dos de los carriles siguientes y así hasta el último par, que ocuparía carriles contiguos. Entonces, los carros situados más atrás empezarían primero, después los siguientes y así sucesivamente, de modo que los dos últimos en empezar serían los que tenían que recorrer la menor distancia. Cuando todos los carros estuvieran a la misma altura, el juez señalaría oficialmente el inicio de la carrera.

Los mecanismos de salida no estaban montados todavía. Rodeé el extremo más cercano y subí el terraplén que ocupaban los espectadores para ver la carrera. Al coronarlo, vi a mis pies el estadio que se utilizaba para las carreras atléticas, la lucha, el boxeo, el pancrancio y la carrera de hoplitas. También estaba aún sin cuidar. Pronto tendría un aspecto totalmente distinto, con tierra blanca señalando los carriles y los mecanismos de salida dispuestos en su lugar. Los fosos para los saltos se habrían cavado y cubierto de arena.

El sol estaba empezando a ponerse; el aire estaba en calma y era sofocante debido a que era la hora más calurosa del día. Entré en la zona principal del santuario, andando despacio, y la hierba me rozaba las piernas. Ante mí, inconfundible, estaba el maravilloso templo de Zeus. Había una muchedumbre delante de él. La gente venía aquí en todas las épocas del año, porque la estatua de su interior era aclamada como una de las siete maravillas

del mundo. Se decía que nadie que la mirara tendría una muerte infeliz. Me aseguraría de verla.

Cuando crucé la extensión de hierba observé un ligero movimiento. Me acerqué y bajé la mirada; acurrucada entre el verdor vi las características marcas amarillas y negras de una gran tortuga. Me agaché para recogerla y levanté para observarla de cerca. Me parpadeó soñolienta, con ojos sabiondos.

—En el monte Olimpo las tortugas son sagradas para Zeus —dije—. ¿Has peregrinado hasta aquí? ¿O son las tortugas igualmente sagradas en esta zona? No veo por qué no. —La llevé hasta la sombra; tenía el caparazón muy caliente—. Aquí estarás mejor —aseguré. Que no se dijera que no había ayudado a una de las criaturas de Zeus.

Al entrar en el templo vi que, incluso bajo la tenue luz, la enorme estatua sedente de Zeus dominaba el espacio. Estaba hecha de oro y marfil, y era tan grande que, incluso sentado, la cabeza le tocaba el techo. Sus ojos, ¿de qué estaban hechos? No lo sabía, pero parecían vivos, como si me aguantaran la mirada. Me desplazé a un lado y me siguieron.

Había otros adoradores, turistas y peregrinos, pero sus ojos parecían seguirme solo a mí. Oí murmullos a mi alrededor, pero no me parecieron importantes. Vi un reflejo tembloroso de mí mismo en el receptáculo poco profundo de aceite de oliva que había a los pies de la estatua; estaba ahí para asegurarse de que el marfil no se secase. La sombra amarillenta de mi figura en el aceite era inquietante.

De repente el nombre del mes me vino a la cabeza. Junio. Era junio. ¿Y qué importancia tenía eso? Entonces pasó solemnemente un grupo de personas a mi lado y las conté. Una, dos, tres. Cuatro, cinco, seis. Siete, ocho. Y la última. Nueve.

El noveno día de junio. Era ese. «Zeus, ¿por qué quieres que le preste

atención?»

Una ayudante se arrodilló junto al receptáculo y vertió en él más aceite de oliva de una bandeja que contenía unas jarritas. Fueron necesarias cinco de ellas para que el nivel del aceite de oliva llegara al borde del receptáculo.

Nueve de junio. Cinco. ¿Qué podía significar? Cinco. ¿Cinco qué? ¿Cinco años? En cinco años yo tendría treinta y cuatro. ¿Había algo que tuviera que saber sobre ese año? ¡Dímelo, Zeus!

Pero su semblante no cambió. Los ojos seguían concentrados en mí, inescrutables.

¿Cinco años atrás? Tenía veinticinco. Acababa de casarme con Popea. Me había... divorciado de Octavia. Desterrada..., había sido desterrada. El nueve de junio. Había muerto el nueve de junio. Por orden de Popea, que se hizo pasar por mí. Un crimen. Una mentira.

Aquel día era funesto. Pero este santuario me protegería. ¿No?

Cuando me volví para marcharme, la ayudante se agachó otra vez y eligió otra jarrita de la bandeja. La sostuvo en alto y vertió el aceite en una especie de arroyo dorado.

Uno. Un año. Un año hacia atrás o hacia delante. El año anterior en este momento no pasó nada verdaderamente digno de mención. La visita de Tirídates y mi matrimonio habían sido en mayo. De modo que tenía que ser el año siguiente. El nueve de junio del año siguiente. Algo. Algo aciago.

Pero ver la estatua del poderoso Zeus sentado tendría que protegerme de una muerte infeliz, por lo que no podía ser eso. Y cualquier cosa que no fuera la muerte se podía superar.

Al anochecer nos reunimos en la sala de actos del Leonideo, el edificio contiguo para invitados destacados. Había pedido que se incluyera a las chicas romanas que competirían en las carreras de Hera, puesto que aquel

evento precedía al inicio de los juegos propiamente dichos. Y allí estaban, relucientes con sus estolas limpias y sus ojos ansiosos, hervideros de energía entre sus mayores. Vi a Tulia al instante y le hice un gesto para que se acercara.

—Como ves, he cumplido mi promesa —le dije—. Estás aquí y vas a competir.

—Cuando llegamos esta mañana, apenas podía creer que estuviera realmente en Olimpia —manifestó—. Me he estado entrenando, pero no sé cómo me irá compitiendo con gente a la que no conozco.

Le puse una mano en el hombro.

—Eso nadie lo sabe. Es lo que hace que cada carrera sea única. Siempre hay factores imprevistos.

—Va a haber tres carreras, de edades distintas. Yo correré en la última, la del grupo de las mayores. —Se inclinó hacia mí y susurró—: Temo que puedan descalificarme.

—¿Por qué?

—La carrera es exclusivamente para vírgenes —respondió.

—Oh. —No lo sabía, pero tenía su lógica. Las carreras estaban dedicadas a Hera, que aunque no podía decirse que fuera virgen, las tenía en alta estima—. Será nuestro secreto —dije.

«¿No es estupendo ser emperador y decretar quién es virgen y quién no?», pensé.

—Pero cuando la carrera se haya acabado..., pasemos tiempo juntos —añadí. La había extrañado, había extrañado su amable presencia física y su carácter relajado. Un temperamento alegre, libre de malicia y de aprensión.

Pedí a todo el grupo de chicas que se acercara. Supuse que en el grupo de las más jóvenes la más pequeña tendría unos siete años; seguro que sus padres competían y habían viajado con ellos. Las del grupo siguiente, que ya

eran altas, tendrían a partir de doce años. Y el último, con Tulia, estaba formado por adolescentes, que seguramente se casarían poco después de esto. En total, había unas quince.

—No sois menos atletas que los hombres que compiten aquí —aseguré—. Las ganadoras recibirán coronas de olivo silvestre y el derecho a tener una estatua dedicada a ellas en el lugar habitual. Yo mismo correré con los gastos, porque estaré orgulloso de nuestras ganadoras de Roma. Así que adelante, ¡y que los dioses os concedan la victoria!

Estatilia se desplazó hacia mí.

—Veo que te preocupas por ellas —dijo.

¿Sospecharía de Tulia?

—Las apremié a venir. Creo que es importante que las chicas y las mujeres compitan. Después de todo, las amazonas eran guerreras y Atalanta corría más deprisa que ningún hombre.

—Ambos ejemplos pertenecen a la mitología —dijo—. Dime una mujer real que haya hecho tales hazañas.

—Hay gladiadoras —respondí.

—Sí, es verdad —dijo tras reflexionar un momento—. Y no es una profesión fácil.

Dirigió una mirada de complicidad a Tulia y sonrió.

—Le deseo suerte —aseguró.

El helanódica, el oficial que presidía los juegos, anunció que iba a revelarse la sorpresa de la noche.

—Nos sentimos profundamente honrados de que nuestro emperador haya venido a Olimpia, no solo como competidor sino también como mecenas —dijo—. ¿Qué podemos ofrecerle que sea exclusivamente nuestro? Roma tiene muchas cosas que nosotros no tenemos, pero hay algo en lo que Grecia sobresale: nuestra miel.

Hubo risitas y suspiros de alivio generalizados al saber que no se trataba de una monótona recitación de filosofía, aquella otra cosa en la que Grecia sobresalía.

—¡Sí, miel! La miel del monte Himeto es famosa, y se exporta a todas partes, pero nuestras mieles locales, ¡ah!, solo se consiguen aquí, y cuando las saboreas, ¡juras que son el néctar de los dioses! —Con una floritura, indicó a los camareros que avanzaran, cada uno de ellos con una gran jarra, que depositaron reverentemente en una mesa de piedra preparada en el fondo de la sala.

En la mesa, junto con platos y cucharas, había también montones de pan fresco y cuencos con requesón.

El oficial se dirigió hacia la primera jarra y la señaló con un movimiento ágil de la mano.

—Nuestras mieles son de dos tipos: miel de bosque, que puede ser de higo y de pino, y miel de montaña, de las flores silvestres que crecen en las laderas. El sabor es distinto para cada planta. —Destapó la jarra y hundió una varita en ella. Un líquido dorado, teñido de motas oscuras, goteó seductoramente de él—. Esta miel es de tomillo. Saboreadla y conoced el éxtasis. ¡Pero! —exclamó levantando la varita. Realmente dominaba a la perfección los momentos dramáticos—. ¡Un momento! Catar la miel no consiste simplemente en tragársela. Hay cuatro pasos que seguir. Primero, examinar el color. Las mieles de flores son claras, las mieles de árboles son más oscuras. Mirad si el tono es agradable.

Hundió de nuevo la varita y dejó gotear el líquido brillante.

—Ahora la degustación en sí. Tenéis que fijaros en la primera impresión de la miel al entrar en contacto con vuestra lengua. Después, el sabor total. Y, por último, e igual de importante, el regusto. El sabor que os queda en la boca. Será distinto para cada persona, pero hay algunas observaciones

generales. Las mieles de flores poseen un sabor y un aroma fuerte, un regusto fuerte, y son muy líquidas. Las mieles de árboles son más suaves en cuanto a gusto y regusto, y son más pegajosas.

Recorrió la larga mesa.

—Como nadie come la miel sola, extendedla sobre el pan o vertedla sobre el queso. Dejad que pasen unos instantes antes de probar otra. Aquí están los tipos etiquetados: higo, pino, castaño, tomillo, salvia, trébol. —Para mostrarlo, hundió una varita en la jarra con miel de higo y la sostuvo en alto para contemplar su color, que era ámbar oscuro. Después, la extendió sobre un pedazo de pan para saborearla. Pasado un instante anunció que era sublime—. Haced ahora vuestras catas. —Retrocedió.

Se esperaba que yo fuera el primero, así que elegí la jarra con miel de pino. Tardó un buen rato en gotear de la varita porque era densa. Tenía un agradable color bronce oscuro, y parecía una elección prometedora. Pero cuando la probé, por extraño que parezca, la encontré insípida. Lo dije.

—La miel de pino es la menos dulce —explicó el oficial, como si cualquiera que no lo supiera fuera tonto—. Por eso se conserva líquida más tiempo que las mieles más dulces.

Se abrió la mesa a los demás. Retrocedí y dejé que se arremolinaran a su alrededor.

—Ha sido bastante impertinente por su parte —comentó Faón, que tomaba miel de su plato con una cuchara, tras reunirse conmigo—. ¿Quién quiere miel que no sea dulce?

—Hay personas que presumen de entender de vino y otras del arte, pero jamás sospeché que hubiera personas que presumieran de entender de miel —soltó Tigelino. Se relamió los labios mientras masticaba un pedazo de pan untado con miel—. Pero esto está delicioso.

—¿Qué clase estás probando? —quise saber.

—La de salvia —respondió—. Es de Creta. O eso dice el experto.

—Hay petimetres en todos los ámbitos —dije—. Se consideran nuestros guías. Y puede que lo sean. Miel de montaña y miel de bosque..., ¿quién iba a saberlo?

—¿Quién necesita saberlo? —preguntó Ninfidio—. Abogo por la ignorancia. Jamás sentí que faltaba algo en mi vida por no conocer la diferencia entre la miel de trébol y la miel de salvia. —Ladeó la cabeza y observó el requesón cubierto de miel—. Esta está riquísima. Es lo único que sé.

—¿Cuál es? —pregunto Epafrodito.

—¡No me acuerdo! —Rio.

—Tengo entendido que has visitado el templo de Zeus —me dijo Epafrodito, intentando hacer virar el barco de la conversación hacia un rumbo más majestuoso.

—Sí —respondí, confirmádoselo.

—¡De modo que ya no tendrás una muerte infeliz! —No había forma de que Ninfidio se abstuviera de sus gracias—. ¡Tendríamos que ir todos! —Se volvió.

—Te equivocas —replicó Faón—. La máxima es «No puedes considerar feliz a un hombre hasta que está muerto».

Tigelino se reunió con nosotros.

—¿Y qué aspecto tenía la cara de Zeus? —preguntó—. ¿Algún parecido con Calígula?

—No, no logró que cambiaran la cabeza de Zeus por la suya.

—¿Ni a la mía? —soltó Ninfidio, posando. Debía de haber bebido antes de venir—. Ya sabes que era mi padre.

—Sé que tú afirmas que lo era —dijo Epafrodito.

—También lo afirmaba mi madre —aseguró Ninfidio.



—Ah, sí, ya veo el parecido. Orejas pequeñas. Cara triangular. Ojos furtivos... —dijo Faón—. Lamento que tu padre fuera asesinado, pero la estatua de Zeus se salvó y eso seguramente complació a Zeus. Y es mejor tener el beneplácito del rey del monte Olimpo que el del emperador de Roma.

Calígula había querido trasladar la estatua a Roma, pero los expertos habían dicho que no soportaría el viaje, por lo que había ordenó que le remodelaran la cabeza y la hicieran a semejanza suya. Por fortuna para Roma y para la estatua, fue asesinado poco después de dar la orden.

—Antes lo partiría un rayo —soltó Ninfidio, todavía riendo—. Zeus es así.

## LXII

La expectativa y el entusiasmo vibraban en el ambiente. En solo dos semanas darían comienzo los juegos, y atletas de todo el mundo helénico estaban llegando, plantando sus tiendas de campaña y dirigiéndose después a toda prisa a entrenar en el gimnasio, la palestra al aire libre, el estadio y la pista de carreras de carros. No solo querían familiarizarse con las sedes, sino que por primera vez tenían la oportunidad de medir las fuerzas de sus oponentes.

Convergió en Olimpia personajes de alto rango de muchos países, ansiosos por ver si sus atletas conseguirían honores para sus ciudades. En ese caso, mecenas ricos correrían gustosos con los gastos de erigir las estatuas habituales a modo de reconocimiento para que su victoria jamás fuera olvidada. Algunos de los monumentos se remontaban a quinientos años. Ya habían llegado los poetas, los artistas y los escultores anunciando sus tarifas, prometiendo odas y retratos de los ganadores a precio de ganga.

Hacía un buen día, y me vestí estremeciéndome de la ilusión. Aquí, en Olimpia, había abandonado casi por completo mi personalidad romana y había abrazado mi verdadero yo. Me había dejado crecer el pelo, que me caía rebelde hasta los hombros, como a Apolo. Seguía conservando el rubio de mi juventud, sin oscurecerse como ocurre a la mayoría de las personas. También era ondulado, y había dejado de intentar dominarlo.

Prescindía de la toga, sustituida por túnicas holgadas y floreadas. A menudo la complementaba con un pañuelo de cuello de algún color vivo, útil

para secar el sudor con aquel calor asfixiante. Hasta que salía afuera, iba descalzo.

Estatilia entró justo cuando me estaba atando el pañuelo al cuello.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Hoy toca color azafrán! ¿Estás seguro de que combina bien con el estampado de la túnica?

Me volví; estaba bromeando.

—¿Y si no? —pregunté.

—No importa —respondió—. Eres el emperador.

Los dos nos echamos a reír.

—Tienes suerte de participar en la carrera de carros y no en las carreras nudistas en el estadio —dijo—. Las túnicas tapan muchos defectos.

Sabía exactamente a qué se refería, pero fingí no saberlo. Que lo dijera a las claras si se atrevía.

—No llevaré una túnica corriente, sino el quitón tradicional de citarista —expliqué.

—Todavía mejor.

—¿Cuanto más tapado, mejor? —pregunté.

—Bueno, no eres exactamente Apolo, salvo por la cara y el cabello, claro. Y por tu música.

—En otras palabras, estoy gordo.

—Lo has dicho tú, no yo.

—No hacía falta que lo dijeras, después de todo lo que has dicho.

—¿Cuál era el lema de Delfos? —preguntó con una carcajada—. ¿Conócete a ti mismo?

—Es verdad que estoy más robusto que antes —admití—. Pero no estoy gordo.

Me rodeó con los brazos.

—Todavía me alcanzan, de modo que supongo que tienes razón —dijo.

—Prefiero la palabra *fornido* —afirmé, y reímos de nuevo. Me besó y reímos otra vez.

Justo entonces nos anunciaron a Epafrodito, y suspiré.

—Un emperador puede tener túnicas floreadas pero no privacidad. —La solté y dije—: Adelante.

Entró, grande como un oso, pareciendo, como siempre, más corpulento de lo que era en realidad.

—César —dijo con el ceño fruncido—, está aquí un contingente de senadores. Acaban de llegar y solicitan permiso para verte.

¡Senadores! ¿Y habían hecho el largo viaje desde Roma? Estaba sorprendido pero complacido.

—Los recibiré en el atrio. —Me alisé el pelo, me puse bien el pañuelo y salí dando zancadas.

Vi en el atrio a unos quince hombres, todos ellos con toga.

—¡El emperador! —anunció un esclavo cuando entré en la habitación. Se volvieron para saludarme y se quedaron estupefactos. Me di cuenta entonces de que no me habían visto desde que me había dejado crecer el pelo y había cambiado mi vestuario. Y, con las prisas por recibirlos, se me había olvidado ponerme las sandalias y todavía iba descalzo.

—¡Bienvenidos a Olimpia! —exclamé con los brazos extendidos—. ¡Bienvenidos a los juegos!

—César —murmuraron a la vez sin dejar de mirarme.

—Tienes... buen aspecto —dijo por fin uno de ellos.

—Estoy estupendamente. Estoy en el hogar de los dioses —contesté—. Y vosotros me honráis con vuestra visita. Es un largo viaje, y me siento conmovido. Compito el tercer día, en la carrera de carros. Los juegos duran solo cinco días. Cinco días, pero lleva años prepararse.

—Los juegos son legendarios —dijo un senador en voz baja—, pero jamás

he tenido ocasión de verlos. Te damos las gracias por proporcionarnos la oportunidad de hacerlo.

Los rodeé en busca de alguno que me resultara familiar. Había muchos rostros nuevos ahora en el Senado, y conocía a pocos de sus miembros.

—Vuestra llegada es muy oportuna. Podemos organizar una visita por el recinto histórico antes de que comiencen las competiciones —sugerí.

—César, nosotros, Aulo Largo, Sexto Escauro y yo, Tito Veto, querríamos hablar antes en privado contigo —dijo un hombre alto y pelirrojo.

—Por supuesto —intervino Epafrodito, que estaba en la habitación—. Lo organizaré. En cuanto a los demás, por favor, permaneced aquí y tomad un refrigerio. El emperador y el oficial de los juegos os llevarán dentro de poco a ver Olimpia. —Hizo un gesto para que trajeran taburetes y para que un esclavo sirviera el refrigerio. Después, lo seguimos a una sala privada.

Corrió las cortinas porque el sol estaba ya calentando el aire de la reducida estancia.

—Pediré que os traigan también un refrigerio. Aquí podréis hablar con libertad —indicó.

En la sala había unos cómodos bancos acolchados, y los señalé para que los tres hombres tomaran asiento.

—Hablad, por favor —les dije. Pero se me quedaron mirando en silencio—. No os sintáis cohibidos. —Los animé—. Habéis pedido una audiencia privada y la tenéis. No habéis venido hasta aquí para quedaros mudos.

El pelirrojo, Tito, que había iniciado el parlamento, habló por fin:

—Por descontado que hemos venido a ver competir a nuestro César, pero también nos han traído hasta aquí asuntos de Roma.

—¿Qué asuntos? —pregunté. Antes de que pudiera responder, apareció el esclavo para dejar su bandeja de aceitunas, melón y queso. Se hizo el silencio hasta que se marchó.

—En el Senado estamos ansiosos por tu regreso —dijo Aulo, un joven con un corte de pelo extremo—. Hay... hay una sensación de descontento.

—¿Una sensación? Sé más específico, por favor —pedí.

—No puedo —contestó—. Es algo que se palpa en el ambiente.

—Creo que lo que Aulo quiere decir es que la ausencia del emperador favorece la aparición de determinados elementos —intervino Sexto, un hombre fornido de más edad con una franja de pelo gris alrededor de la cabeza, por lo demás calva—. He oído quejas de que Roma está siendo desatendida, y murmuraciones sobre la longitud del viaje a Grecia.

—¿Cuánto tiempo piensas estar fuera, César? —preguntó Tito.

—Hasta haber completado el circuito histórico de los juegos —respondí—. Después de Olimpia, iré a Corinto para los juegos ístmicos.

—¿Y cuándo son? —quiso saber Sexto.

—En noviembre —dije.

Parecieron consternados.

—¿Unos cuantos meses más? —exclamó, por fin, Tito—. ¡Ya llevas fuera un año!

—¿No se encarga Helios de los asuntos? Me envía informes con regularidad. —Helios había sido de lo más diligente; había sido eficiente y tenido iniciativa.

—Es imposible sustituir al emperador —soltó Aulo—. La sola presencia del emperador es en sí misma un impedimento para las malas actuaciones.

¿Había impedido acaso mi presencia la conspiración de Pisón? No era un argumento convincente.

—Regresaré, y no de aquí a demasiado tiempo. Podéis quedaros tranquilos.

—César, estamos aquí, en Olimpia, donde preside la sombra de Zeus —dijo Aulo—. Notamos su presencia aquí aunque no lo veamos porque su extraordinario templo y su hermosa estatua son un recordatorio visual de él.

La gente tiene que ver las cosas para creer en ellas. Solo los judíos parecen creer en un dios al que no ven; nadie más ha sido capaz de lograrlo. Un César lejos de Roma, invisible para la gente, no la gobierna. No por mucho tiempo. —Como no le respondí enseguida, añadió—: Perdona que te hable con tanta franqueza, César, pero no hemos recorrido cientos de millas para decirte otra cosa que la verdad.

Lo miré y observé su semblante sincero, que reflejaba consternación.

—Te admiro —aseguré—. Yo también soy partidario de decir la verdad. —Los dioses sabían lo mucho que había detestado todas las mentiras que me rodeaban cuando crecía y el juramento que hice de decir la verdad en cuanto pude huir de ellas—. Pero de momento no puedo dejar lo que estoy haciendo aquí. Lo que hago cubrirá de honor al pueblo romano, y permitidme hacer algo que he esperado años hacer. Seguro que los dioses me protegerán y también a Roma hasta que termine de hacerlo.

¿Qué podían hacer sino doblarse a mis palabras? Pero la verdad..., ¿era *verdad* mi palabra favorita? La verdad era que nadie podía confiar en que los dioses hicieran lo que se deseaba de ellos, ni siquiera lo que era correcto.

Como había augurado la madrugada, el día era caluroso. Muy caluroso. Íbamos corriendo de una sombra a otra mientras el oficial guiaba nuestra visita reverencial al recinto. Sofocados con sus togas, los senadores caminaban penosamente. Pronto la majestuosidad del lugar caló incluso en ellos, y sus caras reflejaban asombro.

Lo primero que había que ver era, por supuesto, el templo de Zeus, atestado ahora de visitantes. Como había una larga cola para entrar, recomendé al grupo regresar después, cuando pudieran entrar más fácilmente.

—Zeus no puede apreciarse si estás apretujado entre un montón de gente.

Esperad —sugerí.

El oficial hizo una rápida recitación del tamaño del templo, la elaboración de la estatua, la soberanía de Zeus sobre los juegos, puesto que había hecho de juez en la carrera de carros olímpica inicial entre Pélope y Enómao por la mano de Hipodamía, hija de Enómao. Explicó a continuación cómo Pélope había hecho trampa. Los senadores se secaron la frente.

Lo seguimos hacia la parte posterior del templo, donde nos detuvimos frente a un enorme olivo. Por fortuna, proyectaba una gran sombra bajo la que podíamos cobijarnos.

—Este es el olivo sagrado, del que obtenemos las ramas para las coronas de la victoria, que se conceden a los ganadores el último día de los juegos. Tiene que cortarlas con una hoz de oro un muchacho cuyos dos progenitores estén vivos. Les damos forma y las exponemos hasta la ceremonia en el templo de Hera, donde podéis verlas.

—¿Es lo único que reciben? —murmuró un senador por lo bajini—. ¿Una corona de hojas, de la clase que nosotros llevamos en los banquetes y que después pisoteamos?

—Creo que también les dan una cinta —le respondió su acompañante—. Puede que también una palma.

—¡Caramba, qué apasionante! —dijo el primer senador con desdén.

Entonces oí mi nombre dicho en voz baja.

—Nerón ha intentado llevar estos juegos a Roma, pero no han arraigado.

—Gracias a Zeus —soltó otro hombre, que se echó a reír—. O tal vez no debería invocarlo. Por lo menos, aquí. —Señaló con la cabeza el templo.

El oficial oyó las risitas y los resoplidos de los senadores y los fulminó con la mirada. Nos hizo rodear entonces el templo y pasamos ante un montón de estatuas en conmemoración de atletas victoriosos.

*Xenocles de Ménalo, ganador de la competición de lucha.* Un grupo



escultórico de dos hermanos y su padre: *Acusilao, Damageto y Diágoras de Rodas, boxeo y pancracio*. Una gran estela con la lista de los vencedores de la carrera de carros.

*Filipo II de Macedonia*. Sí, sabía que el padre de Alejandro había ganado la carrera de carros. Recorrí con los ojos la larga lista hasta que un nombre me llamó la atención: *Germánico Julio César*. ¡Mi abuelo!

Me paré en seco mientras el grupo seguía adelante. Mi abuelo había corrido en los juegos olímpicos. ¿Por qué nadie me lo había contado? ¡Mi madre! Seguro que mi madre lo sabía; era su hija y lo adoraba todo de él. Aun así, se mofó de mi interés por los caballos y las carreras de carros, me amargó la vida e hizo todo lo posible por mantenerme alejado de las cuadras. De hecho, por eso fue por lo que al principio formé mi vínculo secreto con Tigelino, que era criador de caballos.

Observé atentamente la fecha. Fue solo dos años antes de la muerte de Germánico; tenía treinta y dos años entonces. Más o menos mi edad. Me lo quedé mirando. «Ojalá mi nombre pueda unirse al tuyo, abuelo», pensé. Por primera vez, no tuve celos de él, sino que sentí que nos unía una gran afinidad.

Y a unos cuantos pasos estaba una estatua suya, de pie y victorioso, hecha de bronce. ¿Cómo se me había pasado por alto? El bloque de piedra caliza de debajo indicaba que M. Antonio Peisano daba fe de que Germánico César había ganado la *tethrippon* en los centésimo nonagésimo novenos juegos olímpicos. Estaba anonadado y orgulloso.

Tuve que apretar el paso para atrapar al grupo, que estaba ya delante del templo de Hera, el santuario más antiguo de Olimpia. Poseía unas gruesas columnas doradas, que se elevaban serenamente frente a la colina boscosa del monte Cronión.

—Hipodamía ordenó este templo para rendir homenaje a Hera —entonó el

oficial—. Y aquí, en su honor, cada año dieciséis mujeres tejen un manto para la diosa, y presiden tres carreras de mujeres célibes que se celebran antes de que den comienzo los juegos olímpicos. Como sabéis, las mujeres no pueden competir en los juegos, ni siquiera verlos. Pero tienen su propia competición.

—Imaginad que no se permitiera a las mujeres asistir a los combates de gladiadores en Roma —soltó uno de los senadores.

—¡Sí, las gradas estarían medio vacías!

—Y las camas de los gladiadores estarían vacías —añadió otro.

Era de todos conocido que las mujeres de alta cuna encontraban atractivos a los gladiadores y que saciaban sus apetitos con ellos.

—Puede que sean los hombres desnudos lo que prohíbe su presencia —dijo el primer senador—. Imaginad que los gladiadores combatieran desnudos.

—¡Ay! —gimió su compañero.

El oficial volvió a fulminarlos con la mirada. Creí que tendría que disculparme o parar la conversación, pero los romanos estaban acalorados, cansados, y aquello no les interesaba nada. Había llegado el momento de terminar la visita.

—Te agradecemos tus explicaciones —dije—. Y ahora invito al grupo a retirarse a los baños, en el extremo oeste del recinto, junto al río Cládeo.

No hubo que pedírselo dos veces; se dirigieron hacia allí al instante. Observé cómo desaparecían tras el santuario de Pélope. Di las gracias a nuestro guía y entré en el templo de Hera.

El interior estaba maravillosamente fresco y tan oscuro que, por unos instantes, no pude distinguir ninguna estructura. Entonces fue cobrando forma la estatua de la diosa, y su mármol blanco fue lo primero que vi. Me acerqué a ella; poco a poco el entorno se fue aclarando y pude ver frente al

altar la mesa de oro y marfil con hileras de coronas de la victoria depositadas reverentemente en ella. Me acerqué y me agaché hacia ellas. Quise tocar una, pero me pareció que eso podría descalificarme a los ojos de los dioses, como si estuviera reclamando algo que todavía no había ganado. Las relucientes hojas entre verdes y grises de las coronas estaban hábilmente tejidas de modo que se encontraban alrededor del aro, solapándose de una forma de lo más agradable. ¡Qué delicia contemplar ese emblema de excelencia al más alto nivel!

Las chicas también recibirían una. Tres coronas, una para cada una de las ganadoras de los tres grupos de edad. Sus carreras tendrían lugar al día siguiente.

Había alguien detrás de mí, respirando suavemente. Me volví y vi que era Tulia.

—Quería ver las coronas —dijo con timidez—. Creí que si veía una, sería real para mí y podría imaginarme ganándola.

Era tan joven, tan encantadora... Casi podría amarla, y más que nunca en ese momento en que ambos nos habíamos sentido atraídos por la mesa de los victoriosos, impulsados por el mismo amor por el deporte y la competición.

—Tengo miedo —confesó—. No quiero correr mañana.

—Todo el mundo tiene miedo —le aseguré—. De hecho, quien no tiene miedo no es un verdadero atleta. Significa que no le importa.

—¿Tú tienes miedo? —preguntó, mirándome a los ojos.

—Sí —admití—. No solo de ganar o no ganar, sino porque conducir un carro es peligroso, y no hay ninguno más peligroso que uno tirado por diez caballos.

—No tienes que hacerlo. Podrías cambiar y conducir una cuadriga corriente.

—Te equivocas. Tengo que hacerlo.

—Yo también. —Pero parecía triste al decirlo.

—Mañana estaré allí cuando corras —le prometí—. No me decepciones.

—¿Perdiendo?

—No, no participando.

## LXIII

El día amaneció despejado; había incluso una ligera capa de rocío sobre la hierba, un refrescante bálsamo. Las carreras de las chicas tendrían lugar en el estadio, pero su recorrido era cien pies más corto que el *stadion* de los hombres, cuya distancia total era de quinientos veinte pies. Tulia y yo habíamos hablado de la mecánica de la carrera. Hacía mucho tiempo que yo había dejado de correr, pero recordaba bien la táctica.

—En realidad solo hay dos métodos para ganar —expliqué—. O te pones en cabeza desde el principio y haces que los demás corran con todas sus fuerzas, o te quedas detrás, pero no demasiado, y atacas al final con la velocidad que has reservado. Pero para ir en cabeza desde el principio tienes que saber que eres más rápida y más fuerte que las demás.

—Así es como corro siempre —dijo, apartándose el pelo de la cara.

—Ah, pero lo haces contra chicas locales. Aquí la competencia es mucho más selectiva.

—No sabré lo rápidas que son —indicó—. Tendré que correr como siempre.

Cuando nos separamos, me dirigí hacia el estadio pasando por la hilera de estatuas de Zeus pagadas con las multas de los atletas deshonorosos que habían hecho trampa; una advertencia para todos los competidores que tenían que pasar ante ellas. «La victoria en Olimpia no puede ganarse con dinero sino con la velocidad de los pies y la fortaleza del cuerpo», advertían.

Había muchísima gente; para ellos era algo novedoso que no querían perderse. Las chicas entraron en el estadio, en fila. A diferencia de los

hombres, no corrían desnudas. Llevaban la vestimenta obligatoria: una túnica corta atada solo en el hombro izquierdo, de modo que el derecho quedaba al descubierto hasta debajo del pecho. Llevaban el cabello suelto para indicar su condición de doncella. Cada una de ellas se parecía a Artemisa a su manera, y tal vez fuera esta la intención.

Corrieron primero las chicas más jóvenes, cuyas figuras menudas dieron la impresión de ser veloces briznas de neblina. La carrera fue tan corta que apenas duró un suspiro, y pareció terminarse demasiado rápido. Sobre todo para quienes estábamos nerviosos por la última carrera.

La ganadora, una niña delgada con el cabello muy oscuro, recibió su cinta y su palma, y se apartó a un lado.

A continuación corrió el siguiente grupo. Las diferencias de altura eran más marcadas. Algunas habían crecido deprisa y habían alcanzado prácticamente la altura de una mujer adulta; otras todavía tenían que dar un estirón. La carrera sería, pues, desigual aunque tuvieran la misma edad, porque las piernas largas recorren la distancia más deprisa que las cortas.

En efecto, ganó la más alta, a pesar de que una más baja que ella compitió ferozmente y casi la venció.

Llegó el turno del último grupo. Cuando se separaron y se situaron tras la losa de mármol tallada que marcaba la salida, vi que Tulia estaba flanqueada por una chica corpulenta y musculosa con el pelo del color del trigo, y por otra que era esbelta y tenía las piernas muy largas. Eso no era bueno.

Tulia miraba hacia delante con el cuerpo en tensión. Era evidente que los nervios la tenían agarrotada. Eso tampoco era bueno.

El tiempo se me hizo interminable mientras las chicas se preparaban para la carrera, que parecía no empezar nunca. Entonces, de repente, dio comienzo.

Tulia salió disparada; era obvio que había entrenado la salida. Pero tras las

primeras zancadas, la chica corpulenta la adelantó, seguida de la chica de las piernas largas. La táctica probada de Tulia de correr en cabeza no funcionaba. Casi pude notar su sorpresa y su pánico cuando ambas la adelantaron.

Pero una vez detrás, no perdió terreno, y la distancia entre ellas no aumentó. Iba aproximadamente a un largo de ellas, que competían por la primera posición. Las demás estaban más rezagadas, pero no les presté atención. Eran irrelevantes para la carrera en ese momento.

Las dos primeras alcanzaron medio recorrido con el cabello ondeando tras ellas. Cuando llegaron a las tres cuartas partes del recorrido, la chica de las piernas largas tomó algo de ventaja. La rubia flaqueaba; se había esforzado en exceso durante la primera parte de la carrera y se había cansado demasiado pronto.

Solo quedaban unos cien pies. Y, en aquel momento, Tulia, como un ave que emprende el vuelo, redujo la distancia corriendo con regularidad y con fuerza. Quedaban veinte pies. La corredora que iba en cabeza oyó sus pasos tras ella y cometió el error fatal de mirar atrás, lo que le hizo perder la velocidad justa para que Tulia la adelantara como una flecha y llegara primera.

Solté un grito de alegría; estaba más contento que si hubiera ganado yo. Una muchedumbre corrió hacia la línea de llegada para felicitar a la ganadora. Tulia estaba rodeada de admiradores cuando el juez le entregó la palma y la cinta. Yo me mantuve en un segundo plano, sin unirme a ellos. Era su momento, no el mío.

Mientras todo el mundo la alababa exultante, observé cómo las perdedoras se escabullían de la pista. Todas lo habían hecho bien, y era probable que fueran las mejores corredoras de su grupo de edad en todo el mundo. Pero en los certámenes griegos no había subcampeones; solo había un ganador.

Le envié una nota de felicitación donde se alojaba. Rezaba: «Ven a mis

dependencias para que pueda decirte en persona lo orgulloso que estoy de ti. ¡Trae la cinta y la palma!»

Vino cuando caía la noche y aparecían las primeras estrellas. Tenía la cara reluciente y las mejillas sonrosadas.

—Has ido a las termas —dije, tocándole el pelo, todavía húmedo—. ¿Cómo has podido lavarte la arena sagrada de la carrera?

—Porque tenía calor e iba sucia —respondió con una carcajada.

—Has tenido que quitarte la cinta —dije.

—No podía llevarla para siempre —replicó.

Era práctica, perspicaz. Le iría bien en la vida. Solía ser el caso de la gente con su temperamento.

—No, supongo que no —admití—. Pero ¿por un día? —Especialmente, porque era la única que ganaría en su vida.

—Todo se acaba —dijo.

—Hoy no. Todavía no.

Alargó la cinta y la palma, y yo las tomé para examinarlas de cerca. Noté los pelos rígidos de la palma y la tela suave de la cinta.

—Lo conseguiste —dije—. Has ganado la carrera para tu ciudad. Ahora te invitarán a comer el resto de tu vida. —Reí—. Aunque esto no se hace en Roma, solo se hace aquí, en Grecia.

Salimos a la terraza, donde el cielo del día, todavía adornado con las vetas rosadas del sol poniente, empezaba a desvanecerse. Le rodeé los hombros con un brazo.

—Estoy muy orgulloso de ti —manifesté—. Y más aún porque me sorprendiste. Creía que habías perdido al ver a tus contrincantes y saber que tu estrategia de ir en cabeza desde el principio había fracasado.

—Por primera vez —aclaró—. Pero tenías razón, aquí la competición era



de otro calibre. Por eso me sorprendió tanto que la corredora que iba primera cometiera un error de aficionada y girara la cabeza.

—No volverá a cometerlo —aseguré—. Bueno, tenemos que encargarnos de tu estatua —dije.

—No. No es necesario —respondió.

—Sí que lo es. Si no puedes quedarte aquí, tu retrato puede hacerlo para que tu victoria perdure para siempre. Me ha gustado ver las dedicatorias y las estatuas de los ganadores anteriores.

«Como las de mi abuelo», pensé.

—Así, nadie puede olvidarte —añadí antes de volverme para abrazarla—. Yo nunca lo haré.

Levantó la cabeza para besarme.

—Cuando he dicho que todo se acaba, no me refería simplemente a la cinta. —Se separó un poco de mí—. Voy a casarme. Mi padre estaba esperando a que pasaran los juegos olímpicos, y ahora tengo que prepararme para otra vida. Una vida distinta, que no estoy segura de querer pero a la que debo someterme. Y como me has declarado virgen —dijo, y ambos reímos—, lo seguiré siendo hasta el día de mi boda.

Que así fuera entonces. Me separé de ella y le devolví la cinta y la palma.

—Atesóralas —dije. No tenía que consagrarlas como había hecho Estatilia con las condecoraciones de sus antepasados, pero sí guardarlas en un lugar privado.

—Las atesoro, pero atesoro más aún los ánimos que me has dado, la oportunidad de venir aquí. Sin ti, jamás habría vivido este momento.

Se había levantado una suave brisa cálida que acariciaba la noche. Nos volvimos otra vez para contemplar el cielo. Había salido una luna casi llena, pálida al principio, pero más brillante a medida que el día terminaba. Cuando

llegara a ser llena, en dos días, se sacrificarían cien bueyes en el altar de Zeus para ofrecérselos.

—Recibirás tu corona de la victoria junto con todos los ganadores el último día —le indiqué—. Se celebrará un gran banquete. Si no gano, no iré. De modo que puede que hoy sea nuestra despedida, aunque espero que no.

—¿Quieres decir que esperas que no sea nuestra despedida por el hecho de despedirnos o porque podrías no estar en el banquete de los ganadores?

—Ambas cosas —respondí—. Estaré triste por ambas cosas.

La noche transcurrió despacio. Había pensado que la pasaría con Tulia, pero ahora no deseaba tener compañía. Ya tendría suficiente los próximos días. No dormí bien; no paré de despertarme, y vi cómo la luz de la luna avanzaba por el suelo. Se desvaneció al alba, y me levanté.

Ese día daban comienzo los juegos olímpicos, los ducentésimo decimoprimeros, los duodécimos desde que Germánico había competido. Le envié una súplica silenciosa para que cuidara de mí. Había llegado el momento de pasar a la acción.

Los atletas, los jueces y los entrenadores iríamos al Bouleuterión, donde se reunía el Consejo Olímpico y se conservaban los archivos, para hacer nuestros juramentos e inscribirnos. Al reunirnos allí, eché un vistazo a mis compañeros de competición. Los había de todos los tipos: de tez morena y de tez clara, corpulentos y esbeltos. Pero todos ellos eran jóvenes. A partir de cierta edad, competir carecía de sentido, a no ser que te gustara perder o que estuvieras haciendo realidad el deseo de toda tu vida de acudir a este rey de todos los certámenes sin que te importaran los resultados.

Zeus Horkios, custodio de la lealtad a los juramentos, nos miraba iracundo bajo la forma de una estatua de bronce que lo mostraba majestuoso y

peligroso, blandiendo rayos en ambas manos, dispuesto a castigar a cualquiera que hiciera trampa. Y por si la imagen no lograba concienciarnos, la base de la estatua repetía la amenaza. Delante de ella había una mesa con tajadas de carne de jabalí.

El oficial que presidía el acto se situó delante de la estatua y dirigió el juramento.

—Por mi honor de hombre y de atleta, juro no hacer nada que sea contrario al espíritu de los juegos olímpicos. Toco la carne para confirmarlo. —Un murmullo llenó la sala mientras jurábamos. Y, acto seguido, hicimos cola para tocar la carne.

A continuación los jueces tenían que verificar la edad de los atletas, lo que no me afectaba; se hacía básicamente para asegurarse de que corrieran las carreras chicos, no hombres. Pero había que examinar a los caballos, lo que significaba que los diez que yo llevaba tenían que recibir el visto bueno.

Habían llegado a Grecia a tiempo para aclimatarse al tiempo y a la comida. Tenía, como prefería, un tiro mixto con algunos caballos elegidos por su velocidad; otros, por su fuerza, y los demás, por su regularidad. Eran de todos los colores; el artista que hay en mí deseaba que hubieran podido ser todos blancos para que formaran una imagen llamativa, pero el competidor que hay en mí prefería que formaran un tiro que corriera a la perfección.

Pasaron la prueba de calificación, como esperaba. Los jueces, sin embargo, veían con escepticismo que pudiera conducir un tiro de diez caballos.

—No hay nadie contra quien puedas competir —añadieron—. Nadie más ha inscrito un tiro así.

Me llevé una profunda decepción; seguro que había alguien más en Grecia que pudiera conducir un carro de diez caballos.

—No puedo correr por una pista vacía —solté—. Los caballos tienen que competir con algo, no solos.

—Haremos que dos carros *tethrippon* corran contigo, pero solo para marcar el ritmo —dijeron.

¡Qué desilusión! Pero no podía negarme a seguir adelante después de todo el esfuerzo dedicado a prepararme para esta mi carrera soñada. Traté de consolarme con la idea de que el mero hecho de conducir diez caballos era un reto suficiente, pero la decepción era inmensa.

La carrera de carros tendría lugar el día siguiente. ¡Qué pronto! La había planeado desde hacía mucho tiempo, pero siempre había danzado en el futuro, seductoramente, y solo en mi imaginación.

Uno de los demás aurigas, que había oído a los jueces, me siguió cuando llevaba a los caballos a un lado del campo, donde les hablaría para asegurarme a mí mismo de que ellos, y yo, estábamos preparados.

—¡César! —me llamó al darme alcance—. ¿Sabes lo que esto significa?

—Significa que un tiro de diez caballos no goza de gran popularidad —respondí. Pero eso ya lo había sabido antes.

—Significa que ganarás una corona. Con total seguridad —dijo, ladeando la cabeza y, pasado un instante, aclaró—: Existe una norma según la cual si no hay competidores se concede la victoria al único inscrito.

—Pero... —No sabía si eso era una victoria o un premio de consolación.

—Pasa muy pocas veces, pero pasa —prosiguió—. A veces, el mes antes de los juegos olímpicos, hay atletas que se acobardan al ver a sus competidores o que se lesionan, o simplemente se retiran, de modo que solo queda uno inscrito para aquella prueba.

—No es que pueda considerarse una victoria —aseguré.

—Quedará registrada como tal. ¿Y qué proclama una victoria sino que eres el mejor en esa competición aquel día a aquella hora? Que seas el único sigue significando eso. —Sonrió—. ¡Felicidades, César! —Y con una reverencia elegante, volvió corriendo hacia sus caballos y me dejó con los míos.

Les acaricié el lomo, de uno en uno. Me encantaba la suavidad de su pelaje reluciente, que reflejaba una dieta saludable, y el olor único de su piel.

—Correremos de todos modos —les aseguré—. Correremos como si compitiéramos con el mismísimo Pélope.

Aunque la corona era inevitable, el resultado, la carrera en sí, cómo correrían los caballos y cómo yo los controlaría en la pista seguía siendo una incógnita.

Aquella noche me probé la indumentaria de auriga griego, muy distinta a la romana. Consistía en un quitón largo con un cinturón ancho. Nada más. Ni casco, ni protecciones de cuero para las piernas o los brazos, ni coraza.

—Querías volverte totalmente griego —comentó Estatilia dando una vuelta a mi alrededor—. Pues ya has cumplido tu deseo. —Tocó la tela del quitón con un dedo—. Es muy fino. No te servirá de mucho si te estrellas.

—No hace falta que me lo recuerdes —solté. Y la réplica evidente habría sido: «No tengo intención de estrellarme.» Pero nadie planea estrellarse.

—He oído algo que te animará —dijo—. Dos hombres estaban hablando sobre las carreras de carros de mañana. Uno ha comentado que aunque los propietarios se llevan la corona de la victoria, muy pocos son lo suficientemente valientes para conducir ellos mismos y dejan que los aurigas corran los riesgos mientras ellos se llevan los premios. Y el otro ha replicado: «El emperador Nerón es uno de los poquísimos que se atreve a hacerlo. Un hurra por él.»

—¿De verdad has oído eso? —Era alentador, después de recibir críticas sin cesar de todas partes llamándome loco, vanidoso, estúpido, temerario y arrogante; tildándome de todo menos de valiente.

—Sí —me aseguré—. Es probable que muchas personas compartan su

opinión. Yo soy una de ellas.

—¿En serio? —Nunca lo había expresado en voz alta.

—Claro que sí. Pero hasta hoy no estaba segura de que fueras a llegar a hacerlo. Podían haber interferido muchas cosas. Estaré allí, mirando. Como estuve en el Circo Máximo cuando participaste en tu primera carrera.

—No se permite asistir a las mujeres.

—Es un campo abierto muy grande. ¿Quién podrá hacer cumplir esa norma? —replicó riendo.

Por extraño que parezca, al día siguiente, el segundo de los juegos, estaba tranquilo, como si toda la espera me hubiera drenado la tensión y la hubiera expulsado de mi cuerpo. Me puse la ligera vestimenta y, acompañado de mis seguidores, me dirigí hacia el campo donde se disputaría la carrera.

Las primeras pruebas eran las carreras de *tethrippon*, y había por lo menos cien carros inscritos. La pista solo tenía capacidad para veinte a la vez, pero por cuestiones de seguridad solo correrían doce, lo que les daría más espacio. Las extrañas casillas de salida escalonadas estaban a punto, y los equipos entraron en ellas.

Era muy diferente de una carrera romana. El campo abierto llano para los espectadores, en lugar de las gradas en pendiente, conllevaba que fuera difícil seguir bien las evoluciones de los competidores. No había ninguna mediana divisora en el centro de la pista, por lo que ambos lados se juntaban, de modo que un carro podía fácilmente desviarse hacia los que iban en sentido contrario. No había conos, o *metae*, en los que estrellarse, pero los carros podían chocar entre sí o trabarse las ruedas. Solo había unos postes de giro solitarios que señalaban el final de cada vuelta.

Las carreras de carros de cuatro caballos ocuparon la mayoría de la

mañana, seguidas de las de *synoris*, los carros de dos caballos. Había menos; no gustaban tanto. Pronto, demasiado pronto, terminaron. A continuación se correría mi carrera, que el heraldo anunció como «el carro tirado por diez caballos, conducido por el *imperator* Nerón Claudio César Augusto, hijo del divino emperador Claudio, de Roma.» Era cómico, pero era el protocolo, que hacía que tuviera que estar a la altura de mis credenciales como todos los demás competidores olímpicos. Como los *tethrippon* no competían, no fueron anunciados.

Prescindimos de las casillas de salida. Mi tiro no cabría en ellas, y como solo había dos carros más, podíamos empezar todos a la misma altura.

Había decidido extender la vara del carro para atar a ella seis caballos, tres a cada lado. Eso significaba que seguía habiendo cuatro que corrían sin estar unidos a ella, por lo que tenía que sujetar cuatro riendas independientes, además de las que abarcaban a los caballos atados a la vara. A diferencia de Roma, no las llevaba sujetas al cinturón, por lo que no necesitaba un puñal para liberarme de ellas. Si salía despedido, no me arrastrarían los caballos como en Roma, porque podría soltar las riendas.

Los dos caballos que estarían más cerca de los giros, con riendas independientes, eran los más ágiles y obedientes, puesto que el éxito de la carrera dependía de cómo ejecutaran los giros. Los dos caballos que correrían por el exterior, también con riendas independientes, tenían que ser los más fuertes para estabilizar el carro en los giros, que ejercían una tensión tremenda sobre las ruedas y tiraban de los demás caballos hacia fuera. En casa, en la pista de Lanato, lo habían hecho bien. Pero ¿y aquí?

Antes de que hubiera terminado de reunir bien las riendas, sonó la trompeta y dio comienzo la carrera. Salí disparado hacia delante de tal modo que casi salté por encima del carro al arrancar los caballos.

Enseguida los carros de cuatro caballos se situaron delante de mí, pero era

lo esperado. Cuatro siempre corren más que diez. Daba igual. Tenía que concentrarme en mi propia carrera. Los gritos y los ánimos de los espectadores desaparecieron; solo veía los lomos de mis caballos y la pista que se extendía ante mí. El golpeo de sus cascos me lanzaba una nube de polvo a los ojos y tenía que agacharme todo el rato para protegérmelos. Mi vista de lejos era mala, lo que me supuso un hándicap aún mayor. Pero los caballos corrían sin esfuerzo y al poco rato habíamos hecho el primer giro.

Todo iba como una seda, aunque era algo aburrido no tener a nadie al lado ni forma de medir nuestra velocidad. Pero pasados varios giros, los carros de cuatro caballos corrían por el otro lado de la pista, sin mediana protectora, y cuando mis dos caballos interiores los vieron galopando directamente hacia ellos de frente, se lanzaron de repente hacia la derecha. Al hacerlo, chocaron con el resto del tiro, al que empujaron hacia ese lado, y el carro escoró hacia la derecha. Solté las riendas, pero antes de que pudiera agarrarme el carro se inclinó de nuevo y me lanzó despedido hacia delante, bajo los pies del caballo exterior. Rodé por el suelo para apartarme de él justo cuando iba a pisotearme al pasar.

Perplejo, me levanté, magullado y cubierto de arena. El carro no había volcado. Los caballos seguían enganchados, y la vara no se había roto. El carro estaba en la punta de la pista, mirando en dirección contraria. Los carros de cuatro caballos habían hecho el giro y se dirigían hacia nosotros a una velocidad vertiginosa. Cojeé hasta el carro, me subí, reuní las riendas y arranqué antes de que nos atropellaran. A pesar de lo aturdido que estaba, oí una explosión de vítores de los espectadores.

Crucé la llegada casi en línea con los carros de cuatro caballos. Jamás había sido tan satisfactorio concluir una carrera. Tembloroso, bajé del carro. Los otros dos aurigas me abrazaron, y el juez se acercó corriendo.

—¿Te has lastimado? —me preguntó.



—Creo que no. —Me notaba los brazos y las piernas. Estaban cubiertos de arañazos que me sangraban y me dolían, pero no estaban rotos, y los cortes eran poco profundos. Me palpé la cabeza. Milagrosamente, no me la había golpeado.

—Tendrías que ofrecer un sacrificio a Zeus de inmediato —dijo—. Porque no cabe duda de que te ha protegido.

—Sí, sí. —Seguro que lo había hecho. O tal vez hubiera sido Germánico.

El heraldo anunció que era el ganador de la carrera de carros tirada por diez caballos de los ducentésimo decimoprimeros juegos olímpicos. El juez ató la cinta alrededor de mi polvorienta cabeza y me entregó la palma. No creo que hubiera nadie en aquel vasto campo a quien le disgustara la decisión.

La gente se acercó corriendo a mí para rodearme, aclamándome y ovacionándome. Jamás me había sentido más valorado ni respetado. Su admiración era sincera, no porque fuera emperador sino por mi audacia y mi coraje.

Fuera cual fuere el coste, había valido la pena.

Contemplé todas las caras; intentaría recordarlas siempre: desconocidos cuya euforia desmedida me encumbraba. Y entonces vi un rostro que tiempo atrás era el más conocido, el más querido para mí de todo el mundo, pero que ahora era el de una desconocida: Actea.

—¡Encuétrala! —ordené a Tigelino aquella misma noche.

—Pero César —se excusó—, ¡aquí hay decenas de miles de personas!

—Estaba en la carrera, en el campo, con los espectadores. —Estatilia había tenido razón: nadie había hecho cumplir la norma que prohibía la asistencia a

las mujeres, quizá porque la pista quedaba fuera de la zona principal y carecía de puerta de acceso.

—Y, con ella, varios miles más. Sinceramente, no veo forma de hacerlo.

—Tigelino, confío plenamente en tu capacidad para hacer lo imposible — dije, mirándolo.

Soltó un gemido y se marchó.

Tenía que encontrarla. Tenía que verla.

## LXIV

Era el tercer día: la mañana del gran sacrificio en el altar de Zeus, la ceremonia central de los juegos. Una procesión de sacerdotes, jueces, atletas y embajadores de las ciudades-estado de Grecia recorrieron solemnemente el recinto hasta llegar al enorme altar cónico de cenizas de sacrificios anteriores guiando a cien bueyes perfectos que iban a ser sacrificados. La gente contemplaba boquiabierta las ricas indumentarias y los animales que mugían, pero yo escudriñaba las caras en busca de una. Había muchas mujeres, puesto que no era una actividad restringida, y eso hacía que fuera más difícil encontrar a nadie.

¿Cómo había venido sin decírmelo, después de que se lo hubiera suplicado personalmente en la carta? De hecho, me había dicho que no vendría.

Otro grupo de personas empujó hacia delante para ver la procesión. Las miré, pero Actea no estaba entre ellas.

Después del sacrificio, en el que los muslos se ofrecerían a Zeus y el resto se distribuiría entre la gente, habría un enorme festín para todo el mundo. Los embajadores serían anfitriones de mesas para sus compatriotas, usando solo los mejores recipientes de oro; la plebe se sentaría en el suelo, igual de hambrienta e igual de jubilosa.

Quizá fuera a la mesa de los romanos. Me acerqué a ella, pero no estaba allí, y como no me apetecía la carne de buey ahumada ni el vino olímpico, conocido localmente como «vino de la jaqueca», no me quedé.

Vagué sin rumbo hasta que noté que me iba invadiendo lentamente la rabia.

«He conducido un carro tirado por diez caballos, algo que siempre anhelé hacer. Me he defendido bien. ¡Y ella me ha privado de la alegría que esto conlleva!», pensé.

Pero eso era una estupidez. Yo mismo me había privado de ella al buscar de forma obsesiva a una mujer que estaba claro que no quería verme. ¡Qué vergüenza!

Tras el festín, la gente se levantó y se dirigió al estadio para las pruebas: las carreras y las competiciones de fuerza de los chicos. Tenía que ir o después me odiaría a mí mismo por haberme perdido algo durante mi estancia aquí, pero en realidad no me importaba. Solo me importaba una cosa, como si estuviera loco.

«Contrólate, Nerón. Te estás deshonrando a ti mismo ante tus propios ojos.»

Me obligué a dejar de pensar en buscarla. Me concentré en los actos que tenían lugar. Los chicos correrían las mismas distancias que los adultos: primero la carrera larga, de unas cinco millas, después el doble *stadion*, de unos mil doscientos cincuenta pies, y por último la prueba estelar, el *stadion* original, de unos seiscientos veinte pies. El boxeo y la lucha pondrían punto final al programa.

El calor de la tarde tras la copiosa comida dejó a la gente algo aletargada. Los espectadores más atentos eran los familiares de los chicos. Solo podían competir los que hubieran alcanzado una buena altura y cierta fuerza, por lo que ninguno era tan pequeño como algunas de las chicas de la carrera de Hera. De hecho, una de las preocupaciones de un joven al ser examinado el primer día era que lo consideraran demasiado desarrollado para competir con chicos y lo pasaran a la carrera de los adultos a pesar de su edad.

La velocidad y la precisión de los competidores eran impresionantes; pensé que llegarían a ser campeones adultos. Después, por la tarde, los boxeadores

y los luchadores, que estaban bien entrenados, usaron más la técnica que la fuerza. Les aguardaba un gran futuro, y si podían conservar su nivel técnico y combinarlo con la fuerza que adquirirían, serían formidables.

Animado por la brillantez y el potencial de los jóvenes que había visto, dejé el estadio de mejor humor que al llegar.

Aquella noche cené con Estatilia, que me explicó exactamente cómo se había vivido la carrera de carros entre los espectadores.

Estábamos sentados en la terraza cerrada de mis aposentos, ante una mesa baja. Era demasiado temprano para encender los faroles pero la luna, ahora llena, ya asomaba como un fantasma por el este. Por deferencia al calor, en la mesa solo había alimentos ligeros y refrescantes: melones, cerezas, pasas de Corinto, quesos y jarras de vino tasio, con su aroma a manzana.

—Después del buey del mediodía, esta noche tengo poco apetito — declaró, sonriente. No le dije que había pasado de la carne de buey y de todo lo demás. Estaba muy melosa. Alargó la mano para tocarme la mía—. Tuve miedo de perderte —soltó, y su sonrisa se desvaneció—. Dio la impresión de que estabas sentenciando cuando caíste a los pies del caballo al salir despedido.

—Fue todo tan rápido que solo pensé en rodar por el suelo para esquivar los cascos. Lo hice sin pensar. —Sacudí la cabeza—. He tenido mucha suerte de no quedarme enredado en las riendas.

—Más que suerte, fue un milagro. —Le tembló un poco el mentón—. Hasta que no te vi caer no sabía lo destrozada que me quedaría sin ti. —Se puso de pie, se acercó a mí, me abrazó desde detrás y recostó la cabeza en mi hombro—. Me importas mucho. No quiero perderte.

No dijo las palabras *te amo*. Era como si existiera la promesa de no decirlas nunca, una promesa hecha al principio.

—No me perderás —dije. Pero ¿cómo puede nadie asegurar eso? Los

enamorados lo creen ciegamente, aunque no son todopoderosos contra el destino y las circunstancias. Nos levantamos de la mesa y bajo la luz creciente del anochecer tomamos lo que teníamos en aquel momento, en aquel instante, e hicimos el amor para celebrarlo, alegrándonos de mi supervivencia, de su lealtad, y de las promesas que queríamos cumplir.

El cuarto día se celebraba la competición que culminaba los juegos olímpicos: las pruebas masculinas en el estadio. El ganador del *stadion* era premiado confiriendo su nombre a los juegos olímpicos de ese año.

Había tantos nervios que casi hacían temblar las hojas de los árboles. Pero cuando Tigelino se presentó ante mí a primera hora de la mañana no tenía su ademán tan orgulloso, como de costumbre.

—¿Y bien? —pregunté aunque sabía la respuesta.

—No he tenido suerte —respondió.

—Si confías en la suerte, jamás la encontrarás —solté—. Solo quedan dos días. Y mucha gente se irá esta noche, después de las pruebas en el estadio. No se quedarán para la entrega de premios del último día.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero estoy haciendo todo lo que puedo.

—Sabes qué aspecto tiene —dije—. La conoces de cuando estaba en el palacio. No puedo enviar a nadie más que la haya visto. —Además, emplear a más personas para que la buscaran sería embarazoso.

—Tú la conoces mejor que yo. ¿Adónde es probable que vaya? ¿Con quién es probable que esté?

Le di vueltas a la cabeza. Lo más probable era que no hubiera venido sola. Habría sido peligroso. ¿Pero con quién habría viajado? ¿Con gente de Velitres, donde vivía?

—Prueba con algún grupo de la región de Velitres —sugerí—. O de la próxima zona de Campania. Deben de acampar juntos.

Cuando se marchó, me preparé para ir al estadio. Vería a los mejores del mundo haciendo lo que hacían mejor, actuando como mortales que emulan a los dioses, esforzándose al máximo de su nivel humano hasta alcanzar prácticamente lo divino.

El estadio estaba abarrotado. Como emperador, disponía de un lugar reservado, junto con los oficiales y otras personas destacadas, justo delante del puesto de los jueces. Los demás cuarenta mil espectadores estaban apretujados y daba la impresión de que apenas podían respirar.

La primera prueba, la carrera larga, que ganó un hombre de Pilos, sirvió para preparar a la gente para lo siguiente del programa. Como tardó un poco en acabar, los espectadores pudieron también dejar de prestar atención y charlar con quien tenían al lado.

A continuación se corrió el doble *stadion*. Todo el mundo volvió a prestar atención. Algunos atletas disputarían esta prueba y también el *stadion*, pero la mayoría elegía una u otra para conservar su energía. El heraldo anunciaba a cada competidor: su nombre, su ciudad natal. Procedían de todas partes. Cuando ocuparon su lugar tras las losas de mármol y hundieron los dedos de los pies en las ranuras para inclinarse hacia delante, fue como si un jarrón griego cobrara vida dado que los artistas pintaban esta escena una y otra vez.

Tomaron la salida y empezaron a recorrer la pista. La primera cuarta parte iban muy juntos, pero después los más veloces ganaron distancia, y cuando llegaron al poste de giro había tres en cabeza. La llegada fue reñida entre los tres, y esperé que los jueces tuvieran mejor vista que yo, porque era incapaz de decir quién era el ganador.

Pero ellos sí, y le concedieron la cinta y la palma en medio de una sonora aclamación de sus compatriotas.

Hubo una pausa antes de la prueba más importante, la que se remontaba a los primeros juegos olímpicos, hacía más de setecientos años. Aumentó la

tensión y el público se quedó en silencio, a la espera. Finalmente, veintidós hombres jóvenes salieron por el túnel, pasando ante las estatuas de Némesis colocadas allí para recordarles los peligros del orgullo. Rebosantes de juventud y de fuerza, ocuparon su lugar en la línea de salida en sus respectivos carriles. El heraldo dijo su nombre; uno de ellos acabaría siendo inmortal.

Salieron deprisa. Ninguno era lento, y todos se movían con la facilidad y la potencia de un animal, no de un hombre. Se habían transformado en otra especie, por lo menos durante aquel instante mágico. Y entonces terminó, y un hombre fue proclamado vencedor. Los demás volvieron a la realidad terrenal, convertidos en mortales otra vez.

—El ganador es Trifón de Filadelfia, en el viejo reino de Pérgamo, actualmente la provincia romana de Asia —anunció el heraldo con su voz pastosa y penetrante—. A partir de ahora estos juegos olímpicos serán aquellos en los que Trifón de Filadelfia ganó el *stadion*.

Los espectadores prorrumpieron en vítores y aplausos. Para cuando cesaron, el ambiente en el estadio había cambiado puesto que la gente se había relajado.

Las siguientes competiciones de fuerza y destreza —boxeo, lucha, salto, lanzamiento de jabalina y de disco— eran impresionantes aunque carecieran de la urgencia de los estadios. Se trataba de todas las habilidades que se valoraban en un soldado, necesarias para el entrenamiento militar.

Así terminaron los ducentésimo decimoprimeros juegos olímpicos. La hierba volvería a crecer en los carriles de la pista hasta que la arrancaran de aquí a cuatro años para los siguientes juegos. Como había pasado durante cientos de años.

Los ganadores festejarían y celebrarían su victoria esa noche, y las tiendas de campaña resplandecerían de luz y de música. Los perdedores y sus



seguidores, además de los espectadores que eran meros observadores, empezaron a irse. Pronto el valle estuvo lleno de carros, carruajes y caballos que se marchaban.

De modo que el ambiente se deshinchó rápidamente. Tendría que haber estado eufórico, porque acababa de presenciar unas actuaciones deportivas que nunca volvería a ver, pero me sentía vacío. Abandonado. Cuanto más alto subes, más dura es la caída cuando todo se acaba.

«Todavía te falta el istmo de Corinto», me dije a mí mismo. Pero nada podía compararse con Olimpia y sus juegos. Nada podía igualar lo que había visto ese día. O lo que había visto el día anterior.

Cansado, regresé a mis dependencias. Oí reír y cantar a los demás miembros de mi casa en otras estancias. Beberían y revivirían una y otra vez los detalles de lo que habían presenciado. Bien por ellos. Pero no me apetecía unirme a ellos.

«Beberé, pero solo», pensé. Me dirigí hacia la mesa donde había varias jarras de vino con muchos tipos de los que elegir. Me serví un poco de vino tinto de Corcira. Ya puestos, podía seguir siendo griego todo el día.

Tras la primera copa, los cantos afilados de la melancolía se suavizaron y me sentí mucho mejor. Lo suficientemente mejor como para reírme a carcajadas al recordar lo que se decía sobre cierta clase de hombres cuyo estado de ánimo hacía que pareciera que necesitaban beber un poco para ponerse a tono: «Llevan tres copas de menos.» Puede que yo fuera uno de ellos. O, por lo menos, que llevara una copa de menos. Que fueran dos. Me serví otra copa y la sorbí despacio.

El día había llegado verdaderamente a su fin. Había oscurecido. Oía el jaleo de las tiendas de campaña fuera. Saboreé el vino. Le estaba cogiendo el gusto al de Corcira.

La puerta se abrió despacio. ¡Qué fastidio! ¿No podían llamar? ¿Pedir

permiso? Si lo hubieran hecho, la respuesta habría sido no.

Me volví hacia la puerta, casi abierta del todo, y vi a Actea en el umbral.

Me la quedé mirando. La habitación estaba oscura, porque había anochecido mientras estaba allí sentado con mi vino, y no me había molestado en encender ninguna lámpara. Pero como había sido gradual, mis ojos se habían adaptado a la penumbra.

—Tigelino te ha encontrado —dije de modo inexpresivo. Estaba demasiado aturdido para hablar de otro modo.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Tigelino? No, no lo he visto —dijo.

—¿Cómo has entrado aquí?

—La gente a tu servicio todavía me reconoce. No ha sido difícil.

—¿Por qué me dijiste que no vendrías? —Me levanté de un salto sin poder contener mi orgullo herido y mi frustración—. ¡Te invité a venir a Grecia! Respondiste que no vendrías. Y resulta que has estado aquí todo el tiempo sin decírmelo. Te vi por casualidad después de la carrera de carros. ¿Dónde más has estado? ¿En Delfos?, ¿en Nemea también?

Retrocedió.

—¿No me saludas? —dijo—. ¿Es esta la bienvenida que me das?

—¡No te mereces ninguna bienvenida! —Apenas podía creer las palabras que oí salir de mis labios. Llevaba dos días atormentado por el deseo de verla y ahora iba a ahuyentarla. Pero al verla allí de pie, tan serena, me había enfurecido—. Te has estado escondiendo, ¿por qué has venido ahora entonces?

—Ahora mismo me estoy haciendo la misma pregunta. Ojalá no lo hubiera hecho. Me iré.

—¡No! —Le sujete un brazo—. ¡No te irás! —Intentó soltarse, pero hice que se volviera—. ¡Mírame!

Alzó los ojos hacia los míos. En ellos no había malicia alguna sino un verdadero desconcierto. Mi ira desapareció.

—Lo siento —dije, soltándole el brazo—. Es que no lo entiendo. Explícame por qué viniste a Grecia y por qué estás aquí ahora.

Estaba preparada para huir, como un animal receloso. Hice un gesto para que se sentara en uno de los sofás y me arrellané en el de delante.

—Me alegra que estés aquí —aseguré—. De verdad.

—¿De verdad? —dijo con aquella risa afable que recordaba.

—Sí, de verdad. Y ahora cuéntamelo.

Inspiró hondo.

—Me sentí honrada por tu invitación. Pero no podía alejarme demasiado tiempo de mi trabajo. Tu gira dura más de un año. Y no quería formar parte de tu grupo. No es mi lugar, y habría dado pie a rumores desagradables. —Sonrió—. Vuelves a tener esposa. Ya he sido antes la amante; no tengo ningún deseo de repetir la experiencia.

Ningún deseo... ningún deseo...

—¿Ningún deseo? —Bueno, para mi horror, había repetido sus palabras. No parecía controlar lo que decía. Debía de ser el vino.

—Ningún deseo de estar en esa posición —aclaró con una sonrisa en los labios. Parecía haberle gustado que hubiera puesto objeciones a sus palabras—. No era envidiable. Pero quería verte competir; como dijiste en tu invitación, estuve la primera vez que lo hiciste y era apropiado que te viera ahora.

—Entiendo que viste la carrera de diez caballos —dije.

—Sí. Pero no me lo pasé demasiado bien. Por un instante creí que había viajado hasta aquí para verte morir. No puedo..., no hay palabras para describir mi alegría al ver que te recuperabas y te volvías a subir al carro.

Se levantó del sofá, se acercó y se arrodilló delante de mí.

—Estás a salvo —dijo, tomándome las manos—. He venido aquí esta noche para tomarte las manos de nuevo y dar gracias por poder hacerlo, porque estás ileso. Necesitaba asegurarme de que seguías siendo lo que siempre fuiste.

El contacto de sus manos fue demasiado. Me puse de pie y tiré de ella hacia mí para abrazarla.

—Estoy aquí. Como siempre he estado. —La besé ansiosa, apasionadamente; los años que habíamos pasado separados se borraron y todo fue como siempre entre nosotros, de modo que los hechos y las personas, entremedias, se desvanecieron, se esfumaron en mitad de la noche.

Me devolvió el beso ávidamente, sin titubear, sin contenerse. Estábamos juntos de nuevo; en cierto modo jamás habíamos estado realmente separados.

Como había ocurrido la primera vez que habíamos estado juntos inesperadamente, enseguida estuvimos en la cama haciendo vorazmente el amor. Ya habría tiempo después para hablar.

Y hablamos durante las lánguidas horas posteriores. Todas las preguntas que me habían parecido importantes ya no lo eran. No quería obtener respuestas, simplemente dejar que hablara para poder entenderla. Yacía mirando al techo, apenas visible, escuchándola.

—Te he visto muchas veces sin que tú me vieras desde... desde que nos separamos —dijo. Se volvió hacia mí y recostó la cabeza en mi hombro, donde podía oír su suave voz.

—Te vi en el puesto de ayuda después del incendio —respondí—. Recuerdo haberte dicho algo estúpido con frialdad. Pero es que fue muy embarazoso.

—¿Y esto no lo es? —Apretujó su cuerpo desnudo contra el mío.

—No, no lo es. —Reí.

—También fue embarazoso para mí —admitió—. Verte de repente me desconcertó tanto que no podía rellenar adecuadamente los formularios en el puesto de ayuda.

—Fue la última vez que te vi —señalé—. Pero hemos estado a punto. Hubo aquella vez que Popea te mandó llamar a sabiendas de que yo estaba fuera. Y quería darte las gracias por haberme avisado por lo de Seneción. — Me incliné hacia ella y la besé otra vez—. Ya está. Ya te he dado las gracias.

—Pero yo te he visto otras veces —dijo—. Fui a los dos funerales. Pasaste a mi lado y no me viste.

—¿Has convertido en una costumbre mirarme entre la gente? —pregunté—. Es lo que has hecho aquí también.

—Era una forma segura de verte.

—¿Por qué es tan importante para ti verme?

Se quedó callada. Creí que no me respondería. Pero suspiró y lo hizo.

—Porque te amo.

Las palabras inesperadas me recorrieron alegremente el cuerpo. Pero ella se tomó mi silencio por incredulidad.

—Cuando nos separamos, te dije que siempre te amaría. Hablaba en serio. Siempre cumplo mis promesas. ¿No recuerdas mis palabras?

—Sí —contesté—. Pero al mismo tiempo dijiste que no te casarías conmigo.

—Dije que no me casaría con un hombre que mintiera, como tú hacías.

—Ya no miento. No tengo que hacerlo. Solo mentía porque no tenía elección en aquel momento. Eso se acabó. ¿Es este mi único defecto para ti? Si es así, tendrás que encontrar otro para mantenernos separados.

—¿Olvidas que estás casado?

—Esta esposa no es como Popea. No tendría celos de ti.

—¡Ay, Lucio! —exclamó con una carcajada—. Sigues siendo Lucio, ¡tan ingenuo con las mujeres!

—Ah. Cómo me gusta oírte llamarme Lucio de nuevo. —La acerqué más a mí—. Da igual cómo queramos llamarnos, y lo que seamos el uno para el otro; por favor, no vuelvas a dejarme.

—Pero... mi trabajo está en Velitres.

—No quería decir que tengamos que estar juntos todo el rato. Solo que nuestras almas no deberían volver a separarse jamás.

—La primera vez que nos separamos te prometí que jamás te abandonaría. Y a mi manera nunca lo he hecho —dijo.

## LXV

### ACTEA

La noche me pareció corta; la noche me pareció larga, como cuando Zeus había hecho que una noche durara como tres mientras yacía con Alcmena y concibió a su heroico hijo: Hércules. No habría sido demasiado larga para mí aunque lo hubiera sido más.

Hacía calor, pero una refrescante brisa nos llegaba de la terraza, acariciándonos solícitamente. Apenas podía creer que estuviera aquí, con él, así.

«¿Pero no es esto lo que querías? —me pregunté a mí misma—. ¿Por qué viniste hasta aquí? ¿Para esconderte entre la gente y observarlo en secreto como habías hecho en Roma?»

Me respondí mentalmente que en parte sí. Era menos arriesgado. Pero, finalmente, insatisfactorio. «Que me rechace, para poder liberarme de él», pensé. Y la única forma que había de que eso pasara era presentarme ante él.

Estaba dormido. Lo sabía por cómo respiraba. Estaba totalmente inmóvil. Tenía que estar exhausto, con un agotamiento que ningún ciudadano corriente conocería jamás. Como había hecho desde el principio, cuando él solo tenía once años, y yo, diecisiete, quería protegerlo.

Mentalmente todavía podía ver el niño que era, llamado Lucio entonces, perdido entre la gente del palacio, deambulando. Yo, una sirvienta de la casa real, le había ofrecido una copa con bebida. Él dijo que no parecía romana. Fue astuto por su parte, porque yo era de Licia. La velada era para celebrar el

matrimonio de su madre con el emperador Claudio. Él y los hijos de Claudio tuvieron que subir a la tarima para aceptar el enlace. Los tres parecían tristes, y lo estaban.

Después, cuando lo habían rebautizado como Nerón y lo habían obligado a casarse con Octavia, la hija de Claudio, yo había delatado un complot palaciego para asesinarlo, no por primera ni por última vez. Entonces él tenía diecisiete años, y yo, veintitrés, y nos hicimos amantes.

Cualquiera salvo Lucio, o Nerón, habría aceptado nuestra situación como la tradicional entre emperador y amante, pero él quería casarse conmigo, y trató de hacerlo posible. Por aquel entonces era demasiado joven e inexperto para poder salirse con la suya frente a los consejeros y los guardianes. Pero fue un intento romántico y valeroso. Cuando podríamos haberlo conseguido, fui yo quien se echó atrás. ¿Pero lo había hecho en realidad?

Y volviendo a la pregunta: «¿Por qué estoy aquí? ¿Qué voy a lograr con ello?»

La respuesta: «¿Tengo que justificar la felicidad, aunque sea una felicidad pasajera?»

Suspiró y se volvió, buscándome con los brazos. Soñoliento, me acarició el pelo y me recorrió la mejilla con los dedos. Hundió la cabeza en mi cuello y me besó la garganta, y me estremecí de pies a cabeza. Lánguidamente, volvimos a unir nuestros cuerpos; un contraste lento con nuestra primera unión apasionada.

Se acercaba el alba; podía oírla en los tenues ruidos matutinos de los pájaros al aire libre, podía notar un cambio en la brisa que nos recorría el cuerpo. Al llegar la luz del día, ¿qué haríamos?

La habitación se iluminó y pude examinar su perfil mientras seguía tumbado boca arriba con los ojos cerrados. Él sabía que yo no dormía, sino



que estaba alargando todo lo posible nuestro tiempo secreto. Pero no podría durar mucho más.

Me apoyé en un codo para mirarlo.

—Tenemos que levantarnos —susurré.

Gimió y, después, abrió los ojos y sonrió.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Yo sí —respondí—. Tengo que vestirme si quiero evitar un escándalo.

—Hace mucho que no estás en las dependencias reales —dijo con una carcajada—. Tu preocupación ha quedado obsoleta. No hay ningún escándalo, haga lo que haga. Me ha llevado años averiguarlo. La exención va ligada a la palabra *emperador*.

—Hace siete años que no he estado aquí —dije—. Puede que tengas razón. Encontrar a una mujer en tus aposentos no es nada comparado con las demás cosas de las que te han acusado en estos siete años. De hecho, puede que fuera un alivio para la gente que hubieras cometido una trasgresión tan mundana.

Soltó una carcajada sincera, se levantó, recogió la túnica y se la pasó por la cabeza.

—Tu guardarropa ha cambiado —comenté, señalando las flores vívidas de la prenda que le llegaba a las rodillas.

—¿Te gusta? —preguntó con una sonrisa.

—Es diferente —respondí.

—Me siento a gusto con ella —aseguró, alisándole las arrugas.

—¿Y qué me dices de tu pelo? —Era una masa de ondas rebeldes que le llegaban más allá de los hombros.

Sacudió la cabeza.

—Dio a los senadores que vinieron de visita algo sobre lo que cotillear —respondió sin que, al parecer, le importara lo más mínimo.

«¡Oh, Lucio! ¿No lo ves?», pensé.

—¿Para qué vinieron? —quise saber.

—Para ver los juegos, por supuesto. Por lo menos esta fue su excusa, aunque cuando les pregunté no parecían saber demasiado de ellos. El motivo real era verme y pedirme que regresara.

—Tal vez deberías planteártelo.

—No hablemos de Roma ahora —dijo con el ceño fruncido—. Está lejos y no deseo pensar en ella.

«¡Oh, Lucio! ¿No lo ves?», pensé de nuevo.

—Muy bien —dije, y lo rodeé con mis brazos. ¡Cómo quería protegerlo... de sí mismo!

Desayunamos sin prisas en la terraza, hablando de otras cosas.

—¿Con quién viajaste? —me preguntó.

—Con un grupo de Velitres —le respondí—. Gente que sentía curiosidad por ver los juegos y visitar Grecia.

—¿Cuándo? —preguntó, sorbiendo el zumo sin apartar los ojos de mí.

—Llegamos a tiempo para asistir a los juegos olímpicos, hace una semana.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Nos vamos en unos días —contesté—. Un viaje muy largo para una estancia tan corta, ya lo sé.

Se inclinó hacia mí, me tomó la mano pero siguió mirándome a los ojos.

—¿Te quedarás y vendrás al istmo de Corinto conmigo?

—¡Ay, no puedo! —Me dolió decir—. Mi negocio...

—Tengo dos proyectos importantes que voy a dar a conocer en el istmo de Corinto —dijo tras soltar un suspiro—. Me gustaría que estuvieras allí para verlos...

—No puede ser. Pero hálbame de ellos —pedí con dulzura.

—Lo haré después entonces. Ahora tengo que prepararme para la

ceremonia final, en la que recibiré mi corona de la victoria. ¡Y tú vas a venir! —dijo, levantándose.

Fuimos hasta el templo de Zeus, juntos a plena luz del día. Pero una vez allí, nos separamos cuando él ocupó su lugar con los ganadores delante del templo y yo me reuní con los espectadores, una multitud ruidosa y alegre, que esperaban para lanzar una lluvia de pétalos de flores a los vencedores. Me puse de puntillas para verlo agachar la cabeza para que le ciñeran en ella la corona de ramas de olivo silvestre mientras anunciaban que Nerón Claudio César Augusto Germánico había ganado la corona por la carrera de carros tirados por diez caballos. Su voz resonó entre la gente cuando afirmó que la aceptaba en nombre de Roma y del pueblo romano.

Todavía había muchos premios importantes por entregar; darlos todos llevó toda la mañana. Después habría un banquete oficial para los ganadores, y los ducentésimo decimoprimeros juegos olímpicos serían declarados solemnemente clausurados.

Feliz y con los ojos brillantes, rodeado de los miembros de su casa y los senadores, Nerón vino a buscarme después. La corona verde y gris descansaba orgullosamente en su frente. Varios pétalos, lanzados por la multitud entre vítores, le cubrían el pelo y los hombros.

—Está donde le corresponde —afirmé, alargando la mano para tocarla. Estaba tan feliz, convencido de que había merecido tal honor, sin permitirse dudar de que los jueces hubieran sido justos. Lo necesitaba más que nada, y a mis ojos eso lo hacía dolorosamente inocente.

Eché un vistazo a su grupo y me presentó rápidamente a algunos de sus integrantes: Epafrodito, Faón, Ninfidio. Puede que los hubiera visto de pasada hace tiempo, pero mis recuerdos de ellos eran borrosos. Y entonces casi me desmayé cuando apareció Popea. Me quedé helada.

—Sabina —dijo Nerón—. O, como se llamaba anteriormente, Esporo.

Aquella persona, porque era imposible que fuera Popea, asintió a modo de saludo. Tragué saliva con fuerza, y supe que tendría que preguntar después por Esporo.

—Vais a venir todos a la cena de los ganadores —dijo Nerón—. ¡Todos!

Era un festejo movido, ya que los atletas comían y bebían desenfrenadamente todo lo que querían ahora que ya habían logrado la victoria, y sus amigos disfrutaban al máximo con ellos. Observé cómo Nerón se movía alegremente, saludando a todos con familiaridad, tanto si los conocía como si no. Las mujeres permanecían a los lados, mirando con atención. Estatilia guardaba un decoroso silencio, sola.

¿Debería acercarme a ella? ¿Cuál era el protocolo? ¿Lo había? ¿Qué debería decirle? «Hola, emperatriz. Me lo pasé muy bien ayer por la noche con tu marido.»

Como si me hubiera leído los pensamientos, se acercó hacia mí, sin prisas, pero con paso decidido.

¿La había visto antes? No, diría que no. Había llegado a su vida cuando yo ya me había ido. Era una mujer madura, seguramente un poco mayor que él, como yo. ¿Por qué le atraían las mujeres mayores? ¿Era siquiera consciente de ello? Popea había sido mayor que él. Popea...

—Eres Claudia Actea, ¿verdad? —preguntó. Tenía una voz grave, relajante.

—Sí, emperatriz —dije, haciendo una reverencia con la cabeza.

—Te había estado esperando —soltó—. Era solo cuestión de tiempo.

Eso me irritó. Como si fuera un perro que había acudido al oír un silbato.

—No sé muy bien qué quieres decir —respondí, intentando que mi voz fuera lo más neutra posible.

—Solo que el deseo, cuando es vivo, encuentra el camino.

Dejé que el silencio se alargara.

—Me han hablado de ti —prosiguió—. No, él no. Otra gente. Dejaste una huella profunda en muchas personas. —Soltó una carcajada—. Lo rechazaste. No hay muchos emperadores que hayan vivido esa experiencia.

¿Por qué se lo tomaba tan alegremente? ¿No le sabía mal aceptar a un hombre que había sido rechazado, o que le hubieran lastimado sus sentimientos? Lo primero significaba que no sentía celos; lo segundo, que él no le importaba.

—Le fue bien —dijo, otra vez como si me hubiera leído los pensamientos—. Siempre tendría que haber alguien o algo que no se puede tener. Si no, estamos saciados; mejor estar siempre un poco sedientos.

—Eres sabia —afirmé. Mejor dejarlo así. Observé sus ojos perspicaces pero nada críticos, con unas ligeras patitas de gallo.

—Sí, lo soy —dijo respondiendo a mis pensamientos—. Y verás: sé qué piensa la gente, lo que es un don y una maldición. Así que sabía lo que, seguramente, estabas pensando y te he contestado.

—Das miedo —solté.

—Bueno, no me hacía falta leer eso —dijo—. No tengas miedo. Sin este don, no habría sobrevivido. Tú no lo necesitas; sobrevivirás. También eres sabia. Está en buenas manos.

—Él no está en mis manos —repliqué.

—Está en las manos de ambas —insistió—. Pero las tuyas son más fuertes que las mías.

Conforme a su sabiduría, no visitó los aposentos del emperador esa noche y nos los dejó a nosotros.

—Tu esposa es muy comprensiva —afirmé—. Tienes razón: es diferente a Popea.

Tras haberse quitado con cuidado la corona de la victoria y haberla dejado reverentemente en un soporte, se recostó en un sofá con los pies en alto.

—¿Has oído la manida broma de «¿Mi mujer no me comprende?». Pues esta sí lo hace —soltó con una carcajada.

—Ha sido considerado por su parte —dije—. Pronto te tendrá de vuelta. Mi grupo se va en unos días.

—Ojalá pudieras venir al istmo de Corinto —dijo. Esperó a que hablara antes de añadir—: Pero como no puedes, disfrutemos de estos últimos días. De los últimos días aquí, por lo menos. Olimpia siempre será el lugar del mundo donde he sido más feliz, y tu presencia lo ha coronado con una alegría superior a la corona de la victoria.

## LXVI

### NERÓN

Olimpia se vació rápidamente de gente y de emoción. Los edificios temporales, erigidos para los visitantes y las ceremonias, fueron desmantelados. Solo quedaban los trabajadores y los administradores, y ellos también se irían pronto, de modo que Olimpia volvería a ser un sitio tranquilo, aletargado los siguientes cuatro años antes de despertar.

La mayoría de mi grupo partió hacia Corinto y su istmo, pero Actea y yo nos quedamos atrás. Seguía sin poder creer que estuviera aquí conmigo, tras ser un fantasma en mis pensamientos durante tanto tiempo. Pero pronto, como Olimpia, desaparecería, como un sueño.

Cuando los terrenos se vaciaron, los exploramos, paseando junto a los dos ríos y viendo lo distintos que eran: el Alfeo era lento y de aguas mansas; el Cládeo, rápido y de aguas agitadas. Desde la cima del monte Cronión podíamos ver el mar y nos gustaba sentarnos en una piedra en lo más alto, contemplando la vista. Siempre soplabla una brisa fresca que nos acariciaba la cara, nos agitaba el pelo y susurraba entre los pinos que nos rodeaban.

—Al otro lado del agua está Roma —señaló.

—Ya lo sé —dije—. Otro mundo.

—Este no es real, ¿sabes? —dijo—. El real está al otro lado del agua.

—Ambos son reales —aseguré—. Y yo prefiero este.

—No puedes vivir en él. Es un mundo que ha pasado, que aparece como un fantasma cada cuatro años y después se desvanece.

Nos levantamos de la piedra y buscamos un lugar llano para hacer nuestro pícnic. Encontramos uno bajo un pino grande y retorcido que había formado una suave alfombra de agujas caídas a nuestro alrededor. Extendí una manta y abrimos los paquetes de comida y dispusimos las jarras de vino.

Como me sentía más próximo a ella que a nadie, y creía que podía decir lo que pensaba sin limitaciones, como si fuéramos una sola persona, le confesé:

—Me estoy planteando no volver.

—No puede ser —dijo, afligida—. Es irresponsable. Es impensable.

—Yo lo estoy pensando.

—Deja de pensarlo. No puedes abandonar tu cargo. Sería... una traición.

—¿Cómo puede cometer traición un emperador? —pregunté con una carcajada.

—Puede, si abandona su cargo.

—Quiero ser feliz. Aquí soy más feliz de lo que he sido nunca.

—Hablas como si tuvieras cinco años. ¡Crece, Lucio! Ya no eres Lucio, sino Nerón. No puedes volver a ser ese niño.

Me incliné hacia delante y nos serví una copa de vino a cada uno.

—Tú siempre eres la voz de la razón —dije, y tras beberme la copa, la llené de nuevo.

Saqué peras, queso y panes pequeños. Hasta teníamos la famosa miel de tomillo, de la que le había hablado. Vertí una poca en el pan y le ofrecí una rebanada. La tomó y la masticó.

—Deberías saberlo —prosiguió—. Los senadores tenían razón. Hay malestar en Roma; tu ausencia se está convirtiendo en un problema. Solo tú puedes restablecer el orden allí.

—¿Hay una alteración real del orden?

—No —admitió.

—Entonces iré cuando esté preparado —dije, con más firmeza de la que



realmente sentía.

—¿Qué tal Égloga y Alejandra? —preguntó, cambiando intencionadamente de tema—. Pude enviarte aquel mensaje sobre Seneción a través de Alejandra. Sigue allí, ¿y bien?

—Sí, ambas. Tan constantes como la Estrella Polar. Nunca cambian. —Por lo menos había algo que no lo hacía.

Mordisqueamos las primeras uvas de la temporada, que todavía no estaban maduras del todo, y algo de queso de cabra con hierbas locales. Tumbados allí, en la manta, en medio del verdor del monte, era fácil creer que la paz era algo palpable. Podía alargar la mano y hacerme con ella. Tomé un puñado de agujas y las estrujé de modo que soltaron el olor penetrante de la resina, mezclado con una fragancia seca.

—Las coronas de los juegos ístmicos son de pino —comenté.

—¡Deja de intentar tentarme! —pedí con una sonrisa—. Tengo que regresar para encargarme de mi negocio. Ya lo sabes. Pero me gustaría estar allí para ver... lo que sea que vas a anunciar.

—Una cosa es un proyecto de ingeniería, y la otra, un decreto político. Pero... —Alargué la mano y le toqué la mejilla—, tendrás que esperar para saberlo, como el resto del mundo, puesto que no vendrás. Podría sorprenderte; creo que son proyectos revolucionarios que, además, son beneficiosos.

Se movió antes de hablar.

—Cuéntame quién, o qué, es el tal Esporo.

—Era un esclavo al servicio de Popea que se parece a ella —expliqué.

—¿Es eso todo? —Me miró de modo significativo.

—Su dolor por Popea se volvió extremo. Y... quiso convertirse en ella.

—¿Para él o para ti? —No me daba tregua.

—Para los dos —admití—. Creo que... era una forma de duelo.

—¿Y os ha ayudado?

—Un poco. Pero en cierto sentido ha empeorado las cosas. Desearía que jamás hubiera pasado —solté—. Pero no puede deshacerse.

—Comprendo.

¿Pero realmente podía comprenderlo?

—Déjame que te lo explique... lo mejor que pueda. Existen historias de estatuas que son réplicas exactas de personas fallecidas. Y existen fantasmas que se parecen a ellas pero que no pueden tocarse. Y si pudiera haber una aparición que casi fuera la persona, ¿serviría eso? No. A la larga es una burla y un tormento. De modo que no, no nos ha ayudado a ninguno de los dos.

—Comprendo —repitió.

—Pero él ya ha sufrido suficiente, de modo que finjo que sí. ¿Comprendes ahora?

—Creo que sí. Me duele el alma por ti, y por él.

—Gracias. —Bebí otra copa de vino. Me faltaba tiempo para cambiar de tema.

Enseguida sentí un calorcito en mi interior, cortesía del vino. Vi que se recostaba en el tronco del viejo pino, con el cabello oscuro reluciente, su belleza intacta desde la primera vez que la había visto. Parecía inmune al envejecimiento.

—¿Eres una diosa? —solté.

—¿Qué?

—Ellas no envejecen, y tú tampoco. Tiene que haber una parte de diosa en ti.

—No que yo sepa —dijo riendo—. Ahora bien, sabemos que hay una parte de dios en ti. ¿No descendía César de Afrodita, y no perteneces tú también a esa rama de la familia?

Solté una carcajada.

—Se remonta tantas generaciones que no puede quedar demasiado de dios en mí.

Aquí, en nuestro apartado retiro en la montaña, me dominó el deseo por ella, especialmente porque el día de nuestra separación se acercaba y estábamos más solos ahí que en ningún otro sitio. Me volví en la manta para mirar a través de las ramas del pino y noté cómo las agujas crujían bajo mi espalda. Atraje a Actea hacia mí.

—¿Te acuerdas de Sublaquaeum? —pregunté—. ¿Cuando dormimos en el bosque?

—Oh, sí —respondió—. Oh, sí.

—Han pasado años desde entonces, pero siento lo mismo —afirmé—. Y te quiero igual.

—Yo siempre te amaré —aseguró, y sus palabras me proporcionaron una dicha absoluta—. Y jamás te abandonaré.

—Ten —dije, mostrando un paquetito que había llevado hasta allí y del que saqué una pulsera de ébano y marfil. Se la puse en la muñeca—. Cuando quieras verme, envíamela y me lo dirá sin palabras. Y estaremos juntos.

## LXVII

Corinto es la principal ciudad comercial de Grecia, un puerto cosmopolita que alberga a los ciudadanos más refinados del país y a la escoria humana de la sociedad procedente de sus alrededores. Eso le daba una vida palpitante y vibrante, pero tras la belleza apacible de Olimpia me resultó discordante. La ciudad, destruida y reconstruida por Roma, hacía las veces de cuartel general romano en Grecia.

Tenía los habituales templos, ágora, teatro, estoas y sede del Consejo. El santuario donde se celebraban los juegos ístmicos quedaba cerca, casi colindante con la ciudad, lo que los convertía en competiciones urbanas, a diferencia de los de Delfos, Nemea y Olimpia.

—Las prostitutas montarán puestos cerca del ágora para comodidad de los visitantes —explicó Tigelino—. Si los clientes no van a las señoras, ¡las señoras irán a ellos! —Masticaba ruidosamente una pera—. Los negocios prósperos saben cuidar de sus clientes. Comodidad, ¡comodidad es la clave! —aseguró, y tiró el corazón de la pera en un cesto—. Bueno, César, ¿qué tenemos hoy? Por fin hemos instalado a todo el mundo. La mayoría está en la llanura situada a una milla más o menos de la ciudad.

—Tendríamos que ir a ver el istmo —dije—. El lugar donde se excavará el canal. —Había enviado ingenieros romanos con antelación para que tomaran medidas preliminares y poder comprobar así si mi gran proyecto era factible—. ¿Están aquí ya los prisioneros de guerra? —El general Vespasiano había prometido seis mil prisioneros judíos procedentes de su campaña contra los rebeldes en Galilea para excavar el canal.

—Están llegando en tres barcos. Los instalaremos cerca del lugar donde trabajarán.

—¡Y entonces empezará! —exclamé. Mi proyecto largamente soñado iba a hacerse realidad—. Quiero inspeccionar el lugar antes de que abran la tierra. Vamos esta mañana.

Recorrimos a caballo la ciudad, cuyos mercados y puestos bullían de actividad. Los asientos del teatro estaban vacíos de espectadores, pero los comerciantes se habían adueñado de ellos extendiendo mantas donde ofrecían sus productos. El aire estaba impregnado del olor del cercano mar.

Tenía la cabeza llena de imágenes de Olimpia y de mi despedida de Actea. Pero cuando llegamos al borde del istmo, donde el mar tocaba la costa y los trabajadores empezaría pronto a excavar, sentí un enorme entusiasmo. Desmontamos y subimos a pie la colina que se elevaba ante nosotros y, una vez en su cumbre, contemplamos la estrecha franja de tierra de cuatro millas que separaba las dos masas de agua. El pico en el que estábamos tendría unos cien metros de altura, y el terreno era más alto aún en la parte central. Di un puntapié a la tierra; era superficial y el suelo de debajo era de roca dura. ¿Pero era así hasta abajo?

—Tendremos que perforar pozos para ver exactamente a qué clase de roca nos estamos enfrentando y lo profunda que es —comenté. Si era así de dura hasta abajo, la tarea sería muy difícil. No era extraño que nadie hubiera sido capaz de hacerlo.

—Si lo consigues, te alabaran por ser un genio. Si no, te censurarán por ser un idiota —señaló Tigelino mientras apartaba la tierra con las manos para dejar la roca al descubierto.

—Ya estoy acostumbrado a eso —dije, señalando la parte inferior—. Empezaremos a excavar en ambos lados y los trabajadores se encontrarán en el centro.

—Oí a un presunto experto de Egipto decir que los niveles del agua a ambos lados son diferentes y que si los conectas inundarás Grecia —dijo Tigelino.

—He hecho venir a ingenieros de verdad, de los de Roma, que son auténticos expertos en niveles del agua, para comprobar este punto. Después de todo, nuestros acueductos son maravillas de la ingeniería y exigen enormes conocimientos sobre el comportamiento del agua.

Me volví despacio para contemplar todo el panorama. Ante mí se extendía el Peloponeso; a mi izquierda estaba el mar Egeo; a mi derecha, la bahía de Corinto, con la ciudad de Corinto enclavada junto a ella. Me volví hacia el otro lado, donde se situaba la Grecia continental, con Atenas y el monte Olimpo. Una tierra excelente. Una tierra que pronto sería libre. Lo vi todo, y noté que el corazón se me henchía de alegría por lo que estaba por llegar.

Los juegos se inauguraron con gran solemnidad, y yo fui aclamado como el dios Sol, el nuevo sol que iluminaba Grecia. El certamen se había celebrado en otra parte durante muchos años y regresaba ahora a su lugar original, el santuario de Poseidón, solamente por mi presencia. Se celebraba bajo los auspicios de Poseidón, dios del mar, y en su honor, lo que era adecuado dada su ubicación. Su pino sagrado crecía cerca y proporcionaba las ramas para las coronas de los vencedores.

Mis dependencias, que estaban en la ciudad, consistían en un gran complejo palaciego situado cerca del teatro. Estatilia había vuelto a instalarse discretamente conmigo, sin mencionar jamás el motivo de su ausencia voluntaria en Olimpia.

—La última etapa —dijo, acomodándose en un sofá tallado de forma muy elaborada que nos habían proporcionado para que estuviéramos cómodos.

Escondió las piernas bajo su estola y agitó una copa de vino en su mano derecha—. Y después, a casa.

A casa. ¿Era realmente mi casa? La pregunta era cada vez más apremiante y precisaba una respuesta. Y pronto.

—Sí. —Me serví una copa y me senté con ella en el sofá—. Tengo algunas pruebas que disputar aquí, pero sobre todo me apetece ver los juegos. — Estaba sinceramente exhausto de todas las demás competiciones, una tras otra, mes tras mes. Me había parecido razonable al planearlo, pero ahora me daba cuenta de lo agotador y lo poco realista que era. Normalmente, la sucesión de certámenes se repartía a lo largo de un período de cuatro años, y por una buena razón. A estas alturas, la cantidad de personas de mi grupo se había reducido y solo me seguían acompañando unos cuantos romanos incondicionales. El abanico de competidores también había menguado, y en estos juegos la mayoría serían de la región.

Pero el principal acontecimiento no tenía nada que ver con los juegos. Solo yo sabía de qué se trataba, y lo guardaría en secreto hasta el mismo día.

—No es propio de ti —dijo Estatilia—. Pero tienes que iniciar el proyecto del canal, y quizá con eso ya tengas suficiente.

Giré la copa en mi mano. Sus burbujas se arremolinaron y crearon un pequeño torbellino en su interior: mi Caribdis en miniatura.

—Me estoy acostumbrando al vino griego —afirmé, saboreando su marcado sabor a resina—. Y eso que me ha costado.

—Me alegraré de volver a beber el nuestro —dijo, apurando su copa—. ¿Tú no?

—No lo sé —respondí—. El sabor del vino griego siempre estará para mí inextricablemente mezclado con los recuerdos de los juegos.

—Seguro que tienes mejores formas de recordarlos. —Soltó una de sus carcajadas graves y guturales.

«Ya lo creo», pensé con una sonrisa.

—Tienes razón —dije.

—Soy masoquista —soltó sirviéndose otra copa—. O puede que simplemente me guste el vino. Incluso este. —Le dio un sorbo.

—Estoy planeando celebrar la ceremonia del canal en la pausa de dos días que hay en mitad de los juegos —anuncié—. Los ingenieros han finalizado sus planos y sus medidas, y han afirmado que todo está a punto para llevarlo a cabo. No hay diferencia entre los niveles del agua de ambos lados después de todo. Y yo mismo daré las primeras paladas.

—Te brillan los ojos —dijo, mirándome tras dejar la copa—. Nunca eres más feliz que cuando tienes un nuevo proyecto. Espero que salga bien. Te veré excavar la tierra llena de orgullo.

—La pala será de oro —expliqué.

—¡Naturalmente! —Rio y me apretó la mano.

El dios Sol me iluminó con sus rayos a modo de aprobación simbólica de su elegido cuando el grupo de oficiales se congregó con motivo de la inauguración del canal del istmo. Vestido para la ocasión con una toga púrpura, destinada a realzar su solemnidad (toda una concesión por mi parte), eché un vistazo al agua centelleante que nos rodeaba y me dirigí a los presentes.

—Nobles representantes de Grecia, honorables ciudadanos romanos de Corinto, Yo, Nerón Claudio César Augusto Germánico, emperador de Roma, os hago un legado: un canal que permita a las embarcaciones pasar directamente de la bahía de Corinto al mar Egeo. Las embarcaciones ya no tendrán que arriesgarse a circunnavegar el cabo Malea del Peloponeso. Se ha soñado, y se ha necesitado, este canal desde hace siglos. Vuestro propio rey



Demetrio, Julio César, el emperador Calígula, todos ellos quisieron construirlo, pero ninguno de ellos lo logró. Lo que ellos no pudieron hacer, yo lo haré con la ayuda de los dioses.

Acto seguido dirigí una serie de odas propiciatorias cuidadosamente elegidas a los dioses de la región: Anfitrite, Poseidón, Melicertes, Leucotea.

—Y ahora, se abrirá por primera vez la tierra. —Tomé la pala de oro, la levanté, me volví hacia un espacio del terreno preparado y excavé lo suficiente para llenar todo un cesto. Alcé la pala hasta la altura de mi hombro y la llevé hasta el lugar donde podía vaciarla. Diez hombres más, elegidos por motivos protocolarios, hicieron lo mismo, y el montículo de tierra recién excavada creció.

Hubo cierta agitación, un murmullo, vítores. Después se oyó una tenue voz entre la gente:

—Apolonio de Tiana dice que jamás navegarás por él.

Conmoción, seguida de silencio. Miré alrededor en busca de quien había hablado.

—¿Quién es Apolonio de Tiana? —pregunté con una carcajada—. Pues yo digo que Apolonio de Tiana jamás navegará por él.

La gente rio, y las obras empezaron en serio. Pero más tarde Epafrodito me dijo:

—Ha sido un mal augurio. No me gustó. Pero tú te rehiciste bien.

Estábamos reunidos en lo que tenía que ser una celebración del exitoso acontecimiento.

—Augurios, augurios —repliqué, encogiéndome de hombros—. Cualquiera puede decir algo y fingir que es un augurio. A mí me pareció simplemente una grosería como una casa.

—Sin duda lo fue. —Estuvo de acuerdo.

Estatilia se acercó a nosotros.

—Ha ido bien —dijo—. Yo no me preocuparía en recordar la interrupción de ese hombre. No fue nada. Él no es nadie. —Me acarició el hombro—. ¡La pala de oro brilló con el sol! Me deslumbró.

Los juegos continuaron, de mejor humor después del anuncio del canal. Cuando se acercaba el último día, anuncié que habría una ceremonia especial en el estadio antes del habitual banquete para los vencedores.

Aquella noche estuve encerrado hasta muy tarde dudando sobre las palabras exactas que diría en mi discurso. Parecía imposible transmitir con precisión el calado, la importancia y la trascendencia de lo que estaba haciendo. Lo había consultado en secreto con expertos jurídicos y constitucionales, pero no se lo había contado a nadie más. Estaba plenamente convencido de que todo estaba en orden para lo que iba a disponer, y de que se mantendría vigente, pero era incapaz de predecir qué reacción provocaría.

De nuevo, por segunda vez en muchos días, me puse mi toga imperial más solemne. Me ceñí una corona de oro en la cabeza porque, aunque había ganado coronas de pino, iba a hablar a la gente como emperador, no como compañero de competición, y provisto de una copia del discurso entré en el estadio, donde acababan de correrse las últimas carreras. La multitud llenaba los bancos y la pista; miles y miles de personas.

Era tarde, y el sol proyectaba unas sombras inclinadas en el campo. Se levantó una brisa marina, cuyo frescor era un alivio después del calor del mediodía.

Había llegado el momento. Miré a la gente y desenrollé mi discurso. Pero no necesitaba leerlo. Tenía el breve discurso grabado a fuego en la memoria.

—¡Hombres de Grecia! Os hago un regalo inesperado, aunque como soy famoso por mi magnanimidad, puede que nada que provenga de mí pueda

considerarse inesperado. Pero este regalo es tan grande que jamás podríais haber esperado pedirlo siquiera.

El silencio era mayúsculo mientras aguardaban para oír lo que era. Pero lo alargaría un poco más.

—Ojalá pudiera haberlo ofrecido cuando Grecia estaba en su apogeo para que más personas se hubieran beneficiado de ello. Pero no hago esta concesión por pena sino como gesto de buena voluntad. Agradezco a vuestros dioses, cuya atenta providencia he sentido siempre tanto en el mar como en tierra, que me hayan dado la oportunidad de hacer semejante concesión.

Retrocedí y alcé los brazos hacia el dios Sol.

—Otros emperadores han liberado ciudades —proseguí—. ¡Solo Nerón libera una provincia entera!

Si el silencio pudiera intensificarse, lo habría hecho en aquel momento. El tiempo parecía haberse detenido.

—A partir de ahora quedáis liberados de Roma y de los impuestos romanos. Es una libertad que jamás habéis tenido, porque siempre habéis estado sometidos a un yugo extranjero o unos a otros durante la mayoría de vuestra historia.

Bajé y fui avanzando entre la multitud, que me abría paso con el mismo silencio que una puerta en un sueño. No sabía el rato que permanecerían mudos, pero era importante irme de allí antes de que estallara una algarabía de voces y de preguntas. Que hablaran y reaccionaran entre sí. Como un dios, podía hacer mi declaración y retirarme, dejando que los humanos la interpretaran. Sonreí. El banquete de la victoria sería diferente ahora. Pero yo no asistiría.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Tigelino en la privacidad de mis

dependencias, donde pasaba las horas en que los demás estaban en el banquete—. ¿Qué has hecho?

A su lado estaba Epafrodito, cuyo rostro era la viva imagen de la preocupación.

—¡Esto es un desastre! ¿Qué va a decir Roma? ¿Cómo puedes hacer esto sin consultarlo al Senado? —soltó.

Había previsto todas las objeciones y se las había planteado a mis asesores jurídicos.

—No necesitaba hacerlo. El Senado es solamente un órgano consultivo, no legislativo. Solo yo tengo el poder de promulgar leyes. Yo soy Roma.

—¡Pero la pérdida de ingresos! ¡Madre mía! Es algo inconcebible, es... — Las palabras *una traición* le temblaron en la punta de la lengua, pero las sustituyó por otras dos—: una irresponsabilidad.

—Grecia ha sido una provincia senatorial —dije—. La remplazaré por la provincia imperial de Cerdeña. Al Senado le complacerá esta sustitución. Lo cierto es que Grecia es un país pobre y que no aportaba demasiado al tesoro imperial.

—¡Pero establece un ejemplo horrible! ¿De qué crees que iba la revuelta en Judea? Ellos también quieren liberarse de Roma. ¿Y has olvidado la revuelta de Boadicea? Britania también quería su libertad. ¡Es una locura! ¡Retíralo! —pidió Tigelino.

—No puedo. Entonces sí que parecería realmente loco, alguien inestable que no sabe lo que se hace. Y no quiero retirarlo. Ha sido un regalo. Si esos otros países quieren un regalo parecido, ¡que se lo ganen! Que sean genios creativos. No veo poesía en Britania ni grandes obras de arte en Judea.

—Tienen otros puntos fuertes —indicó Faón, que acababa de llegar—. Territorio, bienes con los que podemos comerciar, guerreros.

—Pero los griegos son únicos —solté—. Sus dones son de otra índole.

Estatilia, que había estado sentada en silencio en el rincón, se levantó de repente.

—Has llevado tu admiración por el arte griego a proporciones absurdas. Sí, pintan jarrones preciosos, o, mejor dicho, lo hacían. Sí, esculpieron hermosas estatuas de mármol. ¿Pero te has dado cuenta? Eso fue hace mucho. Ahora solo son como todos los demás, y viven de glorias pasadas. ¡Todo el mundo lo sabe excepto tú! Te has vuelto ciego a la realidad del presente.

Me volví para mirarla.

—Solo una esposa puede hablarle así a su marido. —Reí y me dirigí a los hombres—: Imagino que vuestras esposas también os habrán reprendido alguna que otra vez.

—Si quieres decir que no habría que hacerme caso, ¡entonces dilo! Pero piensa en lo que he dicho. Tú mismo te delataste al afirmar que Grecia ya no estaba en su apogeo. No lo está, y no lo ha estado desde hace mucho tiempo. ¡Estás enamorado de un fantasma! —Entonces se retiró y me dejó con los consejeros.

—¿Qué significa esto legalmente? —quiso saber Epafrodito—. ¿Y cuándo entra en vigor?

—Significa que Grecia está exenta de tributar a Roma y que puede gobernarse a sí misma, dentro de unos límites. No renunciamos a nuestro derecho de incluirla en el imperio, y Corinto seguirá siendo una ciudad romana.

—Es un pequeño consuelo —afirmó Faón—. Que no seamos expulsados por lo menos.

El invierno estaba próximo. Nos quedaríamos en Grecia hasta que el mar pudiera navegarse sin peligro en primavera. Me permití imaginarme

permaneciendo allí para siempre, enviando a todos los demás de vuelta. Pero sabía que era pura fantasía.

A medida que el viento iba cobrando fuerza, me dirigía a menudo al lugar donde se estaba excavando el canal. Al observar las olas enfurecidas, pensaba en lo útil que sería el canal, que ahorraría a los marineros tener que enfrentarse a un mar hostil. Los obreros habían tallado una imagen de Hércules en la roca, como para decir: «Este es el decimotercer trabajo de Hércules.» Desde luego, su dificultad era equiparable a la de los otros doce.

Me pilló totalmente desprevenido que Helios, el liberto al que había nombrado mi sustituto en Roma, se presentara en mis dependencias, pálido como una aparición.

—¿Eres real? —exclamé, poniéndome de pie de un salto.

—Sí, César —contestó—. Muy real, y estoy molido del viaje.

—No me extraña. No es la mejor estación para viajar sin problemas.

—No podía darme el lujo de esperar —dijo—. Tienes que regresar a Roma conmigo. Ya.

—Cálmate —pedí—. Siéntate. —Ordené que alguien le trajera comida y bebida—. Recobra el aliento —dije, y me senté intentando aparentar serenidad. Pero el corazón me latía desbocado. ¿Qué estaba pasando?

Le dejé respirar unos minutos. Y después le dije lo más suavemente que pude:

—A ver, ¿de qué se trata?

—Hay un complot. Otra conspiración. Yo no puedo controlar la situación. Tienes que volver y sofocarla, o no habrá lugar al que volver.

Llevaba algún tiempo importunándome con cartas en las que me pedía que regresara pero que no entraban en detalles.

—¿Quién está implicado?

—Un grupo de senadores. Desafectos. Y la noticia de la liberación de

Grecia los ha encolerizado.

—Se tarda mucho en llegar aquí —dije—. Tu información está ya desfasada.

—Partí hace siete días.

Era prácticamente imposible.

—No puedo creérmelo, a no ser que volaras con las sandalias de Hermes.

—Créetelo. He arriesgado mi vida para venir a buscarte, César. He surcado un mar embravecido, he estado a punto de naufragar, pero aquí estoy. Si hubiera podido volar, lo habría hecho.

Estaba conmovido. También estaba alarmado.

—Será igual de difícil regresar. Tal vez han promovido ahora la conspiración porque suponen que no podré enterarme, y que, aunque lo haga, no podré volver a tiempo para hacer nada.

—Sin duda, es lo que piensan.

Tomé una decisión al instante.

—Pues se van a llevar una sorpresa. —Yo nunca rehuía un desafío.

## LXVIII

Salimos a la mañana siguiente con un mar agitado que golpeaba el muelle y convertía el barco en un caballo corcoveante. Parte de la espuma salía volando hacia tierra, y la que quedaba era tan densa como la nieve. Había hablado sobre la protección que los dioses de Grecia me habían proporcionado en tierra y en el mar. Esperaba que siguieran haciéndolo porque estaba flirteando con la muerte a bordo de aquel barco.

Abandonamos el estrecho interior, algo resguardado, y en cuanto llegamos al mar Adriático hubo un momento en que las olas, que se elevaban como monstruos, casi nos precipitaron contra la costa rocosa. La teníamos cada vez más cerca, con los afilados dientes negros esperando mordernos, pero una ráfaga de viento nos alejó de ella en el último instante. Me aferré a la barandilla, medio muerto de alivio. Todo el viaje estuvo plagado de temporales, y cuando finalmente desembarcamos en Bríndisi, estaba demasiado agotado para tener en la cabeza otra cosa que no fuera la sensación de haber escapado a un destino funesto. Ahora tenía que seguir adelante y enfrentarme con otro destino funesto en potencia.

El viaje de vuelta por tierra por la vía Apia desandaba el alegre trayecto que habíamos hecho cuando no teníamos preocupaciones y los juegos nos esperaban. Entonces era verano, y también era verano en nuestra mente; ahora todo era desagradable, glacial, sombrío e inhóspito. Y todo el rato me preguntaba con qué me encontraría cuando llegáramos a Roma. El carro traqueteaba y se deslizaba sobre las piedras resbaladizas mientras nosotros tiritábamos en su interior.



¿Qué esperaba cuando nos aproximábamos a las inmediaciones de la ciudad? Hacía tres años y medio había coronado una colina para contemplar el incendio. Medio esperaba que el peligro actual se manifestara de modo visible, que pintara el cielo de negro. Pero cuando llegamos dieciséis días después de salir de Corinto, Roma dormía benignamente con aspecto inofensivo bajo un invernal cielo plomizo.

Entré en el palacio, que también había estado aletargado, a la espera del regreso de su dueño. Era extraño volver a estar aquí, como si el Nerón que había vivido en este sitio fuera una persona totalmente distinta. Me era familiar pero no lo era; los muebles eran los mismos, pero de algún modo el marco en el que estaban me parecía diferente. Los sirvientes me recibieron efusivamente, y yo recorrí, aturdido, las estancias tocando esto y aquello para convencerme a mí mismo de que todo seguía allí, para aferrarme a ello, pero mentalmente todavía estaba en Grecia.

A la mañana siguiente, tras haber dormido para recuperarme del agotamiento del viaje, me desperté verdaderamente de vuelta en Roma.

Convoqué enseguida una reunión con todos mis administradores libertos. Además de Helios, había cinco más, pero él era el que tenía más autoridad. Fuera del palacio, el viento de diciembre aullaba y lanzaba aguanieve contra las ventanas. El día era tan lúgubre que hizo falta encender lámparas incluso por la mañana.

Me senté con rigidez en una silla, mirándolos. No impresionaban por su aspecto, pero eran muy listos. Aun así, la clase senatorial les tenía una gran animadversión y los consideraba unos arribistas.

—Empecemos con la conspiración descubierta que me ha hecho volver. Quiero los detalles —dije.

—Ya nos hemos encargado de ella —respondió Haloto, el siguiente en importancia después de Helios.

—¿En serio? —preguntó Helios, tras dar un respingo.

—Has estado fuera más de dos semanas. Era urgente que actuáramos de inmediato. Los sospechosos han sido ejecutados. —Cuando Helios no respondió, Haloto añadió—: César, nos diste poder para actuar en tu nombre. Y lo hemos hecho cuando hemos considerado necesario, mientras tú estabas fuera.

—¿Y cuántas ejecuciones ha habido exactamente? —quise saber.

—Algunas..., puede que veinte —respondió Haloto—. No podíamos tolerar el menor indicio de un complot. Había que conservar Roma a salvo para ti.

—Para ser sincero, César —dijo otro hombre llamado Policlito—, la mayoría de estos desafectos pertenecían a la vieja aristocracia, una facción que siempre ha sido hostil a ti. Sin embargo, nuestra... severidad... al tratar con sus miembros los ha indispuerto más en tu contra.

—Hemos tenido que confiar en informantes, lo que nos valió antipatías, claro. Pero si no hubiera sido por los informantes, ¿cómo íbamos a conocer a los traidores? Ni ellos ni sus simpatizantes iban a entregarse solos —añadió Haloto.

Gemí para mis adentros. ¿A qué situación había regresado? Aquello no presagiaba nada bueno.

—¿Qué más? —Tenía que haber más, y tenía que oírlo.

—La llegada de los barcos de grano ha sido irregular y la gente anda escasa de pan. La guerra en curso en Judea ha afectado al transporte marítimo. —Aunque Vespasiano estaba haciendo avances constantes, la guerra distaba mucho de haber terminado, y la región estaba sumida en el caos.

Así que ahora la plebe también tenía motivos para estar enfadada conmigo.

—Ordenaré que otros barcos ocupen el lugar de los que se encargan de suministrar a Judea —dije. Por lo menos eso aliviaría el acuciante problema del grano aquí, en Roma.

—Y han estado apareciendo carteles y pintadas anónimos en estatuas y paredes —contó un hombre bajo de ojos penetrantes llamado Coeno.

—¿Qué dicen? —pregunté.

Fue reacio a responder, fingiendo que no se acordaba de las palabras exactas, y explicando solo que eran críticos conmigo.

—Traedme un informe citándolos, por favor —dije—. Pero quitadlos una vez los hayáis leído, y borrar los escritos de las paredes. ¿Qué más?

—Esto es todo, César.

—Es bastante para tenernos ocupados enmendando entuertos —solté—. Pero tengo previsto compartir mi viaje a Grecia con todo el pueblo, y eso seguro que lo complacerá. Empezaremos de nuevo. Casi estamos en Año Nuevo, cuando un calendario nuevo y vacío espera a que escribamos lo que queramos en él.

Es tradicional que los legionarios me juren fidelidad el día de Año Nuevo, y que yo aparezca ante ellos con una túnica blanca tejida con hilo de oro para aceptar su juramento. De modo que aquella mañana gélida estaba en la Rostra, deslumbrado por el sol invernal que tocaba la escarcha que cubría los monumentos y los hacía centellear como si fueran estrellas. Ante mí se extendían hileras de soldados que llenaban por completo el Foro.

Estaba flanqueado por estandartes con el águila a cada lado, y por incensarios que emitían nubes de incienso para señalar que se trataba de un

rito vinculante y sagrado. Miles de voces recitaron al unísono el juramento, el *sacramentum*.

—En nombre de Júpiter Óptimo Máximo, juro lealtad al *imperator* Nerón Claudio César Augusto Germánico como comandante supremo. Obedeceré al emperador con gusto e incondicionalmente. No abandonaré a mi comandante para huir ni por miedo, ni me retiraré de la línea salvo para recuperarme o para obtener un arma, atacar a un enemigo o rescatar a un amigo. Siempre estaré dispuesto a sacrificar mi vida por el Imperio romano.

—Acepto el juramento de lealtad y juro capitanearos de buena fe y con valentía —dije a mi vez.

Grecia, con su gloria marchita, era espléndida, pero esa mañana Roma, con su grandiosidad musculosa, me sobrecogía incluso a mí.

Coeno me entregó su recopilación de pintadas y carteles insultantes, así como los nombres de las personas responsables de ellos, con la intención de que fueran anónimos. Pero los informantes podían averiguarlo todo. Di la lista al Senado pero le pedí que no aplicara ningún castigo a los culpables. Ya me había ganado animosidad suficiente, así que quería evitar despertar más. Además, dar a conocer a los vilipendiadores podía inspirar a otros.

Era evidente que pasaban muchas cosas por debajo de la superficie en Roma; estos signos visibles de descontento tan solo eran una advertencia. Nunca hay solamente un ratón en una casa, aunque puede que solo veas uno.

Mi larga ausencia había dado a los ratones la oportunidad de florecer. Los senadores habían tenido motivos para preocuparse. Pero yo había hecho caso omiso de sus recelos, ansioso como estaba por partir hacia Grecia.

De modo que las cosas estaban controladas, con Roma calmada, o aparentemente calmada, y yo podía iniciar la etapa final del viaje griego, la habitual *eiselas*, el regreso triunfal a casa de los competidores vencedores. En Grecia, sus ciudades natales abrirían una brecha en las murallas de la

ciudad y harían desfilas a los ganadores por las calles, lanzándoles una lluvia de flores y de elogios, porque el honor no solo les pertenecía a ellos, sino también a sus ciudades. En mi caso, había aceptado cada victoria en nombre del pueblo y del Imperio romano, y se merecían compartir mis premios conmigo. Esperaba también que al regresar este nuevo año, el octingentésimo vigesimocuarto año de Roma, podría renovar mi maltrecho vínculo con mis súbditos.

Como Anzio era mi verdadera ciudad natal, celebré un *eiselasis* allí, y sus ciudadanos me recibieron como locos; había vuelto a casa con ellos. Anzio siempre fue un refugio para mí, un retiro que, con sus vistas marinas, prometía horizontes excepcionalmente grandes, y que era muypreciado para mí.

A continuación fui al lugar donde había «nacido» como artista la primera vez que había actuado ante el público en un escenario, Nápoles, y celebré un *eiselasis* mayor, con toda la ciudad llena de personas eufóricas. Los ciudadanos de Nápoles, siempre emotivos y extremistas, me lanzaron tantas flores que las calles quedaron cubiertas de ellas hasta la altura de la rodilla, lo que hizo peligroso andar por ellas una vez aplastadas. Daba igual; lo limpiarían encantados como prueba de su derroche.

Pero era en Roma donde se celebraría el mayor *eiselasis*, una adaptación de la ceremonia del triunfo, reconvertida en un desfile de premios artísticos en lugar de militares.

Fue preciso planificarlo con cuidado; no podía pasarse por alto ningún aspecto. Se anunció la fecha de la entrada triunfal, junto con su nombre en griego, pero no revelé ningún detalle más. Describir de antemano un acto es reducir el impacto que tendrá en su momento.

El dios Sol fue bueno conmigo, su hijo elegido, el día de febrero que había seleccionado para el acto. Brilló cálidamente; a pesar de que las hojas todavía

no estaban abiertas, parecía primavera, y no finales de invierno. A modo del *eiselerisis* tradicional, se abrió una pequeña brecha ceremonial en la muralla de la ciudad. Por ella desfilaron hombres que llevaban las coronas, las palmas y las cintas que yo había ganado, con carteles que indicaban dónde y cuándo. Después, tras ellos, entré yo en la ciudad, conduciendo la cuadriga triunfal de oro de Augusto, que había rescatado del incendio, luciendo la corona olímpica de olivo silvestre, y sujetando la délfica de laurel. Me recibieron con tantos vítores y aclamaciones que me zumbaron los oídos, y me llovieron flores, cintas y dulces. A mi lado, en la cuadriga, no iba el esclavo murmurando «Recuerda que eres mortal», como en una ceremonia del triunfo tradicional, sino un tañedor de lira con su instrumento. Tiraban de ella cuatro caballos, y yo llevaba la toga púrpura con estrellas doradas del triunfador. A lo largo de la ruta, las calles se rociaban con perfume de azafrán. Mientras avanzamos despacio por el Circo Máximo y nos dirigimos después al Foro, el sol daba en mi coloso a medio terminar en los terrenos de la Casa de Oro.

«Gracias, dios Sol. Te prometo que le daré tus rasgos.»

En el Foro había guirnaldas colgadas de los monumentos, antorchas encendidas e hileras de senadores y legionarios firmes en sus peldaños. Ellos, y la plebe que los rodeaban, gritaron a la vez.

—¡Ave, vencedor olímpico! ¡Ave, vencedor délfico! ¡Augusto! ¡Augusto! ¡Ave, Nerón, nuestro Hércules! ¡Ave, Nerón, nuestro Apolo! ¡El único *periodonikes* romano desde los albores del tiempo! ¡Augusto! ¡Augusto! ¡Oh, voz divina! Benditos quienes te oyen.

Era abrumador, pero más que eso: reivindicaba mi creencia de que Grecia había sido tan importante para ellos como para mí. El pasado tormentoso entre Roma y yo se había sanado, suavizado, y ahora podíamos seguir adelante juntos. O eso quería yo creer.

La cuadriga de Augusto avanzó despacio por el Foro, y pasé por el lugar

donde había estado de niño viendo el triunfo de Claudio. Ahora había convertido en artístico su modelo militar, completando así mis intentos de dar un énfasis distinto a Roma.

Llegué al lugar donde habitualmente el triunfador detenía la cuadriga y subía a pie el monte Capitolino hasta el templo de Júpiter para dedicarle su corona. Pero yo fui hacia el otro lado; me bajé y subí por el Palatino hasta el templo de Apolo. Al hacerlo y volverme para ver el mar de gente que llenaba el Foro, me sentí exultante, más alto y más fuerte incluso que en el momento en que conseguí las victorias en Grecia. Nada eclipsaría este momento supremo para mí.

Llegué al restaurado templo de Apolo, que lo honraba en su faceta de citarista. El fragmento del fresco que había encontrado entre las cenizas después del incendio todavía colgaba en mi palacio y todavía me hablaba del arte y de su supervivencia.

Me arrodillé y le hablé:

—Gran Apolo, me has bendecido más de lo que me merezco. Soy tu sirviente. Permíteme conservar este recuerdo mortal de mi victoria en tus juegos sagrados, esta corona de laurel, y acepta esta de oro en su lugar. —Respetuosamente las levanté—. Si puedo conservar este laurel cerca de mí, cortado de tu árbol, sé que mantendrá viva en mí la llama de la inspiración, directamente con tu fuego divino.

Alcé los ojos hacia su cara, impassible y serena. Presentí que permitiría que lo hiciera.

Me levanté y me dirigí a pie hacia la cercana casa de Augusto situada con orgullo en la cima. Gran parte de ella se había salvado del incendio, y en la actualidad estaba restaurada por completo. Había hecho las paces con mi antepasado, y por fin creía que él se habría sentido orgulloso de mí después de todo.

Rodeé la casa para ir a ver el sagrado bosquecillo de laureles. Pero... ¿dónde estaba? ¿No había estado siempre detrás y a un lado de la casa de Augusto? Sí, había estado allí. Y ahora...

Y entonces los vi entre la hierba que llegaba hasta las rodillas: una hilera de tocones, largo tiempo muertos. Corrí hacia ellos. ¿Dónde estaba el mío, dónde estaba el mío? ¿Lo había cortado alguien? Había sobrevivido al incendio, y estaba verde y floreciente la última vez que lo había visitado. Corrí entre la hierba con el corazón acelerado. La toga púrpura se me enredaba en la maleza, pero por fin lo encontré. No lo habían cortado; se había marchitado. Todavía tenía ramas en la parte inferior, pero se habían ennegrecido y no tenían ninguna yema, a pesar de que era casi la época en que tendrían que abrirse.

Estaba agonizando, prácticamente muerto. Los que tenía detrás —el de Claudio, el de Calígula, el de Tiberio y el de Augusto—, estaban en un momento más avanzado del proceso, y apenas tenían aspecto de tronco de árbol, pero al mío le faltaba poco para estar como ellos. No era obra de unas manos humanas, sino una señal de los dioses.

¡Los dioses! El presagio era mortal. Los árboles representaban la vida de las *gens* Claudia y Julia. Iba a reunirme con mis antepasados fallecidos, o iba a hacerlo pronto. Solté un grito ahogado y parpadeé, con la esperanza de hacer desaparecer la imagen de las hojas oscuras y marchitas, pero se negaron a esfumarse.

De repente tuve mucho miedo, allí en el bosquecillo, solo, con el viento susurrando entre la hierba a mi alrededor.



## LXIX

Terminada la *eiselasis*, solo quedaba otra tarea intensamente personal que anhelaba llevar a cabo. La construcción del santuario de Popea cerca de Nápoles había finalizado y había que dedicarlo: sería el último homenaje terrenal que podría ofrecerle. Sí, la había declarado diosa; sí, había prometido el santuario. Ahora lo coronaría con los ritos correspondientes.

Llevé conmigo a Esporo; él querría formar parte de las ceremonias. Si la gente se quedaba boquiabierta, que así fuera. La cuestión importante era ¿qué pensaría Popea de que él estuviera allí? Creía que la emocionaría, porque apreciaba mucho a Esporo.

Dejé Roma atrás, todavía entusiasmado por su recibimiento pero intranquilo por el resentimiento subyacente que habían generado los excesos de los libertos en mi ausencia. Y los laureles sagrados... Había dado órdenes de que cuidaran, abonaran y regaran el mío con la esperanza de evitar su desaparición. Naturalmente, me aseguré a mí mismo que no significaba realmente la muerte. Podría haber otra interpretación. Lo había plantado con mi madre; tal vez que se marchitara reflejaba el final de su influencia en mí, una señal de que al final me había liberado de ella y que nadie mandaba en mí.

Al llegar a Nápoles contemplamos su bahía centelleando ante nosotros, con su singular azul, el más sublime de todos los colores, pero imposible de captar en las pinturas o en los azulejos. Como siempre, la belleza de aquel lugar me cubrió como una nube, pero esta vez con la parte inferior oscura.

Popea y yo habíamos sido divinamente felices aquí; ahora ella era divina y yo estaba solo en nuestro lugar favorito.

El templo a la divina Augusta Popea Sabina era maravillosamente sencillo; tenía unas sólidas paredes laterales y dos columnas delanteras, inspirado en los templos iniciales de Grecia. Una gran estatua de Popea llenaba la mayoría del interior. Alrededor de la base se leía la dedicatoria, también sencilla: mencionaba sus títulos y añadía que había sido bendecida por la diosa Venus y que era madre de la divina Claudia Augusta y esposa de Nerón Claudio César Augusto Germánico. Omitía lo más significativo de todo: amada y llorada por su marido.

Había nombrado a diez sacerdotes para que oficiaran a perpetuidad rituales en el santuario, y estaban detrás de mí, entonando plegarias y poniendo el sello de oficialidad a la ceremonia. Pero los dejé detrás de mí e hice un gesto solo a Esporo para que me siguiera hacia el interior del templo para ver la estatua en privado. Subimos a la alta base y entramos en el silencio de la eternidad.

Popea se elevaba ante nosotros, transfigurada en la propia Venus. Pero siempre había sido Venus para mí, una encarnación humana de la diosa. Ahora estaba inmortalizada en mármol frío. Pero no había otra forma en la que pudiera seguir existiendo.

—Se le parece mucho —dijo Esporo.

—Se le parece, sí —respondí—. Como tú. Esto levanta menos controversia. Pero tu parecido es más bien una ofrenda.

—El mío perecerá conmigo. Este perdurará —dijo, sonrojándose.

«Madre de la divina Claudia Augusta.» Mi único descendiente, mi única hija, nuestra hija. ¿Era esto lo que significaba que el laurel sagrado estuviera marchito? ¿El final de la dinastía si no tenía hijos que me sucedieran?

Hice una reverencia a la estatua y me despedí de ella.

Una vez estuvimos fuera, después de dar fin a la ceremonia, pude por fin dejar que mis pensamientos siguieran los derroteros que había atisbado en el interior del templo. Era una falta de respeto a Popea pensar en ellos cerca de su estatua, pero la falta de hijos vivos era ahora un problema. Ya no era tan joven, acababa de cumplir los treinta cuando anuncié la liberación de Grecia. Había malestar en Roma, aunque hasta entonces ningún pretendiente al trono que fuera un auténtico rival. Había tomado a Estatilia como esposa en parte por la idea persistente de que necesitaba un heredero. Pero no había tenido éxito hasta ahora. Pronto haría dos años que estaba casado. ¿Sería el problema de ella o mío? ¿O había decidido algún dios vengativo que yo no tuviera hijos?

Decidí quedarme un tiempo en Nápoles. Quería recobrar finalmente el aliento después de los continuos eventos de los últimos años. El incendio. La conspiración. La muerte de Popea. La llegada de Tirídates. El viaje a Grecia. Uno detrás de otro, prácticamente agolpados. La verdad era que estaba cansado. Necesitaba reposar. Y Nápoles era el lugar ideal para ello. Salvo por sus fantasmas.

El azar quiso que fuera la época en que se celebraban las fiestas en honor de Minerva, del diecinueve al veintitrés de marzo. Había pensado que nunca volvería a estar allí estos días, porque era cuando mi madre había fallecido. Por orden mía. Todavía había pintadas y carteles al respecto, y estaba, naturalmente, la declaración del oráculo de Delfos. Jamás desaparecería de la conciencia pública, como jamás había desaparecido de la mía. En estas fechas, hacía nueve años, la bahía tenía el mismo aspecto que hoy, y, al mirarla, lo que pasó parecía tan cercano como si hubiera sido hoy.

Sintiéndome taciturno e insatisfecho, fui al gimnasio, donde se celebraba

una serie de combates de lucha. Me interesaba muchísimo la lucha, y en Grecia había observado de cerca a los mejores del mundo. Verla ahora sería una distracción y un grato alivio de los pensamientos que ocupaban mi mente.

Estaba tan concentrado en el combate que al principio no oí el susurro en mi oído. Los gritos y los vítores a mi alrededor lo sofocaron. Pero se repitió, con más insistencia. Me volví y vi al mensajero oficial de Roma.

Traía despachos tanto de Tigelino como del Senado.

«¿Y ahora qué?», pensé, poniéndome de pie y dejando la prueba. ¿Es que no podían dejarme disfrutar en paz del combate?

Su semblante no delataba el contenido del mensaje. Dejaría que los documentos hablaran por él. El primero, de Tigelino, era escueto:

«César, hay disturbios en la Galia. Tendrías que regresar a Roma lo antes posible.»

El del Senado era más detallado, y más alarmante:

«El gobernador de la Galia, Cayo Julio Vindex, ha iniciado un alzamiento en tu contra. Está haciendo un llamamiento a los generales de Germania, Hispania y Lusitania para que se unan a él. Su lema es “liberación del tirano”.»

—¿Hay algún mensaje de respuesta, César? —preguntó el correo.

—Ahora no —contesté—. Más tarde.

Estaba tan aturdido que no podía responder entonces, así que me alejé rápidamente.

¡Un alzamiento! En la Galia, aquella región supuestamente pacificada. Allí no había habido una rebelión en años. Disfrutaban de todos los privilegios de la civilización romana. ¿Por qué afirmaba aquel advenedizo que estaba bajo el yugo de un tirano?

No tenía miedo, todavía no. Era imposible que perdiéramos aquella

provincia, el corazón de Europa, rodeada de legiones en Germania. Pero me ponía igualmente nervioso. Cualquier rebelión es una amenaza para la estabilidad del imperio, y ya estábamos ocupados con Judea. La campaña de Vespasiano tenía sus éxitos, pero distaba mucho de haber concluido.

Me marché y bajé andando hasta los muelles, donde las olas eran tan altas que los salpicaban de agua. La espuma fría me nublaba la cara. La bahía estaba llena de barcos decorados y de juerguistas. Oh, sí, recordaba eso. Así de alegres estaban hace nueve años durante la fatídica semana de las fiestas en honor de Minerva.

Víndex. ¿Quién era Víndex? Sabía que era el hijo de uno de los jefes que Claudio había admitido en el Senado. La familia había parecido estar plenamente romanizada. Pero quizá puedes hacer que un bárbaro deje atrás sus tierras salvajes pero no que deje atrás el salvaje que hay en él.

Había algo más en ese nombre que me resultaba familiar. ¿Era, podía ser, que hubiéramos coincidido en mi gira por Grecia? Había muchos romanos allí, y él era un ciudadano romano. ¿Lo había conocido, había hablado con él? Evoqué una imagen de un hombre corpulento y peludo al que había visto en el fondo del público. Pero era tan solo la caricatura de un bárbaro. Seguramente sería más sofisticado. Después de todo, su padre había sido senador..., y sí, ¡hubo un momento en que él mismo había formado parte del Senado! Ahora me acordaba. Pues claro que había algo en él que me resultaba familiar. ¡Menuda sabandija!

En cualquier caso, no tenía importancia. Víndex no era Boadicea, no era un zelote judío. Esas provincias tenían verdaderos motivos de queja de Roma, sometidas como estaban a nuestro yugo, ¿pero qué queja tenía Víndex?

Pronto lo averigüé. No tenía queja del gobierno de Roma, sino de mí como

gobernante.

Dos días después llegó otro despacho desde Roma. Una nota adjunta me informaba de que se habían hecho públicos estos despachos.

«Es imposible evitar que la gente sepa de ellos, por lo que nos ha parecido mejor hacerlos públicos que dejar que la imaginación popular los exagere», escribía Epafrodito.

Sería difícil que la imaginación los exagerara, puesto que eran un ataque en toda regla contra mí persona.

«Uníos a mí para atacar a Nerón, porque él ha destruido la flor y nata del Senado, y no mantiene siquiera la apariencia de soberanía», había gritado Vindex a sus seguidores.

¿Qué quería decir con eso? La supuesta flor y nata del Senado (¿lo incluía a él?) había querido destruirme a mí, no al revés.

«Lo he visto, amigos y aliados míos, creedme; he visto a ese hombre (si es que es un hombre) en la zona circular del teatro, es decir, en la orquesta, a veces tocando la cítara vestido con una túnica holgada y borceguíes, y otras llevando calzado de suela gruesa y una máscara. A menudo le he oído cantar, hacer de heraldo y actuar en tragedias. ¿Consideraría alguien a semejante persona César, emperador y Augusto? ¡Imposible! No dejéis que nadie abuse de estos títulos sagrados. Alzaos, pues, ahora contra él; socorred a vosotros mismos y socorred a los romanos; ¡liberad al mundo entero!», había dicho el rebelde al dirigirse a un grupo de compatriotas.

Así que yo tenía razón. Había estado en mi gira por Grecia. Tenía que haber estado acechando entre el público, pensando estas ideas hostiles.

Su lenguaje y sus insultos eran sorprendentemente como los de Boadicea, que me llamaba mujer e indigno de ser César. ¿Acaso tenían los bárbaros un libro de referencia común del que sacaban las frases para difamar?

¿De quién estaba rodeado? La Galia, considerada segura, carecía de

legiones. Siete legiones protegían la frontera en Germania, cuatro a las órdenes de Fonteyo Capitón en Germania inferior, y tres, la cuarta, la vigesimoprimera y la vigesimosegunda, a las órdenes de Verginio Rufo en Germania superior. Estaba la que comandaba Galba en Hispania Citerior. Otón, en Lusitania, disponía solo de unos pocos hombres. Pero era Verginio, en Germania superior, quien tenía el ejército más poderoso en el oeste y estaba cerca de Vindex. Le correspondería pues a él aplastarlo. Nada de lo que preocuparse.

Los días siguientes, Vindex siguió vociferando, profiriendo insultos en sus discursos a sus seguidores, de los que ahora me llegaban informes.

«¡El tal Domicio Enobarbo, un lamentable tañedor de lira, no tiene ningún derecho de ser vuestro gobernante!», dijo en una de sus diatribas, diligentemente remitida desde Roma.

No me avergonzaba el nombre con el que nací, pero él lo usaba para deslegitimarme y cuestionar mi adopción como miembro de la familia Claudia. Y en cuanto a la burla de que era un músico malo, era evidente que se la había robado también a Boadicea. Ella también me llamaba «señora Domicia». No había ninguna originalidad de pensamiento por su parte; ¡tenía que birlarle incluso los insultos!

Estaba furioso. Tenía que hacer algo. Me retiré a mis dependencias y dicté una carta solemne para el Senado, ordenándole que fijara una recompensa de diez millones de sestercios por la cabeza de Vindex. «¡Vengad los insultos a Roma y a vuestro emperador!», les indicaba. Una vez terminada, mandé llamar a un mensajero para que la entregara de inmediato a Roma, cabalgando por la noche para hacerlo.

Y me senté a esperar. No tuve que hacerlo demasiado tiempo.

Una semana después, el Senado me hizo llegar la respuesta de Vindex: «Si

alguien me trae la cabeza de Nerón, puede quedarse gustosamente la mía a cambio».

Había llegado el momento de volver a Roma. Ya había esperado demasiado, reacio a dejar mi ciudad favorita, Nápoles, y convencido de que podía abordar la crisis desde aquí. Ya no podía demorarlo más. Tenía que hacerme con el control.

Entré en la ciudad un día templado de primavera, suave como un gato ronroneante. Pero la noticia de la rebelión de Vindex, ya de dominio público, había cambiado el ambiente en Roma. Lo noté en el aire sin que nadie me lo dijera; las miradas curiosas y cautas que me dirigieron cuando recorría las calles lo decían todo. Corrí hacia el palacio y mandé llamar a Tigelino para que se reuniera conmigo de inmediato en mi despacho privado.

Tigelino entró dando zancadas, carraspeando y tosiendo. Sin embargo, tenía suficiente energía para echar pestes de Vindex.

—¡El muy bellaco! —soltó—. No puedes fiarte de esta gente, ni siquiera después de haber fingido estar asimilada. Solo están esperando atacar, como un lobo metido en una casa.

Solté una débil carcajada.

—Puede que por eso Augusto creyó que tenía lo peor del botín cuando le fue concedido el oeste, con sus bosques vacíos y sus tribus hostiles, mientras que Antonio recibía el este, suave y rico.

—A veces no sé por qué nos molestamos con la mayoría de las provincias —comentó—. Toma Britania, por ejemplo. Sigue sin producir nada que justifique el gasto de guarnecerla. —Le dio otro ataque de tos seca.

—Ya verás, un poco de miel griega te aliviará —dije, llamando a un esclavo.



—Espero que no sea esa espantosa miel de pino —replicó—. ¡Oh, aquella velada fue demasiado!

Nuestras sonrisas se desvanecieron.

—¿Crees que alguien responderá a los discursos de Vindex para reclutar partidarios? —pregunté.

—Ya lo han hecho —respondió Tigelino—. Muchas tribus, puede que unos cien mil hombres en total. Pero Boadicea contaba con doscientos cincuenta mil. Una horda de bárbaros no puede vencer a un ejército entrenado.

—Me refiero a los romanos. Si una legión se sumara a la traición, todo cambiaría.

—Otón, en Lusitania, no tiene motivo para apreciarte —dijo tras pensárselo bien—. Britania es ahora leal. ¿Capitón? No sé qué decirte. Verginio es el actor clave. Puede aplastar con facilidad a Vindex, pero si se une a él... —Tosió otra vez—. Ordénale que ataque a Vindex y veremos qué hace.

Hice lo que me aconsejaba y redacté al instante órdenes para Verginio y se las envié. El reciente juramento de lealtad a mí de los soldados, ¿se mantendría? Tigelino me dio mensajes de gobernadores de otras provincias: Aquitania, la Galia Lugdunense, la Hispania Ulterior y Bélgica. Todos ellos informaban de los intentos de Vindex de reclutarlos para su causa. Pero en estos informes leales había una ausencia destacada. La del general Galba, gobernador de Hispania Citerior, que guardaba silencio.

También adopté medidas para movilizar otras legiones relativamente cercanas que podían ser enviadas con rapidez a la Galia, desde Britania así como la legión recién formada que tenía que participar inicialmente en la campaña del Cáucaso pero que jamás fue enviada.

A continuación convoqué al Senado, a cuyos miembros hice reunir

precipitadamente, mandando llamar a todos los que estaban en Roma. La tarde estaba ya llegando a su fin antes de que me presentara ante ellos. Hacía veinte largos meses desde que me había dirigido con solemnidad a ellos el día antes de mi partida hacia Grecia. Para muchos de ellos, era un desconocido. Otros me habían visitado en Grecia; algunos, muy pocos, eran veteranos que llevaban mucho tiempo en el cargo. A ambos lados de mí estaban sentados los cónsules: Galerio Trácalo y Silio Itálico. Me alegró ver a Itálico. No solo había demostrado serme leal durante mi ausencia al informar a Helios de personas sospechosas, sino que también componía poesía, lo que me sorprendió y me complació. Me saludó con la cabeza y sonrió.

Me levanté y contemplé sus caras. Algunos tenían el ceño fruncido y me miraban fijamente. Llevaba puesta la toga de rigor, pero bueno, sí, se me olvidó, todavía llevaba el pelo largo. Era eso. Me lo pasé por detrás de las orejas y comencé.

—Senadores, sois plenamente conocedores de la rebelión del gobernador de la Galia Narbonense, Cayo Julio Vindex. Un hombre que se ha sentado entre vosotros, se ha llamado a sí mismo colega vuestro. Ahora ha traicionado su lealtad al imperio y está intentando subvertir a otros gobernadores y generales. Tened la seguridad de que he dado órdenes a Verginio Rufo y a sus legiones en Germania superior para acabar con este rebelde.

La noticia de la rebelión no era ninguna novedad para ellos, puesto que los despachos y los edictos de Vindex eran públicos. Lo que no sabían era que yo ya había tomado medidas para controlarla.

—¡Los criminales pronto recibirán su castigo y tendrán la muerte que merecen! —concluí.

Los senadores se levantaron y gritaron: «¡Augusto, tú lo harás!» Y, tras una pausa, repitieron: «¡Augusto, tú lo harás!»

Las palabras, y la forma de decirlas, me hicieron vacilar al darme cuenta de que también podían querer decir «Augusto, eso te pasará a ti».

Todos los semblantes que tenía delante reflejaban benevolencia. Me estaba imaginando cosas.

—También he empezado a reclutar una nueva legión entre la flota de Miseno, que recibirá el nombre de primera «auxiliar», y he enviado la Decimocuarta «gemela» de Britania, bajo las órdenes de Petronio Turpiliano, a la Galia. Las tres legiones retenidas para la campaña oriental y la nueva Primera legión «italiana» han sido reasignadas al mando de Rubrio Galo y enviadas al norte. Así que no temáis, la situación está controlada.

—¡Augusto, tú lo harás! —gritaron a coro. Tú, tú, tú..., no me gustaba la entonación que le daban a la palabra.

—Así pues, amigos míos, mantengámonos firmes en la defensa de Roma. Os informaré de cada nueva situación, y vosotros podéis hacer lo mismo conmigo. Buenas noches.

Hice un gesto a unos cuantos hombres con los que deseaba hablar en privado, y los retuve. Los invité a venir al palacio conmigo para que pudiéramos comentar más a fondo estas cuestiones.

En la estancia que usaba para tratar asuntos oficiales, les pedí que se sentaran y ordené refrigerios. Se acomodaron agradecidos en los taburetes y los lechos, y tomaron las bebidas de las bandejas de plata.

Había sido un día muy largo para ellos, y sus rostros lo reflejaban.

—Sé que estáis cansados —aseguré—, así que no os retendré demasiado tiempo. Pero hacía mucho que no nos veíamos, han pasado muchas cosas y ahora tenemos una crisis en una de las provincias. Sé que la superaremos; en este momento es insignificante comparada con la de Britania hace siete años y la que está sofocando actualmente el general Vespasiano en Judea. Pero tener súbditos infelices contribuye a que el emperador sea infeliz.

Esperaba que esto les hiciera reír, pero se limitaron a sonreír lánguidamente. Era obvio que estaban cansados. No les diría muchas cosas más.

—Pero esto es diferente, en el sentido de que Britania y Judea querían liberarse de Roma. Vindex quiere liberarse de mí. Quiere otro emperador en mi lugar.

—Quizá liberar a Grecia de sus obligaciones fiscales con Roma haya generado resentimientos en las demás provincias —comentó un voluminoso senador—. Es peligroso para el *Pater patriae* favorecer a una provincia más que a otra, César. Puede dar lugar a movimientos como el de Vindex.

Asentí. Era un buen argumento. Había sido demasiado optimista al respecto.

—Tal vez tendrías que visitar otras provincias además de Grecia —sugirió Silio Itálico—. Dejarte ver en persona. En la práctica, solo conocen tu aspecto por las monedas.

—Ah, pero ¿no ha habido quejas porque he pasado tanto tiempo fuera de Roma? Si hiciera visitas parecidas a todas las provincias, nunca estaría aquí —manifesté, aunque de repente me di cuenta de que había dado demasiado por sentada la lealtad de las provincias remotas.

Entonces intervino uno de los senadores de más edad, que había estado presente hacía trece años cuando hice mi primer discurso al Senado como emperador.

—Eres necesario aquí, por lo menos durante un buen período. Hay muchas cosas que reparar —dijo, y sabía que no se refería a los acueductos ni a las calzadas. Sería prudente hacer caso de su advertencia.

—Gracias, Cayo —dije. Miré a mi alrededor. No era necesario seguir comentando la situación con este grupo exhausto. Ya había oscurecido por completo y se estaba levantando un viento algo frío.

—Para deleitaros, ya que estáis aquí, os mostraré una novedad: un órgano hidráulico. Sus tonos varían en función de la presión del agua... —Les hice una demostración durante unos minutos antes de darles las buenas noches.

Al día siguiente corría por toda Roma que el emperador, después de llamar a un grupo de consejeros de confianza al palacio, se había negado a hablar de la crisis en la Galia y, en lugar de eso, les había amenizado tocando un órgano hidráulico.

—¡Es mentira! —grité.

—Bueno, ¿tocaste el órgano hidráulico? Sé que últimamente has estado jugando con él —dijo Estatilia.

—Sí, pero solo después de haber hablado con ellos sobre Vindex y la situación del imperio. Estaban cansados; pensé en ofrecerles un poco de diversión antes de enviarlos a casa.

—Es evidente que este rumor lo ha propagado uno de los hombres que estuvo aquí —aseguró—. Nadie más podía saberlo.

—Sí, pero ¿quién? ¿Y por qué? Como tú eres experta en leerle los pensamientos a la gente, tal vez tendría que volver a convocarlos para que puedas ponerlos a prueba.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Solo en parte —admití.

—Actualmente cuesta saber cuándo hablas en serio. —Se acercó a mí y me masajé los hombros—. Noto lo tenso que estás. A veces temo que no piensas con claridad. Te pones tan nervioso y te aturullas tanto...

Me recosté en ella.

—¿No te pasaría a ti lo mismo? ¡Estoy cansado de todo esto! Desearía...

—Bueno, no me digas que desearías haberte quedado en Grecia. Eso es

infantil.

—Desearía... desearía... poder dejar la carga de ser emperador.

—¡Basta! —me siseó al oído—. Alguien podría oírte y estar encantadísimo de ayudarte a lograrlo.

—No de esta forma. Simplemente... renunciar al cargo e irme a otra parte. No a Grecia. A Egipto.

—¿Egipto?

—Tiene su mística —dije. Despertaba mi curiosidad.

—Tienes que permanecer aquí —soltó Estatilia de modo inexpresivo—. La existencia misma de rumores como el del órgano hidráulico, que se propone desacreditarte y hacer que parezcas estar loco, demuestra que el peligro no ha pasado, por más complots que hayan sido descubiertos y abortados.

«Complots, aquí y lejos. No estoy a salvo en ninguna parte. Igual que cuando era un niño, estoy totalmente rodeado de peligro», pensé.

—Quiero dejar esta carga —insistí—. Estoy cansado de llevarla.

—Augusto dijo lo mismo, pero no pudo hacerlo. Era lo bastante maduro para saber que no podía si no quería perjudicar a Roma.

—¡Hasta Atlas quería dejar su carga!

—Eso es un mito. Tienes que dejar de confundir los mitos con la realidad. Atlas nunca existió y jamás sostuvo la Tierra. ¿Lo comprendes?

—Sí —respondí a regañadientes—. Pero es una historia muy bonita.

## LXX

Los días de abril pasaron lentamente. Vi llegar la primavera a Roma con todo su esplendor, pero en realidad no lo vi. Todo sucedía al otro lado de mi ventana, mientras yo estaba dentro, leyendo despachos, andando arriba y abajo. Una brisa con olor a hierba tentaba a todos los que permanecíamos cautivos en el interior a la espera de noticias sobre hechos que ocurrían a cientos de millas de distancia.

Tigelino no mejoraba, así que le ordené que se fuera a su casa en el campo y se recuperara. Se quejó, pero le dije que lo necesitaba en plena forma física y que solo el descanso podía hacer que la recuperara.

—Ninfidio puede sustituirte, por lo menos un tiempo —aseguré.

—Vigílalo —dijo después de toser de nuevo—. No estoy del todo seguro de él.

—¿En qué sentido?

—Jamás olvides quién es su padre —contestó Tigelino—. Y si Calígula no es realmente su padre, razón de más para recelar de él, porque significa que miente.

Lo miré. Estaba pálido y había adelgazado considerablemente.

—Creía que te caía bien —dije.

—¿He dicho lo contrario? Pero caerte bien alguien no es lo mismo que confiar en él. Por el gran Zeus, César, tú más que nadie tendrías que saberlo.

Su enfermedad lo estaba volviendo irritable.

Poco después de su marcha, Estatilia anunció que quería visitar a unos

parientes en Campania. La dejé ir; no tenía sentido retenerla aquí prisionera a ella también.

Pero como consecuencia de ello pronto me quedé más solo de lo que había estado desde hacía tiempo. Alejandra y Égloga, a mi servicio desde mi infancia, se quedaron resueltamente en Roma, y eran ellas lo primero que veía por la mañana y lo último que veía por la noche porque me traían comida y bebida por la mañana y llenaban las lámparas de aceite al anochecer. Era un consuelo ver la cara de personas tan leales a mí. De personas que me habían conocido toda mi vida. Personas así no abundaban.

El palacio se quedaba en calma por la noche, y yo disfrutaba de soledad y privacidad. A menudo tocaba la flauta o la cítara para mí mismo, o a veces escuchaba los ruidos nocturnos en el exterior: el canto de las cigarras, el eco de las voces de los juerguistas que regresaban a casa tambaleándose por las calles de Roma.

Pensé en mandar llamar a Actea, pero dudé. Estatilia tenía razón: estaba demasiado tenso para ser una buena compañía. Actea y yo habíamos compartido momentos felices y gloriosos en Grecia, y no quería borrar de su mente ese recuerdo tan deprisa. Pero ¡cómo deseaba poder verla! Mi primer amor, encontrado pronto, perdido pronto, encontrado de nuevo para jamás volver a perderlo.

A solas, daba vueltas a la idea que le había soltado sin pensar a Estatilia. Entonces apenas estaba concebida, pero el mero hecho de decirla le había dado forma y vida. Deseaba poder dejar la carga. Me estaba presionando, estrujándome como una piedra presiona las aceitunas para extraer de ellas el aceite. El peso del imperio me oprimía.

Un astrólogo me había dicho una vez que acabaría en la pobreza. En aquel momento le había contestado que siempre podría vivir de mi música. Había



sido en parte una ilusión mía, en parte una pregunta. Si perdía el trono, ¿sería simplemente un músico que no tenía donde caerse muerto?

La idea de la pobreza no me preocupaba, o eso me decía a mí mismo. Ahora bien, cuando echaba un vistazo a la estancia con su suelo y su techo de mármol, y sus valiosos objetos de arte, me daba cuenta de que la riqueza me envolvía como una manta, o como un sudario. ¿Podría realmente vivir sin ella? ¿Y podría realmente contentarme con volver a ser Lucio Domicio Enobarbo después de nueve años siendo Nerón Claudio César Augusto Germánico? La primera vez que no pudiera afirmarme a mí mismo que nadie tenía autoridad para prohibirme algo, me sentiría todavía más impotente que ahora. No tendría más remedio que soportar los desaires y los insultos que sufre todos los días la plebe. Decir que no estaba acostumbrado a ello era quedarse infinitamente corto. Hacía tanto que no lo había vivido que sinceramente no podía recordar lo que era.

«Pero lo recordarás enseguida cuando pase», me dije a mí mismo.

Lo cierto era que a estas alturas se me daría fatal ser un ciudadano corriente; como una planta exótica, había estado demasiado tiempo en el invernadero como para ser trasplantada.

Las noches primaverales eran ideales para dormir. La suavidad del aire fresco era adormecedora. Apenas necesitaba una sábana ligera. Una noche me quedé dormido mientras yacía en la cama mirando por la ventana a través de las hojas de un árbol que, agitado por el viento, proyectaba sombras extrañas que se movían y bailaban.

Caía por el espacio hacia un abismo gris y pelado. Lo hacía libremente, girando una y otra vez, hasta aterrizar en un blando montículo gris. Vi ante mí el mausoleo de Augusto. Su forma redonda me tapaba toda la visión y

entonces, lentamente, las dos enormes puertas de la entrada empezaban a moverse y se abrían para dejar a la vista la penumbra de su interior.

—¡Entra, Nerón! —decía una voz que resonaba.

Yo me quedaba quieto, temblando.

—¡Entra, Nerón! —repetía la autoritaria voz.

Dentro había hileras de urnas que contenían los restos de Augusto y de su familia y sus descendientes, cuya vida había terminado. Retrocedía, pero una fuerte fuerza invisible intentaba envolverme y tirar de mí hacia el interior.

—¡No! ¡No! —gritaba, revolviéndome.

Me desperté, enredado en la sábana. Solo había sido un sueño. Pero tan real... podría haber jurado que estaba en el Campo de Marte frente al enorme edificio.

Al mirar más allá de los pies de mi cama, vi que las dos puertas de mis aposentos estaban abiertas de par en par. Estaban cerradas del todo cuando me acosté. Estaba seguro de ello. La fuerza que había intentado llevarme hacia el interior del mausoleo había invadido mi habitación.

Permanecí inmóvil hasta que la luz se coló en la estancia y la liberó de las garras de la noche. Las puertas abiertas eran testigos silenciosos de que no había sido solamente un sueño. Me levanté, tembloroso, y las cerré antes de que los sirvientes llegaran y se extrañaran. Andar con la luz del día me tranquilizó, y las tinieblas de la noche y sus terrores se desvanecieron, volviéndose invisibles.

El día en sí parecía apacible. El sol de abril era cálido y cautivador. De repente caí en la cuenta de qué día era: el diecinueve de abril, el aniversario del día en que habían planeado asesinarme hacía tres años. El mal había sido evitado, ¿pero habría permanecido unido a esta fecha? ¿Era por eso que el mausoleo seguía ansiando tenerme?

Apenas había tenido tiempo de pensar en ello cuando Ninfidio y

Epafrodito llegaron, trayendo sendos despachos. Estaban serios y sudaban a pesar de lo fresca que era la mañana.

Se arrodillaron y me entregaron los mensajes, como si no pudieran mirarme a los ojos. Los tomé y los desenrollé, primero uno y después el otro.

El general Galba había hecho un discurso en un tribunal de Cartago Nova anunciando que se había unido a Vindex en su rebelión y que, a partir de aquel momento, renunciaba a su juramento de lealtad a mí. Me había censurado y había denunciado que mi régimen era tiránico e indigno, y había mostrado estatuas y retratos de mis víctimas. Entonces había anunciado que confiscaba todas las propiedades imperiales en la provincia.

Hasta aquí llegaba el primer despacho. En el segundo la historia continuaba. Los presentes lo habían aclamado como *imperator*, y Galba había aceptado el título, afirmando que ahora él era el representante del Senado y del pueblo de Roma, pero, con falsa modestia, había asegurado que solo podía asumir el título después de que el Senado se lo concediera formalmente. Había emitido una proclama en la que hacía un llamamiento a toda la provincia a unirse a su causa. Otón, en Lusitania, había dado un paso al frente y se había unido a él, aportando oro y plata para acuñar monedas puesto que no disponía de ninguna legión con la que contribuir. Así que... había tardado seis años, pero Otón se había vengado de mí.

Dejé caer los rollos en la mesa y los dejé descansar ahí. Apenas podía hablar.

—Galba solo tiene una legión, la Sexta «victoriosa» —informó Ninfidio—. Una legión no hace una revolución.

—Y es viejo. Tiene setenta y dos años y, según dicen, no goza de buena salud —añadió Epafrodito.

Setenta y dos. «Cuidado con el septuagésimo tercer año.»

Todo se volvió negro. Vagamente noté que me desplomaba, oí un estrépito

al golpear una silla, y después, nada.

Al volver en mí, Égloga y Alejandra estaban inclinadas hacia mí, secándome la frente. No vi a Ninfidio ni a Epafrodito por ninguna parte. Por un instante, pensé que había retrocedido en el tiempo al ver la cara de mis nodrizas de la infancia. Pero sus rostros tenían arrugas, y yo ya no era un niño. Traté de incorporarme.

—Te has llevado una impresión muy fuerte —dijo Égloga—. No te muevas hasta que no te sientas con fuerzas. —Me secó la cara otra vez, con dulzura. Alguien me había puesto una almohada debajo de la cabeza, pero seguía despatarrado en el suelo, donde había caído, con una pierna doblada debajo de mí.

Tenían que haberle contado la espantosa noticia. O tal vez había leído los despachos, que estaban desenrollados sobre la mesa. Se estaba iniciando una guerra civil. Lo inconcebible, que se suponía que la fundación del imperio tenía que impedir para siempre. Esto era mucho peor que la declaración de rebelión de Vindex. Galba era un gobernador de confianza y un reputado general, un miembro destacado de la élite gobernante, y ahora había aceptado provisionalmente el título de emperador. ¡Emperador!

Seguía estando anonadado, pero al incorporarme me invadió el desaliento, y el pesar se apoderó de mí. Alargué la mano hacia el cuello de mi túnica y la rasgué, como hacen los dolientes, deleitándome con el sonido que hacía la tela al romperse y que se hacía eco de cómo me estaba desgarrando por dentro. Me golpeé la cabeza con las patas de la mesa, una y otra vez.

—¡Todo ha terminado! —grité—. El oráculo lo predijo. Este es el día de mi asesinato después de todo.

—Tienes que sobreponerte —dijo Alejandra—. Roma recurrirá a ti en busca de consejo.

—Nadie te ha desposeído del trono —señaló Égloga con calma—. Aquí,

en Roma, estás a salvo; Hispania está lejos. Tu comandante Verginio está avanzando hacia Vindex y seguramente lo combatirá antes de que Galba pueda alcanzarlo. Entonces Galba estará solo, desamparado, y será tildado de traidor.

Siempre había sido sensata, dura. Tranquilizadora. Con su ayuda, me puse de pie, tembloroso. Solo podía mostrar mi debilidad abiertamente ante Égloga y Alejandra. Era reconfortante poder hacerlo, y les di las gracias por ello.

Calma. Tenía que fingir una calma que no poseía, aunque solo fuera para inspirársela a los demás. Me tranquilicé y convoqué una reunión del Senado para el día siguiente. Una vez más flanqueado por los cónsules, me levanté para dirigirme a los senadores.

—En nuestra última reunión juramos llevar a Vindex ante la justicia — dije. La preocupación era muy patente en sus caras—. Y lo haremos — aseguré.

«No muestres ninguna debilidad ni vacilación. Lo que Égloga y Alejandra vieron, el emperador desesperado, jamás deben verlo otras personas», pensé.

—Pero ha surgido un nuevo peligro. El general Servio Sulpicio Galba, gobernador de Hispania Citerior, se ha declarado a favor de Vindex y ha puesto su única legión a disposición del rebelde. Ha confiscado todas las propiedades imperiales en la provincia, lo que supone robarnos. Pero lo que es más ruin todavía: ha aceptado el título de emperador, que la gente le ha conferido allí. Afirma ser el legado del Senado y del pueblo de Roma hasta que vosotros le concedáis el título imperial propiamente dicho. Pero tendríais que concederle otro título: ¡el de enemigo público! Hacedlo, declaradlo *hostis*.

Estaba gritando, rezumando ira por todos mis poros. El desaliento se había transformado en rabia.

Se pusieron de pie e hicieron lo que les pedía, dictando sentencia para declararlo enemigo público de Roma. Ya era oficialmente un traidor.

El imperio estaba en crisis. Había otra cosa que tenía que hacer. Me volví hacia los dos cónsules y dije:

—Tenéis que dimitir. Asumiré vuestro lugar y me convertiré en el único cónsul como es tradicional en las emergencias. Se dice que «solo un cónsul puede someter la Galia». Ese cónsul debería ser el emperador.

Hubo un grito ahogado generalizado. Las caras de los senadores reflejaban distintas reacciones: unos fruncían el ceño, otros parecían pasmados y unos cuantos más estaban contentos.

—Asumiré todo el mando y nos libraré de este peligro —les aseguré.

Lo dije de tal modo que hasta a mí mismo me pareció que estaba convencido de lograrlo.

En los días siguientes, mis estados de ánimo siguieron oscilando a lo loco, entre el desaliento más absoluto y una planificación intensa y detallada. No sabíamos nada de Verginio y su legión, ni de dónde estaban. Las cinco legiones al mando de Galo y de Turpiliano iban de camino al norte. No di órdenes de preparar defensas en Roma, puesto que no corría peligro de ser invadida. Pero hice rellenar la brecha en la muralla.

Salí a inspeccionar la ciudad para ver si había alguna otra vulnerabilidad flagrante que hubiera que subsanarse. Al hacer las rondas por las calles, sentí una oleada de satisfacción por la reconstrucción que había sido llevada a cabo en tan solo cuatro años. Si Augusto podía afirmar que se había encontrado una Roma que era una ciudad de ladrillo y la había dejado convertida en una

ciudad de mármol, Nerón podía afirmar que había encontrado una ciudad que era un montón de cenizas y la había dejado convertida en una ciudad racionalmente planificada. Mis calles anchas, mi obligatoria piedra ignífuga, mis espacios abiertos con su follaje suponían una extraordinaria mejora con respecto a la Roma congestionada y de calles angostas de Augusto.

Al regresar al palacio vi con satisfacción que la estatua, mi coloso, estaba finalmente terminada y se elevaba majestuosa sobre la ciudad. Relucía con el sol, deslumbrante al contemplarla desde cualquier lugar, la guinda final de la reconstrucción y la remodelación de Roma. Éramos la ciudad más importante del mundo, y debíamos tener el monumento más alto para afirmarlo.

Pero en cuanto estuve de vuelta en mis dependencias, me sumí en el pánico, la sensación lúgubre que se turnaba en mi mente con la lucidez. Me dominaba con sus susurros malvados, infectaba mis pensamientos y me agobiaba. Cuando crucé las puertas de la estancia, recordé cómo se habían abierto para llevarme al mausoleo. Me vinieron a la cabeza imágenes del laurel marchitándose. «Cuidado con el septuagésimo tercer año» me resonó en la cabeza. Como tuve también otros sueños, me daba pavor dormir por la noche. Estaba en el teatro de Pompeyo, donde había celebrado el día dorado con Tirídates. Esta vez las estatuas cobraban vida y me cercaban en el escenario, sin que tuviera escapatoria, y se dirigían hacia mí para aplastarme entre ellas.

Cuando desperté, pensé que estaba realmente cercado, prisionero en Roma, inmovilizado por la túnica de emperador. ¿No había escapatoria?

Egipto. Podía irme, dejar Roma, adoptar otra identidad. Quizá allí nunca me encontrarán. Puede que me buscaran en Grecia, pero jamás lo harían en Egipto. Menudo mundo me aguardaba allí: el encanto de la sabiduría ancestral y de unos monumentos que ya eran viejos antes de que Roma

naciera. Los fantasmas de Antonio, Cleopatra y Alejandro me darían la bienvenida.

Cleopatra. Busqué la moneda, la encontré y empecé a llevarla encima. «Te la cedo, junto con sus sueños, para que los custodies.» Lo había intentado, había hecho todo lo que había podido por transformar Roma, para dotar a su frialdad pétrea de sensibilidad oriental, pero había fracasado. Tenía que refugiarme en un lugar más compatible mientras todavía fuera lo bastante joven para iniciar una nueva vida. Llevaría a Actea conmigo. Ya no podría poner reparos a ser la esposa de un emperador. Sería la esposa de un simple músico.

Pero no. Enseguida una lasitud se adueñó de mí. Nada importaba; todo era lo mismo, pasara lo que pasara. Así debían de sentirse los dioses, que acariciaban la eternidad pero nada podía afectarlos. Y nada podía importarles de verdad.

Hice planes; unos planes extraños sobre lo que podría hacer con respecto a Vindex. Iría a la Galia y me dirigiría a sus hombres, apelaría a ellos de modo tan conmovedor que depondrían las armas. Era un buen orador, y la imagen del emperador sería tan fascinante que los conquistaría.

Así se alternaban estos delirantes estados de ánimo, que iban acompañados de latidos fortísimos de día y de sueños aterradores de noche.

Podía haber una vía de escape infalible para estar tranquilo. Mandé llamar a Locusta.

—Ha pasado mucho tiempo, César —dijo, de pie ante mí, tan alta y majestuosa como siempre. Parecía no haber cambiado; una de las pocas cosas que no lo habían hecho—. ¿En qué puedo ayudarte?

Estaba hundido en un sofá, pero erguí la espalda en cuanto ella entró.



—A pesar de lo mucho que disfruto de tu compañía, solo hay un motivo por el que mandaría llamarte —dije.

—¿A quién está destinado y en qué condiciones? —preguntó, profesional como siempre.

—A mí —contesté.

—¿Por qué? —Su expresión había cambiado.

Observé que no se había puesto a sermonearme sobre lo mal que estaría eso.

—Puede ser necesario. Hay una rebelión en el imperio, y un autoproclamado emperador rival. Si pierdo...

No me había rebatido ni había dicho que aquello fuera poco probable.

—Preferirías no estar aquí para recibirlo —dijo—. Comprendo.

—Solo lo quiero para estar tranquilo —aseguré—. Solo como último recurso. No estoy preparado para abandonar el escenario. —«El escenario, con sus estatuas que cobran vida», pensé—. Pero cuando el público ya no aplaude, ha llegado el momento.

—Muy bien —dijo—. Me entristece oírlo. Creía que el peligro venía de Roma y que había pasado después de la conspiración. Hace muchos años que no ha habido una insurrección del ejército.

—Sí, es cierto —confirmé—. Pero cuando la lealtad de un soldado a su comandante es más fuerte que su lealtad al emperador, la semilla está sembrada.

«En nombre de Júpiter Óptimo Máximo, juro lealtad al *imperator* Nerón Claudio César Augusto Germánico como comandante supremo. Obedeceré al emperador con gusto e incondicionalmente.» ¿Se mantenía ese juramento? ¿O ya había sido pisoteado?

—Bueno..., ¿dónde y en qué circunstancias prevés usarlo? —quiso saber.

—En privado. Mientras todavía esté a tiempo. En la tranquilidad de la

noche.

—Supongo que querrás que sea rápido.

—Pues sí. Pero no doloroso. No tengo inconveniente en supeditar la velocidad a la comodidad si es preciso.

—Sé cómo formularlo —dijo tras reflexionar un momento—. Incluiré un calmante que enmascarará los efectos para que no... —No era necesario que entrara en detalles—. También será rápido. Tendrás exactamente lo que quieres.

—Sabía que podía confiar en ti —dije.

Una vez terminado el asunto, charlamos de cosas habituales entre viejos amigos: mis días en Grecia, su academia, los problemas y los éxitos de su negocio, mi matrimonio con Estatilia, el santuario a Popea. Simplemente cuestiones de nuestra vida cotidiana.

Unas horas después tenía el frasco en mis manos. Era un fino cilindro de cristal del tipo que suele contener perfume. Pero este perfume era para un sudario. Incliné el recipiente, y el líquido oscuro de su interior centelleó al moverse.

Era asombroso ver la muerte en un frasco, y saber que tenía el poder de arrancarme de esta vida y llevarme al inframundo, a la sombría costa gris bordeada de gamones. Esa costa estaba muy cerca.

Eché un vistazo a la estancia, donde estaban colgadas las coronas de la victoria de Grecia. En las competiciones griegas había saboreado la esencia misma de estar vivo. Ahora, si destapaba este frasco, saborearía la muerte. Era incomprensible.

Podría tirarlo. Pero la muerte llegaría de alguna forma, tarde o temprano. No podía eludirla. Pero ahora podía dominarla.

Guardé el frasco en una caja dorada. Fuera de la vista. Cuando la hube escondido, me pregunté de repente cómo se me había ocurrido. ¿Estaba loco? Jamás sería capaz de usarla. Estaba demasiado intensamente vivo.

## LXXI

### LOCUSTA

Había oído hablar de los disturbios en la Galia, y de la jugada de Galba. Pero había dejado que Nerón me lo contara. Mi papel consistía en escuchar y ayudar. Finalmente, el veneno que había preparado para él al principio y que había sido administrado a otra persona volvería a dirigirse a su objetivo inicial. Por más que nos esforcemos en escapar a nuestro destino, no siempre lo logramos. Esperaba que cumpliera su intención de no utilizarlo a no ser que la situación fuera desesperada. Pero también sabía que su punto débil era lo que se ha descrito como entusiasmarse con demasiada facilidad por las pequeñas victorias y desanimarse con demasiada facilidad por las pequeñas derrotas. En un estado de ánimo así podría beberse la poción.

Podría haberle dado una que fuera inofensiva, pero eso habría sido poco profesional y le habría privado de la muerte que necesitaba, si la necesitaba. Además, lo conocía: un trato así de condescendiente le habría resultado humillante. Tenía un antepasado, Gneo Domicio, famoso por su cobardía, cuyo médico había hecho exactamente eso. El hombre se había tomado la poción y, presa de pánico, había mandado llamar al médico, quien le aseguró que había diluido el veneno, convencido de que se echaría atrás. Y aquel hombre indeciso se sintió aliviado. Pero no era un emperador que se enfrentaba a la pérdida de su trono. ¿Se habría sentido aliviada Cleopatra si el veneno de la serpiente hubiera perdido su potencia? Depende de lo que te espera si el veneno no cumple su cometido.

Habían pasado muchas cosas desde que él y Popea me habían visitado en mi academia para consultarme acerca de la salud de Popea. Al mirarlo, me pareció que había sobrevivido intacto a los subsiguientes trastornos, tal vez gracias a su larga gira por Grecia, que podía haber mejorado su salud corporal mientras perjudicaba su salud política.

Lo había visto crecer y convertirse en un hombre, y después, en un emperador. Al protegerlo de mi propio veneno en su día, había creído que, desde entonces, me había sido confiada su supervivencia, y jamás había traicionado esa confianza. Al responder ahora a su llamada, ¿la estaba traicionando o habría sido no responderla la verdadera traición?

## LXXII

### NERÓN

—¡César! —Ninfidio estaba sonriente frente a mí sujetando un puñado de despachos, dispuestos como la cola abierta de un pavo real en sus antebrazos.

Los observé. ¿Por cuál empezar? Por la sonrisa en sus labios, sabía que podía elegir cualquiera y que su contenido me complacería.

—Cuéntamelo —pedí. Corta el nudo gordiano de los despachos.

—¡Vindex ha sido derrotado! —se felicitó—. Ha sido vencido. Está muerto.

Me hundí en un sofá, estupefacto al principio y eufórico después. Le hice un gesto para que hiciera lo mismo.

—Mandemos llamar a los demás para no tener que repetir la historia. — Podía esperar para saber los detalles. De hecho, cuanto más esperara, más ganas tendría de conocerlos, y mejor me sabrían.

Llamé a Epafrodito, a Faón, a Helios, y a los pretorianos de más alta graduación de guardia en el palacio. También ordené que trajeran el mejor falerno, tanto ámbar como tinto. ¡Que diera comienzo la celebración!

Cuando todo el mundo estuvo reunido, Ninfidio señaló el montón de despachos.

—¿Estás seguro de que no quieres leerlos tú, César?

—Después —dije, asintiendo con la cabeza—. Resúmenos su contenido. —Noté la impaciencia en la estancia.

—Tras tomarse su tiempo, Verginio se enfrentó finalmente a Vindex cerca

de Besançon y destruyó por completo sus fuerzas. Cayeron veinte mil galos. Las legiones romanas fueron especialmente brutales, puesto que habían ido albergando cada vez más odio a los galos y querían aquel botín.

—¿Cómo murió Vindex? —quise saber.

—Se suicidó, tras lamentar haber fracasado en su misión.

—¿Y nadie ayudó a Vindex? ¿Dónde estaba Galba? —insistí.

—Dónde estaba entonces, no lo sé. No se unió al combate. Pero puedo decirte dónde está ahora: refugiado en Clunia, una pequeña ciudad montañesa de Hispania. Se dice que se estaba preparando para suicidarse cuando un criado fiel lo detuvo. Pero es un hombre derrotado. Desecho. Acabado.

Estuve a punto de echarme a saltar y a gritar victorioso. Pero me contuve.

—Gracias a los dioses por habernos librado —dije—. ¿Y no fueron necesarias las legiones al mando de Galo y de Turpiliano?

—No. No estoy seguro de lo lejos que llegaron.

Daba igual. Daba igual.

Henchido de felicidad, medio muerto del alivio de haberme librado, me puse de pie.

—¡Qué día tan alegre! ¡Qué día tan afortunado! —exclamé, abrazando uno a uno a los hombres—. ¡Alegraos conmigo!

Los recorrí con la mirada.

—Celebraremos un enorme banquete de la victoria. ¡Y toda Roma está invitada!

El ocaso se alarga a principios de junio, y mientras los invitados llegaban a la Domus Aurea observé cómo el cielo teñido de rosa que cubría Roma iba adoptando poco a poco una tonalidad violeta. No había usado el pabellón para recibir visitas desde mi vuelta a Roma puesto que había vivido

exclusivamente en la parte inferior del palacio, pero ahora sería reinaugurado con todo su esplendor. Todavía no estaban finalizados todos los detalles; eso llevaría años. Pero los jardines estaban exuberantes con sus flores y su fragancia, los frescos de la pared exterior estaban terminados, y no había ninguna vista tan magnífica como la que mostraba todo el valle a nuestros pies hasta el cercano monte Celio. El coloso resplandecía al anochecer, cuando los últimos rayos de sol centelleaban en las puntas de su corona.

Mucha gente que se había reunido en el patio en el pasado ya no estaba, tanto por causas naturales como por culpa de la traición y la violencia. Esta noche también estaba ausente Tigelino, que se seguía recuperando en su casa en el campo.

Pero los senadores estaban aquí, cordiales y sonrientes. Mis enemigos habían sido purgados del Senado y ahora podía volver a sentirme a gusto con ellos. Estatilia estaba a mi lado para recibirlos y aunque anhelaba que quien lo estuviera fuera Popea, me dije a mí mismo con severidad que eso no era posible. Mantenía alejado a Esporo; no quería provocar un escándalo ni exponerlo al ridículo. En Grecia se aceptaba bastante bien, pero Roma era otra cuestión.

Como antes, abrí los jardines inferiores a la plebe y le ofrecí vino, comida y diversiones, por lo que sus voces se elevaban hasta la terraza donde estábamos todos. Después entraríamos para celebrar nuestro banquete, pero, de momento, era muy agradable estar allí, sintiendo el aire cálido de la noche y viendo las bandadas de pájaros alejarse por el cielo, en grandes cantidades, dando vueltas y bajando en picado. Con una libertad que ningún hombre conocería jamás.

Caía la noche, y se encendieron las antorchas. Los sirvientes nos llevaron dentro, donde nos aguardaban los triclinios taraceados de marfil, las mesas repletas de comida, las gotitas de perfume de loto que caían suavemente



desde el óculo. Sí, nos habían sido arrebatadas muchas cosas, nos faltaban muchas cosas del pasado, pero esta noche auguraba días de esperanza y de satisfacción en el futuro.

Antes de que el banquete diera verdaderamente comienzo, me dirigí al grupo.

—Queridos amigos de Roma, porque eso es lo que somos; no, más que eso, hijos e hijas de Roma. Nos reunimos aquí para celebrar que el imperio se ha librado de la rebelión en la Galia. Esta es la tercera rebelión desde que soy vuestro emperador, y en las tres, las leales legiones romanas han acabado con el enemigo. —Todo el mundo escuchaba con atención, muy serio—. Esta ha sido la más desconcertante porque ha sido la que ha tenido lugar más cerca de casa y en una provincia considerada totalmente amiga —proseguí—. Tan amiga, de hecho, que no creíamos necesario apostar soldados en ella. Tan amiga que sus ciudadanos eran bienvenidos en el Senado.

Los invitados permanecían completamente inmóviles.

—Por lo que la conmoción fue mayor. Después de todo, ¿quién se sorprendería si una víbora se revolvió y lo mordiera? Es así por naturaleza. Pero estaríamos más que sorprendidos si un perro al que queremos, encargado de proteger nuestra casa, se convirtiera de golpe en un lobo. Esto es lo que ocurrió en la Galia. Pero tened la seguridad de que el lobo ya no existe y que el territorio está a salvo.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala.

—Así que os invito a uniros a mí para celebrar la victoria y la seguridad —concluí. Pedí una copa, hice que me la llenaran y di un largo trago—. ¡Bebed conmigo, acompañadme!

La velada transcurrió sin incidentes; todo fue muy cortés y correcto, aunque algo apagado. Tal vez fuera que ahora primaba la cautela, surgida de las recientes agitaciones. Que así fuera.

Después de la cena, proporcioné músicos que tocaban la lira, la flauta y el arpa en un extremo de la sala.

—Has sido un anfitrión generoso —dijo de repente uno de los senadores—, pero nos estás privando de algo: de tu música. Hemos tenido noticia de tus composiciones premiadas en Grecia pero no las hemos escuchado. Por favor, intérpretenos una.

Me conmovió. No, seré sincero: me halagó. Puse reparos al principio pero al final pedí a un esclavo que me trajera la cítara del palacio inferior. A su vuelta, entoné la canción de Troya que había compuesto para cuestionar la necesidad de la guerra.

Halagado o no, estaba sumamente contento de estar aquí, en la Domus Aurea, una de mis creaciones, interpretando otra. Necesitaba crear para vivir plenamente. Y necesitaba público que lo compartiera conmigo.

Más tarde, en el palacio inferior, Estatilia se quitó cansinamente los pendientes de oro y los guardó en su joyero de nácar.

—Bueno, yo diría que ha sido un éxito —comentó—. Por lo menos no te han arrojado fruta podrida. —Se dejó caer un uno de los sofás, se quitó las sandalias de un puntapié y puso los pies en alto. Echó la cabeza hacia atrás y se desabrochó las cintas del pelo, que dejó suelto.

—No esperaba que lo hicieran —repliqué—. ¿Por qué dices eso?

—Oí rumores en Campania —respondió—. La liberación de Grecia no era popular. Como tampoco tu larga estancia allí. La gente era categórica al respecto.

—Bueno, eso se acabó —dije—. He vuelto. —Desgraciadamente, pero en fin—. Ya he superado mi arrebató. Ahora soy un dócil burro que va tirando obedientemente.

—Ah. —Rio—. Imposible. Aunque a veces haces el burro.

Normalmente disfrutaba de su lengua afilada, pero no esta noche.

—No me hace gracia —aseguré—. He pasado unos días muy complicados desde que te fuiste. La crisis en la Galia, Galba...

«Pesadillas. Presagios. Un rival imperial», pensé.

—Sí, sí —dijo—. Y todos damos gracias por cómo ha acabado todo. Vamos, no hagas pucheros. —Se levantó y, tras acercarse a mí, se agachó y me besó la parte superior de la cabeza—. ¿Sabes lo que te digo? Tal vez tendrías que cortarte ya los rizos de Apolo. —Sugirió mientras me los despeinaba.

¿Cuándo dejaría la gente de decirme lo que tenía que hacer?

—Lo haré cuando yo quiera.

Tomó su joyero.

—Necesito uno más grande —dijo. De repente, se dirigió hacia un cofre que había bajo la ventana, lo abrió y recorrió el fondo con la mano.

—La última vez que miré, aquí había una caja tallada —afirmó—. Creo que era de ébano.

—No, aquí no hay nada parecido —solté, levantándome de un salto.

Encontró la caja dorada que contenía el frasco con el veneno y la sacó.

—Esta es bonita —afirmó. Estaba cerrada.

—Te encargaré una igual —dije—. Esta tiene un significado especial para mí.

Decepcionada, se encogió de hombros y volvió a dejarla.

—Si lo haces, pon esmeraldas en la tapa para realzarla.

Pasaron los siguientes días, días soñolientos de verano con una luz almibarada, sombras tenues y setos susurrantes. Estatilia volvió a irse a Campania. Reinaba tal tranquilidad en la tierra que hasta las mariposas

alleteaban más despacio de una flor a otra. El tiempo parecía haberse detenido, suspendido como un puente de cuerda sobre la nada.

Entonces, el 8 de junio, a última hora de la tarde, Ninfidio y Epafrodito entraron a toda prisa en mis dependencias. Acababa de sentarme ante una mesa y me disponía a cenar. Mis copas favoritas de murra aguardaban a ser llenadas con falerno y estaba girando una de ellas en mi mano, admirando el juego de luz en la delicada piedra y la escena tallada de Homero que representaba a Aquiles y a Áyax.

Esta vez no se mostraban convencidos, ni se pavoneaban. En silencio, servilmente, me entregaron varios despachos.

—¿Cuál primero? —pregunté.

—Este, César —respondió con timidez Epafrodito, señalando un cilindro rojo.

Lo desenrollé con cautela, como si dentro de él se ocultara un áspid. Y era así.

Rubrio Galo había puesto sus legiones a disposición de Galba y le había declarado lealtad. Petronio Turpiliano había visto cómo los hombres de su única legión lo abandonaban. Las legiones de Verginio en Germania lo habían aclamado emperador y él no lo había rechazado. Las otras cuatro legiones en Germania, bajo el mando de Fonteyo Capitón, habían guardado silencio, sin confirmar su lealtad.

Dejé el mensaje como si estuviera caliente y fuera a quemar la mesa.

—El siguiente —indiqué, y me entregaron un cilindro metálico.

Clodio Macro, con la Tercera legión, cerca de Egipto, se había declarado a favor de Galba y estaba reclutando auxiliares.

—¿El último? —pregunté. Me entregaron un tercero.

Galba había salido de su escondrijo en Hispania y se estaba desplazando, junto con Otón y el gobernador de Hispania Ulterior, para reunirse con las

legiones que lo apoyaban. Por el camino, iba incorporando seguidores, y los guerrilleros supervivientes de Vindex acudían a él en manada.

El ejército ya no era mío. Estaba perdido: las legiones y los generales de todo el imperio me estaban abandonando.

Se adueñaron de mí emociones tan fuertes como una explosión: corrientes de una ira intensa y de un miedo glacial, oleadas de una conmoción estremecedora. Me levanté y volqué la mesa, que al caer golpeó el suelo y lanzó por el aire azulejos del mosaico. Las copas salieron despedidas y su belleza iridiscente se hizo añicos contra la pared. Entonces solté un alarido que debió de retumbar por todo el palacio; el alarido de un animal acorralado.

Ninfidio y Epafrodito no hicieron nada. Simplemente se quedaron inmóviles como estatuas, esperando que mi arranque remitiera.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —murmuré tras hundirme finalmente en el sofá—. ¡Está todo perdido!

No tenían ideas, no me ofrecieron consejo alguno. La cabeza empezó a darme vueltas, rugiendo, y ya ni siquiera era consciente de que estuvieran allí. Un millar de ideas me cruzaron veloces por la mente como ratas despavoridas, todo ello con la repetida cantinela: «Estás acabado, estás acabado, Roma está perdida, el imperio está perdido.»

«Pero no... tal vez no. ¡Calma! ¡Calma!», me dije. Pero hasta la palabra *calma* era acelerada y marcada en medio de mi pánico.

Ideas, ideas..., ¿qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué podía hacer a estas alturas? Era tarde..., demasiado tarde...

Podía presentarme ante Galba, rendirme a él, pedirle que me perdonara la vida y me dejara ir a Egipto como un ciudadano corriente... Podía ir a la Rostra, en el Foro, vestido de negro, y dirigirme al pueblo de Roma, pedirle perdón por mis agravios... Podía ir a Armenia, ponerme bajo la protección de

Tirídates... Pero, al final, diría que Egipto era la mejor opción para mí. Sí, Egipto. Iría a Egipto.

—Tengo que huir de Roma —anuncié por fin con una voz normal—. ¡Es mi única esperanza!

No me contradijeron, pero movieron la cabeza y se miraron entre sí.

—¿Aviso a Ostia y ordeno que preparen una flota? ¿Cuándo? —preguntó finalmente Ninfidio.

—¡Ahora mismo! —dije—. ¡De inmediato! —Y al pronunciar estas palabras sentí un profundo alivio. Me había liberado de Roma. No como había querido; me había sido impuesto, pero puede que si no, jamás hubiera tenido el coraje, o hubiera cometido la locura, de liberarme—. ¡Ve!

—Sería mejor que nos desplazáramos de forma que no tuvieras que cruzar la ciudad para acceder a la vía que conduce a Ostia —opinó Epafrodito en cuanto Ninfidio se marchó—. No tenemos forma de saber lo seguras que serán las calles después, cuando la gente conozca la noticia. Los jardines de Servilio están bien situados.

—¡Sí, sí! —Y así iba a dejar la casa dorada, sin más; iba a dar la espalda a todo lo que quería y por lo que me había esforzado tanto, el lugar que albergaba el espíritu de Popea con más fuerza que ningún otro. Huiría libre, no para alejarme de algo sino para dirigirme hacia ello.

Solo recogí unas cuantas cosas, cosas que eran absurdas y carecían de importancia. Por extraño que parezca, no planeé el viaje en sí, como si no fuera a necesitar ropa, calzado o dinero. No estaba pensando, claro. Estaba en un sueño, presa del pánico, y estos detalles jamás aparecen en un sueño.

Las calles de Roma ya bullían, llenas de gente que se arremolinaba, y una corriente de nerviosismo mezclado con miedo impregnaba el ambiente. Lo sabían. Se habían enterado. La noticia se había filtrado; los despachos eran ya

de conocimiento público, de aquella forma misteriosa en que viaja la información.

«Lo sé, lo sé, yo siento lo mismo, pueblo mío. Nerviosismo y miedo al dejar atrás esta vida», pensé.

La gente se asomaba a la litera para intentar ver quién había en ella. Yo me tapaba la cara para que no pudiera.

«Adiós a todo esto», pensé. Curiosamente, se parecía al día en que había sido declarado emperador, cuando me llevaron por las calles, entre la multitud, entre las fuentes, hasta el cuartel de la Guardia Pretoriana. Ahora iba en dirección contraria, en todos los sentidos de la palabra.

## LXXIII

El palacio de Servilio estaba cerrado y olía a humedad. Apenas lo había visitado desde mi luna de miel con Estatilia. Pero ahora mis ojos no veían o valoraban lo que me rodeaba; no reconocían prácticamente nada. Epafrodito había reunido a mis administradores para que nos acompañaran, y Ninfidio había trasladado un contingente de pretorianos aquí antes de partir hacia Ostia.

¿Podía haberse llegado realmente a esta situación? No hay nadie más ciego que quien no quiere ver. Había mirado a derecha y a izquierda, siempre atento al peligro, pero mirando en la dirección equivocada, pensando que la amenaza me llegaría de mi propia familia, o de Roma, sin sospechar jamás que me llegaría de las provincias.

¿Por qué no había visitado las legiones desde el principio para asegurarme su lealtad y mostrarles mi respeto? ¿Por qué no había escuchado el consejo de Estatilia de que montara la campaña oriental antes de ir a Grecia? Había formado las legiones tarde, disponiéndome por fin a dirigir una campaña como un verdadero descendiente de Germánico, pero habría sido en vano. El tiempo, siempre amigo mío, se había vuelto en mi contra.

El sol se pondría pronto, y llegaría la noche, mi última noche en Roma. ¿Estaba seguro de eso? ¿Estaba totalmente decidido a seguir este rumbo?

Entré en la habitación, donde los esclavos habían trasladado algunas de mis pertenencias personales, incluida el cofre. Puede que yo no hubiera pensado en vestimentas, capas o zapatos, pero ellos sí. Y gracias a todos los



dioses, en el fondo del cofre había lo único de lo que no tenía que separarme, y que me había olvidado en medio del pánico: la caja dorada.

Me senté ante mi escritorio, reservado para la correspondencia personal. Siempre había en él papel, sellos y tinta. Tal vez pudiera redactar un discurso que podría decir en la Rostra para defenderme. Podría ser necesario si mi plan de fuga fracasaba. Extendí un papel y traté de hacerlo.

Mis queridos súbditos. Estoy aquí, suplicante, ante vosotros, totalmente a vuestra merced.

No. Era un mal enfoque.

Queridísimos súbditos, puede que hayáis oído rumores de...

No. No debía repetir información que ya tenían.

¡Pueblo de Roma! Os he dirigido, protegido, cuidado y ofrecido regalos durante muchos años, y he obtenido muchos triunfos, diplomáticos y militares, para el país. ¿Queréis que siga siendo vuestro emperador?

Mejor. Pero seguía sin estar bien. Los dejé todos a un lado. Sería mejor que comentara el traslado a Ostia con los pretorianos de guardia; tendría que ser por la mañana, temprano. No tenía noticias aún de Ninfidio sobre la preparación de la flota, que él estaba organizando. Pero bastaría con que un solo barco estuviera a punto.

Salí al patio donde los guardias se estaban reuniendo. Había unos quince de guardia. Hablé con Publio, el de más graduación.

—Mañana me trasladaré a Ostia, a primera hora de la mañana. Haz todos

los preparativos y estad a punto para salir antes del amanecer —ordené—. Os invito a hacer todo el viaje conmigo tras embarcar en Ostia.

—¿Un viaje a dónde? —preguntó un guardia joven y fornido.

¿Debería decírselo? La cautela lo desaconsejaba.

—Os lo diré una vez estemos allí —respondí.

Se encogió de hombros y miró al hombre que tenía al lado, que dijo:

—No quiero ir a Ostia mañana.

¿Lo había oído bien? ¿Se negaba a cumplir mi orden?

—Es tu obligación —dije—. ¿Y tu juramento?

—¿Qué pasa con él? —replicó con una carcajada.

Publio se quedó callado, sin reprender a su soldado.

—¿Publio! —exclamé—. ¿Qué clase de oficial eres que permites semejante insubordinación? —Esperé que se disculpara y obligara al otro hombre a hacerlo también.

En lugar de eso, me miró fijamente y citó a Virgilio: «*Usque adeone mori miserum est?* ¿Hasta qué punto es una desgracia morir?»

—¿Qué? —Fue lo único que logré decir.

—No tenemos el menor deseo de morir contigo —dijo Publio, que preguntó entonces a sus hombres—: ¿Verdad?

Tenía que ser un sueño, una continuación de las pesadillas. Parecía real, pero no podía serlo. Sin palabras, me marché del patio y me refugié en mi habitación. Cerré con llave las puertas exteriores para protegerme de los guardias que tenían que protegerme. Todavía contaba con mi guardia personal, y la aposté alrededor de todas las estancias de mis dependencias.

El sol había desaparecido del cielo, y pronto oscurecería. La penumbra del interior y del exterior me envolvió. Me desnudé y me acosté para pensar, intentando comprender lo que acababa de pasar. No estaba en el guion que había escrito para mí, cuando creía que podía ordenar las escenas, el diálogo

y a los actores. De repente, el sueño se apoderó de mí, como si el mismo Morfeo me hubiera abducido. Puede que, misericordioso, lo hubiera hecho.

Me desperté con un sobresalto, nada descansado, pero con la mente totalmente despejada, como si se hubiera limpiado todo su sedimento turbio mientras dormía. Me levanté y miré por la ventana. Por la situación de las estrellas sabía que era alrededor de medianoche. Al haberme quedado involuntariamente dormido tan temprano, no tenía ninguna lámpara encendida, y llamé a un sirviente para que trajera luz.

Silencio. Llamé de nuevo. Silencio. Con cuidado, avancé a tientas por la habitación, palpando la pared para encontrar la puerta. La abrí y dirigí la vista hacia la oscuridad. No había nadie. Mi guardia personal se había ido. Al fondo del pasillo parpadeaba un lampadario que proyectaba sombras saltarinas. Tomé una lámpara de aceite y la encendí en él, después recorrí el resto del palacio llamando a las puertas para despertar a la gente que se suponía que tenía que estar conmigo, pero no obtuve respuesta.

Así que este era el final. No un viaje a Egipto. No un discurso en la Rostra. Gracias a todos los dioses, disponía del medio para acabar con mi vida en la caja dorada. Regresé a mi habitación, pero descubrí entonces que todavía tenía que haber gente escondida cerca, porque habían quitado los cobertores de la cama. En el suelo había una capa vieja y un sombrero raído. ¿Se habrían desprendido de ellos los ladrones?

¡El cofre! Corrí hacia él y lo abrí. Estaba vacío. La ropa, que necesitaría para mi viaje terrenal, y el veneno, que necesitaría para mi viaje al otro mundo, habían desaparecido. Me los habían robado. Estaba completamente abandonado.

—¿No hay ningún amigo ni enemigo? —grité tan fuerte que retumbó por toda la casa.

Descalzo, salí corriendo del palacio hacia el jardín, y avancé un poco por la

calle. Me lanzaría al Tíber y me ahogaría, ya que no disponía de ningún otro medio rápido para acabar con mi vida y desaparecer. Desde donde estaba podía verlo brillar a lo lejos. Pero ahogarse en el Tíber era señal de desgracia, una muerte ruin y sórdida. No. No lo haría. No podía hacerlo.

Regresé despacio al palacio, notando todos los guijarros bajo mis pies descalzos. Los pretorianos habían huido, de modo que no me encontré a nadie hasta que llegar prácticamente a mi habitación. Entonces oí voces. Epafrodito, Faón y Esporo estaban apiñados cerca de mi puerta.

—Gracias a los dioses, César, no sabíamos..., temíamos...

—¿Que los pretorianos me habían hecho lo que le hicieron a Calígula? — pregunté—. Estos no tenían el valor para hacerlo. Lo máximo que han sido capaces de hacer ha sido citar a Virgilio.

—Tu habitación estaba vacía, tus pertenencias habían desaparecido — señaló Epafrodito—. ¿Qué otra cosa podíamos pensar?

—Las calles se están empezando a llenar de gente y se esperan problemas —indicó Faón—. Puede que no sea seguro quedarse aquí. Registrarán todas las residencias imperiales para buscarte. Y, sin guardias, podrán acceder fácilmente. ¿Recuerdas cómo intentaron irrumpir en el palacio en apoyo de Octavia?

Muy bien.

—¿Sabéis algo de Ninfidio? Tal vez deberíamos trasladarnos ahora a Ostia.

Se miraron entre sí.

—No —contestó Epafrodito—. No sabemos nada de él.

—Necesito un lugar donde pensar, donde planear —dije—. Un refugio seguro.

—Ven a mi villa —ofreció Faón—. Está entre la vía Nomentana y la vía

Salaria, a cuatro millas de Roma, en dirección contraria a Ostia. No estarán buscando por aquella zona.

¿Qué otra opción tenía?

—Muy bien. —Iba con mi túnica de dormir, descalzo. Los saqueadores me habían dejado el manto descolorido y el viejo sombrero, así que los tomé. También tomé dos puñales que se les habían pasado por alto.

Nos hicimos con cuatro caballos de la cuadra y los montamos.

—Seguidme —dijo Faón. Nuestra ruta nos llevaría por el centro de Roma hacia el extremo nororiental, más allá del campamento pretoriano, pero no había forma de evitarlo.

Y allá fuimos, pasando por lugares de mi antigua gloria: el Circo Máximo, el Foro, la Domus Aurea y su coloso, que ahora se burlaba de mí. Las calles, efectivamente, se estaban llenando, pero nadie se fijó en nosotros. El sombrero y el pañuelo con el que me cubría la cara me servían de disfraz, y los pies descalzos ayudaban a completarlo. Nadie esperaba ver así al emperador.

Llegamos cerca del campo pretoriano y tuvimos que bordearlo tan cerca que pude oír conversaciones de los soldados que estaban fuera.

—Galba lo derrotará por completo —dijo uno, y no tuve duda de quién era la persona derrotada de la que estaba hablando.

—¡Sí, lo aplastará! —añadió su compañero.

Entonces nos vieron pasar.

—Debe de ser una partida que busca al emperador —supuso uno.

—¿Hay alguna noticia de Nerón en la ciudad? —gritó otro. No respondimos y seguimos rápidamente nuestro camino.

De repente mi caballo se asustó debido al hedor de un cadáver en una cuneta cercana. No me tiró, pero tuve que usar las dos manos para sujetar las riendas y dejé mi rostro al descubierto. Un viejo veterano que estaba cerca de

la calzada me reconoció y me saludó. De modo que no todo el mundo se había vuelto en mi contra. Hasta las palabras de los pretorianos en el campamento habían sido indefinidas al respecto.

Pronto dejamos atrás el campamento y avanzamos a salvo por la vía Nomentana. Mucho tiempo atrás, había hecho este trayecto para ir a ver a Séneca. Séneca..., una de las primeras traiciones.

—¡Es allí! —dijo Faón, señalando un camino que se desviaba de la calzada mucho antes de llegar a la casa de Séneca—. Dejad los caballos.

Desmontamos y enfilamos un camino cercado con setos y lleno de hierbajos y zarzas que se me enredaban en el manto. El camino era pedregoso y también estaba cubierto de ortigas y cardos, por lo que Epafrodito y Esporo extendían sus mantos para proteger mis pies descalzos. ¿A qué distancia estaba esa villa? Tardamos mucho en llegar a ella a aquel ritmo. El cielo seguía estando oscuro, salpicado de miles de estrellas, pero la villa seguía sin verse.

—Aquí arriba —dijo por fin Faón. Y señaló, pero no vi nada—. Será mejor que no entremos por delante —advirtió—. Ahí hay esclavos, y no deben vernos. Tendremos que abrir otra entrada. —Avanzamos, sigilosos, y finalmente pude ver el contorno de la casa.

Llegamos al claro que rodeaba la casa y a un camino de grava.

—Excavaremos una entrada secreta para poder acceder al sótano sin ser vistos —indicó Faón. Dio a Epafrodito y a Esporo unas herramientas que estaban apoyadas en la parte posterior de la casa, y se pusieron a cavar. Me indicó una gravera y me dijo que me escondiera en ella hasta que el túnel secreto estuviera listo.

—¡No! Me niego a meterme bajo tierra mientras todavía sigo con vida —dije, y me senté junto a un charco de agua turbia que había al lado.

A mi alrededor las cigarras cantaban, y se oían los crujidos y los

chasquidos de los animales que acechaban entre la maleza. Unos perros ladraron en otra villa, y un ave nocturna chilló desde un pantano. Me estremecí y me envolví con el manto. Estaba tachonado de zarzas por nuestro paso por el prado, y traté de quitárselas, pero había demasiadas; habían rasgado la tela en muchos sitios.

Tenía una sed horrorosa. No había bebido nada desde... desde antes de hablar con los pretorianos. Me agaché y ahuequé las manos para tomar algo de agua del charco de lluvia. Sabía a fango y a barro. Pero era agua. Volví a hacerlo y bebí de nuevo.

—Así que a esto ha acabado reducida mi *decocta Neronis* —susurré. Casi podía saborear el agua pura, hervida y enfriada que me había sustentado en los buenos y en los malos momentos. Pero no había ningún momento peor que este, y ahora el agua sucia de un charco debía sustituirla.

—Ya está —susurró Faón, tirando de mi manga. Me dirigí hacia el improvisado túnel que habían excavado bajo los cimientos y me arrastré por el reducido hueco. Una vez salí, me encontré en una habitación baja con un colchón sucio, cubierto por un manto asqueroso. Me dejé caer en él, y casi vomito de la peste.

Los demás me siguieron por el túnel, y Esporo me dio un pedazo de pan duro y una copa de agua tibia. Olí el pan y lo dejé, pero seguía sediento y tuve que beberme el agua.

Me dejaron y pude oírles hablar en voz baja en un rincón de la habitación. No había nada que hacer aparte de yacer en silencio y esperar a que se hiciera de día. Yacer y pensar.

Pan duro en lugar de un banquete. Agua caliente en lugar de agua de nieve hervida y enfriada. Un séquito compuesto por tres libertos, cuando hacía poco había desfilado por el Foro seguido por cientos de personas. Un manto andrajoso, una túnica y ningún calzado cuando había vestido prendas de seda

y oro, y había llevado el cuero más suave. Un hombre perseguido que antes había gobernado el mundo. La caída era total.

¿Cómo había pasado? ¿Qué parte de responsabilidad había tenido yo en ello? En mi vida había tenido que sobrevivir, y después había dado la espalda a aquello para lo que había sobrevivido, y había intentado huir hacia el arte. Ahora sería la huida final; una huida impuesta, sin vuelta atrás. Había interpretado escenas de obras escritas por otros, había representado a otros personajes en el escenario. Había hecho el papel de mendigo, y ahora lo era. Hoy, en estas últimas horas menguantes, yo era el único actor en mi propia obra, y tenía que interpretarme a mí mismo. Tenía que escribir yo mismo las escenas y representarlas. ¿Pero qué papel tendría que hacer Nerón? ¿Qué debería escribir para mí?

—He pensado demasiado poco en esto —exclamé—. Demasiado poco, ¡y ahora es demasiado tarde!

Todos mis proyectos estaban inacabados: la Domus Aurea, el canal de Corinto, el canal del Averno, mis poemas épicos, la música que todavía tenía que componer. Nada finalizado. ¡Oh, qué mundo perdía este artista, con tantas cosas aún por explorar, por conocer, por crear!

Había nacido artista, pero otros dos Nerones habían surgido junto con esa persona cuando crecí. Estaba Nerón el emperador, que llevaba el peso del Estado sobre los hombros, y el tercer Nerón, que protegía y cuidaba al primero y al segundo usando los métodos que fueran necesarios, incluso los más oscuros.

Ahora, en mis últimas horas, podía desprenderme de las demás versiones de mí mismo, puesto que ya no las necesitaba, y volver sin trabas a mi verdadero y único yo: el artista.

Una vez había dicho a Tigelino que los cristianos eran envidiables por



tener algo tan valioso que pasaba por encima de todo lo demás de su vida, incluso de su vida misma.

Así se lo había dicho. Pero en silencio había admitido que había veces en las que sentía algo así por mi música, ¿pero era eso cierto? ¿Hasta qué punto? ¿Tanto como para renunciar a todo, incluida mi dignidad imperial, para dedicarme a ella? Lamentablemente, conocía la respuesta. No, no tanto. Casi. Pero no tanto.

Ahora, sin embargo, la respuesta había cambiado. En la prueba final, lo había dado todo por el arte: ir a Grecia y quedarme en ella para dedicarme a él me había costado el trono y seguramente la vida. El final de una dinastía, los sacrificios de Augusto, los sueños frustrados de Tiberio, la locura de Calígula, los esfuerzos de Claudio y la ambición de mi madre, todo ello se venía abajo conmigo. Yo los estaba arrastrando en mi caída. Y lloré por ellos, a pesar de que había luchado contra su legado toda mi vida.

«Perdonadme —les dije mentalmente—. No creísteis que pereceríais así. Todos los asesinatos y las estratagemas acabarán en nada en la villa de un liberto. El último laurel se ha marchitado y no volverá a crecer.»

La luz empezó a colarse lentamente en el sótano húmedo y oscuro, y nos arrastramos hacia el exterior por el mismo sitio por el que habíamos entrado. El aire fresco de junio resultó estimulante después del ambiente del sótano.

—No tenemos ninguna noticia de Ninfidio —dijo Epafrodito—. Y nosotros... nosotros tres... hemos estado hablando, y al ver a lo que te enfrentas, dado que tarde o temprano te encontrarán, pensamos..., creemos... que tendrías que evitarte este destino.

Faón y Esporo asintieron solemnemente.

—¿Decís que no tenemos ninguna noticia de Ninfidio? —Asintieron de nuevo. De repente lo supe. Supe que Ninfidio nunca había ido a Ostia. Y que había dicho a los pretorianos que ya no tenían que protegerme, y ellos me

habían abandonado. El hijo de Calígula había logrado lo que su padre no había podido: me había destruido. Y Faón me había llevado hasta aquí, a la otra punta de Roma, para asegurarse de que no pudiera llegar a Ostia. ¿Formarían Epafrodito y Esporo parte también de este plan?

—Ninguna —dijeron al unísono.

Menuda sorpresa. Puede que hubieran oído algo, pero nada que pudieran decirme.

—¿Así que me aconsejáis que me quite la vida? —pregunté.

—Me entristece decirte que sería lo mejor —respondió Faón.

—No soy demasiado diestro. ¿Podría alguno de vosotros, por lealtad, suicidarse para mostrarme cómo hacerlo? —¿Qué dirían ahora?

—No puedo..., no podemos hacerlo. Tenemos que estar aquí para ocuparnos de tu cadáver, de tu entierro. Tenemos que proteger tus restos —contestó Epafrodito.

—Comprendo. ¿Cómo se me pudo pasar esto por alto? Bueno, pues poneos manos a la obra y cavad mi tumba. Podéis ver cuánto tiene que medir porque estoy aquí. Y reunid cualquier pedazo de mármol que podamos usar para cubrirla y para señalarla. Y necesitaremos madera para la pira, y agua para extinguirla. Además de una urna. ¿Podéis conseguir una urna?

¿Estaba realmente teniendo esta conversación?

—Sí, César. —Fue lo único que dijeron, mirándose entre sí de soslayo, como si pensarán: «El emperador se ha vuelto loco. Está histérico.»

Puede que estuviera histérico. Nada parecía real; todo parecía demasiado real, demasiado brutal, demasiado brusco. Mientras ellos se afanaban excavando, contemplé el esplendor del verano que me rodeaba y solté:

—¿Qué artista pierde el mundo! —Antes había dicho que el artista iba a perderse el mundo, pero el mundo estaba perdiendo su artista más

apasionado, con sus mejores obras todavía por hacer. Éramos una pareja, que bailaba entrelazada, y ahora el baile estaba terminando.

Los tres se volvieron y me miraron, y después siguieron excavando.

Cuando la tumba estaba prácticamente acabada, llegó un mensajero a la parte trasera de la casa. Entregó una nota a Faón, pero antes de que pudiera leerla se la arrebaté. Era mi destino, así que iba a leerlo yo mismo.

El Senado, aquel Senado que consideraba ahora amigo mío, había celebrado una sesión de urgencia por la noche. Me había declarado enemigo público, igual que habían hecho con Galba hacía poco. Había ordenado mi detención y mi ejecución a la vieja usanza.

—¿Cómo es «a la vieja usanza»? —quise saber.

Faón se mostró evasivo.

—Se desnuda completamente a la persona, se le pone el cuello en una horqueta y se la azota con varas hasta la muerte.

¡Por todos los dioses! No, tenía que privarlos de la oportunidad de hacerme eso. Miré a mi alrededor y vi la tumba que me aguardaba, las palas, la madera. ¿Dónde estaban mis puñales? Los puñales. Los necesitaba.

—Aquí están, César —dijo Esporo amablemente mientras me los entregaba. Yo los había dejado en el sótano.

Los tomé, comprobé las hojas. Me acerqué uno a la garganta. Pero el día era agradable, y no se oía el menor alboroto. Los solté.

—¡Todavía no es la hora! —exclamé.

Empezaron de nuevo a excavar, y yo paseé arriba y abajo, ofuscado, murmurando para mí mismo en griego y en latín.

«¿Cómo ha podido llegar mi vida a semejante final? ¡Este comportamiento no es propio de Nerón, no es propio de él! ¡No es el adecuado! Hay que actuar con decisión en momentos así. Sé decidido. Vamos, recobra la compostura. ¡Despierta!»

Todo el rato se oía el ruido de las palas horadando la tierra una y otra vez.

Los cantos de los pájaros de primera hora de la mañana se habían extinguido, remplazados por la quietud que reinaba a media mañana en los campos. Pero se oía un ruido lejano: un ruido rítmico, unas pisadas.

¡Ruido de cascos! Cada vez eran más fuertes e inconfundibles. No era un jinete, sino un grupo entero. Venían a buscarme. Me habían encontrado, pero no por su cuenta. Alguien les había dicho dónde estaba.

Miré a las tres personas que estaban conmigo. ¿Cuál de ellas era? ¿O eran las tres? Había sobrevivido a muchas traiciones, pero ¿qué había dicho Séneca una vez? «Por más personas que mates, nunca podrás matar a tu sucesor.» Podía haber dicho perfectamente «Por más traiciones a las que sobrevivas, no puedes sobrevivir a la última».

Los caballos se estaban acercando. De repente, me salió de los labios una cita de Homero:

—«¡Escucha lo que oigo! ¡Es el paso veloz de caballos al galope!»

Con toda mi firmeza, tome el puñal. Basta de titubeos.

«Nerón... ¡Lucio, sé digno de ti!», me dije a mí mismo.

## LXXIV

### ACTEA

Hacía un día glorioso de junio en Velitres. Estar ubicados en la cima de una colina nos aseguraba brisas refrescantes, pero hoy no las necesitábamos, porque el clima era perfecto. Estaba en la terraza de mi casa, contemplando el valle, hacia Roma. Unas mariposas marrones y amarillas revoloteaban las flores de las macetas, acompañadas de abejas que no dejaban de zumbar.

Como todos, había oído hablar de los disturbios en Roma, a la que Nerón había regresado, así como de la agitación en las provincias y la traición de Galba. Había planeado quedar con Nerón cuando las cosas se calmaran, a sabiendas de que era mejor no distraerlo cuando estaba tan atribulado. Llevaba siempre la pulsera de ébano y marfil que me había regalado y que no quería quitarme nunca, como si fuera un cordón invisible que nos unía.

Sabía que corría peligro. Se lo había advertido cuando estaba tan despreocupado en Grecia. Pero, aun así, no estaba preparada para el mensajero sudoroso que llegó, jadeante, a mi puerta y me puso en las manos un cilindro antes de deslizarse hacia el suelo apoyado en la pared y casi desplomarse.

—Vengo de Roma —alcanzó a decir—. Una emergencia.

Pedí a los sirvientes que cuidaran de él y salí a la terraza abierta para leer el mensaje.

Era de Alejandra.

Nerón está muerto. Nos corresponde a nosotras enterrarlo. Apúrate. El tiempo no está de nuestra parte.

El calor agradable del sol, la fragancia dulce de las flores en sus recipientes, se desvanecieron, y se hizo a mi alrededor un vacío blanco.

«Nerón está muerto.»

Unas palabras imposibles. Una idea imposible. ¿Cómo podía el mundo seguir sin él? En aquel momento tampoco había mundo a mi alrededor, y el manto blanco del vacío me envolvió. La pérdida de una presencia como la suya tendría que haber hecho temblar y estremecer la tierra. Pero el suelo bajo mis pies no se movió.

Llegué al palacio con una rapidez casi de otro mundo. Allí me estaban esperando Alejandra y Égloga en las dependencias imperiales de Nerón. Jamás había estado en ellas; quien me había mandado llamar había sido Popea. El palacio estaba extrañamente desierto, aunque había guardias en la entrada. Pero el atrio estaba vacío, y deambulaban por los pasillos soldados en lugar de sirvientes.

En cuanto entré, Égloga me abrazó, llorando. Yo todavía no lo había hecho; la impresión había detenido todas las lágrimas, paralizado todos los pensamientos salvo el que me decía que tenía que ir al palacio lo más rápido que fuera humanamente posible. Pero ahora un torrente de lágrimas manó de mí, liberándose de golpe todas las horas de llanto, y me ahogó de tal modo que apenas podía respirar. Égloga me condujo a un sofá y, con delicadeza, me hizo sentar. Pasó un buen rato antes de que pudiera alzar la vista hacia ella, y tenía entonces los ojos tan nublados que no pude distinguir sus rasgos.

—Cuéntame —dije solo, y ella me entendió.

—Lo traicionaron —aseguró.

¡Por todos los dioses! ¿Era esta la causa de su muerte? ¿No una razón noble sino una mentira?

—¿Quién? ¿Cómo?

—Ninfidio dijo a la guardia personal del emperador y a los pretorianos que Nerón había huido a Egipto, que había abandonado Roma como un cobarde. Y prometió entonces a cada uno de ellos una recompensa de treinta mil sestercios, lo que equivale al salario de muchos años, si juraban lealtad a Galba como emperador. También anunció al Senado que Nerón había huido, y sus miembros se unieron a los pretorianos saludando a Galba como emperador. Entonces declararon a Nerón enemigo público, como habían hecho con Galba poco tiempo antes. ¡Así de honesto es el Senado! ¡Se vende al mejor postor!

—¿Pero dónde estaba Nerón?

—En la villa de Faón —contestó Alejandra, que se sentó a mi lado.

—¿Qué rayos hacía allí? —Me sequé las lágrimas de los ojos con el dobladillo de la estola.

—No lo sabemos —dijo Égloga—. Lo convencieron para que abandonara el palacio y fuera allí. Pero una vez más, la traición tuvo que ver en ello. Alguien alertó a los pretorianos para que lo buscaran donde podían encontrarlo.

—Tuvo que ser uno de los que estaban con él en la villa —indiqué.

—Todo apunta en esa dirección —dijo Égloga—. ¿Quién más podría haberlo sabido?

—¿Quién estaba con él?

—Faón, Epafrodito y Esporo.

Uno de ellos entonces. O todos ellos.

—Nos están esperando. Tienen su..., lo tienen a él... preparado para ser

enterrado.

Ahora entendí las prisas.

—¿Pero dónde yacerá?

—Un secuaz de Galba, Icelo Marciano, ha dado permiso para un funeral formal. Puede ser enterrado en el mausoleo de la familia de su padre, la *gens* Domicia. Me tomé la libertad de encargar un sarcófago de pórfito rojo y un altar de mármol de Luna blanco.

—Cuestan dos mil piezas de oro —intervino Alejandra.

—Espero que no sea este el motivo de que me llamarais —contesté—. Aunque, por supuesto, los pagaré. —Habría pagado mil veces esa cantidad para evitarle la ignominia a la que normalmente se somete a un gobernante derrocado: una tumba desvencijada, en el mejor de los casos, o la profanación de los restos en el peor.

—Te llamamos porque tú fuiste su primer amor, y sabíamos que jamás dejaste de importarle. Esperamos que tú sigas sintiendo lo mismo. Sus exequias deberían realizarlas las personas a quienes él les importa.

Evidentemente, no tenían forma de saber nada de lo que había pasado entre nosotros en Grecia. Así que era una suerte que se hubieran acordado de mí en este momento.

—Sí. Me importa. Más que eso. —Me levanté y me sequé otra vez las lágrimas para aclararme la visión—. Tenemos que darnos prisa, como dijisteis. ¿Qué debemos llevarle?

—Pensé que la túnica blanca tejida con hilo de oro que llevó en la ceremonia de Año Nuevo, cuando las legiones le juraron lealtad, sería lo más adecuado —comentó Alejandra, señalando un bulto doblado en la mesa.

—¿Qué lealtad? —solté—. ¿Es esto lo que habría querido él que se relacionara con su entierro?

—Los pretorianos le fueron leales, hasta que los engañaron. Cuando sepan



la verdad, se arrepentirán.

—Eso no le devolverá la vida —dije.

—Es cierto que sus últimas palabras fueron sobre la lealtad de los soldados —admitió Égloga.

Sus últimas palabras.

—¿Qué dijo?

—Es lo que Epafrodito nos contó. Dijo que el emperador sabía que le había llegado la hora pero que se negó a asestarse el golpe final hasta que oyó el ruido de los soldados que se acercaban. Solo entonces pudo hacerlo. Apenas unos instantes después llegó el centurión y lo encontró casi muerto. Desmontó rápidamente del caballo, corrió hacia Nerón y le presionó el cuello con su manto para detener la hemorragia porque quería salvarlo, aunque solo para poder ejecutarlo después. Nerón, todavía consciente, lo miró y dijo: «Demasiado tarde. ¡Así que esta es vuestra lealtad!» Murió justo después, y frustró así sus planes.

Así que él lo sabía. Al final conoció la amargura de la traición, aunque tuvo el pequeño consuelo de haber burlado a sus captores y eludido una ejecución vergonzosa. ¡Mi querido Nerón, qué muerte tan horrible tuviste al perecer sabiendo eso!

Las lágrimas me llenaron de nuevo los ojos y me cegaron. Finalmente, las sequé, me puse de pie y me dirigí hacia la ropa doblada. En silencio pensé que él habría preferido una de sus extravagantes túnicas floreadas, como último gesto para sus críticos romanos, pero esta era sin duda más digna. Acaricié la fina lana blanca, noté la aspereza del hilo de oro que la recorría.

—Esta servirá —dije.

No me había fijado en la estancia hasta entonces, cuando mi visión se hubo aclarado. Colgada de la pared, en un lugar de honor, estaba la corona de olivo silvestre de Olimpia, la corona del vencedor que tan preciada era para él.

—Tenemos que llevar esto —señalé.

—Y su cítara —dijo Alejandra—. Sé que habría querido tenerla con él.

Quitó la corona de la pared. Algunas de sus frágiles hojas, que tenían casi un año, se desmenuzaron. Pero las demás estaban bien conservadas.

El viaje hasta la villa de Faón fue largo y polvoriento. Por el camino, una vez estuvimos fuera de la ciudad, los pájaros sobrevolaban los campos y los setos estaban en flor. Resultaba particular y personalmente insultante para él que el mundo siguiera teniendo colores vivos y pájaros cantando cuando él yacía sin vida.

Vimos la villa a lo lejos, rodeada de campos abandonados, cubiertos de altos juncos y zarzamoras. A Faón le habían ido bien las cosas; la villa era grande y se estaba ampliando. Cruzamos una gran puerta principal y nos recibió un esclavo. Enseguida nos llevó al atrio lleno de luz, donde Faón, Epafrodito y Esporo nos aguardaban. ¿Cuál de ellos era el traidor? ¿O eran culpables los tres?

—Gracias por venir —dijo Faón—. Agradecemos que podáis... ayudarnos.

—Y agradecemos a los poderes que están ahora al mando que le hayan permitido un funeral de verdad —añadió Epafrodito, un hombre de tez morena y cejas pobladas—. Fui yo quien te escribí, Égloga, con la información sobre su último día.

De modo que era así cómo Égloga y Alejandra conocían tantos detalles.

—Tenemos lista la pira funeraria —informó Faón—. ¿Os gustaría ver los preparativos? Está todo fuera, en la parte trasera de la villa.

«No, no quiero verlo. Nunca, jamás», respondí en silencio. Pero bajamos penosamente un tramo de escaleras y cruzamos detrás de los tres hombres una puerta que daba a una amplia zona despejada. Estábamos espantosamente

ante una gran pira, con los troncos apilados de forma geométrica a la perfección: una pirámide a la espera de una antorcha. La coronaba un espacio llano para colocar en él una litera.

—Hemos trabajado mucho para prepararla —dijo Faón con una nota de orgullo en su voz.

Un poco más allá había un agujero rectangular con el borde cubierto de fragmentos de mármol.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalándolo.

—Nos ordenó que caváramos su tumba —respondió Epafrodito.

Me estremecí al pensarlo. ¿Había estado allí viendo cómo adquiría forma? ¡Por todos los dioses, qué cruel!

Me volví y vi un agujero recién abierto en la pared trasera.

—¿Y esto? —quise saber.

—Tuvimos que excavar una entrada por aquí para que pudiera acceder al sótano sin ser visto.

—¿Pasó su última noche en un sótano?

—Era el lugar más seguro —dijo Esporo, que por fin habló.

—No os aflijáis, por favor —pidió Faón cuando Égloga y Alejandra se echaron a llorar. Ya puesto, podría haber ordenado al sol que se quedara quieto. Nos abrumaba la modestia de aquel lugar, las humillaciones a las que Nerón había sido sometido: arrastrarse por una abertura en la pared de la villa de un liberto para dormir solo en un sótano húmedo y oscuro.

—¿Y dónde...? —Tuve que esforzarme para hablar con voz firme—. ¿Dónde lo encontró el centurión?

—Aquí mismo —respondió, y señaló un lugar cerca de la esquina de la villa. Había una mancha oscura en el suelo. Sangre—. Oímos el ruido de la caballería fuera, en la calzada, que queda cerca de este punto, y citó una frase de la *Iliada*. Había llegado la hora, si es que tenía que llegar.

Homero. Siempre Grecia. Sonreí, sorprendida de poder hacerlo.

—¿Podemos ir a prepararlo? —pregunté. Tenía que hacerse. No podía esperar.

—Sí. Está en el sótano. No por falta de respeto, sino porque está más fresco, ¿comprendéis?

Sí, eso lo comprendía.

Nos llevaron al sótano por la escalera habitual, y recorrimos varios cuartos fríos y oscuros hasta llegar al que contenía una mesa cubierta con una sábana. Unas diminutas ventanas dejaban entrar franjas estrechas de luz, pero era necesario encender lámparas para poder ver.

—¿Podríais dejarnos, por favor? —pedí cuando estuvimos frente a la silenciosa mesa cubierta.

—Sí —contestó Faón—. Aquí encontraréis barriles de agua, paños y toallas —añadió, señalando otra mesa. Se volvieron y se fueron.

Estábamos solas con él. Impotentes, permanecimos quietas varios minutos. Una de nosotras tenía que retirar la tela que lo cubría. Ninguna de nosotras quería hacerlo. Finalmente, me armé de valor y me acerqué en silencio a la mesa. Tomé la tela con ambas manos y la quité. Casi retrocedí al verlo. Hasta aquel segundo no había realmente creído, o más bien comprendido, que estaba muerto.

Le habían cerrado los ojos en un acto de misericordia, pero no se habían ocupado de nada más. El gran corte del cuello se había vuelto negro, pero aparte de eso, parecía vivo. Los cambios de la muerte todavía no eran visibles en él. Parecía más joven, como el Lucio al que yo vi por primera vez. Me incliné hacia él y le besé la fría mejilla.

—Lucio ha vuelto —le dije—. He recuperado a mi Lucio.

Iniciamos entonces la lúgubre tarea de desvestirlo, de lavarlo con cuidado,

de prepararlo para el viaje. Era un honor; era una tortura. Finalmente, le pusimos la túnica blanca que habíamos llevado.

Los hombres lo sacaron en una litera. El día refrescaba; el sol proyectaba sombras inclinadas. Antes de que lo izaran a la pira, me agaché y le ceñí la corona en la cabeza. Tuve que alisarle el pelo, siempre tan indomable, que ahora se rizaba alrededor de las hojas. Lo besé otra vez, y le susurré al oído, aunque ya no me oyera:

—Una vez te salvé de una pira funeraria, pero ahora no puedo hacerlo, mi amor. Pero dijiste que nuestras almas jamás estarían separadas, y no lo están. —Me quité la pulsera y la deposité en su pecho—. He venido a ti, como prometimos. Te devuelvo la pulsera.

Alejandra avanzó y puso su preciada cítara junto a él en la litera.

Yo había retrocedido, pero tuve que volver con él.

—¡Oh, querido mío, adiós! —exclamé.

Al recibir la señal, los hombres levantaron la litera y la colocaron en lo alto de la pira. A continuación le prendieron fuego usando varias antorchas. Cuando se elevaron las llamas, salieron esclavos de la casa para mirar.

No pude soportar ver cómo las llamas lo devoraban. Desvié la mirada y la dirigí al suelo, pero no tenía forma de evitar oír los chasquidos y el crepitar de la madera ni el estruendo del fuego. Ni tampoco de dejar de oler el hedor acre del humo que nos rodeaba.

Dos días después hicimos el triste viaje de vuelta a Roma, llevando las cenizas en una sencilla urna de cerámica de mi propio taller. Llevaba estampado mi nombre y mi sello. Así estaríamos verdaderamente juntos para siempre. Ya no había prisa; de hecho, era aconsejable demorarnos para dar tiempo a que el sarcófago y el altar con su balaustrada estuvieran en su sitio.

Mientras avanzábamos lentamente, había gente que ocupaba los bordes de la calzada, cada vez en mayor cantidad a medida que nos acercábamos a la ciudad. De algún modo se habían enterado de la ceremonia en el mausoleo de la *gens* Domicia y nos esperaba respetuosa para vernos pasar. La vía Salaria nos condujo hasta el monte Pincio, con sus magníficos jardines en su parte alta. La tumba de la familia se encontraba cercana a la base de la colina, en el lado norte. Cuando nos acercamos, había una multitud esperándonos.

La tumba contenía los restos de miembros de la *gens* Domicia, remontándose a varias generaciones. Era una gran estructura con nichos y lápidas. Vi los nombres de Gneo Domicio Enobarbo, su padre, y de Lucio Domicio Enobarbo, su abuelo, el auriga. Otras lápidas mostraban otros nombres que retrocedían más en el tiempo. Había estatuas y jarrones de mármol dispuestos en distintos niveles.

Desmontamos y caminamos despacio hacia la entrada del mausoleo, donde había un guardia apostado. Yo llevaba la urna sujeta con ambas manos delante de mí para que fuera lo primero que entrara en la tumba. Ante mí, en la zona central, estaba el sarcófago de pórfido rojo, reluciente y pulido. Habían conseguido instalarlo a tiempo. La tapa descansaba a un lado; dos ayudantes uniformados estaban esperando para ayudar a ponerla en su sitio. Sobre el sarcófago había un resplandeciente altar nuevo de mármol rodeado por una balaustrada de piedra de Tasos, como Égloga había encargado.

Égloga y Alejandra ocuparon su sitio a mi lado, delante del sarcófago. Su interior estaba oscuro; no podía ver el fondo. Estábamos solas para poder realizar los ritos fúnebres que deseáramos.

Pedí a Égloga que hablara la primera y ella susurró unas palabras a la urna.

—Pasaste toda tu vida alegre, sonriendo, jugando y feliz, y deleitando tu alma con los placeres del arte del canto. Ahora, todavía joven, reposas entre los muertos. Esta urna te contiene en un espacio reducido y rodea tus huesos.

—Alargó la mano para tocar la urna—. Que la tierra descansa suavemente sobre ti.

A continuación, Alejandra tocó a su vez la urna.

—Unos espíritus malignos han segado pronto tu vida —dijo—, como una tormenta del sur corta una planta delicada. Te fue concedida solo media vida. Pero en esa corta media vida brillaste como el sol. Que nadie moleste esta, tu última morada.

Se hizo el silencio. Ahora tenía que hablar yo. Alcé, temblorosa, la urna.

—Vuelves a ser Lucio, y has regresado con tu familia. Que te reúnas con ellos en paz. Que encuentres la dicha eterna. Pero sabes que yo, que te amo, jamás tendré dicha ahora que tú te has apresurado a seguir la llamada de las Parcas. Esto es todo, nada más puede pasar. Era lo que estaba escrito para nosotros.

Me dirigí hacia el féretro oscuro y dejé la urna en su interior. Era profundo; mis brazos apenas alcanzaron el fondo. La urna hizo un ruido sordo al tocar su última morada. Recorrí la parte superior con los dedos y acaricié la suave arcilla antes de sacar las manos.

Retrocedí e hice un gesto con la cabeza a los hombres para que procedieran. Levantaron la tapa y la pusieron cuidadosamente en su lugar, de modo que el sarcófago quedara sellado.

La tapa llevaba grabado:

LUCIO DOMICIO ENOBARBO

Treinta años, cinco meses y veinticinco días de edad

Nada sobre el hecho de que había sido emperador. Solo un nombre y su edad. Los poderes que estaban entonces al mando habían prohibido cualquier otra cosa. Pero por lo menos le habían concedido un entierro respetuoso.

Al salir, vi que había muchas personas todavía esperando bajo el radiante

sol. Llevaban flores y se acercaron de una en una a la tumba para depositarlas sobre el sarcófago.

Égloga, Alejandra y yo subimos la colina en busca de uno de sus jardines. El monte Plinio era conocido por sus exuberantes jardines que ofrecían una vista espléndida de Roma a sus pies. Yo estaba agotada, sin fuerzas, pero al ascender me repuse.

Se había acabado. Su vida había acabado, había llegado a su fin aquí, en aquel frío monumento de mármol blanco situado un poco más abajo. Podía ver el majestuoso mausoleo de Augusto a poca distancia de allí, junto al Tíber. Él no había querido estar allí; jamás formó realmente parte de esa familia, a pesar de ser el tataranieta de Augusto. Ahora no tenía que hacerlo, por fin había escapado.

—Creo que seré enterrada donde él murió —soltó Égloga de golpe—. Tal vez podría usar aquella tumba ya excavada. Alguien tendría que hacerlo para restar fuerza así al hecho de que él tuviera que ver cómo la preparaban.

—Es demasiado pronto para pensar en eso —contesté.

—Tengo muchos más años de los que él tenía. Tal vez mañana ya no estemos aquí.

A mí no me preocupaba tanto dónde reposaría a la larga, puesto que todavía tenía que vivir los largos años que se extendían ante mí sin él. El vacío resonaría en mi alma cada día.



## LXXV

### LOCUSTA

Aquí estoy, sentada en mi cárcel, a la espera aún de que se revele mi destino. Normalmente soy una persona paciente, ya que mi profesión lo exige, pero esto supera incluso mi capacidad de autocontrol, y doy un brinco cada vez que se abre la puerta. Conozco a muchas personas relacionadas con Nerón que han sido ejecutadas, y puede que yo me una a ellas... pronto. Ya llevo meses aquí encerrada desde que Galba asumió el mando en Roma.

Sus agentes se presentaron en mi academia, la asaltaron, detuvieron a mis pupilos y vinieron a buscarme a mi despacho. Sin dar ninguna explicación sobre por qué me detenían, me llevaron a Roma. Pero no era necesaria ninguna explicación: yo estaba relacionada con el régimen neroniano, y ellos estaban capturando a todos los que podían encontrar.

La noticia de la caída de Nerón me llegó al campo antes de que Galba pusiera los pies en Roma, lo que llevó cierto tiempo. Lloré mucho por la pérdida del joven emperador, de mi amigo. Las informaciones eran confusas, por lo que no sabía con certeza si había podido valerse del veneno que le había preparado o si había tenido un final más triste. O quizá no había habido ningún final, y estaba escondido. Había quien lo creía, y no es imposible. Los libertos que estaban con él en una villa alejada de la ciudad habían sido enigmáticos al respecto. Quizá lo habían atraído hacia allí para delatarlo a sus enemigos. Quizá habían intentado realmente ayudarlo. Jamás lo sabremos. Lo que sí sabemos es que solo unas pocas personas afirmaban haber visto muerto

a Nerón y que el principal testigo, Icelo, un secuaz de Galba, tenía interés personal en declararlo muerto y en proclamar a Galba como su sucesor.

Fue Icelo quien dio permiso para que Nerón tuviera un funeral como es debido. ¿Pero quién reposa en el mausoleo de la *gens* Domicia? ¿Podría ser otra persona, o estar incluso vacía la tumba?

Nerón estaba cansado de ser emperador. Lo sabía por mi última conversación con él. Sería muy propio de él marcharse a tiempo, desaparecer rumbo a Oriente. Desde luego, Ninfidio, quien lo traicionó, dijo que había huido a Egipto.

¡Ah, Ninfidio! Espero que Nerón esté vivo para saber que quien lo traicionó fue asesinado por los pretorianos a quienes mintió para engañarlos y que lo abandonaran. Abalanzándose sobre él con las espadas relucientes, gritaron que estaban vengando a Nerón. Ninfidio era lo peor de lo peor, un doble traidor, porque había intentado que los soldados lo proclamaran a él emperador en lugar de a Galba, afirmando ser hijo de Calígula. El autoproclamado hijo de Calígula descansa ahora solo los dioses saben dónde, pero lo más probable es que sea en alguna zanja. Así deberían perecer todos los embusteros desleales.

La plebe no ha dejado de llevar flores a la tumba de Nerón (si es que está en ella). Galba ha desdeñado el asunto diciendo que «la chusma siempre echará de menos a Nerón». El propio Galba ha perdido ya todos los apoyos que tenía de las personas que lo instalaron en el poder al negarse a pagar el enorme estipendio prometido a los pretorianos alegando: «Estoy acostumbrado a pagar a los soldados salarios, no sobornos.»

Puede que no dure mucho. ¿Pero quién lo sustituirá? La familia de Augusto ya no existe, extinguida, desaparecida. Alguien tiene que gobernar Roma, y ese alguien pertenecerá a una familia. ¿Pero qué familia se

impondrá? Temo que estamos a las puertas de una guerra civil tan sangrienta como las que se libraron durante la República.

¿Podría estar vivo Nerón? El rey Vologeso de Partia envió un emisario especial al Senado para pedirle que honrara la memoria de Nerón. Es una figura fuerte y venerada en Oriente. Y ha habido noticias de personas que afirman haber visto a Nerón en Grecia, reuniendo seguidores, armando a esclavos. Se dice que se parece a Nerón en su aspecto y en su destreza con la lira y la cítara, y mucha gente ha visto hace poco a Nerón en Grecia y puede confirmar si es realmente el mismo hombre. Parece haber pasado la prueba.

Si es así, ¿regresará a Roma y hará caer a Galba?

Un ruido en la puerta. Se está abriendo despacio. Tal vez Galba haya decidido que necesita mis servicios. Tal vez me libere. Tal vez no sea Galba, sino Nerón que ha regresado.

Me levanto, preparada.

## LXXVI

### ACTEA

El viento cálido que sopla sobre la tumba tiene el corazón helado, lo que da a entender que el invierno está más cerca de lo que parece. Lo mismo sucede conmigo. Pronto cumpliré sesenta, y este será el último viaje que haré aquí. Deposito unas flores de finales de verano en la tumba de Égloga, que mantuvo su promesa de ser enterrada en la tumba preparada para Nerón. En su lápida de mármol están grabadas las palabras «A Claudia Égloga, la más leal». No puede imaginarse virtud más elevada que esta.

Faón se ha ido, nadie sabe adónde; la villa es propiedad de otra persona que permite amablemente que la tumba de Égloga esté cuidada. Tampoco hace nada para oponerse al reguero de personas que vienen a ver dónde Nerón exhaló su último suspiro. Hay quien todavía cree que está vivo; naturalmente, yo sé que no. Pero ¿quién puede extinguir rumores que están decididos a propagarse sin cesar?

Ha habido por lo menos tres hombres ansiosos por sacar partido de los rumores: los llamados falsos Nerones que se hacen pasar por él confiando en su parecido físico y en sus dotes musicales. El primero apareció en Grecia apenas unos meses después del ascenso al trono de Galba y reunió para su causa a desertores del ejército y a otros que deseaban la vuelta de Nerón. Fue acorralado y capturado en la isla de Citnos, en la costa de Grecia.

El segundo apareció diez años después, esta vez más al este. Afirmaba haber escapado a los soldados que Faón envió tras él y haber estado

escondido desde entonces. Se dirigió a Partia, donde esperaba una calurosa bienvenida. El gobernante, efectivamente, lo acogió y estuvo dispuesto a sumar esfuerzos para reinstaurarlo en el trono, pero se descubrió que su verdadera identidad era Terencio Máximo y fue ejecutado.

El último llegó diez años después de eso, hará unos dos años. Lo acogieron los partos, que se opusieron a la exigencia de Roma de entregarlo, pero finalmente los convencieron de hacerlo. Él también pereció.

Nerón, Nerón..., ¿por qué sigues volviendo bajo estas formas burlonas? ¿Tan inquieto sigue tu espíritu?

Dirigí una mirada hacia la esquina donde se había desangrado. Todo rastro había desaparecido; hace mucho que la tierra ha absorbido la sangre, y sobre ella han crecido plantas silvestres. Han pasado veintitrés años desde aquel día.

Ahora tengo que dejar este sitio tan triste e ir a su tumba.

Podría llegar al monte Pincio sin necesidad de recorrer Roma en sí, pero como puede que esta sea mi última visita, quiero verla por última vez. Elijo, pues, el recorrido que me llevará por el centro de la ciudad, una ciudad que ha conocido seis emperadores desde Nerón. El año posterior a su muerte se desencadenaron guerras entre los aspirantes al trono. Como no había ningún pretendiente de la *gens* Julia original, cualquiera de ellos podía tener sueños imperiales, y cuatro lo hicieron; ese año recibe el nombre de «año de los cuatro emperadores». Primero fue Galba, que solo duró unos meses y fue sustituido por... ¡sí!, por Otón, que fue sustituido por Vitelio, que fue sustituido por Vespasiano. Diez años después tuvimos a su hijo, Tito, como emperador, seguido de su hermano menor, Domiciano, que reina ahora.

En cuanto a los compañeros y secuaces de Nerón, sus destinos variaron con cada emperador. Helios y Ninfidio fueron los primeros en desaparecer, ejecutados bajo el reinado de Galba. Otón condenó a Tigelino, que se había

recuperado de su enfermedad solo para terminar muriendo; tuvo que degollarse a sí mismo cuando recibió la orden. Esporo prefirió suicidarse a convertirse en el juguete de Vitelio. Epafrodito fue quien duró más, pero Domiciano ordenó su ejecución porque no había logrado impedir el suicidio de Nerón, un ejemplo que un emperador no podía consentir.

Las calles, cuando accedo a ellas, son las habituales calzadas ruidosas llenas de gente que se dedica a sus cosas, como hace la gente con independencia de quien viste la púrpura y vive en el palacio.

El palacio..., la Casa de Oro inferior ya no existe. Vespasiano la destruyó y la sustituyó por una estructura imponente que puedo ver desde media ciudad de distancia: un gigantesco anfiteatro. Me estoy acercando a él, con sus arcos rojizos y sus nichos ensombrecidos; el clamor de su interior indica que se están disputando en él combates de gladiadores. Una gran multitud de gente se arremolina fuera, de modo que bordearé el edificio.

Vespasiano drenó el lago de Nerón, lo cubrió y colocó encima el anfiteatro. Lo inauguró con el nombre de anfiteatro Flavio. Pero la ironía ha triunfado. El coloso de Nerón, que sigue erigido cerca de aquí, ha dado al anfiteatro el nombre popular de Coliseo. Así que Nerón sigue presidiendo este lugar.

Pero queda poco más. Contemplo el monte Opio cuando estoy más cerca. Donde solía estar el magnífico pabellón, Tito ordenó construir unas feas termas. Queda algo del pabellón original, pero tiene los días contados. Jamás estuvo terminado y jamás lo estará.

En este sentido se parece mucho al legado de Nerón. Sus grandes iniciativas y sus fabulosos proyectos han sido suspendidos, abandonados. La liberación de Grecia fue anulada por Vespasiano. El canal de Corinto no fue terminado. Los juegos neronianos dejaron de celebrarse. El único legado que deja tras él es su música; sus composiciones están recopiladas en el *Liber*

*dominicus* y se siguen interpretando. El arte ha sobrevivido a la piedra y a la política. Eso le complacería.

A esta hora es mejor cruzar el Campo de Marte que el resto del centro de la ciudad, de modo que seguiré esta ruta. Está menos concurrida y tiene más espacios abiertos. Aquí, los edificios públicos convierten a Roma en elegante y acogedora; los visitantes siempre hablan de ellos. Hoy hay muchas personas paseando, algunas mirando el panteón; otras, los monumentos de Augusto, más arriba: el Reloj Solar y el Ara Pacis, el altar de mármol blanco de la paz. Ahora, a mediodía, la sombra del obelisco, que hace las veces de gnomon del reloj de sol, es corta. Cerca está el mausoleo de Augusto, que, con su estructura circular y su parque, atrae a visitantes y devotos.

«¿No estás contento de reposar en otra parte? —pregunté a Nerón—. El peso de esa familia te oprimía y no habrías querido codearte con ellos toda la eternidad.»

Aunque esta parte de Roma es encantadora, no lo es tanto para los prisioneros condenados que desfilan encadenados por aquí imitando una ceremonia del triunfo, expuestos a los abucheos del gentío antes de su ejecución pública. Galba reunió a muchos del régimen de Nerón, incluidos Helios y Locusta, y los sometió a este castigo.

Dejo atrás la ciudad y, una vez al aire libre, paso por los jardines y huelo su encantadora fragancia de finales de verano. Delante de mí está la tumba de la *gens* Domicia. Veo un reducido grupo de personas en la entrada.

Me aproximo a ellas, sintiendo curiosidad por saber quiénes son. Las hay de todas las edades; algunas parecen extranjeras; otras, romanas. Incluso hay dos legionarios.

—¿A qué habéis venido? —pregunto a una de las familias, una madre con dos hijos.

—He hablado a mis hijos de él —responde la mujer—. Como hace un día

tan bonito, pensé en traerlos aquí.

—¿Y qué les has contado? —«¿Que era un demente, un tirano, un monstruo?», pensé. Esta es la historia oficial que difunde ahora el Senado.

—Que era el emperador más extraordinario que hemos tenido —responde—. No era un guerrero, sino un artista; quería complacer al hombre corriente, no al aristócrata; ¡competía en las carreras de carros! —Suelta una carcajada—. ¿Cuándo tendremos otro así?

—Nunca, me temo —digo. Nunca, lo sé.

Subo los peldaños para acceder al resguardado interior. El sarcófago está pulido y limpio; a su alrededor y sobre él hay flores, y son frescas. Es recordado.

«Estoy aquí —le digo—. Puede que sea la última vez. Ya no soy joven; siento los cambios que se producen en mí, y el camino de ida y vuelta a Velitres se me hace cada vez más largo. Vengo de la tumba de Égloga, que comparte contigo. Fue fiel hasta la muerte. Yo también lo seré.»

Recorro con la mano la suave piedra fría del sarcófago y le sigo hablando:

«Te devolví la pulsera. Pero sigo teniendo algo que tú me diste hace mucho: la esmeralda tallada que usabas para ver mejor de lejos. La miro y siento tu vulnerabilidad. Podías ver lo que tenías cerca, pero no lo que estaba lejos.

»Toco esta piedra otra vez, y noto las letras grabadas que deletrean tu nombre.

»Un último adiós, amor mío, amigo mío. No volveremos a encontrarnos hasta que nos veamos bajo la tenue luz del Hades. No falta mucho. Lo presiento. Espérame.»



## NOTA DE LA AUTORA

Esta es la historia de los últimos cuatro años de la vida de Nerón Claudio César Augusto Germánico, cuyos cinco nombres legales rebosan de historia romana a pesar de que en la actualidad todo el mundo lo conoce simplemente como «Nerón», sumándose a ese extraño grupo de personas a las que les basta un solo nombre para ser reconocidas al instante.

En mi anterior novela, *Las confesiones del joven Nerón*, cuento la historia de cómo llega a la edad adulta y toma la púrpura. Pero en muchos sentidos no alcanzó la mayoría de edad hasta la prueba suprema del gran incendio de Roma. Esta catástrofe cambió Roma para siempre, y también cambió a Nerón. Sus relaciones con las personas de su vida cambiaron, su perspectiva sobre la vida cambió y su personalidad cambió. Este libro comienza con el incendio y termina veintitrés años después de su muerte, lo que nos aporta tanto las repercusiones inmediatas de su vida y su reinado como sus consecuencias a más largo plazo.

Durante estos cuatro años, el segundo capítulo de su vida, tienen lugar los hechos asociados para siempre con él. A los treinta años, tras una sucesión única e inolvidable de actuaciones, abandonó el escenario de la vida.

Pero no del todo. Es uno de los pocos personajes históricos que tienen una ajetreada vida póstuma. En las dos décadas posteriores a su fallecimiento, hubo por lo menos tres hombres que suplantaron su identidad, afirmando ser el difunto emperador y reuniendo seguidores. Como Elvis, Nerón también «fue visto» numerosas veces en diversos sitios.

Hoy en día su nombre es conocidísimo, mientras que la mayoría de los

demás cincuenta y cinco emperadores romanos ha caído en el olvido. Su imagen es inconfundible, puesto que se atrevió a permitir que lo retrataran en las monedas tal como era, con papada incluida. No es la clase de fama que él había esperado, pero que haya podido alcanzarla teniendo tantas cosas en contra es excepcional.

Para los acontecimientos de estos cuatro años de su vida contamos con las mismas tres autoridades principales de la Antigüedad: Tácito, Suetonio y Dión Casio, con la crucial diferencia de que Tácito no cubre los últimos dos años de su vida, un vacío lamentable. Esto hace mucho más difícil precisar la cronología de su repentina caída, e identificar los detalles, que son confusos. Los otros dos, Dión Casio y Suetonio, están mucho menos interesados en el contexto, que es, por supuesto, lo que los historiadores modernos quieren analizar.

Los tres tienen un conocido sesgo claramente contrario a Nerón, del que escriben en una época posterior y durante el reinado de una dinastía distinta, cuando era importante minimizar todo lo posible los logros del predecesor. Como consecuencia de ello, ha sido definido totalmente por sus enemigos, con la mala suerte de que no ha perdurado ninguno de los relatos de personas favorables a él que pudieran contradecirlos. Encontramos fragmentos de información adicional sobre Nerón y su época en Plinio el Viejo, Plutarco, Josefo, Dión Crisóstomo de Prusa, Pausanias, Flavio Filóstrato, san Jerónimo, Marcial y otros.

El historiador moderno Bernard Henderson afirma que con el reinado de Vespasiano (69-79 d. C.) «comienza el menosprecio sistemático de Nerón que influye consciente o inconscientemente en todos nuestros registros existentes». La arqueóloga Elisabetta Segala, autora de la guía oficial de la Domus Aurea de la Superintendencia Arqueológica de Roma, afirma: «Las principales fuentes de la historia del principado de Nerón —Tácito (54 o 55-

120 d. C.), Suetonio (70-140 d. C.) y Dión Casio (155-235 d. C.)— se basan, directa o indirectamente, en la oposición política y parecen ser de forma unánime hostiles al emperador. El testimonio literario y la tradición cristiana, que pronto identificaron a Nerón con el anticristo, han contribuido a formar la imagen totalmente negativa del emperador que ha llegado hasta nosotros.»

Michael Grant, otro historiador moderno, observa: «Pero todavía no se ha mencionado que el problema más grave al que tenemos que enfrentarnos consiste básicamente en el largo período transcurrido entre la muerte de Nerón y las fechas en que fueron escritos estos relatos que han llegado hasta nosotros. Tácito escribió su *Anales* unos cincuenta años después de la defunción de Nerón, y *Las vidas* de Suetonio, que incluían la de Nerón, fue posterior todavía; y pasaron cien años más hasta que Dión Casio escribió. Es extraordinariamente difícil saber cómo era en realidad alguien como Nerón cuando dependes de autoridades tan posteriores a él.»

Pero finalmente ha llegado ayuda, dado que los historiadores modernos, formados para analizar de manera científica material como monedas o textos manuscritos en lugar de aceptarlos sin más, poseen unos estándares de valoración más rigurosos. Y recientes hallazgos arqueológicos, como el descubrimiento de esa maravilla de la ingeniería, el comedor giratorio de Nerón, la *coenatio rotunda*, que durante mucho tiempo fue considerado simplemente una leyenda, están alterando nuestra valoración y nuestra opinión de Nerón y de su reinado en su entorno. También podemos juzgarlo ahora en el contexto artístico, en el que era un genio. Además, nuestro cambio de mentalidad en cuanto a aspectos como la fluidez y la identidad de género, así como sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo, hace que lo veamos desde un punto de vista distinto, más comprensivo. Una modificación así de simple de la luz que se le aporta puede revelar nuevas facetas. La persona que descubrí era un artista auténticamente visionario y

distaba mucho del monstruo cruel que sus enemigos habían descrito. No se merecía las calumnias que sus oponentes vertieron sobre él, y es de esperar que hoy en día la gente lo vea finalmente como la persona compleja que era, con defectos, por supuesto, pero también con cualidades positivas.

Es siempre gratificante devolver a alguien al lugar que le corresponde, y espero que esta obra contribuya a hacer eso con Nerón, o por lo menos convenga a la gente de empezar a pensar en él de un modo algo distinto.

Al escribirla tuve que tomar muchas decisiones sobre qué incluir, qué destacar y qué descartar, y ahora las explicaré a mis lectores. Este libro cubre muchos de los acontecimientos que son parte integral de la leyenda de Nerón. En la novela sigo el convencimiento del historiador Edward Champline, quien, en su libro *Nero* [*Nerón*] explica: «He supuesto que sus actos eran racionales, es decir, que no estaba loco, y que gran parte de lo que hizo concuerda mucho más con actitudes sociales contemporáneas de lo que nuestras fuentes hostiles nos harían creer.» Menciona que «para la mayoría de los actos de Nerón, incluso los más conocidos [...] podemos encontrar un propósito que puede no tener nada que ver con las motivaciones que se le atribuyen». En la novela, solo le he atribuido motivaciones que, a mi entender, son explicativas y probables.

Teniendo esto en mente, repasemos los principales acontecimientos de la vida de Nerón que se incluyen en esta novela.

En primer lugar, del gran incendio de Roma se dice que «Nerón tocaba la lira mientras Roma ardía». A pesar de que Nerón no estaba en Roma cuando se declaró el incendio y de que regresó a toda prisa a la ciudad y se dedicó por completo a adoptar medidas para auxiliar a los damnificados, se inició el rumor de que él había cantado sobre la caída de Troya mientras contemplaba

las llamas. Se sabía que había compuesto un poema épico sobre este tema y que lo había interpretado en el escenario, por lo que resultó bastante natural pensar que el incendio era un telón de fondo demasiado bueno para que lo dejara pasar. No hay pruebas de que lo hiciera, y los rumores lo sitúan cantando en tres lugares distintos.

Que una vez extinguido el fuego dedicara grandes extensiones del centro de Roma a su nuevo complejo palaciego motivó que la gente lo acusara de provocar el incendio para despejar la zona para sus fines. Por más que hiciera constar que su palacio recién terminado, la Domus Transitoria, había quedado destruido en el incendio; por más que insistiera en señalar que el incendio se había declarado en una zona muy alejada del nuevo complejo palaciego, sus esfuerzos fueron en vano.

Lo cierto es que Roma tenía mucho peligro en caso de incendio y había sido presa de las llamas muchas veces, siempre por accidente. No hay razones para creer que este incendio fuera distinto, o provocado. Y a pesar de las medidas que tomó Nerón para hacer más segura la ciudad y evitar así futuros incendios, solo dieciséis años después, en el 80 d. C., hubo otro gran incendio, aunque no tan grande como el del año 64 d. C., pero que, aun así, duró tres días.

En segundo lugar, la primera persecución histórica de los cristianos se produjo tras el gran incendio de Roma. Se suele formular así: Nerón necesitaba un chivo expiatorio para el incendio a fin de que no lo culparan a él, y eligió a los cristianos. Esta es la versión simplista. Lo cierto es que en el momento más álgido del incendio hubo personas misteriosas que fueron vistas encendiendo nuevos fuegos y obstaculizando la labor de los vigiles, encargados oficialmente de combatirlos. Nadie supo quiénes eran; hubo quien acusó incluso a Nerón de enviar a sus agentes a actuar como incendiarios. Otros sospecharon de los cristianos, que por aquel entonces eran

considerados criminales, elementos antisociales y miembros de un misterioso culto no romano. Su espera del apócrifo «fin del mundo» hizo que fuera creíble que intentaran precipitarlo destruyendo el mundo que los rodeaba.

Es probable que Nerón, como muchas otras personas, creyera sinceramente que los cristianos estaban implicados. Los castigos que les fueron impuestos correspondían a los establecidos por las costumbres romanas. Los incendiarios morían quemados. Los criminales eran crucificados. Suetonio menciona incluso la persecución de los cristianos como una de las cosas buenas que hizo Nerón, lo que ilustra el desdén generalizado que se sentía por ellos en Roma.

No sabemos lo amplia que fue la persecución. Contrariamente a lo que se cree, no se los condenó por ser cristianos, sino por incendiarios. Es curioso que esta persecución no se recoja en los primeros escritos de la Iglesia. ¿No tenían conocimiento de ella? ¿O las cifras eran lo bastante pequeñas al crear los primeros registros como para que los Padres de la Iglesia la desconocieran? Que Pedro y Pablo fueran ejecutados en este período es una leyenda. No sabemos cuándo fueron ejecutados o si tuvo relación con ello.

Después, para los cristianos, como las letras de su nombre sumaban 666 en hebreo, Nerón se convirtió en la Bestia del Libro de las Revelaciones, y la creencia de algunas personas de que iba a volver lo relacionó con el anticristo. Aún en el siglo XII, se creía que su fantasma malvado habitaba en los cuervos que anidaban en un nogal cercano a su tumba, por lo que el papa Pascual II (1099-1118) ordenó talar el árbol y construir una iglesia en aquel lugar.

En tercer lugar, se acusa a Nerón de matar de un puntapié a su esposa encinta, Popea. Dión Casio afirma que saltó sobre ella con los pies, aposta o accidentalmente. Suetonio asegura que Popea tenía mala salud cuando Nerón le dio un puntapié, enojado porque ella lo había reprendido por llegar tarde de

las carreras. Tácito dice que le dio un puntapié presa de la ira, pero que algunas fuentes afirman que la envenenó, lo que él rebate asegurando que «parece más malévolo que cierto, y no me lo creo, porque Nerón amaba a su esposa y quería tener hijos».

Los historiadores modernos tienden a dudar de estas versiones y creen que lo más probable es que Popea muriera de un aborto espontáneo, a la vez que señalan que no existe ninguna constancia de que Nerón atacara físicamente a nadie, ni de que maltratara de manera corporal a quienes lo rodeaban.

La cuarta, y espeluznante, leyenda de que Nerón castró a un exesclavo que se parecía a Popea, se casó con él y le puso su nombre nació tras la muerte de Popea. Como ocurre con todas las demás leyendas, la historia es mucho más compleja. El liberto Esporo guardaba un parecido asombroso con Popea. El dolor de Nerón por su muerte era casi patológico. Llevaba máscaras que se asemejaban a ella cuando interpretaba papeles femeninos en el escenario. Pero eso, al parecer, no le bastaba. En su dolor por su pérdida, intentó recrearla, de modo similar al que el personaje de James Stewart hace con la difunta Madeleine en *Vértigo*, de Hitchcock. Era una negativa a dejar ir a alguien tras su muerte, y, como en la película, hasta podría decirse que rozaba la obsesión. Tuvo con él a Esporo el resto de su vida, y Esporo era una de las pocas personas que estaban con él cuando murió. Nunca sabremos qué pensaba Esporo de todo esto. Es de suponer que por lo menos lo consentía, porque tras la muerte de Nerón se suicidó en lugar de seguir adelante con otra persona. También cabría destacar que el «matrimonio» tuvo lugar en Grecia, donde mitologizar y hacer teatro era más habitual, y la gente era más tolerante, que en Roma, y parece que fue una pantomima.

El quinto gran acontecimiento de la vida de Nerón, y el último espectacular, fue su gira artística y deportiva de dieciséis meses por Grecia, compitiendo en todos los juegos principales (Olimpia, Delfos, Nemea e istmo

de Corinto) además de en muchos otros menores. Compitió en música (cítara), drama (tragedia clásica) y deporte (carreras de carros). Cabría preguntarse por qué demonios querría un emperador romano hacer eso. Uno de sus biógrafos, Michael Grant, afirma: «Fue el primer gobernante de toda la historia escrita, y desde luego el único de cierta relevancia real que se consideraba principalmente cantante y actor.» Parece que desde el principio necesitaba crearse una identidad que no tuviera nada que ver con ser un miembro de la dinastía Julia-Claudia o con ser emperador. El arte se convirtió en su refugio y, cuando las presiones de su cargo aumentaron, en su válvula de escape. Necesitaba actuar, y necesitaba competir, y en Grecia competiría al más alto nivel.

Desgraciadamente para él, era imposible que lo juzgaran de modo imparcial por su talento, ni en su propia época ni tras su muerte. La gente supone que tenía que ser un mal cantante o actor, y circulaban historias sobre que su público era mantenido cautivo y fingía morir para huir del teatro, que las mujeres daban a luz en el teatro, etcétera. Son relatos divertidos, aunque es poco probable que sean ciertos. Que fuera emperador no significaba necesariamente que careciera de talento. Lo más probable es que fuera bastante bueno, porque si no no se habría dedicado a estas cuestiones. Aun así, jamás sabremos lo bueno que era, porque no pudo obtener una respuesta sincera. Lo que sí sabemos es que tras su muerte sus composiciones musicales fueron conservadas en el *Liber dominicus* e interpretadas por otros, lo que indicaría que eran meritorias, puesto que ya no había necesidad alguna de adularlo.

Tenemos que abordar la cuestión del *damnatio memoriae*. Normalmente se afirma que Nerón recibió su «condena a la memoria», destinada a borrar su existencia, lo antes posible. En realidad, esta expresión es moderna y no es ninguna sentencia oficial que se dictara en la antigua Roma; el término no



existía entonces. Es cierto que cuando un emperador caía, sus enemigos hacían todo lo posible por ensuciar su nombre y profanar sus monumentos conmemorativos, derribando estatuas, haciendo desaparecer su nombre grabado en los monumentos, etcétera. Esto le pasó a Nerón, aunque apenas unos meses después las estatuas reaparecieron en el Foro. Ocurrió lo mismo con estatuas paganas que los cristianos destrozaron. Pero estos actos eran espontáneos, no oficiales.

Además de tratar estos mitos generalizados sobre Nerón y de poner las cosas en su lugar, también tomé algunas decisiones más personales en mi descripción de Nerón y su mundo.

Como en el primer libro, he utilizado pies y millas en lugar de kilómetros, solo porque es lo que hacían los romanos, aunque sus unidades varían ligeramente de los pies y las millas actuales. Me pareció que estaba más de acuerdo con la época. También he usado en ocasiones topónimos actuales para facilitar la comprensión al lector contemporáneo. Además, he intentado evitar la palabra Asia porque para los romanos significaba lo que nosotros llamamos Turquía. Lo mismo ocurre con África, que para los romanos significaba la parte de ese continente que bordea el Mediterráneo.

Para algunos personajes, muy poco importantes y totalmente ficticios, que aparecen solo para entregar una carta o para debatir brevemente en el Senado y desaparecen después de la narración, he utilizado nombres ficticios.

Buscar la fecha del eclipse del año 64 d. C. es un esfuerzo inútil porque es ficticio.

En la novela, menciono un carro de juguete de bronce que el emperador Claudio regaló a Nerón cuando este era un niño. Este carro, la única réplica que tenemos de un antiguo carro romano, se encuentra en el Museo Británico, y es habitual referirse a él como «el carro de Nerón» aunque, por supuesto, no existe ninguna prueba de que le perteneciera.

La obra *Octavia* es la única tragedia histórica de la antigua Roma que ha llegado hasta nuestros días. Durante mucho tiempo se creyó que la había escrito Séneca, porque fue encontrada entre sus documentos, y eso facilitó su conservación. Pero ahora se cree que pertenece a un período posterior, aunque los expertos no coinciden exactamente a cuál, situado tras la muerte de Nerón, cuando habría sido menos arriesgado interpretar una obra así, si es que fue interpretada alguna vez. Los expertos tampoco están seguros de eso. Sin embargo, como en la novela era importante que Nerón supiera lo que se estaba diciendo de él, me quedé con la vieja interpretación de que la había escrito Séneca. Todavía no sabemos quién la escribió ni cuándo.

La cronología de la gira por Grecia es muy vaga porque carecemos de la información de Tácito, que era muy meticuloso recabando fechas. Los expertos han establecido fechas probables. Sabemos que Nerón estuvo en Corinto al final de la gira porque disponemos de la fecha en que proclamó la liberación de Grecia, y conocemos que Helios llegó para llevarlo de vuelta a casa poco después de eso. Es interesante destacar que el canal de Corinto, que finalmente se construyó en el siglo XIX, siguió exactamente el trazado que habían empezado a excavar los ingenieros de Nerón, y que los restos de esta excavación siguen allí, junto con una imagen de Hércules que los obreros tallaron en la pared rocosa en uno de los extremos del canal.

Un valiosísimo vestigio de la gira por Grecia es una estela con el discurso de la «liberación de Grecia» que cito en la novela. Por extraño que parezca, es el único discurso suyo que poseemos, y capta su lenguaje y su estilo histriónico. La inscripción que grabaron ciudadanos agradecidos fue hallada en la ciudad griega de Acraifia, en Beocia.

La cronología de la caída de Nerón es también confusa. Falta gran parte del material que explicaba lo que ocurrió, de modo que la información resulta incompleta y desconcertante. Sin embargo, el relato del último día de la vida

de Nerón, de Suetonio, está narrado con maestría como una tragedia casi shakesperiana. Los pequeños detalles, como el precipitado desplazamiento descalzo a medianoche, las zarzas en su manto, el agua tibia, que se murmurara a sí mismo en primera, segunda y tercera persona en griego y latín, y finalmente sus famosas últimas palabras: «¡Qué artista pierde el mundo!», poseen una intensidad dramática incomparable.

He decidido omitir mencionar los maridos de Estatilia anteriores a Vestino, porque no sabemos con certeza cuántos fueron, ni si hubo alguno.

También he decidido que Actea nos cuente el período posterior a la vida de Nerón, incluida la importante información sobre los tres falsos Neronés y el modo en que era recordado pasados unos años. Locusta también nos aporta detalles sobre las repercusiones inmediatas. Desgraciadamente para ella, su esperanza de ser liberada resultó vana, y fue ejecutada, junto con otras personas del régimen neroniano, por orden de Galba.

He tenido la suerte de contar con muchos libros y fuentes excelentes para mi obra. En primer lugar, por supuesto, están las tres historias que mencioné anteriormente: *Anales del Imperio romano* de Tácito, *Las vidas de los doce césares* de Suetonio e *Historia romana* de Dión Casio. En lo referente a las biografías, la más antigua (y todavía la más larga en inglés, *Life and Principate of the Emperor Nero* de Bernard W. Henderson (Lippincott, Filadelfia, 1903) me proporcionó muchos detalles personales que me permitieron dar intimidad al libro. *Nero: Emperor in Revolt* de Michael Grant (American Heritage Press, Nueva York, 1970) me sirvió de libro de referencia básico para explicaciones claras y todos los datos pertinentes. *Nero: The End of a Dynasty* de Miriam T. Griffin (Yale University Press, New Haven [Connecticut], 1985) me aportó una información y un análisis valiosísimos sobre él y su época. *The Great Fire of Rome: The Fall of the Emperor Nero and His City* de Stephen Dando-Collins (Da Capo Press,

Filadelfia, 2010) [*Arde Roma: la caída del emperador Nerón y su ciudad* (Ariel, Barcelona, 2012)] posee mucha más información que la relativa solamente al incendio, pero es excelente en este punto; y su *Nero's Killing Machine: The True Story of Rome's Remarkable Fourteenth Legion* (John Wiley & Sons, Hoboken [Nueva Jersey], 2005) abarca la guerra con Boadicea. *Nero: The Man behind the Myth* de Richard Holland (Sutton, Stroud [Reino Unido], 2000) aborda muy bien el aspecto psicológico de Nerón, y *Nero* de Edward Champlin (Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge [Massachusetts], 2003) [*Nerón* (Turner Publicaciones, Madrid, 2006)] es excepcional a la hora de analizar la persona que se oculta bajo el mito, y el método en su locura, si es que la hubo. Por último, de los editores Emma Buckley y Martin T. Dinter, *A Companion to the Neronian Age* (Wiley-Blackwell, Chichester [Reino Unido], 2013) proporciona una valiosísima información sobre diversas facetas de Nerón: militar, mitológica, artística y psicológica.

Dos biografías excelentes de Séneca: *Dying Every Day: Seneca at the Court of Nero* de James Romm (Knopf, Nueva York, 2014) y *The Greatest Empire: A Life of Seneca* de Emily Wilson (Oxford University Press, Nueva York, 2014), me resultaron muy útiles. Para las palabras directas del filósofo consulté *Seneca: Dialogues and Essays* (Oxford University Press, Nueva York, 2008).

En cuanto a otros temas, *Around the Roman Table: Food and Feasting in Ancient Rome* de Patrick Faas (Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003) es exactamente lo que dice ser: un tratado sobre comida y banquetes; *Ancient Roman Gardens* de Linda Farrar (Sutton, Stroud [Reino Unido], 1998) es una fuente maravillosa de información sobre jardines públicos y privados, y *Cruelty and Civilization: The Roman Games* de Roland Auguet (Routledge, Nueva York, 1994) [*Crueldad y civilización: los juegos romanos* (Orbis,

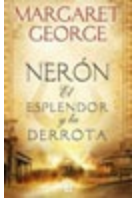
Barcelona, 1986)] cuenta todo lo que quieres saber sobre la arena. Por último, *Life in the Roman World of Nero and St. Paul* de T. G. Tucker (Macmillan, Nueva York, 1936), aunque escrito en 1910, posee la información más completa, junto con diagramas, que ningún libro que yo haya visto sobre los detalles de la vida diaria.

Una obra en dos volúmenes editada por Andrea Carandini y Paolo Carafa recientemente publicada, *The Atlas of Ancient Rome* (Princeton University Press, Princeton [Nueva Jersey], 2017), me explicó todo lo que siempre quise saber sobre los distintos lugares de la antigua Roma y me reveló algunos de los que ni siquiera conocía su existencia.

En cuanto a la información sobre los juegos griegos, me basé en el extenso *Games and Sanctuaries in Ancient Greece* de Panos Valavanis (J. Paul Getty Museum, Los Ángeles, 2004) y en *Ancient Greek Athletics* de Stephen G. Miller (Yale University Press, New Haven [Connecticut], 2004). También me resultó útil para el oráculo de Delfos, que Nerón visitó durante su estancia allí, *The Oracle* de William J. Broad (Penguin, Nueva York, 2006). Para las escenas de las carreras de carros, *Chariot Racing in the Roman Empire* de Fik Meijer (Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2010) fue sumamente instructivo.

Un nuevo libro, *Staging Memory, Staging Strife: Empire and Civil War in the Octavia* de Lauren Donovan Ginsberg (Oxford University Press, Oxford [Reino Unido], 2017), examina esta crucial tragedia histórica en la que aparece Nerón y arroja luz sobre este misterioso drama y su contexto. Por último, al tratar el período posterior al reinado de Nerón y su legado, *The Art of Forgetting: Disgrace and Oblivion in Roman Political Culture* de Harriet I. Flower (University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006) me resultó valiosísimo para aclarar aquella época tan confusa.

## **Después de *Las confesiones del joven Nerón*, llega el cierre de la impresionante historia del emperador que vio arder a Roma.**



Nerón Augusto, junto a Popea, dirige el Imperio romano, en una era de esplendor cultural y artístico sin precedentes. Aún no tiene sucesor, pero su poder es absoluto. Sin embargo, en el décimo año de su reinado, un incendio arrasa la capital del Imperio. Los rumores sobre la relación de Nerón con el fuego empiezan a crear malestar entre el pueblo y los políticos. Nerón sabe que su destino está ligado al de Roma y a su promesa de reconstruirla como la ciudad que deslumbrará al mundo. Pero hay quien ve peligrosa su gloria y falsos amigos y espías conspiran en su contra. Nerón sabe que, si sobrevive, será el primer miembro de su familia en escapar a la red de traiciones de la corte romana. Si no lo logra, también sabe que es el último de su dinastía.

**«La reconstrucción que realiza George del hombre, tanto en lo referente a su vida pública como privada, va más allá de un viaje a los hechos: es una sutil exploración sobre la identidad y los efectos pérfidos del poder.**

**Este es un libro sobre la identidad: cómo se construye, se pierde, se reinventa.»**

Diana Gabaldon, *Washington Post*

**«Margaret George ha llevado a cabo el que quizá sea el acto más audaz de que es capaz un autor de novelas históricas: escribir una obra de ficción épica no solo favorable a Nerón sino, en buena medida, narrada por este. La aplaudo. E imagino a Nerón, ese entendido en las artes, observándolo todo desde el Elíseo.»**

Steven Saylor, autor de *Roma: La novela sobre la Antigua Roma*

**Margaret George** (Nashville, 1943) es una reputada historiadora y novelista estadounidense, autora de los *best sellers* internacionales *María, reina de Escocia*, *María Magdalena*, *Helena de Troya* e *Isabel I*. Vive en Madison (Wisconsin) con su marido.

Título original: *Nero II. The Splendor Before the Dark*

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2018, Margaret George c/o Jacques de Spoelberch Associates Inc.

Publicado originalmente por Berkley, un sello de Penguin Random House, LLC

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Laura Paredes, por la traducción

Gráficos genealógicos creados por JoAnne T. Croft

Mapa creado por Laura Hartman Maestro, basado en bocetos de Margaret George

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Samuel Gómez

Ilustración de portada: Alejandro Colucci

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6590-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Neron. El esplendor y la derrota

Agradecimientos

Genealogía de la casa imperial

Mapa

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV

Capítulo XXXV

Capítulo XXXVI

Capítulo XXXVII

Capítulo XXXVIII

Capítulo XXXIX

Capítulo XL

Capítulo XLI

Capítulo XLII

Capítulo XLIII

Capítulo XLIV

Capítulo XLV

Capítulo XLVI

Capítulo XLVII

Capítulo XLVIII

Capítulo XLIX

Capítulo L

Capítulo LI

Capítulo LII

Capítulo LIII

Capítulo LIV

Capítulo LV

Capítulo LVI

Capítulo LVII

Capítulo LVIII

Capítulo LIX

Capítulo LX

Capítulo LXI

Capítulo LXII

Capítulo LXIII

Capítulo LXIV

Capítulo LXV

Capítulo LXVI

Capítulo LXVII

Capítulo LXVIII

Capítulo LXIX

Capítulo LXX

Capítulo LXXI

Capítulo LXXII

Capítulo LXXIII

Capítulo LXXIV

Capítulo LXXV

Capítulo LXXVI

Nota de la autora

Sobre este libro

Sobre Margaret George

Créditos